

SEMINARIO TEOLÓGICO PRESBITERIANO “SAN PABLO”

TEOLOGÍA PROPIA

ANTOLOGÍA DE TEXTOS

2008

INTRODUCCIÓN

La doctrina bíblica de Dios, también conocida como Teología Propia, es una parte fundamental de la teología sistemática. La Teología Propia, tradicionalmente, abarca la enseñanza bíblica acerca del conocimiento, ser y obra de Dios. Este curso, al final de cuentas, será una introducción al estudio de nuestro maravilloso Dios. El estudio de la doctrina de Dios no puede ser un simple ejercicio académico, sino debe ser un acto de adoración. Al estudiar el ser y las obras del Dios de los siglos debemos caer de rodillas ante él en adoración.

OBJETIVO

2

Al finalizar el curso el estudiante será capaz de:

1. Explicar la doctrina bíblica del conocimiento, ser y obra de Dios.
2. Aplicar a su vida la enseñanza bíblica respecto a Dios.
3. Enseñar a otros acerca de la doctrina de Dios.

CONTENIDO

- Lección 1: El conocimiento de Dios.
- Lección 2: La Palabra de Dios
- Lección 3; La Trinidad
- Lección 4: Atributos de Dios I
- Lección 5: Atributos de Dios II
- Lección 6: La Creación
- Lección 7: El Decreto Eterno y la Providencia
- Lección 8: El Problema del Mar

CRITERIOS DE EVALUACIÓN

1. Lecturas El alumno deberá cumplir fielmente con el programa de lectura. El curso está basado en el aprendizaje personal extra-clase del alumno. Si no cumple con la lectura semanal la sesión de discusión será infructuosa. De cada capítulo o artículo leído, el alumno deberá preparar un mínimo 5 preguntas claves cuyas respuestas resuman el contenido importante del capítulo (ej. ¿Cuáles son los atributos comunicables?) También deberá pensar en una pregunta de aplicación al ministerio o a la vida por cada capítulo que lea (ej. ¿Cómo podríamos consolar a una viuda con la doctrina de la inmutabilidad de Dios?)

Libro
Comentario al Catecismo Menor

Autor
G.I. Williamson.

Capítulos
Capítulos 1 - 10

Conociendo a Dios.	J.I. Packer.	Capítulos 1 – 7, 10 - 17
Dios en Tres Personas	Allen Vander Pol.	Capítulos 1 - 6
El problema del mal	John Frame	Capítulos 1 - 2
Institución de la religión cristiana	Juan Calvino	Libro 1. Capítulos 1 - 6
<u>Los fundamentos de la fe cristiana</u>	James Montgomery Boice	Capítulos 1 – 8, 10 - 18
<u>Mas que maravilloso</u>	Leslie Thompson	Capitulo 10
<u>Teología Propia</u>	David Legters	Capítulos 1 - 6
<u>Teología sistemática</u>	Louis Berkhof	Capítulos 3 – 7, 10 & 13

2. Tareas 30%. La fecha límite para entregar las tareas es la última sesión del curso.
 - a. Hacer una lista de 100 verdades acerca de Dios (ser, obras, carácter, conocimiento, etc.) con su respectiva referencia bíblica. (10 %)
 - b. Escribir un ensayo de tres cuartillas mínimo que se titule, "¿Quién es Dios?" en el que se reflejen los conocimientos adquiridos en el curso. (5 %)
 - c. Escoger 10 atributos de Dios y escribir qué implicaciones tienen esas perfecciones de Dios para nuestras vidas y ministerios. (5 %)
 - d. Entrevistar a 10 personas (no creyentes) acerca de quién es Dios para ellos. Escribir una lista de los errores conceptuales en sus respuestas y proporcionar el concepto bíblico correcto correspondiente a cada error mencionado. (5 %)
 - e. Identificar 5 errores conceptuales acerca de Dios en libros cristianos. Hay que proveer la bibliografía, citar el párrafo donde se encuentra el error conceptual y contestar correctamente
3. Enseñanza de Curso 30% Cada estudiante enseñará un curso breve de tres sesiones mínimo de 1 hora c/u a los alumnos de su elección (Iglesia, grupo pequeño, clase de escuela dominical, etc.) Como evidencia de haber cumplido este requisito entregará
 - a. Una copia del material que preparó para enseñar
 - b. Un reporte de las evaluaciones del curso que hagan sus estudiantes
 - c. Una autoevaluación de su desempeño docente.

CALENDARIO DE SESIONES Y LECTURAS

Sesión	Contenido	Lecturas
1	El Conocimiento de Dios	• <u>Boice caps. 1-2</u> • <u>Packer caps. 1-3</u> • <u>Instituciones Libro 1, caps. 1-6</u>
2	La Palabra de Dios	• <u>Boice caps. 3-8</u> • <u>Teología propia. David Legters (Todo)</u>

3	La Trinidad	• <u>Vander Pol (todo)</u> • <u>Packer caps. 4-6</u> • <u>Thompson cap. 10</u> • <u>Boice cap. 10</u>
4	Los Atributos de Dios. Parte I	• <u>Boice caps. 11-14</u> • <u>Packer caps. 7 y 10</u>
5	Los Atributos de Dios. Parte II	• <u>Packer caps. 11-17</u> • <u>Berkhof Caps. 3 - 7</u>
6	La Creación	• <u>Boice caps. 15-17</u> • <u>Berkhof cap. 10</u>
7	El Decreto y la Providencia	• <u>Boice cap. 18</u> • <u>Berkhof cap. 13</u> • <u>Frame (Primera y segunda parte)</u> • <u>Williamson (todo)</u>

LECTURA 1: COMENTARIO AL CATECISMO MENOR - G.I WILLIAMSON - CAPÍTULOS 1 -10

LECCIÓN 1 (PREGUNTA 1)

Pr. #1, ¿Cuál es el fin principal del hombre? R- El fin principal del hombre es el de glorificar a Dios¹ y gozar de él para siempre².

Según el Catecismo, hay una razón para la existencia de los seres humanos, y esta razón de existir ¡no se halla en el hombre!

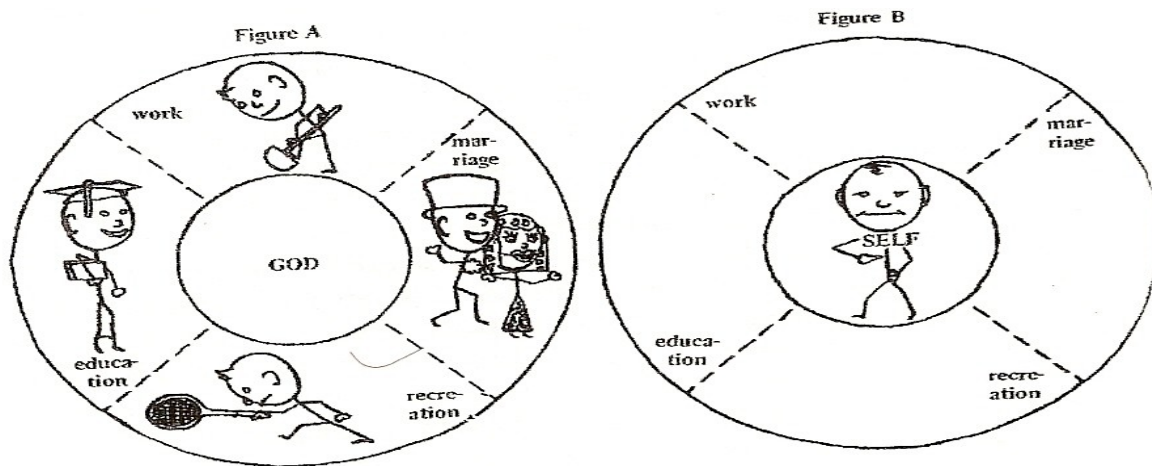
No se halla en el hombre, puesto que éste fue creado por Dios; y cuando Dios creó al hombre, lo creó a su propia imagen. De modo que el hombre, como fue creado originalmente, fue una verdadera

¹ Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él. A él sea la gloria por siempre. Amén. (Rom 11:36) En conclusión, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios. (1 Co 10:31) Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas; por tu voluntad existen y fueron creadas. (Rev. 4:11)

² ¿A quién tengo en el cielo sino a ti? Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra. Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu, pero Dios fortalece mi corazón; él es mi herencia eterna (Psa 73:25-26).

imagen de Dios, puesto que su vida se centraba en Dios y no en sí mismo. Su único deseo, su única aspiración - antes de que el pecado lo arruinara todo - era servir a Dios y gozarse en él. Cuando el hombre (Adán) pecó, todo cambió. En lugar de pensar cuán grande y cuán maravilloso era Dios, el hombre empezó a pensar en sí mismo. Comenzó a pensar en cómo sería si él (Adán) pudiera ser grande, o si pudiera gozarse en sí mismo.

Trataré de mostrar la diferencia entre estas 2 situaciones. La figura A representa al hombre (Adán) como originalmente fue creado. Muestra todas las actividades de su vida que cumplía en el servicio y en el deleite de Dios. La figura B muestra al hombre (caído) como ahora se encuentra en el pecado. Muestra cómo todas las actividades de su vida giran alrededor del servicio y del placer que busca uno en sí mismo.



Es muy cierto que hay personas que no viven para la gloria de Dios y para gozar de él, y aún así no parece ser que la figura B les esté describiendo. Pudiera ser que se dedican a varias cosas buenas, y no parecen ser egocéntricas. Un hombre pudiera, por ejemplo, dedicarse por completo al servicio de su patria. O quizá, alguien pudiera estar buscando 'el bien de la humanidad'. Hay quienes siguen el principio de "el mayor bien para el mayor número (de personas)". Pero en realidad, esto también es el mismo concepto de vida que se ilustra con la figura B. Es igual, pues no tiene su centro en Dios, sino en el hombre. Toda persona que busca el bien de la humanidad como su fin principal, en realidad está buscando su propio bien, por la sencilla razón que esa persona también es humana. De modo que los cristianos (personas que verdaderamente creen en el Señor Jesucristo) son los únicos que pueden glorificar a Dios y gozar de él para siempre.

Ahora bien, 'glorificar a Dios' no significa 'hacer glorioso a Dios'. Dios ya es glorioso. Él ha sido glorioso desde la eternidad, y nada que él ha creado puede hacerle más glorioso de lo que ya es. 'Glorificar a Dios', pues, debe entenderse más bien como reflejar la gloria de Dios. El Salmo 19: 1 dice: Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. El mundo hermoso que ha creado Dios es algo así como un espejo. Si miras en el 'espejo', podrás ver la gloria de Dios. El fin principal del cielo y de la tierra, pues, es declarar o exhibir la gloria de Dios. Pero en el caso de los hombres, hay esta diferencia: somos invitados a hacerla, porque queremos. Los cielos y la tierra no lo pueden evitar; no hacen otra cosa más que anunciar la gloria de Dios. Pero a nosotros se nos da el maravilloso privilegio de hacerlo simplemente porque así queremos. Eso fue lo que hizo Jesús cuando estuvo sobre la tierra en el servicio de su Padre: Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra

que me diste que hiciese (Jn 17:4). Cumplió la voluntad de Dios. Lo hizo porque quiso hacerla. De esta manera Jesús glorificó a Dios, y ¡gozará de él para siempre!

Muchas personas no quieren glorificar a Dios y gozar de él para siempre. De hecho, nadie jamás quiere, excepto los que se arrepienten de sus pecados y ponen su fe en Cristo. En vista de que parecen ser muchos los que no quieren glorificar a Dios, podría parecer que no es correcto lo que el Catecismo dice de que 'el fin principal del hombre es el de glorificar a Dios'. Pero sí, el Catecismo está en lo cierto. Aun cuando las personas no quieran glorificar a Dios - aun cuando no sea su voluntad servir a Dios - de cualquier forma siguen sujetas a él. ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, - dice Pablo - para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria ... ? (Rm 9: 21-23) .

En otras palabras, tanto los que se pierden como los que se salvan son los instrumentos por los que se revela la gloria de Dios. Por medio de los unos (los que se salvan), la misericordia de Dios puede ser demostrada y alabada. Y por medio de los otros (los que se pierden), la ira y la justicia de Dios quedan demostradas y honradas. La diferencia está en que, en el caso de éstos (los que se no se arrepienten ni creen en Cristo), Dios les obliga a glorificarlo, aun cuando no les guste hacerla. Pero en el caso de los que se salvan, éstos aprenden a glorificar a Dios, y a gozarse en él para siempre.

Cuando el Catecismo dice 'el fin principal del hombre', ha es de suponerse que la vida cristiana verdadera pueda ser compartamentalizada, separándose unos aspectos de otros. Por supuesto, el cristiano pudiera tener otros 'fines' (propósitos, ambiciones, metas) en la vida aparte de lo que se podría llamar 'religión'. Es decir, no sólo la adoración es el todo de la vida, ni lo es el 'testificar de Cristo', o el 'servicio cristiano', etc. Tampoco es de suponerse que si una persona predica el evangelio, por ese hecho está necesariamente glorificando a Dios. Muchos predicadores predicán doctrinas falsas y no glorifican a Dios. Y muchos cristianos cumplen diariamente su trabajo en la fábrica o en su empresa en una forma que sí glorifican a Dios. Entonces la manera correcta de entender esto es, que cuando una persona desea glorificar a Dios, buscará en todo momento y en toda actividad hacer lo que a Dios le place. Trabajo fiel y deporte sano son tan parte de glorificar a Dios como lo es el culto a Dios los domingos, o evangelizar a un inconverso. Es muy cierto que hay unas cosas que hacemos que son más importantes que otras. Pero la dimensión verdadera del discipulado cristiano es la que mira a toda la vida como algo que debe vivirse conscientemente para la honra de Dios, y el servicio de su nombre.

Habiendo dicho que el todo de la vida ha de estar centrado en Dios (figura A), es preciso que volvamos a enfatizar el hecho de que nadie puede vivir una vida centrada en Dios, al menos que se convierta a Jesucristo. Pues para saber cómo se puede glorificar a Dios y gozar de él para siempre, necesitamos aprender el camino de salvación que se enseña en la Biblia. Necesitamos aprender 'qué es lo que el hombre ha de creer respecto a Dios, y los deberes que Dios impone al hombre'. Es a esto que daremos nuestra atención en las preguntas del Catecismo que siguen.

CUESTIONARIO

1. ¿A qué se refiere la palabra 'principal' en el Catecismo?
2. ¿A qué se refiere la palabra 'fin' en el Catecismo?
3. ¿A qué se refiere la palabra 'glorificar'?

4. ¿Por qué es el fin principal del hombre lo que el Catecismo dice que es?
5. El hombre, cuando fue creado originalmente, estaba centrado en: _____
6. El hombre, después que cayó en el pecado, ahora está centrado en: _____
7. ¿Qué es lo que se quiere decir cuando se dice que la verdadera vida cristiana está centrada en Dios?
8. ¿Qué pondrían algunas personas en el centro de la figura B en lugar del 'yo'?
9. ¿Por qué todo ello es tan malo como el 'yo'?
10. ¿Qué sería lo que 'glorificar a Dios' ~ significa?
11. ¿Qué diferencia hay entre la manera en la que los cielos glorifican a Dios, y la manera en la que el hombre lo debería hacer?
12. ¿Glorifican los malos a Dios? Explica tu respuesta.
13. ¿Sería correcto que un cristiano pudiera tener otros 'fines' además del de glorificar a Dios?
14. ¿Qué departamentos de la vida deben servir para la gloria de Dios?
15. ¿Quién hace más para glorificar a Dios: una persona que predica, o una persona que trabaja en una fábrica? Explica tu respuesta.

LECCIÓN 2 (PREGUNTA 2)

Pr. #2, ¿Qué regla ha dado Dios para enseñarnos cómo hemos de glorificarle y gozar de él? R- La Palabra de Dios que se contiene en las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento³, es la única regla que ha dado Dios para enseñarnos⁴ cómo hemos de glorificarle y gozar de él.⁵

³ Entonces, comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Al acercarse al pueblo adonde se dirigían, Jesús hizo como que iba más lejos. Pero ellos insistieron: Quédate con nosotros, que está atardeciendo; ya es casi de noche. Así que entró para quedarse con ellos. Luego, estando con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció. (Luk 24:27-31) Ante todo, tengan muy presente que ninguna profecía de la Escritura surge de la interpretación particular de nadie. Porque la profecía no ha tenido su origen en la voluntad humana, sino que los profetas hablaron de parte de Dios, impulsados por el Espíritu Santo. (2 Pe 1:20-21) Recuerden las palabras que los santos profetas pronunciaron en el pasado, y el mandamiento que dio nuestro Señor y Salvador por medio de los apóstoles. Ante todo, deben saber que en los últimos días vendrá gente burlona que, siguiendo sus malos deseos, se mofará: ¿Qué hubo de esa promesa de su venida? Nuestros padres murieron, y nada ha cambiado desde el principio de la creación. Pero intencionalmente olvidan que desde tiempos antiguos, por la palabra de Dios, existía el cielo y también la tierra, que surgió del agua y mediante el agua. Por la palabra y el agua, el mundo de aquel entonces pereció inundado. Y ahora, por esa misma palabra, el cielo y la tierra están guardados para el fuego, reservados para el día del juicio y de la destrucción de los impíos. Pero no olviden, queridos hermanos, que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan. Pero el día del Señor vendrá como un ladrón. En aquel día los cielos desaparecerán con un estruendo espantoso, los elementos serán destruidos por el fuego, y la tierra, con todo lo que hay en ella, será quemada. Ya que todo será destruido de esa manera, ¿no deberían vivir ustedes como Dios manda, siguiendo una conducta intachable y esperando ansiosamente la venida del día de Dios? Ese día los cielos serán destruidos por el fuego, y los elementos se derretirán con el calor de las llamas. Pero, según su promesa, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en los que habite la justicia. Por eso, queridos hermanos, mientras esperan estos acontecimientos, esfuércense para que Dios los halle sin mancha y sin defecto, y en paz con él. Tengan presente que la paciencia de nuestro Señor significa salvación, tal como les escribió también nuestro querido hermano Pablo, con la sabiduría que Dios le dio. En todas sus cartas se refiere a estos mismos temas. Hay en ellas algunos puntos difíciles de entender, que los ignorantes e inconstantes tergiversan, como lo hacen también con las demás Escrituras, para su propia perdición. (2 Pe 3:2-16) Toda la

Aun cuando suene absurdo, Jesús en una ocasión comentó que Dios había escondido... estas cosas de los sabios y entendidos, y... [Las había] revelado a los niños (Lc 10:22). En otras palabras, a algunas personas de las más inteligentes y con mejor educación les falta la sabiduría verdadera. Y algunas personas muy humildes y con poca preparación, ellas sí tienen verdadera sabiduría. La razón consiste en que el hombre, por sí mismo, no puede alcanzar a conocer la verdad de las cosas. Mientras más aprende un hombre por esfuerzos propios (el poder de su mente sin ayuda de otro), más tendrá que encarar lo que le es desconocido. Como un globo al inflarse se expande en todas las direcciones, así es el conocimiento que va adquiriendo el hombre, hasta confrontarlo con el misterio infinito de las obras de Dios. Por ejemplo, el hombre inventa telescopios cada vez más potentes, para así descubrir los secretos de los astros celestiales. Pero, ¿con qué resultado? El resultado ha sido éste: ahora hay miles de millones de estrellas más para estudiar. Por esto las teorías científicas siguen cambiando. Mientras más descubre el hombre, más descubre también cuánto hay que aún no ha descubierto. Y por cuanto el hombre no puede saberlo todo (pues es demasiado), se desanima y comprende que en realidad no sabe nada a ciencia cierta.

La razón de esta situación es simplemente que Dios no creó al hombre con la capacidad de saberlo todo (de hecho, ni de saber nada) por sus propios esfuerzos. Sólo Dios sabe todas las cosas. De modo que, desde el principio, sólo Dios puede dar al hombre conocimiento cierto y seguro de cualquier cosa. Este conocimiento vino al hombre desde el principio de dos maneras:

1. La primera manera en la que Dios se manifiesta se llama revelación natural. Los cielos cuentan la gloria de Dios, - dice el salmista - y el firmamento anuncia la obra de sus manos (19:1). Porque las cosas invisibles de él [de Dios], su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas... (Rm 1:20).
2. La segunda manera en la que Dios se manifiesta se llama revelación especial. Inclusive en el Paraíso, Dios habló a Adán. Adán tuvo allí, no sólo las obras de Dios (la creación), sino también su palabra. Estudiando la naturaleza, Adán podía aprender mucho; pero no lo podía saber todo. No podía saber, por ejemplo, qué ocurriría en el porvenir. Para estar seguro en su conocimiento de cosas tan sencillas como el comer la fruta de un árbol, tenía q interpretar los 'datos de la naturaleza' a 'la luz de la Palabra de Dios'.

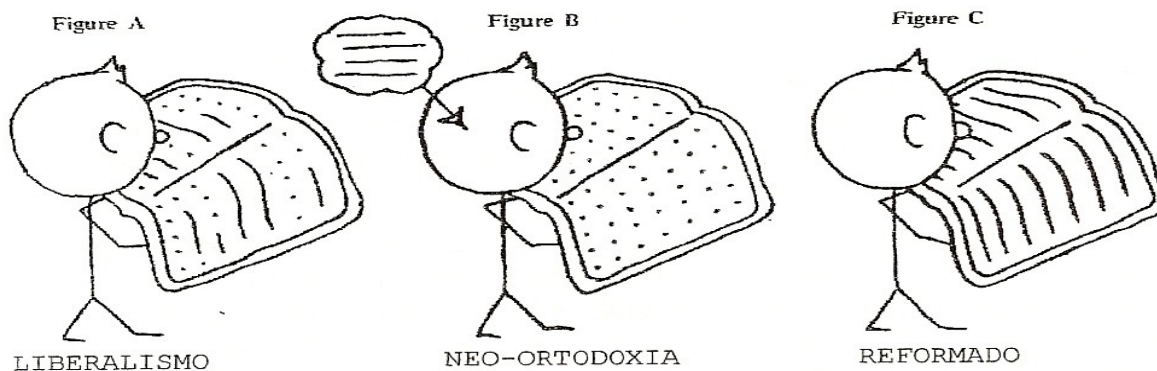
Cuando Adán pecó en contra de Dios, lo que hizo fue rechazar la Palabra de Dios. Actuó como si no necesitaba que Dios le dijera qué era lo correcto. En vez de ello, decidió probar el supuesto 'método científico' (o sea, el método de la prueba y el error) para descubrir la verdad. Y desde ese momento

Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra. (2 Ti 3:16-17)

⁴ Abraham le dijo: Si no les hacen caso a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque alguien se levante de entre los muertos. (Luk 16:31) Pero aun si alguno de nosotros o un ángel del cielo les predicara un evangelio distinto del que les hemos predicado, que caiga bajo maldición. Como ya lo hemos dicho, ahora lo repito: si alguien les anda predicando un evangelio distinto del que recibieron, que caiga bajo maldición Gal 1:8-9) A todo el que escuche las palabras del mensaje profético de este libro le advierto esto: Si alguno le añade algo, Dios le añadirá a él las plagas descritas en este libro. Y si alguno quita palabras de este libro de profecía, Dios le quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, descritos en este libro. (Rev. 22:18-19)

⁵ Les he dicho esto para que tengan mi alegría y así su alegría sea completa. (John 15:11)

LA BIBLIA CONTIENE LA PALABRA DE DIOS



hasta hoy, Adán y toda su posteridad (excepto los que obtienen su salvación por medio de Jesucristo) han andado en las tinieblas y no es que haya alguna 'oscuridad' en la revelación divina.

Pues la 'luz' de Dios sigue brillando en todo lo que Dios ha creado. Pero si el q. vivió en el principio (Adán en su estado de inocencia) no pudo entender la 'luz' de la naturaleza, sin la 'luz' de la palabra divina, ¡cuánto más hoy en día nosotros! Pues la única manera en la que el hombre puede ser salvo del pecado es la que se revela solamente en la Biblia. La revelación de Dios en la naturaleza es suficiente como para dejar al hombre sin excusa.

Les muestra la gloria del Dios verdadero, adorarle y servirle. Pero sólo es en la que puede saber qué es lo que debe creer (para ser salvo del pecado) y hacer de modo que deberían Biblia que el hombre (para nuevamente servir a Dios). Ahora bien, ¿qué es lo que quiere decir el Catecismo cuando dice que 'la Palabra de Dios... se contiene en las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento'?

Lo que esta frase indica es que las palabras mismas que encontramos en la Biblia son de Dios. Sin embargo, para entender esto bien, hay que ver primero la manera incorrecta en la que esta frase 'se contiene en' se ha entendido. Por ello, la siguiente ilustración:

Desde la fecha en la que se escribió el Catecismo, hombres inteligentes han tratado de usar estas palabras ('contenido en'), pero con un sentido muy diferente a la intención del Catecismo.

1. La figura A indica el punto de vista del 'liberalismo' (teológico), o sea, el 'modernismo' de antaño. Los que piensan de esta manera creen que algunas partes de la Biblia son palabra de Dios (indicadas con -----). Las demás partes serían solamente palabras humanas (indicadas **con**) Piensan que ellos pueden decidir qué parte es verdadera y qué parte contiene falsedad.
2. La figura B representa la posición q. a veces se llama 'neo-ortodoxia' (o el 'modernismo nuevo'). Este punto de vista se encuentra en muchas de nuestras denominaciones hoy en día; a veces se le llama 'Barthianismo', por el célebre teólogo Kart Barth. Los que adoptan este punto de vista piensan que toda la Biblia es palabra falible de hombres. Pero dicen que cuando una persona lee estas palabras que son de hombres (), Dios de alguna manera las usa de modo que a través de ellas el lector recibe (en su propia mente) palabra verdadera de Dios (-----). Así, cualquier parte de la Biblia puede llegar a ser el medio para hacer llegar al hombre la palabra de Dios, pero podría ser una 'parte' de la Biblia la que 'habla' a una persona, y otra parte la que 'habla' a otra.

3. La figura C es el punto de vista reformado. Esta es la posición histórica de la fe cristiana, y es la que se enseña en el Catecismo. Los que adoptan dicha posición creen que toda la Biblia (todas y cada una de las palabras) es la verdad de Dios. No hay parte que no sea inspirada. y aun cuando sea leída por alguien que no es creyente, sigue siendo palabra de Dios de pasta a pasta. O sea, la Biblia es la palabra de Dios ().

Si la Biblia es la palabra de Dios, la única regla para enseñarnos cómo hemos de glorificar a Dios y gozar de él para siempre, luego hay tres cosas más que debemos agregar:

1. En primer lugar, la Biblia es infalible. Esto quiere decir que todo lo que la Biblia afirma es verdad. Con esto no se quiere decir que hay que tomar cada afirmación de la Biblia como verdadera, independientemente de su contexto. Por ejemplo, el Salmo 53:1 dice: "No hay Dios". Pero esto es sólo una parte del texto. La afirmación completa es: "Dice el necio en su corazón: No hay Dios". De modo que es sólo cuando leemos toda la Biblia y entendemos lo que significa, que podemos decir que cada afirmación es infalible.
2. En segundo lugar, la Biblia es clara. Las Escrituras fueron escritas para que gente común y corriente las pudieran entender. Dios incluso habla directamente a niños (ver Ef. 6:1-3). Algunas iglesias han negado esto. Dicen que sólo los sacerdotes, o bien personas versadas en la Biblia, la pueden entender. Es muy cierto que hay muchas cosas en la Biblia que no comprendemos bien. Incluso los estudiosos necesitan aprender más. Pero Dios, por medio de su Santo Espíritu, puede guiar a gente sencilla - y lo hace - para que entiendan claramente las cosas q. ellos necesitan saber a fin de ser salvos.
3. Y por último, la Biblia es suficiente. Es decir, no necesitamos nada más aparte de la Biblia para saber todo lo que se necesita saber. Muchas religiones falsas niegan esto. La Iglesia Católica Romana dice que necesitamos de la tradición además de la Biblia. Los mormones dicen que necesitamos el Libro de Mormón además de la Biblia. Los modernistas dirían que necesitamos los 'descubrimientos de la ciencia' además de la Biblia. Pero Jesús dijo que la Biblia en sí es suficiente (ver Ap. 22:18-20).

La persona que tiene la Biblia (según la misma Biblia) estará enteramente preparada para toda buena obra' (II Tm 3:15-17). ¿Y qué diremos de los credos, las confesiones y los catecismos de las iglesias reformadas? Bien, siempre debemos recordar que estos documentos están muy por debajo de la Biblia. Nunca fue el propósito que se vieran iguales a la Biblia en algo, ni deben ser así tomados. Los usamos sólo como resúmenes útiles de la Biblia. Y nunca debemos contentarnos con 'creer el Catecismo'. Siempre habremos de comprobar la enseñanza del Catecismo por la que la Biblia dice. Sólo así será segura y aceptable nuestra fe.

CUESTIONARIO

1. ¿Qué se quiere decir con la frase 'se contiene'?
2. ¿Qué se quiere dar a entender con la palabra 'Escrituras'?
3. ¿Qué significa la palabra 'regla'?
4. ¿Podrán las personas educadas e inteligentes tener una mayor seguridad de poder conocer la verdad de Dios que la gente común y corriente? ¿Por qué?
5. El conocimiento del hombre, ¿debía venir originalmente sólo de la naturaleza? ¿Por qué?
6. ¿Cuáles son las dos fuentes de la 'verdad'?

7. ¿Qué principio maneja el supuesto 'método científico'?
8. ¿Qué hace hoy para todas las personas la revelación natural sola (sin otra ayuda)?
9. ¿Qué quiere decir el 'liberalismo' (teológico) cuando dice que la Biblia 'contiene' la palabra de Dios?
10. ¿Qué quiere decir el neo-ortodoxia cuando dice esto?
11. Los cristianos de teología reformada, ¿qué quieren decir cuando dicen esto?
12. ¿Qué significa decir que la Biblia es infalible?
13. ¿Qué queremos decir cuando decimos que la Biblia es clara? ¿Quiénes niegan esto?
14. ¿Qué queremos decir cuando decimos que la Biblia es suficiente? ¿Quién(es) niega(n) esto?
15. Si la Biblia es lo que decimos que es, entonces ¿por qué tener Catecismos?

LECCIÓN 3 (PREGUNTA 3)

Pr. #3, ¿Qué es lo que principalmente enseñan las Escrituras? R- Lo que principalmente enseñan las Escrituras es lo que el hombre ha de creer respecto a Dios⁶, y los deberes que Dios impone al hombre⁷.

Son muchas las cosas que no podemos aprender de la Biblia:

1. Por ejemplo, la Biblia no nos ofrece una historia completa de la raza humana. No para eso se nos dio la Biblia. De modo que hay muchas cosas de la historia que sólo podemos aprender consultando otras fuentes.
2. Tampoco nos da la Palabra de Dios la información técnica que se requiere para el estudio de las varias ciencias. No hay ninguna fórmula de química; y no están los principios de la electrónica.
3. De hecho, ni siquiera nos ofrece la Biblia toda la información que quisiéramos sobre la persona de Jesús. No sabemos mucho de su niñez, su educación, su vida familiar. Tampoco sabemos absolutamente nada sobre su apariencia física.

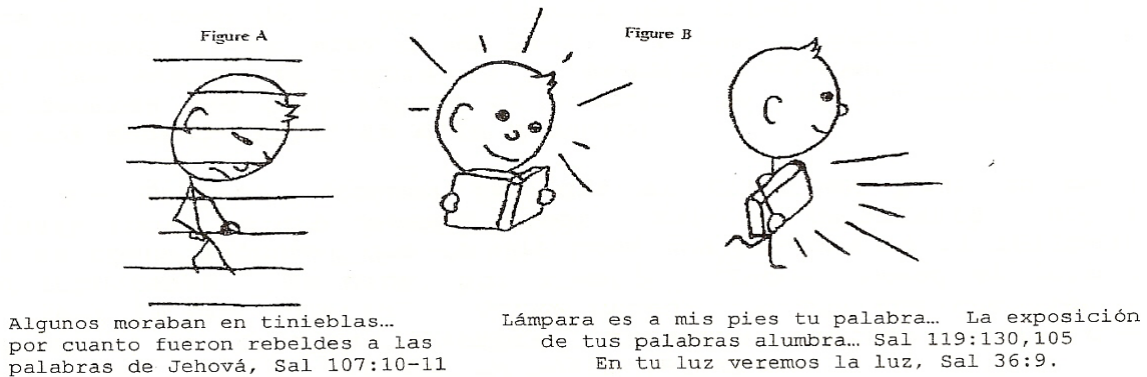
Podríamos citar muchas otras cosas más como ejemplos de lo que la Biblia no nos enseña. Pues la Biblia no nos fue dada para enseñarnoslo todo. Más bien, nos fue dada para enseñarnos... "...lo que el hombre ha de creer respecto a Dios, y los deberes que Dios impone al hombre".

⁶ Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan que en ellas hallan la vida eterna. Y son ellas las que dan testimonio en mi favor (John 5:39) Jesús hizo muchas otras señales milagrosas en presencia de sus discípulos, las cuales no están registradas en este libro. Pero éstas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer en su nombre tengan vida. (John 20:30-31) Les anunciamos lo que hemos visto y oído, para que también ustedes tengan comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos estas cosas para que nuestra alegría sea completa. (1Jo 1:3-4)

⁷ Ya se te ha declarado lo que es bueno. Ya se te ha dicho lo que de ti espera el Señor: Practicar la justicia, amar la Misericordia, y humillarte ante tu Dios. (Mic 6:8) De hecho, todo lo que se escribió en el pasado se escribió para enseñarnos, a fin de que, alentados por las Escrituras, perseveremos en mantener nuestra esperanza. (Rom 15:4) Todo eso les sucedió para servir de ejemplo, y quedó escrito para advertencia nuestra, pues a nosotros nos ha llegado el fin de los tiempos. (1Co 10:11)

Sin embargo, es importante recordar que la Biblia también sí tiene algo que tiene que decir acerca de todas las cosas. Y lo que es de mucha importancia. En realidad, es tan importante, que sin lo que la Biblia dice, no podríamos entender nada cabalmente.

Vamos a ilustrar esto de la manera siguiente:



La figura A ilustra una persona que busca entender el mundo, pero sin referencia alguna a Dios. Podría ser un científico moderno q. 'cree' q. el mundo existe por el proceso de evolución. En otras palabras, desde el inicio de su estudio e investigación de los secretos de la 'naturaleza', ha dejado fuera por completo a Dios. Lo mismo diríamos de los que estudian la historia, la geografía, o cualquier otra ciencia. Sin embargo, la Biblia claramente enseña que todas las cosas que existen en el universo entero fueron creadas. De modo que todo está relacionado a Dios, y es esta relación con Dios la cosa más importante de todas. Si no se quiere reconocer esta relación, ni el 'científico más famoso' ha entendido la verdad de nada. Dicho de otra manera, cuando las personas no comienzan a pensar sobre las cosas reconociendo al Dios verdadero, están en tinieblas y por cuanto están en tinieblas, no pueden ver la luz que hay en el mundo.

En la figura B tenemos a una persona que ha visto la luz. Es la Biblia la que le ha dado la luz (pues el Espíritu Santo ha regenerado su corazón de modo que pueda recibir y creer la Palabra de Dios). Ahora bien, hay dos cosas que podemos notar aquí:

1. Primero, vemos que el conocimiento de la Biblia (que da el Espíritu Santo) capacita a esta persona a creer en el Dios vivo y verdadero
2. Y segundo, vemos que entonces él puede entender su lugar en el mundo. Puede entender que este mundo es el mundo de su Padre celestial, y que siempre debe buscar la gloria de Dios en todo lo que hace en este mundo. Si la persona es un científico, estudiará todo con el fin de ver lo q. pueda acerca de la maravillosa creación que Dios ha hecho. Si es historiador, estudiará la historia de la raza humana con el fin de entender cómo se ha venido desarrollando el propósito divino. Y así es en todas las esferas. Sólo por la fe (lo que el hombre 'cree respecto a Dios) puede una persona andar en forma correcta (los deberes que Dios impone al hombre)

Notemos que esta pregunta introduce el bosquejo básico que se sigue en el resto del catecismo. En las preguntas 4-38 se hace un resumen de lo que la Biblia nos enseña con respecto a lo que debemos creer acerca de Dios. Y las preguntas 39-107 (la ley, los medios de gracia, y la oración) ofrecen un

resumen de los deberes que Dios impone al hombre. Hay varias cosas en las que nos debemos fijar en este momento:

1. Primero, debemos ver que el Catecismo pone un mayor énfasis sobre lo que debemos creer. Esto es importante. Hoy en día es común escuchar que lo que cree una persona no es realmente tan importante. Se dice, por ejemplo: 'Todos tienen el derecho de creer lo que quieran. Otros dicen: 'Lo que sea que crea la persona es de aceptarse, siempre y cuando es sincero y trata bien al prójimo. Así lo expresó un poeta (Pope): 'Dejen a sectarios altercar por la fe; Quien vive una vida recta, ese es hombre de bien. Es muy cierto que no hay que obligar a nadie a creer lo que no quiere. Pero no es cierto que no importa lo que cree. La Biblia dice: Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios (II Jn 2). Jesús dijo a la mujer junto al pozo: Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos... y los que adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren (Jn 4:22,24). Luego no hay cosa más peligrosa que la idea que uno puede en verdad vivir una vida recta sin tener una doctrina recta. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos (Jn 7:18). Es ésta la razón por la que el Catecismo pone en primera instancia 'lo que el hombre ha de creer respecto a Dios.
2. En segundo lugar, debemos ver que cuando una persona en verdad tiene fe verdadera (si en verdad cree lo que Dios le pide que crea), luego debe cumplir también con lo que Dios ordena. Dicho de otra forma, no hay tal cosa como fe verdadera, al menos que dé como resultado una práctica correcta. Hermanos míos, dice Santiago - ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? (2:14). No, dice Santiago, la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.... Como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta (2:17,26). Entonces, vemos que no tendríamos un panorama correcto de la vida cristiana, si el Catecismo no enfatizara ambos aspectos: 'lo que el hombre ha de creer respecto a Dios' y 'los deberes que Dios impone al hombre'. No hay tal cosa como una ortodoxia muerta. Esto sería profesar las doctrinas verdaderas de la Biblia, entenderlas de tal manera que las pueden explicar y defender, pero no vivir en la manera que Dios quiere que se viva. Debemos ver que esto es muy malo. Y debemos ver que el Catecismo no sólo pone la fe en primera instancia, sino también en seguida nos enseña que esta fe no es una fe genuina y salvadora, al menos que produzca una práctica correcta.

Hay una cosa más que debemos mencionar. La Biblia habla acerca de la ley (los diez mandamientos), y nos dice que esa ley: ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe (Gal. 3: 24). Esto significa que una persona no puede venir a una fe verdadera en Cristo como su Salvador, al menos que primero haya entendido su necesidad. En otras palabras, sólo es mediante la ley que hombres pecadores llegan a entender que son pecadores. Por medio de la ley el conocimiento del pecado (Rm 3:20). Entonces cabría la pregunta: ¿Por qué el Catecismo no nos habla primero de la ley, y luego de la fe en Cristo que necesitamos para ser salvos? Para contestar, diríamos que, primero, no estaría equivocado el Catecismo si primero tratara la ley, y luego la fe. Dios mismo nos dio la ley antes de enviarnos el Salvador. Y segundo, hay buenas razones por las que el Catecismo no trata primero la ley. ¿Cuáles son estas razones?

1. Primero, existe la posibilidad de que, al poner la ley primero y Cristo segundo, se daría la impresión de que Cristo es menos importante que la ley. Esto sería totalmente falso, pues Cristo es lo más importante de todo.

2. Segundo, abría la posibilidad de que los q. leen sin poner mucha atención puedan imaginar que la salvación se obtiene al hacer lo que la ley ordena. Alguno podría decir: 'Primero, guarda la ley, y luego Cristo te aceptará'. y esto estaría totalmente equivocado. Pues la Biblia dice que nadie jamás se salva por (en base a) haber cumplido la ley." De hecho, nadie (con excepción de Jesús) jamás ha guardado la ley como Dios quiere.
3. Tercero, existe la posibilidad de que, si se pone primero la ley, y la fe en Cristo segundo, se dé la impresión que no necesitamos la ley después de creer en Cristo. Alguno podría decir: 'Ya que vine a Cristo, no necesito que la ley me diga cómo debo vivir'. Esto también estaría totalmente equivocado. Pues la ley fue dada por Dios no sólo para hacernos entender que necesitamos a Cristo como nuestro Salvador, sino también fue dada para mostrarnos cómo hay que vivir para Cristo después de llegar él a ser nuestro Salvador. Así lo explica Juan: Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos (I Jn 5:3).

Para concluir, quiero enfatizar el hecho de que el Catecismo rechaza tajante la opción entre tener el cristianismo como una doctrina o tenerla como una vida. El verdadero cristianismo nunca se da sin ambos aspectos; siempre van de la mano, como el buen árbol y los frutos buenos que da.

CUESTIONARIO

1. ¿Qué se quiere decir con la palabra 'principalmente' en la respuesta del Catecismo?
2. ¿Habrán cosas que no se pueden aprender de la Biblia? Da un ejemplo.
3. Nombra un tema sobre el cual la Biblia no nos dice absolutamente nada.
4. ¿Cuánto del mundo puede la persona en la figura A entender correctamente? ¿Por qué?
5. ¿Por qué la persona en la figura B entiende el mundo en su sentido verdadero?
6. Explica esta frase de la Biblia: 'en tu luz veremos la luz'.
7. ¿Cuáles son las dos partes principales del Catecismo?
8. ¿Sobre qué pone el énfasis primero el Catecismo? ¿Por qué?
9. ¿Es suficiente la fe? Explica.
10. ¿Sería incorrecto que el Catecismo tratara primero la ley antes de la fe? ¿Por qué?
11. ¿Cuáles son algunas de las razones por las que se trata primero la fe, antes de la ley?
12. ¿Cuál es la verdad más importante que podemos aprender de esta pregunta del Catecismo?

LECCIÓN 4 (PREGUNTA 4)

Pr. #4, ¿Qué es Dios? Dios es un Espíritu⁸, infinito⁹, eterno¹⁰ e inmutable¹¹ en su ser, sabiduría, poder, santidad, bondad, justicia y verdad¹².

⁸ Dios es espíritu, y quienes lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad. (John 4:24)

⁹ Desde antes que nacieran los montes y que crearas la tierra y el mundo, desde los tiempos antiguos y hasta los tiempos postreros, tú eres Dios. (Psa 90:2)

¹⁰ Guímel - Grande es el Señor, y digno de toda alabanza; su grandeza es insondable. (Psa 145:3)

Fue Jesús quien dijo que 'Dios es Espíritu' (Jn 4:24). Lo que hace el Catecismo es simplemente desarrollar el texto por medio de una definición de la naturaleza de ese Espíritu que es Dios. Dios es ese Espíritu que tiene ciertos atributos (características, cualidades) que lo distinguen de todos los demás seres que existen en el universo. De modo que en cierta manera sería incorrecto decir que Dios es Espíritu, pues Dios no es el único espíritu que existe. La Biblia dice que los ángeles son espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación (Héb 1: 14) Si solamente dijéramos que 'Dios es Espíritu', no le estaríamos distinguiendo de los demás seres que también son espíritus. Esto vendría a ser una forma de panteísmo, una filosofía que enseña que todo espíritu es parte de Dios, o bien o una manifestación de Dios. Más cuando decimos que 'Dios es un Espíritu', estamos queriendo dejar en claro que él es distinto a los demás seres.

Ahora bien, ¿qué es 'Espíritu'? La Biblia comenta: ¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? (I Co 2:11). El hecho de pensar, o saber algo, es una actividad del espíritu de una persona. Y podemos comparar el espíritu de un hombre con Dios, en virtud de que el hombre es creado a la imagen de Dios. El espíritu humano no es de materia, no puede ser visto, palpado, pesado, o medido. En ocasiones pudiéramos decir que el espíritu de una persona es como los pensamientos que esa persona tiene. Habiendo dicho todo lo que con confianza se puede decir sobre la terna, aun así tenemos que confesar que es mucho muy difícil dar una definición precisa, o descripción, de un espíritu. De modo que cuando se pregunta ¿qué es un espíritu?, tenemos que confesar que no podemos contestar plenamente la pregunta. Hay un elemento de misterio aquí que no podemos resolver. Pero lo más importante de nuestra confesión que Dios es un Espíritu, es que estamos negando que Dios tiene algo de elemento material. Como lo dice el Catecismo Infantil: 'Dios no tiene cuerpo como tienen los hombres'. Dios es invisible. Nadie ha visto a Dios jamás, ni nadie jamás puede ver a Dios, por lo menos no con sus ojos físicos (Jn 1:18; I Jn 4:12; etc.)¹³. Es un pecado (pues va en contra del segundo mandamiento) tratar de hacer visible a Dios mediante algún cuadro (icono) o estatua (imagen) (Ex 20: 4).¹⁴ El profeta Isaías hace esta pregunta: ¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis? (40:18). Él contesta su propia pregunta diciendo: Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas (v. 26).

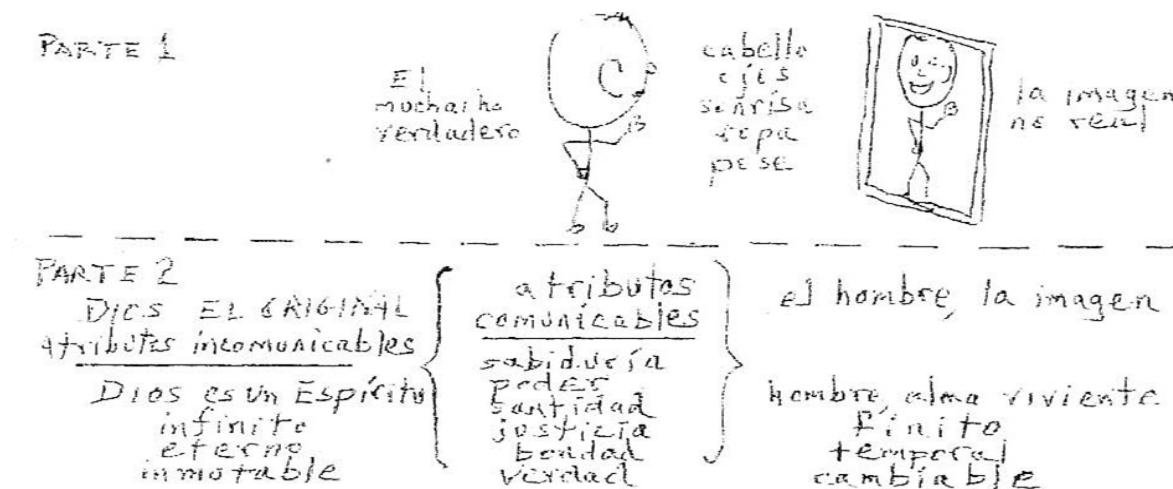
¹¹ Yo, el Señor, no cambio. Por eso ustedes, descendientes de Jacob, no han sido exterminados. (Mal 3:6) Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras. (Jam 1:17)

¹² Cuando Abraham tenía noventa y nueve años, el Señor se le apareció y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso. Vive en mi presencia y sé intachable. (Gen 17:1) Yo soy el que soy respondió Dios a Moisés. Y esto es lo que tienes que decirles a los israelitas: Yo soy me ha enviado a ustedes. (Exo 3:14) Pasando delante de él, proclamó: El Señor, el Señor, Dios clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad, que mantiene su amor hasta mil generaciones después, y que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado; pero que no deja sin castigo al culpable, sino que castiga la maldad de los padres en los hijos y en los nietos, hasta la tercera y la cuarta generación. (Exo 34:6-7) Excelso es nuestro Señor, y grande su poder; su entendimiento es infinito; (Psa 147:5) Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios. Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos. (Rom 11:33) El primero de los seres vivientes era semejante a un león; el segundo, a un toro; el tercero tenía rostro como de hombre; el cuarto era semejante a un águila en vuelo. (Rev. 4:7) ¿Quién no te temerá, oh Señor? ¿Quién no glorificará tu nombre? Sólo tú eres santo. Todas las naciones vendrán y te adorarán, porque han salido a la luz las obras de tu justicia. (Rev. 15:4)

¹³ Juan no era la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz. (John 1:8)

¹⁴ No te hagas ningún ídolo, ni nada que guarde semejanza con lo que hay arriba en el cielo, ni con lo que hay abajo en la tierra, ni con lo que hay en las aguas debajo de la tierra. (Exo 20:4)

La única manera, pues, de 'ver' a Dios es en forma indirecta. Lo vemos sólo cuando aprendemos a ver su 'reflejo' en las cosas que él ha creado. Nuevamente, trataremos de ilustrar esta verdad con un dibujo sencillo:



En la parte 1, vemos a nuestro amigo - llamémosle Pepe - mirando su imagen en un espejo. Vemos dos cosas que son ciertas:

1. Primera, ellos - Pepe y su imagen - son dos cosas completamente diferentes, pues uno es un cuerpo vivo, y el otro no.
2. Segunda, vemos que son exactamente iguales; la imagen del espejo es una copia de Pepe fiel hasta el último detalle. Esto es muy parecido a lo que sucede cuando comparamos a Dios con el hombre, quien está hecho a su imagen. Vemos las mismas dos cosas:
 - a. Primera, vemos q. Dios es completamente diferente al hombre
 - b. Y sin embargo, en segundo lugar, vemos que el hombre está hecho exactamente a la imagen de Dios.

Lo que queremos aprender en esta parte del estudio es ver cómo el Catecismo nos induce a pensar de Dios en ambas maneras. Esto lo vemos en la parte 2, sin dibujar nada que represente a Dios (ya que esto sería incorrecto). Notarás que Dios tiene ciertos atributos (características, cualidades) que no 'comparte' con el hombre. Dios es infinito, pero el ser humano no lo es. Dios es eterno, pero el ser humano no lo es. Dios es inmutable, pero el ser humano no lo es. A estos atributos se les llama 'incommunicables', porque pertenecen sólo a Dios. No las da al ser humano, sino que las retiene para él solo. (Es algo como decir que Pepe no le da a su imagen del espejo su carne viva, etc.). Pero notamos también que Dios tiene ciertos atributos que sí comparte con el ser humano. Dios dio al hombre (antes de la caída) sabiduría; poder, santidad, etc. A estos atributos se les llama 'comunicables', pues Dios los da al hombre para que éste sea como Dios. (Es algo como decir que Pepe da a su imagen del espejo el mismo color de cabello, de ojos, la misma sonrisa, etc.)

Pero ahora llegamos a la parte más difícil, pero a la vez más importante. Hay que entender que aun cuando hablamos de los atributos comunicables, existe una diferencia entre Dios y su imagen (el ser humano), así como la hay entre Pepe y su imagen del espejo. Ambos, Pepe y la imagen del espejo,

tienen una sonrisa. Es exactamente la misma sonrisa, ¿no es así? ¡No la es! Piénsalo bien, y verás que no es la misma. La sonrisa de Pepe es verdadera, es real; la sonrisa del espejo sólo es una imagen de esa sonrisa. La sonrisa de Pepe es mejor, precisamente porque es la sonrisa verdadera. Así es con los atributos comunicables de Dios (sabiduría, poder, santidad, etc.). Dios los tiene en una forma mucho más elevada que el ser humano jamás los puede tener. Dicho de otra manera, la sabiduría de Dios siempre es infinita, eterna e inmutable. Su poder es infinito, eterno e inmutable también. Pero la sabiduría del ser humano, o bien su poder, siempre son finitos, temporales y cambiables. Algo así diríamos de Pepe, que su cabello, sus ojos, etc., siempre son reales, pero el cabello y los ojos de la imagen del espejo nunca serán reales.

Ahora debemos considerar brevemente dos asuntos que vienen a la mente, si queremos entender bien lo que enseña el Catecismo.

1. El primer asunto es: si Dios es Espíritu, ¿cómo es que la Biblia lo describe como teniendo miembros del cuerpo? Leemos de la mano de Jehová (Jos 4:24), los ojos de Jehová (Zac 4:10), etc. En Ex 24:10 leemos incluso que Moisés y los demás 'vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro... '. Sin duda, algunos de estos textos que se refieren así a Dios simplemente están tratando de expresar con términos humanos cosas que casi no entenderíamos de otra manera. Pero algunos de estos pasajes describen a Dios con apariencia humana, y son descripciones verdaderas de lo que las personas vieron. Con todo, entendemos el por qué. De la manera que los ángeles (que son espíritus) pueden tomar forma humana para hacerse ver, así también lo hizo Cristo durante el período de historia del Antiguo Testamento (ver Gn 18:1-5,16-25, etc.). Estas manifestaciones fueron lo que Calvino llamó 'preludios de su manifestación futura como el Dios-hombre'. Por supuesto, nuestro Señor es Dios y al mismo tiempo (debido a que tiene una verdadera naturaleza humana), ahora tiene manos, pies, etc.
2. El segundo asunto es si Dios es inmutable, ¿cómo es que la Biblia habla de él como que puede cambiar? En Génesis 6:6 leemos, Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra y le dolió en su corazón. Cuando una persona se arrepiente, cambia su manera de pensar. Pero, ¿cómo puede Dios arrepentirse si él es inmutable? La respuesta es que cuando la Biblia habla así de Dios, siempre nos dice que primero fue el hombre que cambió. El ser humano cambia su actitud, o bien, su relación con Dios. Debido a este cambio en la persona, viene un cambio en la forma de trato que Dios da a la persona. Pero en realidad, el cambio no está en Dios, se dio sólo en el hombre. Dios siempre es santo. y sólo cuando peca el hombre es que la santa ira que Dios siempre tiene en contra del pecado viene sobre él. La razón por la que Dios no puede variar, es que no puede negarse a sí mismo: Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo (2 a Tm 2: 13). En otras palabras, Dios siempre va a hacer lo que concuerda con su propia naturaleza, la cual es perfecta. Así entonces, cuando una de sus criaturas que creó buena se vuelve mala, a Dios necesariamente le causará dolor. No puede ser de otra manera, debido a su propia santidad, la cual es inmutable.

CUESTIONARIO

1. ¿Cuál es el significado de la palabra 'espíritu'?

2. Define los términos:
 - a. Infinito
 - b. Eterno
 - c. Inmutable
3. ¿Qué es lo que no se quiere decir al hablar de Dios como “un espíritu”?
4. ¿Hay otros espíritus aparte de Dios? Explica.
5. ¿A qué podríamos comparar un espíritu?
6. ¿Qué nos enseña esta respuesta del Catecismo que debemos negar con respecto a Dios?
7. ¿Cuáles son las dos clases de atributos que pertenecen a Dios?
8. Da una breve definición de cada uno de estos atributos.
9. Los atributos comunicables de Dios en el hombre, ¿son los mismos como en Dios? Explica.
10. ¿Qué quiere decir la Biblia al hablar de Dios como teniendo manos, pies, etc.?
11. ¿Qué quiere decir la Biblia cuando dice que Dios se arrepiente?
12. Prepárate para explicar el dibujo que se da en esta lección, y muestra cómo ilustra lo que enseña el Catecismo.

LECCIÓN 5 (PREGUNTAS 5 & 6)

Pr. #5, ¿Hay más de un Dios? R- No hay sino uno solo¹⁵, el Dios vivo y verdadero¹⁶.

Pr. #6, ¿Cuántas personas hay en la Divinidad? R- Hay tres personas en la Divinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo¹⁷; Y estas tres personas son un solo Dios, las mismas en sustancia, iguales en poder y gloria¹⁸.

¹⁵ En aquella ocasión conquistamos todas sus ciudades. Nos apoderamos de las sesenta ciudades que se encontraban en la región de Argob, del reino de Og en Basan. (Deu 3:4) De modo que, en cuanto a comer lo sacrificado a los ídolos, sabemos que un ídolo no es absolutamente nada, y que hay un solo Dios. (1 Co 8:4)

¹⁶ Pero el Señor es el Dios verdadero, el Dios viviente, el Rey eterno. Cuando se enoja, tiembla la tierra; las naciones no pueden soportar su ira. (Jer 10:10) Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado. (John 17:3)

¹⁷ Tan pronto como Jesús fue bautizado, subió del agua. En ese momento se abrió el cielo, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y una voz del cielo decía: “Éste es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él.” (Mat. 3:16-17) Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, (Mat. 28:19)

¹⁸ Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos ustedes. (2Co 13:14) Lo que ha sido desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado con las manos, esto les anunciamos respecto al Verbo que es vida. Esta vida se manifestó. Nosotros la hemos visto y damos testimonio de ella, y les anunciamos a ustedes la vida eterna que estaba con el Padre y que se nos ha manifestado. Les anunciamos lo que hemos visto y oído, para que también ustedes tengan comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. (1Jo 1:1-3) También sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para que conozcamos al Dios verdadero. Y estamos con el Verdadero, con su Hijo Jesucristo. Éste es el Dios verdadero y la vida eterna. (1 Jo 5:20) Ananías, le reclamó Pedro, ¿cómo es posible que Satanás haya llenado tu corazón para que le mintieras al Espíritu Santo y te quedaras con parte del dinero que recibiste por el terreno? ¿Acaso no era tuyo antes de venderlo? Y una vez vendido, ¿no estaba el dinero en tu poder? ¿Cómo se te ocurrió hacer esto? ¡No has mentado a los hombres sino a Dios! (Act 5:3-4) El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es, y el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa. Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas. (Heb 1:3)

Estas dos preguntas del Catecismo ponen delante de nosotros la doctrina más importante de la fe cristiana. Se trata de la doctrina de la Trinidad. Alguien ha dicho que todo error - de una manera u otra - se debe a un punto de vista imperfecto sobre quién es Dios. De cualquier manera, no podemos estar demasiado seguros sobre esta verdad tan importante.

Se puede resumir la doctrina de la Trinidad en tres frases:

1. Sólo un Dios existe.
2. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios.
3. Cada una de estas tres personas es distinta a las otras.

Observarás que con estas tres aseveraciones se están afirmando dos verdades que aparentemente son contradictorias. Estas dos verdades son: la unidad y la pluralidad de Dios. La unidad se expresa en el hecho de que hay sólo un Dios. La pluralidad se expresa en el hecho de que son tres los que son Dios. Muchas veces se ha comentado que esto es un sin sentido.

Religiones falsas, como por ejemplo los Testigos de Jehová, ridiculizan esta doctrina de la Trinidad. Dicen que quienes creen esta doctrina, realmente creen ¡en tres Dioses! Los que dicen así no son 'trinitarios', sino 'unitarios'. Es decir, creen que sólo una persona (el Padre, o Jehová) es Dios. Enseñan que Jesús es un ser creado (no es auto existente, como lo es el Padre), y dicen que el Espíritu Santo sólo es un nombre que se da al poder de Dios (no es una persona, como el Padre).

Los unitarios (entre quienes los Testigos de Jehová son sólo un ejemplo) afirman la unicidad de Dios, y niegan que haya tres personas distintas que son Dios. Los politeístas (significa 'muchos' + 'Dios') creen que hay más de un ser al que se le puede llamar Dios. Pero no creen que estos 'dioses' tienen una misma esencia o sustancia idéntica en su ser. De modo que los mormones, por ejemplo, serían así politeístas.

Ambas posiciones - la unitaria y la politeísta - parecen más fáciles de entender que la doctrina de la Trinidad. Pero no es de suponerse que esto sea un argumento a favor de ellas, o bien en contra de la fe cristiana histórica. Porque, ... mis pensamientos no son vuestros pensamientos..., dice el Señor a través de su profeta Isaías, ... ni vuestros caminos vuestros caminos (55:8).

Es decir, debemos recordar siempre que la doctrina de la Trinidad no es algo que los hombres han llegado a creer porque les pareció razonable. En lo absoluto. La única razón que tenemos para creer esta doctrina es que las Escrituras no permiten otro punto de vista. Pasemos ahora a considerar algunas de estas verdades bíblicas que nos obligan a creer en esta doctrina.

1. La Biblia enseña con toda claridad que sólo hay uno que es el Dios vivo y verdadero. Que todos los pueblos de la tierra sepan que Jehová es Dios, y que no hay otro (1. R 8:60). Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios (Is 44:6). No hay otra verdad que se enseñe con mayor énfasis y consistencia que ésta. Sólo hay un Dios que es el que verdaderamente existe.
2. La Biblia también enseña con toda claridad que no sólo el Padre, sino también el Hijo, y el Espíritu Santo, son Dios

- a. Siendo que nadie cuestiona el hecho de que el Padre es Dios, citaremos sólo un texto al respecto, que es Jn 1:18, A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.
 - b. Pero al mismo tiempo, la Biblia declara que el Hijo es asimismo Dios. En el Salmo 45:6 leemos, en una referencia al Mesías, que se dice: tu trono, Oh Dios, es eterno y para siempre, y otra vez, en Is 9:6-7, Porque un niño nos es nacido... y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte ... En el Nuevo Testamento leemos que ... el Verbo era Dios (Jn 1:1) y cuando Tomás, que había dudado, comprendió la verdad, se arrodilló ante Jesús y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! (Jn 20:28). De modo que más allá de toda duda, a Cristo el Hijo se le llama Dios. Pero descubrimos en el Nuevo Testamento además, que Cristo posee los atributos de Dios. ¡Tiene vida en sí mismo! (Jn 1:4; 5:26). Está presente en todo lugar (Mt 28:20). Antes del principio, ya existía (Jn 1:1). Y también el Nuevo Testamento registra el hecho de que Cristo hizo las obras que hace Dios: Todas las cosas por él fueron hechas (Jn 1:3). Él sustenta todas las cosas con la palabra de su poder (Heb 1: 3). Todas las cosas en él subsisten (Col 1:17). Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente (Jn 5:19). Y como ya mencionamos (Jn 20:28), es incluso adorado como Dios. De modo que si al Hijo se le llama Dios, posee los atributos de Dios, hace las obras de Dios, incluso recibe la adoración que es propia de Dios, ¿a qué otra conclusión debemos llegar sino la de que en verdad él es Dios?
 - c. Exactamente lo mismo puede decirse del Espíritu Santo. La evidencia es del mismo orden, y seguiremos los mismos puntos, dando sólo un texto para cada tipo de evidencia. En Hechos 5:3-4, al Espíritu Santo se le llama Dios: Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo? ... No has mentado a los hombres, sino a Dios. En la Co 2:10 " - se nos dice que el Espíritu Santo posee los atributos de Dios: Porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Asimismo el Espíritu hace la obra que sólo Dios puede hacer: ... el Espíritu es el que da vida (Jn 6: 63). Y al Espíritu se le debe la adoración y reverencia que le pertenece a Dios. Jesús dijo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonado. Nuevamente vemos que, si al Espíritu Santo se le llama Dios, posee los atributos de Dios, hace las obras de Dios, y se le debe adorar como Dios, la única conclusión a la que podemos llegar es que el Espíritu Santo es Dios.
3. La Biblia también enseña con toda claridad que las tres son personas distintas, y que son iguales en poder y gloria. En la historia de la iglesia primitiva hubo dos errores serios en los que cayeron los hombres al tratar de resolver este misterio de la Trinidad.
 - a. Uno de estos errores se llamó el 'modalismo', o 'sabelianismo' (por su promotor Sabelio) Quiere decir que Dios (según este punto de vista) era una persona, y que 'juega diferentes papeles', algo así como un actor que aparece en escena primero como un personaje, luego - después de cambiar rápidamente su vestidura - aparece como otro. Ellos creyeron que cuando Dios hacía las veces de Padre, no existía el Hijo ni el Espíritu Santo. Y cuando hacía el papel del Hijo, no había Padre ni había Espíritu. La razón por la que la iglesia rechazó esto es muy sencilla. Es porque las tres personas de la Divinidad se han manifestado al mismo tiempo: Y Jesús, después que fue bautizado, ~ subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia (Mt 3:16-17).

Cuando Cristo estaba de pie ante la gente junto al río Jordán, el Espíritu descendió, y el Padre habló desde los cielos. No pudo, pues, haber sido una persona tomando las tres partes una después de la otra.

- b. Al otro error se le llamó el 'monarquianismo'. El título viene de la palabra 'monarca', que se refiere a un rey. La idea básica era que sólo una de las personas de la Divinidad podía ser realmente 'el Rey'. Estas personas, entonces, dijeron que el Padre era mayor que el Hijo o que el Espíritu Santo. Y no creyeron tampoco que las tres personas eran iguales en poder y en gloria. Hay textos que parecen concordar con esta teoría, pues Cristo sí dijo: ... mi Padre mayor es que yo (Jn 14: 28). Si leemos sólo textos como este, sería fácil ver que hay mucho de verdad en esta antigua teoría. Pero si leemos textos como Fil. 2:6, podemos ver el porqué la iglesia la rechazó como un error, pues Cristo,... siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse. Con respecto a su naturaleza divina eterna, Cristo sí es igual al Padre. Sólo es con respecto a su naturaleza humana, en la que tomó sobre sí tanta humillación, que pudo Cristo decir, mi Padre mayor es que yo. Si recordamos esto, no caeremos en la tentación de ese antiguo error.
- c. La evidencia bíblica, pues, nos obliga a la doctrina de la Trinidad: un Dios, tres que son Dios, y los tres distintos. Es interesante notar que hay cosas que la Biblia dice que serían incongruentes, a no ser que las interpretemos con la formulación que nos da el Catecismo. Cristo dijo que debemos ir... a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mt 28:19). Nota que no dijo 'en los nombres', de modo que sólo se estaba refiriendo a un ser. Y nota además, que no dijo 'del Padre, Hijo y Espíritu Santo', como si fueran términos sinónimos, como tú, usted, y vos. Al contrario, pues Jesús con toda intención hace distinción entre los tres, como que tiene cada uno su propia identidad y personalidad, y por eso dice: 'del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo'. Esta, pues, es la doctrina de la Trinidad. Por cierto, la doctrina queda revelada sólo cuando tomamos en cuenta la enseñanza completa de toda la Escritura. Y es interesante notar que desde el comienzo de la revelación divina, siempre hubo un énfasis igual sobre las dos verdades fundamentales de la doctrina de la Trinidad. Hubo un énfasis sobre el hecho de que Dios es una unidad (es un Dios), y una pluralidad (hay más de una persona). Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza. Y leemos que... creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó... (Gn 1:26-27). He aquí un misterio que permaneció bajo llave, hasta que el Nuevo Testamento dio el significado completo, revelándonos el ser Tri-uno de Dios.

CUESTIONARIO

1. Di las 3 verdades esenciales que componen la doctrina de la Trinidad.
2. ¿Qué significa el término 'Deidad'?
3. ¿Qué significa el término 'sustancia'?
4. ¿Qué creen los unitarios? ¿Cuál secta moderna es unitaria?
5. ¿Qué creen los politeístas? ¿Cuál secta es politeísta?
6. ¿Es fácil entender la doctrina de la Trinidad? Si no, entonces, ¿por qué creer en ella?
7. Cita un texto bíblico que prueba que sólo hay un Dios.

8. ¿Cuáles son las 4 cosas que pertenecen sólo a Dios, y que se puede probar de la Biblia que pertenecen asimismo a Cristo y al Espíritu Santo?
9. Da un ejemplo de cada una de éstas, con relación a la persona de Cristo.
10. Da un ejemplo de cada una de éstas, con relación a la persona del Espíritu Santo.
11. ¿Qué enseñó el 'modalismo'? ¿Qué pasaje bíblico prueba que esto es un error?
12. ¿Qué enseñó el 'monarquianismo'?
13. ¿Qué pasaje usan los 'monarquianistas' en su apoyo?
14. ¿Cómo se debe contestar este intento de ellos?
15. ¿Por qué Mt 28:19 nos obliga a creer la doctrina de la Trinidad?
16. ¿Se enseña la doctrina de la Trinidad en el Antiguo Testamento? Explica.

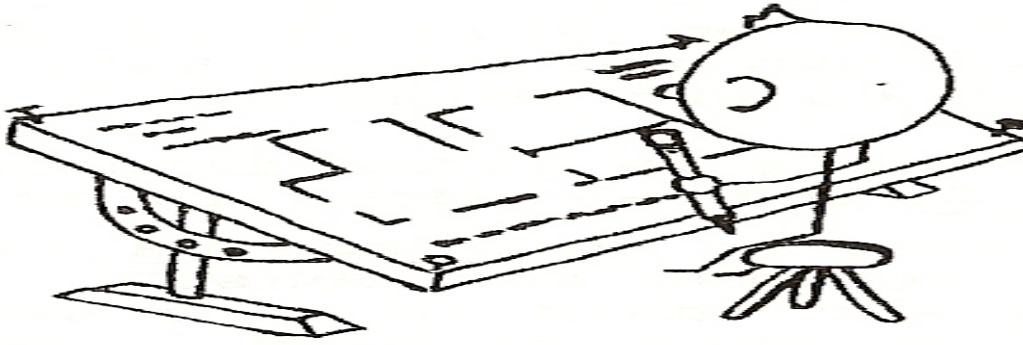
LECCIÓN 6 (PREGUNTA 7)

Pr. #7, ¿Qué son los decretos de Dios? R- Los decretos de Dios son su propósito eterno, según el consejo de su propia voluntad, en virtud del cual ha pre ordenado, para su propia gloria, todo lo que sucede¹⁹.

La Biblia dice que Dios 'hace todas las cosas según el designio de su voluntad' (Ef. 1:11). En otras palabras, lo que vemos suceder en este mundo no es al azar o por accidente. Las cosas no suceden por ninguna razón alguna. En lo absoluto, pues siempre hay una razón de todo. Y la razón final de todo es el gran plan de Dios: Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas, a él sea la gloria por los siglos (Rm 11:36). A veces no nos damos cuenta de que Dios ha planeado todo lo que sucede. Pero la Biblia dice que el Señor anuncia... lo por venir desde el principio, y... que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero (Is 46: 10). Con respecto al hombre, Job dice que... Ciertamente sus días están determinados, y el número de sus meses está cerca de ti; le pusiste límites, de los cuales no pasará (Job 14:5). Todo es así, pues... todas las cosas ha hecho Yahvé para sí mismo, y aun al impío para el día malo (Pr 16:4).

A fin de ilustrar esta verdad, trataremos de mostrar un paralelo humano al gran plan de Dios:

¹⁹ Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor (Eph 1:4) En Cristo también fuimos hechos herederos, pues fuimos predestinados según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad. (Eph 1:11) Si se consagra la parte de la masa que se ofrece como primicias, también se consagra toda la masa; si la raíz es santa, también lo son las ramas. (Rom 11:16) Éste fue entregado según el determinado propósito y el previo conocimiento de Dios; y por medio de gente malvada, ustedes lo mataron, clavándolo en la cruz. (Act 2:23)



Aquí vemos a Pepe terminando los planos de su casa. Aun antes de poner los cimientos, ya determinó exactamente cómo quiere que se haga. Y cuando llegue el día de edificarla, los albañiles tendrán que seguir lo que está en el diseño. Todo se hará según 'los planos'. Ahora bien, esto es sólo una comparación débil del gran plan de Dios, pero sí ilustra un paralelo verdadero. Pues de la misma manera como Pepe planea todo lo que va a entrar en su casa, así Dios planea todo lo que sucede en el mundo. Él ha pre ordenado todo lo que pasará.

Habiendo dicho esto, debemos señalar ciertas maneras en las que el plan de Dios NO es como los planos (o planes) que hacemos los hombres.

1. Una de estas diferencias, es que el plan de Dios es eterno. En otras palabras, si preguntáramos, ¿cuándo fue que Dios hizo este gran plan suyo?, la respuesta sería: ¡este es un plan que Dios siempre ha tenido! ¡Lo ha tenido desde la eternidad! Con los planes humanos, es muy diferente. Primero, hay un tiempo cuando no hemos elaborado todavía el plan. Luego viene el proceso de tratar de decidir cuál plan sería el mejor. Por fin, llegamos a tener un plan adecuado. Pero con Dios, no es así. Pues, el consejo del Jehová permanecerá (o permanece) para siempre, los pensamientos de su corazón por todas las generaciones (Sal 33: 11). Dios no hace sus planes de día en día, como hacemos nosotros. Tampoco cambia alguna vez su plan. Él es infinito, eterno e inmutable. De modo que sus propósitos - su plan - siempre han estado en la mente de Dios, nunca lo ha cambiado, ni lo ha de cambiar en lo más mínimo. Es por ello que el Catecismo dice que su 'propósito eterno' es 'según el consejo de su propia voluntad. Cuando hacemos planes nosotros, generalmente los hacemos después de consultar a otras personas. Buscamos el consejo y las recomendaciones de otros que tienen más sabiduría o conocimiento que nosotros. Pero Dios no necesita hacer esto. Él ya lo sabe todo. Nadie tiene algo de sabiduría que él no tenga. Nada ocurrirá que él no lo haya previsto. Por tanto, Dios no hizo su plan en algún proceso de consulta con otros. Sólo consultó consigo mismo - si podemos decir así - de modo que su plan concuerde perfectamente con su santa voluntad. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? (Rm 11:33-34)
2. Otra diferencia entre el plan de Dios y los planes de los hombres, es el hecho de que el plan de Dios es absoluto. O sea, no sucede nada - absolutamente nada - que Dios no haya planeado. Cuando una persona hace planos para una casa, es por medio de ese plan q. tiene una cierta medida de control sobre lo que sucederá. Pero su plan no lo determina todo. No cubre todos y cada uno de los detalles, como por ejemplo el número exacto de clavos que se van a usar en

la construcción. Tampoco puede determinar exactamente cuántos días llevará construirla. Pero en el plan de Dios, absolutamente todo está incluido. Están incluidos incluso dos clases de eventos que suceden en el mundo y que la gente muchas veces piensa están fuera del control de Dios.

- a. Están las cosas que llamamos 'accidentes' o 'casualidad'. Cuando la gente juega a las cartas, o con los dados, se imaginan que nadie sabe cómo se darán las cosas. Creen que tienen un 'chance' de ganar. Pero la Biblia dice que... La suerte se echa en el regazo; más de Jehová es la decisión de ella (Pr 16:33). En el libro de Reyes (2° Reyes 22) leemos que el rey Acab se jugó su 'suerte' cuando fue a la guerra, en contra de la advertencia del Señor. Leemos también (verso 34) que un soldado sirio lanzó al aire una flecha 'a la ventura', sin tener blanco específico. Pero fue esa flecha la que mató al rey. Todas las cosas son predeterminadas por el Señor. Y por lo que respecta el plan de Dios, no existe el 'accidente' - no hay evento alguno que pueda ser sorpresa para Dios, o que le haga cambiar de plan.
 - b. Pero ¿y qué del libre albedrío del hombre?, nos podríamos preguntar ¿Debemos creer que incluso lo que el hombre escoja hacer - sea para bien o mal - ya está predeterminado por Dios? En efecto, eso es lo que la Biblia nos enseña. Pues la Biblia dice que toda decisión tomada por cada hombre, sea creyente o incrédulo - ha sido planeada desde la eternidad por Dios. Toma, por ejemplo, lo que dice la Biblia acerca del crimen cometido por los hombres inicuos cuando mataron al Señor Jesús. Leemos que... A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole (Hch 2:23). De modo que aun cuando la gente malvada actuó en contra de Dios, todavía así ¡estaban haciendo lo que él había planeado! Ellos pudieron haber creído que estaban descomponiendo el plan de Dios, pero en realidad... ¡lo estaban cumpliendo! Y si esto es así tratándose de personas incrédulas, cuánto más será con personas de fe. Pues,... somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (Ef. 2:10). Es más, la decisión más importante que una persona puede hacer - la decisión de creer en Jesucristo - es cosa preordenada por Dios. Cuando Pablo predicó en Listra,... creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna (Hch 13:48). De modo que, nuevamente lo diremos: absolutamente nada sucede fuera del plan de Dios. Su plan es absoluto. Incluye todo lo que sucede.
3. ¿Y para qué motivo hizo Dios este plan tan perfecto que todo lo incluye? El Catecismo dice q. fue...para su propia gloria'. Esto no quiere decir que al hacer esto, Dios se hace más glorioso de lo que ya lo era (recuerda, con Dios no hay antes ni después). Simplemente quiere decir que Dios no nos explica lo que él hace, dándonos alguna razón que 'va más allá de su propio ser. Dios es el Alfa y la Omega; el principio y el fin; de quien, por quien y para quien son todas las cosas. Por lo tanto, la razón por todo lo que Dios ha planeado sólo puede ser, la de su propio beneplácito, el honor y la alabanza que él engendra para sí mismo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas (Ap 4:11). Si una persona se pusiera a hacer cosas sólo porque le producen satisfacción y gloria a su persona, podríamos considerar a tal persona como un egoísta insoportable. Pero es correcto que Dios lo haga, y por la misma razón que es incorrecto que una persona humana lo haga. Es incorrecto para un humano, pues significaría una negación en la práctica de lo que él es, a saber, una simple criatura. Pero para Dios no hacerla, sería también una negación de lo que es en su ser, pues él es el único Dios

verdadero, y de valor infinitamente mayor que todo lo que existe fuera de él. Dios no puede negarse a sí mismo. En virtud de ser él el ser supremo, y para ser consecuente consigo mismo, él tiene que hacer siempre lo que a él le place, y buscar su propia gloria por encima de todas las cosas.

4. Para terminar, permítaseme observar que hay ciertas inferencias falsas en las que no debemos caer por el hecho de que Dios 'ha pre ordenado todo lo que sucede'
 - a. Por una parte, no es verdad que Dios sea el autor del pecado. Esto es difícil de entender. Pues, si decimos que Dios lo ha planeado todo, no podemos excluir de ello al pecado. Dios incluye en su plan al pecado, y si Dios ha incluido en su plan al pecado, luego parecería que Dios debe ser su autor. Precisamente aquí es uno de los muchos lugares que tenemos que aceptar lo que dice la Biblia, y no seguir lo que en apariencia nos es más razonable. Y la Biblia nos aclara que Dios no es el autor del pecado. Dios creó a los ángeles y a los seres humanos. Cuando Dios los creó, eran seres buenos. De alguna manera (y desconocemos esa manera), entró el pecado en esas criaturas. Satanás es el verdadero autor del pecado. El plan de Dios lo incluyó, ciertamente, pero no de una forma que lo hiciera a él autor del pecado.
 - b. Por otra parte, no podemos decir que a las personas Dios los trata como 'peones' en un tablero de ajedrez. Es en verdad cierto que Dios ha determinado ya el destino de cada persona. Algunos serán sal vos, según la elección de Dios. Y algunos se perderán, según el decreto di vino. Como lo dice Judas, algunos... desde antes habían sido destinados para esta condenación (v 4). Pero - dice Pablo - ... no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación. .. (1 a Ts 5:9) y la Biblia claramente enseña que los que finalmente se pierden, realmente nunca quisieron ser salvos. Se pierden por decisión propia. Ellos así escogieron. Los decretos de Dios de ninguna manera debilitan o destruyen la responsabilidad de cada persona.

CUESTIONARIO

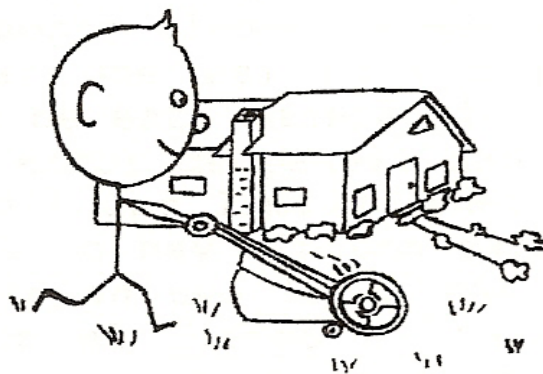
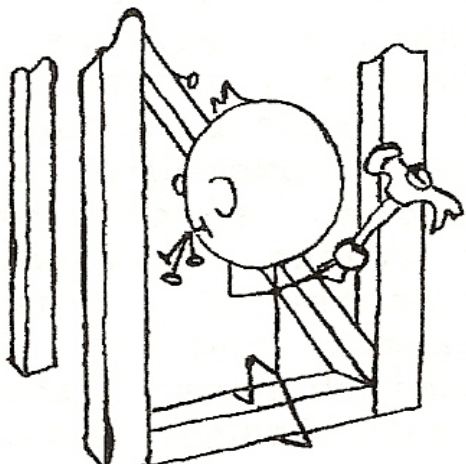
1. ¿Qué significa 'decreto'? ¿Y 'consejo'? ¿Y 'predeterminado'?
2. ¿Qué incluye el plan de Dios?
3. ¿Qué cosa en la ilustración es como los 'decretos' de Dios?
4. ¿Cuáles son algunas diferencias entre nuestros planes humanos y el gran plan de Dios?
5. ¿Quién le aconsejó a Dios cuando él hizo su plan? ¿Por qué?
6. ¿Qué dos clases de eventos o sucesos cree la gente que están 'fuera' del control de Dios? Prueba que sí están incluidos en su plan.
7. ¿Cuándo hizo Dios su plan?
8. ¿Qué razón tuvo Dios en hacer su plan?
9. ¿Significa esto que Dios es egocéntrico? Si es no es incorrecto para él serlo, pero sí para él así, ¿por qué hombre?
10. ¿Qué dos inferencias falsas comúnmente se hacen en base a esta doctrina de los 'decretos'?
11. Responde a ambas inferencias falsas.

LECCIÓN 7 (PREGUNTAS 8 & 9)

Pr. #8, ¿Cómo ejecuta Dios sus decretos? R- Dios ejecuta sus decretos en las obras de creación y de providencia²⁰.

Pr. #9, ¿Qué es la obra de creación? R- La obra de creación consiste en el haber hecho Dios todas las cosas de la nada²¹, por su poderosa palabra²², en el espacio de seis días, y todas muy buenas²³.

En la última lección consideramos los decretos de Dios. Vimos, en otras palabras, que Dios lo ha planeado todo. Esto lo quisimos ilustrar mostrando que nosotros también planeamos cosas antes de hacerlas. Vimos en la ilustración que Pepe estaba elaborando los planos de su casa. Antes de que hubiera una casa, ya los planes estaban terminados. Ahora, en la siguiente ilustración vemos la manera en la que Pepe lleva al cabo su plan.



En el primer cuadro, vemos a Pepe construyendo la casa que planeó. Esto nos sugiere la obra de creación. El segundo cuadro lo muestra cuidando de su casa después de haberla terminado. Esto nos sugiere la obra de providencia. En lo que resta de esta lección y en la que sigue, consideraremos la obra de creación. Luego en lecciones siguientes trataremos la obra de providencia.

²⁰ Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas; por tu voluntad existen y fueron creadas. (Rev. 4:11) Ninguno de los pueblos de la tierra merece ser tomado en cuenta, con los poderes celestiales y con los pueblos de la tierra, ni quien le pida cuentas de sus actos. (Dan 4:35) Alcen los ojos y miren a los cielos: ¿Quién ha creado todo esto? El que ordena la multitud de estrellas una por una, y llama a cada una por su nombre. ¡Es tan grande su poder, y tan poderosa su fuerza, que no falta ninguna de ellas! (Isa 40:26)

²¹ Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra. (Gen 1:1)

²² Por la fe entendemos que el universo fue formado por la palabra de Dios, de modo que lo visible no provino de lo que se ve. (Heb 11:3) porque él habló, y todo fue creado; dio una orden, y todo quedó firme. (Psa 33:9 NVI)

²³ Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno. Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el sexto día. (Gen 1:31)

Cuando el Catecismo dice que Dios hizo 'todas las cosas de la nada, por su poderosa palabra, en el espacio de seis días,' está diciendo algo verdaderamente estupendo. Y no dejes que la ilustración te sugiera que la obra de Dios de creación es lo mismo como la obra humana de construcción. Pues existen dos diferencias muy grandes:

1. Una es que notamos que cuando el hombre construye, 'crea', algo, siempre tiene que utilizar material que está a la mano. Utiliza madera, piedras, ladrillos, cemento, etc. Pero cuando Dios creó el mundo, no utilizó ningún material existente. Pues '... lo que se ve fue hecho de lo que no se veía' (Heb 11:3). Dios '... dijo, y fue hecho; él mandó, y existió' (Sal 33:9). Eso es lo que se llama 'crear de la nada'.
2. La otra es que observamos que el trabajo de construcción - el crear, o hacer - es un proceso que lleva tiempo. Sin embargo, para con el Señor, 'un día es como mil años, y mil años como un día' (2a P 3:8). De modo que simplemente creemos, en base a la autoridad de la Biblia, que Dios creó todo el universo en el espacio de seis días. Y no debemos dejarnos llevar por las teorías de la ciencia moderna.

La teoría de la ciencia moderna, tan respetada hoy, enseña cosas que van directamente en contra del Catecismo. Según la teoría de la evolución, el mundo (el universo) como lo vemos ahora, es el resultado de un desarrollo lento y constante. Y a las personas que creen que Dios creó el mundo en un espacio breve de seis días se les toma como poco inteligentes. Pero la Biblia nos recuerda que 'por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios (Heb 11: 3). Si tratásemos de entender por sabiduría propia cómo el mundo llegó a ser como es, sería fácil seguir el camino de la ciencia incrédula. Nosotros no vemos un árbol crecer en un día. Nosotros no vemos a personas creadas de adultos (como Adán y Eva). Como lleva tiempo para que crezca un árbol, o para que personas lleguen a ser adultos, para algunos resulta difícil imaginar que así haya ocurrido alguna vez. Pero si empezamos a razonar de esta manera, lo que realmente estamos haciendo es, caer en el error de pensar que Dios - en la obra de creación - estuvo sujeto a las limitaciones que nosotros experimentamos. La verdad es que no hay ninguna razón buena para pensar así. Si pudiéramos pensar en una forma más acertada - o sea, bíblicas - entenderíamos que el tiempo no es algo que 'ya estaba' cuando empezó Dios a crear. Pues el tiempo también lo creó Dios. No 'estaba allí' al empezar Dios a crear el universo.

Podemos mejor ilustrar esto haciendo una pregunta: ¿cuánto espacio 'utilizó' Dios para crear el espacio? La respuesta, por supuesto, es que Dios no utilizó espacio alguno para crear el espacio. Él creó el espacio de la nada. Y si preguntamos también, ¿cuánto tiempo le llevó a Dios crear nuestro sistema de tiempo? (es decir, el sistema solar, pues es con él que se mide el tiempo), la respuesta sería: no le llevó nada de tiempo. Él creó el tiempo, así como todo lo demás, de la nada. De modo que contentémonos simplemente con creer (Heb 11: 3) que... 'él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió' (Sal 33: 9). Por la fe creamos que Dios hizo esta estupenda obra de creación, y que la hizo con un poder divino tan grande, que fue terminada en el espacio de seis días. Esta es la impresión que se da - y con intención se da así - al leer el primer capítulo de Génesis.

Decir q. el Señor hizo una obra 'corta', sólo es otra manera de decir que él es Dios, y que puede hacer todo lo que quiere por su santa voluntad. La idea básica en toda ciencia incrédula es: 'todas las cosas permanecen así como desde el principio...' (2 P 3: 4). En otras palabras, el científico incrédulo observa cómo ocurren las cosas ahora, y luego saca la conclusión de que ésa es la única manera en la que pudieron ocurrir siempre. Pero la idea básica para la fe cristiana es que la Biblia nos dice la verdad

cuando nos habla de cosas q. no está ocurriendo ahora. Pensamos, por ejemplo, de los milagros de Cristo. En la fiesta de bodas en Caná (Jn 2:1-11) Jesús hizo vino - el mejor vino de todos - por un acto instantáneo de poder divino. Era como el vino que se produce normalmente a través de un proceso que puede llevar hasta cien años. Esto, creemos, es una indicación verdadera del poder de Dios en la creación. Y si el Señor pudo crear el vino en un instante, ¿por qué no creer que también creó el universo en seis días?

Por último, observamos que el Catecismo enseña que cuando salió 'de la mano de Dios' la creación, 'vio Dios que era bueno' (Gn 1: 12, 18, 25,25, etc.). Lo que esto significa no sólo "es muy evidente, sino además de suma importancia. Quiere decir que el origen del mal ~ está en la naturaleza inherente de las cosas, sino sólo en la perversión moral de quienes abusan de ellas. Toma por Ej., el caso del vino. El vino es cosa creada. Jesús mismo hizo (creó) vino. La Biblia, por ende, lo declara bueno. Nos dice la Escritura que... 'el vino... alegra el corazón del hombre' de la misma manera que 'el aceite... hace brillar el rostro, y el pan... sustenta la vida del hombre' (Sal 104: 15). Y la Biblia dice que la ebriedad es un pecado. Pero la Biblia no dice que es por causa del vino que se cae en pecado. Más bien la culpa está en la naturaleza pecaminosa del hombre. No es lo que entra a la boca del pecador lo que contamina, sino lo que sale de su corazón (Mc 7: 15). 'Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias (1 Tm 4:4).

Esta enseñanza es de suma importancia, pues en la historia de la iglesia ha habido la tendencia de ubicar el origen del pecado en algo fuera del ser humano, y por consiguiente (ya que casi no hay otras opciones) lo hallan en las cosas materiales del mundo. De modo que sucede que cuando una cosa material es abusada con frecuencia, resulta muy tentador decir que es culpa de 'esa 'cosa', y no de la persona que la abusa. Luego, cuando pensamos así, resulta también fácil decir: 'No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres)' (Col 2:21-22). Una vez que se acepte este error fundamental - que el mal reside en las cosas materiales - esto es el comienzo de una esclavitud dañina en lo extremo. Se empieza a decir de cosa tras cosa, que es 'tabú (una prohibición), y entra al corazón cada vez más y más incertidumbre. Cuán importante es, pues, recordar que... 'nada hay fuera del hombre que entre en él, que le pueda contaminar...' (Mc 7: 15). Así es cómo esta maravillosa doctrina de la creación divina nos protege de este peligro.

CUESTIONARIO

Cuestionario

1. En la ilustración de la pág. 33, ¿a qué se compara la obra de Dios de creación?
2. En la ilustración de la pág. 33, ¿a qué se compara la obra de Dios de providencia?
3. ¿Qué dos cosas en la obra de Dios de creación se deben comparar con la actividad de personas humanas?
4. ¿Qué enseña la teoría de la ciencia moderna respecto del origen del mundo?
5. ¿Por qué 'parece' razonable esta teoría a los hombres incrédulos?
6. ¿Qué es el error básico de esta forma de pensar?
7. ¿Cuánto 'tiempo' le llevó a Dios crear al mundo? Explica tu respuesta.
8. ¿Cómo nos ayudan los milagros que hizo Cristo a fin de 'entender' la creación del mundo?
9. ¿Por qué es importante creer que cuando Dios creó el mundo, todas las cosas eran 'buenas en gran manera'?

10. ¿Por qué razón esto se olvida con frecuencia? ¿Qué sucede cuando las personas olvidan esto?
11. ¿Qué texto de la Biblia se puede citar que refuta la enseñanza de que las cosas materiales son malas en sí?
12. Prepárate para explicar verbalmente cómo las figuras de las pp. 28 Y 32 ilustran el decreto de Dios, así como sus obras de creación y providencia.

LECCIÓN 8 (PREGUNTA 10)

Pr. #10, ¿Cómo creó Dios al hombre? R- Dios creó al hombre, varón y hembra, según su propia imagen²⁴, en ciencia, justicia y santidad²⁵, con dominio sobre todas las criaturas²⁶.

En la lección pasada vimos que Dios creó todas las cosas. En esta lección nos ocuparemos exclusivamente con la creación del hombre en particular. Y la razón de este interés especial en el hombre es el hecho de que la Biblia enseña que todas las cosas 'se juntan', o 'alcanzan su propósito y significado' bajo el liderazgo del hombre. Para usar una ilustración, la creación sin el hombre sería como una gran nave sin capitán, o como un gran ejército sin general. Entre las criaturas que hizo Dios, sólo al hombre lo hizo a su propia imagen. Fue sólo al hombre que Dios pronunció las palabras: 'Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra' (Gn 1: 28).

1. El evolucionismo teísta. A veces se ha dicho, incluso por cristianos, que la idea de que el hombre es 'cabeza' de la creación se puede armonizar con la teoría de la evolución. A los que así piensan se les llama evolucionistas teístas. Estarían de acuerdo con gran parte de la enseñanza de la evolución, en su descripción del desarrollo que ha ocurrido en el mundo. Primero vinieron los animales de una sola célula, luego los más complejos, etc. Pero creen que esto ocurrió porque 'detrás de todo' estaba Dios, controlando las varias etapas del desarrollo. Evolucionistas teístas podrían creer, por ejemplo, que el cuerpo humano sí descendió de los monos. Pero dirían que en cierto punto Dios creó algo nuevo, a saber, el alma o el espíritu humano, y sólo cuando ocurrió esto fue que el 'hombre' existió como portador de la imagen de Dios. ¿Qué hemos de creer de esta doctrina de la evolución teísta?
 - a. Por una parte, no concuerda con Génesis 2:7, que dice: 'Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente'. Sería difícil creer que los animales a los que Dios ya les había dado vida fueran 'polvo de la tierra'. Si Dios hizo al hombre añadiendo algo a alguna criatura que ya vivía, ¿por qué necesitaría darle el 'soplo de la vida'? Génesis 2:7 es claro en su enseñanza de que el hombre no es producto de la evolución.

²⁴ Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó, (Gen 1:27)

²⁵ Y se han puesto el de la nueva naturaleza, que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador. (Col 3:10) Y ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad. (Eph 4:24)

²⁶ Y los bendijo con estas palabras: "Sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los reptiles que se arrastran por el suelo." (Gen 1:28)

- b. Por otra parte, en ningún lado la Biblia nos hace pensar que el cuerpo del hombre sea algo 'animal', mientras el alma es algo 'angelical'. Por supuesto, sí es cierto que el hombre es dicótomo (es decir, de 2 naturalezas), pues se compone de cuerpo material y espíritu inmaterial, o alma. Nuestro Señor mismo en una ocasión dijo: 'No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno' (Mt 10:28). Pero quienes dicen que el cuerpo del hombre evolucionó de formas inferiores de vida, y que sólo el alma fue creada en forma inmediata por Dios, tienen la idea - ya sea que la expresen en forma consciente o no - que de alguna manera el alma del hombre es mejor que el cuerpo, ya que ella viene de Dios en una forma más fundamental que el cuerpo. Y esto no es lo que nos enseña la Biblia. Esta es la razón por la que la fe cristiana - a diferencia de las religiones falsas - sostiene una creencia en la resurrección del cuerpo, y no simplemente en la supervivencia del alma después de la muerte. Dios creó al hombre completo, y será el hombre completo que ya sea será salvo por el Señor Jesucristo, o bien será condenado por Dios en el día final.
2. El hombre creado a la imagen de Dios. Pero, ¿qué significa el que el hombre haya sido creado a la imagen de Dios? Creemos que se puede entender esto mejor, si pensamos del hombre como originalmente fue creado, como sigue:

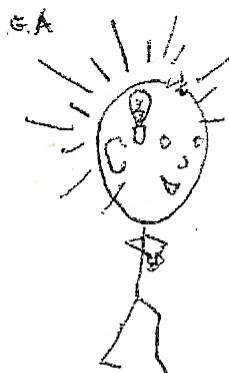


FIG. A
PROFETA
(ciencia)
...En tu luz veremos
la luz. (Sal 36:9)

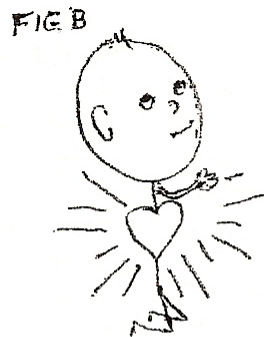


FIG. B
SACERDOTE
(santidad)
Sea, pues, perfecto
vuestro corazón.
(1° R 8:61)



FIG. C
REY
(justicia)
Este es el camino,
andad por él.
(Is 30:21)

- a. El Catecismo dice que Dios creó al hombre 'según su propia imagen... en ciencia'. Esto quiere decir que Adán, cuando aún no tenía pecado, podía entender la revelación que Dios le dio de sí mismo y del mundo. Cuando '...puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo...', estaba haciendo algo más que simplemente 'inventando nombres'. Los nombres eran verdaderas descripciones de las cosas así nombradas. Cuando Adán puso a su esposa el nombre 'Eva' (significa 'la que da vida'), lo hizo 'por cuanto ella era madre de todos los vivientes' (3:20). Cuando Adán estudió también a los animales, para ponerles sus nombres, mostró que podía tener - y expresar - la naturaleza verdadera de las cosas. En otras palabras, Adán (cuando aún no tenía pecado) era un profeta en el sentido más elevado. Pues un profeta es una persona que puede ~ la verdad de Dios (por ello

- se le llamaba con frecuencia a los profetas 'videntes'), y hablar de ella para beneficio de los demás.
- b. El Catecismo también dice que Dios creó al hombre 'según su propia imagen... en santidad. Esto significa que Adán, cuando aún estaba sin pecado, estuvo totalmente consagrado a Dios. Este concepto fue desarrollado más completamente a través del sistema de culto que Dios reveló por conducto de Moisés. Había el sumo sacerdote, el tabernáculo, y las ofrendas varias. Había diversas ceremonias divinas. y siempre estuvo al frente la idea de la santidad. Algo santo significa 'estar apartado para el Señor'. En el caso de Adán, no se trataba de ceremonias o sacrificios. En su caso era asunto de la devoción de su corazón. Era santo porque halló su placer supremo en el Señor. Lejos de tener miedo, Adán (antes de pecar) vivió en paz ante la presencia de Dios. Estuvo 'apartado' para Dios en todas las cosas, por el deseo de su voluntad. En este sentido era verdaderamente un sacerdote.
 - c. El Catecismo nos dice en conclusión, que Dios creó al hombre 'según su propia imagen... en justicia. 'Justicia' no es más que otro nombre para indicar obediencia a Dios. Quien hace lo que Dios quiere que haga, hace justicia. De modo que es correcto decir que Adán - antes de pecar - era un rey. Un rey es una persona que gobierna. Adán gobernó sobre todo el mundo que Dios había puesto bajo su dominio. Por cuanto conoció la voluntad del Señor (en su calidad de profeta), y anheló servirle sólo a él (en su calidad de sacerdote), luego pudo hacer las obras de justicia como el rey de la creación. De modo que no es del todo correcto decir que la imagen de Dios está en el hombre. Más bien se trata de decir, el hombre es precisamente la imagen de Dios. O sea, la imagen de Dios no es algo que está en el hombre, ni es una parte del hombre (el alma, por ejemplo). No, el hombre en sí mismo - cuando piensa como profeta, siente como sacerdote y actúa como rey - es imagen de Dios.
3. Su relación con otras doctrinas: Haremos bien en recordar estos puntos conforme avanzamos en el estudio del resto del Catecismo. Pues sólo si comprendemos correctamente la naturaleza del hombre como imagen de Dios en el momento de su creación, podremos entender las demás doctrinas de la fe cristiana. Permítanme citar brevemente unos ejemplos:
 - a. La doctrina de la depravación total del hombre sólo se entiende si primero se comprende lo que significa que el hombre fue creado al principio como imagen de Dios. Fue el hombre que cayó cuando la primera trasgresión de Adán, y es el hombre completo que ahora es contaminado en todas sus partes.
 - b. También es a la luz de esta doctrina que se entiende mejor la obra salvífica de Cristo. El Antiguo Testamento desarrolla la promesa del Salvador, que sería enviado al mundo por el Padre, en términos de los profetas, sacerdotes y reyes de la historia bíblica. Jesús, para poder salvar a su pueblo de sus pecados, debía ser perfecto como profeta, sacerdote y rey. Si tenemos en mente lo aprendido en esta lección, entenderemos mejor por qué así tuvo que ser.
 - c. Otra doctrina que se puede entender mejor, al recordar bien la lección q. ahora estudiamos, es la conversión del pecador a Cristo. Veremos más adelante por qué la conversión verdadera involucra conocimiento, sentimiento y voluntad.
 - d. Y por último, es a la luz de esta doctrina que podemos comprender las marcas de una iglesia verdadera. Pues la iglesia verdadera de Cristo no es un edificio, sino un organismo - un cuerpo de personas - que pertenecen al Señor. En otras palabras, es una compañía de personas convertidas en verdadera ciencia, justicia y santidad. y como veremos más adelante, por esta razón las marcas de la iglesia verdadera deben

ser la predicación fiel de la Palabra de Dios, la administración verdadera de los sacramentos, y el Ejercicio fiel de la disciplina eclesiástica. En estas marcas vemos el cumplimiento glorioso del ministerio de Cristo como profeta, sacerdote y rey. Y por lo mismo vemos que su pueblo participa con él en estos mismos ministerios.

CUESTIONARIO

1. ¿Por qué el Catecismo dedica una pregunta más (además de la pregunta #9) a la doctrina de la creación (esta vez, a la creación del hombre)?
2. ¿Qué enseñan los evolucionistas teístas acerca del origen del hombre?
3. ¿Qué razones podrías dar para rechazar el evolucionismo teísta?
4. ¿Tiene el hombre una naturaleza doble (cuerpo y alma)? Compruébalo.
5. ¿Cuál de los dos (cuerpo o alma) es la parte más elevada, o la mejor?
6. En las ilustraciones de esta lección, ¿qué está haciendo Pepe que ilustra la lección?
7. Explica en tus propias palabras lo que piensas que debe ser un profeta. Un sacerdote. Un rey.
8. ¿Cuál de estas frases es correcta?
 - a. 'La imagen de Dios está en el hombre'.
 - b. 'El hombre es la imagen de Dios'.
 - c. 'El alma contiene la imagen de Dios'. ¿Por qué escogiste la que escogiste?
9. ¿Qué otras doctrinas pueden entenderse mejor a la luz de esta lección? Prepárate para explicar en clase por qué es así, en al menos una de ellas.

LECCIÓN 9 (PREGUNTA 11)

Pr. #11 ¿Cuáles son las obras de providencia de Dios? R- Las obras de providencia de Dios son aquellas con que santa²⁷, sabia²⁸, y poderosamente, preserva y gobierna²⁹ a todas sus criaturas y todas las acciones de éstas³⁰.

INTRODUCCIÓN:

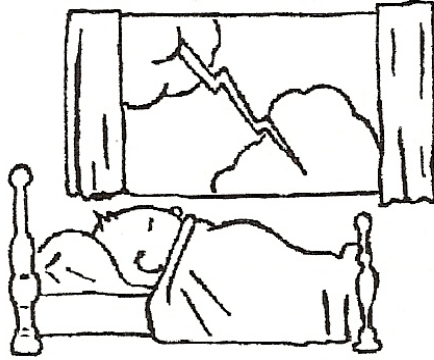
²⁷ Tsade - El Señor es justo en todos sus caminos y bondadoso en todas sus obras. (Psa 145:17)

²⁸ Pero los rebeldes y pecadores a una serán quebrantados, y perecerán los que abandonan al Señor. (Isa 1:28) ¡Oh Señor, cuán numerosas son tus obras! ¡Todas ellas las hiciste con sabiduría! ¡Rebosa la tierra con todas tus criaturas! (Psa 104:24)

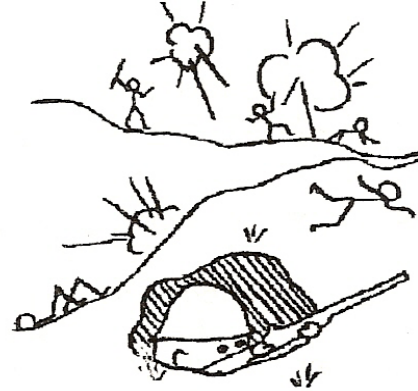
²⁹ El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es, y el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa. Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas. (Heb 1:3) ¡Oh Señor, cuán numerosas son tus obras! ¡Todas ellas las hiciste con sabiduría! ¡Rebosa la tierra con todas tus criaturas! (Psa 104:24) ¡Sólo tú eres el Señor! Tú has hecho los cielos, y los cielos de los cielos con todas sus estrellas. Tú le das vida a todo lo creado: la tierra y el mar con todo lo que hay en ellos. ¡Por eso te adoran los ejércitos del cielo! (Neh 9:6)

³⁰ ¿No se venden dos gorriones por una monedita?* Sin embargo, ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo permita el Padre; y él les tiene contados a ustedes aun los cabellos de la cabeza. (Mat 10:29-30)

Dios ejecuta sus decretos no sólo en la obra de creación, sino también en las obras de providencia. Según el Catecismo, la actividad providencial de Dios es de dos clases: Dios preserva; y Dios gobierna. Para ilustrar la enseñanza del Catecismo, pensemos de Pepe en dos situaciones diferentes, como sigue:



'No temerás el terror nocturno'
Sal 91:5



'Caerán a tu lado mil ... mas a ti no llegará'
Sal 91:7

DIOS PRESERVA

En la primera ilustración vemos a Pepe durmiendo tranquilo en medio de una tormenta eléctrica. Esto es lo que por supuesto debe hacer un cristiano. Pues debe entender que es Dios quien nos preserva y guarda. La gente a menudo se la vida de esto. Hablan de las 'leyes de la naturaleza', y de los 'descubrimientos de la ciencia moderna'. Parece que se les al vida que es Dios quien '... ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros.

Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos' (Hch 17:27-28). La verdad, sin embargo, es que todo pasaría en un instante si Dios no lo sostuviera. Neh 9: 6 dice que Dios las 'vivifica' todas. El apóstol Pablo dice que '... todas las cosas en él subsisten' (Col 1:17). ¡Ni siquiera Satanás podría existir por un solo momento, de no ser porque Dios lo subsistiera en su existencia (claro, no en su maldad) con la palabra de su poder!

DIOS GOBIERNA

En la segunda ilustración vemos a Pepe rodeado de peligros en un campo de batalla. No obstante, debajo del dibujo se cita una porción del Salmo 91, que dice: Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra, mas a ti no llegará (v 7). Lo que se trata de mostrar en la ilustración es que Dios gobierna '... a todas sus criaturas, sus acciones, y cosas desde la más grande hasta la menor' (Confesión de Westminster, V, A).

Esto no quiere decir que nadie va a morir en la guerra. Lo que sí quiere decir es que Dios puede preservar la vida de su siervo si así le place. El tiene poder para dirigir y controlar todo lo que sucede en situaciones así, de modo que su siervo esté seguro. Esta, y solamente esta, es la confianza que permite a los cristianos ponerse en lugares de peligro y no ser vencidos por el temor.

'Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar (Sal 46:1-2). Pero consideremos ahora con más detalle las obras de preservación de Dios.

1. Considera, por un lado, lo que la Biblia dice con referencia al control absoluto de (lo que nosotros llamamos) la naturaleza.
 - a. 'Hace salir su sol sobre malos y buenos, y... hace llover sobre justos e injustos' (Mt 5:45).
 - b. 'El hace producir el heno para las bestias, y la hierba para el servicio del hombre' (Sal 104:14).
 - c. 'Por el sopro de Dios se da el hielo... regando también llega a dispar la densa nube... asimismo por sus designios se revuelven las nubes en derredor, para hacer sobre la faz del mundo, en la tierra, lo q. él les mande (Job 37:10-12). A nosotros, nos parece que todas estas cosas suceden 'al azar' o bien en una forma 'mecánica'. Pero la Biblia dice que Dios ejerce sobre ellas un control absoluto.
2. Considera, también, lo que la Biblia dice acerca del control de Dios sobre las naciones del mundo. Cuántas veces nos parece a nosotros que las cosas andan fuera de control, q. los gobiernos hacen cosas totalmente inesperadas, como de repente ir a la guerra. Pero la Biblia dice:
 - a. El Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres... (Dn 4: 25)
 - b. Él muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes... (Dn 2:21). De modo que no es 'por accidente' que las cosas suceden tal y como suceden. No es el 'azar', ni es el 'destino', lo que 'mueve la rueda de la historia humana'. Es Dios el Señor que '... ha prefijado el orden de los tiempos', y que ha puesto a los hombres '... los límites de su habitación' (Hch 17:26).
3. Consideremos, además, que la Biblia habla de un dominio absoluto de Dios sobre cada persona individual del mundo: Jehová mata, y él da vida; él hace descender al Seol, y ha ce subir. Jehová empobrece, y él enriquece; abate, y enaltece. Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor. Porque de Jehová son las columnas de la tierra, y él afirmó sobre ellas el mundo. (1º Sm 2:6-8) Así como la pajarilla depende de la providencia divina en vida o muerte, así depende el hombre de Dios en todas las cosas. Sus cabellos están todos contados por el Señor, lo mismo sus días sobre la tierra están determinados.
4. Consideremos, por último, que Dios ejerce control sobre las acciones libres de los hombres, pues la Biblia dice:
 - a. Del hombre son las disposiciones del corazón; mas de Jehová es la respuesta de la lengua (Pr 16:1).
 - b. Dios es el que en vosotros produce - dice el apóstol al cristiano - así el querer como el hacer, por su buena voluntad (Fil. 2:13). Cuando una persona dispone en su corazón lo que va a decir o hacer, pudiera ser que no se dé cuenta q. Dios también dispone, pero así es. Y es así incluso en los casos de los incrédulos, pues dice el salmista, Ciertamente la ira del hombre te alabará; tú reprimirás el resto de las iras (Sal 76:11).

Esto es lo que quiere decir el Catecismo cuando dice que Dios '... gobierna a todas sus criaturas y a todas las acciones de éstas'.

Hay quienes quieren ser cristianos, pero ponen objeción a esta doctrina del control absoluto de Dios sobre todo lo que sucede en el mundo. Sí quieren creer que Dios de alguna manera controla sobre el mundo de una manera general. Quieren creer que Dios puede 'supervisar' las cosas de modo que salgan como él quiere. Pero no quieren admitir que él controla hasta el 'último detalle'. No quieren admitir que él dispone no sólo las 'cosas pequeñas', sino también las 'cosas grandes'. Para responder a semejante actitud, recordemos el viejo cuento: 'Por falta del general, el ejército fue derrotado; por falta del caballo, no llegó el general; por falta de una herradura, no pudo disponerse del caballo; por falta de un clavo, no pudo tener el caballo su herradura'. En otras palabras, las cosas 'grandes' en verdad dependen de las 'pequeñas'. Si no estuvieran bajo control las cosas pequeñas, no lo estarían tampoco las grandes.

35

Claro, la dificultad real que tiene la gente cuando piensan del control de Dios sobre todas las cosas, es esta: parece que el hombre queda reducido a ser poco más que 'peón en el tablero de ajedrez'. Parece ser que en este sistema el hombre no es más que un simple robot. 'Si Dios lo controla todo lo que hago - reza la objeción - ¿por qué se me culpa de lo que hago?' En otras palabras, esta doctrina parece indicar que las personas no son responsables de sus actos.

Como respuesta, sólo podemos decir una cosa: no podemos entender cómo es que Dios puede controlar todo lo que hacemos, y al mismo tiempo nosotros somos responsables de nuestros actos. Nosotros no vemos la manera de explicar esta verdad. Pero nos basta saber que es la verdad. Nos basta saber que Dios enseña ambas cosas. Y sabemos por la Biblia que tenemos verdadera libertad para actuar (es decir, no se nos está obligando a actuar de una forma u otra por un poder fuera de nosotros). Y también, sabemos por la misma Biblia, que Dios mantiene un control sobre nosotros, de modo q. él es quien dispone de lo q. hemos de hacer. Así que aceptamos esta verdad porque es lo que la Biblia enseña, y no porque la podemos explicar.

Precisamente una de las evidencias fuertes de que la Biblia es Palabra .de Dios, es el hecho de que enseña doctrinas como la que estamos considerando. Grandes son las obras de Jehová, buscadas de todos los que las quieren (Sal 111: 2). Si pudiéramos entender todo lo que está revelado en la Biblia, entonces ello sería una prueba de que la Biblia no es verdad de Dios. Sabemos que es de Dios, precisamente porque nos revela su grandeza. Creemos en él y confiamos que él puede hacer mucho más de lo que pedimos o pensamos. Y esto - precisémoslo - es vital para la vida del cristiano. Si Dios en verdad controla todas las cosas incluso los actos de personas inicuas (aunque Dios no es, por supuesto, autor del pecado... sí lo controla, pero no es su autor) - entonces ésta ha de ser la confianza segura del cristiano, que... 'a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados' (Rm 8:28).

El cristiano que cree en el Dios que 'preserva y gobierna a todas sus criaturas y a todas las acciones de éstas' no temerá los truenos de los relámpagos, ni será presa del pánico cuando esté en situación de peligro. Sabe que su destino personal, así como el del mundo entero, está en manos de su Padre celestial. Sabe que ningún 'accidente' lo podrá quitar del mundo antes de que haya cumplido el plan del Padre para su vida y cuando viniere enfermedad, prueba o aflicción, sabrá que esto también es parte del plan de Dios para su vida.

CUESTIONARIO

1. ¿Por qué Pepe puede dormir tan tranquilo, incluso en medio de una tormenta de truenos y relámpagos?
2. Explica la segunda ilustración, usando como base Sal 91:7.
3. ¿Cuáles son algunas de las cosas que controla Dios en este mundo?
4. ¿Cuáles son algunas de las cosas que controla Dios, pero para la gente es difícil aceptarlo y creerlo?
5. ¿Por qué es preciso sostener que Dios controla así las cosas 'pequeñas' como las 'grandes'?
6. ¿Tiene Dios control absoluto de los hombres, incluso cuando cometen actos malos?
7. ¿Esto hace que Dios sea el autor del pecado?
8. ¿Podemos explicar esta doctrina? ¿Por qué sí, o por qué no?
9. ¿Por qué hemos de creer esta doctrina?
10. ¿Existe para el cristiano alguna consolación en esta doctrina? Si es así, ¿cuál sería?
11. Lee 1° Reyes 22:1-38, y prepárate para explicar en la clase cómo esta historia es una prueba de la doctrina que enseña el Catecismo.

LECCIÓN 10 (PREGUNTA 12)

Pr. #12 ¿Qué acto particular de providencia ejecutó Dios respecto del hombre en el estado en que éste fue creado? R- Cuando Dios hubo creado al hombre, hizo con él una alianza de vida bajo condición de perfecta obediencia³¹; vedándole comer del árbol de la ciencia del bien y del mal so pena de muerte³².

De la pregunta anterior del Catecismo aprendimos que Dios controla a todas sus criaturas y todo lo que sucede. En esta lección aprendemos que a. Dios le plugo (Dios quiso) ejercer su gobierno con respecto al hombre desde el principio de la historia humana, mediante el pacto de vida (o como también se le llama, el pacto de obras). Como vamos a ver cuando lleguemos a la pregunta 20 del Catecismo, hoy en día Dios ejerce un gobierno especial con respecto a una parte de la raza humana, mediante un nuevo y mejor pacto, llamado el pacto de gracia. En este pacto Dios introduce a sus elegidos a un estado de eterna salvación. (Compara estos dos pactos en la segunda ilustración de la lección.) Ahora bien, en esta lección consideraremos las cosas tal como fueron al principio, antes que el hombre pecara contra Dios.

DIOS ESTABLECE EL PACTO:

Según dice uno de los antiguos catecismos presbiterianos preparado para los niños, 'un pacto es un acuerdo entre dos o más personas' ¿? Es cierta esta aseveración, si sólo estuviéramos pensando de un pacto entre personas humanas. Pero esta definición antigua no es realmente aceptable cuando

³¹ Son como Adán: han quebrantado el pacto, ¡me han traicionado! (Hos 6:7) Así describe Moisés la justicia que se basa en la ley: Quien haga estas cosas vivirá por ellas. (Rom 10:5) La ley no se basa en la fe; por el contrario, el que practica estas cosas vivirá por ellas. (Gal 3:12)

³² Pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás. (Gen 2:17)

pensamos de los pactos que hace Dios con el hombre. Pues para entender los pactos que Dios hace con el hombre, es preciso dejar atrás toda idea que pudiera sugerir que Dios y el hombre son partes iguales en dichos pactos. Cuando Dios entra en un pacto con el hombre, no es lo que llamaríamos un asunto de 'mita y mita' (50% y 50%). Dios no consulta con el hombre para decidir en qué consiste el pacto, y cuáles serán sus términos. En lo más mínimo. Pues los pactos que Dios hace son expresiones de su soberanía absoluta. En otras palabras, sólo él decide que habrá un pacto. Sólo él decide cuáles serán sus términos y condiciones. Y sólo él impone ese pacto sobre sí mismo y sobre el hombre (o los hombres). Si mantenemos bien estas verdades en nuestra mente, evitaremos el peligro que de otra forma habría cuando decimos que el primer pacto fue un pacto de obras. Ese peligro - al que hay que resistir con firmeza - es que se pudiera pensar que el hombre puede ganar algo de Dios por méritos propios. La Biblia enseña que es muy equivocado pensar así. Pues aun cuando pudiéramos imaginar que hubiera una persona que nunca pecó - una persona que hizo absolutamente todo lo que debió hacer - aún así, dice Jesús, Dios no está en deuda con esa persona: Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos (Lc 17:10).



En la primera ilustración vemos a Pepe con su perro. En su mano tiene un hueso, y se lo quiere dar al perrito. Pero antes de darlo al perro, pide al perro que obedezca la orden: 'siéntate'. Pues bien, no es muy diferente a esto - en principio - el pacto que Dios hizo con el hombre. Ciertamente la ilustración nos muestra que no están tomando acuerdo Pepe y su perro. Es Pepe, y sólo Pepe, quien decide dar al perro este hueso. Además, es Pepe, y sólo Pepe, quien decide qué tiene que hacer el perro para poder tener el hueso. Tampoco hemos de decir que 'Rufo' se ganó su hueso. No, pues aun cuando no hubiera premio, era deber suyo obedecer a Pepe. Si vamos a hablar de la 'obra' que 'Rufo' hace, no queremos con ello dar a entender que ha pagado por el hueso con ese pequeño acto de obediencia que hizo. Lo único que sucede es que Pepe ha decidido que éste será la condición para... ¡premiar a su perro con el regalo de ese hueso! Así es cuando hablamos del 'pacto de obras'. No queremos dar a entender que Adán pudo hacer algo que obligara a Dios a darle algo a él en cambio. Lo único que queremos decir es que a Dios le plugo pedir una cierta obediencia como condición para luego dar un regalo. Si llamamos ~ a este primer pacto el 'pacto de vida', es porque lo que Dios-1 ofreció a Adán era la vida (como Pepe prometió al perro un su hueso). Y si lo llamamos el 'pacto de obras' es porque Dios pidió a Adán obediencia antes de darle ese regalo.

DIOS NO ES INJUSTO:

En las dos lecciones siguientes veremos que Adán no obedeció a Dios; sino que introdujo a toda la raza humana a un estado de pecado y de miseria. Pero en lo que resta de esta lección queremos señalar el hecho de que no hubo nada en el 'pacto de (vida u) obras' que podría considerarse como injusto para con Adán o para con la raza humana. Decimos esto por varias razones:

1. Por una parte, Adán fue creado con la capacidad de hacer todo lo que Dios le pidió. Dios hizo al hombre recto... (Ecl 7: 9). No tenía por qué pecar. Ni siquiera Satanás podía obligar a Adán a pecar: Adán no fue engañado (2a Tm 2:14). Él sabía que Satanás lo estaba tentando a hacer algo indebido.
2. Por otra parte, Dios puso al derredor de Adán toda clase de incentivos para guardarlo de la desobediencia. De todo árbol del huerto podrás comer..., le dijo el Señor (Gn 2: 16). Y en vista de que todo era 'bueno en gran manera' (1: 31), y además que Dios se lo daba libremente a Adán, no había necesidad alguna para ir en contra de la palabra de Dios.
3. Luego, cuando Dios advirtió de la terrible consecuencia de la pena de muerte en caso de desobedecer Adán, hubo una razón sumamente fuerte para evitar la desobediencia. De modo que aun cuando sea cierto que todos pecamos en Adán y caímos con él en su primera trasgresión, no obstante, no hay nada que sea injusto.

38

En la segunda ilustración vemos a Pepe con su papá. 'Papá' - le pregunta - ¿por qué soy mexicano?' La respuesta es obvia. Pepe es mexicano porque sus papás son mexicanos. Los niños nacen con las ventajas (o desventajas) que los mismos padres tienen. ¿Pero acaso se queja Pepe de que eso es 'injusto'? Por supuesto que no. Más bien hemos de suponer que está agradecido (o al menos ¡lo debe estar!). Por lo mismo, hay que decir que no hubo nada injusto en el hecho de que todos nosotros, como miembros de la raza humana, nacemos en la misma posición ante Dios que tuvo Adán. Si Adán hubiera obedecido el pacto de vida (u obras), nosotros también hubiéramos recibido el beneficio de ello. Pero ahora que Adán ha violado ese pacto, nosotros también hemos de sufrir sus amargas consecuencias. No es otra cosa que el pecado en nuestros corazones, pues, que eleva queja en contra de Dios por haber nosotros también pecado en Adán y caído con él.

Pero podrías preguntar: ¿por qué se le permitió a Satanás tentar a nuestros primeros padres? Si en verdad Dios 'preserva y gobierna a todas sus criaturas y todas las acciones de éstas' (Catecismo, preg. 11), luego esto también formó parte del gran plan de Dios. Y si era parte del gran plan de Dios, ¿cómo decir que era sólo culpa de Adán cuando éste pecó en contra de Dios? En otras palabras, ¿cómo pudo Dios permitir a Satanás tentar a nuestros primeros padres, y luego nosotros echar toda la culpa sobre los primeros padres (y sobre nosotros) por haber caído en el pecado?

Tengamos muy en claro esto: nadie, sino sólo Dios, puede en verdad entender este gran misterio. Ningún ser humano ha podido explicarlo, y sólo hay una cosa q. nos resta hacer ante este tipo de pregunta. Debemos aceptar la enseñanza de la Biblia, y darnos por satisfechos. La Biblia nos enseña claramente estas dos cosas: que Dios controla a todas sus criaturas y todas las acciones de éstas; y con todo, Dios no es el autor del pecado.

Dios se ha reservado el secreto de exactamente cómo puede él controlarlo todo sin a la vez ser el autor del pecado. Lo único que sabemos nosotros es que así es: él hace todas las cosas según el

designio de su voluntad (Ef. 1:11). Y sin embargo, Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie (Stg 1:13). Justo es Jehová en todos sus caminos, y misericordioso (o santo) en todas sus obras (Sal 145:17).

LA HISTORICIDAD DE ADÁN

Para concluir, observemos q. el Catecismo enseña la realidad histórica de la persona de Adán. O sea, lo registrado en Génesis 1-3 se toma como un testimonio fiel de lo que realmente ocurrió sobre esta tierra en un determinado lugar y fecha. Es importante enfatizar esto hoy en día, ya que hay ciertas teologías modernas que nos crean peligros sutiles. Pues cada vez más hoy en día existe la tendencia de negar que Adán haya sido una persona histórica real, y que la raza humana pecara en esa persona única, y cayó con él en su primera trasgresión. Estas teologías modernas, si es que siquiera mencionan a Adán, lo toman como sólo un símbolo. En otras palabras, Adán se convierte en una palabra que significa, no una persona con ese nombre, sino 'mi propia tendencia hacia el pecado y la caída'.

Suponte, en otras palabras, que hace muchísimos años la gente comenzó a entender que en verdad eran pecadores, y que era por ello que estaban míseros. Suponte que trataron de explicar este hecho. A la medida que pasaba el tiempo, surgió poco a poco un cuento acerca de un huerto llamado 'paraíso', y luego un hombre llamado 'Adán'. Este 'cuento' se le puede llamar también 'mito'. No sería cierto en el sentido de que realmente ocurrió. Sólo sería 'cierto' en el sentido que también una parábola puede ser cierta, y que una fábula puede decirse cierta, pues contiene una lección moral de valor. Puede llegar a sonar muy atractiva esta enseñanza de la teología moderna. Los que así enseñan incluso dicen que creen en 'el relato de Adán'. Pero quieren decir que sólo creen en algún valor contenido en el relato. No quieren decir que lo creen como una declaración verídica de lo que realmente sucedió.

Pero, sí es preciso creer el relato. Pues la Biblia dice: Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos (Rm 5:19). Quienes niegan que Adán fue una persona histórica real, como nos dice la Biblia que fue, generalmente terminan negando también que Cristo es quien la Biblia dice que es. Dicho de otra forma: si no creemos lo que la Biblia dice acerca de Adán y lo que él hizo bajo el pacto de vida (u obras), ¡tampoco vamos realmente a creer lo que la Biblia dice acerca del Señor Jesucristo y lo que él hizo por nosotros bajo el pacto de gracia!

CUESTIONARIO

1. ¿Qué significa la palabra 'pacto'?
2. ¿Cuántos pactos hay? Nómbralos.
3. ¿Sería correcto decir que un pacto es 'un acuerdo entre dos o más personas'? ¿Por qué?
4. ¿Cuál es el mayor peligro cuando pensamos acerca del pacto de obras?
5. ¿Cómo ilustra el pacto de obras el dibujo de esta lección?
6. ¿Cuáles serían unas razones para negar que este pacto haya sido 'injusto'?
7. ¿Cómo muestro esto el dibujo de la ilustración?
8. ¿Qué gran misterio no se explica en la Biblia?
9. ¿Qué debemos hacer nosotros ante semejante misterio?

10. ¿Diría una persona de punto de vista modernista que el relato acerca de Adán es 'verdadero'? De ser así, ¿qué querrá decir?
11. ¿Por qué es tan esencial creer que Génesis 1-3 nos narran historia?

LECTURA 2: CONOCIENDO A DIOS – J.I. PACKER - CAPÍTULOS 1 – 7, 10 – 17

CAPITULO 1: EL ESTUDIO DE DIOS

I

40

El 7 de enero de 1855 el pastor de la capilla de New Park Street, Southwark, Inglaterra, inició su sermón matutino con las siguientes palabras:

Alguien ha dicho que "el estudio apropiado de la humanidad es el hombre". No vaya negar este concepto, pero pienso que es igualmente cierto que el estudio apropiado para los elegidos de Dios es Dios mismo; el estudio apropiado para el cristiano es la Deidad. La ciencia más elevada, la especulación más encumbrada, la filosofía más vigorosa, que puedan jamás ocupar la atención de un hijo de Dios, es el nombre, la naturaleza, la persona, la obra, los hechos, y la existencia de ese gran Dios a quien llama Padre.

En la contemplación de la Divinidad hay algo extraordinariamente beneficioso para la mente. Es un tema tan vasto que todos nuestros pensamientos se pierden en su inmensidad; tan profundo, que nuestro orgullo se hunde en su infinitud. Cuando se trata de otros temas podemos abarcarlos y enfrentarlos; sentimos una especie de autosatisfacción al encararlos, y podemos seguir nuestro camino con el pensamiento de que "he aquí que soy sabio". Pero cuando nos damos con esta ciencia por excelencia y descubrimos que nuestra plomada no puede sondear su profundidad, que nuestro ojo de águila no puede percibir su altura, nos alejamos con el pensamiento de que el hombre vano quisiera ser sabio, pero que es como el pollino salvaje; y con la solemne exclamación de que "soy de ayer, y nada sé". Ningún tema de contemplación tenderá a humillar a la mente en mayor medida que los pensamientos de Dios.

Más, si bien el tema humilla la mente, al propio tiempo la expande. El que con frecuencia piensa en Dios, tendrá una mente más amplia que el hombre que se afana simplemente por lo que le ofrece este mundo estrecho. El estudio más excelente para ensanchar el alma es la Ciencia de Cristo, y este crucificado, y el conocimiento de la deidad en la gloriosa Trinidad. Nada hay que desarrolle tanto el intelecto, que magnifique tanto el alma del hombre, como la investigación devota, sincera, y continua del gran tema de la Deidad.

Además, a la vez que humilla y ensancha, este tema tiene un efecto eminentemente consolador. La contemplación de Cristo proporciona un bálsamo para toda herida; la meditación sobre el Padre proporciona descanso de toda aflicción; y en la influencia del Espíritu Santo hay bálsamo para todo mal. ¿Quieres librarte de tu dolor? ¿Quieres ahogar tus preocupaciones? Entonces ve y zambúlete en lo más profundo del mar de la Deidad; piérdete en su inmensidad; y saldrás de allí como a levantarte de un lecho de descanso, renovado y fortalecido. No conozco nada que sea tan consolador para el alma, que apacigüe las crecientes olas del dolor y la aflicción, que proporcione paz ante los vientos de

las pruebas, como la ferviente reflexión sobre el tema de la Deidad. Invito a los presentes a considerar dicho tema esta mañana.

Las palabras que anteceden, dichas hace más de un siglo por C. H. Spurgeon (que en esa época, increíblemente, tenía sólo veinte años de edad) eran ciertas entonces y siguen siéndolo hoy. Ellas constituyen un prefacio adecuado para una serie de estudios sobre la naturaleza y el carácter de Dios.

II

"Pero espere un momento -dice alguien-, contésteme esto: ¿Tiene sentido realmente nuestro viaje? Ya sabemos que en la época de Spurgeon a la gente le interesaba la teología, pero a mí me resulta aburrida. ¿Por qué vamos a dedicarle tiempo en el día de hoy al tipo de estudio que usted nos propone? ¿No le parece que el laico, por de pronto, puede arreglárselas sin él? Después de todo, ¡estamos en el año 1979, no en 1855!"

La pregunta viene al caso, por cierto; pero creo que hay una respuesta convincente para la misma. Está claro que el interlocutor de referencia supone que un estudio sobre la naturaleza y el carácter de Dios ha de ser impráctico e irrelevante para la vida. En realidad, sin embargo, se trata del proyecto más práctico que puede encarar cualquiera. El conocimiento acerca de Dios tiene una importancia crucial para el desarrollo de nuestra vida. Así como sería cruel trasladar a un aborigen del Amazonas directamente a Londres, depositarlo sin explicación alguna en la plaza de Trafalgar, y allí abandonarlo, sin conocimiento de la lengua inglesa ni de las costumbres inglesas, para que se desenvuelva por su cuenta, así también somos crueles para con nosotros mismos cuando intentamos vivir en este mundo sin conocimiento de ese Dios cuyo es el mundo y al que él dirige. Para los que no saben nada en cuanto a Dios, este mundo se torna en un lugar extraño, loco y penoso, y la vida en él se hace desalentadora y desagradable. El que descuida el estudio de Dios se sentencia a sí mismo a transitar la vida dando tropezones y errando el camino como si tuviera los ojos vendados, por así decirlo, sin el necesario sentido de dirección y sin comprender lo que ocurre a su alrededor. Quien obra de este modo ha de malgastar su vida y perder su alma.

Teniendo presente, pues, que el conocimiento de Dios vale la pena, nos preparamos para comenzar. Más, ¿por dónde hemos de empezar? Evidentemente tenemos que iniciar el estudio desde donde estamos. Esto, sin embargo, significa meternos en la tormenta, por cuanto la doctrina de Dios constituye foco tormentoso en el día de hoy. El denominado "debate sobre Dios", con sus lemas tan alarmantes -"nuestra imagen de Dios debe desaparecer"; "Dios ha muerto"; "podemos cantar el credo pero no podemos decirlo" - se agita por todas partes. Se nos afirma que la fraseología cristiana, como la han practicado históricamente los creyentes, es una especie de disparate refinado, y que el conocimiento de Dios está en realidad vacío de contenido. Los esquemas de enseñanza que profesan tal conocimiento se catalogan de anticuados y se descartan -"el calvinismo", "el fundamentalismo", "el escolasticismo protestante", "la vieja ortodoxia". ¿Qué hemos de hacer? Si postergamos el viaje hasta que haya pasado la tormenta, quizá nunca lleguemos a comenzar. Yo propongo lo siguiente. El lector recordará la forma en que el peregrino de Bunyan se tapó los oídos con los dedos y siguió corriendo, exclamando: "Vida, Vida, Vida Eterna" cuando su mujer y sus hijos lo llamaban para que abandonase el viaje que estaba iniciando. Yo le pido al lector que por un momento se tape los oídos para no escuchar a los que les dicen que no hay camino que lleve al conocimiento de Dios, y que inicie el viaje conmigo para ver por sí mismo. Después de todo, las apariencias pueden ser engañosas, y el

que transita un camino reconocido no se molestará mayormente si oye que los que no lo hacen se dicen unos a otros que no existe tal camino.

Tormenta o no, por lo tanto, nosotros vamos a comenzar. Empero, ¿cómo trazamos la ruta que hemos de seguir?

La ruta la determinarán cinco afirmaciones básicas, cinco principios fundamentales relativos al conocimiento sobre Dios que sostienen los cristianos. Son los que siguen:

1. Dios ha hablado al hombre, y la Biblia es su palabra, la que nos ha sido dada para abrir nuestros entendimientos a la salvación.
2. Dios es Señor y Rey sobre su mundo; gobierna por sobre todas las cosas para su propia gloria, demostrando sus perfecciones en todo lo que hace, a fin de que tanto hombres como ángeles le rindan adoración y alabanza.
3. Dios es Salvador, activo en su amor soberano mediante el Señor Jesucristo con el propósito de rescatar a los creyentes de la culpa y el poder del pecado, para adoptarlos como hijos, y bendecirlos como tales.
4. Dios es trino y uno; en la Deidad hay tres personas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo; y en la obra de salvación las tres personas actúan unidas, el Padre proyectando la salvación, el Hijo realizándola, y el Espíritu aplicándola.
5. La santidad consiste en responder a la revelación de Dios con confianza y obediencia, fe y adoración, oración y alabanza; sujeción y servicio. La vida debe verse y vivirse a la luz de la Palabra de Dios. Esto, y nada menos que esto, constituye la verdadera religión.

A la luz de estas verdades generales y básicas, vamos a examinar a continuación lo que nos muestra la Biblia sobre la naturaleza y el carácter del Dios del que hemos estado hablando. Nos hallamos en la posición de viajeros que, luego de observar una gran montaña a la distancia, de rodearla y de comprobar que domina todo el panorama y que determina la configuración de la campiña que la rodea, se dirigen directamente hacia ella con la intención de escalarla.

III

¿Qué entraña la ascensión? ¿Cuáles son los temas que nos ocuparán?

Tendremos que estudiar la Deidad de Dios. Las cualidades de la Deidad que separan a Dios de los hombres, y determinan la diferencia y la distancia que existen entre el Creador y sus criaturas, cualidades tales como su existencia autónoma, su infinitud, su eternidad, su inmutabilidad. Tendremos que considerar los poderes de Dios: su omnisciencia, su omnipresencia, su carácter todopoderoso. Tendremos que referirnos a las perfecciones de Dios, los aspectos de su carácter moral que se manifiestan en sus palabras y en sus hechos: su santidad, su amor y misericordia, su veracidad, su fidelidad, su bondad, su paciencia, su justicia. Tendremos que tomar nota de lo que le agrada, lo que le ofende, lo que despierta su ira, lo que le da satisfacción y gozo.

Para muchos de nosotros se trata de temas relativamente poco familiares. No lo fueron siempre para el pueblo de Dios. Tiempo hubo en que el tema de los atributos de Dios (como se los llamaba) revestía tal importancia que se lo incluía en el catecismo que todos los niños de las iglesias debían aprender y que todo miembro adulto debía conocer. Así, a la cuarta pregunta en el Catecismo Breve de Westminster, "¿Qué es Dios?", la respuesta rezaba de este modo: "Dios es espíritu, infinito, eterno, e

inmutable en su ser, sabiduría, poder, santidad, justicia, bondad, y verdad", afirmación que el gran Charles Hodge describió como "probablemente la mejor definición de Dios que jamás haya escrito el hombre". Pocos son los niños de hoy en día, con todo, que estudian el Catecismo Breve de Westminster, y pocos son los fieles modernos que habrán escuchado una serie de sermones sobre el carácter de la divinidad parecidos a los voluminosos Discourses on the Existence and Attributes Of God (Discursos sobre la existencia y los atributos de Dios) de Chamock dados en 1682. Igualmente, son pocos los que habrán leído algo sencillo y directo sobre la naturaleza de Dios, por cuanto poco es lo que se ha escrito sobre el mismo últimamente. Por lo tanto hemos de suponer que una exploración de los temas mencionados nos proporcionará muchos elementos nuevos para la meditación, y muchas ideas nuevas para considerar y digerir.

IV

Por esta misma razón debemos detenemos, antes de comenzar el ascenso de la montaña, para hacemos una pregunta sumamente importante; pregunta que, ciertamente, siempre deberíamos hacemos cada vez que comenzamos cualquier tipo de estudio del Santo Libro de Dios. La pregunta se relaciona con nuestros propios motivos e intenciones al encarar el estudio. Necesitamos preguntarnos: ¿Cuál es mi meta Última, mi propósito, al dedicarme a pensar en estas cosas? ¿Qué es lo que pienso hacer con mi conocimiento acerca de Dios, una vez que lo haya adquirido? Porque el hecho que tenemos que enfrentar es el siguiente: que si buscamos el conocimiento teológico por lo que es en sí mismo, terminará por resultarnos contraproducente. Nos hará orgullosos y engreídos. La misma grandeza del tema nos intoxicará, y tenderemos a sentirnos superiores a los demás cristianos, en razón del interés que hemos demostrado en él y de nuestra comprensión del mismo; tenderemos a despreciar a las personas cuyas ideas teológicas nos parezcan toscas e inadecuadas, y a despacharlas como elementos de muy poco valor. Porque como les dijo Pablo a los ensoberbecidos Corintios: "El conocimiento envanece... si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo" (I COL 8: 1 a, 2). Si adquirir conocimientos teológicos es un fin en sí mismo, si estudiar la Biblia no representa un motivo más elevado que el deseo de saber todas las respuestas, entonces nos veremos encaminados directamente a un estado de engreimiento y autoengaño. Debemos cuidar nuestro corazón a fin de no abrigar una actitud semejante, y orar para que ello no ocurra. Como ya hemos visto, no puede haber salud espiritual sin conocimiento doctrinal; pero también es cierto que no puede haber salud espiritual con dicho conocimiento si se lo procura con fines errados y se lo estima con valores equivocados. En esta forma el estudio doctrinal puede realmente tornarse peligroso para la vida espiritual, y nosotros hoy en día, en igual medida que los corintios de la antigüedad, tenemos que estar en guardia a fin de evitar dicho peligro.

Empero, dirá alguien, ¿acaso no es un hecho que el amor a la verdad revelada de Dios, y un deseo de saber todo lo que se pueda, es lo más lógico y natural para toda persona que haya nacido de nuevo? ¿Qué nos dice el Salmo 119? - "enséñame tus estatutos"; "abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley"; "¡oh, cuánto amo yo tu ley! ", "¡cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca"; "dame entendimiento para conocer tus testimonios" (vv. 12, 18, 97, 103,125). ¿Acaso no anhela todo hijo de Dios, junto con el salmista, saber todo lo que puede acerca de su Padre celestial? ¿Acaso no es el hecho de que "recibieron el amor de la verdad" de este modo prueba de que han nacido de nuevo? (véase II Tes. 2: 10). ¿Y acaso no está bien el procurar satisfacer en la mayor medida posible este anhelo dado por Dios mismo?

Claro que lo está, desde luego. Pero si miramos nuevamente lo que dice el Salmo 119, veremos que lo que anhelaba el salmista era adquirir un conocimiento no teórico sino práctico acerca de Dios. Su anhelo supremo era el de conocer a Dios mismo y deleitarse en él, y valorar el conocimiento sobre Dios simplemente como un medio para ese fin. Quería entender las verdades divinas con el fin de que su corazón pudiera responder a ellas y que su vida se fuese conformando a ellas. Observamos lo que se destaca en los versículos iniciales: "Bienaventurados los perfectos de camino, los que andan en la ley de Jehová. Bienaventurados los que guardan sus testimonios, y con todo el corazón le buscan... ¡Ojala fuesen ordenados mis caminos para guardar tus estatutos!" (vv. 1, 2, 5). Le interesaban la verdad y la ortodoxia, la enseñanza bíblica y la teología, pero no como fines en sí mismas sino como medios para lograr las verdaderas metas de la vida y la santidad. Su preocupación central era acerca del conocimiento y el servicio del gran Dios cuya verdad procuraba entender.

Esta debe ser también nuestra actitud. Nuestra meta al estudiar la Deidad debe ser la de conocer mejor a Dios mismo. Debe interesarnos ampliar el grado de acercamiento no sólo a la doctrina de los atributos de Dios sino al Dios vivo que los ostenta. Así como él es el tema de nuestro estudio, y el que nos ayuda en ello, también debe ser él el fin del mismo. Debemos procurar que el estudio de Dios nos lleve más cerca de él. Con este fin se dio la revelación, y es a este fin que debemos aplicarla. ¿Cómo hemos de lograr esto? ¿Cómo podemos transformar el conocimiento acerca de Dios en conocimiento de Dios? La regla para llegar a ello es exigente, pero simple. Consiste en que transformemos todo lo que aprendemos acerca de Dios en tema de meditación delante de Dios, seguido de oración y alabanza a Dios.

Quizá tengamos alguna idea acerca de lo que es la oración, pero no en cuanto a lo que es la meditación. Es fácil que así sea por cuanto la meditación es un arte que se ha perdido en el día de hoy, y los creyentes sufren gravemente cuando ignoran dicha práctica. La meditación es la actividad que consiste en recordar, en pensar, y en reflexionar sobre todo lo que uno sabe acerca de las obras, el proceder, los propósitos, y las promesas de Dios, y aplicado todo a uno mismo. Es la actividad del pensar consagrado, que se realiza conscientemente en la presencia de Dios, a la vista de Dios, con la ayuda de Dios, y como medio de comunión con Dios. Tiene como fin aclarar la visión mental y espiritual que tenemos de Dios y permitir que la verdad de la misma haga un impacto pleno y apropiado sobre la mente y el corazón. Se trata de un modo de hablar consigo mismo sobre Dios y uno mismo; más aun, con frecuencia consiste en discutir con uno mismo, a fin de librarse de un espíritu de duda, de incredulidad, para adquirir una clara aprehensión del poder y la gracia de Dios. Tiene como efecto invariable el humillarnos, cuando contemplamos la grandeza y la gloria de Dios, y nuestra propia pequeñez y pecaminosidad, como también alentarnos y damos seguridad -"consolarnos", para emplear el vocablo en el antiguo sentido bíblico del mismo- mientras contemplamos las inescrutables riquezas de la misericordia divina desplegadas en el Señor Jesucristo. Estos son los puntos que destaca Spurgeon en el párrafo de su sermón citado al comienzo de este capítulo, y son reales y verdaderos. En la medida en que vamos profundizando más y más esta experiencia de ser humillados y exaltados, aumenta nuestro conocimiento de Dios, y con él la paz, la fortaleza y el gozo. Dios nos ayuda, por lo tanto, a transformar nuestro conocimiento acerca de Dios de este modo, a fin de que realmente podamos decir que "conocemos al Señor".

CAPITULO 2: EL PUEBLO QUE CONOCE A DIOS

I

En un día de sol me paseaba con un hombre erudito que había arruinado en forma definitiva sus posibilidades de adelanto en el orden académico porque había chocado con dignatarios de la iglesia en torno al tema del evangelio de la gracia. "Pero no importa -comentó al final- porque yo he conocido a Dios y ellos no". Esta observación no era más que un paréntesis, un comentario al pasar en relación con algo que dije yo; pero a mí se me quedó grabada, y me hizo pensar.

Se me ocurre que no son muchos los que dirían en forma natural que han conocido a Dios. Dicha expresión tiene relación con una experiencia de un carácter concreto y real a la que la mayoría de nosotros, si somos honestos, tenemos que admitir que seguimos siendo extraños. Afirmamos, tal vez, que tenemos un testimonio que dar, y podemos relatar sin la menor incertidumbre la historia de nuestra conversión como el que mejor; decimos que conocemos a Dios -que es, después de todo, lo que se espera que diga un evangélico-; empero, ¿se nos ocurriría decir, sin titubeo alguno, y con referencia a momentos particulares de nuestra experiencia personal, que hemos conocido a Dios? Lo dudo, porque sospecho que para la mayoría de nosotros la experiencia de Dios nunca ha alcanzado contornos tan vívidos como lo que implica la frase.

Me parece que no somos muchos los que podríamos decir en forma natural que, a la luz del conocimiento de Dios que hemos llegado a experimentar, las desilusiones pasadas y las angustias presentes, tal como las considera el mundo, no importan. Porque el hecho real es que a la mayoría de las personas sí nos importan. Vivimos con ellas, y ellas constituyen nuestra "cruz" (como la llamamos). Constantemente descubrimos que nos estamos volcando hacia la amargura, la apatía, y la pesadumbre, porque nos ponemos a pensar en ellas, cosa que hacemos con frecuencia. La actitud que adoptamos para con el mundo es una especie de estoicismo desecado, lo cual dista enormemente de ese "gozo inefable y glorioso" que en la estimación de Pedro debían estar experimentando sus lectores (1 Pedro 1: 8). "¡Pobrecitos -dicen de nosotros nuestros amigos-, cómo han sufrido!"; y esto es justamente lo que nosotros mismos creemos. Pero este heroísmo falso no tiene lugar alguno en la mente de los que realmente han conocido a Dios. Nunca piensan con amargura sobre lo que podría haber sido; jamás piensan en lo que han perdido, sino sólo en lo que han ganado. "Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo -escribió Pablo-~ Y ciertamente aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él... a fin de conocerle... ", (Fil. 3:7-10). Cuando Pablo dice que estima que las cosas que perdió como "basura", no quiere decir simplemente que no las considere valiosas sino que tampoco las tiene constantemente presentes en la mente: ¿qué persona normal se pasa el tiempo soñando nostálgicamente con la basura? Y, sin embargo, esto es justamente lo que muchos de nosotros hacemos. Esto demuestra lo poco que en realidad poseemos en lo que se refiere a un verdadero conocimiento de Dios.

En este punto tenemos que enfrentarnos francamente con nuestra propia realidad. Quizá seamos evangélicos ortodoxos. Estamos en condiciones de declarar el evangelio con claridad, y podemos detectar la mala doctrina a un kilómetro de distancia. Si alguien nos pregunta cómo pueden los hombres conocer a Dios, podemos de inmediato proporcionarle la fórmula correcta: que llegamos a conocer a Dios por mérito de Jesucristo el Señor, en virtud de su cruz y de su mediación, sobre el fundamento de sus promesas, por el poder del Espíritu Santo, mediante el ejercicio personal de la fe. Mas la alegría genuina, la bondad, el espíritu libre, que son las marcas de los que han conocido a Dios, raramente se manifiestan en nosotros; menos, tal vez, que en algunos círculos cristianos donde, por comparación, la verdad géllica se conoce en forma menos clara y completa. Aquí también parecería

ser que los postreros pueden llegar ser los primeros, y los primeros postreros. El conocer limitadamente a Dios tiene más valor que poseer un gran conocimiento acerca de él.

Centrándonos más en esta cuestión, quisiera agregar dos cosas.

Primero, se puede conocer mucho acerca de Dios sin tener mucho conocimiento de él. Estoy seguro de que muchos de nosotros nunca nos hemos dado cuenta de esto. Descubrimos en nosotros un profundo interés en la teología (disciplina que, desde luego, resulta sumamente fascinante; en el siglo diecisiete constituía el pasatiempo de todo hombre de bien). Leemos libros de teología y apologética. Nos aventuramos en la historia cristiana y estudiamos el credo cristiano. Aprendemos a manejar las Escrituras. Los demás sienten admiración ante nuestro interés en estas cuestiones, y pronto descubrimos que se nos pide opinión en público sobre diversas cuestiones relacionadas con lo cristiano; se nos invita a dirigir grupos de estudio, a presentar trabajos, a escribir artículos, y en general a aceptar responsabilidades, ya sea formales o informales; a actuar como maestros y árbitros de ortodoxia en nuestro propio círculo cristiano. Los amigos nos aseguran que estiman grandemente nuestra contribución, y todo esto nos lleva a seguir explorando las verdades divinas, a fin de estar en condiciones de hacer frente a las demandas. Todo esto es muy bello, pero el interés en la teología, el conocimiento acerca de Dios, y la capacidad de pensar con claridad y hablar bien sobre temas cristianos no tienen nada que ver con el conocimiento de Dios. Podemos saber tanto como Calvino acerca de Dios -más aun, si estudiamos diligentemente sus obras, tarde o temprano así ocurrirá- y sin embargo (a diferencia de Calvino, si se me permite), a lo mejor no conozcamos a Dios en absoluto.

Segundo, podemos tener mucho conocimiento acerca de la santidad sin tener mucho conocimiento de Dios. Esto depende de los sermones que uno oye, de los libros que lea, y de las personas con quienes se trate. En esta era analítica y tecnológica no faltan libros en las bibliotecas de las iglesias, ni sermones en el púlpito, que enseñan cómo orar, cómo testificar, cómo leer la Biblia, cómo dar el diezmo, cómo actuar si somos creyentes jóvenes, cómo actuar si somos viejos, cómo ser un cristiano feliz, cómo alcanzar consagración, cómo llevar hombres a Cristo, cómo recibir el bautismo del Espíritu Santo (o, en algunos casos, cómo evitarlo), cómo hablar en lenguas (o, también, cómo justificar las manifestaciones pentecostales), y en general cómo cumplir todos los pasos que los maestros en cuestión asocian con la idea de ser un cristiano creyente y fiel. No faltan tampoco las biografías que describen para nuestra consideración las experiencias de creyentes de otras épocas. Aparte de otras consideraciones que puedan hacerse sobre este estado de cosas, lo cierto es que hace posible que obtengamos un gran caudal de información de segunda mano acerca de la práctica del cristianismo. Más todavía, si nos ha tocado una buena dosis de sentido común, con frecuencia podemos emplear lo que hemos aprendido para ayudar a los más débiles en la fe, de temperamento menos estable, a afirmarse y desarrollar un sentido de proporción en relación con sus problemas, y de este modo uno puede granjearse una reputación como pastor. Con todo, es posible tener todo esto y no obstante apenas conocer a Dios siquiera.

Volvemos, entonces, al punto de partida. La cuestión no está en saber si somos buenos en teología, o "equilibrados" (palabra horrible y pretenciosa) en lo que se refiere a la manera de encarar los problemas de la vida cristiana; la cuestión está en resolver, si podemos decir, sencilla y honestamente -no porque pensemos que como evangélicos debe más poder decirlo sino porque se trata de la simple realidad- que hemos conocido a Dios, y que porque hemos conocido a Dios, las cosas desagradables que hemos experimentado, o las cosas agradables que hemos dejado de experimentar, no nos importan por el hecho de que somos cristianos. Si realmente conociéramos a Dios, esto es lo que

diríamos, y si no lo decimos, esto sólo constituye señal de que tenemos que enfrentarnos a la realidad de que hay diferencia entre conocer a Dios y el mero conocimiento acerca de Dios.

II

Hemos dicho que al hombre que conoce a Dios, las pérdidas que sufra y las "cruces" que lleve cesan de preocuparlo; lo ha ganado sencillamente elimina de su mente dichas. ¿Qué otro efecto tiene sobre el hombre el conocido de Dios? Diversas secciones de las Escrituras responden esta pregunta desde distintos puntos de vista, pero a la respuesta más clara y notable de todas la proporcione el libro de Daniel. Podemos sintetizar su testimonio en cuatro proposiciones.

47

1. Quienes conocen a Dios despliegan gran energía para Dios

En uno de los capítulos proféticos de Daniel leemos esto: El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará" (1:32). En el contexto esta afirmación se abre con "mas" (pero), y se contrasta con la actividad del "hombre despreciable" (v. 21) que pondrá "la abominación desoladora", y corromperá mediante lisonjas y halagos a aquellos que han violado el pacto de Dios (vv. 31-32). Esto demuestra que la acción iniciada por los que conocen a Dios es una reacción ante las tendencias anti-Dios que se ponen de manifiesto a su alrededor. Mientras su Dios está siendo desafiado o desoído, no pueden descansar, sienten que tienen que hacer algo; la deshonra que se está haciendo al nombre de Dios los impulsa a la acción.

Esto es exactamente lo que vemos que ocurre en los capítulos narrativos de Daniel, donde se nos habla de los "prodigios" (V.M.) de Daniel y sus tres amigos. Eran hombres que conocían a Dios y que en consecuencia se sentían impulsados de tiempo en tiempo a ponerse firmes frente a las convenciones y los dictados de la irreligión o de la falsa religión. En el caso de Daniel, en particular, se ve que no podía dejar pasar una situación de ese tipo, sino que se sentía constreñido a desafiada abiertamente. Antes que arriesgarse a ser contaminado ritualmente al comer la comida del palacio, insistió en que se le diera una dieta vegetariana, con gran consternación para el jefe de los eunucos (1: 8-26). Cuando Nabucodonosor suspendió por un mes la práctica de la oración, bajo pena de muerte, Daniel no se limitó a seguir orando tres veces por día sino que lo hacía frente a una ventana abierta, para que todos pudieran ver lo que estaba haciendo (6: 10 s). Nos trae a la memoria el caso del Obispo Ryle, quien se inclinaba hacia adelante en la catedral de San Pablo en Londres para que todos pudieran ver que no se volvía hacia el Este para el Credo. Gestos de esta naturaleza no deben entenderse mal. No es que Daniel -o el obispo Ryle para el caso- fuera un tipo difícil inclinado a llevar la contraria, que se deleitaba en rebelarse y que sólo era feliz cuando se ponía decididamente en contra del gobierno. Se trata sencillamente de que quienes conocen a su Dios tienen plena conciencia de las situaciones en las que la verdad y el honor de Dios están siendo explícita o implícitamente comprometidos, y antes que dejar que la cuestión pase desapercibida prefieren forzar la atención de los hombres a fin de obligar a que la situación se rectifique mediante un cambio de opinión, aunque ello signifique un riesgo personal.

Este despliegue de energía para Dios no se limita tampoco a gestos públicos. En realidad ni siquiera comienza allí. Los hombres que conocen a su Dios son antes que nada hombres de oración, y el primer aspecto en que su celo y su energía por la gloria de Dios se ponen de manifiesto es en sus oraciones. En Daniel 9 vemos que cuando "supo por los libros" que el período de la cautividad de Israel, según estaba profetizado, estaba por cumplirse, y, al mismo tiempo, se dio cuenta de que el

pecado del pueblo seguía siendo tal que en lugar de provocar misericordia podía provocar juicio, se dedicó a buscar el rostro de Dios "en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza" (v. 3), y oró por la restauración de Jerusalén con tal vehemencia, pasión, y agonía de espíritu como las que la mayoría de nosotros no hemos conocido jamás. Sin embargo, invariablemente, el fruto del verdadero conocimiento de Dios es la energía para obrar en pro de la causa de Dios, energía, ciertamente, que sólo puede encontrar salida y alivio para esa tensión interior cuando se canaliza mediante dicha clase de oración, y cuanto mayor sea el conocimiento, tanto mayor será la energía que se desencadena. De este modo podemos probarnos. Tal vez no estemos en posición de hacer gestos públicos contra la impiedad y la apostasía. Puede que seamos viejos, o estemos enfermos, o nos veamos limitados por alguna otra situación física. Pero todos podemos orar ante la impiedad y la apostasía que vemos a nuestro alrededor en la vida diaria. Si, en cambio, no se manifiesta en nosotros ese poder para la oración y, en consecuencia, no podemos ponerla en práctica, tenemos entonces una prueba segura de que todavía conocemos muy poco a nuestro Dios.

2. Quienes conocen a Dios piensan grandes cosas de Dios

No tenemos espacio suficiente para referirnos a todo lo que libro de Daniel nos dice en cuanto a la sabiduría, el poder, la verdad de ese gran Dios que domina la historia y muestra su soberanía en actos de juicio y misericordia, tanto para con los individuos como para con las naciones, según su propia voluntad. Baste decir que quizá no haya en la Biblia una presentación más vívida y sostenida de la multiforme realidad de la soberanía de Dios que en este libro.

Frente al poder y al esplendor del imperio babilónico e se había tragado a Palestina, y la perspectiva de futuros imperios mundiales de proporciones gigantescas que empequeñecían a Israel, si se la consideraba con vista a las medidas de cálculo humanas, el libro de Daniel ofrece un dramático o recordatorio de que el Dios de Israel es Rey de reyes y Señor de señores, que "el cielo gobierna" (4: 26), que la historia de Dios está en la historia en todo momento, que la historia, además, no es más que su historia, o sea el desarrollo de su plan eterno, y que el reino que ha de triunfar en "toda instancia es el de Dios.

La verdad central que Daniel le enseñó a Nabucodonosor los capítulos 2 y 4, que le recordó a Belsasar en el capítulo 5 (vv. 18-23), que Nabucodonosor reconoció en el capítulo 4 (vv. 34-37), que fue, la base de las oraciones de Daniel en los capítulos 2 y 9, Y de su confianza para desafiar la autoridad en los capítulos 1 y 6, Y de la confianza de sus amigos al desafiar a la autoridad en el capítulo 3, que, además, formaba la sustancia principal de todas las revelaciones que Dios le dio a Daniel en los capítulos 2, 4, 7, 8, 10 Y 11-12, es la verdad de que "el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres" (4:5, cf. 5:21). El sabe, y sabe anticipadamente, todas las cosas; y su conocimiento anticipado es predeterminación; por lo tanto él tendrá la última palabra, tanto en lo que se refiere a la historia del mundo como al destino de cada hombre; su reino y su justicia han de triunfar finalmente, porque ni hombres ni ángeles podrán impedir el cumplimiento de sus planes.

Estos eran los pensamientos acerca de Dios que llenaban la mente de Daniel, como lo testimonian sus oraciones (ya que estas constituyen siempre la mejor prueba de lo que piensa el hombre sobre Dios): "Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. El muda los tiempos y las edades; quita reyes y pone reyes; da la sabiduría o conoce lo que está en tinieblas, y con él mora la luz..." (2:20ss); "Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos... Tuya es, Señor, la justicia. De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar... justo es Jehová nuestro Dios en todas sus

obras que ha hecho... "(9:4, 7, 9, 14). ¿Es así como pensamos nosotros acerca de Dios? ¿Es esta la perspectiva de Dios que se expresa en nuestras propias oraciones? ¿Podemos decir que este tremendo sentido de su santa majestad, de su perfección moral, y de su misericordiosa fidelidad nos mantienen humildes y dependientes, sobrecogidos y obedientes, como lo fue en el caso de Daniel?

Por medio de esta prueba podemos, también, medir lo mucho o lo poco que conocemos a Dios.

3. Quienes conocen a Dios evidencian gran denuedo por Dios

Daniel y sus amigos eran hombres que no escondían la cabeza. No se trata de temeridad. Sabían lo que hacían. Habían calculado el costo. Habían estimado el riesgo. Tenían perfecta conciencia de lo que les acarrearía su actitud a menos que Dios interviniese milagrosamente, y esto último es lo que en efecto ocurrió. Pero tales consideraciones no los detenían. Una vez que estuvieron convencidos de que su posición era la correcta, y que la lealtad a su Dios exigía que la tomaran, entonces, para emplear la expresión de Oswald Chambers, "con una sonrisa en el rostro se lavaron las manos de las consecuencias". "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres", dijeron los apóstoles (Hech. 5: 29). "Ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe la carrera con gozo", dijo Pablo (Hech. 20:24). Este era precisamente el espíritu de Daniel, Sadrac, Mesac, y Abed-nego. Es el espíritu de todos los que conocen a Dios. Puede ocurrir que encuentren extremadamente difícil determinar el curso correcto de acción que deben seguir, pero una vez que están seguros lo encaran con decisión y firmeza. No les molesta que otros hijos de Dios no piensen como ellos y no los acompañen. (¿Fueron Sadrac, Mesac, y Abed-nego los únicos judíos que se negaron a adorar la imagen de Nabucodonosor? Nada indica, en lo que ha quedado escrito, que ellos lo supieran, ni tampoco, en último análisis, que les interesaba saberlo. Estaban seguros de lo que a ellos les correspondía hacer, y esto les bastaba.) También por medio de esta prueba podemos medir nuestro propio conocimiento- de Dios.

4. Quienes conocen a Dios manifiestan gran contentamiento en Dios

No hay paz como la paz de aquellos cuya mente está poseída por la total seguridad de que han conocido a Dios, y de que Dios los ha conocido a ellos, y de que dicha relación garantiza para ellos el favor de Dios durante la vida, a través de la muerte, y de allí en adelante por toda la eternidad. Esta es la paz de la cual habla Pablo en Romanos 5: 1 -"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo"- y cuyo contenido analiza detalladamente en Romanos 8: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús. El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos. Sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien. A los que justificó, a estos también glorificó... Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida,... ni lo presente ni lo por venir nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (vv. 1,16ss, 28, 30ss). Esta es la paz que conocían Sedrac, Mesac, y Abed-nego, de ahí la serena tranquilidad con que enfrentaron el ultimátum de Nabucodonosor: "Si no le adorares, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; ¿y qué Dios será aquel que os libre del mal?" La respuesta que dieron (3:16-18) se ha hecho clásica: "No es necesario que te respondamos sobre este asunto." (¡Nada de pánico!) "He aquí nuestro Dios a quien servimos puede libramos... y de tu mano, oh rey, nos librará." (Con cortesía pero con la mayor seguridad - ¡conocían a su Dios!) "y si no [si no nos libra], sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses." (¡No importa! ¡No hay diferencia! Sea que viviesen o muriesen, estarían contentos.)

Señor, no me pertenece a mí el cuidado de si muero o vivo; mi parte es amarte y servirte, y esto debe darte tu gracia. Si la vida es larga, estaré contento de que pueda obedecer mucho tiempo; si corta. .. ¿Por qué habría de estar triste de remontarme hacia el día interminable?

La medida de nuestro contentamiento es otro elemento mediante el cual podemos juzgar si realmente conocemos a Dios.

III

¿Deseamos tener esta clase de contentamiento de Dios? Entonces: Primero, tenemos que reconocer en qué medida carecemos del conocimiento de Dios. Hemos de aprender a medirnos, no por el conocimiento que tengamos acerca de Dios, ni por los dones de que estemos dotados y las responsabilidades eclesiásticas que tengamos, sino por la forma en que oramos y por lo que sentimos dentro del corazón. Sospecho, que muchos de nosotros no tenemos idea de lo pobres que somos en este aspecto. Pidámosle al Señor que él nos lo haga ver.

Segundo, debemos buscar al Salvador. Cuando estaba en la tierra el Señor invitaba a los hombres a que lo acompañaran; de este modo llegaban a conocerlo, y a través de él a conocer al Padre. El Antiguo Testamento refiere manifestaciones del Señor Jesús anteriores a la encarnación, en las que hacía lo mismo: confraternizando con los hombres, adoptando el carácter de ángel del Señor, con el fin de que pudieran conocerlo. El libro de Daniel nos relata lo que parecerían ser dos de dichas ocasiones, porque ¿quién era el cuarto hombre, semejante a hijo de los dioses (3:25), que caminaba con los tres amigos de Daniel en el horno? ¿Y quién era el ángel que Dios mandó para que cerrara la boca de los leones cuando Daniel estaba en el foso con ellos? (6: 22). El Señor Jesucristo se encuentra ausente de este mundo en cuerpo, pero espiritualmente no hay diferencia; todavía podemos encontrar a Dios y conocerlo si buscamos su compañía. Solamente los que han buscado al Señor Jesús hasta encontrarlo -porque la promesa dice que cuando lo buscamos con todo el corazón ineludiblemente lo vamos a encontrar- son los que pueden pararse ante el mundo para dar testimonio de que han conocido a Dios.

CAPITULO 3: PARA CONOCER Y SER CONOCIDOS

I

¿Para qué hemos sido hechos? Para conocer a Dios. ¿Qué meta deberíamos fijarnos en esta vida? La de conocer a Dios. ¿Qué es esa "vida eterna" que nos da Jesús? El conocimiento de Dios. "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3). ¿Qué es lo mejor que existe en la vida, lo que ofrece mayor gozo, delicia, y contentamiento que ninguna otra cosa? El conocimiento de Dios. "Así dijo Jehová: no se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en su riqueza. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme" (Jer. 9: 23ss). ¿Cuál de los diversos estados en que Dios ve al hombre le produce mayor deleite? Aquel en que el hombre conoce a Dios. "... quiero... conocimiento de Dios más que holocaustos", dice Dios (Ose. 6:6). Ya en estas pocas frases hemos expresado muy mucho. El corazón de todo verdadero cristiano cobrará entusiasmo ante lo expresado, mientras que la persona que tiene una religión puramente formal permanecerá impasible. (De paso, su

estado no regenerado se pondrá en evidencia por este solo hecho.) Lo que hemos dicho proporciona de inmediato un fundamento, un modelo, una meta para nuestra vida, además de un principio para determinar prioridades y una escala de valores. Una vez que comprendemos que el propósito principal para el cual estamos aquí es el de conocer a Dios, la mayoría de los problemas de la vida encuentran solución por sí solos. El mundo contemporáneo está lleno de personas que sufren de la agotadora enfermedad que Alberto Camus catalogó como el mal del absurdo ("la vida es una broma pesada"), y del mal que podríamos denominar la fiebre de María Antonieta, ya que fue ella quien encontró la frase que lo describe ("nada tiene gusto"). Estas enfermedades arruinan la vida: todo se vuelve tanto un problema como un motivo de aburrimiento, porque nada parece tener valor. Pero la tenia del absurdísimo y la fiebre de Antonieta son males de los que, por su misma naturaleza, los cristianos están inmunes, excepto cuando sobrevienen períodos ocasionales de malestar, cuando el poder de la tentación comprime y distorsiona la mente; pero tales períodos, por la gracia de Dios, no duran mucho. Lo que hace que la vida valga la pena es contar con un objetivo lo suficientemente grande, algo que nos cautive la emoción y comprometa nuestra lealtad; y esto es justamente lo que tiene el cristiano de un modo que no lo tiene ningún otro hombre. Por qué, ¿qué meta más elevada, más exaltada, y más arrolladora puede haber que la de conocer a Dios?

Desde otro punto de vista, sin embargo, todavía no es mucho lo que hemos dicho. Cuando hablamos de conocer a Dios, hacemos uso de una fórmula verbal, y las fórmulas son como cheques; no valen para nada a menos que sepamos cómo cobrarlos. ¿De qué estamos hablando cuando usamos la frase "conocer a Dios", de algún tipo de emoción? ¿De estremecimientos que nos recorren la espalda? ¿De una sensación etérea, nebulosa, propia de los sueños? ¿De sensaciones alucinantes y excitantes como las que buscan los drogadictos? ¿Qué es lo que ocurre? ¿Se oye algo? ¿Se ven visiones? ¿Es que una serie de pensamientos extraños invaden la mente? ¿De qué se trata? Dichas cuestiones merecen consideración, especialmente porque, según las Escrituras, se trata de un área en que es fácil engañarse, en que puede llegar a pensarse que se conoce a Dios cuando en realidad no es así. Lanzamos por tanto la siguiente pregunta: ¿qué clase de actividad o acontecimiento es el que puede acertadamente describirse como el de "conocer a Dios"?

II

Para comenzar, está claro que el "conocer" a Dios es necesariamente una cuestión más compleja que la de "conocer" a otro hombre, del mismo modo en que "conocer" al vecino resulta más complejo que "conocer" una casa, un libro, o un idioma. Cuanto más complejo sea el objeto, tanto más complejo resulta "conocerlo". El conocimiento de un objeto abstracto, como una lengua, se obtiene mediante el estudio; el conocimiento de algo inanimado, como una montaña o un museo, se obtiene mediante la inspección y la exploración. Estas actividades, si bien exigen mucho esfuerzo concentrado, son relativamente fáciles de describir. Pero cuando se trata de cosas vivientes, el conocerlas se torna ante más complicado. No se llega a conocer un organismo viviente hasta tanto no se conozca la forma en que pueda reaccionar y comportarse bajo diversas circunstancias específicas, y no simplemente conociendo su historia pasada. La persona que dice "yo conozco a este caballo" generalmente quiere decir no simplemente que lo ha visto antes (aunque por la forma en que empleamos las palabras, bien podría querer decir esto solamente); más probablemente, sin embargo, quiere decir: "Sé cómo se comporta, y puedo decirle cómo debe tratarlo." El conocimiento de esta clase sólo se obtiene mediante una asociación previa con el animal, al haberlo visto en acción, y al tratar de atenderlo y cabalgarlo uno mismo.

En el caso de los seres humanos la situación se complica más todavía, por el hecho de que, a diferencia de los caballos, tienen la posibilidad de ocultar, y de abstenerse de mostrar a los demás, todo lo que anida en su interior. En pocos días se puede llegar a conocer a un caballo en forma completa, pero es posible pasar meses y hasta años en compañía de otra persona y sin embargo tener que decir al final: "En realidad no lo conozco en absoluto." Reconocemos grados de conocimiento de nuestros semejantes; decimos que los conocemos "bien", "no muy bien", "lo suficiente como para saludarnos", "íntimamente", o tal vez "perfectamente", según el grado de apertura que han manifestado hacia nosotros.

De manera que la calidad y la profundidad de nuestro conocimiento de los demás depende más de ellos que de nosotros. El que los conozcamos depende más directamente de que ellos nos permitan que los conozcamos que de nuestros intentos para llegar a conocerlos: Cuando nos encontramos, la parte nuestra consiste en prestarles atención y demostrar interés en ellos, mostrar buena voluntad y abrimos amistosamente. A partir de ese momento, sin embargo, son ellos, no nosotros, los que deciden si los vamos a conocer o no.

Imaginemos que nos van a presentar una persona que consideramos "superior" a nosotros -ya sea en rango, en distinción intelectual, en capacidad profesional, en santidad personal, o en algún otro sentido. Cuanto más conscientes estemos de nuestra propia inferioridad, tanto más sentimos que nuestra parte consiste en colocarnos a su disposición respetuosamente para que ella tome la iniciativa en la conversación. (Pensemos en la posibilidad de un encuentro con el presidente o un ministro.) Nos gustaría llegar a conocer a una persona tan encumbrada pero nos damos cuenta perfectamente de que esto es algo que debe decidirlo dicha persona, no nosotros. Si se limita a las formalidades del caso tal vez nos sintamos desilusionados, pero comprendemos que no nos podemos quejar; después de todo, no teníamos derecho a reclamar su amistad. Pero si, por el contrario, comienza de inmediato a brindarnos su confianza, y nos dice francamente lo que está pensando en relación con cuestiones de interés común, y si a continuación .nos invita a tomar parte en determinados proyectos, y nos pide que estemos a su disposición en forma permanente para este tipo de colaboración toda vez que la necesite, entonces nos sentiremos tremendamente privilegiados, y nuestra actitud general cambiará fundamentalmente. Si hasta entonces la vida nos parecía inútil y tediosa, ya no lo será más desde el momento en que esa gran personalidad nos cuenta entre sus colaboradores inmediatos. ¡Esto sí que vale la pena! ¡Así sí que vale la pena vivir!

Esto, en cierta medida, es una ilustración de lo que significa conocer a Dios. Con razón podía Dios decir por medio de Jeremías, "Alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme", porque el conocer a Dios equivale a tener una relación que tiene el efecto de deleitar al corazón del hombre. Lo que ocurre es que el omnipotente Creador, Señor de los ejércitos, el gran Dios ante quien las naciones son como la gota en un balde, se le acerca y comienza a hablarle por medio de las palabras y las verdades de la Sagrada Escritura. Quizás conoce la Biblia y la doctrina cristiana hace años, pero ellas no han significado nada para él. Mas un día se despierta al hecho de que Dios le está hablando de veras - ¡a él!- a través del mensaje bíblico.

Mientras. escucha lo que Dios le está diciendo se siente humillado; porque Dios le habla de su pecado, de su culpabilidad, de su debilidad, de su ceguera, de su necedad, y lo obliga a darse cuenta de que no tiene esperanza y que nada puede hacer hasta que le brota una exclamación pidiendo perdón; Pero esto no es todo. Llega a comprender, mientras escucha, que en realidad Dios le está abriendo el corazón, tratando de hacer amistad con él, de enlazarlo como colega -en la expresión de Barth, como socio de un pacto. Es algo realmente asombroso, pero es verdad: la relación en la que los seres

humanos pecadores conocen a Dios es una relación en la que Dios, por así decirlo, los toma a su servicio a fin de que en lo adelante sean colaboradores suyos (véase 1 Cor. 3: 9) y amigos personales. La acción de Dios de sacar a José de la prisión para hacerla primer ministro del Faraón es un ejemplo de lo que hace con el cristiano: de ser prisionero de Satanás se descubre súbitamente en una posición de confianza, al servicio de Dios. De inmediato la vida se transforma. El que uno sea sirviente constituye motivo de vergüenza u orgullo según a quien sirva. Son muchos los que han manifestado el orgullo que sentían de ser servidores personales de Sir Winston Churchill durante la segunda guerra mundial. Con cuánta mayor razón ha de ser motivo de orgullo y gloria conocer y servir al Señor de cielos y tierra.

¿En qué consiste, por lo tanto, la actividad de conocer a Dios? Reuniendo los diversos elementos que entran en juego en esta relación, como lo hemos esbozado, podemos decir que el conocer a Dios comprende; primero, escuchar la palabra de Dios y aceptada en la forma en que es interpretada por el Espíritu Santo, para aplicarla a uno mismo; segundo, tomar nota de la naturaleza y el carácter de Dios, como nos los revelan su Palabra y sus obras; tercero, aceptar sus invitaciones y hacer lo que él manda; cuarto, reconocer el amor que nos ha mostrado al acercarse a nosotros y al relacionarnos consigo en esa comunión divina.

III

La Biblia ilustra estas ideas esquemáticas valiéndose de figuras y analogías y diciéndonos que conocemos a Dios del modo en que el hijo conoce al padre, en que la mujer conoce a su esposo, en que el súbdito conoce a su rey, en que las ovejas conocen a su pastor (estas son las cuatro analogías principales que se emplean). Estas cuatro analogías indican una relación en la que el que conoce se siente como superior a aquel a quien conoce, y este último acepta la responsabilidad de ocuparse del bienestar del primero. Esto constituye parte del concepto bíblico sobre el conocimiento de Dios, y quienes lo conocen -es decir, aquellos a quienes él permite que le conozcan- son amados y cuidados por él. Enseguida volveremos sobre esto.

La Biblia agrega luego que conocemos a Dios de este modo sólo mediante el conocimiento de Jesucristo, que es el mismo Dios manifestado en carne. "¿... no me has conocido...? El que me ha visto a mí ha visto al Padre"; "Nadie viene al Padre sino por mí" (Juan 14: 9,6). Es importante, por lo tanto, que tengamos bien claro en la mente lo que significa "conocer" a Jesucristo.

Para sus discípulos terrenales el conocer a Jesús se puede comparar directamente con el acto de conocer al personaje importante de nuestra ilustración. Los discípulos eran galileas del pueblo que no tenían por qué pensar que Jesús pudiera tener algún interés especial en ellos. Pero Jesús, el rabí que hablaba con autoridad, el profeta que era más que profeta, el maestro que despertó en ellos admiración y devoción crecientes hasta que no pudieron menos que reconocerlo como su Dios, los buscó, los llamó a estar con él, formó con ellos su círculo íntimo, y los reclutó como agentes suyos para declarar al mundo el reino de Dios. "Estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar..." (Mar. 3: 14). Reconocieron en él que los había elegido y los había llamado amigos al "Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mat. 16: 16), el hombre que nació para ser rey, el portador de las "palabras de vida eterna" (Juan 6: 68), y el sentido de lealtad y de privilegio que este conocimiento les dio transformó toda su vida.

Ahora bien, cuando el Nuevo Testamento nos dice que Jesucristo ha resucitado, una de las cosas que ello significa es que la víctima del Calvario se encuentra ahora, por así decirlo, libre y suelto, de manera que cualquier hombre en cualquier parte puede disfrutar del mismo tipo de relación con él que disfrutaron los discípulos en los días de su peregrinaje en la tierra. Las únicas diferencias son que, primero, su presencia con cada creyente es espiritual, no corporal, y por ende invisible a los ojos físicos; segundo, el cristiano, basándose en el testimonio del Nuevo Testamento, conoce desde el primer momento aquellas doctrinas sobre la deidad y el sacrificio expiatorio de Jesús que los primeros discípulos sólo llegaron a comprender gradualmente, a lo largo de un período de años; y, tercero, que el modo de habernos que tiene Jesús ahora no consiste en la emisión de palabras nuevas, sino en la aplicación a nuestra conciencia de las palabras tuyas que están preservadas en los evangelios, juntamente con la totalidad del testimonio bíblico sobre su persona. Pero el conocer a Cristo Jesús sigue siendo una relación de discipulado personal tan real como lo fue para los doce cuando él estaba en la tierra. El Jesús que transita el relato del evangelio acompaña a los cristianos de hoy en día, y el conocerlo comprende el andar con él, hoy como entonces.

"Mis ovejas oyen mi voz -dice Jesús-, y yo las conozco, y me siguen" (Juan 10:27). Su "voz" es lo que él afirma de sí mismo, es su promesa, su clamado. "Yo soy el pan de vida 'o' la puerta de las ovejas... el buen pastor... la resurrección" (Juan 6:35; 10:7,14; 11:25) o "El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. De cierto, tiene vida eterna" (Juan 5:23s) "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí y hallaréis descanso..." (Mateo 11: 28s). La voz de Jesús es "oída" cuando se acepta lo que él afirma, cuando se confía en su promesa, cuando se responde a su llamado. De allí en adelante, Jesús es conocido como el pastor, y a quienes ponen su confianza en él los conoce como sus propias ovejas. "yo las conozco, y me siguen; y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10:27s). Conocer a Jesús significa ser salvo por Jesús, ahora y eternamente, del pecado, de la culpa, de la muerte.

IV

Apartándonos un poco ahora para observar lo que hemos dicho que significa "que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado", podemos subrayar los siguientes puntos.

Primero, el conocer a Dios es cuestión de trato persona: como lo es toda relación directa con las personas. El conocer a Dios es más que el conocimiento acerca de él; fe asunto de tratar con él a medida que él se abre a nosotros, de que él se ocupe de nosotros a medida que va tomando conocimiento de nosotros. El conocimiento acerca de él es condición previa necesaria para poder confiar en él ("¿cómo creerán en aquel de quien no han oído?" [Rom 10:14]), pero la amplitud de nuestro conocimiento acerca de él no es indicio de la profundidad de nuestro conocimiento de él. John Owen y Calvino sabían más teología que Bunyan o Billy Bray, mas ¿quién negaría que los dos últimos conocían a su Dios tan bien como los otros dos? (Los cuatro, desde luego, eran asiduos lectores de la Biblia, lo cual vale mucho más que la preparación, teológica formal.) Si el factor decisivo fuera la precisión y la minuciosidad de los conocimientos, entonces obviamente los eruditos bíblicos más destacados serían los que conocerían a Dios mejor que nadie. Pero no es así; es posible tener todos los conceptos correctos en la cabeza sin haber conocido jamás en el corazón las realidades a que los mismos se refieren; y un simple lector de la Biblia, o uno que sólo escucha sermones pero que es lleno del Espíritu Santo, ha de desarrollar una relación mucho más profunda con su Dios y Salvador que otros más preparados que se conforman con la corrección teológica. La razón está en que los primeros

tratan con Dios en relación a la aplicación práctica de la doctrina a su propia vida, mientras que los otros no.

Segundo, el conocer a Dios es cuestión de compromiso personal, tanto de mente, como de voluntad y de sentimientos. Es evidente que de otro modo no sería, en realidad, una relación personal completa. Para llegar a conocer a una persona hay que aceptar plenamente su compañía, compartir sus intereses, y estar dispuesto a identificarse con sus asuntos. Sin esto, la relación con dicha persona será sólo superficial e intrascendente. "Gustad, y ved que es bueno Jehová", dice el salmista (Salmo 34: 8). "Gustar" es, como decimos, "probar" un bocado de algo, con el propósito de apreciar su sabor. El plato que nos presentan puede parecer rico, y puede venir con la recomendación del cocinero, pero no sabemos qué gusto tiene realmente hasta que lo probamos. De igual modo, no podemos saber cómo es una persona hasta que no hayamos "gustado" o probado su amistad. Por así decido, los amigos se comunican sabores mutuamente todo el tiempo, porque comparten lo que sienten el uno hacia el otro (pensemos en dos personas que se aman), como también sus actitudes hacia todas las cosas que les son de interés común. A medida que se van abriendo de este modo el uno al otro mediante lo que dicen y lo que hacen, cada uno de ellos va "gustando" la calidad del otro con resultados positivos o negativos. Cada cual se ha identificado con los asuntos del otro, de manera que se sienten unidos emocionalmente. Hay manifestación de sentimientos mutuos, piensan el uno en el otro. Este es un aspecto esencial del conocimiento entre dos personas que son amigas; y lo mismo puede decirse del conocimiento que de Dios tiene el cristiano, el que, como ya hemos visto, es justamente una relación entre amigos.

Al aspecto emocional del conocimiento de Dios se le resta importancia en los días actuales, por el temor de alentar una actitud de sensiblera introspección. Ciertamente es que no hay cosa menos religiosa, que la religión- centrada en uno mismo, y que se hace necesario repetir constantemente que Dios no existe para nuestra "comodidad", o "felicidad", o satisfacción", o para proporcionarnos "experiencias religiosas", como si estas fuesen las cosas más interesantes o importantes de la vida. También se hace necesario destacar que cualquiera que, sobre la base de las "experiencias religiosas", "dice: Yo lo conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él" (I Juan: 4; cf. vv. 9,11; 3:6,11; 4:20). Mas, no obstante ello, no debemos perder de vista el hecho de que el conocer a Dios es una relación emocional, tanto como intelectual y volitiva, y que no podría ser realmente una relación profunda entre personas si así no lo fuera. El creyente está, y debe estar, emocionalmente involucrado en las victorias y vicisitudes de la causa de Dios en el mundo, del mismo modo en que los servidores personales de Sir Winston se sentían emocionalmente involucrados en los altibajos de la guerra. El creyente se regocija cuando su Dios es honrado y vindicado, y experimenta la más penetrante angustia cuando ve que Dios es escarnecido. Cuando Bernabé llegó a Antioquia "... vio la gracia de Dios, se regocijó..." (Hech. 11:23); por contraste, el salmista escribió que "ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley" (Sal 119: 136). Igualmente, el cristiano siente vergüenza y dolor cuando está consciente de que ha defraudado a su Señor (véase, por ejemplo, el Salmo 51, y Luc. 22:61s) y de tiempo en tiempo conoce el éxtasis del regocijo cuando Dios le hace ver de un modo o de otro la gloria del perdurable amor con que ha sido amado ("os alegráis con gozo inefable y glorioso" [1 Pedro 1: 8]). Este es el lado emocional y práctico de la amistad con Dios. Ignorar este aspecto significa que, por verdaderos que sean los pensamientos que el hombre tenga sobre Dios, en realidad no conoce aún al Dios en el cual está pensando.

Luego, tercero, el conocer a Dios es cuestión de gracia. Es una relación en la que la iniciativa, parte invariablemente de Dios -como debe serlo, por cuanto Dios está tan completamente por encima de nosotros y por cuanto nosotros hemos perdido completamente todo derecho a su favor al haber

pecado. No es que nosotros nos hagamos amigos de Dios; Dios se hace amigo de nosotros, haciendo que nosotros lo conozcamos a él mediante el amor que él nos manifiesta. Pablo expresa este concepto de la prioridad de la gracia en nuestro conocimiento de Dios cuando escribe a los gálatas: "... ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios..." (Gál. 4:9). Lo que surge de esta expresión final es que el apóstol entiende que la gracia vino primero, y que sigue siendo el factor fundamental para la salvación de sus lectores. El que ellos conocieran a Dios era consecuencia del hecho de que Dios tomó conocimiento de ellos. Lo conocen a él por fe porque primeramente él los eligió por gracia.

"Conocer", cuando se emplea con respecto a Dios de esta manera, es un vocablo que expresa gracia soberana, que indica que Dios tomó la iniciativa de amar, elegir, redimir, llamar, y preservar. Es evidente que parte de lo que quiere decir es que Dios nos conoce plenamente, perfectamente, como se desprende del contraste entre nuestro conocimiento imperfecto de Dios y su conocimiento perfecto de nosotros en 1 Corintios 13: 22. Pero no es este el sentido principal. El significado principal surge de pasajes como los siguientes:

"Mas Jehová dijo a Moisés: Has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre" (Exo. 33: 17). "Antes que te formase en el vientre te conocí [Jeremías], y antes que nacieses te santifiqué" (Jer. 1: 5). "Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen y pongo mi vida por las ovejas... Mis ovejas oyen mi voz, y yo conozco... y no perecerán jamás" (Juan 10: 14ss., 27s).

Aquí el conocimiento que tiene Dios de los que son suyos está asociado con sus planes de misericordia salvadora. Es conocimiento que comprende afecto personal, acción redentora, fidelidad al pacto, protección providencial, para con aquellos a quienes Dios conoce. Comprende, en otras palabras, la salvación, ahora y por siempre, como ya lo mas insinuado.

Lo que interesa por sobre todo, por lo tanto, no es en última instancia, el que yo conozca a Dios, sino el hecho más grande que está en la base de todo esto: el hecho de que él me conoce a mí. Estoy esculpido en las palmas de sus manos. Estoy siempre presente en su mente. Todo el conocimiento que yo tengo de él depende de la sostenida iniciativa de él de conocerme a mí. Yo lo conozco a él porque él me conoció primero, y sigue conociéndome. Me conoce como amigo, como uno que me ama; y no hay momento en el que su mirada no esté sobre mí, o que su ojo se distraiga de mí; no hay momento, por consecuencia, en que su cuidado de mí flaquee.

Se trata de conocimiento trascendental. Hay un consuelo indecible -ese tipo de consuelo que proporciona energía, téngase presente, no el que enerva- en el hecho de saber que Dios toma conocimiento de mí en amor en forma constante, y que me cuida para bien. Produce un tremendo alivio el saber que el amor que me tiene es eminentemente realista, basado invariablemente en un conocimiento previo de lo peor que hay en mí, de manera que nada de lo que pueda descubrir en cuanto a mí en adelante puede desilusionarlo, ni anular su decisión de bendecirme. Hay, por cierto, un gran motivo para la humildad en el pensamiento de que él ve todas las cosas torcidas que hay en mí y que los demás no ven (¡de lo cual me alegro!), y que él ve más corrupción en mí que la que yo mismo veo (pero lo que veo me basta). Pero hay, también, un gran incentivo para adorar y amar a Dios en el pensamiento de que, por alguna razón que no comprendo, él me quiere como amigo, que anhela ser mi amigo, y que ha entregado a su Hijo a morir por mí a fin de concretar este propósito. No podemos elaborar estos pensamientos aquí, pero el solo hecho de mencionados es suficiente para demostrar cuánto significa para nosotros el saber que Dios nos conoce a nosotros y no solamente que nosotros lo conocemos a él.

CAPITULO 4: EL ÚNICO DIOS VERDADERO

I

¿Qué nos sugiere la palabra "idolatría"? ¿Salvajes arrastrándose frente a un pilar totémico? ¿Estatuas de rostro cruel y severo en los templos hindúes? ¿El baile derviche de los sacerdotes de Baal .alrededor del altar de Elías? Es indudable que estas cosas constituyen idolatría, nada más obvio; pero debemos tener presente que hay también formas más sutiles de idolatría.

Veamos lo que dice el segundo mandamiento: "No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No, te inclinarás a ellas, ni la honrarás; porque yo soy Jehová tu DIOS, fuerte, celoso... (Exo. 20:4s). ¿A qué se refiere este mandamiento?

Si estuviera aislado, sería natural suponer que se refiere a la adoración de imágenes de dioses distintos a Jehová -la idolatría babilónica, por ejemplo, que ridiculizó Isaías (Isa. 44:9ss; 46:1s), o el paganismo del mundo greco-romano de la época de Pablo, del que escribió él en Romanos 1:23,25, que "cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles ... cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador " Pero en el contexto en que se encuentra el segundo mandamiento no puede en realidad referirse a esta clase de idolatría, porque, si así fuera, no haría sino repetir el pensamiento expresado en el primer mandamiento sin agregar nada nuevo.

En consecuencia, entendemos que el segundo mandamiento -como se lo ha considerado siempre en realidad establece el principio de que (para citar a Charles Hodge) "la idolatría consiste no sólo en la adoración de dioses falsos sino también en la adoración del Dios verdadero por medio de imágenes". En su aplicación cristiana, esto significa que no hemos de hacer uso de representaciones visuales o pictóricas del Dios trino, ni de ninguna de las personas de la Trinidad, para fines de adoración. Por lo tanto el mandamiento se refiere, no al objeto de la adoración, sino al modo en que se realiza; lo que nos dice es que no se han de usar estatuas o figuras de Aquel a quien adoramos como ayudas para la adoración.

A primera vista podría parecer extraño que una prohibición de esta naturaleza se haya incluido como parte de los diez principios básicos de la religión bíblica, porque en un primer momento no parecería tener mayor sentido. ¿Qué peligro puede haber, nos preguntamos, en que el que adora se rodee de estatuas y figuras, si lo ayudan a elevar su corazón hacia Dios? Estamos acostumbrados a tratar la cuestión de si estas cosas deben usarse o no como algo que tiene que ver con el temperamento y los gustos personales. Sabemos que algunas personas tienen crucifijos y cuadros de Cristo en sus habitaciones, y ellas nos informan de que el acto de contemplar estos objetos las ayudan a centrar sus pensamientos en Cristo cuando oran. Sabemos que muchas personas sostienen que pueden ofrecer culto de adoración con más libertad y facilidad en las iglesias que están llenas de estos ornamentos que en las que están libres de dichos elementos. Y bien, decimos, ¿qué tiene eso de malo? ¿Qué daño pueden hacer estas cosas? Si a la gente realmente les resultan útiles, ¿qué-más podemos decir? ¿Qué sentido tiene prohibírselos? Frente a esta perplejidad, algunas personas sugieren que el segundo mandamiento se aplica únicamente a representaciones inmorales y degradantes de Dios, representaciones copiadas de los cultos paganos, y no a otra cosa.

Pero la misma fraseología del mandamiento en cuestión descarta una interpretación limitativa de esta naturaleza. Dios dice en forma muy categórica: "No te harás... ninguna semejanza..." "para uso de culto. Este mandato categórico prohíbe no sólo el uso de figuras y estatuas que representen a Dios en forma de animal, sino también el uso de figuras y estatuas que lo representen como lo más excelso de la creación, es decir el hombre. Igualmente prohíbe el uso de figuras y estatuas de Jesucristo como hombre, si bien Jesucristo y sigue siendo Hombre; porque todas las figuras y estatuas se hacen necesariamente según la "semejanza" del hombre ideal como lo concebimos nosotros, y por lo tanto están sujetas a la prohibición que establece el mandamiento en cuestión. Históricamente, los cristianos han sostenido distintos puntos de vista en cuanto a si el segundo mandamiento prohíbe el uso de figuras de Jesús para fines docentes (en clases de escuela dominical, por ejemplo), y la cuestión no es de fácil solución; pero no cabe duda alguna de que el mandamiento nos obliga a separar la adoración, tanto pública como privada, de las figuras y estatuas de Cristo, no como las figuras y estatuas del Padre.

Pero entonces, ¿cuál es el sentido de esta prohibición tan amplia? Si se considera el realce que se le da al mandamiento mismo, con la terrible sanción que la acompaña (la proclamación del celo de Dios, y de su severidad para castigar a transgresores), cabría suponer que se trata de un asunto crucial importancia. Pero, ¿lo es? La respuesta es que sí. La Biblia nos muestra que la gloria de Dios y el bienestar espiritual del hombre están ambos directamente vinculados con este asunto. Se nos presentan dos líneas de pensamiento que juntas nos explican ampliamente por qué dicho mandamiento tuvo que ser recalcado tan marcadamente. Dichas líneas de pensamiento se relacionan, no con la utilidad real o supuesta de las imágenes, sino con la fidelidad de las mismas. Son las siguientes:

1. Las imágenes deshonran a Dios, porque empañan su gloria.

La semejanza de las cosas en el cielo (sol, luna, estrellas), y en la tierra (hombres, animales, aves, insectos), y en el mar (peces, mamíferos, crustáceos), no constituyen, justamente, una semejanza de su Creador. "Una imagen verdadera de Dios -escribió Calvino- no se ha de encontrar en todo el universo; y por ello se mancilla su gloria, y se corrompe su verdad con una mentira, cada vez que se nos la presenta a la vista en forma visible... Por lo tanto, concebir imágenes de Dios es ya un acto impío; porque con dicha corrupción su majestad resulta adulterada, y se la imagina como lo que no es." El punto aquí no es sólo que la imagen representa a Dios con cuerpo y miembros, cuando en realidad no tiene ninguna de las dos cosas. Si esto fuera la única razón para prohibir las imágenes, las representaciones de Cristo serían inobjetables. La cuestión cala mucho más hondo. El nudo de la cuestión de la objeción a las figuras y a las imágenes es el hecho de que inevitablemente esconden la mayor parte, si no toda, de la verdad acerca de la personalidad y el carácter del ser divino que se pretende representar.

A modo de ilustración: Aarón hizo un becerro de oro (es decir, una imagen en forma de toro). El propósito era hacer un símbolo visible de Jehová, ese Dios poderoso que había sacado a Israel de Egipto. No cabe duda de que la imagen tenía como fin honrar a Dios, como símbolo adecuado de su gran poder y fortaleza. Pero no es difícil ver que un símbolo de esta naturaleza en realidad es un insulto a la divinidad, pues, ¿qué idea de su carácter moral, de su justicia, bondad, paciencia, puede colegirse de la contemplación de una estatua de Dios concebido como un toro? En consecuencia la imagen de Aarón escondía la gloria de Jehová. De modo semejante, la compasión que inspira el crucifijo empaña la gloria de Cristo, porque oculta el hecho de su deidad, de su victoria en la cruz, y de su reinado presente. El crucifijo nos habla de su debilidad humana, pero esconde su fortaleza divina;

habla de la realidad de su dolor, pero esconde de nuestra visión la realidad de su gozo y de su poder. En estos dos casos, el símbolo resulta indigno principalmente por lo que deja de evidenciar. Y así son todas las representaciones visibles de la Deidad.

Cualquiera sea nuestro concepto del arte religioso desde un punto de vista cultural, no debiéramos contemplar las representaciones de Dios en busca de su gloria a fin de que nos muevan a la adoración; porque su gloria consiste precisamente en aquello que dichas representaciones jamás pueden mostrarnos. Es por esto que Dios agregó al segundo mandamiento una referencia a sí mismo describiéndonos como "celoso" para vengarse de quienes lo desobedecen en esto: porque el "celo" de Dios en la Biblia consiste en su celo por mantener incólume su propia gloria, gloria que resulta empañada cuando se emplean imágenes con fines de adoración. En Isaías 40: 18, después de declarar vívidamente la inmensurable grandeza de Dios, la Escritura nos pregunta: "¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, qué imagen le compondréis?" Ante esta pregunta no se considera una respuesta sino solamente un respetuoso silencio. Su objeto es recordarnos que es tan absurdo como impío pensar que una imagen, modelada, como han de serlo forzosamente las imágenes, en copia de alguna criatura, pudiera constituir una semejanza aceptable del Creador.

Pero esta no es la única razón por lo cual nos está prohibido emplear imágenes en el culto de adoración.

2. Las imágenes engañan a los hombres.

Sugieren ideas falsas acerca de Dios. La forma inadecuada en que lo representan pervierte nuestros pensamientos sobre él, e imprime a la mente errores de todo tipo en cuanto a su carácter y su voluntad. Aarón, al hacer una imagen de Dios en forma de un becerro, llevó a los israelitas a pensar que Dios era un ser que podía ser adorado en forma aceptable con frenético libertinaje. Por consiguiente la "fiesta para Jehová" que organizó Aarón (Exo. 32: 5) se transformó en una vergonzosa orgía. Igualmente constituye un hecho histórico el que el empleo del crucifijo como elemento auxiliar para la oración ha llevado a que muchas personas confundiesen la devoción con el acto de reflexionar melancólicamente sobre los sufrimientos corporales de Cristo; ha conducido a que se volvieran morbosos acerca del valor espiritual del dolor físico, y ha impedido que adquiriesen un conocimiento adecuado del Salvador resucitado.

Estos ejemplos nos muestran la forma en que las imágenes pueden falsear la verdad de Dios en la mente del hombre. Psicológicamente, es evidente que si nos habituamos a centrar los pensamientos en una imagen o en una figura de aquel a quien vamos a dirigir la oración, eventualmente llegaremos a pensar en él en términos de la representación que nos ofrece dicha imagen, y a orar en igual sentido. Por ello podemos decir que en este sentido nos "inclinamos" y "adoramos" la imagen; y en cuanto la imagen no es una representación fiel de Dios, nuestra adoración adolecerá del mismo defecto. Es por ello que Dios prohíbe que hagamos uso de imágenes y figuras en el culto.

II

El comprender que las imágenes y las figuras de Dios afectan nuestro concepto de Dios pone de manifiesto otro aspecto al que tiene aplicación la prohibición del segundo mandamiento. Así como nos prohíbe que fabriquemos imágenes fundidas de Dios, también nos prohíbe que concibamos imágenes mentales antojadizas de él. El acto de imaginarnos cómo se puede constituir infracción del mandamiento segundo tanto como la imagen que nos proporciona la obra de nuestras manos. Con

cuánta frecuencia se oye decir frases como éstas: "Me gusta pensar en Dios como el gran Arquitecto (o Matemático, o Artista)". "Yo no pienso en Dios como Juez; me gusta pensar en él simplemente como Padre." Por experiencia sabemos que afirmaciones de esta clase constituyen el preludio a una negación de algo que la Biblia nos dice acerca de Dios. Se hace necesario decir con la mayor firmeza posible que quienes se sienten libres para pensar en Dios como a ellos les gusta están quebrantando el segundo mandamiento. Cuando más, sólo pueden pensar en Dios en la figura de un hombre -el hombre ideal, tal vez, o el superhombre. Pero Dios no es ninguna clase de hombre. Nosotros fuimos hechos a su semejanza, pero no debemos pensar que él existe en la semejanza nuestra. Pensar en Dios en tales términos es ser ignorantes de Dios, todo lo contrario de conocerle. Toda teología especulativa que descansa sobre el razonamiento filosófico, más bien que en la revelación bíblica, falla en este punto. Pablo nos indica dónde va a parar este tipo de teología: "El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría" (1 Cor. 1:21). Para permanecer ignorantes de Dios no hay más que seguir la imaginación del corazón en el campo de la teología. Así también nos haremos adoradores de imágenes -en este caso la imagen lo constituye una falsa imagen mental de Dios, "que para vosotros han hecho" .mediante la imaginación y la especulación.

A la luz de lo dicho, el propósito positivo del segundo mandamiento se hace claro. En lo negativo, se trata de una advertencia contra las formas de adoración y práctica religiosas que llevan a deshonorar a Dios y a falsear su verdad. En lo positivo constituye un llamado a que reconozcamos que Dios el Creador es trascendente, misterioso, e inescrutable, que está más allá de la imaginación humana y de toda especulación filosófica, y -por ende un llamado a que nos humillemos, a que escuchemos su voz y aprendamos de él, y a que permitamos que él mismo nos enseñe cómo es y en qué forma debemos pensar en él. "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos -nos dice, ni vuestros caminos mis caminos... Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos" (Isa. 55:8s).

Pablo se expresa en el mismo tenor: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor?" (Rom. 11:33s).

La persona de Dios no es como la nuestra; su sabiduría, sus propósitos, su escala de valores, su modo de proceder, difieren tan bastamente de los mismos elementos en nosotros que no podemos ni remotamente imaginármolos intuitivamente o inferirlos por analogía con nuestra noción del hombre ideal. No podemos conocer a Dios a menos que él mismo nos hable y nos diga cómo es. Que es justamente lo que ha hecho. Les ha hablado a sus profetas y a nosotros por medio de los profetas y apóstoles, como también en las palabras y los hechos de su propio Hijo. Mediante dicha revelación, que está a nuestra disposición en la Sagrada Escritura, podemos formarnos una noción correcta de Dios; sin ella jamás podremos. Por lo tanto parecería que en lo positivo la fuerza del segundo mandamiento está en que nos obliga a tomar nuestros conceptos de Dios de su propia Palabra, y no de otra fuente, cualquiera que sea.

Este es el aspecto positivo del mandamiento, lo cual se desprende con claridad de la forma misma en que está expresado. Habiendo prohibido la manufactura y la adoración de imágenes, Dios se declara "celoso" para castigar, no a los adoradores de imágenes en sí sino a todos los que lo aborrecen, en el sentido de que no tienen en cuenta sus mandamientos en general. En el contexto, lo más natural y lo que se espera sería una amenaza dirigida directamente a los que usan imágenes; ¿por qué es que, en cambio, la amenaza de Dios tiene aplicación general? Seguramente esto es así para que comprendamos que quienes se hacen de imágenes y se valen de ellas para el culto, y como

consecuencia derivan de ellas inevitablemente su teología, de hecho tenderán a descuidar la voluntad revelada de Dios en los demás aspectos también. Quien se asocia a las imágenes no ha aprendido aún a amar la Palabra de Dios ni a prestarle atención. Los que se acercan a imágenes hechas por hombres, ya sean materiales o mentales, para que ellas los conduzcan a Dios difícilmente toman con la debida seriedad la revelación divina.

En Deuteronomio 4 Moisés mismo proclama la prohibición de las imágenes en el culto siguiendo exactamente las mismas líneas, oponiendo la fabricación de imágenes al acto de atender a la palabra y los mandamientos de Dios, como si estas dos cosas se excluyesen mutuamente. Le recuerda al pueblo que en Sinaí, si bien tuvieron pruebas de la presencia de Dios, no hubo representación visible de su persona, sino que escucharon su palabra, y los exhorta a que sigan viviendo al pie del monte, por así decirlo, donde la misma palabra de Dios pueda sonar en sus oídos directamente y donde no haya supuestas imágenes ante sus ojos para distraerlos.

La enseñanza está clara. Dios no les mostró un símbolo visible de sí mismo, sino que les habló; por lo tanto no deben ahora buscar símbolos visibles de Dios, sino sencillamente dedicarse a obedecer su palabra. Si se argumenta que Moisés tenía miedo de que los israelitas tomaran diseños de imágenes de las naciones idólatras que los rodeaban, nuestra respuesta es la de que indudablemente tenía ese temor, y esto es justamente la cuestión: todas las imágenes de Dios que el hombre pueda hacer, ya sean fundidas en metal o mentales, constituyen en realidad copias de lo que ofrece un mundo pecador e impío, y por consiguiente no pueden menos que ser contrarias a lo que establece la Santa Palabra de Dios. El que hace una imagen de Dios adopta para ello los conceptos que le ofrece una fuente humana, más bien que lo que Dios mismo dice acerca de sí mismo; y esto es precisamente lo que está mal.

III

El interrogante que se nos presenta como consecuencia de la línea de pensamiento que venimos siguiendo a este: ¿hasta qué punto guardamos el segundo mandamiento? Desde luego que no hay imágenes de toros en las iglesias a las que concurrimos, y probablemente no tengamos un crucifijo en la casa (aunque es posible que tengamos algunos cuadros de Cristo en las paredes, sobre cuyo destino tendríamos que volver a pensar); pero ¿estamos seguros de que el Dios que procuramos adorar es el Dios de la Biblia, el Jehová de la Trinidad? ¿Adoramos al único Dios verdadero tal como él es? ¿O son nuestras ideas en cuanto a Dios tales que en realidad no creemos en el Dios cristiano, sino en alguna deidad diferente como los musulmanes, los judíos, o los testigos de Jehová, que no creen en el Dios cristiano, sino en otro distinto?

Me dirán: ¿cómo puedo saberlo? Pues bien, he aquí la prueba. El Dios de la Biblia ha hablado por su Hijo. La luz del conocimiento de su gloria aparece en el rostro de Jesucristo. ¿Acostumbro a contemplar la persona y la obra del Señor Jesucristo a fin de ver en ellas la verdad última en cuanto al carácter y la gracia de Dios? Al contemplar a Cristo, ¿veo centrados en él todos los propósitos y planes de Dios?

Si he podido ver todo esto, y si he podido con la mente y con el corazón acudir al Calvario y allí hacer mía la solución que me ofrece el Calvario, puedo entonces saber que en verdad rindo culto de adoración al Dios verdadero, que él es mi Dios, y que desde ya disfruto de la vida eterna, según la

definición del propio Señor: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3).

CAPITULO 5: DIOS ENCARNADO

I

No es de sorprender que a la persona que piensa le resulte difícil creer el evangelio de Jesucristo, porque las realidades a que se refiere sobrepasan el entendimiento humano. Pero también resulta triste que muchas personas hagan que la fe sea más difícil de lo que debe serlo, porque encuentran dificultades donde no debiera haberlas.

Tomemos la expiación, por ejemplo. Para muchos constituye una piedra de tropiezo. ¿Cómo, dicen, podemos aceptar que la muerte de Jesús de Nazaret -un solo hombre que muere en un patíbulo romano- sirva para remediar los pecados del mundo? ¿Cómo puede ser que esa muerte tenga el efecto de que Dios perdone nuestros pecados en el día de hoy? O tomemos la resurrección, que para muchos también constituye piedra de tropiezo. ¿Cómo, se pregunta, podemos creer que Jesús se levantó físicamente de la muerte? Aceptamos que sea difícil negar que la tumba quedara vacía, pero, ¿acaso no es más difícil todavía creer que Jesús emergió de ella para iniciar una vida corporal sin fin? ¿Acaso no es más fácil dar crédito a cualquier versión de la teoría de la resurrección temporaria como consecuencia de un desmayo, o el robo del cuerpo, que a la doctrina cristiana de la resurrección? O tomemos el nacimiento virginal, doctrina que ha sido ampliamente rechazada en círculos protestantes en el presente siglo. ¿Cómo, preguntan algunos, podemos aceptar semejante anomalía biológica? Tomemos los milagros del evangelio; para muchos esto también constituye un escollo insalvable. Llegan a aceptar que Jesús sanaba (resulta difícil, dadas las evidencias disponibles, dudar de esto, y de todos modos la historia conoce casos de otras personas que han realizado curaciones milagrosas); ¿cómo, empero, se puede creer que Jesús caminaba sobre el agua, o que alimentó a los cinco mil, o que levantaba a los muertos? Relatos como estos serían por demás fantásticos. Ante estos problemas y otros semejantes, muchas personas que están al borde de la fe se sienten profundamente perplejas en el día de hoy.

Pero en realidad la verdadera dificultad no está en estos aspectos en absoluto, porque no es en ellos que el evangelio nos enfrenta con el misterio supremo. La dificultad radica, no en el mensaje de expiación del viernes santo, ni en el mensaje de la resurrección de la pascua, sino en el mensaje de la encarnación de la navidad. La afiliación cristiana realmente asombrosa es la de que Jesús de Nazaret era Dios hecho hombre: que la segunda persona de la Deidad es el "segundo hombre" (1 Cor. 15:47), con lo cual quedó decidido el destino de la humanidad; segunda cabeza representativa de la raza, que adoptó la humanidad sin perder la deidad, de modo que Jesús de Nazaret era tan completa y realmente divino como lo fue humano. He aquí dos misterios al precio de uno solo: la pluralidad de personas dentro de la unidad de Dios, y la unión de la Deidad y la humanidad en la persona de Jesús. Es aquí, en lo que aconteció en esa primera navidad, donde yacen las profundidades más grandes y más inescrutables de la revelación cristiana. "El Verbo fue hecho carne" (Juan 1: 14); Dios se hizo hombre; el Hijo divino se hizo judío; y el Todopoderoso apareció en la tierra en forma de un niño indefenso, incapaz de hacer otra cosa que estar acostado en una cuna, mirando sin comprender, haciendo los movimientos y ruidos característicos de un bebé, necesitado de alimento y de toda la atención del caso, y teniendo que aprender a hablar como cualquier otro niño. Y en todo esto no hubo ilusión ni engaño en absoluto: la infancia del Hijo de Dios fue una absoluta realidad. Cuanto más se

piensa en todo esto, tanto más asombroso resulta. La ficción no podría ofrecernos algo tan fantástico como lo es esta doctrina de la encarnación.

En esto reside la verdadera piedra de tropiezo del cristianismo. Es en este punto en el que han naufragado los judíos, los musulmanes, los unitarios, los Testigos de Jehová, como también muchos de los que experimentan las dificultades enumeradas más arriba (el nacimiento virginal, los milagros, la expiación, y la resurrección). Las dificultades surgen en relación con otras cuestiones relativas al evangélico generalmente nacen de una creencia inadecuada o de la falta de fe en la encarnación. Pero una vez acepta plenamente la realidad de la encarnación, las dificultades se disuelven.

Si Jesús no hubiese sido más que un hombre santo, sumamente notable, las dificultades para creer lo que el Nuevo Testamento nos dice acerca de su vida y de su obra serían realmente gigantescas. Empero, si Jesús es la misma persona que la Palabra eterna, el agente del Padre en la creación, "por medio de quien también hizo el universo" (Heb. 1.2), ya no resulta asombroso que nuevos actos de poder creativo señalaran su venida al mundo, su vida en él, y su alejamiento del mismo. No resulta extraño que él, el autor de la vida, se levantara de la muerte. Si realmente era el Hijo de Dios, resulta mucho más asombroso que tuviera que morir y no que volviera a vivir. "¡Es todo un misterio! Que el inmortal muriese", escribió Wesley; pero en la resurrección del Inmortal ya no hay misterio comparable. Y si la inmortal Bija de Dios realmente se sometió a la muerte, no es extraño que semejante muerte pueda tener significación salvadora para una raza condenada. Una vez que aceptamos que Jesús era divino, se torna irrazonable descubrir dificultad en estas cosas; es todo parte de una misma cosa, forma parte de una sola unidad. La encarnación constituye en sí misma un misterio insondable, pero le da sentido a todo lo demás en el Nuevo Testamento.

II

Los evangelios de Mateo y Lucas nos dicen en forma bastante detallada cómo vino a este mundo el Hijo de Dios. Nació fuera de un pequeño hotel en una oscura villa judaica en la época del gran imperio romano. En general tendemos a embellecer el relato cuando lo contamos Navidad tras Navidad, cuando en realidad es más bien un relato brutal y cruel. La razón por la cual Jesús no nació en el hotel es la de que estaba lleno y nadie le ofreció una cama a la mujer que estaba por dar a luz, por lo cual tuvo que tener su bebé en el establo, y colocado en el pesebre. El relato es desapasionado y no lleva comentario, pero el lector atento no puede menos que temblar ante el cuadro de degradación e insensibilidad que se nos pinta. Con todo, los evangelistas no relatan la historia con el fin de que saquemos de ella lecciones morales. Para ellos lo importante del relato no está en las circunstancias del nacimiento (salvo en el sentido de que constituía el cumplimiento de la profecía, ya que tuvo lugar en Belén: véase Mateo 2: 1-6), sino más bien en la identidad del niño. En relación con esto el Nuevo Testamento afirma dos cosas. Nosotros ya las hemos indicado; considerémoslas ahora en mayor detalle.

1. El niño que nació en Belén era Dios.

Más precisamente, para decirlo en el lenguaje bíblico, era el Hijo de Dios, o, como lo expresa invariablemente la teología cristiana, Dios Hijo. El Hijo, nótese, no un Hijo: como lo dice cuatro veces Juan en los tres primeros capítulos de su evangelio, con el fin de asegurarse de que sus lectores comprendan cabalmente el carácter único de Jesús, era el "unigénito Hijo de Dios" (véase Juan 1:

14,18; 3:16,18). Consiguientemente, la iglesia cristiana confiesa: "Creo en Dios Padre... y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor".

Los apologistas cristianos a veces hablan como si la afirmación de que Jesús es el unigénito Hijo de Dios fuese la respuesta completa y definitiva a todos los interrogantes relativos a su identidad. Pero no puede serlo, porque la frase misma da lugar a otros interrogantes, y a su vez se presta fácilmente a confusiones. ¿Significa la aseveración de que Jesús es el Hijo de Dios que en realidad hay dos dioses? ¿Es entonces el cristianismo una religión politeísta, como sostienen tanto judíos como mahometanos? La frase "Hijo de Dios", ¿implica que Jesús, si bien ocupa un lugar aparte entre los seres creados, no era en sí mismo divino en el mismo sentido en que lo es el Padre? En la iglesia primitiva los arrianos sostenían esta doctrina, y en los tiempos modernos la han adoptado los unitarios, los testigos de Jehová, los cristadelfos, y otros. ¿Tienen razón? ¿Qué quiere decir la Biblia realmente cuando llama Hijo de Dios a Jesús?

Preguntas de este tipo son las que han tenido perplejas a muchas personas, pero el Nuevo Testamento en realidad no nos deja con dudas en cuanto a la forma de responder a ellas. En principio, el apóstol Juan hizo todas estas preguntas y las resolvió en conjunto en el prólogo a su evangelio. Escribía, según parece, para lectores de extracción tanto judía como griega. Conforme a lo que él mismo nos dice, escribió a fin de que "creáis que Jesús es... el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:31). En su evangelio nos presenta a Jesús como el Hijo de Dios. Juan sabía que la frase "Hijo de Dios" estaba teñida de asociaciones incorrectas en la mente de sus lectores. La teología judaica la empleaba como título para el Mesías (humano) que esperaban. La mitología griega mencionaba muchos "hijos de los dioses", superhombres nacidos de la unión entre un dios y una mujer. En ninguno de estos casos, sin embargo, tenía la frase de referencia el sentido de deidad personal; antes bien, en ambos casos, está excluido dicho sentido. Juan quería estar seguro de que cuando escribía acerca de Jesús como el Hijo de Dios no habría de ser entendido mal, es decir que no se iban a tomar sus palabras en el sentido griego y judío que acabamos de mencionar, y a fin de dejar claramente establecido desde el comienzo que el carácter de Hijo que Jesús se arrogaba, y que le atribuían los cristianos, era precisamente cuestión de deidad personal y nada inferior a eso. De allí su famoso prólogo (Juan 1: 1-18). La Iglesia de Inglaterra lo lee todos los años como el evangelio para el día de la Navidad, y con toda razón. En ninguna otra parte del Nuevo Testamento se explica con tal claridad la naturaleza y el significado del carácter filial divino de Jesús.

Véase la forma cuidadosa y concluyente en que Juan expone su tema. El término "Hijo" no aparece para nada en las primeras frases; en cambio habla primeramente del Verbo (la Palabra). No había peligro de que este vocablo fuese mal entendido; los lectores del Antiguo Testamento lo reconocerían de inmediato. La Palabra de Dios en el Antiguo Testamento es su expresión creadora, su poder en acción para cumplir su propósito. El Antiguo Testamento representa la expresión verbal de Dios, la expresión misma de su propósito, como si tuviese poder en sí misma para llevar a cabo el propósito expresado. Génesis 1 nos enseña que en la creación, "dijo Dios: Sea... y fue..." (Gén. 1: 3). "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos... él dijo, y fue hecho" (Sal 33:6,9). El Verbo de Dios es, por lo tanto, Dios obrando.

Juan retorna esta figura y procede a decimos siete cosas acerca del Verbo Divino.

- "En el principio era el Verbo" (v. 1). He aquí la eternidad del Verbo. No tenía principio en sí mismo; cuando las demás cosas comenzaron, él ya era.

- "Y el Verbo era con Dios" (v. 1). He aquí la personalidad del Verbo. El poder que lleva a cabo los propósitos de Dios es el poder de un ser personal concreto, que se encuentra en una relación eterna de comunión activa para con Dios (esto es lo que significa la frase en cuestión).
- "Y el Verbo era Dios" (v. 1). He aquí la deidad del Verbo. Si bien distinto del Padre en persona, no es una criatura; es divino en sí mismo como lo es el Padre. El misterio con el cual nos enfrenta este versículo es por lo tanto el misterio de las distinciones personales dentro de la unidad de la Deidad.
- "Todas las cosas por él fueron hechas" (v. 3). He aquí el Verbo en función creadora. Es él el agente del Padre en todo acto creador que el Padre haya realizado jamás. Todo lo que ha sido hecho ha sido hecho por medio de él. (Aquí, incidentalmente, tenemos pruebas adicionales de que él, el Hacedor, no pertenece a la clase de las cosas creadas, como tampoco el Padre.)
- "En él estaba la vida" (v. 4). He aquí el Verbo vivificando. No hay vida física en el ámbito de las cosas creadas salvo en y a través de él. Aquí está la respuesta bíblica al problema del origen y la continuidad de la vida, en todas sus formas: la vida la da y la mantiene el Verbo. Las cosas creadas no tienen vida en sí mismas, sino que tienen vida en el Verbo, la segunda persona de la Deidad.
- "Y la vida era la luz de los hombres" (v. 4). He aquí el Verbo en función reveladora. Al dar vida, da también luz; vale decir que todo hombre recibe intimaciones de Dios por el hecho de estar vivo en el mundo de Dios, y esto, tanto como el hecho de que está vivo, se debe a la obra del Verbo.
- "Y aquel Verbo fue hecho carne" (v. 14). He aquí el Verbo encarnado. El niño en el pesebre de Belén era nada menos que el Verbo eterno de Dios.

Luego, habiéndonos mostrado quién es y lo que es el Verbo -persona divina, autor de todas las cosas- Juan nos da su identificación. La encarnación, nos dice, fue la revelación de que el Verbo es el Hijo de Dios. "Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre" (v. 14). Esta identificación recibe confirmación en el versículo 18: "El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre..." De este modo Juan llega al punto adonde quería arribar desde el primer momento. A esta altura ha dejado claramente establecido lo que se quiere decir cuando a Jesús se le llama Hijo de Dios. El Hijo de Dios es el Verbo de Dios; vemos lo que es el Verbo (la Palabra); pues bien, eso mismo es lo que es el Hijo. Tal el mensaje del prólogo de Juan.

Así pues, cuando la Biblia proclama a Jesús como el Hijo de Dios, la declaración lleva el propósito de afirmar su definida deidad personal. El mensaje de la Navidad descansa en el hecho sorprendente de que el niño en el pesebre era Dios. Pero lo que hemos dicho no es más que la mitad de la historia completa.

2. El niño que nació en Belén era Dios hecho hombre

El Verbo se había hecho carne: un ser humano real y verdadero. No había dejado de ser Dios; no era menos Dios entonces que antes; pero había comenzado a hacerse hombre. No era ahora Dios menos algunos elementos de su deidad, sino Dios más todo lo que había hecho suyo al tomar sobre sí la humanidad. Aquel que había hecho al hombre estaba ahora probando lo que era ser hombre. Aquel que hizo al ángel que se convirtió en diablo se encontraba ahora en un estado en que podía ser tentado - más aun, no podía evitar el ser tentado por el diablo; la perfección de su vida humana la logró luchando contra el diablo. La Epístola a los Hebreos, elevando la vista a él en su gloria después de la

ascensión, deriva gran consuelo de este hecho. "Debía ser en todo semejante a sus hermanos... pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados." "No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (Heb. 2: 17s; 4: 15s).

El misterio de la encarnación es realmente insondable.

No lo podemos explicar; sólo podemos formularlo. Quizá no haya sido formulado nunca mejor que en las palabras del Credo de Atanasio. "Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, es Dios y hombre;... perfecto Dios, y perfecto hombre: ... el que si bien es Dios y hombre: sin embargo no es dos, sino un Cristo; uno, no por la conversión de la Deidad en carne: sino al tomar de la humanidad e incorporarla en Dios."

Más allá no puede ir nuestra mente. Lo que vemos en el pesebre es, en las palabras de Charles Wesley, a "nuestro Dios circunscrito a un espacio; hecho incomprensiblemente hombre". Incomprensiblemente -conviene que recordemos esto, que rechazemos la especulación, y que adoremos con espíritu de aceptación gozosa.

III

¿En qué forma hemos de tomar la encarnación? El Nuevo Testamento no nos propone que nos dediquemos a cavilar sobre los problemas físicos y psicológicos que ella plantea, sino que adoremos a Dios por el amor que en ella se nos ha mostrado... Porque se trata de un gran acto de condescendencia y de anonadamiento. "Aunque él tenía la naturaleza de Dios -escribe Pablo- no quiso insistir en conservar su derecho de ser igual a Dios, sino que dejó a un lado lo que era suyo y tomó la naturaleza de siervo, al nacer como hombre y cuando tenía la forma de hombre, se humilló y por su obediencia fue a la muerte, aunque en la muerte vergonzosa de la Cruz [la 'de un criminal común' - Phillips]" (Fil. 2: 6ss). Y todo esto fue para nuestra salvación.

Los teólogos a veces han considerado la posibilidad de que la encarnación haya tenido como fin originalmente, y fundamentalmente, perfeccionar el orden creado, y que su significación redentora fue, por decirlo así, un recurso agregado posteriormente por Dios; pero, como ha insistido correctamente James Denney, "el Nuevo Testamento no conoce una encarnación que pueda definirse aparte de su relación con la expiación ... El Calvario, y no Belén, es el centro de la revelación, y toda elaboración del cristianismo que olvide o niegue esto distorsiona al cristianismo, sacándolo fuera de foco" (The Death Of Christ, 1902, p. 235). La significación crucial de la cuna de Belén radica en el lugar que ocupa en la secuencia de pasos que condujeron al Hijo de Dios a la cruz del Calvario, y no podemos entender el mensaje a menos que lo veamos en dicho contexto. El versículo clave del Nuevo Testamento para interpretar la encarnación no es, por consiguiente, la afirmación lisa y llana que aparece en Juan 1: 14 - "aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros" - sino, más bien, la afirmación más amplia de II Corintios 8:9: "ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos". Aquí se expresa, no sólo el hecho de la encarnación sino también su significado; aquí se nos explica que el que el Hijo haya tomado nuestra humanidad es la forma en que debemos considerarla y tenerla siempre presente -no

simplemente como una maravilla de la naturaleza sino más bien como una sorprendente maravilla de la gracia.

IV

A esta altura, no obstante, debemos detenernos para considerar un uso diferente que algunos hacen de los versículos de Pablo que acabamos de citar. En Filipenses 2:7 la frase traducida en la Versión Popular como "dejó a un lado lo que era suyo" y por la versión Reina-Valera revisada como "se despojó a sí mismo" es, literalmente, "se vació de sí mismo". ¿Acaso esto (se pregunta), juntamente con la declaración en II Corintios 8: 9 de que Jesús "se hizo pobre", no arroja alguna luz sobre el carácter de la encarnación misma? ¿No implica acaso que al hacerse hombre hubo alguna medida de reducción de la deidad del Hijo?

Esta es la teoría denominada del kenosis, palabra griega que significa "vaciamiento". La idea que la inspira en todas sus formas es la de que, a fin de ser plenamente hombre, el Hijo tuvo que renunciar a algunas de sus cualidades divinas, porque de otro modo no habría podido compartir la experiencia de verse limitado por el espacio, el tiempo, el grado de conocimiento, y el grado de conciencia, todo lo cual forma parte esencial de la vida verdaderamente humana. Esta teoría ha sido formulada de diferentes maneras. Algunos han sostenido que el Hijo abandonó únicamente sus atributos "metafísicos" (la omnipotencia, la omnipresencia, y la omnisciencia) pero que retuvo los atributos "morales" (la justicia, la santidad, la verdad, etc.); otros han sostenido que cuando se hizo hombre renunció a todos sus poderes específicamente divinos, y a su autoconciencia divina también, si bien en el transcurso de su vida terrena volvió a adquirir este último atributo.

En Inglaterra, la teoría del kenosis apareció por primera vez en labios del obispo Gore en 1889 para explicar por qué nuestro Señor ignoraba lo que la alta crítica del siglo diecinueve creía saber sobre los errores del Antiguo Testamento. La tesis de Gore era la de que al hacerse hombre el Hijo hizo abandono de su conocimiento divino en cuanto a los hechos históricos, si bien retuvo la infalibilidad divina en cuanto a cuestiones morales. En el campo de los hechos históricos, sin embargo, estaba limitado a las ideas judaicas corrientes, las que aceptó sin discusión, sin saber que no todas eran acertadas. De ahí su tratamiento del Antiguo Testamento como verbalmente inspirado y enteramente fidedigno, y su afirmación de que el Pentateuco pertenecía a Moisés y el Salmo 110 a David -puntos de vista que para Gore resultaban inaceptables. Muchos son los que han seguido a Gore en este aspecto, en busca de justificación para no aceptar la estimación que hizo Cristo del Antiguo Testamento.

Pero la teoría del kenosis es inaceptable. Porque, en primer lugar, se trata de especulación a la que no dan el menor apoyo los textos que se citan a su favor. Cuando Pablo dice que el Hijo se vació de sí mismo y se hizo pobre, lo que quiere decir, como lo demuestra el contexto en cada caso, es que hace a un lado, no sus atributos y poderes divinos, sino su gloria y su dignidad divinas, "aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese", como lo expresa Cristo en su gran oración sacerdotal (Juan 17: 5). La traducción que hacen la Versión Popular y la de Reina-Valera de Filipenses 2: 7 son interpretaciones correctas del significado paulino. No existe apoyo escriturario alguno para la idea de que el Hijo hiciese abandono de ningún aspecto de su deidad.

Además, la teoría mencionada ofrece problemas propios grandes e insolubles. ¿Cómo podemos decir que el hombre Cristo Jesús era plenamente Dios, si le faltaban algunas de las cualidades de la deidad? ¿Cómo podemos decir que reveló perfectamente al Padre, si algunos de los poderes y

atributos del Padre no estaban en él? Más todavía, si, como lo supone la teoría, la humanidad real resultaba incompatible con una deidad plena en la tierra, seguramente que ha de serlo también en el cielo; de modo que se sigue que "el hombre de la gloria" ha perdido algunos de sus poderes divinos para toda la eternidad. Si, como reza el Artículo Anglicano, "la Deidad y la Humanidad fueron unidas en una sola persona" en la encarnación "para no ser separadas jamás", parecería resultar ineludible, con esta teoría, reconocer que en la encarnación la deidad del Hijo hizo claudicación de ciertos atributos divinos, para no recuperarlos jamás. Mas el Nuevo Testamento es claro y definitivo en cuanto a la omnipotencia, la omnipresencia, y la omnisciencia del Cristo resucitado (Mat. 28: 18; Juan 21: 17; Efe. 4: 10). Mas si, frente a esto, los que sostienen la teoría del kenosis negasen que dichos atributos son incompatibles con la humanidad real en el cielo, ¿qué razón pueden aducir para creer que dicha incompatibilidad existía en la tierra?

Más todavía, el uso que hace Gore de esta teoría para justificar el hecho de que considera equivocada parte de la enseñanza de Cristo, mientras que sostiene la autoridad divina de lo demás, no resulta aceptable. Cristo afirmó en términos absolutos y categóricos que toda su enseñanza era de Dios: que nunca fue otra cosa que el mensajero de su Padre. "Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió", "según me enseñó el Padre, así hablo", "yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir... lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho" (Juan 7: 16; 8:28; 12:49 ss). Se declaró a sí mismo "hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios" (Juan 8:40).

Frente a estas declaraciones no quedan sino dos caminos: o las aceptamos, y asignamos plena autoridad divina a todo lo que Jesús enseñó, incluyendo aquí sus declaraciones sobre la inspiración y la autoridad del Antiguo Testamento., o bien las rechazamos y ponemos en tela de juicio la autoridad divina de su enseñanza en todos sus aspectos. Si Gore realmente deseaba sostener la autoridad de la enseñanza moral y espiritual de Jesús, no debiera haber cuestionado su autoridad con respecto al Antiguo Testamento.; si, por otro lado, quería a toda costa discrepar con Jesús en lo del Antiguo Testamento, hubiera debido ser consecuente, y en ese caso tendría que haber adoptado el criterio de que, ya que la declaración de Jesús acerca de su enseñanza no puede aceptarse tal cual está, no tenemos ninguna obligación de estar de acuerdo con lo que dijo. Si se utiliza la teoría del kenosis para el fin que quiso darle Gore, resulta excesiva: demuestra que Jesús, al haber renunciado a su conocimiento divino, era totalmente falible, y que cuando afirmó que toda su enseñanza venía de Dios se estaba engañando a sí mismo y a los demás. Si queremos sostener la autoridad divina de Jesús como maestro, siguiendo su propia declaración, tenemos que rechazar la teoría del kenosis, o por lo menos debemos rechazar esta aplicación de la misma.

Por lo demás, los relatos evangélicos mismos ofrecen pruebas contra la teoría del kenosis. Es cierto que el conocimiento que tenía Jesús tanto de cuestiones humanas como divinas era limitado. Ocasionalmente pide información: "¿Quién ha tocado mis vestidos?" "¿Cuántos panes tenéis?" (Mar. 5: 30; 6: 38). Declara que comparte la ignorancia de los ángeles en cuanto al día en que ha de volver (Mar. 13:32). Pero en otros momentos dio muestras de poseer conocimiento sobrenatural. Conoce el pasado oscuro de la mujer samaritana (Juan 4: 17 s). Sabe que cuando Pedro salga a pescar, el primer pez que tome tendrá una moneda en la boca (Mat. 17: 27). Sabe, sin que se le diga, que Lázaro está muerto (Juan 11: 11-13). De igual modo, de tanto en tanto despliega un poder sobrenatural al realizar milagros de curación, de provisión de alimentos, de resucitación de muertos. La impresión que de Jesús dan los evangelios no es la de que estuviera totalmente desprovisto de conocimiento y poderes divinos, sino de que se valía de ambos en forma intermitente, mientras que buena parte del

tiempo se contentaba con no hacerla. La impresión, en otras palabras, no es tanto la de una deidad limitada, sino la de que se refrenaba en el uso de sus capacidades divinas.

¿Cómo hemos de explicar esta restricción? En términos, sin duda, de la verdad que tanto predica el evangelio de Juan en particular, es decir, la entera sumisión del Hijo a la voluntad del Padre. Parte del misterio revelado sobre la Deidad es que las tres personas se encuentran en una relación fija entre sí. El Hijo aparece en los evangelios como una persona divina dependiente, que piensa y actúa única y solamente como lo indica el Padre, y no como si fuera absolutamente independiente. "No puede el Hijo hacer nada por sí mismo", "No puedo yo hacer nada por mí mismo" (Juan 5: 19,30). "He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Juan 6:38). "Nada hago por mí mismo... yo hago siempre lo que le agrada" (Juan 8: 28s). Corresponde a la naturaleza de la segunda persona de la Trinidad reconocer la autoridad de la primera persona y someterse a su buena voluntad. Es por ello que se declara Hijo, y que la primera persona es su Padre. Si bien es igual con el Padre en eternidad, poder, y gloria, le es natural representar el papel de Hijo, y encontrar gozo en cumplir la voluntad de su Padre, así como es natural para la primera persona de la Trinidad planificar e iniciar las obras de la Deidad, y natural también, para la tercera persona, proceder a cumplir lo que le indican conjuntamente el Padre y el Hijo. De este modo la obediencia de Dios-hombre al Padre cuando estaba en la tierra no fue resultado de una nueva relación ocasionada por la encarnación sino la continuación en el tiempo de la relación eterna entre el Hijo y el Padre en el cielo. Como en el cielo, así también en la tierra el Hijo ocupó un lugar de total dependencia con respecto a la voluntad del Padre.

Pero si esto es así realmente, queda todo explicado. Dios-hombre no tenía conocimiento independiente, como tampoco actuaba en forma independiente. Así como no hizo todo lo que pudo haber hecho, porque ciertas cosas no respondían a la voluntad del Padre (véase Mat. 26: 53s), no sabía conscientemente todo lo que podía haber sabido, sino sólo lo que el Padre quería que supiese. Su conocimiento, como todo lo demás relacionado con su actividad, estaba limitado por la voluntad de su Padre. Y por ello la razón de su ignorancia de (por ejemplo) la fecha en que habría de volver no radicaba en que hubiese hecho abandono de su poder para conocer todas las cosas en el momento de la encarnación, sino en que no era la voluntad del Padre que tuviese conocimiento de este hecho particular mientras estaba en la tierra, antes de su pasión. Seguramente que Calvino tenía razón cuando comentó sobre Marcos 13:32 que "hasta que no hubo cumplido cabalmente su misión [mediadora], la información que le fue dada después de su resurrección no le fue dada antes". De manera que la limitación del conocimiento de Jesús se ha de explicar no en términos del carácter de la encarnación sino con relación a la voluntad del Padre para el Hijo mientras este estaba en la tierra. Por lo tanto, llegamos a la conclusión de que, así como en los evangelios hay ciertos hechos que contradicen la teoría del kenosis, así, también, no existen hechos en los evangelios que no se puedan explicar mejor sin dicha teoría.

V

Vernos ahora lo que significó para el Hijo de Dios despojarse de sí mismo y hacerse pobre. Significaba poner a un lado gloria (el verdadero kenosis); una voluntaria restricción de su poder; la aceptación de las penurias, el aislamiento, los malos tratos, la malicia, y la incompreensión; finalmente, una muerte con tal agonía -espiritual aun más que física que su alma llegó al punto del quebrantamiento poco antes (véase Luc. 12: 50 y el relato de Getsemaní). Significaba amor hasta lo sumo para hombres que no lo merecían, para quienes "por su pobreza, fuesen enriquecidos". El mensaje de la Navidad es el de que hay esperanza para una humanidad arruinada -esperanza de perdón, esperanza de paz con Dios,

esperanza de gloria- porque, siguiendo la voluntad del Padre, Jesucristo se hizo pobre y nació en un establo para que treinta años más tarde pudiese ser colgado de una cruz. Es el mensaje más hermoso que el mundo haya escuchado, y que jamás habrá de escuchar.

Hablamos volublemente del "espíritu navideño", pero rara vez queremos decir otra cosa que un espíritu de alegre sentimentalismo a nivel familiar. Más lo que hemos dicho nos hace ver claramente que esta frase tendría que despertar en nosotros una tremenda carga de significado. Tendría que significar la reproducción en la vida de los seres humanos de la especial disposición de aquel que por nosotros se hizo pobre en la primera Navidad. Y el espíritu navideño mismo debiera ser la marca de todo cristiano a lo largo de todo el año.

Constituye una vergüenza, y motivo de deshonra, para nosotros hoy el que tantos cristianos -seré más específico: tantos cristianos entre los más firmes y ortodoxos- anden por este mundo en el espíritu del sacerdote y el levita de la parábola de nuestro Señor, viendo la necesidad humana por todas partes, pero, (tras un piadoso deseo, y tal vez una oración, para que Dios supla su necesidad) apartando los ojos, y pasando por el otro lado. Este no es el espíritu de la Navidad. Ni es tampoco el espíritu de aquellos cristianos que por desgracia son tan numerosos - cuya ambición en la vida parece limitarse a la formación de un lindo hogar cristiano de clase media, a hacerse un lindo grupo de amistades cristianas de clase media, y que dejan que los sectores de la comunidad que están por debajo de la clase media, tanto cristianos como incrédulos, se las arreglen por su cuenta.

El espíritu navideño no brilla en el creyente esnobista. Porque el espíritu de la Navidad es el espíritu de los que, como su Maestro, abrazan como principio para todos los actos de su vida el hacerse pobres -gastando y desgastándose- a fin de enriquecer a los demás hombres: dando su tiempo, ocupándose, preocupándose, y cuidando a los demás, y no solamente a sus amigos- para promover su bien, en cualquier sentido en que pudieran requerirse sus servicios. Hay quienes evidencian este espíritu, pero debería haber muchos más. Si Dios en su misericordia nos reaviva, una de las cosas que hará será despertar más de esta clase de espíritu en nuestro corazón y en nuestra vida. Si anhelamos para nosotros personalmente un despertar espiritual, uno de los pasos que debiéramos tomar es el de cultivar dicho espíritu. "Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos." "Haya en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús." "Por el camino de tus mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón" (Sal 119: 32).

CAPITULO 6: EL DARÁ TESTIMONIO

I

"Gloria sea al Padre -canta la iglesia- y al Hijo, y al Espíritu Santo." ¿Qué es esto?, preguntamos, ¿alabanza dirigida a tres dioses? No; alabanza al Dios único en tres personas; como lo expresa el himno: ¡Jehová! ¡Padre, Espíritu, Hijo! ¡Misteriosa Trinidad! ¡Tres en uno!

Este es el Dios al que ofrecen culto los cristianos: el trino Dios. La médula de la fe cristiana en Dios es el misterio revelado, de la Trinidad. Trinitas es una palabra latina que expresa la idea de lo que tiene el carácter de la "tresidad". El cristianismo descansa sobre la doctrina de la trinitas, del tres-en-uno, de la persona trina de Dios.

En las líneas iniciales de su evangelio, como lo vimos en el capítulo anterior, Juan nos presenta el misterio de dos personas diferentes dentro de la unidad de la Deidad. Este es el extremo profundo de la teología, indudablemente, pero Juan nos zambulle en él de inmediato. "En el principio era el verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios". El Verbo era una persona que estaba en comunión con Dios, y el Verbo era en sí mismo personal y eternamente divino. Era, como nos sigue informando Juan, el Hijo unigénito del Padre. Juan coloca este misterio del Dios único en dos personas al comienzo de su evangelio, porque sabe que nadie puede entender las palabras y los hechos de Jesús de Nazarea a menos que comprenda el hecho de que este Jesús es en verdad Dios Hijo.

Pero esto no es todo lo que Juan quiere que entendamos acerca de la pluralidad de personas en la Deidad. Ya que, en su relato de la última conversación que tuvo nuestro Señor con sus discípulos, dice que el Salvador, después de haberles explicado que se iba a preparar lugar para ellos en la casa de su Padre, a continuación les prometió el don de "otro Consolador" (Juan 14: 16). , Notemos esta frase; está llena de contenido. Denota una persona, y una persona realmente notable. Un Consolador-la riqueza de concepto se desprende de la diversidad de traducciones en diferentes versiones:

"Ayudador", "Abogado", "Animador", "Consejero", "Asistente", "Vicario". Este vocablo comunica la idea de estímulo, apoyo, asistencia, cuidado, y de asumir la responsabilidad del bienestar de otro. Otro, sí, porque Jesús era el consolador original, y la tarea del reemplazante sería la de continuar con este aspecto de su ministerio. Se sigue, por lo tanto, que sólo podemos apreciar todo lo que quería decir nuestro Señor, cuando habló de "otro Consolador", cuando comprobamos todo lo que él mismo hizo por amar, cuidar, instruir pacientemente a sus discípulos y proveer a sus necesidades, durante los tres años de su ministerio personal para con ellos. El los cuidará, es lo que en efecto les estaba diciendo Cristo, en la misma forma en que los he cuidado yo. ¡Una persona realmente notable!

Luego el Señor procedió a decir quién era ese nuevo Consolador. Es "el Espíritu de verdad", "el Espíritu Santo" (Juan 14: 17,26). Este nombre denota deidad. En el Antiguo Testamento el Verbo de Dios y el Espíritu de Dios constituyen figuras paralelas. El Verbo de Dios es su palabra todopoderosa; el Espíritu de Dios es su aliento todopoderoso. Ambas frases comunican el concepto de su poder en acción. La palabra y el aliento de Dios aparecen juntos en el relato de la creación. "El Espíritu (aliento) de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios, y fue." (Gén. 1:2ss). "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento (Espíritu) de su boca" (Sal 33:6). Juan nos ha dicho en su prólogo que el Verbo divino de que se habla aquí es una persona. Ahora nuestro Señor ofrece enseñanza paralela, en el sentido de que el Espíritu divino también es una persona. Confirma, al mismo tiempo, su testimonio de la deidad de este Espíritu personal cuando lo designa Espíritu santo, así como más adelante habría de referirse al Padre santo (17: 11).

Notemos cómo Cristo relacionó la misión del Espíritu con la voluntad y el propósito del Padre y del Hijo. En una parte es el Padre el que ha de enviar al Espíritu, como fue también el Padre quien envió al Hijo (véase 5: 23, etc.). El Padre enviará al Espíritu, dice nuestro Señor, "en mi nombre", es decir, como representante de Cristo, para hacer la voluntad de Cristo y para actuar como su representante y con su autoridad (14:26). Así como Jesús había venido en el nombre de su Padre (5:43), actuando como agente del Padre, hablando las palabras del Padre (12:49ss), haciendo las obras del Padre (10: 25, cf. 17: 12), y dando testimonio invariablemente de aquel cuyo emisario era, así también el Espíritu había de venir en el nombre de Jesús, para actuar en el mundo como agente y testigo de Jesús. El Espíritu "procede del (gr. para: del lado del) Padre" (15: 26), de igual manera en que anteriormente el Hijo había salido de (para) Dios (16: 27). Luego de haber enviado a su Hijo al mundo, el Padre ahora 10 llama de nuevo a su gloria y envía al Espíritu a tomar su lugar.

Pero esta es solamente una de las formas de considerar la cuestión. En otro lugar es el Hijo quien ha de enviar al Espíritu "del Padre" (15:26). Como el Padre envió al Hijo al mundo, así el Hijo enviará al Espíritu al mundo (16:7). El Espíritu es enviado por el Hijo tanto como por el Padre. Consecuentemente, tenemos la siguiente serie de relaciones:

1. El Hijo está sujeto al Padre, por cuanto el Hijo es enviado por el Padre en su nombre (el del Padre).
2. El Espíritu está sujeto al Padre, por cuanto el Espíritu es enviado por el Padre en el nombre del Hijo.
3. El Espíritu está sujeto al Hijo tanto como al Padre, por cuanto el Espíritu es enviado por el Hijo tanto como por el Padre. (Compárese 20: 22, "sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo".)

Así Juan deja estampada la revelación de nuestro Señor sobre el misterio de la Trinidad: tres personas y un solo Dios; el Hijo hace la voluntad del Padre y el Espíritu hace la voluntad del Padre y del Hijo. Y lo que recibe realce es que el Espíritu, que viene a los discípulos de Cristo "para que esté con vosotros para siempre" (14: 16), viene a ejercer el ministerio de la consolación en lugar de Cristo. Por lo tanto, si el ministerio de Cristo como consolador era importante, el ministerio del Espíritu Santo como consolador no puede ser menos importante.

II

Pero de la lectura de la historia de la iglesia no es esa la impresión que nos queda, como tampoco si observamos la vida de la iglesia en el día de hoy.

Resulta sorprendente ver la diferencia con que se tratan las doctrinas bíblicas de la segunda y de la tercera personas de la Trinidad. La persona Y la obra de Cristo han sido y siguen siendo tema de debate en el seno de la iglesia; mas la persona y la obra del Espíritu Santo han sido olvidadas sistemáticamente. La doctrina del Espíritu Santo es la cenicienta de las doctrinas cristianas. Son muy pocos los que parecen interesarse en ella. Se han escrito muchísimos libros excelentes sobre la persona Y la obra de Cristo, pero los libros sobre la persona Y la obra del Espíritu Santo que valga la pena leer casi podrían contarse con los dedos de una mano. Los cristianos no tienen dudas acerca de la obra que hizo Cristo; saben que redimió a los hombres mediante su muerte expiatoria, aun cuando puedan diferir entre ellos en cuanto a lo que esto implica exactamente. Pero el cristiano corriente tiene una idea muy nebulosa acerca de la obra que realiza el Espíritu Santo. Algunos hablan sobre el Espíritu de Cristo en forma similar a como se hablaría sobre el Espíritu de la Navidad -como si se tratase de una vaga presión cultural que produce afabilidad y religiosidad. Otros piensan que el Espíritu inspira las convicciones morales de incrédulos tales como Gandhi, o el misticismo teosófico de un Rodolfo Steiner. Pero la mayoría, probablemente, no piensa en el Espíritu Santo en absoluto, y no tiene ideas concretas de ninguna naturaleza acerca de su función. En un sentido muy real se encuentran en la misma posición que los discípulos con los que Pablo se encontró en Éfeso y que dijeron: "Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo" (Hech.19:2).

Resulta extraordinario comprobar que quienes profesan ocuparse tanto de Cristo sepan tan poco sobre el Espíritu Santo y tengan tan poco interés en él. Los cristianos tienen conciencia de la diferencia que significaría el que, después de todo, se descubriera que nunca hubo ni encarnación ni expiación. Saben que si fuera así, estarían perdidos porque no tendrían ningún Salvador. Pero muchos cristianos no tienen la menor idea de la diferencia que habría si no estuviera el Espíritu Santo en el mundo.

Sencillamente no saben si ellos mismos, o la iglesia, sufrirían en algún sentido, en caso de ser así. No cabe duda de que algo anda mal aquí. ¿Cómo podemos justificar el haber descuidado de esta forma el ministerio del agente designado por Cristo? ¿Acaso no es un engaño hueco decir que honramos a Cristo cuando desconocemos, y al desconocer deshonramos, a aquel que Cristo nos ha enviado como su representante para que ocupase su lugar y nos cuidase de parte suya? ¿No deberíamos ocuparnos del Espíritu Santo en mayor medida de lo que lo hacemos?

III

¿Tendrá importancia, empero, la obra del Espíritu Santo? ¡Sí que la tiene! De no haber sido por la obra del Espíritu Santo no hubiese habido ni evangelio, ni fe, ni iglesia, ni cristianismo en el mundo.

73

En primer lugar: sin el Espíritu Santo no habría ni evangelio ni Nuevo Testamento. Cuando Cristo se fue de este mundo, entregó su causa a sus discípulos. Los hizo responsables de seguir haciendo discípulos en todas las naciones. "Vosotros daréis testimonio", les dijo en el aposento alto (Juan 15:27). "Me seréis testigos... hasta lo último de la tierra", fueron sus palabras de despedida en el monte de los Olivos, antes de su ascensión (Hech. 1:8). Tal fue la misión que les asignó. Mas, ¿qué clase de testigos habrían de resultar? Nunca fueron alumnos muy buenos; constantemente entendían mal a Jesús, no entendían el significado de su enseñanza, y esto a todo lo largo de su ministerio terrenal. ¿Cómo podía esperarse que hubieran de andar mejor después de su partida? ¿No era absolutamente seguro que, a pesar; de su buena voluntad, pronto habrían de mezclar en forma inextricable la doctrina evangélica con una multitud de conceptos errados, por más que bienintencionados, y que su testimonio se habría de reducir rápidamente a un embrollo mutilado, torcido e irreparable?

La respuesta a esta pregunta es no; porque Cristo les mandó el Espíritu Santo para que les enseñase toda verdad y los salvase de todo error; para recordarles lo que ya se les había enseñado y reveladas lo que el Señor todavía quería que aprendiesen. "El Consolador "" os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Juan 14:26). "Aun tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere" (es decir, les hará conocer todo lo que Cristo le indique a él, de la misma manera en que Cristo les hizo conocer todo lo que el Padre le había indicado a él; véase Juan 12:49s; 17:8,14), "y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber" (Juan 16: 12-14). De este modo "dará testimonio acerca de mí [a ustedes, mis discípulos, a quienes lo he enviado] y [preparados y capacitados mediante su obra de testimonio] vosotros daréis testimonio también..." (15:26s). La promesa era de que, enseñados por el Espíritu, los discípulos originales habrían de ser capacitados para hablar como si fuesen otras tantas bocas de Cristo, de manera que, así como los profetas del Antiguo Testamento podían iniciar sus sermones con las palabras, "Así dice Jehová Dios", también los apóstoles del Nuevo Testamento habrían de poder con igual veracidad decir de su enseñanza, ya fuese oral o escrita, "Así dice el Señor Jesucristo".

Lo prometido ocurrió como estaba dicho. El Espíritu vino sobre los discípulos, y les testificó acerca de Cristo y su salvación, conforme a la promesa. Escribiendo sobre la gloria de dicha salvación (las "cosas que... Dios ha preparado para los que le aman"), Pablo dice: "Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu;... nosotros. hemos recibido ... el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos [y podría haber agregado también, escribimos] , no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu" (I Coro 2:9-13). El

Espíritu daba testimonio a los apóstoles revelándoles toda la verdad e inspirándolos a comunicada verazmente. De aquí el evangelio, y de aquí también el Nuevo Testamento. Pero el mundo no hubiera conocido ni lo uno ni lo otro sin el Espíritu Santo.

Pero esto no es todo. En segundo lugar, sin el Espíritu Santo no hubiera habido ni fe ni nuevo nacimiento -en una palabra, no habría cristianos.

La luz del evangelio brilla; pero "el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos" (II COL 4:4), y los ciegos no responden al estímulo de la luz. Como le dijo Cristo a Nicodemo, "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios... no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3:3,5). Hablando corporativamente en su nombre y en el de sus discípulos a Nicodemo, y a toda esa clase de gente religiosa no regenerada a la que pertenecía Nicodemo, Cristo siguió explicando que la consecuencia inevitable de estar en ese estado no regenerado es la incredulidad - "No recibís nuestro testimonio" (v. 11). El evangelio no produce en ellos convencimiento de pecado; la incredulidad los tiene agarrados.

¿Qué se sigue de esto? ¿Llegaremos a la conclusión de que predicar el evangelio es perder el tiempo, y que por lo tanto debemos abandonar la evangelización por tratarse de una empresa inútil, destinada al fracaso? No; porque el Espíritu permanece con la iglesia para dar testimonio de Cristo. A los apóstoles les dio testimonio mediante revelación e inspiración, como ya hemos visto. A los demás hombres, a través de todas las épocas, les da testimonio iluminándolos: abriendo ojos ennegrecidos, restaurando la visión espiritual, haciendo que los pecadores puedan ver que el evangelio es en efecto la verdad de Dios, que la Escritura es en verdad la Palabra de Dios, y que Cristo es efectivamente el Hijo de Dios. "Cuando él [el Espíritu] venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (16: 7). No nos corresponde a nosotros imaginar que podemos probar la verdad del cristianismo con nuestros propios argumentos; nadie puede demostrar la verdad del cristianismo salvo el Espíritu Santo, mediante su propia y todopoderosa obra de renovar el corazón ennegrecido. Es la prerrogativa soberana del Espíritu de Cristo convencer la conciencia de los hombres acerca de la verdad del evangelio de Cristo; y los testigos humanos de Cristo deben aprender a cifrar sus esperanzas de éxito no en una hábil presentación de la verdad por el hombre sino en la poderosa demostración de la verdad por el Espíritu. Aquí Pablo nos señala el camino: "Hermanos, cuando fui a vosotros, para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios" (I Cor 2: 1-5). Y porque el Espíritu da testimonio de este modo, los hombres acuden a la fe cuando se predica el evangelio. Pero sin el Espíritu no habría un solo cristiano en todo el mundo.

IV

¿Honramos nosotros al Espíritu Santo reconociendo su obra y poniendo nuestra confianza en ella? ¿O lo menospreciamos desconociéndolo, y por lo tanto deshonoramos no solamente al Espíritu sino al Señor que lo envió? En nuestra fe, ¿aceptamos la autoridad de la Biblia, el Antiguo Testamento profético, y el Nuevo Testamento apostólico que él inspiró? ¿La leemos y la escuchamos con reverencia y actitud receptiva, como corresponde a la Palabra de Dios? De lo contrario, injuriamos al Espíritu Santo. En nuestra vida, ¿aplicamos la autoridad de la Biblia, a fin de vivir de acuerdo con ella, sea lo que fue re lo que digan los hombres de ella, reconociendo que la Palabra de Dios no puede menos que ser cierta, y que lo que Dios ha dicho lo va a cumplir? De lo contrario injuriamos al Espíritu

Santo, que nos dio la Biblia. En nuestro testimonio, ¿tenemos presente que sólo el Espíritu Santo, por su testimonio, puede autenticar nuestro testimonio? ¿Acudimos a él para que obre de esta manera, poniendo confianza de nuestra parte, y mostrando la realidad de nuestra confianza en él, como lo hacía Pablo, evitando las artimañas de la habilidad humana? De lo contrario injuriamos al Espíritu Santo. ¿Podemos dudar que la presente esterilidad en la vida de la iglesia constituya el juicio de Dios sobre nosotros por la forma en que hemos deshonrado al Espíritu Santo? Y, en este caso, ¿qué esperanza tenemos de que esto se rectifique a menos que aprendamos a honrar al Espíritu Santo en nuestra manera de pensar, en nuestra manera de orar y en la práctica de la vida? "El dará testimonio..." "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias."

CAPITULO 7: EL DIOS INMUTABLE

I

Nos dicen que la Biblia es la Palabra de Dios -lámpara a nuestros pies, lumbrera a nuestro camino. Nos dicen que en ella encontraremos el conocimiento de Dios y de su voluntad para nuestra vida. Lo creemos; y acertadamente, porque lo que dicen es cierto. De manera que tomamos la Biblia y comenzamos a leer. Leemos con entusiasmo y a conciencia, porque lo hemos tomado con seriedad; queremos realmente conocer a Dios. Pero a medida que vamos leyendo nos vamos quedando cada vez más perplejos. Aunque nos resulta emocionante, no recibimos alimento. La lectura no nos está ayudando; nos deja desconcertados y, para decir la verdad, más bien deprimidos. Comenzamos a preguntarnos si la lectura de la Biblia vale la pena realmente y si tiene sentido que sigamos.

¿Qué es lo que pasa? Pues, básicamente, lo siguiente: La lectura Bíblica nos ha transportado a lo que, para nosotros, es un mundo enteramente nuevo, a saber, el mundo del Cercano Oriente como era hace miles de años, primitivo y bárbaro, agrícola y rudimentario. Es en dicho mundo donde se desenvuelve la acción de la historia que relata la Biblia. En ese mundo encontramos a Abraham y a Moisés, a David y a los demás, y vemos cómo trata Dios con ellos. Oímos cuando los profetas denuncian la idolatría y amenazan con juicios a causa del pecado. Vemos al Hombre de Galilea hacer milagros, discutir con los judíos, morir por los pecadores, levantarse de la muerte, y ascender al cielo. Leemos cartas escritas por maestros cristianos para oponerse a herejías extrañas que, hasta donde sepamos, no existen en el día de hoy. Nos resulta sumamente interesante, pero nos da la sensación de que es algo muy lejano. Pertenece a aquel mundo, no a este mundo. Nos parece que estamos, por así decirlo, fuera del mundo bíblico, mirando hacia adentro. Somos meros espectadores, y eso es todo. Surge en nuestra mente el siguiente razonamiento: "Claro, Dios hizo todo eso en aquel entonces, y para esa gente debe haber sido maravilloso, pero ¿qué tiene que ver todo eso con nosotros? Nosotros no vivimos en ese mundo. ¿Cómo nos puede ayudar a nosotros, que tenemos que vivir en la era espacial, la lectura de los hechos y las palabras de Dios relacionados con los tiempos bíblicos, la lectura de lo que Dios hizo con Abraham y Moisés, David y los demás?" No vemos que haya vínculo alguno entre los dos mundos, y de aquí que vez tras vez nos preguntemos qué aplicación pueden tener para nosotros las cosas que leemos en la Biblia. Y cuando, como ocurre a menudo, lo que leemos resulta emocionante y glorioso en sí mismo, la sensación de que hemos sido excluidos nos deprime enormemente.

A la mayoría de los que leen o han leído la Biblia les ha ocurrido esto. No todos saben cómo encarar el asunto. Algunos cristianos resuelven resignarse a seguir como de lejos, creyendo lo que leen, por cierto, pero sin buscar ni esperar para sí una relación tan íntima y directa con Dios como la que

disfrutaron los hombres de la Biblia. Esta actitud, muy frecuente hoy en día, es en realidad una confesión de haber fracasado en el intento de resolver el problema.

Más, ¿cómo puede vencerse esta sensación de distancia remota entre nosotros y la experiencia bíblica de Dios? Podríamos decir muchas cosas, pero la cuestión fundamental es indudablemente la siguiente. La sensación de distancia remota es una ilusión que surge de procurar hallar donde no es un vínculo entre nuestra situación y la de los diversos personajes bíblicos. Ciertamente es que en términos de espacio, tiempo y cultura, tanto ellos como la época histórica a la que ellos pertenecían, están muy distantes de nosotros. Pero el vínculo entre ellos y nosotros no se ha de encontrar en ese nivel. El vínculo es Dios mismo. Porque el Dios con el cual estaban en relación ellos es el mismo Dios con el que tenemos que relacionarnos nosotros. Digámoslo más precisamente, es exactamente el mismo Dios; por cuanto Dios no cambia en lo más mínimo. Por lo tanto, resulta claro que lo que tenemos que considerar a fin de disipar la sensación que nos asalta, la de que hay un abismo infranqueable entre la situación de los hombres de la época bíblica y la nuestra propia, es que Dios es inmutable.

II

Dios no cambia. Ampliemos este concepto.

1. La vida de Dios no cambia

Dios es "eternamente" (Sal 93.2), "Rey eterno" (Jer. 10: 10), "incorruptible" (Rom. 1: 23), "el único que tiene inmortalidad" (I Tim. 6: 16). "Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios" (Sal 90: 2). La tierra y el cielo, dice el salmista, "perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados: pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán" (Sal 102:26ss). "Yo el primero -dice Dios-, yo también el postrero" (Isa. 48: 12). Las cosas de la creación tienen principio y fin, pero no así el Creador. La respuesta a la pregunta del niño, "¿Quién hizo a Dios?", es sencillamente que Dios no tuvo necesidad de que nadie lo hiciese, porque siempre estuvo allí. Existe para siempre; y nunca cambia. No envejece. Su vida ni crece ni mengua. No, adquiere nuevos poderes, ni pierde los que alguna vez tuvo. No madura ni se desarrolla. No aumenta en sabiduría ni en fuerza, ni se debilita con el paso del tiempo. "No puede experimentar un cambio para bien", escribió A.W. Pink, "porque ya es perfecto; y siendo perfecto, no puede experimentar cambio para mal." La diferencia primera y principal entre el Creador y sus criaturas es que ellas son mutables y su naturaleza admite cambios, mientras que Dios es inmutable y jamás puede dejar de ser lo que es. Como lo expresa el himno.

Nosotros florecemos y prosperamos como las hojas del árbol y nos marchitamos y perecemos -pero nada te cambia a ti. Tal es el poder de la "vida indestructible" de Dios (cf. Heb. 7: 16).

2. El carácter de Dios no cambia

Las tensiones; ó un shock; o una lobotomía, pueden cambiar el carácter de un hombre, pero nada puede cambiar el carácter de Dios. En el curso de la vida humana, los gustos, los puntos de vista, y el humor pueden cambiar radicalmente; una persona buena y equilibrada puede volverse amarga y excéntrica; una persona de buena voluntad puede hacerse cínica e insensible. Pero al Creador no le puede ocurrir nada semejante. Jamás se vuelve menos veraz, menos misericordioso, menos justo, menos bueno, de lo que una vez fue. El carácter de Dios es hoy, y 10 será siempre, exactamente lo que fue en los tiempos bíblicos.

En relación con esto resulta instructivo poner juntas las dos revelaciones que de su "nombre" hace Dios en el libro de Éxodo. El "nombre" revelado de Dios es, por supuesto, más que un rótulo; es una revelación de 10 que él es en relación con los hombres. En Éxodo 3 leemos que Dios anunció a Moisés su nombre diciendo: "Yo soy el que soy" (v. 14), frase de la cual YHVH (Jehová, "el SEÑOR") constituye una forma abreviada (v. 15). Este "nombre" no es una descripción de Dios, sino simplemente una declaración de su existencia autónoma, y de su eterna inmutabilidad; una manera de recordarnos que él tiene vida en sí mismo, y de que 10 que es ahora, 10 es eternamente. En Éxodo 34, sin embargo, leemos que Dios proclamó "el nombre de Jehová" a Moisés mediante una lista de las diversas facetas de su santo carácter. "Jehová ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos ..." (vv. 5ss). Esta proclamación complementa la de Éxodo 3 al decir 10 que en efecto es Jehová; y la de Éxodo 3 complementa a esta otra al decirnos que Dios es por siempre lo que tres mil años ha le decía a Moisés que era en ese momento. El carácter moral de Dios es incambiable. Por ello Santiago, en un pasaje que se refiere a la bondad y la santidad de Dios, a su generosidad para con los hombres y su hostilidad para con el pecado, habla acerca de Dios como aquel "en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (San. 1: 17).

3. La verdad de Dios no cambia

A veces los hombres dicen cosas que en realidad no sienten, sencillamente porque ellos mismos no saben lo que piensan; además, porque sus puntos de vista cambian, con frecuencia descubren que ya no pueden sostener lo que dijeron en algún momento del pasado. Algunas veces todas tenemos que retirar algo que hemos dicho, porque ya no expresa lo que pensamos; a veces tenemos que tragamos las palabras porque los mismos hechos las refutan. Las palabras de los hombres son cosas inestables. Pero no así las palabras de Dios. Permanecen para siempre, como inalterables expresiones válidas de su pensamiento. No hay circunstancias que lo obliguen a retiradas; no hay cambios en su propia manera de pensar que le exijan modificarlas. Isaías escribe que "toda carne es hierba... la hierba se seca... mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre" (Isa. 40: 6 ss). De igual modo, dice el salmista que "para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos". "Todos tus mandamientos son verdad... para siempre los has establecido" (Sal 119:89, 151s). La palabra traducida "verdad" en el último versículo encierra la idea de estabilidad. Cuando lee más la Biblia, por lo tanto, tenemos que recordar que Dios sigue fiel a todas las promesas, demandas, declaraciones de propósitos, palabras de advertencia, que allí se dirigen a los creyentes neo testamentarios. No se trata de reliquias de una época pasada sino de revelación enteramente válida del pensamiento de Dios para su pueblo en todas las generaciones, mientras dure este mundo. Como nos lo ha manifestado nuestro propio Señor, "la Escritura no puede ser quebrantada" (Juan 10:35). Nada puede anular la eterna verdad de Dios.

4. La manera de obrar de Dios no cambia

Dios sigue actuando hacia los hombres pecadores como lo hacía en la historia bíblica. Sigue todavía demostrando su libertad y su señorío, discriminando entre pecadores, haciendo que algunos escuchen el evangelio mientras que otros no, y haciendo que algunos de los que escuchan se arrepientan mientras que otros permanezcan incrédulos; enseñando de este modo a los santos que él no le debe misericordia a nadie, y que es enteramente por la gracia divina, y de ningún modo por sus propios esfuerzos, que ellos mismos hayan podido encontrar la vida. Sigue todavía bendiciendo a aquellos a quienes concede su amor de un modo que los humilla, a fin de que toda la gloria sea de él solo.

Todavía odia el pecado de su pueblo, y se vale de toda suerte de penas y dolores internos y externos para ganar el corazón de ese pueblo, a fin de que no desobedezca ni claudique. Sigue aún buscando la comunicación con su pueblo, y les manda tanto motivos de pesar como de gozo con el objeto de lograr que abandonen el amor por otras cosas y lo concentren en él. Sigue todavía enseñando al creyente a valorar los dones prometidos mediante el recurso de hacer que tenga que esperarlos, y obligándolo a orar por ellos persistentemente, antes de que se los conceda. Así leemos que fue su trato para con su pueblo en el relato de las Escrituras, y así trata con su pueblo hoy. Sus metas y los principios en que basa su acción permanecen constantes; en ningún momento actúa saliéndose de su carácter inalterable. El modo de obrar del hombre, bien lo sabemos, resulta patéticamente inconstante; pero no el de Dios.

5. Los propósitos de Dios no cambian

"La Gloria de Israel no mentirá, ni se arrepentirá", declaró Samuel, "porque no es hombre para que se arrepienta" (1 Sam. 15:29). Balaam había dicho lo propio: "Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no ejecutará?" (Núm. 23: 19). Arrepentirse significa revisar los juicios que hemos hecho, y cambiar el plan de acción. Dios jamás hace esto; jamás necesita hacerlo, por cuanto sus planes se hacen sobre la base de un conocimiento y un control completos que se extienden a todas las cosas, tanto pasadas y presentes como futuras, de manera que no puede haber casos imprevistos y repentinos que puedan tomarlo por sorpresa. "Una de dos cosas hace que el hombre cambie de parecer y modifique sus planes: la falta de visión para anticipar algo, o la falta de visión para ejecutados. Pero como que Dios es omnisciente y omnipotente jamás se le hace necesario modificar sus decretos" (A. W. Pink). "El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones" (Salmo 33: 11). Lo que Dios hace en el tiempo, lo planificó desde la eternidad. Y todo lo que planificó en la eternidad lo lleva a cabo en el tiempo. Todo lo que se ha comprometido a hacer en su Palabra se cumpliera infaliblemente. Así, leemos acerca de "la inmutabilidad de su consejo" para hacer que los creyentes disfruten plenamente de la herencia prometida, y del juramento inmutable mediante el cual confirmó su consejo a Abraham, el creyente arquetípico, tanto para darle seguridad a Abraham como ;también a nosotros (Heb. 6: 17 ss). Así es con todas las intenciones anunciadas por Dios. No cambian. Ningún aspecto de su plan eterno cambia.

Cierto es que hay un conjunto de versículos (Gen 6: 6 ss; Sam. 15:11; II Sam. 24:16; Jon. 3:10; Joel 2:13 ss) que dicen que Dios se arrepintió. En cada caso se trata de una referencia a la inversión del trato dado anteriormente a alguna persona en particular, como consecuencia de la reacción de dichas personas al tratamiento en cuestión. Pero no .te sugiere que dicha reacción no hubiese sido prevista, o que ella había tomado a Dios por sorpresa, y que no estaba prevista en su plan eterno. Cuando Dios comienza a tratar a .un hombre de un modo diferente esto no implica en modo alguno un cambio en sus eternos propósitos.

6. El Hijo de Dios no cambia

Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos (Heb. 13:8), y su toque tiene todavía su antiguo poder. Sigue siendo cierto que "puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Heb. 7:25). Jesucristo no cambia nunca. Este hecho es un poderoso motivo de consuelo para el pueblo de Dios.

¿Dónde está, entonces, la sensación de distancia y diferencia entre los creyentes de los tiempos bíblicos y nosotros? Queda excluida. ¿Sobre qué base? Sobre la base de que Dios no cambia. La comunión con Dios, la confianza en su Palabra, el acto de vivir por fe, de "descansar en las promesas de Dios", son esencialmente realidades idénticas para nosotros hoy como para los creyentes tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Este pensamiento nos consuela al ir al encuentro de las perplejidades de cada día: en medio de todos los cambios e incertidumbres de la vida en la era nuclear, Dios y su Cristo permanecen invariable -con todo el poder necesario para salvar. Pero al mismo tiempo este pensamiento nos presenta un desafío penetrante. Si nuestro Dios es el mismo Dios de los creyentes del Nuevo Testamento, ¿cómo podemos justificar el que nos conformemos con una experiencia de comunión con Dios, y con un nivel de conducta cristiana que están tan por debajo de los que tuvieron ellos? Si Dios es el mismo, se trata de una cuestión que ninguno de nosotros puede evadir.

CAPITULO 10: LA SABIDURÍA DE DIOS Y LA NUESTRA

I

Cuando los viejos teólogos reformados se referían a los atributos de Dios, solían clasificados en dos grupos: los incommunicables y los comunicables.

En el primer grupo colocaban aquellas cualidades que realzan la trascendencia de Dios y que muestran la tremenda diferencia que hay entre él como ser Creador, y nosotros sus criaturas. Comúnmente la lista era la siguiente -la independencia de Dios (la existencia autónoma y la autosuficiencia); su inmutabilidad (enteramente libre de cambio, lo cual conduce a un proceder completamente invariable); su infinitud (libre de toda limitación de tiempo y espacio: es decir, su eternidad y su omnipresencia); y su simplicidad (el hecho de que en él no hay elementos que puedan entrar en conflicto, de manera que, a diferencia del hombre, no puede verse en conflicto entre deseos y pensamientos divergentes). Los teólogos llamaban incommunicables a dichas cualidades porque son características únicamente de Dios; el hombre, justamente por ser hombre y no Dios, no comparte ni puede compartir ninguna de ellas.

En el segundo grupo los teólogos reunían cualidades tales como la espiritualidad de Dios, su libertad, y su omnipotencia, junto con todos sus atributos morales -bondad, veracidad, santidad, justicia, etc. ¿Qué principio se aplicaba para esta clasificación? el siguiente: que cuando Dios hizo al hombre, le comunicó cualidades que correspondían a todas ellas. Esto es lo que quiere significar la Biblia cuando nos dice que Dios hizo al hombre a su propia imagen (Gen 1:26s) - a saber, que Dios hizo al hombre como ser espiritual libre, agente moral responsable con facultades de elección y acción, capaz de tener comunión con él y de responder a él, y por naturaleza bueno, veraz, santo, recto (cf. Ecl. 7: 29), en una palabra, con cualidades divinas.

Las cualidades morales que pertenecían a la imagen divina las perdió el hombre en el momento de la caída; la imagen de Dios en el hombre ha sido universalmente empañada, por cuanto toda la humanidad, de un modo u otro, ha caído en la impiedad. Pero la Biblia nos dice que ahora, en cumplimiento de su plan de redención, Dios obra en los creyentes cristianos con el fin de reparar esa imagen arruinada, renovando en ellos dichas cualidades. Esto es lo que quiere decir la Escritura

cuando afirma que los cristianos están siendo renovados a la imagen de Cristo (II Cor 3: 18) y de Dios (Col. 3: 10).

La Biblia tiene mucho que decir acerca del don divino de la sabiduría. Los primeros nueve capítulos de Proverbios constituyen una sola y sostenida exhortación a buscar este don. "Sabiduría ante todo; adquiere sabiduría; y sobre todas tus posesiones adquiere inteligencia... Retén el consejo, no lo dejes; guárdalo, porque eso es tu vida" (pro. 4:7,13). Se personifica a la sabiduría y se la hace defender su propia causa: "Bienaventurado el hombre que me escucha, velando a mis puertas cada día, aguardando a los postes de mis puertas. Porque el que me halle, hallará la vida, y alcanzará el favor de Jehová. Mas el que peca contra mí, defrauda su alma; todos los que me aborrecen aman la muerte" (Pro. 8: 34ss).

Como si se tratase de una anfitriona, la sabiduría convida a los necesitados a su banquete: "Dice a cualquier simple: Ven acá" (Pro. 9:4). Lo que se realza en todo momento es la buena voluntad de Dios para otorgar sabiduría (aunque la figura es la de la sabiduría misma dispuesta a darse) a todos los que anhelan el don y están dispuestos a dar los pasos necesarios para obtenerla. En el Nuevo Testamento la sabiduría recibe un énfasis similar. De los cristianos se requiere que adquieran sabiduría ("Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios... No seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor" (Efe. 5: 15ss); "Andad sabiamente para con los de afuera..." (Col. 4: 5). Se ofrece oración para que les sea suministrada sabiduría: "que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría..." (Col. 1: 9). Santiago hace, en nombre de Dios, una promesa: "Si alguno de vosotros tiene falta sabiduría, pídala a Dios..., y le será dada" (San. 1: 5).

¿De dónde procede la sabiduría? ¿Qué pasos debe dar el hombre para obtener este don? Según la Escritura hay dos requisitos previos. Primero, uno tiene que aprender a reverenciar a Dios. "El principio de la sabiduría es el temor de Jehová" (Sal 111:10; Pro. 9:10; cf. Job 28:28; Pro. 1:7; (j 15:33). No podemos hacer nuestra la sabiduría divina sin antes habremos hecho humildes, susceptibles de aprender, en actitud de reverencia ante la santidad y la soberanía de Dios (el "Dios... fuerte, grande y temible", Neh. 1:5; cf. 4:14; 9:32; Deu. 7:21; 10:17; Sal 99:3; Jer. 20:11), reconociendo nuestra propia pequeñez, desconfiando de nuestros propios pensamientos, y dispuestos a que nuestra mente experimente un vuelco completo. Es de temer que muchos cristianos se pasan toda la vida en una actitud mental en la que anida el orgullo y la presunción, de tal modo que jamás pueden alcanzar la sabiduría de Dios. No es en vano que la Escritura dice, "con los humildes está la sabiduría" (Pro. 11: 2).

Segundo, uno tiene que aprender a aceptar la palabra de Dios. La sabiduría es forjada divinamente en quienes se dedican a estudiar la revelación de Dios, y sólo en ellos. "Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos", declara el salmista, "más que todos mis enseñadores he entendido". ¿Por qué? "Porque tus testimonios son mi meditación" (Sal 119:98 ss). Así también Pablo aconseja a los colosenses: "La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros" (Col. 3: 16). ¿Cómo hemos de cumplir este requisito nosotros los hombres del siglo veinte? Empapándonos en las Escrituras, las que, como le dijo Pablo a Timoteo (¡y estaba pensando en el Antiguo Testamento solamente!), "te pueden hacer sabio para la salvación" mediante la fe en Cristo, y hacer perfecto al hombre de Dios "para toda buena obra" (II Tim. 3: 15-17).

Mucho nos tememos, en esto también, que muchos de los que profesan pertenecer a Cristo hoy en día nunca aprenden a ser sabios, porque no prestan la atención necesaria a la palabra escrita de Dios. El leccionario del Libro de Oración de Cranmer (que se supone que todos los anglicanos deben seguir)

nos conduce por todo el Antiguo Testamento una vez por año, y por todo el Nuevo Testamento dos veces. William Gouge, el puritano, leía regularmente quince capítulos por día. El fallecido archidiácono T. C. Hammond solía leer la Biblia entera cuatro veces por año. ¿Cuánto tiempo hace que hemos leído la Biblia de comienzo a fin? ¿Dedicamos tanto tiempo por día a la Biblia como el que dedicamos al diario? ¡Qué tontos somos algunos!, y seguimos siéndolo toda la vida, sencillamente porque no queremos molestarnos en hacer lo que hay que hacer para recibir esa sabiduría que es un don gratuito de Dios.

II

Empero, ¿qué clase de cosa es el don de la sabiduría que da Dios? ¿Qué efecto tiene sobre la vida del hombre? Aquí es donde muchos se equivocan. Podemos dejar en claro el carácter del error que cometen mediante una ilustración.

Si nos ubicamos en el extremo de una plataforma de la estación ferroviaria de York, Inglaterra, podremos observar una sucesión constante de movimientos de máquinas y trenes, y si este tipo de escena nos entusiasma, el despliegue de actividad nos resultará fascinador. Obtendremos una idea muy vaga y general del plan total que determina todos los movimientos que vemos (es decir, el esquema operacional bosquejado en una planilla de horarios, y las modificaciones hechas minuto a minuto, si se da el caso, según se desarrolla el movimiento de los trenes en la práctica). Si, en cambio, tenemos el privilegio de que algún empleado jerárquico nos lleve a la espléndida cabina de señales eléctricas que se encuentra entre las plataformas 7 y 8, podremos ver en la pared más larga un diagrama de la disposición de las vías en una extensión de siete y medio kilómetros a cada lado de la estación, con pequeñas luces como luciérnagas en movimiento o estacionarias en las diversas vías, que les indican a los señalaros de un vistazo exactamente dónde se encuentra cada máquina o tren. De inmediato podremos ver la situación en su conjunto a través de los ojos de los hombres que tienen el control de la misma: podremos ver por el diagrama por qué hubo que indicarle a uno de los trenes que se detuviera, y a otro sacarlo de la vía que normalmente ocupa, y por qué a otro hubo que estacionarlo temporalmente en una vía muerta. El porqué y el para qué de todos estos movimientos se nos hace claro una vez que tenemos acceso a la situación total.

Ahora bien, el error que se comete diariamente es el de suponer que esto constituye una ilustración de lo que hace Dios cuando concede sabiduría: suponer, en otras palabras, que el don de la sabiduría consiste en una visión más profunda del significado y el propósito providencial de los acontecimientos que se desenvuelven alrededor de nosotros, en una capacidad para comprender por qué Dios hizo lo que hizo en algún caso particular, y en lo que va a hacer a continuación. La gente piensa que si realmente anduviera cerca de Dios, de modo que él pudiera impartirles sabiduría libremente, entonces podrían, por así decirlo, ver las cosas como si estuvieran en la cabina de señales; comprenderían los propósitos verdaderos de todo lo que les ocurre, y verían con claridad en todo momento la forma en que Dios hace todas las cosas obren para bien. Tales personas dedican mucho tiempo a escudriñar el libro de la providencia, tratando de averiguar por qué Dios permitió esto o aquello, si deberían tomarlo como una señal de que deben dejar de hacer algo y comenzar a hacer otra cosa, o, en fin, qué es lo que deben deducir de ello. Si a la postre salen confundidos le echan la culpa a su falta de espiritualidad.

Los cristianos que sufren de depresión, ya sea física, mental, o espiritual (¡nótese que se trata de tres cosas diferentes!) se vuelven locos, como se dice, con esta clase de investigación fútil. Porque

realmente es inútil lo que hacen: de eso no tengamos la menor duda. Ciertamente es que cuando Dios nos indica algo mediante la aplicación de principios, en ocasiones nos lo puede confirmar mediante recursos providenciales, desusados, que de inmediato reconocemos como señales corroborativas. Pero esto es muy distinto de tratar de leer mensajes sobre los propósitos secretos de Dios en todas las cosas inesperadas que nos ocurren. El don de la sabiduría, lejos de consistir en la facultad de hacer esto, en realidad presupone la incapacidad consciente de hacerla, como veremos en seguida.

III

Volvemos a preguntar, entonces: ¿qué significa el don de la sabiduría que nos da Dios? ¿Qué clase de don es?

Si se nos permite usar otra ilustración relacionada con el transporte, es como cuando se nos enseña a conducir vehículos. Lo que interesa al conducir es la velocidad, la precisión de nuestras reacciones ante los acontecimientos, y el acierto en el cálculo de lo que cada situación nos permite. No nos preguntamos por qué el camino se vuelve angosto o sinuoso en un lugar determinado, ni por qué ese camión está estacionado precisamente donde lo está, ni por qué esa dama (o caballero) se aferra al centro de la calzada con tantas ganas; lo que pensamos es sencillamente cómo obrar acertadamente en la situación concreta tal como se presenta. La sabiduría divina tiene como fin ayudarnos a hacer justamente esto en las situaciones concretas de la vida diaria.

Para conducir bien es preciso estar con los ojos atentos a fin de ver claramente lo que hay por delante de nosotros. Para vivir sabiamente tenemos que tener visión clara y ser realistas -implacablemente realistas- para ver la vida tal como es. La sabiduría nada tiene que ver con las ilusiones cómodas, el sentimentalismo falso, ni el uso de lentes de color rosa. La mayoría de las personas vivimos en un mundo de ensueño, andando por las nubes sin hacer apoyo en la tierra; jamás vemos el mundo, y tampoco nuestra propia vida, tal como es. Esta falta de realismo, tan profundamente arraigada y fomentada por el pecado, es una de las razones de que haya tan poca sabiduría entre nosotros, incluso en los más firmes y ortodoxos. La sana doctrina no basta para curarnos de la falta de realismo. Hay, con todo, un libro de las Escrituras que tiene como expreso fin hacernos realistas: dicho libro es Eclesiastés. Deberíamos prestarle más atención de la que comúnmente le prestamos. Consideremos su mensaje brevemente.

IV

"Eclesiastés" (el equivalente griego del título hebreo, Qoheleth) significa simplemente "el predicador"; y el libro mismo es un sermón, con un texto ("vanidad de vanidades..." , 1: 2; 12: 8), una exposición de su tema (Cap. 1-10), y la aplicación (Cap. 11-12: 7).

Buena parte de la exposición tiene carácter auto biográfico. Qoheleth se identifica a sí mismo como "hijo de David, rey de Jerusalén" (1: 1). El que esto signifique que Salomón mismo era el predicador, o que el predicador puso su sermón en labios de Salomón como recurso didáctico, como lo han sostenido eruditos tan conservadores como Hengstenberg y E. J. Young, no tiene por qué preocuparnos. El sermón es, por cierto, salomónico, en el sentido de que enseña lecciones que Salomón tuvo oportunidades únicas de aprender.

"Vanidad de vanidades, dijo el predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad". ¿En qué espíritu, y con qué propósito, anuncia el predicador este texto? ¿Se trata acaso de la confesión de un cínico amargado, la de "un viejo hombre de mundo egoísta e insensible, que al final de su vida encontró sólo una horrible desilusión"(W.H. Elliot), que ahora quiere compartir con los demás su sentido de la ordinariez y lóbreguez de la vida? ¿O habla, más bien, como un evangelista, que trata de hacer ver al incrédulo la imposibilidad de encontrar la felicidad "debajo del cielo" aparte de Dios? La respuesta no es ninguna de las dos, si bien la segunda se acerca más a la realidad que la primera.

El autor habla como un experimentado maestro que le ofrece a su joven discípulo los frutos de su propia experiencia y reflexión (11: 9; 12: 1,12). Quiere conducir a ese joven creyente hacia la verdadera sabiduría, y evitar que caiga en el error de la "cabina de señales". Aparentemente el joven (como muchos otros después de él) quería equiparar la sabiduría con el conocimiento amplio, y suponer que se adquiere la sabiduría sencillamente con una asidua actividad librescas (12: 12). Está claro que daba por sentado que la sabiduría, cuando la alcanzara, le explicaría el porqué de las diversas modificaciones de Dios en el curso ordinario de la providencia. Lo que el predicador le quiere mostrar es que la verdadera base de la sabiduría está en un franco reconocimiento de que el curso de este mundo es enigmático, que buena parte de lo que ocurre resulta enteramente inexplicable al hombre, y que la mayor parte de las cosas que ocurren "debajo del cielo" no ofrecen evidencia externa de que haya un Dios racional y moral por detrás de todas ellas. Como lo demuestra el sermón mismo, el texto tiene como fin servir de advertencia contra la búsqueda desafortunada de entendimiento, pues declara la conclusión desesperanzada a que lleva en última instancia esta búsqueda, si se la persigue en forma honesta y realista. Podemos formular el mensaje del sermón como sigue:

Observemos (dice el predicador) la clase de mundo en que vivimos. Quitémonos las gafas de color rosa, restreguémonos los ojos, y echémosle un vistazo fijo y prolongado. ¿Qué es lo que vemos? Vemos que en el trasfondo de la vida hay una sucesión de ciclos en la naturaleza que parecen no tener sentido (1:4ss). Vemos que su régimen está determinado por tiempos y circunstancias sobre los que no tenemos ningún control (3: 1 ss; 9: 11 s). Vemos que la muerte le llega a todos, tarde o temprano, pero en forma fortuita; su llegada nada tiene que ver con merecimientos, buenos o malos (7:15; 8: 8). Los hombres mueren como las bestias (3:19ss), buenos y malos, sabios y necios (2:14,17; 9:2s). Vemos que el mal corre sin coto (3:16;4:1; 5:8; 8:11; 9:3); hay sin vergüenzas que progresan, y hombres buenos que no (8:14). Al ver todo esto, nos damos cuenta de que Dios obra en forma inescrutable; por más que queramos entenderlo, no podemos (3:11; 7: 13s; 8:17; 11:5). Cuanto más nos dedicamos a procurar entender el propósito divino en el curso providencial ordinario de los acontecimientos, tanto más obsesivos nos volvemos y tanto más deprimidos nos sentimos ante la aparente vanidad de todo, y tanto más nos sentimos tentados a llegar a la conclusión de que la vida, como pareciera serlo, realmente no tiene sentido.

Pero una vez que llegamos a la conclusión de que las cosas no tienen ton ni son, ¿qué "provecho" -valor, ganancia, sentido, propósito- puede haber de ahí en adelante, en cualquier empresa positiva que se acometa? (1:3; 2: 11,22; 3: 9; 5: 16). Si la vida no tiene sentido, tampoco entonces tiene ningún valor; y, en ese caso, ¿qué valor puede haber en crear cosas, en levantar un negocio, en hacer dinero, incluso en buscar sabiduría, ya que nada de esto nos resulta provechoso en forma evidente (2:15s, 22s; 5: 11)?; lo único que lograremos es que nos envidien (4:4); no podemos llevárnoslo (2:18ss; 4:8; 5: 15s); y lo que dejamos probablemente sea mal aprovechado cuando ya no estemos (2:19). ¿Qué sentido tiene, por lo tanto, luchar y esforzarnos por nada? ¿Acaso no se ha de juzgar "vanidad (vaciedad, frustración) y correr tras el viento" (1:14, VM) todo lo que hace el hombre, actividad que no podemos justificar como significativa en sí misma ni de valor alguno para nosotros mismos? A esta

conclusión pesimista, dice el predicador, nos llevará finalmente la expectativa optimista de descubrir el propósito divino en todas las cosas (cf. 1: 17 ss). Y desde luego que tiene razón, por cuanto el mundo en que vivimos es efectivamente la clase de lugar que ha descrito. El Dios que lo gobierna se esconde. Raras son las veces en que pareciera que hay un poder racional por detrás de todo lo que ocurre. Con harta frecuencia lo que no tiene valor sobrevive, mientras que lo que tiene algún valor perece. Sé realista, dice el predicador; hazle frente a los hechos; toma la vida como viene. No serás realmente sabio mientras no lo tomes así.

A muchos nos viene bien esta admonición. Porque no sólo nos dejamos atrapar por el concepto de la "cabina de señales", o por una falsa noción de lo que es la sabiduría; sino que pensamos también que, por honor a Dios (y también, aun cuando esto no lo digamos, en honor a nuestra propia reputación como cristianos espirituales), es necesario que afirmemos que ya estamos, por así decirlo, en la cabina de señales, disfrutando aquí y ahora de información confidencial sobre el porqué y el cómo del obrar de Dios. Esa cómoda actitud de fingimiento se hace parte de nosotros; estamos seguros de que Dios nos ha permitido comprender sus caminos para con nosotros y nuestro círculo hasta aquí, y damos por descontado que hemos de poder ver de inmediato la razón de todo lo que nos ocurra en el futuro. Y entonces algo sumamente doloroso y enteramente inesperado nos ocurre, y aquella alegre ilusión de estar al tanto de los consejos secretos de Dios se viene abajo. Nos quedamos con el orgullo herido; nos parece que Dios nos ha desairado; y a menos que a esta altura nos arrepintamos y nos humillemos sinceramente por la soberbia que hemos manifestado anteriormente, toda nuestra vida espiritual subsiguiente puede quedar afectada.

Entre los siete pecados mortales de la tradición medieval se encontraba la desidia (acidia) -un estado de tenaz y sombría apatía de espíritu. En los círculos cristianos de nuestros días hay mucho de esto; los síntomas son una inercia espiritual personal combinada con un cinismo crítico sobre la iglesia, y un resentimiento altanero ante el empuje y la iniciativa que evidencian otros cristianos. Detrás de esta condición mórbida y letal yace el orgullo herido del que pensaba que conocía los caminos de Dios en la providencia y luego tuvo que aprender por amarga y desconcertante experiencia que en realidad no los conocía. Esto es lo que ocurre cuando hacemos caso omiso del mensaje de Eclesiastés. Porque la verdad es que Dios, en su sabiduría, a fin de que seamos humildes y aprendamos a andar por fe, ha escondido de nosotros casi todo lo que nos agradaría saber acerca de los propósitos providenciales que está llevando a cabo en las iglesias y en nuestra propia vida. "Cae: tú no sabes cuál es el camino, del viento, o cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer encinta, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas" (11: 15).

Pero, ¿qué es, en ese caso, la sabiduría? El predicador nos ha ayudado a verla que no es; ¿nos da alguna indicación sobre lo que sí es? Por cierto que sí, por lo menos: grandes trazos. "Teme a Dios, y guarda sus mandamiento" (12: 13); confía en él y obedécele, reveréncialo, adóralo, se humilde en su presencia, y jamás digas más de lo que en realidad piensas y estás dispuesto a sostener cuando hablas con él (5:17); haz el bien (3:12); recuerda que algún día Dios te llamará a cuentas (11:9; 12:14), por tanto evita aun en secreto, las cosas de las cuales pudieras avergonzarte cuando salgan a la luz en el tribunal de Dios (12:14). Vive en el presente y disfrútalo plenamente (7:14; 9:7ss; 11:9s): los goces presentes son dones de Dios. Aun cuando el Eclesiastés condena la impertinencia (cf. 7:4-6), se ve claramente que no tolera en absoluto esa súper espiritualidad que se manifiesta en un orgullo tal que jamás sonríe o se divierte. Procura tener esa gracia que te permita trabajar con todo ahínco en todo lo que la vida te pone en el camino (9:10) y disfruta de tu trabajo al ir cumpliéndolo (2:24; 3:12s; 5:18ss; 8:15). Deja a Dios los resultados del mismo; que él se encargue de medir su valor ulterior; tu parte

consiste el emplear todo tu sentido común y la capacidad de empresa a tu disposición en explotar las oportunidades que yacen en tu camino (11:1-6).

Este es el camino de la sabiduría. Naturalmente que no es más que una faceta de la vida de fe. Porque, ¿qué es lo que está en la base y la sostiene? Pues la convicción de que el Dios inescrutable de la providencia es el mismo Dios de la creación y la redención, lleno de gracia y de sabiduría. Podemos estar seguros de que el Dios que hizo este maravillosamente complejo orden mundial, y que obró la redención de Egipto, y que luego obró la redención mayor aun del pecado y de Satanás, sabe lo que hace, y lo hace todo bien, aun cuando por el momento pueda esconder la mano. Podemos confiar en él y regocijarnos en él, aun cuando no podamos discernir su senda. Así pues, el camino de la sabiduría se reduce a lo que expresó Richard Baxter: Oh santos, que allí abajo os afanáis, adorad a vuestro Rey celestial, y al seguir adelante algún himno de gozo cantad. Recibid lo que él os da, y alabad aún, por el bien y por el mal, al que vive por siempre jamás.

V

Tal es, pues, la sabiduría con que Dios nos hace sabios. Y nuestro análisis de ella nos hace ver aspectos adicionales de sabiduría del Dios que nos la da. Hemos dicho que la sabiduría consiste en elegir los mejores medios para el mejor fin. La obra de Dios al darnos sabiduría es un medio para el fin elegido por él de restaurar y perfeccionar la relación entre sí mismo y los hombres para la cual los hizo originalmente. Porque, ¿qué es esta sabiduría que nos da? Como hemos visto, no consiste en compartir todo su conocimiento sino en una disposición a confesar que él es sabio, y en aferrarnos a él a la luz de su Palabra en las buenas y en las malas.

Así pues, el efecto del don de la sabiduría es el de hacernos más humildes, más gozosos, más santos, más prontos a percibir su voluntad, más resueltos en su cumplimiento, y menos agobiados (no menos sensitivos, sino menos perplejos) de lo que estamos ante las cosas oscuras y dolorosas de las que la vida en este mundo caído está llena. El Nuevo Testamento nos dice que el fruto de la sabiduría es la semejanza a Cristo -paz, humildad, y amor (San. 3:17)- y que su raíz es la fe en Cristo (I Cor. 3:18; cf. 1 Tim. 3:15) como manifestación de la sabiduría de Dios (I Cor. 1:24,30). Así, el tipo de sabiduría que Dios espera poder dispensar a los que se la piden es una sabiduría que nos liga a él, una sabiduría que ha de encontrar expresión en un espíritu de fe y en una vida de fidelidad.

Procuremos, pues, que nuestra búsqueda de la sabiduría sea una búsqueda de estas cosas, y que no frustremos el propósito sabio de Dios descuidando la fe y la fidelidad con el fin de perseguir un tipo de conocimiento que en este mundo no nos es dado poseer.

CAPITULO 11: TU PALABRA ES VERDAD

I

En todo pasaje bíblico se dan por supuestos, cuando no se expresan, dos hechos en relación con el Jehová trino. El primero es el de que él es rey -monarca absoluto del universo, que dirige todos sus asuntos, que obra su propia voluntad en todo lo que en él ocurre. El segundo hecho es el de que él habla -pronunciando palabras que expresan su voluntad a fin de que ella se cumpla. El primer tema, el del gobierno de Dios, ya ha sido tocado en capítulos anteriores. Es el segundo tema, el de la palabra de Dios, el que ahora nos concierne. El estudio del segundo tema aumentará de hecho nuestro

entendimiento del primero, porque así como las relaciones de Dios con su mundo tienen que entenderse en términos de su soberanía, esta ha de entenderse en términos de lo que nos dice la Biblia acerca de su palabra.

El gobernante absoluto, como lo eran los reyes en el mundo antiguo, habla, en el curso ordinario de los acontecimientos, en dos niveles generalmente, y con dos fines. Por un lado, ha de promulgar decretos y leyes que directamente determinan el ambiente -judicial, fiscal, cultural- en el cual han de vivir en adelante sus súbditos. Por otro lado, hará discursos públicos con el fin de establecer, en lo posible, un lazo personal entre él y sus súbditos, y de despertar en ellos el máximo apoyo y cooperación para lo que hace. Para la Biblia la palabra de Dios tiene también este doble carácter. Su palabra se refiere tanto a lo que nos rodea como a nosotros mismos: habla tanto para establecer el ámbito de nuestro vivir como para captar nuestra mente y nuestro corazón.

En relación con lo primero, vale decir, la esfera de la creación y la providencia, la palabra de Dios consiste en un mandato soberano, "Sea..." "En el segundo aspecto, la esfera en la cual la palabra de Dios se dirige a nosotros personalmente, ella consiste en la Tora real (Tora es la palabra hebrea que se traduce "ley" en el Antiguo Testamento, que en realidad denota "instrucción" en sus variadas formas). La Tora de Dios el rey tiene un triple carácter: parte de ella es ley (en el sentido estrecho de mandamientos o prohibiciones, con las correspondientes sanciones); parte es promesa (favorable o desfavorable, condicionada o incondicional); parte es testimonio (información suministrada por Dios mismo o los hombres, y sus respectivos actos, propósitos, naturaleza, y expectativas).

La palabra que Dios nos dirige directamente a nosotros es (como lo es un discurso real, sólo que en mayor medida aun) un instrumento, no sólo de gobierno, sino también de comunión. Porque, por más que Dios sea un gran rey, no es o su deseo vivir distanciado de sus súbditos. Más bien todo lo contrario: él nos hizo con la intención de que él y nosotros pudiésemos andar juntos por siempre en una relación de amor. Pero una relación de este tipo sólo puede existir cuando las partes se conocen mutuamente. Dios, nuestro Hacedor, nos conoce a nosotros antes que digamos nada (Sal 139.1-4); pero nosotros no podemos conocerlo a él a menos que se nos dé a conocer. Aquí, por lo tanto, tenemos una nueva razón de por qué Dios nos habla: no sólo para movemos a hacer lo que él quiere, sino para hacer posible el que lo conozcamos a él a fin de que podamos amarlo. Por ello Dios nos manda su palabra en carácter tanto de información como de invitación. Nos llega con el doble fin de atraernos e instruimos; no solamente nos pone en antecedentes de lo que Dios ha hecho y está haciendo sino que nos llama a una comunión personal con nuestro amante Señor.

II

La palabra de Dios nos sale al encuentro, en sus diversas manifestaciones, en los tres primeros capítulos de la Biblia. Miremos primeramente el relato de la creación en Génesis 1. Parte del propósito de dicho capítulo es el de asegurarnos que cada uno de los elementos que constituyen el ambiente natural en que nos movemos ha sido colocado allí por Dios.

El primer versículo declara el tema que ha de ser desarrollado en el resto del capítulo -"En el principio creó Dios los cielos y la tierra." El segundo versículo se refiere al estado de cosas en el que se desarrollará la obra de Dios en la tierra: es un estado en el que la tierra estaba vacía y desolada, sin vida, oscura, y completamente anegada en agua. Luego el versículo tres nos informa de cómo en medio del caos y la esterilidad Dios habló -"Y Dios dijo: Sea la luz." ¿Qué ocurrió? Inmediatamente "fue

la luz". Siete veces más (vv. 6, 9, 11, 14, 20, 24,26) se escuchó la palabra creadora de Dios, "Sea... ", y paso a paso las cosas comenzaron a existir y organizarse. El día y la noche (v. 5), el cielo y el mar (v. 6), el mar y la tierra seca (v. 9) fueron separados; la vegetación verde (v. 12), los cuerpos celestiales (v. 14), los peces y las aves (v. 20), los insectos y los animales (v. 24), y finalmente el hombre mismo (v. 26) hicieron su aparición. Todo fue creado por la palabra de Dios (cf. Sal 33:6,9; Heb. 11:3; Il Pedro 3:5).

Pero luego la historia nos traslada a una etapa posterior. Dios les habla al hombre y a la mujer que había creado. "Dios... les dijo..." (v. 28). Aquí Dios se dirige al hombre directamente; así se inaugura la comunión entre Dios y el hombre. Nótese las categorías a que corresponden las palabras dirigidas por Dios al hombre en el resto del relato. La primera palabra de Dios a Adán y Eva consiste en un mandato, llamándolos a cumplir la vocación del hombre de dominar el orden creado: "Fructificad... sojuzgadla (la tierra)... y señoread..." (v. 28). Luego viene la palabra de testimonio: "He aquí..." (v. 29), en la que Dios explica que las legumbres, los cultivos, y las frutas fueron hechos para que hombres y animales los comiesen. En seguida viene una prohibición, con la sanción correspondiente: "Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (2:17). Finalmente, después de la caída, Dios se arrima a Adán y Eva y les habla nuevamente, y esta vez sus palabras son palabras de promesa, tanto favorable como desfavorable, por cuanto si bien por una parte afirma que la simiente de la mujer ha de herir a la serpiente en la cabeza, por otra parte establece para Eva el dolor en el parto, y para Adán el trabajo fatigoso a la vez que para ambos la muerte segura (vv. 15-20).

Aquí, en el marco de estos breves capítulos, vemos la palabra de Dios en todas las relaciones en que aparece hacia el mundo, y hacia el hombre dentro de él. Por un lado, fijando las circunstancias y el ambiente; por otro, ordenando la obediencia del hombre, invitándolo a confiar, y dando a conocer al hombre la mente de su Hacedor. El resto de la Biblia nos ofrece muchos pronunciamientos posteriores de Dios, pero no aparecen otras categorías de relación entre las palabras de Dios y sus criaturas. En cambio, la presentación de la palabra de Dios en Génesis 1-3 se reitera y se confirma. Así, de principio a fin, la Biblia insiste por una parte en que todas las circunstancias y acontecimientos en el mundo están determinados por la palabra de Dios, el omnipotente "Sea..." del Creador. La Escritura describe todo lo que ocurre como cumplimiento de la palabra de Dios, desde los cambios en el tiempo (Sal 147: 15-18; 148:8) hasta el surgimiento y la caída de las naciones. El hecho de que la palabra de Dios realmente determine los acontecimientos del mundo es la primera lección que Dios le enseñó a Jeremías cuando lo llamó a la función profética. "Mira -le dijo Dios- que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar" (Jer. 1: 10).

¿Cómo podía ser esto, sin embargo? El llamado de Jeremías no era a ser un estadista o un potentado mundial sino a ser profeta, el portador de los recados de Dios (v. 7). ¿Cómo podía un hombre sin cargo oficial alguno, cuya única función era hablar, ser descrito como gobernador de las naciones, designado por Dios? Pues simplemente porque él tenía en su boca las palabras de Jehová (v. 9): y toda palabra que Dios le diera que hablase en relación con el destino de las naciones se habría de cumplir inevitablemente. A fin de grabar esto en la mente de Jeremías, Dios le proporcionó su primera visión. "¿Qué ves Jeremías? ... una vara de almendro (shaked)... Bien has visto; porque yo velo (shoked) sobre mi palabra para darle cumplimiento" (Jer. 1: 11s, VM).

Por medio de Isaías Dios proclama la misma verdad en estos términos: "Como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir ... así será la

palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero ... " (Isa. 55: 10ss). Toda la Biblia insiste invariablemente en que la palabra de Dios constituye un instrumento ejecutivo en todos los asuntos humanos. De él puede decirse con la verdad, como no puede decirse de ningún otro, que lo que dice tiene vigencia. Es rigurosamente cierto que la palabra de Dios gobierna al mundo, y es la que determina nuestra fortuna.

Luego, también, la Biblia afirma sistemáticamente, por otra parte, que la palabra de Dios nos viene directamente en ese triple carácter en que fue presentada en el jardín de Edén. En algunos casos nos llega como ley -como en el caso del Sinaí, y de muchos de los sermones de los profetas, y en buena parte de la enseñanza de Cristo, como también en la exhortación evangélica a arrepentimos (Hech. 17:30) y creer en el Señor Jesucristo (I Juan 3:23). Otras veces nos , llega en forma de promesa -como en la promesa de posteridad, Y en la promesa del pacto, dadas a Abraham (Gen 15:5; 17: 1ss), la promesa de redención de Egipto (Exo. 3:7ss), las promesas del Mesías (cf. Isa. 9:6ss; 11: 1s) y del j reino de Dios (Dan. 2:44s; 7; 13s), y las promesas neo testamentarias de justificación, resurrección, y glorificación para l los creyentes.

Otras veces nos llega como testimonio -instrucción divina relativa a los hechos de la fe y los principios de la piedad, en forma de relatos históricos, argumentación teológica, salmodia, y sabiduría. En todos los casos se deja constancia de que lo que la palabra de Dios nos exige tiene carácter absoluto: la palabra ha de ser recibida, y obedecida, y en ella se ha de confiar porque se trata de la palabra del Dios rey. La esencia de la impiedad es el orgullo y la terquedad de "este pueblo malo, que no quiere oír mis palabras" (Jer. 13: 10). La marca de la verdadera humildad y santidad, por otra parte, está en el hombre que "tiembla a mi palabra" (Isa. 66:2).

III

Pero lo que la palabra de Dios exige de nosotros no depende meramente de nuestra relación con él como criaturas y subditos. Hemos de creerla y obedecerla, no solamente porque él nos manda que lo hagamos sino también, y en primer lugar, porque se trata de palabras verdadera. Su autor es el "Dios de verdad" (Sal 31; 5; Isa. 65: 16), "grande en...verdad" (Exo. 34:6); "hasta los cielos [llega] tu verdad" (Sal 108:4; cf. 57: 10), es decir, es universal e ilimitada. Por lo tanto su "palabra es verdad" (Juan 17:17). "La suma de tu palabra es verdad" (Sal 119: 160). "tú eres Días, y tus palabras son verdad" (II Sam. 7:28).

La verdad en la Biblia es una cualidad de las personas principalmente, y de las proposiciones solamente en segundo término: significa estabilidad, confianza, firmeza, veracidad; la cualidad de la persona que es enteramente consecuente, sincera, realista, no engañada. Así es Dios: la verdad en este sentido es su naturaleza, y no está en él ser de otro modo. Por eso es que él no puede mentir (Tit. 1:2; cf. Núm. 23:19; 1 Sam. 13:29; Heb. 6: 18). Es por eso que sus palabras son verdad y no puede ser otra cosa que verdad. Constituyen el índice de lo real: ellas nos muestran las cosas tal como son, y como lo serán para nosotros en el futuro, según que acatemos o no las palabras de Dios para nosotros. Consideremos esto un poco más, en dos sentidos.

1. Los mandamientos de Dios son verdaderos

"Todos tus mandamientos son verdaderos" (Sal 119:151). ¿Por qué se los describe de este modo? Primero, porque tienen estabilidad y permanencia en cuanto establecen lo que Dios quiere ver en la vida de los seres humanos en todas las épocas; segundo, porque nos dicen la verdad inalterable

acerca de nuestra propia naturaleza. Porque esto es parte del propósito de la ley de Dios: nos ofrece una definición práctica de lo que es la verdadera humanidad. Nos muestra, qué es lo que debió ser el hombre, nos enseña cómo es verdaderamente, y nos previene contra el auto destrucción moral. Este es asunto de gran importancia, asunto que requiere seria consideración en el momento actual.

Nos resulta familiar el concepto de que nuestro cuerpo es como una máquina, que requiere una rutina en cuanto a alimento, descanso, y ejercicio si ha de funcionar eficientemente, y que puede, si se le llena de combustible inadecuado -alcohol, drogas, veneno- perder su capacidad de funcionar saludablemente y acabar sucumbiendo a la muerte física. Lo que quizá no comprendamos tan fácilmente es que Dios desea que pensemos en el alma de manera similar. Como seres racionales fuimos creados para llevar la imagen moral de Dios -es decir, nuestra alma fue hecha para "funcionar" con la práctica de la adoración, de guardar la ley, de la verdad, de la honestidad, de la disciplina, del autocontrol, y del servicio a Dios y a los semejantes. Si abandonamos dichas prácticas, no solamente incurrimos en culpabilidad delante de Dios; de manera progresiva destruimos también nuestra propia alma. La conciencia se atrofia, el sentido de vergüenza se marchita, la capacidad para obrar con veracidad, lealmente y honestamente se desvanece, el carácter se desintegra. No sólo nos volvemos desesperadamente miserables; sino que gradualmente nos vamos deshumanizando. Este es un aspecto de la muerte espiritual. Richard Baxter tenía razón cuando formuló las alternativas de este modo: "Un santo - o un bruto"; esta, en definitiva, es la única elección, y todos, tarde o temprano, en forma consciente o inconsciente, hacemos la opción por uno u otro. Hoy en día sostendrán algunos, en nombre del humanismo, que la moralidad sexual "puritana" de la Biblia es hostil a la consecución de la verdadera madurez humana, y que algo más de libertad abre el camino hacia un vivir más rico. De esta ideología sólo diremos que el nombre adecuado para ella no es humanismo sino brutismo. El relajamiento sexual no nos hace más hombres, sino todo lo contrario; embrutece y destroza el alma. Lo mismo puede decirse de cualquier mandamiento de Dios que tienda a descuidarse. Sólo vivimos verdaderas vidas humanas en la medida en que nos esforzamos en cumplir los mandamientos de Dios; nada más que eso.

2. Las promesas de Dios son verdad

"Fiel es el que prometió" (Heb. 10:23). La Biblia proclama la fidelidad de Dios en términos superlativos. "Tu fidelidad alcanza hasta las nubes" (Sal 36: 5); "de generación en generación es tu fidelidad" (Lam. 3:23). ¿Cómo se manifiesta la fidelidad de Dios? Mediante el fiel cumplimiento de sus promesas. El es un Dios que cumple sus pactos; jamás les falla a los que confían en su palabra. Abraham comprobó la fidelidad de Dios cuando esperó a lo largo de un cuarto de siglo, en su ancianidad, a que se produjese el nacimiento del heredero prometido; y millones de personas lo han comprobado posteriormente.

En los días en que la Biblia era aceptada universalmente en las iglesias como "la Palabra escrita de Dios", se entendía claramente que las promesas de Dios contenidas en la Escritura constituían la base adecuada, dada por Dios, para la vida de fe, y que la manera de fortalecer la fe estaba en depositarla en promesas particulares que nos decían algo. El puritano de nuestros días, Samuel Clark, en la introducción a sus *Scripture Promises; or, the Christian's Inheritance, A collection the Promises of Scripture under their proper Heads* (Promesas de las Escrituras; o, la herencia del cristiano, colección de las promesas de las Escrituras bajo los encabezamientos correspondientes), escribió así:

Una atención firme y constante a las promesas, y una firme creencia en ellas, resolvería el afán y la ansiedad acerca de los problemas de esta vida. Haría que la mente estuviese tranquila y serena ante cualquier cambio, y mantendría en alto el espíritu, desfalleciente bajo las presiones diversas de la

vida... Los cristianos se privan de los más sólidos consuelos a causa de su incredulidad y olvido de las promesas de Dios. Porque no hay necesidad tan grande para la que no haya alguna promesa adecuada, y sobradamente suficiente para nuestro alivio.

Un conocimiento pleno de las promesas sería de la mayor ventaja en la oración. ¡Con qué consuelo puede el cristiano dirigirse a Dios en Cristo cuando considera las repetidas aseveraciones de que sus oraciones han de ser oídas! ¡Con cuánta satisfacción ha de ofrecer ante el altar los diversos anhelos de su corazón cuando reflexiona sobre los versículos que contienen las promesas de su misericordia! ¡Con qué fervor de espíritu y fortaleza de fe ha de presentar sus súplicas, haciendo valer las diversas promesas de la gracia que se relacionan expresamente con su caso!

Estas cosas se entendían en otros tiempos; pero la teología liberal, con su negativa a identificar las Escrituras con la Palabra de Dios, nos ha privado en buena medida del hábito de meditar en las promesas, y de fundar nuestras oraciones en ellas, y de aventurarnos a encarar con fe la vida de todos los días sólo en la medida en que nos lo permiten las promesas. Hoy la gente hace un gesto de desprecio ante las cajitas de promesas que solían usar nuestros abuelos, pero esta actitud no tiene nada de sabia; puede que se haya abusado de las cajitas de promesas, pero la actitud hacia la Escritura y hacia la oración que evidenciaban era correcta. Es algo que nosotros hemos perdido y tenemos que recuperar.

IV

¿Qué es un cristiano? Se lo puede describir desde muchos ángulos, pero por lo que hemos dicho resulta claro que podemos abarcarlo todo diciendo que es una persona que acepta la Palabra de Dios y vive amparado en ella. Se somete sin reserva a la Palabra de Dios que está escrita "en el libro de la verdad" (Dan. 10: 21), cree su enseñanza, confía en sus promesas, sigue sus mandamientos. Sus ojos se dirigen al Dios de la Biblia como su Padre, y hacia el Cristo de la Biblia como su Salvador. Dirá, si se le pregunta, que la Palabra de Dios no solamente lo ha convencido de pecado sino que le ha asegurado el perdón. Su conciencia, como la de Lutero, está cautiva a la Palabra de Dios, y aspira, como el salmista, a que su vida toda esté en línea con ella. "¡Ojala fuesen ordenados mis caminos para guardar tus estatutos!" "No me dejes desviar de tus mandamientos." "Enséñame tus estatutos. Hazme entender el camino de tus mandamientos." "Inclina mi corazón a tus testimonios." "Sea mi corazón íntegro en tus estatutos" (Sal 119:5, 10,26s, 36,80). Las promesas están delante de él cuando ora, y los preceptos están también delante de él cuando se mueve entre los hombres. Sabe que además de la palabra de Dios que le habla directamente por las Escrituras, la palabra de Dios ha salido también a crear, y a controlar y ordenar las cosas que lo rodean; pero como las Escrituras le dicen que Dios dispone todas las cosas para su bien, el pensamiento de que Dios ordenando todas sus circunstancias no le trae más que gozo. Es un hombre independiente, porque usa la palabra de Dios como piedra de toque para probar los diversos puntos de vista que se le ofrecen, y no acepta nada que no esté seguro de que reciba la sanción de la Escritura.

¿Por qué es que esta descripción nos cuadra a tan pocos de los que profesamos ser cristianos en estos días? Al lector le resultará provechoso consultar a su propia conciencia, y que ella misma le responda.

CAPITULO 12: EL AMOR DE DIOS

La declaración que San Juan repite dos veces, "Dios es amor" (1 Juan 4:8,16), es una de las expresiones más formidables de la Biblia - y también una de las que más se han interpretado mal. Alrededor de ella se han tejido ideas falsas como una cerca de espinas, ocultando de la vista su verdadero significado, y no resulta nada fácil atravesar esta maraña de maleza mental. Mas el esfuerzo mental que ello requiere resulta más que compensado cuando el verdadero sentido de dichos versículos se hace claro al alma del creyente. Los que escalan una montaña no se quejan del esfuerzo una vez que contemplan el panorama que se ve desde la cima.

Felices, por cierto, los que pueden decir, como dice Juan en las palabras que preceden al segundo "Dios es amor", "nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros" (v. 16). Conocer el amor de Dios equivale realmente a tener el cielo en la tierra. El Nuevo Testamento expone este conocimiento no como un privilegio para unos pocos favorecidos sino como parte normal de la experiencia cristiana corriente, algo de lo cual únicamente el que no disfruta de buena salud espiritual o el que ostenta una mala formación espiritual ha de carecer. Cuando Pablo dice, "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom. 5:5), no quiere decir el amor hacia Dios, como pensaba Agustín, sino el conocimiento del amor de Dios hacia nosotros. Y aun cuando no conocía a los cristianos de Roma a quienes escribía, daba por sentado que lo que les decía había de ser tan real en ellos como lo era en él.

Tres puntos en las palabras de Pablo merecen comentario. Primero, notemos el verbo "derramado". Significa literalmente eso. Es el vocablo que se emplea al hablar del "derramamiento" del Espíritu Santo en Hechos 2: 17,18,33; 10:45; Tit. 3:6. Sugiere un fluir libre y una gran cantidad, es decir, una inundación. De allí la traducción que adopta la New English Bible: "El amor de Dios ha inundado lo más profundo de nuestro corazón." Pablo no se refiere a impresiones inciertas y caprichosas, sino a impresiones profundas y sobrecogedoras.

Luego, en segundo lugar, notemos el tiempo del verbo. Es el tiempo perfecto, lo cual indica un estado permanente resultante de una acción completada. La idea es la de que el conocimiento del amor de Dios, habiendo inundado nuestro corazón, ahora lo mantiene colmado, del mismo modo en que un valle que ha sido inundado permanece lleno de agua. Pablo da por supuesto que todos sus lectores, como él mismo, viven disfrutando de un sentido fuerte y perdurable del amor de Dios en ellos.

Tercero, notemos que se considera que parte del ministerio regular del Espíritu para con los que reciben a Cristo consiste en impartirles dicho conocimiento, esto es, a todos los que nacen de nuevo, todos los verdaderos creyentes. Sería de desear que este aspecto del ministerio del Espíritu fuese apreciado más altamente de lo que pareciera ser en nuestros días. Con una perversidad que resulta tan patética como lo es empobrecedora, nos hemos vuelto obsesivos hoy en día con los ministerios esporádicos y no universales del Espíritu, en detrimento de sus ministerios corrientes y generales. Por ejemplo, mostramos mucho más interés en los dones de curación y de lenguas -dones que, como lo indicó Pablo, no son ciertamente para todos los cristianos (I Cor. 12:28-30)- que en la obra corriente del Espíritu de impartir paz, gozo, esperanza, y amor mediante el derramamiento en nuestro corazón del conocimiento del amor de Dios. Y, sin embargo, este último aspecto es mucho más importante que el otro. A los corintios, que habían dado por sentado que cuanto más hablaran en lenguas tanto mejor, y tanta más piedad demostrarían también, Pablo tuvo que recalcarles insistentemente que sin amor -santificación, semejanza a Cristo- las lenguas no valían absolutamente nada (I Cor. 13: 1ss).

Seguramente que encontraría razón suficiente para emitir una amonestación similar en la actualidad. Resultaría trágico que el anhelo de avivamiento que se evidencia en la actualidad en muchas partes se desvirtuase metiéndose en el callejón sin salida de un nuevo brote de cristianismo. Lo mejor que les podía desear Pablo a los efesios en relación con el Espíritu era el que pudiese continuar con ellos el ministerio descrito en Romanos 5:5 con creciente poder, llevándolos a un conocimiento más y más profundo del amor de Dios en Cristo. La versión de Efesios 3: 14ss que ofrece la versión del Nuevo Testamento realizada por Felipe de Fuenterrabía dice así: "Doblo mis rodillas ante el Padre... El os conceda... ser vigorizados por la acción de su espíritu para robustecimiento de vuestro hombre interior... Así ... podréis en unión con todos los fieles comprender cuál es la anchura y largura, la altura y profundidad, y conocer la caridad en Cristo que excede todo conocimiento ... " El avivamiento consiste en que Dios restaure en el seno de una iglesia moribunda, de un modo fuera de lo común, las normas de vida y experiencia cristianas que para el Nuevo Testamento son enteramente comunes; y la actitud adecuada del que desea el avivamiento se ha de expresar, no en la apetencia del don de lenguas (en última instancia no tiene ninguna importancia si hablamos en lenguas o no) sino más bien en un ferviente anhelo de que el Espíritu derrame el amor de Dios en nuestro corazón con más poder. Porque es con esto con lo que comienza el avivamiento personal, y es por medio de esto que el avivamiento en la iglesia, una vez iniciado, se mantiene.

Nuestro objetivo en este capítulo es el de mostrar la naturaleza del amor divino que el Espíritu derrama. Con este fin concentramos la atención en esa gran aseveración de Juan de que Dios es amor: que, en otras palabras, el amor que Dios muestra para con el hombre, y que los cristianos conocen y en el que se regocijan, es una revelación de su propio ser interior. Nuestro tema nos introducirá en el misterio de la naturaleza de Dios en la medida en que puede profundizarlo el hombre, y mucho más de lo que hemos logrado hacerla en los estudios anteriores. Cuando consideramos la sabiduría de Dios vimos algo de su pensamiento; pero ahora, al contemplar su amor, hemos de introducirnos en su corazón. Estaremos pisando tierra santa; necesitamos la gracia de la reverencia, a fin de que podamos pisada sin pecar.

II

Dos comentarios generales sobre la declaración de Juan aclararán el camino que tenemos por delante.

1. La expresión "Dios es amor" no encierra la verdad total acerca de Dios en lo que respecta a la Biblia.

No se trata de una definición abstracta y aislada sino de un resumen, desde el punto de vista del creyente, de lo que toda la revelación que aparece en la Escritura nos dice acerca de su Autor. Esta afirmación presupone todo el resto del testimonio bíblico acerca de Dios. El Dios del que habla Juan es el Dios que hizo el mundo, el que lo juzgó con el diluvio, el que llamó a Abraham y lo hizo nación, el que castigó al pueblo del Antiguo Testamento mediante su conquista, cautiverio, y exilio, el que envió a su Hijo a salvar al mundo, el que desechó al Israel incrédulo, el que poco antes de que Juan escribiese destruyó a Jerusalén, y el que algún día habrá de juzgar al mundo con justicia. Es este Dios, dice Juan, el que es amor. Es perverso citar la declaración de Juan, como lo hacen algunos, como si con ella pusiera en tela de juicio el testimonio bíblico de la severidad de la justicia de Dios. No es posible argumentar que un Dios que es amor no puede ser al mismo tiempo un Dios que condena y castiga la desobediencia; porque es precisamente del Dios que hace estas cosas que habla Juan.

Si hemos de evitar el entender mal la declaración de Juan, debemos tomarla juntamente con otras dos declaraciones importantes y de forma gramatical exactamente igual que encontramos en otras partes de sus escritos, y ambas, resulta interesante notarlo, tomadas directamente de Cristo. La primera procede del evangelio de Juan. Se trata de las propias palabras de nuestro Señor dirigidas a la mujer samaritana, de que "Dios es espíritu" (Juan 4:24, VM, BJ, etc.; la versión "Dios es un espíritu, es incorrecta). [La RVR tiene "Espíritu" con mayúscula - N. del Trad.] La segunda se encuentra en el comienzo de la epístola donde aparece la de "Dios es amor". Juan la ofrece como una síntesis del "mensaje que hemos oído de él [Jesús], y os anunciamos", y es este, que "Dios es luz" (I Juan 1: 5). La afirmación de que Dios es amor tiene que ser interpretada a la luz de lo que estas otras dos afirmaciones nos enseñan, y nos convendrá analizarlas brevemente a continuación.

"Dios es espíritu." Cuando nuestro Señor dijo esto estaba tratando de desengañar a la mujer samaritana en cuanto a la idea de que sólo puede haber un lugar verdadero para adorar, como si Dios estuviera de 'algún modo reducido a algún lugar en particular. "Espíritu" contrasta con "carne"; la cuestión que Cristo señala es la de que mientras que el hombre, por ser "carne", sólo puede estar presente en un solo lugar a la vez, Dios, por ser "espíritu", no está limitado de la misma manera. Dios es inmaterial, incorpóreo, y por lo tanto no es el localizado. Así (prosigue Cristo), la condición verdadera para la adoración aceptable no es la de que se tenga los pies ya sea en Jerusalén o en Samaria, ni en ningún otro lado, para el caso, sino que el corazón sea receptivo y que responda a su revelación. "Dios es espíritu; y los que le adoran, es menester que le adoren en espíritu y en verdad" (VM).

El primero de los Treinta y nueve Artículos, de la Iglesia Anglicana, aclara aun más el sentido de la "espiritualidad" (como le llama el libro) de Dios mediante la aseveración algo extraña de que él es "sin cuerpo, ni partes, ni pasiones". Mediante estas negaciones se está expresando algo sumamente positivo. Dios no tiene cuerpo, por lo tanto, como acabamos de decir, está libre de todas las limitaciones de espacio, y distancia, y es omnipresente. Dios no tiene partes, esto significa que su personalidad, poderes, y cualidades están perfectamente integrados, de tal modo que nada hay en él que pueda sufrir alteraciones. Con él "no cabe variación, ni sombra que resulte de cambio alguno" (San. 1: 17, VHA). Por ello está enteramente libre de todas las limitaciones de tiempo y de procesos naturales, y se mantiene eternamente el mismo. Dios no tiene pasiones, esto no significa que no sienta (que sea impasible), o que no haya en él nada que corresponda a nuestras emociones y afectos, sino que, en tanto que las pasiones humanas -especialmente las dolorosas, el temor, la pena, la compunción, la desesperación- son, en cierto sentido, pasivas e involuntarias, que responden a circunstancias fuera de nuestro control, las actitudes correspondientes en Dios tienen el carácter de elecciones deliberadas y voluntarias, y por lo tanto son en absoluto del mismo orden que las pasiones humanas.

De manera que el amor del Dios que es espíritu no es algo caprichoso y fluctuante, como lo es el amor del hombre, ni es tampoco un mero anhelar impotente por cosas que pueden no ser nunca; es, más bien, una determinación espontánea del ser total de Dios manifestada en una actitud de benevolencia y favor, una actitud libremente elegida, y firmemente establecida. No hay inconsecuencias ni vicisitudes en el amor del todopoderoso Dios que es espíritu. Su amor "fuerte es como la muerte... Nada puede separarla de aquellos a quienes una vez ha abrazado" (Rom. 8:35-9).

Mas, se nos afirma, el Dios que es espíritu es también "luz". Juan hizo esta declaración contra ciertos cristianos profesantes que habían perdido contacto con las realidades morales y que afirmaban que nada de lo que pudieran hacer ellos constituía pecado. La fuerza de las palabras de Juan surge de la

frase siguiente: "Y no hay ningunas tinieblas en él." "Luz" significa santidad y pureza, medidas con la ley de Dios; "tinieblas" significa perversidad moral e iniquidad, medidas con la misma ley (cf. 1 Juan 2: 7-11: 3: 10). Lo que Juan quiere decir es que solamente los que "andan en luz", procurando ser como Dios en santidad y justicia de vida, y evitando todo lo que no sea consecuente con ello, disfrutando de comunión con el Padre y el Hijo; los que "andan en tinieblas", sea lo que fuere lo que afirman en cuanto a sí mismos, son extraños a dicha relación (v. 6s).

De manera que el Dios que es amor es; primero y principalmente, luz, y las ideas sentimentales de que su amor sea blandura indulgente y benevolente, divorciado de toda norma y consideración morales, debe quedar excluida de entrada. El amor de Dios es un amor santo. El Dios a quien Jesús dio a conocer no es un Dios que sea indiferente a las distinciones morales, sino un Dios que ama la justicia y odia la iniquidad, un Dios cuyo ideal para sus hijos es el de que sean "perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mal. 5:48). Dios no recibe a ninguna persona, por ortodoxa que sea en su manera de pensar, que no siga el camino de la santidad en su vida, y a aquellos a los cuales acepta los somete a una drástica disciplina con el fin de que alcancen lo que buscan. "El Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo... para lo que nos es provechoso, para que participemos en su santidad... Da fruto [la disciplina] apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados" (Heb. 12:6-11). El amor de Dios es severo, porque es expresión de santidad en el que ama y procura la santidad de aquel a quien ama. La Escritura no nos permite suponer que porque Dios es amor podemos pedirle que conceda felicidad a quienes no buscan la santidad, o que proteja del peligro a los que ama cuando sabe que no necesitan afligirse más por su santificación.

2. La expresión "Dios es amor" es toda la verdad acerca de Dios por lo que concierne al cristiano.

Decir que "Dios es luz" equivale a decir que la santidad de Dios encuentra expresión en todo lo que dice y hace. Semejantemente, la afirmación de que "Dios es amor" significa que su amor encuentra expresión en todo cuanto hace y dice. El conocimiento de que esto es así para él personalmente es el consuelo supremo del cristiano. Como creyente, encuentra en la cruz de Cristo seguridad de que él, como individuo, es amado por Dios; "el Hijo de Dios... me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gal. 2:20). Sabiendo esto, puede el creyente aplicar a sí mismo la promesa de que todas las cosas obran para el bien de los que aman a Dios y que son llamados según su propósito (Rom. 8:28). ¡No se trata de algunas cosas, nótese, sino de todas las cosas! Cada una de las cosas que, sin excepción alguna, le ocurren, expresa el amor de Dios hacia él. Por lo tanto, por lo que a él concierne, Dios es amor para él amor santo y omnipotente- en todo momento y en todo acontecimiento de su vida diaria. Incluso cuando no puede ver el cómo ni el porqué del proceder de Dios, sabe que el amor está en ello, de modo que puede regocijarse siempre, incluso cuando, hablando humanamente, las cosas andan mal. Sabe que la verdadera historia de su vida, cuando se conozca, será una vida, como lo dice el himno, de "misericordia de comienzo a fin -y esto lo satisface plenamente.

III

Pero hasta ahora todo lo que hemos hecho es circunscribir el amor de Dios, mostrando en términos generales cómo y cuándo funciona, y esto no basta. ¿Qué es, esencialmente?, nos preguntamos. ¿Cómo hemos de definirlo y analizarlo? Para responder a esta pregunta la Biblia desarrolla un concepto de Dios que podemos formular de la siguiente manera:

El amor de Dios es un ejercicio de su bondad para con los pecadores individuales, por el cual, habiéndose identificado con el bienestar de los mismos, ha dado a su Hijo para que fuese su Salvador, y ahora los induce a conocerlo y a gozarse en él en una relación basada en un pacto.

Explicemos las partes constituyentes de esta definición.

1. El amor de Dios es un ejercicio de su bondad

Por la bondad de Dios la Biblia entiende su generosidad cósmica. La bondad en Dios, escribe Berkhof, es "esa perfección en Dios 'que lo lleva a tratar generosamente y amablemente a todas sus criaturas. Es el afecto que el Creador siente hacia sus criaturas conscientes como tales" (Systematic Theology, p. 70 Grand Rapids, Michigan, EE.UU.; T.E.L.L., 1969; citando Salmo 145:9, 15,16; cf. Lucas 6:26; Hechos 14:17). De esta bondad el amor de Dios es la manifestación suprema y más gloriosa. "Generalmente, el amor -escribió James Orr- es ese principio que lleva a un ser moral a desear a otro y a deleitarse en él, y alcanza su forma más elevada en esa comunión personal en la que cada una de las partes vive en la vida del otro y encuentra su gozo en impartirse al otro, y en recibir de vuelta el afecto de ese otro" (Hastings, Dictionary of the Bible /Diccionario de la Biblia, III, 153). Tal es el amor de Dios.

2. El amor de Dios es un ejercicio de su bondad para con los pecadores.

Como tal, tiene el carácter de la gracia y la misericordia. Es una manifestación de la generosidad de Dios que no sólo no es merecida sino que es contraria a los merecimientos; porque los que son objeto del amor de Dios son seres racionales que han quebrantado la ley de Dios, cuya naturaleza está corrompida a los ojos de Dios, y que merecen solamente la condenación y la exclusión definitiva de su presencia. Es tremendo el qué Dios ame a los pecadores; pero es cierto. Dios ama a seres que se han hecho inmerecedores del amor y que (podríamos pensar) no pueden ser amados. No había, en quienes constituyen el objeto de su amor, nada que lo provocara; nada hay en el hombre que pudiera granjear o provocar dicho amor. Entre los hombres el amor lo despierta algo en el ser amado; pero el amor de Dios es libre, espontáneo, inmotivado, encausado. Dios ama a los hombres porque ha elegido amados –como lo expresó Charles Wesley: "Nos ha amado, nos ha amado, porque quiso amar" (con reminiscencias de Deuteronomio 7:8)- y para su amor no se pueden dar razones, salvo su soberana buena voluntad. El mundo griego y el mundo romano de la época neo testamentaria ni siquiera habían soñado con tal amor; a menudo se consideraba que sus dioses codiciaban mujeres, pero no que amasen a los pecadores; y los escritores del Nuevo Testamento tuvieron que introducir lo que virtualmente constituía un nuevo vocablo griego, ágape, para expresar el amor de Dios como ellos lo conocían.

3. El amor de Dios es un ejercicio de su bondad para con pecadores individuales.

No se trata de buena voluntad difusa y vaga, manifestada para con todos en general y para con nadie en particular; más bien, por ser función de la omnisciente omnipotencia, su carácter lo lleva a particularizar tanto el objeto como los efectos. Los propósitos de amor de Dios, que tuvieron su origen antes de la creación (cf. Efe. 1:4), involucraban, primero, la elección y selección de aquellos a quienes había de bendecir y, segundo, la designación de los beneficios que se les otorgarían y los medios por los cuales dichos beneficios habrían de ser procurados y disfrutados. Todo esto quedó establecido desde el principio. De modo que Pablo escribe a los cristianos de Tesalónica: "Debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido [selección], mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad [el medio indicado]" (II Tes. 2:

13). El ejercicio del amor de Dios para con pecadores individuales en el tiempo es la ejecución del propósito de bendecir a esos mismos pecadores individuales que ya había adoptado en la eternidad.

4. El amor de Dios para con los pecadores conlleva el que él se identifique con el bienestar de ellos.

En toda expresión de amor está involucrada esta clase de identificación: es, más aun, la prueba de si el amor es genuino o no. Si un padre sigue alegre y despreocupado mientras su hijo se está metiendo en líos, o si un esposo permanece impassible cuando su mujer está angustiada, nos preguntamos en el acto cuánto amor puede haber en su relación, porque sabemos que los que realmente aman sólo están contentos cuando aquellos a quienes aman están verdaderamente contentos también. Así es con Dios en su amor para con el hombre.

En capítulos anteriores hemos demostrado que el fin último de Dios en todas las cosas es su propia gloria que él sea manifestado, conocido, admirado, adorado. Esta afirmación es verdad, pero es incompleta. Tiene que ser equilibrada por el reconocimiento de que, al centrar su amor en los hombres, Dios ha ligado voluntariamente su propia felicidad definitiva con la de ellos. No es por nada que la Biblia habla habitualmente de Dios como el amante Padre y Esposo de su pueblo. Se sigue de la misma naturaleza de estas relaciones que la felicidad de Dios no será completa hasta que todos sus amados estén definitivamente libres de problemas y peligros:

Hasta que toda la iglesia redimida de Dios sea salva para no pecar más.

Dios era feliz sin el hombre antes que el hombre fuese creado; y hubiera seguido siendo feliz si se hubiese limitado simplemente a destruir al hombre después que pecó; pero, tal como están las cosas, ha derramado su amor para con pecadores particulares, y esto significa que, por su propia y libre elección, ya no ha de conocer la felicidad perfecta y permanente mientras no haya llevado al cielo a cada uno de ellos. En efecto, Dios ha resuelto que en adelante, y para toda la eternidad, su felicidad estará condicionada por la nuestra. Así Dios salva, no sólo para su gloria, sino también para su felicidad. Esto sirve en buena medida para explicar por qué es que hay gozo (el gozo de Dios mismo) en la presencia de los ángeles cuando un pecador se arrepiente (Luc. 15:10), y por qué habrá "gran alegría" cuando Dios nos presente sin culpa en el día final en su propia presencia sacrosanta (Jud. 24). Este pensamiento sobrepasa el entendimiento y casi agota la fe, pero no cabe duda de que, según la Escritura, tal es el amor de Dios.

5. El amor de Dios para con los pecadores se expresó mediante el don de su Hijo para que fuese su Salvador.

La medida del amor depende de cuánto da, y la medida del amor de Dios es el don de su Hijo único para hacerse hombre, y para morir por los pecados, y de este modo hacerse el único mediador que puede llevarnos a Dios. No es de sorprender que Pablo hable del amor de Dios como "grande", y "que excede a todo conocimiento" (Efe. 2:4; 3: 19) ¿Hubo jamás munificencia tan costosa? Pablo arguye que este don supremo es él mismo la garantía de todos los demás: "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas?" (Rom. 8: 32). Los escritores del Nuevo Testamento señalan constantemente a la Cruz de Cristo como la prueba culminante de la realidad y el carácter ilimitado del amor de Dios. Así, Juan pasa directamente de su primer "Dios es amor" a decir: "En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por

nuestros pecados" (I Juan 4:9s). De igual modo, dice en su evangelio que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree... tenga vida eterna" (Juan 3: 16). Así, también, Pablo escribe: "Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom. 5:8) y encuentra la prueba de que el "Hijo de Dios... me amó" en el hecho de que "se entregó a sí mismo por mí" (Gal. 2:20).

6. El amor de Dios para con los pecadores alcanza su objetivo en cuanto los lleva a conocerlo ya gozarse en él en una relación basada en un pacto

La relación conforme a un pacto es aquella en que dos partes están obligadas permanentemente la una a la otra en mutuo servicio y dependencia (ejemplo: el matrimonio). La promesa que responde a un pacto es aquella por la cual se establece una relación pactada (ejemplo: los votos matrimoniales). La religión bíblica tiene la forma de una relación pactada con Dios. La primera ocasión en que los términos de la relación fueron especificados fue cuando Dios se mostró a Abraham como El Shaddai (Dios Todopoderoso, Dios Todo suficiente), y formalmente le entregó la promesa del pacto, "para ser tu Dios" (Gen 17:1ss,7). Todos los cristianos heredan esta promesa mediante la fe en Cristo, como insiste Pablo en Gálatas 3:15ss (nótese el versículo 29). ¿Qué significa? Es en verdad una promesa múltiple: lo contiene todo. "Esta es la primera y fundamental promesa", declaró Sibbes el puritano, "en realidad es la vida y el alma de todas las promesas" (Works / Obras, VI, 8). Brooks, otro puritano, la describe así: "... es como si Dios dijera, Tendrás un interés tan real en todos mis atributos para tu bien, como lo son míos para mi propia gloria... Mi gracia, dice Dios, será tuya para perdonarte, y mi poder será tuyo para dirigirte, y mi bondad será tuya para aliviarte, y mi misericordia será tuya para proveerte, y mi gloria será tuya para coronarte. Esta es una promesa amplia, que Dios sea nuestro Dios: lo incluye todo. Deus meus et omnia (Dios es mío, y todo es mío), dijo Lutero" (Works / Obras, V, 308).

"Esto es amor verdadero para con cualquiera", dijo Tillotson, "que hagamos lo mejor que podamos para su bien." Esto es lo que hace Dios para los que ama -lo mejor que puede hacer; ¡y la medida de lo mejor que puede hacer Dios es la omnipotencia! Así, la fe en Cristo nos introduce a una relación plena de incalculable bendición, tanto ahora como por la eternidad.

IV

¿Es cierto que Dios es amor para conmigo como cristiano? ¿Y significa el amor de Dios todo lo que se ha dicho? Si es así, surgen ciertas interrogantes. ¿Por qué me quejo y doy evidencias de descontento y resentimiento ante las circunstancias en que me ha colocado Dios? ¿Por qué soy desconfiado, o me siento temeroso o deprimido? ¿Por qué me permito enfriarme, volverme formal, hacer sin ganas el servicio para ese Dios que me ama así?

¿Por qué permito que mis lealtades estén divididas, de tal modo que Dios no tiene todo mi corazón? Juan escribió que "si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros" (I Juan 4: 11). ¿Podría un observador aprender de la calidad y el grado de amor que le muestro yo a otros -mi mujer, mi esposo, mi familia, mis vecinos, la gente de la iglesia, la gente en el trabajo- algo acerca de la grandeza del amor de Dios para conmigo? Meditemos sobre estas cosas. Examinémonos a nosotros mismos.

CAPITULO 13: LA GRACIA DE DIOS

I

Es un lugar común en todas las iglesias el caracterizar al cristianismo como la religión de la gracia. Constituye un axioma de la erudición cristiana el que la gracia, lejos de ser una fuerza impersonal, una especie de electricidad celestial que se recibe como la carga de una batería conectando una línea a los sacramentos, sea una actividad personal por la que Dios obra en amor para con el hombre. Se señala repetidamente, tanto en libros como en sermones, que la palabra para gracia (*charis*) en el Nuevo Testamento griego, como la que denota amor (*ágape*), tiene un uso específicamente cristiano, y que expresa la noción de una espontánea bondad auto determinada y que anteriormente era totalmente desconocida en la ética y la teología greco-romana. En la escuela dominical la dieta incluye comúnmente la gracia en forma de "las riquezas de Dios a expensas de Cristo". Y sin embargo, a pesar de estos factores, no parece que hubiera muchos en nuestras iglesias que realmente crean en la gracia.

Desde luego que siempre están los que encuentran que la doctrina de la gracia es tan sobrecogedoramente maravillosa que nunca se han podido acostumbrar a la idea. La gracia se ha vuelto el tema constante de su conversación y sus oraciones. Han escrito himnos sobre el tema, algunos de los himnos más hermosos de la lengua inglesa -y se requiere tener gran sensibilidad para escribir un buen himno. Han luchado por ella, aceptando el ridículo y la pérdida de privilegios, en caso necesario, como precio de su posición; así como Pablo combatió a los judaizantes, también Agustín combatió a los pelagianos, los reformistas combatieron el escolasticismo, y los descendientes espirituales de Pablo y Agustín, y los reformadores vienen combatiendo desde entonces las doctrinas romanistas y pelagianas. Con Pablo, su testimonio es "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (I Coro 15:10), y su norma de vida es "No desecho la gracia de Dios" (Gal. 2:21). Pero mucha gente de iglesia no es así. Puede que crean en la idea de la gracia de labios afuera, pero de allí no pasan. El concepto que tienen de la gracia no es tanto un concepto bajo sino inexistente. El concepto no significa nada para ellos; no entra en el campo de su experiencia para nada. Si se les habla de cuestiones como la calefacción de la iglesia, o el balance del año pasado, demuestran entusiasmo en el acto; pero si se les habla acerca de las realidades que denota la palabra "gracia", su actitud es la de una deferente laguna mental. No acusan al interlocutor de estar hablando tonterías; no cuestionan el hecho de que lo que dice pueda tener sentido; pero les parece que, sea lo que fuere lo que se les está diciendo, está fuera del alcance de ellos; y, cuanto más tiempo hayan vivido sin ella, tanto más seguros están de que en su etapa de la vida ya no la necesitan realmente.

¿Qué es lo que impide a tantas personas que profesan creer en la gracia creer realmente? ¿Por qué es que el tema significa tan poco, incluso para algunos de los que hablan mucho sobre el mismo? La raíz del problema parece estar en un descreimiento arraigado no sólo en la mente sino en el corazón, en el nivel más profundo de las cosas que jamás cuestionamos, porque las damos por sentado. La gracia presupone cuatro verdades cruciales en esta esfera, y si no se las acepta ni se las siente en el corazón, una decidida fe en la gracia de Dios se hace imposible. Desgraciadamente el espíritu de nuestra época está directamente opuesto a ellas, y no podría estarlo más. No es de sorprender, por lo tanto, que la fe en la gracia sea algo raro en el día de hoy. Las cuatro verdades son estas:

1. La falta de merecimiento del hombre moralmente

El hombre moderno, consciente de sus tremendos éxitos científicos en los últimos años, naturalmente tiende a tener alto concepto de sí mismo. Considera las riquezas materiales como más importantes, en cualquier caso, que el carácter moral; y en la esfera moral se trata a sí mismo en forma decididamente amable, estimando que las pequeñas virtudes compensan los grandes vicios, y rehusando tomar en serio la idea de que, moralmente hablando, haya algo de malo en su comportamiento. Tiende a descartar la mala conciencia, tanto en sí mismo como en otros, como si fuese una rareza psicológica malsana, señal de enfermedad o' de aberración mental, más que índice de realidad moral. Por que el hombre moderno está convencido de que, a pesar de todos sus pecadillos, la bebida, los juegos de azar, el conducir en forma irresponsable, la holgazanería, las mentiras piadosas y las otras, la deshonestidad en el comercio, las lecturas pornográficas, y todo lo demás, en el fondo es un tipo excelente. Luego, al igual que los paganos (y el corazón del hombre moderno es pagano, de eso no tengamos dudas), imagina a Dios como si fuera una imagen magnificada de él mismo, y supone que Dios comparte su propia complacencia consigo mismo. La idea de que él puede ser una criatura que ha perdido la imagen de Dios, un rebelde contra la ley de Dios, culpable y sucio a la vista de Dios, digno de la condenación de Dios, jamás se le ocurre.

2. La justicia retributiva de Dios

El método del hombre moderno es el de hacer la vista gorda a la maldad, hasta donde le conviene. La tolera en otros, porque piensa que allí, de no haber sido por el accidente de las circunstancias, va él. Los padres titubean cuando tienen que corregir a los hijos, y los maestros cuando tienen que castigar a los alumnos, y el público aguanta el vandalismo y el comportamiento antisocial de todo tipo casi sin chistar. La máxima aceptada parece ser la de que mientras se pueda olvidar el mal, así debe hacerse; sólo se debe castigar como último recurso, y aun en ese caso sólo en la medida necesaria para impedir que el mal tenga consecuencias sociales demasiado graves. La buena voluntad para tolerar y dar rienda suelta al mal en la medida de lo posible se considera una virtud, mientras que se censura por algunos como algo moralmente dudoso el intento de vivir en forma consecuente con principios fijos del bien y del mal. Siguiendo esta orientación pagana damos por descontado que Dios siente y piensa como nosotros. La idea de que la retribución pudiera ser la ley moral del mundo de Dios, y expresión de su santo carácter parece al hombre moderno enteramente imaginaria: los que la sostienen se ven acusados de proyectar sobre Dios sus propios impulsos patológicos de ira y venganza. Sin embargo, la Biblia insiste constantemente en que este mundo creado por Dios en su bondad es un mundo moral, en el que la retribución es un hecho tan básico como lo es la respiración. Dios es el Juez de toda la tierra, y él ha de obrar rectamente, vindicando al inocente, si lo hubiere, pero castigando "en ellos su pecado" a los que quebrantan la ley (cf. Gen 18: 25). Dios no es fiel a sí mismo a menos que castigue el pecado. Y a menos que uno sepa y sienta la verdad de este hecho, que los que hacen el mal no tienen ninguna esperanza, en el orden natural de las cosas, de recibir de Dios sino el juicio retributivo, uno no puede jamás compartir la fe bíblica en la gracia divina.

3. La impotencia espiritual del hombre

El libro de Dale Carnegie titulado *How to Win Friends and Influence People* (Cómo ganar amigos e influir sobre los demás, hay ediciones en castellano), es casi como una Biblia moderna; y toda una técnica de relaciones públicas se ha creado en los últimos años siguiendo el principio de colocar a la otra persona en una posición en la que no puede decentemente decir "no". Esto ha confirmado al hombre moderno en la esperanza que han alentado las religiones paganas desde que tales cosas existen, a saber, la creencia de que podemos reparar nosotros mismos nuestra relación con Dios, mediante la técnica de colocar a Dios en una posición donde ya no pueda decir no. Los paganos de la

antigüedad pensaban que podrían lograr esto multiplicando dones y sacrificios; los paganos modernos procuran hacerla mediante la moralidad y la actividad eclesiástica. Reconocen que no son perfectos, pero, aun así, no les cabe la menor duda de que su honorabilidad, de aquí en adelante, es garantía de que van a ser finalmente aceptados por Dios, cual quiera haya sido su vida pasada. Pero la posición de la Biblia es la que expresa Toplady:

No son las obras de mis manos las que pueden cumplir las demandas de tu ley. Aunque mi cielo no conociera el descanso, aunque mis lágrimas corrieran interminablemente, nada de esto podría expiar mi pecado -lo cual conduce a la admisión de la propia impotencia y a la conclusión de que: Tú tienes que salvar, y sólo tú.

"Por las obras de la ley [es decir, la moralidad y la actividad eclesiástica] ningún, ser humano será justificado delante de él", declara Pablo (Rom. 3: 20). El reparar nuestra propia relación con Dios, reconquistando su favor luego de haberlo perdido, está más allá de lo que puede hacer ninguno de nosotros. Y es preciso ver esto y aceptado humildemente antes de poder compartir la fe bíblica en la gracia divina.

4. La libertad soberana de Dios

El paganismo de la antigüedad consideraba que cada uno de sus dioses estaba ligado a los que lo adoraban con lazos egoístas, porque dependía de sus servicios y dones para su propio bienestar. El paganismo moderno tiene en el fondo un sentimiento similar de que Dios está de algún modo obligado a amarnos y ayudarnos, por poco que lo merezcamos nosotros. Este es el pensamiento del que se hizo eco el librepensador francés que murió diciendo: "Dios ha de perdonar -es su oficio (c'est son métier)". Pero es un sentimiento que no está fundado adecuadamente. El Dios de la Biblia no depende de sus criaturas humanas para su bienestar (véase Salmo 50:8-13; Hechos 17:25), ni tampoco, ya que nosotros hemos pecado, está obligado a mostrarnos ningún favor. Todo lo que podemos exigirle es justicia -y justicia, para nosotros, significa condenación segura. Dios no tiene por qué evitar que la justicia siga su curso. No está obligado a tener lástima ni a perdonar; si lo hace es un acto que hace, como se dice, "por su propia y libre voluntad", y nadie lo obliga a hacer lo que no quiere. "No depende de querer o de esforzarse, sino de que Dios tenga compasión" (Rom. 9:16, VP). La gracia es libre, en el sentido de que se origina en sí misma, y en el sentido de proceder de aquél que estaba en libertad de no obrar con gracia. Sólo cuando se comprende que lo que decide el destino de cada hombre es el que Dios haya resuelto o no salvado de sus pecados, y que se trata de una decisión que Dios no está obligado a tomar en ningún caso, se puede comenzar a comprender la perspectiva bíblica de la gracia.

II

La gracia de Dios es amor libremente manifestado hacia pecadores culpables, a pesar de lo que merecían o, mejor dicho, a despecho de su falta de mérito. Es Dios manifestando su bondad hacia personas que sólo merecen severidad, y que no tenían razón alguna para esperar otra cosa que severidad. Hemos visto por qué es que el concepto de la gracia significa tan poco para mucha gente de la iglesia -a saber, que no comparten las creencias acerca de Dios y el hombre que la presuponen. Ahora tenemos que preguntar: ¿por qué es que este concepto significa tanto para otros? No es necesario andar mucho para encontrar la respuesta; más aun, resulta evidente de lo que ya se ha dicho. De seguro que queda claro que, una vez que el hombre se convence de que su estado y su necesidad son tales como se han descrito, el evangelio neo testamentario de la gracia no puede

menos que infundida gran alegría y admiración. Porque nos cuenta la forma en que nuestro Juez se ha transformado en nuestro Salvador.

La "gracia" y la "salvación" son conceptos que van juntos como causa y efecto. "Por gracia sois salvos" (Efe. 2: 5, cf. v. 8). "La gracia de Dios se ha manifestado para salvación" (Tito 2: 11). El evangelio declara que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3: 16); que "Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom. 5:8); que un manantial ha sido abierto, según la profecía (Zac. 13: 1) para el pecado y la inmundicia, y que el Cristo viviente ahora llama a todos los que escuchan el evangelio diciendo: "Venid a mí ... y yo os haré descansar" (Mat. 11: 8).

Como lo expresó Isaac Watts, en su poesía más evangélica, si no la más exaltada, estamos por naturaleza en un estado de total extravío, Pero hay una voz de gracia principesca que resuena de la Santa Palabra de Dios; ¡ah! pobres pecadores cautivos, venid, y confiad en el Señor. Mi alma obedece al soberano llamado, y corre hacia este alivio; quiero creer tu promesa, Señor, oh, ayuda mi incredulidad. A la bendita fuente de tu sangre, Dios encarnado, acudo, para lavar mi alma de manchas escarlata, y pecados del tinte más profundo. Como gusano vil, débil e impotente, en tus manos me entrego; tú eres el Señor, mi justicia, mi Salvador, y mi todo.

El hombre que pueda sinceramente repetir con: sus propios labios las palabras de Watts no se ha de cansar fácilmente de cantar las alabanzas de la gracia.

El Nuevo Testamento declara la gracia de Dios en tres sentidos particulares, cada uno de los cuales constituye un motivo constante de maravilla para el creyente cristiano.

1. La gracia como fuente del perdón del pecado

El evangelio se centra en la justificación; es decir, en la remisión de pecados y en la consecuente aceptación de nuestra persona. La justificación es la transición verdaderamente dramática del estado del criminal condenado que espera una terrible sentencia, al de un heredero que espera una herencia fabulosa. La justificación viene por fe; se produce en el momento en que el hombre pone su confianza en forma incondicional en el Señor Jesucristo como su Salvador. La justificación es gratuita para todos, pero a Dios le resultó costosa, por cuanto su precio fue la muerte expiatoria del Hijo de Dios. ¿Por qué fue que Dios "no escatimó ni a -su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Rom. 8: 32)? A causa de su gracia. Su propia decisión, tomada libremente; de salvar dio como resultado la expiación. Pablo deja esto bien en claro. Somos justificados, dice, "gratuitamente [es decir, sin pago alguno] por su gracia [es decir, como consecuencia de la misericordiosa decisión de Dios], mediante la redención que es en Cristo Jesús: a quien Dios puso como propiciación [es decir, el que desvía la ira divina expiando los pecados] por medio de [es decir, haciéndose efectiva para los individuos] la fe en su sangre" (Rom. 3: 24s; cf. Tito 3: 7). Pablo también nos dice que en Cristo "tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia" (He. 1: 7). La reacción del corazón cristiano que contempla todo esto, que compara cómo eran las cosas con lo que son ahora, como consecuencia de la presencia de la gracia en el mundo, recibió expresión sublime en el que fuera presidente de la Universidad de Princeton, Samuel Davies:

¡Gran Dios de maravillas! Todos tus caminos despliegan los atributos divinos; pero innumerables actos de gracia perdonadora brillan más allá de tus otras maravillas; ¿quién es Dios perdonador como tú? ¿O quién tiene gracia tan rica y gratuita? Envueltos en el asombro, con tembloroso gozo, aceptamos el

perdón de nuestro Dios; perdón para los crímenes del más profundo tinte, perdón comprado con la sangre de Jesús: ¿quién es Dios perdonador como tú? ¿O quién tiene gracia tan rica y gratuita? ¡Oh, que esta extraña, esta incomparable gracia, este divino milagro de amor, llene este ancho mundo con agradecida alabanza, como ya llena los coros celestiales! ¿Quién es Dios perdonador como tú? ¿O quién tiene gracia tan rica y gratuita?

2. La gracia como el motivo del plan de salvación

El perdón es la médula del evangelio, pero no constituye toda la doctrina de la gracia. Porque el Nuevo Testamento coloca el don del perdón divino en el contexto de un plan de salvación que comenzó con la elección antes que el mundo fuera y se completará sólo cuando la Iglesia sea perfeccionada en la gloria. Pablo se refiere brevemente a este plan en varias partes (véase, por ejemplo, Rom. 8:29s; 11 Tes. 2: 12s), pero la versión más completa del mismo se encuentra en un largo párrafo -porque, a pesar de las subdivisiones, la continuidad del pensamiento hace que sea un sólo párrafo- que comienza en Efesios 1: 3 y sigue hasta 2: 10. Como otras veces, Pablo comienza con un breve resumen y luego dedica el resto del párrafo a analizarlo y explicarlo. El resumen dice que "Dios... nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales [es decir, el reino de las realidades espirituales] en Cristo" (v. 3). El análisis empieza con la elección y predestinación eternas para ser hijos en Cristo (v. 4), prosigue con la redención y remisión de pecados en Cristo (v. 7), y sigue luego con la esperanza de glorificación en Cristo (v. 11s) y el don del Espíritu en Cristo para sellarnos como posesión de Dios para siempre (v. 13s). De allí, Pablo pasa a concentrar su atención en el acto de poder mediante el cual Dios regenera en Cristo a los pecadores (1: 19; 2: 7), despertando en ellos la fe como parte del proceso (cf. 2: 8). Pablo pinta todos estos elementos como partes de un sólo y grande propósito de salvación (1:5,9,11) y nos dice que la gracia (la misericordia, el amor, la bondad, 2:4,7) es su fuerza motivadora (véase 2:4-8); que "las riquezas de su gracia" aparecen en el transcurso de su administración (1:7, 2:7); y que la alabanza de su gracia es su meta última (1: 6, cf. 12,14, 2: 7). De manera que el creyente puede alegrarse en el conocimiento de que su conversión no fue ningún accidente sino un acto de Dios que tuvo su lugar en un plan eterno para bendecirlo con el don gratuito de la salvación del pecado (2:8-10); Dios promete, y se propone cumplir su plan hasta el final, y, en razón de que se ejecuta el mismo con su soberano poder (1: 19ss), nada puede desbaratarlo. Bien podía Isaac Watts exclamar, en palabras que son tan magníficas como verdaderas:

Anunciemos su maravillosa fidelidad, y proclamemos su poder por doquier; cantemos la dulce promesa de su gracia, ya nuestro actuante Dios. Grabada como en bronce eterno brilla la poderosa promesa; no pueden los poderes de las tinieblas borrar esas líneas imperecederas.

Su misma palabra de gracia es fuerte como aquella que hizo los cielos; la voz que hace trasladarse a las estrellas anuncia todas las promesas. Las estrellas, por cierto, podrán caer, pero las promesas de Dios permanecerán y se cumplirán. El plan de la salvación se llevará a cabo en forma triunfante; y así se dejará ver que la gracia es soberana.

3. La gracia como garantía de la preservación de los santos

Si el plan de salvación se ha de cumplir ineludiblemente, el futuro del cristiano está asegurado. "Sois [y seréis] guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación" (I Pedro 1: 5). No necesita atormentarse con el temor de que su fe fracase; como la gracia lo encaminó hacia la fe en primer término, así también la gracia lo ayudará a mantenerse en la fe hasta el final. La fe en su origen

y en su continuidad es un don de la gracia (cf. F n. 1: 29). De manera que el cristiano puede decir con Dodridge:

La gracia primero inscribió mi nombre, en el eterno libro de Dios: fue la gracia la que me llevó al Cordero, quien quitó todos mis pesares. La gracia enseñó a mi alma a orar, y a conocer el amor perdonador; fue la gracia la que me guardó hasta este día, y que no me dejará.

III

No necesitamos pedir disculpas por haber echado mano tan libremente a nuestro rico acervo de "himnos de la gracia gratuita" (pobremente representados, lamentablemente, en la mayoría de los himnarios corrientes del siglo veinte), porque ellos destacan lo que queremos decir en forma más penetrante de lo que jamás se podría hacer con la prosa. Tampoco necesitamos pedir disculpas por el que citaremos en seguida, al volver, a modo de conclusión, a pensar un momento en la respuesta que el conocimiento de la gracia de Dios debiera arrancar de nosotros. Se ha dicho que en el Nuevo Testamento la doctrina es gracia, y la ética gratitud; algo anda mal con cualquier forma de cristianismo en el que, experimental y prácticamente, no se verifique este dicho. Quienes suponen que la doctrina de la gracia de Dios tiende a favorecer el relajamiento moral ("la salvación final está asegurada de todos modos, hagamos lo que hagamos; por lo tanto nuestra conducta no interesa") demuestran simplemente que, en el sentido más literal, no saben lo que están diciendo. Porque el amor despierta amor a su vez; y el amor, una vez que ha sido despertado, desea complacer; y la voluntad revelada de Dios es la de que aquellos que han sido receptores de la gracia deben en adelante entregarse a las "buenas obras" (Efe. 2: 10, Tito 2: 11s); y la gratitud ha de impulsar a todo hombre que en verdad ha recibido la gracia a obrar como Dios desea, y a exclamar diariamente de este modo:

¡Oh! ¡Qué gran deudor a la gracia diariamente estoy obligado a ser! ¡Que esa gracia ahora como una cadena ligue mi descarriado corazón a ti! Inclinado a vagar, Señor, la siento; ¡toma mi corazón, oh, tómalo y séllalo, séllalo desde tu trono celestial!

¿Estima el lector que conoce el amor y la gracia de Dios en su propia vida? Pues que lo demuestre, entonces, orando de este modo.

CAPITULO 14: DIOS EL JUEZ

I

¿Creemos en el juicio divino? Por esto quiero decir, ¿creemos en un Dios que actúa como nuestro Juez?

Parecería que muchos no creen. Si se les habla acerca de Dios como Padre, amigo, ayudador, el que nos ama a pesar de toda nuestra debilidad y pecado, toda nuestra necedad, se les ilumina el rostro; estamos en la misma onda de inmediato. Pero si se les habla de Dios como Juez, fruncen el ceño y sacuden la cabeza. Se resisten a aceptar semejante idea. La encuentran repelente e indigna.

Pero pocas cosas en la Biblia se recalcan más enfáticamente que la realidad de la obra de Dios como Juez. La palabra "Juez" se aplica a Dios con frecuencia. Abraham, intercediendo por So doma, esa ciudad parecida a Londres que Dios estaba a punto de destruir, exclamó diciendo: "El Juez de toda la

tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Gen 18:25). Jefté, concluyendo su ultimátum a los invasores amonitas, les declaró: "Yo nada he pecado contra ti, mas tú haces mal conmigo peleando contra mí Jehová, que es el juez, juzgue hoy entre los hijos de Israel y los hijos de Amón" (Jue. 11:27); "Dios es el juez", declaró el salmista (Sal 75: 7); "Levántate, oh Dios, juzga a la tierra" (Sal 82:8). En el Nuevo Testamento el escritor de Hebreos habla de "Dios el Juez de todos" (Heb. 12: 23).

Pero no es cuestión de palabras meramente; la realidad del juicio divino, como hecho, aparece en página tras página del relato de la Biblia. Dios juzgó a Adán y Eva expulsándolos del jardín de Edén y pronunciando maldiciones sobre su futura vida terrenal (Gen 3). Dios juzgó al mundo corrompido de la época de Noé enviando un diluvio que destruyese a la humanidad (Gen 6-8). Dios juzgó a Sodoma y Gomorra, envolviéndolas en una catástrofe volcánica (Gen 18-19). Dios juzgó a los capataces egipcios de los israelitas, exactamente como había dicho que 10 haría (Gen 15: 14), desencadenando contra ellos los terrores de las diez plagas (Exo. 7-12). Dios juzgó a los que adoraron al becerro de oro, valiéndose de los levitas como ejecutores (Exo. 32: 26-35). Dios juzgó a Nadab y Abiú por ofrecer fuego extraño (Lev. 10: 1s), como más tarde juzgó a Coré, Datán, y Abiram, las que fueron tragadas por un temblor de tierra. Dios juzgó a Acán por un robo; él y los suyos fueron exterminados (Jos. 7). Dios juzgó a Israel por su infidelidad después de haber entrado en Canaán, haciendo que fueran subyugados por otras naciones (Jue. 2: 11ss; 3: 5ss; 4: 1 ss). Mucho antes de que entraran en la tierra prometida, Dios amenazó a su pueblo con la deportación, como castigo por su impiedad, y, eventualmente, luego de repetidas advertencias por parte de los profetas, los juzgó dando cumplimiento a su amenaza: el reino del norte (Israel) fue víctima de los asirios y el pueblo fue llevado cautivo; el reino del sur (Judá) sufrió la cautividad babilónica (II Rey. 17; 22: 15ss; 23: 26s). En Babilonia, Dios juzgó tanto a Nabucodonosor como a Belsasar por su impiedad. Al primero se le dio tiempo para que enmendara su vida, al segundo no (Dan. 4: 5). Los relatos de juicio divino no se limitan tampoco al Antiguo Testamento. En el relato neo testamentario reciben juicio los judíos por rechazar a Cristo (Mat. 21 :43s; 1 Tes. 2: 14ss), Ananías y Safira por mentirle a Dios (Hec. 5), Herodes por su orgullo (Hec. 12:21ss), Elimas por su oposición al evangelio (Hec. 13: 8ss), los cristianos en Corinto, que fueron afligidos con enfermedad (la que en algunos casos resultó fatal), en razón de su grosera irreverencia en relación, particularmente, con la Cena del Señor (I Coro 11:29-32). Esta no es más que una selección de los abundantes relatos de actos divinos de juicio que contiene la Biblia.

Cuando pasamos de la historia bíblica a la enseñanza bíblica -la ley, los profetas, los libros sapienciales, las palabras de Cristo y sus apóstoles- encontramos que el pensamiento de la acción de Dios como juez domina todo lo demás. La legislación mosaica es promulgada en nombre de Dios, que es justo juez, y no titubeará en aplicar penas mediante la acción providencial directa, si su pueblo quebranta la ley. Los profetas retoran este tema; más todavía, la mayor parte de la enseñanza registrada consiste en exposición y aplicación de la ley, en amenazas de juicio contra los que hacen caso omiso de la ley y contra los impenitentes. ¡Dedican mucho más tiempo a predicar juicio que a 'predecir la venida del Mesías y su reino! En la literatura sapiencial encontramos el mismo punto de vista: la consideración básica, invariable y segura, que está en la raíz de todas las discusiones sobre los problemas de la vida en Job y Eclesiastés, y todas las máximas prácticas de los Proverbios, es la de que "te juzgará Dios", "Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala" (Ecl. 11:9; 12: 14).

La gente que en realidad no lee la Biblia confiadamente nos asegura que, cuando pasamos del Antiguo Testamento al Nuevo, el tema del juicio divino pasa a un segundo plano; pero si examinamos el Nuevo Testamento, aun del modo más superficial, encontramos de inmediato, que el énfasis del Antiguo Testamento relativo a la acción de Dios como Juez, lejos de reducirse, se acentúa. Todo el

Nuevo Testamento está dominado por la certidumbre de que en un día venidero habrá un juicio universal, y por el problema que esto plantea: ¿cómo podemos nosotros los pecadores arreglar cuentas con Dios mientras todavía hay tiempo? El Nuevo Testamento contempla a la distancia "el día del juicio", "el día de la ira", "la ira venidera", y proclama a Jesús como el divino Salvador, como el Juez divinamente señalado. "El juez" que "está delante de la puerta" (Sant. 5: 9), listo "para juzgar a los vivos y a los muertos" (I Pedro 4:5), el "juez justo" que le dará a Pablo su corona (II Tim. 4:8), es el Señor Jesucristo el que "Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos" (Hec. 10:42). "Dios... ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien determinó", les dijo Pablo a los atenienses (Hec. 17: 30s); y a los romanos les escribió que "Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio" (Rom. 2: 16). El propio Jesús dice lo mismo. "El Padre... todo el juicio dio al Hijo... el Padre... le dio autoridad de hacer juicio... vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a 'resurrección de condenación'" [la New English Bible dice aquí: "se levantarán para oír su sentencia"] (Juan 5:22,26s, 28s). El Jesús del Nuevo Testamento, que es el Salvador del mundo, es también su Juez.

II

¿Qué significa esto, pues? ¿Qué involucra la idea de que el Padre, o Jesús, sea juez? Comprende por lo menos cuatro cosas.

1. El juez es una persona con autoridad

En el mundo bíblico el rey era siempre el juez supremo, porque era la autoridad suprema. Es sobre esta base, según la Biblia, que Dios es juez de este mundo. Como nuestro Hacedor, somos propiedad de él, y como nuestro Propietario, tiene derecho a disponer de nosotros; tiene, por lo tanto, derecho a dictar leyes y a recompensarnos según que las guardemos o no. En la mayoría de los estados modernos la legislatura y la jurisprudencia están separadas a fin de que el juez no haga las leyes que tiene que aplicar; pero en el mundo antiguo no era así, y tampoco lo es con Dios. El es tanto el Legislador como el Juez.

2. El juez es la persona que se identifica con lo que es bueno y justo

La idea moderna de que el juez tiene que ser frío y desapasionado no tiene cabida en la Biblia. El juez bíblico tiene que amar la justicia y el juego limpio, y tiene que detestar todo lo que sea mal trato del hombre por el hombre. Un juez injusto, que no tiene interés en asegurarse de que el bien triunfe sobre el mal, constituye, según las normas bíblicas, una monstruosidad. La Biblia no nos deja con dudas de que Dios ama la justicia y odia la iniquidad, y de que el ideal del juez totalmente identificado con todo lo bueno y justo se cumple perfectamente en él.

3. El juez es una persona con sabiduría, para discernir la verdad

En el mundo bíblico la primera tarea del juez es la de constatar los hechos del caso que se le presenta. No hay jurado; es responsabilidad de él, y de él solo, interrogar, volver a interrogar en caso necesario, y descubrir las mentiras, ver a través de las evasivas, y establecer como son las cosas realmente. Cuando la Biblia muestra a Dios como juez, destaca su omnisciencia y su sabiduría, como el que escudriña los corazones y el que descubre los hechos. Nada se le escapa; podremos engañar a los hombres, pero no podemos engañar a Dios. El nos conoce, y nos juzga, tal como realmente somos. Cuando Abraham se encontró con el Señor en forma humana en el encinar de Mamre, el Señor le dio

a entender que estaba en camino a Sodoma para establecer la verdad acerca de la situación moral imperante allí. "Por cuanto el clamor contra Sodoma y Gomorra se aumenta más y más, y el pecado de ellos se ha agravado en extremo, descenderé ahora, y veré si han consumado su obra según el clamor que ha venido hasta mí; y si no, lo sabré" (Gen 18:20s). Así es siempre. Dios lo sabrá. Su juicio es según verdad -verdad factual, tanto como verdad moral. El juzga "los secretos de los hombres", no solamente la fachada exterior. No en vano dice Pablo que "todos hemos de ser manifestados ante el tribunal de Cristo" (Cor. 5: 10, VM).

4. El juez es la persona con poder para ejecutar sentencia

El juez moderno no hace más que pronunciar la sentencia; otro departamento de tribunal judicial se encarga luego de cumplirla. Así era también en el mundo antiguo. Pero Dios es su propio ejecutor. Así como legisla y sentencia, también ~ castiga. Todas las funciones judiciales se juntan en él. .

III

De lo que se ha dicho queda claro que la proclamación bíblica de la obra de Dios como Juez es parte de su testimonio del carácter divino. Confirma lo que se dice en otra parte acerca de su perfección moral, su justicia, su sabiduría, su omnisciencia, y su omnipotencia. Nos muestra, igualmente, que la médula de la justicia que expresa el carácter de Dios es la retribución, el dar a los hombres lo que ellos han merecido; porque esta es en esencia la tarea del juez. El otorgar bien por bien y mal por mal es natural a Dios. De manera que cuando el Nuevo Testamento habla del juicio final, 19 representa siempre en términos de retribución. Dios ha de juzgar a todos los hombres, dice, "conforme a sus obras" (Mat. 16:27; Apo. 20: 12s). Pablo amplía: "Dios... pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo pero ... gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno porque no hay acepción de personas para con Dios ... "(Rom. 2:6-11). El principio de la retribución se aplica a todos: los cristianos, tanto como los no cristianos, recibirán según sus obras. Los cristianos están incluidos explícitamente en la referencia cuando Pablo dice que "todos hemos de ser manifestados ante el tribunal de Cristo; para que cada uno reciba otra vez las cosas hechas en el cuerpo, según lo que haya hecho sea bueno o malo" (II Cor. 5: 10, VM).

De modo que la retribución aparece como la expresión natural y predeterminada de la naturaleza divina. Dios ha resuelto ser el Juez de todo hombre, para recompensar a cada cual según sus obras. La retribución es la ineludible ley moral de la creación; Dios se asegurará de que todo hombre reciba tarde o temprano lo que se merece -si no aquí, en el más allá. Este es uno de los hechos básicos de la vida. Además, habiendo sido hechos a la imagen de Dios, todos sabemos en el fondo que es justo que así sea. Así es como tiene que ser. Con frecuencia nos quejamos de que, como dijo cierto malhechor, "no hay justicia". El problema del salmista, que veía como hombres inocentes estaban siendo víctimas, y que los impíos "no saben de desdichas de mortales" sino que prosperan y tienen paz (Sal 73, EA), se re plantea vez tras vez en la experiencia humana. Pero el carácter de Dios es la garantía de que todos los males serán rectificados algún día; cuando llegue "el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios" (Rom. 2: 5), la retribución será exacta, y no habrá problemas de injusticia cósmica para atormentarnos. Dios es el Juez, de modo que se hará justicia.

¿Por qué es, entonces, que los hombres esquivan el pensamiento de Dios como Juez? ¿Por qué sienten que se trata de un concepto indigno de Dios? La verdad está en que parte de la perfección moral de Dios es su perfección para juzgar. ¿Acaso un Dios a quien no le interesara la diferencia entre el bien y el mal sería un ser bueno y admirable? ¿Acaso un Dios que no hiciera distinción entre las bestias de la historia, los Hitler y los Stalin (si nos atrevemos a mencionar nombres), y los santos sería moralmente digno de alabanza y perfecto? La indiferencia moral sería una imperfección en Dios, no una perfección. Pero no juzgar al mundo sería mostrar indiferencia moral. La prueba definitiva de que Dios es un ser moral perfecto, a quien preocupan cuestiones de bien y mal, es el hecho de que se ha comprometido a juzgar al mundo.

Resulta claro que la realidad del juicio divino tiene que tener un efecto directo sobre nuestra perspectiva de la vida. Si sabemos que el juicio retributivo nos espera al final del camino no viviremos como de otro modo lo haríamos. Pero no debemos olvidar que la doctrina del juicio divino, y particularmente la del juicio final, no debe entenderse como un fantasma con el cual asustar a los hombres para obligarlos a adoptar una apariencia exterior de "justicia" convencional. Indudablemente tiene aterradoras derivaciones para los impíos; pero su función principal consiste en revelar el carácter moral de Dios, y en impartir significación moral a la vida humana. Lean Morris escribió así:

La doctrina del juicio final... destaca la responsabilidad del hombre y la seguridad de que la justicia ha de triunfar finalmente sobre todos los males que son parte integrante de la vida aquí y ahora. Lo primero acuerda dignidad a la acción más humilde, lo segundo otorga paz y seguridad a quienes se encuentren en lo más intenso de la lucha.' Esta doctrina le da sentido a la vida... El punto de vista cristiano del juicio significa que la historia se mueve hacia una meta... El juicio protege la idea del triunfo de Dios y del bien. Resulta inconcebible que el conflicto actual entre el bien y el mal haya de ser resuelto de forma autoritaria, decisiva, y definitiva. El juicio significa que al final la voluntad de Dios se hará en forma perfecta (The Biblical Doctrine of Judgment/La doctrina bíblica del juicio, p.72).

IV

No siempre se comprende que la autoridad principal, en cuanto al juicio final en el Nuevo Testamento, es el propio Señor Jesucristo. Con toda razón el ceremonial fúnebre anglicano se dirige a Jesús en una misma frase con las palabras "santo y misericordioso Salvador, dignísimo Juez eterno". Porque Jesús afirmaba constantemente que en aquel día cuando todos comparezcan ante el trono de Dios para recibir las consecuencias permanentes y eternas de la vida que han vivido, él mismo será el agente judicial del Padre, y que su palabra de aceptación o rechazo será definitiva. Pasajes que deben considerarse en relación con esto son, entre otros, Mateo 7:13-27; 10:26-33; 12:36s, 13:24-49; 22:1-14; 24:36-25:46; Lucas 13:23-30; 16: 19-31; Juan 5:22-29.

La prefiguración más clara de Jesús como juez se encuentra en Mateo 25:31ss: "El Hijo del Hombre... se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones [es decir, todos]; y apartará a los unos de los otros... Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad... Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno ... " El relato más claro de la prerrogativa de Jesús como juez se encuentra en Juan 5: 22ss: "El a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre ... el Padre ... le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre [a quien le fue prometido dominio, incluyendo funciones Judiciales; Daniel 7: 13s] ... vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que

hicieron lo malo, a resurrección de condenación." El mandato de Dios mismo ha hecho inescapable a Cristo Jesús. Se encuentra al final del camino de la vida para todos sin excepción. "Prepárate para venir al encuentro de tu Dios" fue el mensaje de Amós a Israel (Amós 4: 12); "prepárate para venir al encuentro del Cristo resucitado" es el mensaje de Dios al mundo en la actualidad (véase Hec. 17:31). Podemos estar seguros de que aquel que es verdadero Dios y perfecto hombre obrará como juez perfecto.

V

El juicio final, como vimos, será según nuestras obras, es decir, nuestros actos, Todo el curso de nuestra vida. La relevancia de nuestros "actos" no está en que jamás merezcan un premio del tribunal -son demasiado imperfectos para que así sea- sino en que proporcionan un índice de lo que hay en el corazón, lo que, en otras palabras, constituye la verdadera naturaleza de cada agente. Jesús dijo cierta vez que "de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado" (Mat. 12: 36ss). ¿Qué significación tienen las palabras que emitimos (emisión que constituye, desde luego, una "obra" en el sentido que aquí corresponde)? Nada más que, esta: las palabras demuestran lo que uno es por dentro. Jesús acababa de decir esto mismo. "Por el fruto se conoce el árbol... ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca" (v. 33ss). De igual modo, en el pasaje de las ovejas y los cabritos, se apela al hecho de si los hombres habían o no aliviado las necesidades de los cristianos. ¿Qué importancia tiene esto? No se trata de que un modo de obrar fuese meritorio mientras que el otro no, sino de que estas acciones pueden determinar si hubo amor a Cristo, el amor que surge de la fe, en el corazón (véase Mat. 25:34ss).

Una vez que comprendamos que la importancia de las obras en el juicio final es la de ofrecer un índice del carácter espiritual, se hace posible contestar un interrogante que desconcierta a muchas personas. Lo podemos formular de este modo. Jesús dijo: "El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más ha pasado de muerte a vida" (Juan 5:24). Pablo dijo: "Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo" (II Cor. 5:10). ¿Cómo podemos conciliar estas dos afirmaciones? ¿Pueden ser compatibles el perdón gratuito y la justificación por la fe con el juicio según las obras? La respuesta parece ser la siguiente. Primero, el don de la justificación protege indudablemente a los creyentes de la condenación y de la expulsión de la presencia de Dios como pecadores. Esto surge de la visión de juicio en Apocalipsis 20:11-15, donde, a la par de "los libros" que contienen las obras de cada hombre, se abre también "el libro de la vida", y aquellos cuyos nombres están escritos en él no son lanzados "al lago de fuego", como el resto de los hombres. Pero, segundo, el don de la justificación no impide en absoluto que el creyente sea juzgado como tal, ni lo protege contra la pérdida del bien que disfrutarán otros, si resulta que como cristiano ha sido negligente, malicioso, y destructivo. Esto es lo que surge de la advertencia de Pablo a los corintios, en el sentido de que tuvieran cuidado en cuanto al estilo de vida que edificaban en Cristo, el único fundamento. "Si sobré este fundamento alguno edifica oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada... Si permaneciere la obra de alguno que sobre edificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego" (I Coro 3: 12-15). La "recompensa" y la "pérdida" significan una relación enriquecida o empobrecida con Dios, aunque en qué forma no nos es dado saberlo en el presente.

El juicio final se hará también según nuestro conocimiento. Todo el mundo tiene algún conocimiento de la voluntad de Dios a través de la revelación general, aun cuando no hayan sido instruidos en la ley o el evangelio, y todo el mundo es culpable ante Dios por no haber cumplido según su grado de conocimiento del bien. Pero el castigo merecido será graduado según haya sido ese conocimiento del bien; véase Romanos 2:12, y compárese con Lucas 12:47s. El principio que está en juego aquí es el de que "a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará" (v. 48). La justicia de esto resulta obvia. En cada caso el Juez de toda la tierra obrará con justicia.

VI

Pablo se refiere al hecho de que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo denominándolo "el temor del Señor" (II Cor. 5: 11), y nada más justo. Jesús el Señor, igual que su Padre, es santo y puro; nosotros no somos ninguna de las dos cosas. Vivimos a la vista del Señor, él conoce nuestros secretos, y en el día del juicio la totalidad de nuestra vida será pasada en revista, por así decirlo, en su presencia. Si realmente nos conocemos, sabemos que no estamos en condiciones de aparecer delante de él. ¿Qué hemos de hacer, entonces? La respuesta del Nuevo Testamento es esta: pídele al Juez que ha de venir que sea vuestro Salvador presente. Como Juez, él es la ley, pero como Salvador es el evangelio. Si nos escondemos de él ahora, nos encontraremos con él luego como Juez -y ya sin esperanza. Busquémoslo ahora, y lo encontraremos (porque "el que busca halla"), y entonces descubriremos que puede mas esperar ese futuro encuentro con alegría, sabiendo que ahora ya "ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Rom. 8:1).

Por lo tanto, Mientras haya de vivir; y al instante de expirar, cuando vaya a responder, a tu augusto tribunal, sé mi escondedero fiel, Roca de la eternidad.

CAPITULO 15: LA IRA DE DIOS

I

La palabra "ira" puede definirse como "enojo e indignación intensa y profunda". El "enojo" se define como "el desagrado, el resentimiento, y el profundo antagonismo que se experimenta ante la presencia de los daños ocasionados o los insultos"; la "indignación" es "el enojo justo que producen la injusticia y la bajeza". Tal es la ira. Y la ira, nos informa la Biblia, es un atributo de Dios.

La costumbre moderna en toda la iglesia cristiana es la de restarle importancia a este tema. Los que todavía creen en la ira de Dios (porque no todos creen; hablan poco de ella; tal vez no le den mayor importancia. A un mundo que se ha vendido descaradamente a los dioses de la codicia, el orgullo, el sexo, y la autodeterminación, la iglesia le sigue hablando desganadamente acerca de la bondad de Dios, pero no le dice nada virtualmente sobre el juicio. ¿Cuántas veces en los doce meses transcurridos ha oído el lector un sermón sobre la ira de Dios? ¿O cuántas veces, si se trata de un ministro del evangelio, ha predicado sobre el tema? Me pregunto cuánto tiempo hace que algún cristiano ha encara. do el tema en programas de radio o televisión, o en alguno de esos breves sermones de media columna que aparecen en algunos diarios y revistas. (Y si alguien lo hiciese, me pregunto cuánto tiempo pasaría antes que le volviese a pedir que hable o escriba.) El hecho es que el

tema de la ira divina se ha convertido en un tabú en la sociedad moderna; y en general los cristianos han aceptado el tabú y se han acomodado de tal modo que jamás mencionan la cuestión.

Haremos bien en preguntarnos si está bien que así sea; porque la Biblia obra de modo muy diferente. Es fácil imaginar que el tema del juicio divino no deba haber sido nunca muy popular, y, sin embargo, los escritores bíblicos se refieren al mismo constantemente. Una de las cosas más notables sobre la Biblia es el vigor con que ambos testamentos destacan la realidad y el terror de la ira de Dios. "Una mirada a la concordancia nos revelará que en las Escrituras hay más referencias al enojo y al furor y la ira de Dios, que a su amor y su benevolencia" (A. W. Pink, *The Attributes of God*, p. 75/Los atributos de Dios, Lima, Perú, El Estandarte de la Verdad, 1971, pp. 101-02.)

La Biblia elabora el concepto de que así como Dios es bueno con los que confían en él, también es terrible para con aquellos que no lo hacen. "Jehová es Dios celoso y vengador; Jehová es vengador y lleno de indignación; se venga de sus adversarios, y guarda enojo para sus enemigos. Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable... ¿Quién permanecerá delante de su ira? ¿Y quién quedará en pie en el ardor de su enojo? Su ira se derrama como fuego, y por él se hienden las peñas. -Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían. Mas... tinieblas perseguirán a sus enemigos ('a sus enemigos persigue hasta en las tinieblas', BJ)" (Nah. 1: 2-8).

La esperanza de Pablo de que el Señor Jesús aparecerá un día "en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo, los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos" (II Tes. 1: 8ss), es indicación suficiente de que lo que destacaba Nahúm no es peculiar al Antiguo Testamento. En efecto, en todo el Nuevo Testamento "la ira de Dios", "la ira", o simplemente "ira", constituyen virtualmente términos técnicos para expresar la acometida de Dios con fines retributivos, por cualquier medio, contra los que lo han desafiado (véase Rom. 1:18; 2:5; 5:9; 12:19; 13:48; 1 Tes. 1:10; 2:16; 5:9; Apo. 6:16s; 16:19; Luc. 21:22-24; etc.).

La Biblia tampoco se limita a dar a conocer la ira de Dios mediante afirmaciones generales como las que hemos citado. La historia bíblica, tal como la vimos en el capítulo anterior, proclama vivamente la severidad, tanto como la bondad, de Dios. En el mismo sentido en que podría llamarse al Progreso del peregrino un libro sobre los caminos al infierno, la Biblia podría llamarse el libro de la ira de Dios, porque está llena de descripciones de castigo divino, desde la maldición y el destierro de Adán y Eva en Génesis 3 hasta la caída de "Babilonia" y los grandes juicios de Apocalipsis 17, 18, 20.

Es evidente que los escritores bíblicos no sentían inhibición alguna al encarar el tema de la ira de Dios. ¿Por qué, entonces, hemos de tenerla nosotros? ¿Por qué, si la Biblia la proclama, hemos de sentirnos nosotros obligados a guardar silencio? ¿Qué es lo que nos hace sentir incómodos y avergonzados cuando surge el tema, y qué nos lleva a suavizarlo e, incluso, a eludirlo, cuando se nos pregunta sobre el mismo? ¿Cuál es la causa de nuestros titubeos y dificultades? No estamos pensando ahora en aquellos que rechazan la idea de la ira divina simplemente porque no están preparados para tomar en serio ninguna parte de la fe bíblica. Estamos pensando, más bien, en los muchos que consideran que están "adentro", que tienen creencias firmes, que creen firmemente en el amor y la misericordia de Dios, y en la obra redentora del Señor Jesucristo, y que siguen fielmente las enseñanzas de las Escrituras en otros aspectos, pero que vacilan cuando se trata del asunto que nos ocupa aquí. ¿Qué es realmente lo que falla aquí?

La razón fundamental de nuestra infelicidad parece ser una inquietante sospecha de que el concepto de la ira es de uno u otro modo indigno de Dios.

A algunos, por ejemplo, la palabra ira les sugiere pérdida del dominio propio, una explosión que consiste en "ver todo rojo", lo cual es, en parte, si no totalmente, irracional. A otros les sugiere un ataque de impotencia (consciente), o de orgullo herido, o de mal humor liso y llano. Es indudable, arguyen, que está mal atribuir a Dios semejantes actitudes.

La respuesta es esta: claro que estaría mal, pero la Biblia no nos pide que lo hagamos. Parecería haber aquí una confusión en cuanto al lenguaje "antropomórfico" de la Escritura, es decir, la costumbre bíblica de describir las actitudes y los afectos de Dios en términos que se emplean ordinariamente para hablar sobre los hombres. La base de esta costumbre está en el hecho de que Dios hizo al hombre a su propia imagen, de modo que la personalidad y el carácter del hombre se parecen más al ser de Dios que ninguna otra cosa creada. Pero cuando la Escritura se refiere a Dios antropomórficamente, no está queriendo decir que las limitaciones e imperfecciones que corresponden a las características personales de nosotros las criaturas pecadoras se correspondan también con las cualidades correspondientes de nuestro Santo Creador; más bien da por sentado que no es así. Por ejemplo, el amor de Dios, como se refleja en la Biblia, jamás lo conduce a cometer acciones necias, impulsivas, o inmorales, como ocurre con el amor humano, que con harta frecuencia nos lleva justamente a esto. Del mismo modo, la ira de Dios en la Biblia jamás es algo caprichoso, desenfrenado, producto de la irritabilidad, moralmente indigno, como suele serlo frecuentemente la ira humana. Todo lo contrario, constituye una reacción objetiva y moral, correcta y necesaria para con la maldad. Dios sólo se enoja cuando corresponde enojarse. Incluso entre los hombres existe lo que se denomina la ira justa, aunque probablemente sea bastante rara. Pero toda la indignación que manifiesta Dios es justa. ¿Acaso sería un Dios bueno el que encontrara tanto placer en la ira como en la bondad? ¿Acaso sería, por otra parte, moralmente perfecto un Dios que no reaccionara adversamente ante el mal en su propio mundo? Por cierto que no. Pero es justamente esta reacción adversa al mal, la cual constituye una parte necesaria de la perfección moral, la que contempla la Biblia cuando habla sobre la ira de Dios.

A otros, el pensamiento de la "ira" de Dios les sugiere crueldad. Piensan, quizá, en lo que se les ha contado sobre el famoso sermón evangélico de Jonathan Edwards, *Sinners in the Hands of an Angry God* (Pecadores en las manos de un Dios airado), que fue utilizado por Dios para iniciar un avivamiento en el pueblo de Enfield, en Nueva Inglaterra, Estados Unidos, en 1741. En dicho sermón, Edwards, desarrollando el tema de que "los hombres naturales están sostenidos en las manos de Dios sobre el foso del infierno", empleaba las más vívidas imágenes infernales para lograr que su congregación sintiera el horror de su situación, y para darle fuerza a su conclusión: "Por lo tanto, todo aquel que esté sin Cristo, debe despertarse y escapar de la ira que vendrá." Cualquiera que haya leído el sermón sabrá que A. H. Strong, el gran teólogo bautista, tenía razón cuando recalcó que las imágenes de Edwards, por agudas que fuesen, no eran más que imágenes, que, en otras palabras, Edwards no consideraba que el infierno consistiera en fuego y azufre, sino, más bien, en la infidelidad y la separación de Dios, producto de la conciencia culpable y acusadora, y de la que el fuego y el azufre constituyen símbolos (Systematic Theology, p. 1035, Teología sistemática). Pero esto no resuelve totalmente la crítica que se le hace a Edwards, esto es, la de que el Dios que puede infligir castigo tal que requiera semejante lenguaje para describirlo tiene que ser un monstruo cruel y feroz.

¿Se sigue esto? Hay dos consideraciones bíblicas que nos demuestran que no es así.

En primer lugar, en la Biblia la ira de Dios es siempre judicial, es decir, es la ira del juez, cuando administra justicia. La crueldad es siempre inmoral, pero el presupuesto explícito de todo lo que encontramos en la Biblia -y en el sermón de Edwards, para el caso- sobre los tormentos de quienes experimentan toda la ira de Dios, es el de que cada cual recibe precisamente lo que merece. "El día de la ira", nos dice Pablo, es también el día "de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras" (Rom. 2.5s). Jesús mismo -que tuvo más que decir sobre este tema que cualquier otra figura del Nuevo Testamento- dejó claro que la retribución sería en proporción con el merecimiento individual. "Aquel siervo que conociendo la voluntad de su Señor no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá" (Luc. 12:47s). Dios se encargará, dice Edwards en el sermón a que hemos hecho referencia, "de que no sufráis más de lo que la estricta justicia exige"; pero precisamente "lo que la estricta justicia exige", insiste, es lo que resultará tan penoso para quienes mueran en la incredulidad. Si se hace la pregunta: ¿Es posible que la desobediencia a nuestro Creador realmente merezca castigo tan grande y atroz? , la respuesta es que todo el que haya sido convencido de pecado alguna vez sabe sin la menor sombra de duda que sí, y sabe también que aquellos cuya conciencia no ha sido despertada aún para comprender, como lo expresó Anselmo, "qué pesado es el pecado" no tienen derecho a opinar.

En segundo lugar, en la Biblia la ira de Dios es algo que los hombres eligen por sí mismos. Antes que el infierno sea una experiencia infligida por Dios, es un estado por el cual el hombre mismo opta, rechazando la luz que Dios hace brillar en su corazón para dirigido hacia él mismo. Cuando Juan escribe "el que no cree [en Jesús], ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios", agrega en seguida la siguiente explicación: "Y este es el juicio, que la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas" (Juan 3: 18s, VHA). Quiere decir exactamente eso: la acción decisiva de juicio contra los perdidos es el juicio que ellos mismos se dictan cuando rechazan la luz que les llega en y mediante Jesucristo. En último análisis, todo lo que hace Dios subsiguientemente como acción judicial para con el incrédulo, ya sea en esta vida o más allá, es mostrada, o guiado hacia, las consecuencias plenas de la elección que ha hecho.

La elección básica fue y sigue siendo siempre: ya sea responder a la invitación "Venid a mí .. , llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí" (Mat. 11:28s), o no; ya sea "salvar" la vida, para lo cual es preciso evitar que Jesús pueda censurarse, y resistir su exigencia de hacerse cargo de ella, o "perderla", para lo- cual es necesario negarse a sí mismo, tomar la cruz, hacerse discípulo, y permitir que Jesús cumpla su voluntad quebrantadora en nosotros. En el primer caso, nos dice Jesús, podemos ganar el mundo, pero no nos hará ningún bien porque perderemos el alma; mientras que, en el segundo caso, si perdemos nuestra vida por amor de él, la encontraremos (Mat. 16:24ss).

¿Qué significa, empero, perder el alma? Para responder a esta pregunta Jesús se vale de sus propias y solemnes imágenes: "Gehena" ("infierno" en Marcos 9:47 y una decena de versículos evangélicos más), el valle fuera de Jerusalén donde se quemaba la basura; el "gusano" que "no muere" (Mar. 9:47) es, aparentemente, figura de la interminable disolución de la personalidad por efecto de la conciencia condenatoria; el "fuego" es figura de la agonía que resulta de tener conciencia del disgusto de Dios; las "tinieblas de afuera" son figura de conocimiento de la pérdida, no sólo de Dios, sino de todo bien y de todo lo que hacía que la vida pareciera valer la pena; el "crujir de dientes" es figura de la auto

condenación y el auto desprecio. Estas cosas son, sin duda, indescriptiblemente espantosas, aunque quienes han sido convencidos de pecado tienen algún conocimiento de lo que significan. Pero no se trata de castigos arbitrarios; representan, más bien, un desarrollo consciente del estado en que se ha elegido estar. La esencia del accionar de Dios en ira es la de dar a los hombres lo que han elegido, con todas sus consecuencias: nada más y, asimismo, nada menos. La disposición de ánimo de Dios de respetar la elección humana hasta este punto puede parecer desconcertante y hasta aterradora, pero está claro que en esto su actitud es soberanamente justa, y que está lejos de ser un castigo caprichoso e irresponsable, que es lo que queremos decir cuando hablamos de crueldad.

Necesitamos, por lo tanto, recordar que la clave para interpretar los muchos pasajes bíblicos, a menudo altamente figurativos, que pintan al divino Rey y Juez en una actitud iracunda y vengativa es comprender que lo que Dios hace en ese caso no es sino ratificar y confirmar los juicios que aquellos a quienes "visita" ya han emitido por sí mismas en el curso que han elegido seguir. Esto se ve en el relato del primer acto de ira de Dios hacia el hombre, en Génesis 3, donde vemos que Adán ya había escogido esconderse de Dios, y eludir su presencia, antes de que Dios lo echara del jardín de Edén; este mismo principio tiene aplicación en toda la Biblia.

III

El análisis clásico de la ira de Dios en el Nuevo Testamento se encuentra en la Epístola a los Romanos, que según Lutero y Calvino constituye la puerta de entrada a la Biblia, y que contiene más referencias explícitas a la ira de Dios que todas las otras cartas de Pablo sumadas. Terminaremos este capítulo analizando lo que nos dice Romanos sobre el tema: esto nos servirá para clarificar algunas de las cosas que ya hemos mencionado.

1. El significado de la ira de Dios

La ira de Dios en Romanos denota la decidida acción de Dios de castigar el pecado. Es tanto una expresión de una actitud personal y emocional del trino Dios como lo es su amor para con los pecadores: es la manifestación activa de su odio hacia la irreligiosidad y el pecado moral. La frase "la ira" puede referirse específicamente a la manifestación culminante, en el futuro, de su odio en "el día de la ira" (5:9; 2:5), pero puede también referirse a hechos y procesos providenciales y actuales en los que se evidencia el castigo divino por el pecado. De este modo el magistrado que sentencia a los criminales es "ministro de Dios, vengador suyo, para ejecutar ira sobre aquel que obra mal" (13:4, cf. 5, VM). La ira de Dios es su reacción ante nuestro pecado, y "la ley produce ira" (4: 15), porque la ley hace surgir el pecado que está latente dentro de nosotros y hace que la trasgresión -el comportamiento que provoca la ira- abunde (5:20; 7:7-13). Como reacción contra el pecado, la ira de Dios es expresión de su justicia, y Pablo rechaza indignado la sugerencia de que "sea injusto Dios que da castigo" (3:5, VHA). A los que son "preparados para destrucción" los describe como "vasos de ira" -es decir, objeto de la ira en un sentido similar al que en otro lugar llama a los esclavos del mundo, la carne, y el mal, "hijos de ira" (Efe. 2:3). Tales personas, por el solo hecho de ser lo que son, acarrearán sobre sí mismos la ira de Dios.

2. La revelación de la ira de Dios

"La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad" (1:18). El tiempo presente, "se revela", implica un revelar constante, que

prosigue todo el tiempo; "desde el cielo", que se opone a "en el evangelio", en el versículo anterior, implica una revelación universal que incluye a quienes no han sido alcanzados aún por el evangelio.

¿Cómo se efectúa esta revelación? Se imprime directamente en la conciencia de cada hombre: aquellos a quienes Dios ha entregado a una "mente reprobada" (1:28), a cometer lo malo sin restricciones, conocen, sin embargo, "el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte" (1:32). Ningún hombre ignora totalmente que hay un juicio venidero. Esa revelación inmediata que tiene se confirma con la palabra revelada del evangelio, que nos prepara para sus buenas nuevas dándonos información acerca de las malas noticias de un futuro "día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios" (2: 5).

Pero esto no es todo. Para quienes tienen ojos para ver aparecen aquí y ahora pruebas de la ira activa de Dios en la situación actual de la humanidad. En todas partes el cristiano observa un esquema de degeneración, que se va desarrollando en forma constante -desde el conocimiento de Dios hasta la adoración de aquello que no es Dios, y desde la idolatría hasta la inmoralidad de un tipo todavía más grosero, de manera que cada generación prepara una nueva cosecha de "impiedad e injusticia de los hombres". En esta decadencia hemos de reconocer la acción 'presente de la ira divina, en un proceso de endurecimiento judicial y de anulación de restricciones, por los que los hombres van siendo entregados a sus preferencias corruptas, y algunos llegan a poner en práctica en forma cada vez más desenfadada las concupiscencias de su corazón pecaminoso. Pablo describe el proceso, tal como lo conocía él por su Biblia y el mundo de su día, en Romanos 1: 19-31, donde las frases claves son, "Dios los entregó a la inmundicia", "Dios los entregó a pasiones vergonzosas", "Dios los entregó a una mente reprobada" (v. 24, 26,28). Si queremos pruebas de que la ira de Dios, revelada como un hecho en nuestra conciencia, ya opera en el mundo como fuerza, diría Pablo, basta con que miremos al mundo a nuestro alrededor, para ver a qué ha entregado Dios a los hombres. ¿Y quién en el día de hoy, diecinueve siglos después de cuando él escribió, se atrevería a rebatir su tesis?

3. La salvación de la ira de Dios

En los tres primeros capítulos de Romanos Pablo se propone llamar nuestra atención a la cuestión de, si "la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres", y "el día de la ira" viene cuando Dios "pagará a cada uno conforme a sus obras", ¿cómo podrá escapar al desastre ninguno de nosotros? La cuestión urge porque "todos están bajo pecado", -"no hay justo, ni aun uno"; "todo el mundo" está "bajo el juicio de Dios" (3:9, 10,19). La ley no puede salvarnos, por cuanto su efecto único es estimular el pecado y mostramos qué lejos estamos de ser justos. Los adornos externos de la religión no pueden salvarnos tampoco, como tampoco puede la mera circuncisión salvar al judío. ¿Existe por lo tanto algún medio de liberación de la ira que vendrá? Lo hay, y Pablo lo conoce. "Estando ya justificados en su sangre", proclama Pablo, por él "seremos salvos de la ira" [de Dios] (5:9). ¿Por la sangre de quién? La sangre de Jesucristo, el Hijo encarnado de Dios. ¿Y qué significa estar "justificados"? Significa ser perdonados y aceptados como justos. ¿Y cómo podemos ser justificados? Mediante la fe, o sea, la confianza absoluta en la obra y la persona de Jesús. ¿Y cómo puede la sangre de Jesús vale decir, su muerte expiatoria- constituir la base de nuestra justificación? Pablo lo explica en Romanos 3: 24s, donde habla de "la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre". ¿Qué significa "propiciación"? Es un sacrificio que conjura la ira por medio de la expiación del pecado y la anulación de la culpa.

Esto, como veremos en mayor detalle más adelante, constituye la médula misma del evangelio: que Cristo Jesús, en virtud de su muerte en la cruz, como nuestro sustituto y portador de nuestro pecado,

"es la propiciación por nuestros pecados" (I Juan 2:2). Entre nosotros los pecadores y las tormentosas nubes de la ira divina está ubicada la cruz del Señor Jesucristo. Si somos de Cristo, por la fe, entonces somos justificados por su cruz, y la ira no nos alcanzará jamás, ni aquí ni en el más allá. Jesús "nos libra de la ira venidera" (I Tes. 1: 10).

IV

No cabe duda de que el tema de la ira divina ha sido considerado en el pasado en forma especulativa, irreverente, y hasta maliciosa. No cabe duda que ha habido quienes han predicado la ira y la condenación sin lágrimas en los ojos ni dolor en el corazón. No cabe duda de que el espectáculo de algunas sectas que alegremente consignan a todo el mundo, aparte de ellos mismos, al infierno ha sido motivo de disgusto para muchos. Más si queremos conocer a Dios, es imprescindible que nos enfrentemos con la verdad relativa a su ira, por más que esté pasada de moda la idea, y por fuertes que sean nuestros prejuicios iniciales contra ella. De otro modo no podremos entender el evangelio de la salvación de la ira, ni la propiciación lograda por la cruz, ni la maravilla del amor redentor de Dios. Tampoco entenderemos la mano de Dios en la historia, y el proceder actual de Dios con los hombres de hoy; no le veremos pie ni cabeza al libro de Apocalipsis; nuestro evangelismo no tendrá la urgencia que recomienda Judas -Ha otros salvad, arrebatándolos del fuego" (Jud. 23). Ni nuestro conocimiento de Dios ni nuestro servicio para él se conformarán a su Palabra.

La ira de Dios [escribió A. W. Pink] es una perfección del carácter divino sobre el cual debemos meditar frecuentemente. Primero, para que nuestro corazón sea debidamente impresionado por el hecho de que Dios de testa el pecado. Siempre nos sentimos inclinados a considerar el pecado con ligereza, a disimular su fealdad, a excusarlo. Mas cuanto más estudiamos y meditamos sobre la forma en que Dios lo aborrece, y su terrible venganza sobre él, tanto más probable es que nos demos cuenta de su perversidad. Segundo, para crear en nuestro corazón un verdadero temor de Dios. "Tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor" (Heb. 12:28,29). No podemos servir a Dios "agradándole" a menos que haya la debida "reverencia" ante su abrumadora Majestad, y "temor" ante su justa ira; y la mejor forma de promover entre nosotros dichas actitudes es la de traer a la memoria frecuentemente el hecho de que "nuestro Dios es fuego consumidor". Tercero, para que nuestra alma se proyecte en ferviente alabanza [a Jesucristo] por habernos librado de "la ira venidera" (I Tes. 1: 10). El hecho de que estemos dispuestos o no a meditar sobre la ira de Dios constituye la prueba más segura de cómo está realmente nuestro corazón para con él (op. cit., p. 77).

Pink tiene razón. Si realmente queremos conocer a Dios y ser conocidos por él, debemos pedirle que nos enseñe aquí y ahora a enfrentar la solemne realidad de su ira.

CAPITULO 16: BONDAD Y SEVERIDAD

I

"Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios", escribe Pablo en Romanos 11: 22. La palabra clave aquí es "y". El apóstol está explicando la relación entre judío y gentil en el plan de Dios. Acaba de recordarles a los lectores gentiles que Dios rechazó a la gran masa de los judíos de la época por su incredulidad, mientras que al mismo tiempo colocó a muchos paganos como ellos en una situación de fe salvadora. Ahora los invita a que tomen nota de los dos lados del carácter de Dios que aparecen en

la transacción. "Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo." Los cristianos de Roma no han de considerar únicamente la bondad de Dios, ni únicamente su severidad, sino a ambas juntas. Ambas constituyen atributos de Dios, es decir, son aspectos del carácter revelado de Dios. Ambas aparecen a la par en la economía de la gracia. Ambas han de ser reconocidas juntas si hemos de conocer verdaderamente a Dios.

Tal vez nunca, desde que escribió Pablo, haya sido tan necesario como lo es hoy explicar esta cuestión. La estupidez y la confusión modernas en cuanto al significado de la fe en Dios resultan casi indescriptibles. Los hombres dicen creer en Dios pero no tienen idea de quién es aquel en el cual creen, ni qué puede significar el creer en él. El cristiano que quiere ayudar al prójimo que se debate en la incertidumbre a fin de que disfrute de lo que un famoso tratado de otros tiempos llamaba "seguridad, certeza, y gozo" se encuentra constantemente perplejo porque no sabe por dónde empezar: la abrumadora mezcolanza de fantasías acerca de Dios con que se enfrenta prácticamente lo deja sin respiración. ¿Cómo ha llegado la gente a semejante estado? se pregunta. ¿Cuál es la causa de semejante confusión? Para estas preguntas existen varias series de respuestas contemporáneas. Una es la de que la gente se ha acostumbrado a seguir sus propios presentimientos religiosos más bien que a aprender de Dios en su propia Palabra; y tenemos que ayudarlas a anular el orgullo, y, en algunos casos, las concepciones equivocadas acerca de la Escritura que dieron lugar a dicha actitud, y en adelante a afirmar sus convicciones, no en lo que sienten sino en lo que dice la Biblia. Una segunda respuesta es que el hombre moderno considera que todas las religiones son iguales y equivalentes, y adopta un conjunto de ideas acerca de Dios, tomándolas tanto de fuentes paganas como cristianas; y tenemos que tratar de demostrarle a la gente el carácter único y definitivo del Señor Jesucristo, la última palabra de Dios al hombre. Una tercera respuesta es la de que los hombres han dejado de reconocer la realidad de su propio pecado, lo cual imparte un grado de perversidad y enemistad contra Dios a todo lo que piensan y hacen; y es tarea nuestra enfrentar a la gente con este hecho a fin de que dejen de confiar en sí mismos y se hagan accesibles a la corrección por medio de la palabra de Cristo. Una cuarta respuesta, no menos importante que las tres anteriores, es la de que la gente hoy en día tiene la costumbre de disociar el pensamiento de la bondad de Dios del de su severidad; y tenemos que procurar erradicar esta costumbre, por cuanto lo único que cabe mientras persiste dicha costumbre es la incredulidad.

La costumbre en cuestión, aprendida primeramente de ciertos teólogos alemanes del siglo pasado, ha invadido al protestantismo occidental y moderno todo. En el hombre común hoy en día constituye más bien la regla que la excepción el rechazar toda idea de ira divina y juicio, y dar por sentado que el carácter de Dios, desfigurado (¡por cierto!) en muchas partes de la Biblia, es en realidad un carácter de indulgente benevolencia sin severidad alguna. Ciertamente es que algunos teólogos recientes, como reacción, han procurado reafirmar la doctrina de la santidad de Dios, pero sus esfuerzos han resultado débiles y sus palabras en general han caído en oídos sordos. Los protestantes modernos no van a abandonar su adhesión "esclarecida" a la doctrina de un Papá Noel celestial simplemente porque un Brunner o un Niebuhr sospechen que aquí no termina la historia. La certidumbre de que no hay más que decir sobre Dios (si es que hay Dios) que afirmar que es infinitivamente indulgente y bueno es tan difícil de erradicar como la correhuela. Una vez que ha echado raíces, el cristianismo, en el verdadero sentido de la palabra, sencillamente se muere. Porque la sustancia del cristianismo es la fe en el perdón de pecados mediante la obra redentora de Cristo en la cruz. Más, según la teología del Papá Noel, los pecados no ocasionan ningún problema y la expiación resulta innecesaria; el favor activo de Dios se extiende no menos a quienes desoyen sus mandamientos que a quienes los guardan. La idea de que la actitud de Dios hacia mí se afecta por el hecho de que yo haga o no lo que él me dice no tiene

lugar en el pensamiento del hombre de la calle, y cualquier intento de indicar la necesidad de sentir temor ante la presencia de Dios, y de temblar ante su palabra, se descarta como algo irremediabilmente pasado de moda -como un concepto "victoriano", "puritano", o "sub-cristiano".

Mas la teología del Papá Noel lleva en sí la semilla de su propio 'colapso, porque no puede dar razón del mal. No es accidental que cuando la creencia en el "buen Dios" del liberalismo alcanzó difusión, a principios de siglo, el así llamado "problema del mal" (que hasta entonces no había sido ningún problema) súbitamente adquirió prominencia como la cuestión prioritaria de la apologética cristiana. Esto era inevitable, porque no era posible ver la buena voluntad de un Papá Noel celestial en cosas tan desgarradoras y destructivas como la crueldad, la infidelidad matrimonial, la muerte en las calles, o el cáncer al pulmón. La única forma de salvar la perspectiva liberal de Dios es la de disociado de estas cosas, y negar que él tenga relación directa con ellas o control sobre ellas; en otras palabras, negar su omnipotencia y su señorío sobre el mundo. Los teólogos liberales adoptaron esta posición hace cincuenta años, y el hombre de la calle la acepta hoy. De este modo ha quedado con un Dios bueno que quiere hacer el bien, pero que no siempre puede aislar a sus hijos del dolor y las dificultades. Cuando se presentan las dificultades, en consecuencia, no hay otra solución que sonreír y aguantar. De este modo, mediante una irónica paradoja, la fe en Dios que es toda bondad y nada de severidad, tiende a afirmar a los hombres en su actitud fatalista y pesimista hacia la vida.

He aquí, por lo tanto, una de las Veredas religiosas de nuestro día, que conducen (como lo hacen todas de un modo o de otro) al país del Castillo de la Duda y del Gigante Desesperación. ¿Cómo pueden los que se han descarriado de este modo volver al camino verdadero? Solamente aprendiendo a relacionar la bondad de Dios con su severidad, según las Escrituras. El propósito del presente capítulo es el de bosquejar la sustancia de la enseñanza bíblica sobre este asunto.

II

La bondad, tanto en Dios como en el hombre, significa algo admirable, atractivo, digno de alabanza. Cuando los escritores bíblicos llaman a Dios "bueno", están pensando en general en todas aquellas cualidades morales que hacen que su pueblo lo llame "perfecto", y, en particular, en la generosidad que los lleva a llamado "misericordioso" y lleno de "gracia", como también a hablar de su "amor". Ampliemos esto un poco.

La Biblia proclama constantemente el tema de la perfección moral de Dios, como la declaran sus propias palabras y se verifica en la experiencia de su pueblo. Cuando estaba con Moisés en el monte Sinaí "proclamando el nombre (es decir, el carácter revelado) de Jehová (es decir, Dios como el Jehová de su pueblo, el soberano salvador que dice de sí mismo 'Yo soy el que soy' en el pacto de la gracia)", lo que dijo fue esto: "¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado... "(Exo. 34: 5-7). Y este proclamar de la perfección moral de Dios se llevó a cabo como el cumplimiento de su promesa de hacer pasar delante de Moisés todo su bien, su bondad (Exo. 33: 19). Todas las perfecciones particulares que se mencionan aquí, y todas las que van con ellas -toda la veracidad y absoluta honestidad de Dios, su inagotable justicia y sabiduría, su ternura, su paciencia, y su total suficiencia para todos cuantos buscan penitentemente su auxilio, la nobleza de su bondad al ofrecer a 'los hombres el exaltado destino de la comunión con él en santidad y amor-, todas estas cosas en conjunto constituyen la bondad de Dios, en el sentido pleno de la suma total de sus reveladas excelencias. Y

cuando David declaró, "En cuanto a Dios, perfecto es su camino" (II Sam. 22: 31; Sal 18: 30), lo que quiso significar fue que el pueblo de Dios encuentra en la experiencia, como lo había encontrado él mismo, que Dios jamás obra sino encuadrado en el marco de la bondad que ha manifestado poseer. "Perfecto es su camino, y acrisolada la palabra de Jehová; escudo es a todos los que en él esperan." Este salmo en general constituye la declaración retrospectiva de David sobre la forma en que él mismo había comprobado que Dios es fiel a sus promesas y del todo suficiente como escudo y defensor; y todo hijo de Dios que no ha perdido el derecho a la primogenitura reincidiendo, comparte una experiencia similar.

(Incidentalmente, si el lector no ha leído cuidadosamente todo este salmo, preguntándose en cada punto en qué medida su testimonio se compara con el de David, le sugeriría que lo hiciese de inmediato -y que luego lo siga haciendo con frecuencia. Descubrirá que se trata de una disciplina saludable, si bien demoledora.)

Con todo, hay más todavía. Dentro del conjunto de perfecciones morales de Dios hay una en particular a la que apunta el término "bondad" ("misericordia"): la cualidad que Dios destacó en forma específica dentro del total cuando proclamó "todo su bien" (cf. BJ: toda su bondad) a Moisés. Habló sobre sí mismo con la expresión "grande en misericordia y verdad" (Exo. 34: 6). Esta es la cualidad de la generosidad. La generosidad significa una disposición a dar a otros en forma que no tiene motivo mercenario alguno y que no está limitada por lo que merecen los destinatarios, sino que invariablemente va más allá. La generosidad expresa el simple deseo de que otros tengan lo que necesitan para que sean felices. La generosidad es, por decido así, el foco \ central de la perfección moral de Dios; es la cualidad que determina cómo se han de desplegar todas las restantes excelencias de Dios. Dios es "grande en misericordia" -ultra bonus, como solían expresado los teólogos latinos de otros tiempos, espontáneamente bueno, rebosante de generosidad. Los teólogos de la escuela reformada emplean la palabra neo testamentaria "gracia" (favor gratuito) para cubrir todo acto de generosidad divina, del tipo que sea, y por lo tanto distinguen entre la "gracia común" de la "creación, preservación, y todas las bendiciones de esta vida", y la "gracia especial" manifestada en la economía de la salvación. El sentido del contraste entre "común" y "especial" está en que todos se benefician de la primera, pero no a todos alcanza la segunda. El modo bíblico de trazar la diferencia sería el de decir que Dios es bueno con todos en algunas maneras y con algunos en todas las maneras.

La generosidad de Dios, consistente en conceder bendiciones naturales, es aclamada en el Salmo 145. "Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras... Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida a su tiempo. Abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente (vv. 9, 15,16; cf. Hec. 14:17). Lo que quiere decir el salmista es que, desde el momento que Dios controla todo lo que ocurre en su mundo, toda comida, toda alegría, toda posesión, todo momento de sol, toda noche de sueño, todo momento de salud y seguridad, todo cuanto sustenta y enriquece la vida, es don divino. ¡Y cuán abundantes son estos dones! "Cuenta tus bendiciones, menciónalas una por una", dice la canción (el "corito") infantil, y todo el que con sinceridad se dedique a enumerar solamente sus bendiciones naturales comprenderá a poco andar la fuerza de la línea siguiente: "y te sorprenderá lo que ha hecho el Señor". Pero las misericordias de Dios en el plano natural, por abundantes que sean, se empequeñecen ante las bendiciones mayores de la redención espiritual. Cuando los cantores de Israel llamaban al pueblo a dar gracias a Dios "porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia" (Sal 106: 1; 107: 1; 118: 1; cf. 100:4s; II Cro. 5: 13; 7: 13; Jer. 33: 11), generalmente estaban pensando en misericordias redentoras: misericordias tales como "las poderosas obras" de Dios al salvar a Israel de Egipto (Sal 106: 2ss, 136), su disposición para ser paciente y perdonar cuando sus siervos caen en el pecado (Sal 86: 5), y su ánimo pronto para enseñar

al hombre 'su camino (Sal 119: 68). Y la bondad a que se refería Pablo en Romanos 11: 22 era la misericordia de Dios de injertar gentiles "silvestres" en el olivo -es decir, la comunión del pueblo del pacto, la comunidad de los creyentes salvados.

La exposición clásica de la bondad de Dios es el Salmo 107. Allí, para reforzar su llamado a alabar "a Jehová, porque él es bueno", el salmista generaliza basado en experiencias pasadas de Israel en la cautividad, y de israelitas con necesidades personales, para dar cuatro ejemplos de cómo "clamaron a Jehová en su angustia, y los libró de sus aflicciones" (vv. 6, 13, 19, 28). El primer ejemplo es el de Dios redimiendo a los impotentes de manos de sus enemigos y conduciéndolos por el desierto hasta encontrar lugar donde vivir; el segundo es el de Dios librando de las "tinieblas y sombra de muerte" a quienes él mismo había llevado a esa condición a causa de su rebeldía contra él; el tercero es el de Dios sanando las enfermedades con las que había castigado a los "insensatos" que no lo tuvieron en cuenta; el cuarto es el de Dios protegiendo a los que andaban en el mar cuando la tempestad amenazaba hundir el barco. Cada uno de los episodios termina con el estribillo "Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres" (vv. 8, 15, 21, 31). El Salmo todo constituye un majestuoso panorama de las operaciones de la bondad divina en la tarea de transformar vidas humanas.

III

Veamos ahora lo que es la severidad de Dios. La palabra que emplea Pablo en Romanos 11: 22 significa literalmente "cortar"; denota el retiro terminante por parte de Dios de (su bondad para con los que la han despreciado. Nos recuerda un hecho en relación con Dios que él mismo declaró cuando proclamó su nombre ante Moisés; a saber, que si bien él es "grande en misericordia y verdad", "de ningún modo tendrá por inocente al malvado" -vale decir, los culpables obstinados e impenitentes (Exo. 34:6s). El acto de severidad al que se refería Pablo era el rechazo por parte de Dios de Israel como cuerpo -separándolos del olivo, del que constituían ellos ramas naturales- porque no creyeron el evangelio de Jesucristo. Israel calculaba que contaba con la misericordia de Dios, pero no tuvieron en cuenta la manifestación concreta de su misericordia en el Hijo; y la reacción de Dios fue veloz: cortó a Israel. Pablo aprovecha la ocasión para advertir a los cristianos gentiles que si se alejaban como ocurrió con Israel, Dios los cortaría a ellos también. "Tú por la fe estás en pie. No te ensoberbecas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará" (Rom. 11:20s).

El principio que Pablo aplica en este caso es el de que, por detrás de todo acto de misericordia divina, se yergue una amenaza de severidad en juicio si dicha misericordia es menospreciada. Si no permitimos que ella nos acerque a Dios en espíritu de gratitud y de amor recíproco, no podemos echarle la culpa a nadie sino a nosotros mismos cuando Dios se nos vuelve en contra. En la misma carta a los Romanos Pablo ya se había dirigido al crítico no cristiano y satisfecho de sí mismo en los siguientes términos: "su benignidad te guía al arrepentimiento", es decir, como lo expresa correctamente J. B. Phillips en su paráfrasis, "tiene como fin guiarte al arrepentimiento". "Tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo", y, sin embargo, Dios ha cargado con tus faltas, las mismas faltas que 'en tu opinión merecen el juicio divino cuando las ves en otros, y tendrías que sentirte muy humillado y muy agradecido. Mas si, mientras despellejas a otros, tú mismo no te vuelves a Dios, entonces "menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad", y, de este modo, "por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira" (Rom. 2: 1-5). De modo semejante, Pablo les dice a los cristianos romanos que la misericordia de Dios sería su porción si se daba una condición: "si permaneces en esa bondad pues de otra manera tú también serás

cortado" (Rom. 11: 22). Es el mismo principio en cada caso. Quienes rehúsan responder a la bondad de Dios arrepintiéndose, y expresando fe, confianza, y sumisión a su voluntad, no pueden sorprenderse o quejarse si, tarde o temprano las pruebas de su bondad son quitadas, la oportunidad para beneficiarse de ella termina, y sobreviene el castigo.

Pero Dios no es impaciente en su severidad; todo lo contrario. Dios es "tardo ["lento"] para la ira" (Neh. 9: 17; Exo. 34:6; Núm. 14: 18; Sal 86: 15; 103:8; 145:8; Joel 2: 13; Jon. 4:2). La Biblia da gran importancia a la paciencia y la tolerancia de Dios, por cuanto pospone juicios merecidos con el fin de extender el día de la gracia y dar mayor oportunidad para el arrepentimiento. Pedro nos recuerda cómo, cuando la tierra estaba corrompida y clamaba pidiendo juicio, con todo, "esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé" (I Ped. 3:20) -referencia, probablemente, a los ciento veinte años de tregua (como parece haberlo sido) que se mencionan en Gen 6: 3. Asimismo, en Romanos 9: 22, Pablo nos dice que, a lo largo del curso de la historia, Dios "soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción". Además, Pedro explica a sus lectores del primer siglo que la razón de que el prometido regreso de Cristo para juzgar no ha ocurrido aún es que Dios "es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (II Pedro 3: 9); y esa misma explicación tiene vigencia hasta hoy aparentemente. La paciencia que Dios manifiesta al dar "tiempo para que se arrepienta" (Apo. 2:21), antes de que se produzca el juicio; constituye una de las maravillas de la historia bíblica. No es de sorprender que el Nuevo Testamento recalque el hecho de que la paciencia es una virtud y una obligación cristianas; es en verdad parte de la imagen de Dios (Gal. 5:22; Efe. 4:2; Col. 3: 12).

IV

Siguiendo la línea de pensamiento expresada arriba podemos aprender por lo menos tres lecciones.

1. Debemos apreciar la bondad de Dios

Debemos contar nuestras bendiciones. Aprendamos a no dar por sentados los beneficios naturales, capacidades, y deleites; aprendamos a darle gracias a Dios por todo. No menospreciemos la Biblia, ni el evangelio de Jesucristo, con una actitud ligera f hacia cualquiera de los dos. La Biblia nos muestra un Salvador que sufrió y murió con el objeto de que nosotros los pecadores pudiésemos ser reconciliados con Dios; el Calvario es la medida de la bondad de Dios; tomémoslo a pechos. Hagámonos la pregunta del salmista: "¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?" Procuremos tener la gracia suficiente para hacer nuestra su propia respuesta: "Tomaré la copa de la salvación, e invocaré el nombre de Jehová... Oh Jehová, ciertamente soy yo tu siervo... A Jehová pagaré ahora mis votos..." (Sal 116: 12ss).

2. Debemos apreciar la paciencia de Dios

Pensemos en cómo nos ha aguantado, y nos sigue aguantando, cuando tanto de lo que hay en nuestra vida es indigno de él, y cuando hemos merecido que nos rechace sin contemplación. Aprendamos a maravillarnos de su paciencia, y a buscar la gracia necesaria para imitada en nuestro trato con los demás; y procuremos en adelante no poner a prueba su paciencia.

3. Debemos apreciar la disciplina de Dios

El es tanto nuestro sustentador como, en último análisis, nuestro medio; todas las cosas vienen de él y hemos probado su bondad todos los días de nuestra vida. ¿Nos ha llevado esta experiencia al arrepentimiento, y a la fe en Cristo? Si no, estamos jugando con Dios, y estamos expuestos a la amenaza de su severidad. Pero si, ahora, él, en la frase de Whitefield, coloca espinas en nuestra cama, es con el único fin de despertarnos del sueño de la muerte espiritual y para hacernos levantar para buscar su misericordia. O si somos verdaderos creyentes, y él todavía nos pone espinas en la cama, es con el único fin de impedir que caigamos en el sopor de la complacencia, y para asegurar que "permanezcamos en esa bondad", permitiendo que nuestro sentido de necesidad nos lleve constantemente a buscar su rostro en actitud de humillación y fe. Esta benévola disciplina, en la que la severidad de Dios nos toca por un momento en el contexto de su bondad, tiene como fin evitar que tengamos que afrontar todo el peso de su severidad sin dicho contexto. Se trata de una disciplina de amor, -y ha de ser aceptada en conformidad. "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor" (Heb. 12:5). "Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos" (Sal 119:71).

CAPITULO 17: EL DIOS CELOSO

I

"El Dios celoso"... suena ofensivo, ¿no es cierto? Porque conocemos el celo, "ese monstruo de ojos verdes", como un vicio, uno de los defectos más voraces y destructivos que existen, mientras que Dios, lo sabemos muy bien, es perfectamente bueno. ¿Cómo, entonces, es posible que alguien pudiera imaginar jamás que haya celo en él?

El primer paso en la elaboración de una respuesta a esta pregunta es el de aclarar que no se trata de imaginar nada. Si estuviéramos imaginando un Dios, entonces, naturalmente, le asignaríamos únicamente características que admira más, y el celo no entraría en escena para nada. A nadie se le daría por imaginar un Dios celoso. Pero no estamos fabricando una idea sobre Dios en base a nuestra imaginación; más bien, estamos procurando escuchar la voz de la Sagrada Escritura, en la que Dios mismo nos dice la verdad sobre sí mismo. Porque Dios, nuestro Creador, ha quien jamás hubiéramos podido descubrir mediante el ejercicio de la imaginación, se ha revelado a sí mismo. Ha hablado. Ha hablado mediante muchos agentes humanos, y en forma suprema por su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Y no ha dejado que sus mensajes, y el recuerdo de sus portentosos hechos, fuesen torcidos y perdidos por los procesos deformatorios de la transmisión oral. En vez de esto, ha dispuesto que quedasen registrados en forma de escritos permanentes. Y allí en la Biblia, el "registro público" de Dios, como la llamaba Calvino, encontramos que Dios habla repetidas veces de su celo.

Cuando Dios sacó a Israel de Egipto y lo llevó al Sinaí, para darle la ley y el pacto, su celo fue uno de los primeros hechos que le enseñó en cuanto sí mismo. La sanción del segundo mandamiento, que le fue dado a Moisés en forma audible y escrita "con el dedo de Dios" en tablas de piedra (Exo. 31:18), se hizo con estas palabras: "Yo soy Jehová tu Dios celoso" (20:5). Poco después Dios le dio a Moisés el mismo concepto en forma más sorprendente: "Jehová, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es" (34:14). Por encontrarse en el lugar que se encuentra, este texto resulta sumamente significativo. El hacer conocer el nombre de Dios -es decir, como siempre en la Escritura, su naturaleza y su carácter- constituye un tema básico de Éxodo. En el capítulo 3 Dios había declarado que su nombre era "Yo soy el que soy", o, simplemente, "yo SOY", y en el capítulo 6, "Jehová" ("el SEÑOR"). Dichos nombres hacían referencia a su existencia propia, su autodeterminación, y su soberanía. Luego, en el capítulo

34: 5ss, Dios había proclamado a Moisés su nombre diciéndole que Jehová es "misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad;" que guarda misericordia que perdona la iniquidad que visita la iniquidad... ". He aquí un nombre que destacaba su gloria moral. Finalmente, siete versículos más adelante, como parte de la misma conversación con Moisés, Dios resumió y redondeó la revelación sobre su nombre declarando que era "Celoso". Está claro' que esta palabra inesperada representaba una cualidad en Dios que, lejos de ser incompatible con la exposición anterior de su nombre, era en algún sentido su resumen. Y como esta cualidad era en el sentido verdadero su "nombre", es evidente que era muy importante que su pueblo la comprendiera.

En realidad, la Biblia habla bastante sobre el celo de Dios. Hay otras referencias a él en el Pentateuco (Núm. 25:11; Dt. 4:24; 6:15; 29:20; 32:16,21), en los libros históricos (Jos. 24: 19; 1 Rey. 14:22), en los profetas (Eze. 8:3-5; 16:38,42; 23:25; 36:5ss; 38: 19; 39:25; Joel 2: 18; Nah. 1:2; Sof. 1: 18; 3:8; Zac. 1: 14, 8:2), y en los Salmos (78:58; 79:5). Se lo presenta constantemente como motivo para la acción, ya sea en ira o en misericordia. "Me mostraré celoso por mi santo nombre" (Eze. 39:25); "Celé con gran celo a Jerusalén y a Zion" (Zac. 1: 14); "Jehová es Dios celoso y vengador" (Nah. 1: 2). En el Nuevo Testamento Pablo les pregunta a los insolentes corintios: "¿Provocaremos a celos al Señor?" (I Cor 10: 22); Santiago 4:5, versículo de difícil interpretación, dice así en la RVR: "El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente. "

II

Empero, ¿de qué naturaleza es este celo divino? nos preguntamos. ¿Cómo puede ser una virtud en Dios cuando es un defecto en los hombres? Las perfecciones de Dios son asunto para la alabanza; pero, ¿cómo podemos alabar a Dios por ser celoso?

La respuesta a estas interrogantes la encontraremos teniendo en cuenta dos factores. Primero: las afirmaciones bíblicas acerca del celo de Dios son antropomorfismos, vale decir, descripciones de Dios en lenguaje tomado de la vida humana. La Biblia está llena de antropomorfismo -el brazo, la mano, el dedo de Dios, su facultad de oír, de ver, de oler; su ternura, enojo, arrepentimiento, risa, gozo, etcétera. La razón de que Dios' emplee estos términos para hablarnos acerca de sí mismo es la de que el lenguaje tomado de nuestra propia vida personal constituye el medio más preciso de que disponemos para comunicar nociones 'sobre él. El es un ser personal, y también lo somos nosotros, de un modo que no lo comparte ninguna otra cosa creada. Sólo el hombre, de todas las criaturas físicas, fue hecho a la imagen de Dios. Como nos parecemos más a Dios que ningún otro ser que conozcamos, resulta más instructivo, y menos desconcertante, que Dios se nos ofrezca en términos humanos de lo que lo sería si se valiese de cualquier otro medio. Esto ya lo dejamos aclarando en el capítulo 15.

Ante los antropomorfismos de Dios, sin embargo, es fácil tomar el rábano de las hojas. Hemos de tener presente que el hombre no es la medida de su Hacedor, y que, cuando se emplea para Dios el lenguaje relacionado con la vida de los seres ,humanos no debe suponerse que están incluidas las limitaciones de la criatura humana de conocimiento, poder, visión, fuerza, o consistencia, o cualquiera otra semejante. Y debemos recordar que aquellos elementos de las cualidades humanas que evidencian el efecto corruptor del pecado no tienen contrapartida en Dios. Así, por ejemplo, su ira no es esa innoble erupción de cólera humana tan frecuente en nosotros, señal de orgullo y debilidad, sino que es la santidad que reacciona ante el mal, de un modo que resulta moralmente justo y glorioso. "La ira del hombre no obra la justicia de Dios" (San. 11: 20), pero la ira de Dios es precisamente su justicia

manifestada en acción judicial. Del mismo modo, el celo de Dios no es un compuesto de frustración, envidia, despecho, como lo es tan a menudo el celo humano, sino que aparece en cambio como un fervor (literalmente) digno de alabanza para preservar algo supremamente precioso. Esto nos lleva al segundo punto.

Segundo: hay dos clases de celos entre los hombres, y sólo uno de ellos constituye un defecto. El celo vicioso (la envidia) es una expresión de la actitud que dice: "Yo quiero lo que tienes tú, y te odio porque no lo tengo." Se trata de un resentimiento infantil que brota como consecuencia de la codicia no reprimida, que se expresa en envidia, malicia, y mezquindad de proceder. Es terriblemente potente, porque se nutre y a la vez es alimentado por el orgullo, la raíz principal de nuestra naturaleza caída. El celo puede volverse obsesivo y, si se le da rienda suelta, puede llegar a destruir totalmente una personalidad que antes era firme. "Cruel es la ira, e impetuoso el furor; mas ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?", pregunta el sabio (Pro. 27:4). Lo que con frecuencia se denomina el celo sexual, la loca furia de un pretendiente rechazado o suplantado, es de este tipo.

Pero hay otra clase de celo: el celo por proteger una relación amorosa, o por vengarla cuando ha sido rota. Este celo opera igualmente en la esfera del sexo; allí, sin embargo, aparece, no como la reacción ciega del orgullo herido sino como fruto del afecto conyugal. Como lo ha expresado el profesor Tasker, las personas casadas "que no sintieran celo ante la irrupción de un amante o un adúltero en el hogar carecerían por cierto de percepción moral; porque la exclusividad en el matrimonio es la esencia del mismo" (The Epistle Of James/La Epístola de Santiago, p. 106). Este tipo de celo es una virtud positiva, por cuanto denota una real comprensión del verdadero significado de la relación entre marido y mujer, juntamente con el celo necesario para mantenerla intacta. El Antiguo Testamento reconocía la justicia de dicho celo, y especificaba una "ofrenda de celos", y una prueba con una maldición aparejada a ella, por la que el esposo que sospechaba que su mujer le había sido infiel y que en consecuencia estaba poseído de un "espíritu de celos", pudiera salir de la duda, en un sentido u otro (Núm. 5: 11-32). Ni aquí ni en la otra referencia al esposo ofendido, en Proverbios 6: 34, sugiere la Escritura que el "celo" sea cuestionable en este caso; más bien, trata su decisión de cuidar su matrimonio contra la invasión, y de tomar medidas contra cualquiera que ose violarlo, como algo natural, normal y justo, y como prueba de que valora el matrimonio como corresponde.

Ahora bien, para la Escritura, invariablemente, el celo de Dios es de este último tipo: vale decir, como un aspecto de su amor hacia su pueblo del pacto. El Antiguo Testamento considera el pacto de Dios como su casamiento con Israel, que lleva en sí la demanda de un amor y una lealtad incondicionales. La adoración de ídolos, y toda relación comprometedora con ídólatras no israelitas, constituía desobediencia e infidelidad, lo cual Dios veía como adulterio espiritual que lo provocaba al celo y la venganza. Todas las referencias mosaicas al celo de Dios tienen que ver con la adoración de ídolos de un modo o de otro, todas tienen su origen en la sanción del segundo mandamiento, que citamos anteriormente. Lo mismo se puede decir de Josué 24: 19; 1 Reyes 14:22; Salmo 78:58, y en el Nuevo Testamento 1 Corintios 10:22. En Ezequiel 8:3, a un ídolo que se adoraba en Jerusalén se le llama, "imagen de celos, la que provoca a celos", En Ezequiel 16 Dios caracteriza a Israel como su esposa adúltera, embrollada en impías alianzas con ídolos e ídólatras de Canaán, Egipto, y Asiría, y pronuncia sentencia como sigue: "Yate juzgaré por las leyes de las adúlteras, y de las que derraman sangre; y traeré sobre ti sangre de ira y de celos" (v. 38; cf. v. 42; 23:25).

Por estos pasajes podemos ver claramente lo que quería decir Dios cuando le dijo a Moisés que su nombre era "Celoso". Quiso significar que exige de aquellos a quienes ha amado y redimido total y absoluta lealtad, y que vindicará su exigencia mediante acción rigurosa contra ellos si traicionan su

amor con infidelidad. Calvino dio en el clavo cuando explicó la sanción del segundo mandamiento como sigue:

El Señor con frecuencia se dirige a nosotros en el carácter de esposo... Así como él cumple todas las funciones de un esposo fiel y verdadero, requiere de nosotros amor y castidad; es decir, que no prostituyamos nuestra alma con Satanás... Así como cuanto más puro y casto sea un marido, tanto más gravemente se siente ofendido cuando ve que su mujer se vuelve hacia un rival; así también el Señor, que en verdad nos ha desposado consigo, declara que arde con el celo más ardiente cada vez que, ignorando la pureza de su santo matrimonio, nos contaminamos con concupiscencias abominables, y especialmente cuando la adoración de su Deidad, que tendría que haber sido mantenida incólume con el mayor cuidado, se transfiere a otro, o se adultera con alguna superstición; por cuanto de este modo no sólo violamos nuestro desposorio sino que contaminamos el lecho nupcial, permitiendo en él a los adúlteros (Institutes, II, viii, 18; Institución de la Religión Cristiana, Países Bajos: Fundación Editora de literatura Reformada, 1968, en dos volúmenes).

Empero, si hemos de ver la cuestión en su verdadera dimensión, tendremos que aclarar algo más. El celo de Dios por su pueblo, como hemos visto, presupone el amor que responde al pacto; y dicho amor no es un afecto transitorio, accidental y sin objeto, sino que es la expresión de un propósito soberano. El objetivo del amor de Dios en el pacto es 1 el de contar con un pueblo en la tierra mientras dure la historia, y posteriormente el de tener a todos los fieles de todas las épocas consigo en la gloria. El amor pactado es el centro del plan de Dios para su mundo. Y esa la luz del plan total de Dios para su mundo que debe entenderse, en último análisis, su celo. Porque el objetivo último de Dios como lo declara la Biblia, es triple: el de vindicar su gobierno y su justicia mostrando su soberanía al juzgar el pecado; el de rescatar y redimir a su pueblo elegido; y el de ser amado y alabado por ellos por sus gloriosos actos de amor y auto vindicación. Dios busca lo que nosotros deberíamos buscar -su gloria, en y a través de los hombres-, y su celo tiene como fin asegurar al cabo dicho propósito. Su celo es, precisamente, en todas sus manifestaciones, "el celo de Jehová de los ejércitos" (Isa. -9:7; 37:32; cf. Eze. 5:13) para lograr el cumplimiento de su propósito de Misericordia y justicia.

De manera que el celo de Dios lo lleva, de un lado, a juzgar y destruir a los infieles entre su pueblo, los que caen en la idolatría y el pecado (Deu. 6:14s; Jos. 24:19; Sof. 1: 18) ;y, más aun, a juzgar a los enemigos de la justicia y la misericordia en todas partes (Nah. 1:2; Eze. 36:5s; Sof. 3:8); también lo lleva, de otro lado, a restaurar a su pueblo luego que el juicio nacional los ha castigado y humillado (el juicio de la cautividad, Zacarías 1: 14; 8:2; el juicio de la plaga de langostas, Joel 2: 18). ¿Y qué es lo que motiva estas acciones? Simplemente el hecho de que se muestra "celoso por [su] santo nombre" (Eze. 39:25). Su "nombre" es su naturaleza y su carácter como Jehová, el Señor, soberano de la historia, el "nombre" que debe ser conocido, honrado, alabado. "Yo Jehová, este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas." "Por mí, por amor de mí mismo lo haré, para que no sea mancillado mi nombre, y mi honra no la daré a otro"(Isa. 42:8; 48: 11). He ahí la quintaesencia del celo de Dios.

III

¿Qué relación práctica tiene todo esto con los que se dicen pueblo del Señor? La respuesta podemos dála bajo dos encabezamientos.

1. El celo de Dios exige que seamos celosos para con Dios

Como la respuesta adecuada al amor de Dios para con nosotros es amor para con él, así también la respuesta adecuada a su celo por nosotros es el celo para con él. Su interés en nosotros es grande; por ello nosotros también debemos ocuparnos grandemente de él. Lo que implica la prohibición de la idolatría en el segundo mandamiento es que el pueblo de Dios ha de dedicarse en forma positiva y apasionada a su persona, su causa, y su honor. La palabra bíblica para tal devoción es justamente celo, a veces denominado precisamente celo de Dios. Dios mismo, como hemos visto, ostenta dicho celo, y los fieles han de manifestarlo también.

La descripción clásica del celo de Dios la hizo el obispo C. Ryle. Lo citamos extensamente: El celo en lo religioso es un deseo ardiente de agradar a Dios, hacer su voluntad, y proclamar su gloria en el mundo en todas sus formas posibles. Es un deseo que ningún hombre siente por naturaleza -que el Espíritu pone en el corazón de todo creyente cuando se convierte-, pero que algunos creyentes sienten en forma mucho más fuerte que otros, al punto de que sólo ellos merecen que se los considere "celosos"...

El hombre celoso en lo religioso es prominentemente hombre de una sola cosa. No basta con decir que es diligente, sincero, inflexible, cabal, activo, ferviente en espíritu. Sólo ve una cosa, está envuelto en una sola cosa; y esa sola cosa es agradar a Dios. Sea que viva o que muera: sea que tenga salud, sea que padezca enfermedad; sea rico o sea pobre; sea que agrade a los hombres o que los ofenda; sea que se lo considere sabio, o que se lo considere tonto; sea que reciba alabanza o que reciba censura; sea que reciba honra o pase vergüenza; al hombre que tiene celo nada de esto le importa. Siente fervor por una sola cosa; y esa sola cosa es agradar a Dios y proclamar su gloria. Si ese fervor ardiente lo consume, esto tampoco le importa; está contento. Siente que, como una lámpara, ha sido hecho para arder; y si se consume al arder, no ha hecho más que cumplir con la tarea para la que Dios lo ha señalado. Tal persona siempre encontrará campo para su celo. Si no puede predicar, trabajar, dar dinero, podrá llorar, suspirar, orar. ... Si no puede luchar en el valle con J Josué, hará la obra de Moisés, Aarón, y Hur en el monte (Exo. 17:9-13). Si se le impide trabajar a él mismo, no le dará descanso al Señor hasta que la ayuda necesaria surja de alguna parte y la obra se realice. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de "celo" en lo religioso (Practical Religion/Religión práctica, ed. 1959, p. 130).

El celo, anotamos, es un mandato en las Escrituras. Se lo alaba. Los cristianos han de ser "celosos de buenas obras" (Tit. 2: 14). Por su "celo", luego de haber sido reprendidos, los corintios fueron aplaudidos (II Cor. 7: 11). Elías sintió "un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos" (1 Rey. 19: 10,14), y Dios honró su celo enviando un carro de fuego que lo llevase al cielo y eligiéndolo como el representante de la "compañía de los profetas" para estar con Moisés en el monte de la transfiguración y hablar con el Señor Jesús. Cuando Israel provocó la ira de Dios por su idolatría y su prostitución, y Moisés hubo sentenciado a los culpables a muerte y el pueblo lloraba, y un hombre eligió ese momento para aparecer con una mujer madianita del brazo, y Finees, prácticamente loco de desesperación, alanceó a ambos, Dios ensalzó a Finees por haber tenido "celo por su Dios", "llevado de celo entre ellos; por lo cual yo no he consumido en mi celo a los hijos de Israel" (Núm. 25: 11,13). Pablo era un hombre celoso, concentrado enteramente en la obra para su Señor. Estando en peligro de ser encarcelado, y del sufrimiento consiguiente, declaró: "De ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios" (Hec. 20: 24). Y el propio Señor Jesús fue un ejemplo supremo de celo. Cuando lo vieron limpiar el templo "se acordaron sus discípulos de que está escrito: El celo de tu casa me consume" (Juan 2:17).

¿Y qué de nosotros, entonces? ¿Nos consume el celo por la casa de Dios y la causa de Dios? ¿Nos posee? ¿Arde realmente en nosotros? ¿Podemos decir, con el Maestro, "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra" (Juan 4: 34)? ¿Qué clase de discipulado es el nuestro? ¿Tenemos o no necesidad de orar, con aquel ardiente evangelista, George Whitefield -hombre tan humilde como lo era celoso-, "Señor, ayúdame a comenzar a comenzar"?

2. El celo de Dios amenaza a las iglesias que no tienen celo de Dios

Amamos a nuestras iglesias; ellas tienen para nosotros recuerdos sagrados; no podemos imaginar que desagraden a Dios, por lo menos, no seriamente. Pero el Señor Jesús en ' cierta ocasión le mandó un mensaje a una iglesia muy parecida a algunas de las nuestras -la engreída iglesia de Laodicea- en el que le decía a la congregación que su falta de celo constituía fuente de supremas ofensas para él. "Yo conozco tus obras, ni eres frío ni caliente. ¡Ojala fueses frío o caliente!" ¡Cualquier cosa hubiera sido mejor que esa apatía satisfecha de sí misma! "Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca... Sé, pues, celoso, y arrepiéntete" (Apo. 3: 15s, 19). ¿Cuántas de nuestras iglesias en el día de hoy son ortodoxas, respetables... y tibias? ¿Cuál ha de ser entonces, la palabra de Cristo para ellas? ¿Qué esperanza podemos alentar, a menos que, por la misericordia de ese Dios que en su ira recuerda la misericordia, encontremos el celo necesario para el arrepentimiento? ; Avívanos, Señor, antes de que se desencadene el juicio.

LECTURA 3: VANDER POL – DIOS EN TRES PERSONAS – CAPÍTULOS 1 – 6

INTRODUCCIÓN

Como sugiere el título, este libro es acerca de la Trinidad. Como sabrás, la palabra "Trinidad" es una combinación de dos números - tres y uno - en una palabra. Tenemos que reconocer que la palabra "Trinidad" no se encuentra en la Biblia, pero es el término que usamos para referirnos a una de las enseñanzas bíblicas fundamentales acerca de Dios: el hecho de que él es tres y uno. Si conocemos lo que la Biblia enseña acerca de la Trinidad, poseeremos una de las verdades vitalmente importantes que necesitamos para conocer a Dios.

Este libro ha sido escrito para ayudar a los lectores a adoptar esta verdad fundamental, en vez de sólo conformarse con una noción vaga acerca de cómo es Dios. Estas nociones pueden venir de nuestros propios pensamientos o de las opiniones populares acerca de Dios. En la incertidumbre y caos resultante apenas podríamos decir que conocemos a Dios. Para nuestro conocimiento de Dios es esencial tener un marco de referencia seguro. Este libro fue escrito para ayudar a los lectores a descubrir qué dice la Biblia acerca de Dios.

Pero este libro también tiene la intención de llenar ciertas necesidades específicas en nuestra búsqueda de conocer a Dios. Primero, fue escrito para aquellos que están investigando la religión cristiana y aquellos que son nuevos cristianos - aquellos que desean aprender lo básico de la fe cristiana. Segundo, fue escrito para aquellos creyentes cristianos que están considerando ser miembros profesos de una iglesia o congregación cristiana; al aprender acerca de la iglesia, necesitan entender las verdades básicas, incluyendo la Trinidad, la cuál es enseñada por la iglesia. Tercero, fue escrito para aquellos que han seguido una religión que niega la doctrina de la Trinidad y que necesitan una guía franca de la Biblia para asegurarles que la Trinidad ciertamente es una realidad bíblica.

No obstante, todos los que desean conocer a Dios necesitan conocer la enseñanza de la Trinidad. Algunos que leen este libro pueden haber sido cristianos profesos por muchos años; otros pueden estar investigando la religión cristiana por primera vez. Seamos jóvenes o ancianos, avanzados en el entrenamiento teológico o novatos en cuanto las enseñanzas bíblicas, a todos nos hará bien entender las verdades encontradas en este libro. Esto es así, no porque este libro presente ideas recién encontradas que prometan reemplazar todo lo que se ha dicho acerca de Dios. En vez de eso, la enseñanza que encontramos aquí es útil porque declara lo que la iglesia cristiana ha sabido, desde sus orígenes, acerca de Dios y lo que Dios ha revelado acerca de sí mismo desde el establecimiento del mundo.

No podemos enfatizar demasiado cuán importante es creer lo que la Biblia enseña respecto a la Trinidad. Este no es un tópico para ser considerado cuando nos sobre tiempo. Sea que la creamos o no, esta enseñanza determina si conocemos o no al Dios verdadero. Determina si hemos encontrado o no el camino para ser salvos por Dios. Las ideas falsas acerca de Dios son como direcciones equivocadas que sólo aseguran que la carta no llegará a su destinatario. Debemos conocer cómo es Dios para alcanzarle.

Además es urgente conocer este tópico debido a cómo responde Dios a aquellos que tergiversan su identidad. Dios dice, «Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso» (Éxodo 20:5). Dios continúa explicando cómo castiga severamente a los que le odian y lo demuestran tergiversando su identidad. Si alguien escribe mal tu nombre o lo pronuncia equivocadamente puede lastimarte porque los demás no han sido lo suficientemente cuidadosos para aprender a referirse de ti. Dios es "celoso" y protege su nombre. Quiere ser entendido correctamente y llamado apropiadamente. Si hacemos caso omiso a lo que la Biblia dice acerca de Dios y decidimos hablar de él simplemente comoelijamos hacerlo, estamos atrayendo su castigo sobre nosotros. Con seguridad, debemos desear conocer las verdades básicas acerca de Dios para que podamos comunicarnos con él.

Estudiaremos la Biblia para examinar la enseñanza crucial de la Trinidad. Comenzaremos con Jesucristo, aquel por medio de quien Dios se rebeló más concretamente; investigaremos en la Biblia quién es él y qué vino a hacer. Seguidamente, estudiaremos lo que la Biblia dice acerca del Padre de Jesucristo y cómo el Padre está asociado con Jesús. Tercero, averiguaremos lo que la Biblia enseña acerca del Espíritu Santo y cómo se relaciona con el Padre y con el Hijo. Cuarto, reuniremos, a manera de resumen, la enseñanza bíblica expuesta en los capítulos 1 al 3. Quinto, examinaremos algunos pasajes de la Escritura donde las tres personas de la Trinidad se mencionan lado a lado; observaremos cómo ilustran lo que se haya dicho hasta ese punto. Finalmente, trataremos de responder las preguntas de aquellos que niegan esta enseñanza bíblica de la Trinidad.

Quizá debamos dar consejo sobre cómo leer este libro. Aunque es breve, los lectores deben tomar tiempo para comprender cada capítulo antes de continuar con el siguiente. También, aquellos que prefieran leer una traducción diferente de la Biblia de la que se usa aquí, se les anima a consultar la traducción de su elección cada vez que se cita la Escritura.

Cualquier traducción de la Biblia que sea fiel a los lenguajes originales presentará la misma enseñanza acerca de Dios que la encontrada aquí. Espero que este libro sea usado por el Padre, Hijo y Espíritu Santo para ayudar a todos los lectores a conocerle.

PREGUNTAS

1. ¿Qué está mal con adorar a Dios de acuerdo con las ideas que deseemos tener acerca de él?
2. ¿Por qué es necesario conocer y entender la enseñanza bíblica acerca de la Trinidad?
3. ¿Qué quiere decir Dios cuando se llama a sí mismo un Dios "celoso"?
4. ¿Qué enseñan los siguientes versículos acerca del deseo de Dios para nosotros?
 - a. Jeremías 9:23-24
 - b. Jeremías 24:7
 - c. Salmo 36:10
5. Si la Biblia presenta la enseñanza de la Trinidad, ¿cómo debemos considerar a los grupos religiosos y sus "libros santos" que niegan esta enseñanza? Explica tu respuesta.

CAPITULO 1: JESUCRISTO, EL HIJO DE DIOS

Iniciemos con aquel que a menudo es llamado "la segunda persona de la Trinidad". Siglos antes de que Jesús naciera en Belén, el profeta Isaías predijo el nacimiento del Salvador de una manera notoria. Isaías escribió: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz» (Isaías 9:6).

Esto es sorprendente porque Isaías presenta lo que parece ser una paradoja. Escribe acerca de un niño que nace, un hijo' esto significa que el niño es humano. También dice que este hijo será "Dios" y "eterno". ¿Es posible que un niño humano que nazca pueda ser Dios fuerte y Padre eterno?

Este enigma nos introduce a la persona de Jesucristo. Él es el Dios eterno y nació siendo un hombre.

ÉL ES DIOS ETERNO

El evangelio de Juan nos enseña quién es este Jesucristo. Comienza por presentarnos a Jesucristo como el Dios eterno. Usando las primeras palabras de Génesis 1 en el prefacio de su evangelio, Juan nos dice quién estaba allí «en el principio» cuando Dios creó los cielos y la tierra. Juan dice, «En el principio era el verbo, y el verbo era con Dios, y el verbo era Dios» (Juan 1: 1). Un poco después el evangelio de Juan dice que este verbo es la persona de Jesucristo. Jesucristo estuvo allí en el principio del universo. Estaba con Dios y era Dios.

La divinidad de Jesucristo (la verdad de que él es Dios) puede verse en el hecho de que estuvo involucrado en la creación del mundo. Juan dice, «Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Juan 1:3). Esto excluye la idea, sustentada por algunos, de que Jesús fue la primera criatura de Dios y que ayudó a Dios en la creación de todo lo demás. De hecho, «sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho». Así como dice Éxodo 20:11 que en seis días Dios el Señor «hizo los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay», también así Juan enseña que todas las cosas fueron hechas a través de Jesucristo, quien es Dios el Señor.

La evidencia de la divinidad de Jesús también es declarada en otros pasajes de la Biblia. En el libro de Colosenses nos enteramos de que «en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten (Colosenses 1: 16-17). Cuando Dios creó el universo, su agente que realizó el milagro fue Jesucristo la persona divina, a quien Romanos 9:5 se refiere como «Dios sobre todo».

NACIÓ

Juan continúa su historia introductoria del Verbo que era con Dios y que era Dios: «Y aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros» (Juan 1: 14). Esto se refiere al momento cuando el «Dios fuerte» nos nació (Isaías 9:6). La persona divina y eterna de Jesucristo, añadió a sí mismo nuestra naturaleza humana.

El libro de Hebreos también enseña acerca de la humanidad plena de Jesucristo. Nos dice, «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (Hebreos 4: 15). Normalmente no pensamos que Dios sea tentado, no obstante enseña que cuando el Verbo se hizo carne, se igualó a nosotros en nuestra vulnerabilidad y debilidad. Experimentó de primera mano cómo se siente el hambre y la tentación. Aún así, a pesar de sus debilidades, nunca pecó cediendo a la tentación. Permaneció siendo totalmente humano y totalmente obediente a las Escrituras. Jesús es el único ser humano que se ha mantenido perfecto.

Hebreos afirma además que la naturaleza humana que Jesucristo tomó fue la misma naturaleza humana que tenemos nosotros. «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebreos 2: 14). Toda esto es vital mente importante para nosotros. La Biblia dice que somos pecadores que hemos desobedecido los mandamientos de Dios. La única manera para que escapemos del castigo eterno de Dios que merecen nuestros pecados, es que alguien que sea completamente libre de pecado y humano padezca ese castigo en nuestro lugar. Por lo tanto, Jesús rescató a su pueblo del castigo eterno al volverse como nosotros para que pudiera morir por nosotros. El Verbo se hizo como nosotros totalmente humano - para que pudiera tomar nuestro lugar.

La humanidad de Jesús explica porqué Jesús, quien es Dios eterno, oraba cuando vivía en la tierra. Fue tentado en toda manera como nosotros; su naturaleza humana fue vulnerable y débil. Por lo tanto, Jesús, como hombre, habitualmente se dirigía a su Padre celestial para rogar a favor de él mismo y de las necesidades de sus seguidores.

Al igual que la divinidad de Jesús, su humanidad completa es una verdad central en la fe cristiana. «Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios» (1 Juan 4:2-3). Así como prometió Isaías con anticipación que el niño que nacería se llamaría «Dios Fuerte», también el apóstol Pedro predicó después de que Jesús vino diciendo que «Jesús de Nazaret fue un varón aprobado por Dios» (Hechos 2:22).

EL ES DIOS Y HOMBRE

Es posible mal interpretar lo que ha sido escrito hasta este punto. Por ejemplo, puede parecer que cuando el Verbo se hizo carne, dejó de ser divino. Sin embargo, cuando el Verbo se hizo carne, continuó siendo Dios. No meramente se convirtió en un hombre. En vez de eso, se añadió a sí mismo nuestra naturaleza humana. Aunque permaneció siendo una persona divina, ahora posee dos naturalezas - una divina y una humana. Esta verdad deja perpleja nuestra mente humana, pero es posible porque Dios lo hizo.

La Biblia enseña esto claramente cuando dice, «Porque en él habita corporal mente toda la plenitud de la Deidad» (Colosenses 2:9). En el hombre Jesucristo la plenitud de Dios estaba presente. Jesús mismo también enseñó esta verdad cuando llamó Padre a Dios. Dijo: «Mi Padre hasta ahora trabaja y yo trabajo» (Juan 5: 17). Sus opositores se enfurecieron por esta declaración, que Dios era su Padre, implicando que Jesús era igual a Dios (Juan 5: 18). Fue una declaración que llevó a los líderes religiosos judíos a decidir que Jesús debía morir. No obstante, Jesús nunca les dijo que lo habían mal entendido. Ellos entendieron adecuadamente su declaración; el Jesús humano era igual a Dios porque él también era Dios. Esta era una verdad tan fundamentalmente cierta acerca de él que estuvo dispuesto a morir con tal de mantenerla. Como la Biblia enseña consistentemente, él era hombre y Dios.

Esta verdad es importante conocerla cuando buscamos entender lo que ocurrió cuando Jesús murió en la cruz. Cuando Jesús murió, su muerte no fue un accidente; no fue una muerte por la edad avanzada. Su muerte en la cruz se debió a la maldición de Dios sobre el pecado. La Biblia dice, «Maldito todo aquel que es colgado en un madero» (Gálatas 3:13). Hubo muchos que observaron la crucifixión de Jesús con gozo. Ellos le odiaban totalmente. No obstante, en el análisis final, ellos no fueron los que enviaron a Jesús a la cruz. Esto lo hizo Dios el Padre. Así que al estar colgado de la cruz, Jesús clamó; diciendo, “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46).

Jesús murió en la cruz como hombre perfecto, muriendo en lugar de los hombres y mujeres pecadores. Libre del pecado desde la concepción y el nacimiento, fue capaz de morir por el pecado que ha estado presente en nosotros desde nuestra concepción y nacimiento. Pero también, siendo Dios, fue capaz de soportar todo el castigo de Dios, y fue capaz de morir por muchos. Siendo Dios, pudo hacer lo necesario para pagar por todos nuestros pecados, para lograr el perdón completo que necesitamos. Siendo Dios, fue lo suficientemente grande como para lidiar con Dios por nosotros, y siendo humano estuvo lo suficientemente cerca de nosotros como para morir en nuestro lugar. El misterio de que Dios añadió a sí mismo nuestra naturaleza humana fue precisamente lo que necesitábamos para ser salvos de nuestros pecados. Él fue el Hijo de Dios que soportó el castigo de Dios, y fue el hombre que pudo pagar por los pecados humanos.

La Biblia nos dice que confiemos sólo en Jesucristo para ser salvos de nuestros pecados. Debemos ir a Dios y decide que somos pecadores; nos hemos rebelado en su contra, le hemos desobedecido y le hemos odiado. La Biblia también nos dice que vayamos a Cristo creyendo que él es todo lo que necesitamos para el perdón de nuestros pecados. Cuando creemos en él, confiamos que él murió por nosotros. La Biblia promete, «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda más tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Para ser salvos de nuestros pecados, necesitamos este milagro sorprendente por el cual nació el Dios eterno. Esta solución para nuestros pecados hace surgir otra pregunta: si Jesús es Dios, ¿quién es «Dios», quien de acuerdo con Juan 3:16, «dio» a Jesús, su «hijo unigénito»? Continuaremos con esa pregunta en el capítulo 2.

PREGUNTAS

1. ¿Cuál es la verdad asombrosa que se enseña en Isaías 9:6?
2. ¿Cómo nos muestra la participación de Cristo en la creación del mundo que él es Dios?
3. ¿Cómo equiparon a Cristo su divinidad y humanidad para ser el Salvador?
4. ¿Hubo algún momento en el que Jesucristo no era Dios?
5. ¿Hubo algún momento en el que Jesucristo no era hombre?
6. ¿Habrá algún momento cuando Jesucristo no sea Dios? 4. ¿Habrá algún momento cuando Jesucristo no sea hombre?
7. De acuerdo con los siguientes versículos, ¿Cuáles otras personas tienen la capacidad de salvar a los pecadores? ¿Puedes explicar basándote en este capítulo por qué es este el caso? Juan 14:6 Hechos 4:10, 12

CAPITULO 2: EL DIOS Y PADRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Existen muchos pasajes en la Biblia en los que Dios es llamado nuestro Padre. Se le llama nuestro Padre por lo menos por dos razones. La primera razón es porque Dios creó todas las cosas. Encontramos que Lucas 3:38 implica esto, en donde Adán, el primer hombre, es llamado «el hijo de Dios». Adán vino de Dios y debió su existencia a Dios. En este sentido Dios es como nuestros padres humanos que nos dieron vida, pues Dios también nos dio vida. Si Adán es hijo de Dios, podemos entender que Dios es el Padre de Adán. Similarmente, Dios es llamado el «Padre de nuestros espíritus» en Hebreos 12:9. Santiago 1: 17 dice que Dios, quien da todo don bueno y perfecto es el «Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación». En estos pasajes y en otros, Dios es llamado Padre porque él es el origen del universo y quien cuida de él.

Otra razón por la que Dios es llamado Padre es porque salva a su pueblo de sus pecados. Isaías 63:6 dice, "Tú, oh Jehová, eres nuestro Padre, nuestro Redentor perpetuo es tu nombre". Isaías dice esto en una oración a Dios. Está pidiendo a Dios que perdone los pecados de su pueblo y que se acerque a ellos con ternura y compasión. ¿Dónde más podía pedir Isaías perdón y ayuda? Dios había sido su Padre amoroso. Isaías llama a Dios «Padre» para enfatizar la misericordia que Dios muestra hacia el pueblo que salva. Por lo tanto, puesto que Dios es nuestro Padre, Isaías fue capaz de decir en un pasaje más conocido que uno de los nombres de Jesucristo sería «Padre eterno» (Isaías 9:6). Dios es Padre porque salva.

Así que los cristianos pueden llamar «Padre» a Dios porque él es su hacedor y su salvador. Dios es la fuente de la vida física y de la vida eterna.

EL PADRE DE JESUCRISTO

Sin embargo, hay muchos otros lugares en la Biblia donde «Padre» se refiere a una persona distinta a Jesucristo. Efesios 1:3 dice, «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo». Esto enseña que hay una persona, distinta a Jesucristo, quien es su Padre celestial. Ese Padre habló en el día que Jesús fue bautizado por Juan el Bautista. Mientras Jesús estaba siendo bautizado, «se oyó una voz del cielo que decía, Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia» (Mateo 3: 17). Esta voz celestial habló de nuevo cuando Jesús fue transfigurado en una montaña. Mientras Jesús estaba en la montaña con Moisés y Elías, la voz dijo, «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia, a él oíd». Este sonido no era la voz del mismo Jesús, sino la voz de su Padre celestial, quien es distinto a Jesús. La Biblia deja claro, entonces, que el Padre y Jesucristo el Hijo son diferentes personas divinas.

132

Cuando el Señor Jesucristo hablaba, especialmente en el evangelio de Juan, repetidas ocasiones explicaba su relación con el Padre y mostraba que el Padre era una persona divina diferente a él mismo. Una de tales ocasiones fue su oración a su Padre en Juan 17. Jesús oró, «Ahora pues, Padre, glorifícame tú aliado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese». Al hacer esta petición a su Padre, Jesús demostró la verdad de que él es distinto al Padre; no obstante, en el principio ambos poseían la misma gloria divina. Cuando se hizo hombre, Jesús puso a un lado su gloria celestial por un tiempo, pero disfrutaba con anticipación el día cuando la recibiría de nuevo, y él y su Padre compartirían la misma gloria celestial. Originalmente poseían la misma gloria, sin embargo, eran distintos.

Otra ocasión cuando Jesús mostró que él y su Padre eran distintos fue cuando describió a los que se le oponían. Muchos de los contemporáneos de Jesús no le siguieron porque no comprendieron quién era Jesús. Aunque vieron los milagros realizados por Jesús, 110 percibieron que estaban siendo testigos de las obras de Dios. Como resultado, se opusieron a Jesús y a las declaraciones que hizo acerca de sí mismo. Pero no se oponían sólo a Jesús. Inadvertidamente, también se opusieron a su Padre. Jesús dijo, « El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece. Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre» (Juan 15:23-24). El hecho de que Jesús se refirió a ambos, nos muestra que él distinguía entre el Padre y él. Aunque ambos compartían la misma gloria en el cielo y merecían la misma reputación en la tierra, eran distintas personas. El Padre es el Padre de Jesucristo.

EL PADRE ENVIÓ AL HIJO

Aunque tanto el Padre como el Hijo poseen deidad eterna y comparten la misma gloria, no se parecen del todo el uno al otro. En ciertas maneras no se parecen el uno al otro. Podemos notar esto en la tarea singular que cada persona cumple para traernos nuestra salvación.

El evangelio de Juan identifica a Dios el Padre como el que envió a Jesús, el Hijo. En el evangelio de Juan y en sus tres epístolas, esta verdad es referida por lo menos cuarenta y cuatro veces: el Padre envió al Hijo. Cierta ocasión Jesús dijo: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió» (Juan 12:44). Esta verdad también está presente en Juan 3:16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito) para que todo aquel que en él cree, no se pierda mas tenga vida eterna». Al dar a su Hijo, el Padre le envió al mundo. Juan también enseña, «Y nosotros hemos

visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo» (1 Juan 4: 14). Parte de la identidad del Padre es que él es quien envió al Hijo.

Podemos entender la importancia singular que tiene Jesús para aquellos que desean conocer a Dios, porque Jesús es aquel a quien envió el Padre para ser el Salvador. Él es de importancia singular al menos en las siguientes maneras.

Primero, puesto que el Padre envió al Hijo, el Hijo es el mensajero del Padre para nosotros. En su oración a su Padre Jesús dijo que él reveló el nombre del Padre a sus discípulos (Juan 17:6, 26). Jesús dio a conocer a su Padre cuando se hizo carne y habitó en la tierra (Juan 1: 18). Efesios 1:9 dice que Jesús dio a conocer el misterio de la voluntad de Dios. Si no has podido contactar a un amigo que ha vivido lejos por muchos años y te enteras que tu amigo tiene un hijo que vive en tu ciudad, probablemente tratarías de contactar al hijo para saber cómo está tu amigo. Similarmente, si quieres conocer al Padre, ve al Hijo a quien envió el Padre. Puesto que él mismo es Dios, Jesús es de manera especial capaz de darte a conocer al Padre (Juan 1: 18).

Otro aspecto de la singularidad de Jesús es la verdad de que cuando Jesús vino, él completó la obra que el Padre le encargó que hiciera. El libro de Hebreos cita a Jesús cuando dijo, «He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Hebreos 10:7). Hechos nos dice que todo lo que pasó en la vida de Cristo fue planeado por su Padre (Hechos 4:28). Puesto que Jesús obedeció perfectamente a su Padre que le envió, estamos seguros que la salvación que Jesús ofrece satisface todos los requerimientos del Padre. Jesús hizo todo lo que era necesario para remover nuestro pecado y reconciliarnos con el Padre.

Además, cuando el Padre envió al Hijo Jesús a esta tierra en forma de un hombre, le dio el poder y la autoridad necesarios para realizar la obra del Padre. El Padre le dio a Jesucristo el poder para dar su vida y para volverla a tomar (Juan 10: 18). Jesús también declaró que el Padre dio al Hijo el derecho de juzgar (Juan 5:22). Esto muestra de nuevo que el Padre no meramente envió al Hijo como un hombre para ser el Salvador; también preparó a Jesucristo de manera singular con toda la autoridad necesaria para salvar pecadores completamente y para llevar la historia humana hacia su final.

Cuando Jesús fue enviado por el Padre, vino en nombre del Padre para lograr y ofrecernos la salvación de nuestros pecados.

Quizá debamos tomar un momento para notar que esta relación entre el Padre y el Hijo en nuestra salvación, nos deja mirar un poco más claramente el drama que tuvo lugar en la creación. Cuando Dios creó los cielos y la tierra, él habló y el mundo llegó a existir (ver Génesis 1). Pero ya hemos descubierto en la Biblia que todas las cosas fueron hechas a través de Cristo (Juan 1:3). También así el pecador es salvado: a través de Cristo. En cada caso Jesucristo, el Hijo, realiza lo que el Padre ha decidido que ocurra. El apóstol Pablo escribió, «un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él» (1 Corintios 8:6). Así como el Padre nos salvó por medio de Jesucristo, el Hijo, así también fue el Padre quien nos creó por medio del Hijo.

UNA FE

El hecho de que hemos mencionado a dos personas divinas puede causar que nos preguntemos si esto nos requiere seguir dos religiones diferentes. ¿Debemos adorar al Padre con una religión y al Hijo con otra? La respuesta a esta pregunta viene de la verdad de que el Padre envió al Hijo. Nuestra respuesta a Jesús constituye nuestra respuesta al Padre. En las relaciones humanas demostramos respeto por nuestros amigos al tratar con respeto los regalos que nos dan.

Similarmente, la fe en Jesucristo es fe en el Padre que le envió. Jesús dijo, «El que no honra al hijo, no honra al Padre que le envió» (Juan 5:23). Puesto que Jesús obedeció completamente a su Padre, confiar en la vida y muerte de Jesús significa que confiamos que la provisión del Padre para la salvación es completa. Puesto que el Padre envió al Hijo, nuestra confianza en Jesús es confianza en el regalo del Padre.

La fe en el Hijo es fe en el Padre. También esto es así, porque aprendemos acerca del Padre al aprender acerca de Jesús. Sólo él nos revela al Padre. Por lo tanto Jesús dijo, «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9). Puesto que el Padre vino a nosotros enviando a su Hijo, nosotros vamos al Padre yendo al Hijo. Como dijo Jesús, «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí» (Juan 14:6).

PREGUNTAS

1. ¿Cómo muestra la Biblia que el Padre y el Hijo son personas distintas?
2. ¿Cuáles son las tareas distintas del Padre y el Hijo al trabajar juntos?
3. ¿De qué maneras Jesús es de importancia singular?
4. Un monoteísta es una persona que cree que sólo hay un Dios verdadero. ¿Todos los monoteístas creen en el Dios verdadero? Explica. Lee Santiago 2:19 y Juan 14:6.
5. ¿Es posible para Jesucristo obedecer a su Padre y seguir siendo igualmente grande como su Padre? ¿Existen paralelos de esto en nuestras relaciones humanas? Lee Juan 17: 1-5
6. ¿Cómo nos ha amado el Padre? Lee Juan 3:16

CAPÍTULO 3: EL ESPÍRITU DE CRISTO

Juntamente con el Padre y el Hijo, pertenece a la Trinidad una tercera persona, el Espíritu Santo. Cuando la Biblia se refiere a las tres personas de Dios, el Espíritu Santo a menudo es mencionado al final, pero esto no significa que el Espíritu sea menos importante. El orden quizá refleje el hecho de que la tarea del Espíritu Santo es honrar al Hijo y al Padre. Tenemos una pista de esto cuando la Biblia nombra al Espíritu Santo como el Espíritu de Dios y el Espíritu de Cristo (Romanos 8:9). Vamos a aprender quién es este Espíritu.

ES UNA PERSONA

Algunos declaran que el Espíritu Santo no es una persona. Puesto que las palabras usadas en la Biblia para "Espíritu" significan viento o aliento, dicen que el Espíritu de Dios sólo es una fuerza impersonal, como lo es el viento.

Sin embargo, Jesús habla acerca del Espíritu atribuyéndole cualidades de una persona. Por ejemplo, Jesús dice, «Cuando venga el Consolador. . .el Espíritu de verdad. . .él dará testimonio acerca de mí» (Juan 15:26). Si el Espíritu no fuera una persona, Jesús se hubiera referido al Espíritu como "algo", pero Jesús se refiere a él como "alguien" y usa el pronombre "él" (Ver también Juan 14: 17). Encontramos más evidencia de que el Espíritu es una persona al notar 10 que dice Jesús que hace el Espíritu. El da la ayuda de un "consolador" y testifica acerca de Jesús; enseña, recuerda, convence al mundo de culpa, guía, y dice lo que acontecerá (Juan 14:26; 16:8, 13-14). Las fuerzas impersonales no dan este tipo de atención personal.

ES DIVINO

La Biblia también enseña que el Espíritu Santo es divino - él es Dios, tan plenamente como lo son el Padre y el Hijo. Una manera en la que se muestra esto es en cómo la Biblia se refiere al Espíritu Santo como alguien igual a Dios. Por ejemplo, Pedro una vez le dijo a un hombre llamado Ananías que había mentido a la Iglesia, « ¿Por qué llenó Satanás tu corazón para mentir al Espíritu Santo. . .? No has mentido a los hombres, sino a Dios» (Hechos 5:3-4). De acuerdo con Pedro, mentir al Espíritu Santo era mentirle a Dios. Lo que Pedro dice nos muestra que el Espíritu Santo es Dios.

La divinidad del Espíritu también puede verse en el hecho de que él realiza la obra de Dios. La Biblia muestra que estaba activo en la creación del universo, tal y como lo estaban el Padre y el Hijo. Génesis 1, el cual nos reporta cómo creó Dios el mundo, dice que «el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas» (Génesis 1:2). El Salmo 104:30 dice, en concordancia con lo anterior, «Envías tu Espíritu, y son creados; y renuevas la superficie de la tierra». En el principio el Espíritu Santo estuvo allí tomando parte en la obra divina de creación del universo.

La Biblia enseña la divinidad completa del Espíritu con claridad, especialmente cuando coloca su nombre junto con los del Padre y el Hijo, y les adscribe honor igual a los tres. Consideremos las palabras finales de Pablo en su segunda epístola a los Corintios «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Corintios 13: 14). Notemos también cómo autoriza Jesús el sacramento del bautismo. La Iglesia debe bautizar «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mateo 28: 1 9). Podemos ver que la Biblia presenta a las tres personas, incluyendo al Espíritu Santo, como iguales en divinidad y honor.

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Aunque el Espíritu Santo es una persona divina, distinto al Padre y al Hijo, no por eso concluimos que el Espíritu Santo realiza obras que son muy suyas. Lo que hace el Espíritu lo hace en armonía con el Padre y el Hijo. Jesús dijo que enviaría al Espíritu Santo y que Espíritu saldría del Padre (Juan 15:26). Tal y como el Padre envió al Hijo para que cumpliera el plan del Padre, así el Espíritu es enviado por el Padre y el Hijo para tomar parte en sus obras. El Espíritu Santo es llamado el «Espíritu de Dios» y el «Espíritu de Cristo» (Romanos 8:9) porque está unido al Padre y al Hijo en ser, propósito y obra.

La obra singular que el Espíritu realiza en la consecución de la salvación divina para la humanidad pecadora puede resumirse con dos declaraciones básicas: Hizo posible que Cristo viniera a nosotros, y hace posible que nosotros vengamos a Cristo.

1. Hizo posible que Cristo viniera a nosotros

Podemos ver varias maneras en las que Cristo vino a nosotros por medio del poder del Espíritu. Cuando el eterno Hijo de Dios añadió a sí mismo nuestra naturaleza humana, nació de la virgen María. Su concepción fue milagrosa; fue la obra del Espíritu en María. «Se halló que ella había concebido del Espíritu Santo» (Mateo 1:18). Jesús entró a este mundo como un hombre por el poder del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo estuvo activo de nuevo al principio del ministerio público de Jesús cuando predicaba, hacía señales milagrosas y llamaba a la humanidad a regresar a Dios. Cuando Jesús fue bautizado, el Espíritu de Dios se vio descendiendo sobre Jesús como una paloma (Mateo 3:16). Inmediatamente después, la Biblia enseña que Jesús fue probado por medio de la tentación, y luego predicó públicamente acerca del Reino de Dios. Jesús realizó esta obra por el poder del Espíritu, quien descendió sobre él en su bautismo.

La Biblia también enseña que después de su crucifixión y sepultura, Jesús resucitó de entre los muertos en el poder del Espíritu. «Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos mora en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos también dará vida a vuestros cuerpos mortales mediante su Espíritu que mora en vosotros» (Romanos 8: 11). Jesús entró a este mundo como hombre y se ofreció a sí mismo como el sacrificio necesitado para pagar por nuestro pecado - todo en obediencia a su Padre y con el poder del Espíritu.

Jesús ascendió al cielo cuarenta días después de haber resucitado de entre los muertos. Desde entonces Jesús adoptó una manera nueva de anunciar la salvación a los pecadores perdidos. Ahora, en vez de ser él mismo el predicador, Jesús envió a sus apóstoles al mundo para ser sus testigos. Estos testigos llevaron las buenas noticias de Jesús a círculos de influencia cada vez más extensos. Inclusive estos testigos al estar siendo enviados por Jesús, fueron al mundo en el poder del Espíritu. Cuando Jesús les dijo a sus discípulos que los dejaría, prometió que el Espíritu les daría poder para ser testigos (Hechos 1:8). La Palabra que predicaron y las Escrituras que escribieron fueron inspiradas por el Espíritu Santo (2 Pedro 1:21).

En toda manera, el poder del Espíritu hizo posible que Cristo viniera a nosotros. El poder del Espíritu trajo a Jesús a este mundo y le fortaleció mientras estuvo en la tierra. El poder del Espíritu también llevó a los testigos de Jesús y el evangelio de Jesús a cada persona que ha venido a creer en Cristo.

2. Hace posible que vengamos a Cristo

La Biblia enseña que cuando un cristiano cree en Cristo es el resultado de la obra del Espíritu Santo en la vida de esa persona. Sin Cristo una persona está muerto en su pecado y transgresiones (Efesios 2:1-2). Todos necesitamos un nuevo nacimiento para que podamos conocer a Jesús como es realmente. A menos que una persona nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Jesús dijo que a menos que una persona nazca del agua y del Espíritu no puede entrar al Reino de Dios (Juan 3:3, 5). La iniciativa que impulsa a una persona a creer en Cristo es el Espíritu Santo.

Pero el poder del Espíritu también es necesario para que un cristiano continúe siguiendo a Cristo. Es el Espíritu Santo el que desarrolla en nosotros las cualidades personales de piedad que Dios quiere y

que nos hacen semejantes a Cristo. «El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza» (Gálatas 5:22-23). Similarmente, es el Espíritu de Cristo quien nos impulsa a orar. Por lo tanto, aun cuando no sabemos qué pedir, el Espíritu «intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Romanos 8:26). Por medio del Espíritu llamamos «Padre» a Dios (Romanos 8: 15). También es el Espíritu de Cristo el que hace que seguidores diferentes de Cristo formen un solo cuerpo espiritual (1 Corintios 12:13). Tal y como el Espíritu Santo resucitó a Jesús de entre los muertos, así el Espíritu resucitará a sus seguidores de entre los muertos. «Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos mora en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos también dará vida a vuestros cuerpos mortales mediante su Espíritu que mora en vosotros» (Romanos 8: 11). Aprendemos de esta variedad de versículos de la Escritura que para honrar a Dios, la vida cristiana entera debe estar dirigida hacia Cristo, pero también habilitada por el Espíritu.

Cuando entendemos que el Espíritu hizo posible que .J Cristo viniera a nosotros y hace posible que vengamos a Cristo, t llega a quedar claro que la fe en Jesucristo también es fe en el Espíritu Santo. Al confiar solamente en Jesucristo como nuestra esperanza para el perdón de nuestros pecados, estamos confiando en que el Espíritu fortaleció adecuadamente a Cristo, lo calificó completamente y lo presentó fielmente en la Biblia. La fe en Jesucristo también es fe en el Padre que lo envió y en el Espíritu que le dio el poder. Las tres personas divinas obran en concierto haciendo posible que el apóstol Pablo dijera que hay un Señor y una fe (Efesios 4:5).

PREGUNTAS

1. ¿Cómo muestra la Biblia que el Espíritu Santo es una persona?
2. ¿Cómo muestra la Biblia que el Espíritu Santo es Dios?
3. ¿Qué ha hecho el Espíritu Santo para hacer posible que Cristo viniera a nosotros?
4. ¿Qué ha hecho el Espíritu Santo para hacer posible que los pecadores vengan a Cristo?
5. ¿Qué diferencia hace para el cristiano el hecho de que el Espíritu Santo sea una persona? Lee Juan 16:8, 13-14.
6. Si el Espíritu Santo no fuera Dios, ¿Cómo afectaría esto la confianza de una persona que cree en Jesucristo? Lee Juan 15:26 y 1 Corintios 12:3
7. Si una "persona espiritual" es una persona que está bajo la influencia del Espíritu Santo, ¿es posible que una "persona espiritual" no siga a Jesucristo? Explica.

CAPÍTULO 4: EL NOMBRE DEL PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO

Es tiempo de combinar todo lo que hemos estado diciendo hasta aquí y formar una declaración breve que resuma la enseñanza bíblica de la Trinidad. Daremos una definición de lo que la Biblia dice de la Trinidad y ofreceremos un resumen de cómo el Dios trino logra sus propósitos.

DEFINICIÓN

La definición puede ordenarse en tres declaraciones:

1. Hay solamente un Dios verdadero. La Biblia asume: este hecho en todo lo que dice. Por ejemplo, si hubiera más de un Dios, la Biblia no condenaría la adoración de muchos dioses,

que prevalecía cuando la Biblia fue escrita. La Biblia también declara explícitamente que sólo hay un Dios verdadero. Por ejemplo, Romanos 3:30 dice que «hay un solo Dios, quien justificará»; esto significa que sólo un Dios salvará a los pecadores. Gálatas 3:20 incluye la declaración de que «Dios es uno». 1 Timoteo 1: 17 alaba a Dios como el «Rey de los siglos, inmortal, invisible y único Dios». Santiago enseña que aun los demonios conocen acerca de Dios. Dice, «Tú crees que Dios es uno. Bien haces. También los demonios creen y tiemblan» (Santiago 2: 19). Deuteronomio enseña que esta verdad significa que debemos dedicarnos a este único Dios verdadero: «Escucha, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Deuteronomio 6:4-5). Una verdad bíblica fundamental es que sólo hay un Dios verdadero.

2. Este único Dios verdadero existe como tres personas distintas. Tal y como es difícil definir qué es una persona humana, también es difícil definir qué es una persona divina. No obstante, en las relaciones humanas las diferentes personas son distintas, con cualidades únicas, sin embargo se pueden relacionar; (entre sí de una manera "personal". Lo mismo es cierto en cuanto a las personas divinas en un sentido mucho más exaltado. Son distintas, pero se relacionan entre sí personalmente. Por ejemplo, hemos visto en el capítulo 2 cómo la Biblia enseña que el Padre es distinto al Hijo y que el Padre envió al Hijo. También hemos mostrado bíblicamente en el capítulo 3 que el Espíritu Santo es una persona divina que ministra a los discípulos de Jesús en una manera personal por medio de enseñarles, recordarles y guiarles. ~ aunque son un Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son personas distintas. Jesús empleó estas dos primeras declaraciones de nuestra definición cuando envió a sus discípulos al mundo a predicar el evangelio. Les dijo a sus apóstoles, «haced discípulos a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mateo 28: 19). Jesús no dijo que las naciones debían bautizarse en los «nombres» como si se tratara de muchos nombres y muchos dioses. Dijo, «en el nombre», queriendo decir uno. Pero cuando el «nombre» es dado, Jesús menciona tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El único Dios verdadero existe como tres personas distintas.
3. Cada persona es totalmente divina. Esto ha sido demostrado en los capítulos 1 y 3. Como hemos visto, la Biblia llama Dios a cada persona - Padre, Hijo y Espíritu Santo. Notamos esto en Colosenses 2:9 que dice que en él [Cristo] habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad». También notamos eso en Hechos 5:4 en donde Pedro le llama Dios al Espíritu Santo. Esta verdad acerca del Espíritu Santo es confirmada en 1 Corintios 3: 16-17 en donde nos enteramos de que el cristiano es el templo de Dios, lo cual significa que es la casa de Dios, y que el Espíritu de Dios vive en el creyente cristiano. De acuerdo con esos versículos la casa de Dios es donde vive el Espíritu; el Espíritu es Dios. Estos versículos llaman «Dios» al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

RESUMEN

También hemos aprendido en estos capítulos cómo logra sus propósitos el Dios trino. Podemos resumir todo diciendo, «El Padre realiza su obra, a través del Hijo, en el Espíritu» (Herman Bavink, *The Doctrine of God*, Trans. William Hendriksen Grand Rapids: Baker, 1977, 318). O podemos decir que el Padre hace todas las cosas por medio del Hijo por el poder del Espíritu Santo.

Hemos visto que el Padre creó todas las cosas a través del Hijo (Juan 1:3; 1 Corintios 8:6; Colosenses 1: 16) por el poder del Espíritu (Génesis 1:2; Salmo 104:30). También hemos visto que Dios el Padre salvó a su pueblo al enviar a su Hijo en el poder del Espíritu.

No podemos comprender todo esto, no obstante este Dios incomprensible y asombroso nos ha dejado claro cómo podemos conocerle. No necesitamos conformarnos con nociones vagas de cómo es Dios, ni tampoco debemos fabricar ideas acerca de Dios que vengan de nuestras mentes o de las opiniones populares actuales. Dios el Padre vino a nosotros a través de Dios el Hijo por el poder de Dios el Espíritu Santo; de esta manera Dios se ha mostrado a nosotros.

De esta manera los hombres y mujeres de todas las razas y épocas deben acercarse a Dios el Padre usando el mismo camino: a través de Jesucristo debemos alejarnos de nuestros pecados, confesar a Dios que es cierto lo que la Biblia dice acerca de nuestros corazones pecaminosos y nuestras obras pecaminosas. Debemos confesar a Dios que somos incapaces de salvarnos a nosotros mismos de su juicio por nuestros pecados.

Luego debemos confiar plenamente en Jesucristo para toda la eternidad, quien murió para remover nuestros pecados. Debemos creer que la muerte y la resurrección de Jesús fue el pago suficiente por todos nuestros pecados. Debemos confiar en que, al descansar en él, tenemos a Cristo como nuestro refugio del juicio venidero de Dios. Debemos entender que Jesucristo fue aprobado para salvarnos porque fue enviado por su Padre celestial y fortalecido por el Espíritu Santo para completar esta salvación. El Padre y el Espíritu dirigen nuestra fe a lo que Dios hizo en Jesús.

Luego, debemos continuar viviendo en esta confianza en Cristo, siguiendo lo que su Palabra, la Biblia, ordena y descascando continuamente en la certidumbre de la salvación que ha dado. Nuestros esfuerzos por conocer a Dios deben enviarnos a Cristo en toda nuestra vida. Después de que nos hemos encomendado a Jesucristo, debemos entender que el Espíritu Santo nos dio el deseo de hacerlo.

Dios el Padre ofrece salvación eterna de nuestros pecados a través de su regalo Jesucristo, quien vino por el poder del Espíritu. Acerquémonos al Padre usando el mismo camino. Como dice la Biblia, a través de Cristo «tenemos acceso al Padre en un solo Espíritu» (Efesios 2: 18).

PREGUNTAS

1. Declara y explica cada una de las tres partes de la definición de la Trinidad.
2. ¿Cómo obran juntas como un Dios las personas de Trinidad?
3. ¿Cómo apoyan los siguientes versículos nuestra definición de la Trinidad? Juan 6:44. 1 Juan 4:2. Juan 8: 5 8 comparado con Éxodo 3: 14
4. ¿Cómo apoyan los siguientes versículos nuestro resumen de la obra de la Trinidad? Lucas 1:34-35. 2 Corintios 5: 18
5. ¿Qué debes hacer para ser salvo de tus pecados?

CAPÍTULO 5: POR SU MISERICORDIA

Hemos visto que por toda la Biblia Dios se muestra como Trinidad, es decir, un Dios que existe como tres personas distintas. Quizá sea útil ahora examinar varios lugares en la Biblia donde las tres

personas de la Trinidad son mencionadas una junto a la otra. Al hacerlo confirmaremos la verdad de que cada una de las tres personas es distinta, sin embargo obra con las otras dos en todas las cosas referentes a la salvación del cristiano.

Las porciones de la Biblia que examinaremos nos enseñan que los cristianos reciben la misericordia de Dios. Por lo tanto, estos pasajes bíblicos que confirman nuestro entendimiento de la Trinidad también nos enseñan cómo la salvación que experimenta un cristiano viene de las tres personas de la Trinidad obrando en unidad.

TITO 3:4-7

El libro de la Biblia que llamamos "Tito" fue escrito por el apóstol Pablo a un hombre llamado Tito, un pastor o anciano e iglesia que sirvió a Cristo en la isla de Creta. En estos Versículos Pablo dirige a Tito a enseñar a los cristianos de Creta dedicarse a hacer lo que es bueno (Tito 3:8). Al enseñar Tito a los cristianos a hacer lo que es bueno, les recuerda lo que en otro tiempo fueron y lo que el Dios trino hizo por ellos.

En el pasado se caracterizaban por pecado constante. No solo eran culpables de desobedecer activamente a Dios y odiarse uno al otro, sino también eran caracterizados por un comportamiento pecaminoso. Además, eran esclavos del pecado. Porque en otro tiempo nosotros también éramos insensatos, desobedientes, extraviados.

Estábamos esclavizados por diversas acciones y placeres, viviendo en malicia y en envidia. Eráramos aborrecibles, odiándonos unos a otros» (Tito 3:3). Practicaban el pecado, se caracterizaban por el pecado, y estaban esclavizados por el pecado. Eran culpables, rebeldes y espiritualmente impotentes. Esto describe el problema esencial de toda persona que no cree en Jesucristo para la salvación del pecado.

El pecado cauteriza su corazón. La Biblia dice: "Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo?" (Jer 17:9 NVI) Pero Dios nuestro Salvador» mostró misericordia. Descubrimos, al leer estos versículos, que «Dios nuestro salvador» se refiere a Dios el Padre. Él es quien derramó el Espíritu Santo y lo hizo abundantemente a través de Jesucristo. (Tito 3:6).

Cuando Dios el Padre salvó a su pueblo, él los salvó la culpa y el poder del pecado. Esto significa que Dios el Padre proveyó un camino para que el registro de culpa de los pecadores fuera borrado y el poder esclavizante del pecado fuera destruido. Para mostrar misericordia envió a Jesús y derramó el Espíritu Santo. El hecho de que Dios salva del poder del pecado puede ser visto en la obra salvadora del Espíritu Santo.

Dios nos salvó «por medio del lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo» (Tito 3:5). En vez de decir que estábamos esclavizados por el pecado, este versículo agrega algo a esa verdad al implicar que estábamos muertos en pecado. Así que Dios el Espíritu Santo, por su misericordia, dio nueva vida al pecador para que pudiera creer en Cristo.

Lavó el corazón de ese pecador, que estaba contaminado por el pecado. El Espíritu realizó este milagro de gracia en el corazón del cristiano. El pecador no se renovó a sí mismo ni se dio vida nueva

a sí mismo. En vez de eso, el Espíritu Santo llevó a cabo este nuevo nacimiento y renovación. Debido al Espíritu Santo, el corazón y vida del pecador fueron cambiados.

Pero Dios también salva de la culpa del pecado. El Espíritu fue derramado abundantemente a través de Jesucristo nuestro Salvador (Tito 3:6). Puesto que el Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo, su regalo misericordioso de regeneración y renovación está conectado con lo que hizo «Jesucristo nuestro Salvador». El Señor Jesús murió en la cruz para sufrir el castigo que merecía el pecador.

Tomó el lugar que le correspondía al pecador. Todos los que ponen su fe en Jesucristo, por lo tanto, son justificados. La justificación es la decisión de un jurado respecto alguien que ha sido acusado. Si el jurado declara que un hombre es inocente, ese hombre es justificado. Dios justifica a los pecadores. Declara que no son culpables, y aquellos que reciben su justificación por la fe en Cristo nunca enfrentarán el castigo eterno de Dios. Son librados de la justicia eterna de Dios porque, en la cruz, Cristo soportó la justicia de Dios en lugar de ellos.

Ante los ojos de Dios, su culpa ha sido suprimida. Aunque los miembros de la congregación de Tito habían sido culpables de pecado y fueron esclavos del pecado, recibieron la justificación por la fe en Cristo y la renovación de sus corazones por el Espíritu Santo. El resultado era que poseían la esperanza segura de la vida eterna. Todo esto les fue dado por la misericordia del Dios trino.

EFESIOS 1:3-14

En esta sección introductoria de su epístola los cristianos de Éfeso, el apóstol Pablo alaba al Dios trino por su gracia asombrosa. Dios el Padre nos ha «bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales» (Efesios 1:3). Pero queda claro que el Padre no estuvo solo cuando salvó a la iglesia. «Toda bendición espiritual» fue dada «en Cristo».

Pablo procede a enseñar acerca de los caminos de Dios, que ninguna mente humana puede comprender. El Padre escogió a aquellos a los que salvaría. Los escogió antes que el mundo fuese con el propósito de que sean «santos y sin mancha delante de él» y llegaran a ser hijos adoptados de Dios (Efesios 1:4-5). Todo lo que el Padre planeó para ellos, lo planeó para ser realizado a través de Jesucristo.

«En amor nos predestinó por medio de Jesucristo para adopción como hijos suyos» (Efesios 1:5). Jesús hizo posible esta adopción a través de su muerte en la cruz. Por su muerte en la cruz los trajo de vuelta (logró la redención) y concedió el perdón de los pecados (Efesios 1:7) En esta manera Cristo cumplió el plan del Padre para aquellos a quienes éste escogió.

El Padre los salvó por medio de Cristo, el Hijo. Pero todavía hay más. Los cristianos en Éfeso recibieron el regalo de la adopción de Dios por medio de Cristo cuando escucharon el evangelio de la salvación (Efesios 1: 13), Y esto fue posible por el regalo del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es las arras en el corazón del cristiano (Efesios 1:14).

Cuando Jesús regrese, le dará al cristiano cada parte de la gloria celestial que planeó y prometió. Pero, por ahora, el cristiano ha recibido el depósito de esa gloria final; se le ha dado el Espíritu Santo. Cuando alguien que compra una casa paga el diez por ciento como anticipo, se está comprometiendo a pagar el resto, ya sea con dinero que ya posee o que pedirá prestado.

De manera parecida, al dar el Espíritu Santo al seguidor de Cristo, Dios el Padre se ha comprometido a darle el resto de la gloria celestial. Podemos ver en Efesios 1 cómo nos ha salvado el Dios trino. El Padre planeó mostrar su misericordia; el Hijo realizó en la cruz lo que era necesario para que fuera dada la misericordia; el poder del Espíritu Santo hace posible que el cristiano reciba esa misericordia por la fe en Jesucristo.

Como dice la Biblia, «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9).

OTRAS ESCRITURAS

Notemos brevemente otros pasajes de la Biblia en los que las tres personas de la Trinidad aparecen juntas. Por ejemplo, cuando Jesús fue bautizado, el Espíritu de Dios descendió sobre él como una paloma. También, una voz del cielo, la voz de Dios el Padre, dijo acerca de Jesús, «Este es mi hijo amado en quien Tengo complacencia» (Mateo 3: 16-17)

Las tres personas participaron, por lo tanto, al principio del ministerio público de Jesús. En otro lugar, Efesios 4 enseña que la Iglesia de Cristo es una. Esto lo hace por medio de muchas pruebas, incluyendo el hecho de que sólo hay un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo. «Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu. . . Hay un solo Señor [Jesús], una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, quien es sobre todos, a través de todos y en todos» (Efesios 4:4-6).

Puesto que un Padre, un Hijo y un Espíritu salvaron a la Iglesia, esto prueba la unidad de la verdadera iglesia. Aun en otro lugar, Pablo pronuncia la bendición de Dios sobre la iglesia al referirse a las tres personas de la Trinidad: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Corintios 13:14).

Y como hemos hecho notar anteriormente, Jesús ordenó que la iglesia bautice en el nombre del Dios trino: «Por tanto id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mateo 28: 19). Dios quiere que este nombre trinitario - que anuncia la propiedad de Dios - sea colocado sobre aquellos que siguen a Cristo.

Todos son discípulos por la misericordia de Dios, la misericordia del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En cada caso podemos ver cómo considera la Biblia al Padre, al Hijo y al Espíritu como personas distintas. Pero también notamos que ellos como un solo Dios han actuado juntos para presentarnos con una liberación del pecado que es completa y totalmente deseable para aquellos que entienden su pecado delante de Dios.

El Padre envió a Cristo y el Espíritu fortaleció a Jesucristo para lograr el escape de la culpa y poder del pecado para aquellos que van a Jesús por misericordia.

PREGUNTAS

1. De acuerdo con Tito 3:4-7, ¿Cómo mostró misericordia cada persona de la Trinidad?

2. De acuerdo con Efesios 1:3-14, ¿qué hizo cada persona de la Trinidad para salvar al pueblo de Dios?
3. ¿Cómo sugieren los siguientes versículos la presencia de la Trinidad? Génesis 1:26 Génesis 3:22 Génesis 11:7 Isaías 6: 8

CAPÍTULO 6: VER SI ES VERDADERO

Durante uno de los viajes del apóstol Pablo, al predicar el camino de salvación por medio de Cristo, sus oyentes en la ciudad de Berea respondieron de una manera singular. Mientras en algunos lugares aquellos que escuchaban a Pablo rápidamente reaccionaban fuertemente en contra de su enseñanza, la gente de Berea «eran más nobles». Ellos examinaban las Escrituras cada día para ver si lo que Pablo decía era verdadero (Hechos 17: 11).

143

Quizá has leído este libro con interés pero todavía tienes preguntas que deben ser respondidas. Quizá todavía quieres ver si lo que has leído aquí es verdadero.

A través de toda la historia de la iglesia cristiana muchos desafíos han sido levantados en contra de la enseñanza bíblica respecto a la Trinidad. A menudo estos desafíos se han enfocado en quién fue y es Jesucristo. Ha habido muchas objeciones diferentes en contra de la enseñanza de la Trinidad – cada objeción ha sido expresada de tantas maneras - que es imposible listarlas y responder a todas. Los desafíos tienden a caer, sin embargo, en unos cuantos grupos. Las objeciones que cubrimos aquí representan la mayoría de esos grupos.

Lo siguiente es tanto un sumario de la enseñanza respecto a la Trinidad y Jesucristo, y como una respuesta a las objeciones respecto a la enseñanza bíblica. Mi esperanza es que este proceso responda a las preguntas que todavía tienes, y que puedas descubrir que lo que has leído aquí es verdadero.

Debo añadir que, aunque la iglesia en sus concilios en toda la historia resumió la enseñanza bíblica usando una terminología muy específica, yo estoy intentando aquí comunicar el significado de la enseñanza bíblica con palabras cotidianas.

LA TRINIDAD: OBJECIONES RESPECTO A LA TRINIDAD

Resumen de la enseñanza bíblica respecto a la Trinidad.

Sólo hay un Dios verdadero.

Existen como tres personas distintas.

Cada persona es totalmente divina.

1. La Trinidad no es una idea lógica.

¿Cómo puedes creerla? Es cierto que cuando Dios creó al hombre, Dios le dio a la humanidad la habilidad de razonar y pensar. Sin embargo, eso no significa que la razón humana o la lógica no

tengan limitaciones. De hecho, hay lugares en la Biblia en donde Dios no concuerda con las conclusiones lógicas a las que la gente llega. Por ejemplo, el libro de Romanos expresa interrogantes que la gente pudiera preguntar lógicamente basándose en la enseñanza del apóstol Pablo.

En varios lugares en su epístola Pablo introduce tales preguntas con « ¿Qué pues diremos?» Tales preguntas son seguidas con la respuesta de Dios: « ¡De ninguna manera!» (Romanos 6:2, 15) y « ¿quién eres tú para que contradigas a Dios?» (Romanos 9:20). La razón humana ni es perfecta ni lo comprende todo. También debe decirse que Dios es mucho más grande que la mente o comprensión humana.

En la Biblia Dios dice, "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos, dice Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más altos que vuestros pensamientos» (Isaías 55:8-9). La Palabra de Dios también dice que él es capaz de «hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o; pensamos» (Efesios 3:20).

Por lo tanto, cuando nos referimos al Dios trino, estamos describiendo a Dios quien es más grande que nuestra lógica y mente. Creemos en la enseñanza de la Trinidad porque es lo que el Dios eterno nos ha enseñado acerca de él. Lo creemos porque Dios lo dijo, no porque lo entendamos o porque pueda ser explicado lógicamente.

2. Si el Padre, Hijo y Espíritu Santo son todos divinos,

¿Por qué no decimos entonces que hay tres Dioses? El punto de vista de que hay tres Dioses, algunas veces llamado «triteísmo» no ha sido apoyado por aquellos que declaran seguir la Biblia (aunque el mormonismo declara que hay muchos Dioses). Este punto de vista, de que hay tres Dioses, trata de explicar la lógica a la verdad de que el Padre, Hijo y Espíritu Santo, todos Dios.

Esta enseñanza niega esa parte de nuestra definición de la trinidad que dice que hay sólo un Dios. La Biblia, no obstante, es claro que sólo hay un Dios y que Dios es uno (Deuteronomio I Isaías 40:25).

3. Si sólo hay un Dios, ¿no deberíamos entender que el Padre, el Hijo y Espíritu Santo son diferentes expresiones de la misma persona (es decir, una persona con tres disfraces)?

Algunas veces el punto de vista de que Dios es una persona divina que se ha mostrado de tres maneras diferentes, está basado en analogías de la naturaleza para mostrar que esta es una manera lógica de pensar en Dios (por ejemplo, el agua existe en diferentes modos: sólido, líquido y gaseoso). Algunas veces ese punto de vista mantiene que Dios adoptó estos diferentes estados de existencia en tiempos diferentes de la historia bíblica, primero como creador y dador de la ley (Padre), luego como Redentor (Hijo) y finalmente como el dador de la gracia (Espíritu Santo).

Este punto de vista, en todas sus variantes, niega que las personas de Dios sean distintas; niegas, por ejemplo, que el Padre sea una persona distinta al Hijo. Hemos visto especialmente en los capítulos 2 y 3 cómo enseña la Biblia que hay tres personas distintas. El Padre es el Padre de nuestro Señor Jesucristo (Efesios 1:3) y el que envió al Hijo (Juan 16:5).

El Padre y el Hijo enviaron al Espíritu Santo (Juan 14:26; 15:26); ellos no se enviaron a ellos mismos. Cuando notamos en la Biblia cómo estas tres personas interactúan entre sí, concluimos que son personas distintas aunque existen como un solo Dios.

4. Si sólo hay un Dios, ¿No sería mejor decir que sólo el Padre es el Dios supremo, y que el Hijo y el Espíritu Santo son seres o poderes inferiores?

Este punto de vista enfatiza tanto la unidad de Dios que niega que todas las tres personas sean plenamente divinas. Sus muchos adherentes mantienen una gran variedad de opiniones respecto a cómo explicar la unidad de Dios. Por ejemplo, los Testigos de Jehová, creen que sólo el Padre es Dios, que el Hijo es la primera criatura del Padre y puede ser considerado un dios inferior, y que el Espíritu Santo ni es una persona ni es divino.

Un punto de vista diferente, el de los seguidores de la Nueva Era (en la medida que usan terminología bíblica), mantiene que un Dios está en todo, incluyendo a Jesucristo. Estos puntos de vista no toman en cuenta todo lo que Biblia enseña respecto al Hijo y al Espíritu Santo. En la Biblia, ambos juntamente con el Padre, son llamados "Dios" (Colosenses 2:9; Hechos 5:4; 1 Corintios 3: 16-17).

Tanto el Hijo como el Espíritu Santo, juntamente con el Padre, estuvieron involucrados totalmente haciendo lo que sólo Dios hizo: Crearon el universo (Génesis 1:1; Juan 1:3; Salmo 104:30) y salvaron a los pecadores (Lucas 1:47; Tito 1:4). Estos puntos de vista también hacen caso omiso de la posición de igualdad que Jesús le dio a las tres personas en Mateo 28:19.

Aunque este desafío busca preservar la unidad de Dios, lo hace de tal manera que contradice la enseñanza de la Biblia respecto a la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo.

JESUCRISTO: OBJECIONES RESPECTO A JESUCRISTO

1. Resumen de la enseñanza bíblica respecto a Jesucristo.

Desde la eternidad el Hijo de Dios ha sido divino en persona y naturaleza. Cuando fue concebido de la virgen María por el poder del Espíritu Santo, añadió a sí mismo nuestra naturaleza humana. Desde entonces y por toda la eternidad, permanece siendo una persona divina que posee dos naturalezas distintas; una es divina y la otra es humana.

2. ¿Acaso la Biblia no enseña que Jesús no es divino sino inferior al Padre en las siguientes maneras?

- a. Jesús oró al Padre.

El hecho de que el eterno Hijo de Dios añadió a sí mismo nuestra naturaleza humana ciertamente es un ministerio más allá de nuestra comprensión. Puesto que esto es así, algunos aspectos de la vida de Jesús sobre la tierra reflejan el lecho de que él era Dios, y otros aspectos indican que él era hombre. El hecho de que oró mostró que era hombre.

Sin embargo, no todas las oraciones de Jesús indicaban que sólo era un hombre. En una de sus oraciones Jesús dijo, "Y ahora, Padre, glorifícame en tu presencia con la gloria que tuve contigo

antes de que el mundo existiera". (John 17:5 NVI) Inclusive cuando Jesús oró, se refirió a la gloria divina que les pertenecían eternamente a él y al Padre.

- b. Jesús se refirió a Dios como "mi Dios", Uno de los lugares donde Jesús se refiere a su Padre como "mi Dios" es Juan 10: 17.

En ese verso Jesús explica inmediatamente después de su resurrección que no había regresado a su Padre. Pero Jesús dijo, «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Juan 20: 17). Una cosa que notamos es que Jesús no dijo «nuestro Padre» y «nuestro Dios». Esto, por sí mismo, nos indica que Jesús es Dios. Jesús es divino, y nosotros, no.

Por lo tanto, aunque la relación de Jesús con su Padre es similar a la nuestra, su relación con Dios es única. Él es el eterno Hijo de Dios. No obstante, debido a que murió por sus seguidores, los cristianos gozan un privilegio que es muy similar al de él (O.A. Carson, *The Gospel According to John* [Grand Rapids: Eerdmans, 1991], 645). Ahora son hijos adoptados de Dios (Romanos 8: 15-16) y por lo tanto, son hermanos de Jesús (Hebreos 2:11-12).

Podemos decir más. El hecho de que Jesús llama a su Padre «mi Dios» no tiene que significar que Jesús es menos que Dios. Sólo nos enseña que él se sometió a la voluntad de Dios el Padre. La relación entre el Padre y el Hijo es similar a la relación entre Moisés y Aarón en Éxodo 4:16. Allí Dios dice que Moisés estará dando la palabra de Dios.

Moisés debe enseñar a Aarón para que Aarón pueda hablar a la gente. Dios le dijo a Moisés, Aarón «hablará por ti al pueblo; él te será a ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios». Moisés no iba a ser «en lugar de Dios» para Aarón porque fuera un ser superior, sino porque a él se le había dado la autoridad de la Palabra de Dios. Similarmente, el Padre es el Dios de Jesús porque Jesús se sometió a la voluntad del Padre. Jesús dijo, "El Padre mayor es que yo".

Jesús dijo esto en Juan 14:28, donde se refiere al hecho de que regresaría al Padre. Cuando vino, Jesús se sometió a la voluntad del Padre. Dijo, «Como el Padre me mandó, así hago». El Padre era mayor porque Jesús vivió bajo su autoridad. Sin embargo, no debemos olvidar que Jesús dijo también en Juan 10:30 "El Padre y yo somos uno" Jesús es llamado «el primogénito de toda la creación».

Este título de Jesús puede encontrarse en Colosenses 1: 15. Algunos dicen que esta designación enseña que Jesús fue la Primera criatura que el Padre hizo. Pero esto es un mal entendimiento del término «primogénito». «Primogénito" se refiere a la posición que usualmente se da al primer hijo varón que nace, aunque no siempre. En los tiempos antiguos, el primogénito era el segundo en honor en la familia después del padre.

También él recibía una herencia dos veces mayor que el resto de sus hermanos (Deuteronomio 21: 15). Sin embargo, 1 Crónicas 5:2 muestra que en la familia de aquellos derechos de primogénito fueron dados a José. José no era el primer hijo. Al contrario, en la serie de doce hijos varones, José resultó ser el onceavo. No obstante, debido a una serie de eventos que no repasaremos aquí, José se le dio el honor y la autoridad del primogénito.

Cuando la Biblia llama a Jesús «el primogénito de toda la creación» no está implicando que Jesús fue el primer ser creado. En vez de eso, enseña que posee el honor y la autoridad sobre la creación. Eso

es precisamente lo que el siguiente versículo enseña: «Porque en él fueron creadas todas las cosas» (Colosenses 1:6).

c. La Biblia dice. «Dios es la cabeza de Cristo».

Esta declaración está en I Corintios 11 :3. Justo antes de esto se encuentra esta declaración: “El varón es la cabeza de la mujer”. Esta declaración respecto al hombre y la mujer no enseña que el hombre es superior a la mujer. Por lo tanto, no debemos concluir que este versículo enseña que Dios el Padre es un ser superior a Cristo. Este versículo describe a las personas bajo autoridad.

La esposa está bajo la autoridad del esposo tal y como Cristo está bajo la autoridad de Dios el Padre.

d. Jesús fue llamado el Hijo de Dios.

En las relaciones humanas un hijo no posee una humanidad inferior a la de su padre. De igual manera, la divinidad del Hijo no es inferior a la de Dios el Padre. Como mencionamos en el capítulo 1, cuando Jesús se llamó a sí mismo el Hijo de Dios, fue entendido como queriendo decir que era igual a Dios (Juan 5:18). En vez de cambiar este entendimiento de lo que dijo, Jesús estuvo dispuesto a ser perseguido y, con el tiempo, crucificado por lo que el título «Hijo de Dios» significó para él: que era igual a Dios.

Aunque esta lista no es exhaustiva de todas las maneras en que la Biblia es usada para negar la divinidad plena de Jesucristo, estas respuestas pueden ser usadas como guías respecto a cómo pueden ser contestadas otras preguntas acerca de la enseñanza bíblica.

3. ¿Acaso no deberíamos decir que Jesús fue un hombre pero que la sabiduría de Dios reposó sobre él de una manera extraordinaria?

Este desafío que surgió por primera vez hace varios siglos, trata de encontrar una manera de explicar cómo la Biblia puede referirse a Jesús como Dios mientras mantiene que, de hecho, Jesús sólo es humano. Este desafío sostiene la perspectiva de la Trinidad que se expresa en la pregunta 4. Niega la enseñanza Bíblica de que Jesús estaba en el principio con el Padre (Juan 1: 1-2) y que Jesús era Dios inclusive antes que Abraham (Juan 8:58).

Pero estos versículos de la Biblia enseñan que Jesús es Dios eternamente.

4. ¿Acaso no es posible que Jesús era Dios y sólo aparentó ser un hombre?

Este desafío niega la humanidad real de Jesucristo y rechaza lo que la Biblia dice acerca de la humanidad de Jesús. El evangelio de Juan dice, «El Verbo se hizo carne» (Juan 1: 14). Pedro dice, «Jesús de Nazaret fue un varón» (Hechos 2:22). 1 Juan 4:2, dice, «En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios».

5. Si Jesús fue tanto Dios como hombre, ¿no sería mejor decir que fue una combinación de dos personas completamente diferentes, una persona y naturaleza divina, y una persona y naturaleza humana?

Este desafío niega que las naturalezas divina y humana de Jesucristo estén unidas de una manera real. Este punto de vista contradice la Biblia, la cual enseña que la persona divina - Jesucristo - posee tanto una divinidad plena. Por ejemplo, Juan 1 dice tanto que el «Verbo era Dios» como que «el Verbo se hizo carne» (Juan 1: 1) Isaías 9.6 dice que el nombre del hijo que nacería es «Dios fuerte».

6. En vez de decir que Jesús tuvo dos naturalezas, ¿No deberíamos decir que sus naturalezas humana y divina se fusionaron y se convirtieron en algo intermedio (como la aleación del bronce, que aunque está compuesto de cobre y estaño, posee sus cualidades únicas).

Este punto de vista preserva la unidad de Cristo al decir que, a pesar de haber nacido de la virgen María, permaneció siendo una persona con una naturaleza. Pero este punto de vista niega que Jesús tenga la misma naturaleza humana que nosotros tenemos, pues, según este punto de vista, ésta se fusionó con la divinidad de Jesús. La Biblia corrige este punto de vista diciendo que Jesús poseía una naturaleza humana tal y como la nuestra exceptuando el pecado (Hebreos 2: 17; 4: 15).

Esta similitud de Jesús con nosotros es vital para nuestra salvación. Puesto que Jesús posee nuestra naturaleza humana, fue capaz de tomar nuestro lugar de pecadores humanos.

LECTURA 4: JOHN M. FRAME – CAPÍTULOS 1 & 2

CAPITULO 1

Consideraremos lo que es, tal vez, la objeción más seria y persuasiva que los incrédulos han levantado en contra de la existencia del Dios de la Biblia: el problema del mal. Una formulación típica del mismo es la que sigue:

1. Premisa 1: Si Dios fuera Todopoderoso, Él sería capaz de prevenir el mal.
2. Premisa 2: Si Dios fuera todo Bondad, Él desearía prevenir el mal.
3. Conclusión: De modo que, si Dios fuera tanto Todopoderoso, como todo Bondad no existiría el mal.
4. Premisa 3: Pero el mal existe.

Conclusión: Por lo tanto, no existe un Dios Todopoderoso y todo Bondad.³³ Tal es la manera del filósofo de observar el problema. Pero la esencia del mismo es también una preocupación para los no filósofos.

¿Quién de nosotros no ha clamado “¿por qué Señor?” cuándo hemos estado acosados por tragedias en nuestra experiencia? Simplemente sentimos una terrible discrepancia entre nuestra experiencia y lo que creemos que Dios es. Ese clamor que sale desde el corazón puede ser simultáneamente un

³³ Sabemos que la Biblia se defiende a sí misma en un sentido importante, pero Dios también llama a su pueblo a defender su verdad (Fil. 1:7,16; 1 P. 3:15). En la defensa, así como en la prueba, la Escritura provee las normas y criterios fundamentales que el apologeta debe emplear. Sin embargo, no estamos restringidos a la Escritura para los datos de nuestros argumentos. Todos los hechos tienen una significación apologetica, porque todos los hechos son creados y ordenados por Dios. Sin embargo, la Escritura provee las presuposiciones para cada fase de la apologetica cristiana.

grito de dolor, un grito pidiendo ayuda, un grito por iluminación y un grito de duda que cuestiona nuestras propias presuposiciones más profundas. Ese “¿Por qué Señor?” expresa todo lo que dice el argumento filosófico y más.

Yo dije que este problema es, tal vez, la más seria y persuasiva objeción para el teísmo Cristiano. El Profesor Walter Kaufmann siempre se refirió a éste como su argumento más fuerte contra el Cristianismo —él perdió miembros de su familia en el Holocausto. Para él la realidad del mal era una “refutación completa del teísmo popular”.

Mucha gente que ha experimentado el sufrimiento y la muerte de un niño, o algún otro sufrimiento que parezca completamente inmerecido, mantendrá un rencor contra Dios, cuyo contenido intelectual puede ser descrito en nuestras premisas y conclusiones. Tal vez todo Cristiano se ha preguntado acerca de este asunto, y muchos de nosotros hemos experimentado períodos de duda a cuenta de un gran sufrimiento, un niño que nace con una deformidad, o la pérdida inesperada de un ser querido. ¿Existe una respuesta para explicar el problema del mal satisfactoriamente?

Eso depende de lo que tú quieras decir por una respuesta. Si estas buscando una explicación que vindique la providencia de Dios en toda instancia del mal, ciertamente yo no puedo proveer eso, y dudo si alguien más tampoco pudiera. Ni, pienso yo, podemos proveer una reconciliación teórica completamente satisfactoria entre la soberanía divina, la bondad, y el mal. El misterio de la relación de Dios con el mal es uno que, estoy convencido, nunca quedará completamente desvanecido en esta vida y no estoy seguro si lo sea en la otra vida.

Un libro reciente del psicólogo Jay Adams, *La Gran demostración*,³⁴ es en muchas maneras un estudio bíblico excelente del problema del mal. El Dr. Adams es un colega y amigo mío, un hombre que ha sido de gran ayuda para la iglesia y para mí personalmente, yo cariñosamente lo amo en Cristo. Pero hay algo acerca de este libro en particular que, por decir lo menos, me incomoda. Adams es un solucionador de problemas y no le gusta ver cabos sueltos alrededor al aconsejar, al predicar o en la teología. Él es muy infeliz con respuestas sin sentido que se rinde ante los problemas, antes de haber intentado las mejores soluciones. Y a él parece no gustarle el acercamiento “puede que esto, puede que lo otro” que los teólogos emplean cuando no pueden encontrar algo definitivo que decir. Adams quiere ser capaz de decir, “Así dice el Señor. ¡Aquí está la respuesta, justo aquí!”. Y así, en su libro, dice que ha encontrado la respuesta para el “así llamado” problema del mal.³⁵

En su perspectiva, todos los teólogos inseguros que han sufrido intensamente con el problema a través de los siglos (tales como Agustín), quienes han murmurado “misterio” y andado de puntillas alrededor del asunto, simplemente han fracasado en ver la respuesta que ha estado justo allí en blanco y negro frente a sus narices. Esa respuesta es Romanos 9:17, “Porque la Escritura dice a Faraón: ‘Para esto mismo te he levantado, para demostrar mi poder en ti, y para que mi nombre sea proclamado en toda la tierra’. Dios levanta gente malvada (y, por implicación, todo tipo de mal) para que, prevaleciendo sobre ellos, pueda demostrar Su poder y Su nombre por toda la tierra.

La respuesta de Adams, ciertamente, es una buena respuesta. Pero no remueve todo el misterio del mal. No responde completamente la pregunta que hemos propuesto. Porque se levanta entonces la

³⁴ Santa Bárbara, Cali: East Gate Publishers, 1991.

³⁵ El subtítulo de este libro es “Un Estudio Bíblico del, Así-llamado, Problema del Mal”

pregunta ¿Por qué debería la demostración del poder y requerir el empleo de aquello que es totalmente opuesto a todo lo que Dios es? ¿No puede Dios demostrar Su poder sin contradecir su bondad? ¿No puede Dios mostrar Su nombre sin hacer que los pequeños bebés sufran dolor? ¿Cómo puede un Dios bueno, a través de Su sabia predestinación, hacer que alguien sea malo, aún cuando ese Dios odia el mal con todo Su ser? ¿Cómo puede El hacer eso, aún para mostrarse a sí mismo? ¿Entonces, el Dios así mostrado llega a ser algo menos que nuestro Dios de amor? Para responder a esta clase de preguntas, Adams debe retornar a las teodiceas³⁶ tradicionales y, al final —pienso yo— regresa al misterio. La Gran Demostración es una excelente contribución a la discusión del problema, pero yo desearía que el tono del mismo fuera un poco menos absolutamente seguro, un poco más abierto a las agonías de aquellos que todavía tienen problemas después de haber oído Romanos 9:17. El libro es una ayuda, pero no es “la” respuesta, y el “así llamado” problema del mal permanecerá como un problema para muchos lectores sensibles del libro.

Mi propio veredicto es que improbablemente vamos a encontrar respuestas acabadas a todas estas preguntas, es decir, respuestas que no estén sujetas a preguntas adicionales.

Sin embargo, pienso que podemos proporcionar respuestas en otro sentido. Si lo que quieres es ánimo para continuar creyendo en medio del sufrimiento, la Escritura provee eso, y lo provee abundantemente. Si quieres ayuda para continuar confiando en Dios a pesar de males inexplicables, sí, podemos ayudar. Y es eso lo que buscaré proporcionar en lo que sigue.

ENFOQUE EN: LA BIBLIA

En este capítulo voy a estar enfocando lo que la Biblia enseña respecto al problema del mal, siguiendo el buen ejemplo de Jay Adams. Su libro en sí mismo es más bien extraño en este sentido. La mayoría de los libros sobre el problema del mal tienen que ver con asuntos lógicos y experimentales sin mucho enfoque en la Biblia, tal vez por la convicción de que la Biblia no puede ayudar mucho.

Como lo señalé anteriormente, yo no objeto el uso de datos extra bíblicos al tratar con este tema, pero sí creo que la Biblia en sí misma nos trae tan cerca de una respuesta como nos fuera probable obtener. El problema del mal está muy asociado en nuestras mentes con los holocaustos de Hitler, con Stalin y Pol Pot, con terroristas, incluso los espantos de una eco destrucción, que con frecuencia somos tentados a pensar que este tema del mal es un problema moderno —como si el predominio de la incredulidad hoy en día fuera debido a la repentina comprensión por parte de la humanidad de que hay demasiada maldad en el mundo como para justificar el teísmo, idea ya pasado de moda. Pero ¿quién, en nuestra era moderna ha sufrido más y con más aparente injusticia que el Job de la Biblia? ¿Quién hoy día habrá meditado más profundamente sobre el tema del sufrimiento que él? Por cierto, el caso nos muestra que la Biblia se preocupa con el problema del mal. También lo veremos surgir una y otra vez en las páginas de la Carta de Pablo a los Romanos. Y aún podemos decir que la Biblia entera se dirige al problema del mal, ya que toda la historia se vuelve a la entrada del pecado y el mal en el mundo y al Plan de Dios tratando con el mismo.

Hay otra razón por la cual la gente a menudo objeta el tratar con el problema del mal desde la Escritura. Es simplemente que ellos no creen en la Biblia como Palabra de Dios. Los teólogos liberales

³⁶ Teodice: Parte de la filosofía que trata de Dios y sus atributos a la luz de los principios de la razón, independientemente de las verdades reveladas en la Biblia.

de distintos tipos a menudo pretenden tener “respuestas cristianas” al problema, pero aquellas respuestas consisten en revisar la teología de la Biblia. Ellos —y esto es especialmente cierto hoy en día con la escuela de “teología en proceso”— piensan que pueden resolver mejor el problema al modernizar la doctrina bíblica de Dios. Mientras que consideremos a Dios como la personalidad majestuosa, soberana, y absoluta de las Escrituras, ellos dicen que siempre habrá un problema del mal, porque el poder supremo siempre estará en conflicto con la bondad suprema. Pero, dicen estos “pensadores del proceso”, que si negamos el poder supremo y la soberanía total de Dios, entonces podemos resolver el problema del mal, ya que creen que el mal existe porque Dios no es totalmente capaz de prevenirlo. Pero en tales revisiones de la enseñanza bíblica es más lo que pierden que lo que ganan. Piensan: “¡Tal vez podamos resolver el problema del mal simplemente negando la soberanía de Dios! ¡Vayamos completamente hacia atrás para nuevamente adorar a las aves, así no habrá oportunidad alguna para que el problema del mal aparezca!”

No, no. En algún lugar a lo largo de esta línea de pensamiento, terminarías con un dios que simplemente no es Dios, ni digno de alabanza. En mi perspectiva, un dios que no es soberano —un dios que difiere por completo de la personalidad bíblica absoluta— es un ídolo, y va a ser más despreciado que alabado. Un dios no soberano es un ídolo de sabiduría convencional, y no es la personalidad absoluta del Cristianismo. Necesitamos afinar nuestro sentido de proporción. Sería bueno tener una solución al problema del mal, pero no a cualquier precio. Si el precio que debemos pagar es acabar con la mismísima soberanía de Dios, el cristiano fiel debe decir que el precio es demasiado alto. Después de todo, si tal fuera el caso, sería de poca importancia si cualquiera de nosotros descubriera la respuesta al problema del mal.

Sería posible vivir una vida larga, feliz y fiel sin una respuesta satisfactoria al problema del mal. Pero es del todo importante que adoremos al Dios verdadero, al Dios de la Biblia. Sin Él, la vida humana no vale nada. De todas maneras, éstos teólogos y filósofos, ¿quiénes piensan que son? ¿Por qué se imaginan que están en una posición de corregir la enseñanza de la Biblia con respecto a Dios? En su mayoría, ellos son conocidos por su erudición, no (por decirlo suavemente) por su piedad. Ellos no son profetas ni sacerdotes. No son conocidos por la profundidad de su relación personal con Dios. Ni aun serían candidatos para ser añadidos al calendario de los santos bajo el patrón Católico Romano. No, estos teólogos tienen como sus únicas credenciales unos grados académicos y posiciones en prestigiosas universidades.

Pero tales credenciales nunca han calificado a nadie como un experto en Dios. Algunos de nosotros podemos al menos sobrevivir, manteniendo nuestra credibilidad como maestros adhiriéndonos a las Sagradas Escrituras. Pero los teólogos liberales orgullosamente descartan las enseñanzas de las Escrituras como inferiores a la brillantez y lógica de sus propios pensamientos, exponiéndose a sí mismos como partisanos de la sabiduría del mundo y enemigos de la sabiduría de Dios. Me pregunto, ¿Por qué debería alguien prestarles atención? El hombre moderno, de una vez por todas, debe tener claro en su propia mente que las doctrinas Cristianas no están sujetas ni a revisión ni a cambios. Un novelista puede, por supuesto, revisar su novela si no le gusta la forma en que la narración se está produciendo. Pero si uno se atreviera a revisar la ley de la gravedad a causa de sus molestas consecuencias, no solamente fracasaría, sino que se revelaría como un tonto pretencioso.

La Escritura es, con relación a esto, como la ley de gravedad; de ninguna manera es como una novela inventada. En cuanto a este tema, yo desearía que la Escritura enseñara algo diferente de lo que enseña, pero lo que dice es así, y no tengo control sobre su contenido. Elegir y escoger entre sus enseñanzas, revisar esto y modificar aquello, es sencillamente tan tonto como tratar de revisar la ley

de gravedad. Y si la Escritura estuviera equivocada, ¿cómo sabríamos lo que es correcto? Aún así, la verdad real, que en sí misma no está sujeta a revisión, puede ser mucho más difícil de aceptar para el hombre moderno que los supuestos errores de la Biblia. Así que tenemos que mirar nuevamente a la Escritura. Hay otros métodos, pero en mi mente, una inspección directa de la enseñanza de la Biblia es la mejor manera para defender nuestra fe contra las objeciones. Es en ese sentido que nuestro tratamiento del problema del mal proveerá un modelo para el tratamiento de otras dificultades.

LO QUE LA BIBLIA NO DICE

Lo primero que tenemos que aprender de la Escritura es lo que no dice. Por supuesto, el apologeta no está limitado a repetir lo que está declarado explícitamente en la Escritura. Sin embargo, es instructivo ver que muchos de los dispositivos usados por los filósofos para resolver el problema del mal no están presentes en la Escritura. Muy a menudo hay una buena razón por la cual no están presentes.

Consideraremos aquí la mayoría de las defensas y teodiceas usadas en la discusión histórica. Debemos notar que algunos pensadores han combinado dos o más de las siguientes estrategias; algunas de ellas son compatibles con otras.

LA IRREALIDAD DE LA DEFENSA DEL MAL

Algunas religiones orientales y sectas occidentales (por ejemplo, el Budismo y la Ciencia Cristiana) creen que el mal es realmente una ilusión. Aún algunos respetados pensadores Cristianos, tales como Agustín, han sugerido que el mal sea calificado bajo la categoría del no ser.³⁷ Agustín no quiere decir exactamente que el mal es una ilusión sino más bien que es una “privación”, una ausencia del bienestar, donde el bienestar debería aparecer. Con todo, él usa esta idea para quitarle la responsabilidad a Dios. Dios crea todo el “ser”, pero El no es responsable por el “no ser”.

Estas explicaciones son realmente inadecuadas. No hay razón para que nosotros pensemos que el mal es una ilusión. Más aún, decir que lo es, es jugar con las palabras. Porque si el mal es una ilusión, es una ilusión terriblemente molesta, una ilusión que trae miseria; dolor, sufrimiento y muerte. Si se dice que el dolor también es ilusorio, yo replico que no hay diferencia entre el dolor ilusorio y el dolor real en lo que al problema del mal concierne. Ante la realidad del problema del dolor damos un paso atrás y preguntamos, “¿Cómo podría un Dios bueno darnos a todos nosotros tan terrible ilusión como este dolor que tan realmente sufrimos?” Una gran ventaja del punto de vista de la Escritura es que no juega con el sufrimiento de la gente. En la Escritura, el mal es tratado simplemente como algo con lo cual tenemos que lidiar, cualquiera que sea su status metafísico.

Tampoco es la versión de Agustín más bíblica,³⁸ digamos lo que digamos, en cuanto a la distribución relativa del bien (eso es, del ser) a través del universo. La Escritura es clara en que tal distribución del bienestar está en las manos de Dios. Dios es tan responsable por las faltas y privaciones (si queremos llamarlas así) como lo es por el bienestar en todo el universo. Dios obra todas las cosas bajo

³⁷ Del ser, Dios dice, “Es bueno” (Gn. 1:31; 1 Tim. 4:4). Eso parecería indicar que solamente el no ser puede ser malo

³⁸ Por supuesto, deberíamos darle crédito a Agustín por reconocer que el mal no tiene poder en sí mismo y es en algún sentido un parásito de la bondad.

el consejo de su propia voluntad (Ef. 1:11), como Agustín llegó a reconocer posteriormente. Esto incluye los pecados y males (Gn. 50; 20; Lc. 22:22; Hch. 2:23; 4; 28; Rom.9:1-29). Es cierto que todas las cosas son buenas, pero el corazón humano caído es malo, y por causa de eso, las actitudes y acciones humanas son malas. Por causa de eso, describimos muchos eventos en el mundo como malos porque ellos expresan la respuesta de Dios al pecado (Gn. 3:17-19). No hay razón para crear una categoría metafísica distinta (“no ser”, o “privación”) para el mal. El problema es simplemente que, Dios es soberano sobre todos los sucesos, buenos y malos, y como quiera que uno analice el mal metafísicamente, es parte del plan de Dios.

LA DEFENSA DE LA DEBILIDAD DIVINA

Muchos han recomendado algún tipo de debilidad o inhabilidad divina como la solución al problema: Dios no vence todo el mal porque no lo puede hacer —aunque hace lo posible por vencerlo. Esta es la respuesta de la “teología de proceso”³⁹ y también la del popular libro de Harold S. Kushner, *Cuando le Suceden Cosas Malas a Gente Buena*⁴⁰. Esta solución niega las doctrinas cristianas históricas de la omnipotencia, omnisciencia y soberanía divinas, en tanto que busca preservar el atributo de la bondad de Dios. Pero la Escritura no solo deja de enseñar esta solución sino que la contradice firmemente. La omnisciencia de Dios (Sal 139; He. 4:11-13; Is. 46:10; 1 Jn. 3:20), su omnipotencia (Sal 115:3; Is. 14:24, 27; 46:10; 55:11; Lc. 18:27), y su Soberanía (Rom. 11:33-36; 1 Ti. 6:15-16) son céntricas para la doctrina bíblica de Dios.

Uno pudiera preferir creer en un dios más débil que la personalidad absoluta de las Escrituras, pero debería estar enterado del costo de dicha preferencia. De tal modo, podría conseguir una solución al problema del mal, pero perdería cualquier esperanza segura para superar el mal. Logra satisfacción intelectual al costo de tener que enfrentar la horrible posibilidad que, después de todo, el mal pueda triunfar. Sin duda, hay algo irónico en llamar a esto una “solución” al problema del mal.

LA DEFENSA DEL MEJOR-MUNDO-POSIBLE

El filósofo G.W. Leibniz y otros han argumentado que este mundo, a pesar de todos sus males es, no obstante, el mejor mundo que Dios pudo haber producido. La razón no es la debilidad de Dios, como en la defensa anterior, sino más bien la misma lógica de la creación. Arguye que ciertos males son lógicamente necesarios para lograr ciertos fines buenos. Por ejemplo, debe haber sufrimiento si va a haber compasión para los sufrientes. Así que el mejor mundo posible incluiría algunos males. Dios, necesariamente, desde esta perspectiva, hace el mejor mundo posible, incluyendo cuantos males puedan ser necesarios para el mejor resultado total. Por causa de la misma excelencia de sus normas El no puede hacer nada menos.

³⁹ Como, por ejemplo, en David Ray Griffin, *Dios, Poder y Mal* (Philadelphia: Westminster, 1976).

⁴⁰ New York: Schocken Books, 1981.

La Escritura enseña que Dios guarda las leyes de la lógica⁴¹, no porque haya leyes “por encima” de Él a las que se deba conformar, sino porque Él es por naturaleza una persona lógica. Que Dios es lógico está implícito por las enseñanzas bíblicas de que Él es sabio, justo, fiel, y verdadero —atributos que serían insignificantes si Dios fuera libre para contradecirse a sí mismo.

Pero lógicamente, ¿requiere un mundo perfecto la existencia del mal? Dios es perfecto, y en Él no hay mal alguno. Y de acuerdo a la Escritura, la creación original era perfecta, sin ningún mal (Gn. 1:31). ¿Era imperfecta por esa razón? Los nuevos cielos y la nueva tierra —es decir, la perfección final del orden creado— también estará libre del mal (Ap. 21:8). En cuanto al ejemplo anterior, el sufrimiento pudiera ser necesario para la manifestación de compasión, pero no es necesario para que alguien sea compasivo. Dios siempre ha sido compasivo, aun cuando no hubiera nadie a quien tuviera que demostrar compasión.

¿Es Dios, a causa de su perfección, sólo capaz de crear seres perfectos? Eso pudiera parecer lógico, pero la Escritura lo contradice. Dios creó seres que carecían de perfección. Por ejemplo, a Adán lo creó bueno, pero no lo perfecto, pues dice que le faltaba algo: ¡estaba “solo”, y eso no era bueno (Gn. 2:18)! Además, su justicia tenía que ser confirmada a través de la prueba (Gn. . 2:17; 3:1-21). Satanás mismo fue, más probablemente, creado bueno, pero desde el principio fue capaz de rebelarse contra Dios. Siendo así, aún en la buena creación hubo imperfecciones. Y así va pasando a lo largo de la providencia histórica de Dios. Hay mucho que es imperfecto ahora, que a su tiempo será perfeccionado (o destruido) en los nuevos cielos y la nueva tierra.

Por supuesto, el punto de vista de Leibniz no es que todo lo que Dios hace sea perfecto, sino que el mundo como un todo es perfecto, dada la necesidad lógica de algún mal. Al mismo tiempo que yo rechazo la idea de la necesidad lógica del mal, concedería la posibilidad de que, tomando en cuenta toda la secuencia histórica, incluyendo la gloriosa redención de Dios de los pecadores, este es el mejor mundo que Dios pudo haber hecho. Pero esa es solamente una posibilidad. Si Dios puede hacer seres individuales imperfectos, si Dios puede hacer un mundo entero que es imperfecto y necesita renovación, seguramente es posible que Él pueda determinar una secuencia histórica completa que sea imperfecta, en comparación con otros mundos que Él pueda haber hecho. Así que el asunto de fondo es: Yo no sé si este mundo (admitida una secuencia histórica completa) es el mejor mundo posible. Hasta donde yo sé, Dios es libre para hacer cosas que sean o bien imperfectas o perfectas. Así que no podemos resolver el problema del mal diciendo que sabemos a priori que este es el mejor mundo posible y que todos los males son necesariamente lógicos para su perfección.

LA DEFENSA DEL LIBRE ALBEDRÍO

La defensa más común entre los filósofos profesionales hoy en día está basada en el libre albedrío humano⁴². La defensa del libre albedrío dice que el mal acaeció por la libre elección de las criaturas racionales (Satanás o Adán o “todo hombre”). Ya que esa libre elección no fue, en ningún sentido,

⁴¹ Por supuesto, yo estoy hablando acerca de la lógica propia de Dios, que puede no ser idéntica a cualquier sistema lógico humanamente ideado. La lógica, como ciencia humana se esfuerza, como todas las ciencias humanas, en pensar los pensamientos de Dios a la manera de Él, pero no siempre lo hace tan perfectamente.

⁴² Una de las formulaciones más influyentes es la de Alvin Plantinga, Dios, Libertad y Mal (Grand Rapids: Eerdmans, 1977).

controlada o predestinada o causada por Dios, El no puede ser considerado responsable de la misma⁴³. Por lo tanto, la existencia del mal no compromete la bondad de Dios.⁴⁴

La Biblia enseña que el hombre es, o puede ser, libre en ciertos sentidos. (1) Él hace lo que él quiere hacer, actuando de acuerdo con sus deseos, así sean santos o perversos⁴⁵. (2) Adán tuvo la libertad o habilidad para escoger, ya fuera el bien o el mal. La caída nos quitó esta libertad, puesto que las criaturas caídas pueden⁴⁶ hacer solamente lo que es malo (Gn. 6:5; 8:21; Is. 64:6; Rom. 3:10ss.). Pero la redención restaura el libre albedrío a aquellos que creen (2 Co. 5:17). (3) La Redención nos trae una libertad aún más elevada, una libertad del pecado y sus efectos en conjunto (Juan 8:32). “Libertad del pecado” es el significado común de “libertad” en el Nuevo Testamento. (4) Somos libres en el sentido que no somos las víctimas indefensas del determinismo histórico. La Biblia no nos permite reclamar deficiencias en la herencia, el medio ambiente, equilibrio psicológico, autoestima, y otros, como excusas para violar los mandamientos de Dios. Somos, en todas nuestras acciones (1 Co.10:31), responsables de obedecer al Señor.

Aún más, la Escritura concuerda con los defensores del libre albedrío al enseñar que la culpa por los pecados descansa en el hombre, y no en Dios. Aún cuando la Biblia menciona específicamente un evento pre ordenado, la culpa por el mal reposa exclusivamente en los perpetradores humanos (ver Gn. 50:20; Hch. 2:23; 4:27)

Sin embargo, la Escritura no enseña —de hecho lo niega— el libre albedrío en el sentido que es usado por los que defienden el libre albedrío. Puesto que desde esa perspectiva de libertad⁴⁷, las decisiones libres del hombre no son de ninguna forma predeterminadas o causadas por Dios. Pero la Escritura habla con frecuencia de que Dios determina nuestras libres decisiones (ver Gn. 50:20; Hch.

⁴³ Estrictamente hablando, el argumento de Plantinga está basado, no en la realidad del libre albedrío en este sentido, sino en la mera posibilidad de ella. Pero, si tenemos razón para creer, como yo la tengo, que el libre albedrío en este sentido no es real, no puedo ver que el argumento de Plantinga sea muy convincente. En este sentido, el libro de Plantinga es un resumen del concepto arminiano del libre albedrío, aunque fue publicado mientras él enseñaba en el Calvin College, una Institución supuestamente Calvinista.

⁴⁴ “Plantinga combina esta defensa tradicional del libre albedrío con una forma de defensa del mayor bien, la cual discutiremos después. Esencialmente él sostiene que el don divino del libre albedrío, aún con la posibilidad concurrente del mal, contribuye a un mejor bien total que el que habría en un universo sin tal libertad. En general veremos que la defensa del mayor bien contiene alguna verdad bíblica, pero dudo que el libre albedrío en el sentido de Plantinga sea, de hecho, un mayor bien.

⁴⁵ Esto es a veces llamado libertad “compatible”, ya que es compatible con la determinación causal de las decisiones humanas.

⁴⁶ Aquí el “puede” es un “puede” moral – espiritual, no un “puede” de habilidad física o mental. Los pecadores tienen la capacidad física y mental para obedecer a Dios, pero les falta la motivación moral – espiritual. Su problema es un problema de corazón, no una ausencia de alguna u otra capacidad. El problema es que a pesar de sus capacidades, ellos no obedecerán; y ese “no” está tan profundamente inculcado, tan intensamente reiterado, es una parte vital de su misma naturaleza, que en un sentido importante (pero único) ellos “no pueden”. Pienso que hay algo de confusión entre calvinistas y arminianos en este punto. En ciertos sentidos obvios, el hombre caído puede hacer lo correcto, y su responsabilidad depende de esa “capacidad”. Como lo enfatizó Van Til, la depravación es ética, no metafísica; no involucra una declinación en nuestras capacidades físicas, habilidades, o coeficientes intelectuales, sino un mal uso de estas. Los Calvinistas necesitan ser más claros al admitir eso, mientras hacen las distinciones apropiadas.

⁴⁷ Esa perspectiva fue enseñada por Pelagio, Molina y Arminio, entre otros, en la historia de la iglesia. En la filosofía secular es llamada la perspectiva “incompatible” (ver nota 12) o “libertaria”.

2:23; 4:27; también 2 S. 24:1, refiriéndose específicamente a decisiones malignas; también Pr. 16:9; Lc. 24:45; Jn.6:44, 65; Hch. 2:47; 11:18; 13:48; 16:14; Ro. 8:28 ss.; Ef. 2:8-9; Fil. 1:29). Y ciertamente las determinaciones libres de los seres humanos están incluidas entre las declaraciones generales de Romanos 11:36 y Efesios 1:11.⁴⁸ Vale notar que en Romanos 9, donde el problema del mal se levanta explícitamente, Pablo no recurre a la defensa del libre albedrío, más bien él contradice las suposiciones de los que la defienden. Él levanta la pregunta de por qué tan pocos judíos han creído en Cristo. Este es un asunto agonizante para él (vv 2-5), porque éste es su pueblo e, históricamente, el pueblo de Dios —los herederos de su promesa. Debemos notar que esta misma pregunta presupone una fuerte perspectiva de la soberanía de Dios. Pues, ¿por qué el problema del mal se levanta aquí del todo a menos que Pablo estuviera asumiendo que la fe es un don de Dios? El problema es que Dios ha tomado a Israel para que sea su pueblo; aún así, él ha retenido de ellos considerablemente el don de la fe.

La respuesta de Pablo es que desde el tiempo de Abraham, ha habido una división en el “pueblo de Dios”, entre aquellos que de hecho pertenecen a Dios por fe, y aquellos que son descendientes de Abraham sólo físicamente. ¿Qué causa esta división? Aquí, Pablo pudo fácilmente haber dicho “decisión humana.”⁴⁹ Pero él no dice eso. Mas bien, él traza la división al “propósito de Dios en la elección” (v.11), añadiendo, “no por obras sino por aquel que llama” (v.12). A la verdad Dios predijo el destino de Esaú y Jacob antes que ellos nacieran, indicando que Él había predeterminado su destino (vv. 12,13).

En el versículo 14 el problema del mal se hace presente: ¿Fue injusto Dios al ordenar el mal para Esaú antes que él hubiera nacido? No, dice Pablo. ¿Por qué? Los que defienden el libre albedrío hubieran contestado Dios previó las decisiones libres y autónomas de Esaú y por lo tanto determinó castigarlo. Pero Pablo niega esa conclusión. Al contrario, traza el mal a la libre elección propia de Dios:

Tendré misericordia de quien tenga misericordia, Y tendré compasión de quien tenga compasión. (v. 15, cita a Ex 33:19)

Entonces Pablo reitera: “Así que, no depende del deseo o esfuerzo del hombre, sino de la misericordia de Dios” (v. 16). Entonces viene el versículo 17 que nos dice que el propósito de Dios al levantar al malvado Faraón fue anunciar el nombre de Dios por toda la tierra. “De manera que, Dios tiene misericordia de quien él quiere tener misericordia, y endurece a quien él quiere endurecer” (v. 18).

En el versículo 19 Pablo levanta el problema del mal nuevamente: ¿Por qué, entonces, Dios todavía nos culpa? Y nuevamente la respuesta no es “porque Dios no controla nuestras libres decisiones”, sino la respuesta es que “Él tiene completos derechos sobre nosotros para hacer todo lo que Él (¡soberanamente!) Elijá hacer”.

⁴⁸ Aun los arminianos deben admitir a regañadientes que Dios, en algún sentido, controla nuestras libres determinaciones. Ellos pueden escapar a esta conclusión solamente moviéndose hacia posiciones aun mayoritariamente no-bíblicas, tales como la teología en proceso. Vea la discusión de la soberanía divina en el cap. 2

⁴⁹ De haber dicho esto, él no hubiera estado tan equivocado, aún sobre una base calvinista. Pues los calvinistas también aceptan la importancia de: la elección humana. La pregunta es si esa elección es en sí misma un don de Dios. De haberse referido Pablo a la elección humana en este contexto, él simplemente hubiera evadido este punto.

La Biblia en ninguna parte usa la defensa del libre albedrío donde el problema del mal esté en pie para discusión. No lo encontrarás en el libro de Job, ni en el Salmo 37, o en el Salmo 73. Realmente todos estos pasajes presuponen la fuerte perspectiva común de la soberanía divina.

Así que, la defensa usada por los que sostienen que hay libre albedrío no es bíblica. También hay problemas con su coherencia interna. Si, como en el arminianismo clásico, nuestras libres decisiones son literalmente infundadas, entonces ellas no son causadas por nuestro carácter o nuestros deseos más de lo que son causadas por Dios. Y, si este es el caso, nuestras “libres decisiones” son totalmente ocurrencias accidentales desconectadas de cualquier cosa en el pasado. Ellas son sorpresas temporales, peores que el hipo cuando ocurre en forma torpe. Una persona con de carácter recto que nunca tuvo una inclinación hacia el robo, podría, al pasar caminando por un banco, repentinamente, por algún extraño impulso, ir dentro y robar el banco aun sin querer hacerlo.⁵⁰ Seguramente no es esto lo que normalmente pensamos en conexión con la libre elección. Y dichas ocurrencias casuales difícilmente pueden ser el terreno de la responsabilidad moral ya que son esencialmente irracionales. Son ocurrencias de las cuales no hay una causa primera, no hay origen en una personalidad absoluta.

Por otra parte, si el arminianismo-libertario ve la libre elección como algo causado por el carácter y el deseo, entonces está introduciendo factores que en sí mismos tienen causas⁵¹ [19] en genes heredados o en el medio ambiente, causas que preceden la vida consciente del individuo. Está sustituyendo un determinismo cósmico impersonal por el “determinismo” personalista del cristianismo bíblico. No veo esto como ninguna clase de ganancia para la responsabilidad moral.

LA DEFENSA DE LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

La quinta defensa no bíblica que vamos a considerar es a veces llamada “Ireneana,” respecto al padre de la iglesia, Ireneo, que la empleó. En tiempos modernos ha sido impulsada por John Hick,⁵² quien lo llama Teodicea “nacida del alma”.⁵³

El argumento es que el hombre fue creado en un estado de inmadurez moral. Para que llegara a la madurez total fue necesario que padeciera varias formas de dolor y sufrimiento.

Es cierto que el sufrimiento, a veces, forma el carácter. Hebreos 12 dice que los creyentes experimentan la disciplina paternal y corrección de Dios. Así como los castigos de un padre terrenal producen disciplina en la vida de un niño, así nuestro Padre celestial nos pone a través de pruebas de manera que aprendamos hábitos de piedad.

⁵⁰ Por supuesto, los libertarios generalmente admiten que nuestro carácter y deseos “influyen” nuestras libres decisiones, pero sin “determinarlas”. Sin embargo, lo que eso generalmente significa es que el carácter y los deseos limitan de alguna manera las alternativas disponibles para la libre decisión y, tal vez, nos inclinan a escoger en una u otra dirección. Pero, en esta perspectiva, por supuesto podemos elegir en contra de la inclinación, y esa elección emerge, nuevamente, como puro accidente. Por lo tanto, aún con estas calificaciones una persona puede hacer una “decisión libre” que esté absolutamente fuera de carácter y simplemente al azar.

⁵¹ Si no, entonces son evidentemente accidentes y el argumento del párrafo previo les concierne.

⁵² Veá Hick, *El Mal y el Dios de Amor* (New York: Harper & Row, 1966).

⁵³ Teodicea significa literalmente “justificación de Dios”. Se usa para describir soluciones propuestas al problema del mal.

Sin embargo, pienso que no es bíblico convertir este principio en una teodicea en gran escala. Debido a una cosa, la Escritura enseña que Adán no fue creado moralmente inmaduro con la necesidad de desarrollar el carácter mediante el sufrimiento. Él fue creado bueno y si hubiera obedecido a Dios no hubiera tenido necesidad de experimentar sufrimiento. El sufrimiento es el resultado de la caída (Gn. 3:17).

Además, la Escritura enseña que no todo sufrimiento forma el carácter. Los incrédulos sufren y a menudo no aprenden lecciones de ello. Tampoco toda mejora del carácter viene a través del sufrimiento. Los creyentes son hechos nuevas criaturas en Cristo (2 Co. 5:17). El cambio básico del pecado a la justicia es un don de la gracia de Dios. Además, nuestra santificación será perfeccionada en los cielos, no a través de un purgatorio de sufrimiento, sino a través de la obra propia de Dios.

LA DEFENSA DEL MEDIO AMBIENTE ESTABLE

C.S. Lewis, en su libro *El Problema del Dolor*⁵⁴, sostiene que un medio ambiente estable es necesario para la vida humana. Nos conocemos el uno al otro a través de signos estables y regulares de la presencia de uno y otro (aparición del rostro, voz, etc.). Vivir feliz y productivamente demanda un universo de leyes uniformes, de modo que podamos hacer planes y cumplirlos. Si, cuando tomara mi peine en la mañana, este se hubiera convertido casualmente en una tortuga, yo no sería capaz de desarrollar un patrón normal de peinar mi cabello.

Pero, dice Lewis, un medio ambiente estable hace accesible la posibilidad del mal. Esto significa, por ejemplo, que la ley de gravedad no será anulada temporalmente para salvarme de caer por las escaleras.

Bastante cierto. Pero, ¿necesariamente un medio ambiente estable produce el mal? ¿Será esa estabilidad causa suficiente para crear el mal? Ciertamente no. Dios creó a Adán (cuya existencia literal, yo deduzco que Lewis tenía ciertas dudas) y lo colocó en un medio ambiente estable, pero sin mal ni dolor. Yo no sé como funcionó esto-¿revocó Dios las leyes físicas de cuando en cuando para proteger a Adán, dejando suficiente regularidad para una vida diaria regularmente normal, o Dios simplemente predestinó que Adán no saliera enredado con estas leyes? Como quiera que fuera, no hubo dolor ni sufrimiento hasta la caída. Por otro lado, el cielo será, por cierto, otro medio ambiente estable, pero allí no habrá mal alguno.⁵⁵

Y ¿cómo un medio ambiente estable da lugar a males del corazón humano, el espíritu de rebelión contra Dios?

De modo que, aunque algunos males pueden, seguramente, ser rastreados inmediatamente (ver debajo) a las leyes naturales en un medio ambiente estable, ellas no son una explicación suficiente para el mal. La Biblia nunca se refiere a tal fuente. Hacerlo así sería culpar a la creación en vez de a nuestros propios corazones.

⁵⁴ Londres: Geoffrey Bles, 1940.

⁵⁵ El lector puede observar que varias de las defensas propuestas fallan en tomar en cuenta bien sea la bondad de la creación original o la perfección del cielo o ambas. Una defensa adecuada o teodicea debe ser consistente con estas enseñanzas bíblicas.

LA DEFENSA DE LA CAUSA INDIRECTA

La defensa de la causa indirecta difiere de las primeras seis defensas en que comúnmente se le encuentra más bien en la teología Reformada. Van Til lo avala en una discusión del uso de Calvino del mismo contra Pigio.⁵⁶ Gordon Clark también hace uso del mismo en su *Religión, Razón y Revelación*.⁵⁷ El argumento parece ser que, ya que Dios es la causa indirecta en vez de la causa directa del mal El no tiene culpa por ello.

Clark explica la distinción de esta manera: Dios es la causa última de mi libro, pero El no es su autor; yo lo soy. En consecuencia, yo tengo la responsabilidad por su contenido, no Dios. El autor es la causa más cercana al efecto, la causa “inmediata”. Si yo golpeo la bola de billar A, y ella golpea la B, y la B golpea la C, entonces yo soy la causa última del movimiento de C, pero soy la causa inmediata del movimiento de B; soy su causa o su autor.

Es cierto que en la Escritura la relación de Dios con el mal es indirecta; no fue Dios quien tentó a Eva, sino la Serpiente.⁵⁸ Santiago 1:13 nos persuade que tal es siempre el caso con la tentación. Y también es cierto que en la Biblia la culpa moral se atribuye solamente a las criaturas. De tal modo, es muy tentador encontrar una relación entre estos dos hechos.

Pero el ser la causa indirecta no mitiga la responsabilidad en sí —al menos al nivel humano. Si yo contrato un matón para que asesine a alguien, yo soy tan responsable por el asesinato como el hombre que de hecho tiró del gatillo. La Biblia nos advierte que incitar a alguien para que peque es en sí mismo un pecado (Dt. 13:6ss.; Ro. 14). ¿Es Dios, en este respecto, tan diferente de las criaturas que lo indirecto de su papel en el mal lo aísla contra la censura moral? La Escritura nunca dice que El es diferente en esa manera.

Y si esa fuera la única solución que tuviéramos para el problema del mal sería una muy inadecuada. Porque describiría a Dios como algún tipo de jefe de una Mafia gigante que mantiene sus manos legalmente limpias, mientras obliga a sus subordinados a llevar a cabo sus asquerosos designios. ¿Es esa una descripción bíblica? ¿Es compatible con la bondad de Dios que la Biblia nos enseña?

LA DEFENSA EX LEX

En el volumen recién citado, Gordon Clark también presenta otra teodicea, que, si fuera sana, haría la defensa de su causa-indirecta completamente innecesaria. El hecho de que incluya ambas defensas pudiera indicar alguna falta de confianza en una o la otra, aunque en la lectura del texto no encontramos que lo admita.

Su argumento es que Dios es *ex lex*, que significa “fuera de la ley”. La idea es que Dios está fuera o encima de las leyes que prescribe para el hombre. Él nos dice a nosotros que no matemos, pero Él

⁵⁶ Van Til, *La Defensa de la Fe* (Filadelfia: Presbiteriana y Reformada, 1955; 2da. ed., 1963), 182-87

⁵⁷ Filadelfia: Presbiteriana y Reformada, 1961, 238-41.

⁵⁸ Sin embargo, aún con esta declaración, hay problemas. Si Dios en su providencia “concorre” con segundas causas, manteniéndolas y dirigiéndolas a sus efectos, entonces la distinción entre causas directas e indirectas no se puede hacer fácilmente.

retiene para sí mismo el derecho de matar. De este modo, Dios mismo no está obligado a obedecer los Diez Mandamientos, o cualquier otra ley dada al hombre en la Biblia. Moralmente, Él está en un nivel completamente diferente al nuestro. En consecuencia, Él tiene el derecho de hacer muchas cosas que a nosotros nos parecen malas, aun cosas que contradicen las normas bíblicas. Para un hombre causar mal indirectamente, sería malo, pero no sería malo para Dios.⁵⁹ Con muy buen tino Clark procura poner fin a cualquier argumento en contra la bondad y justicia de Dios.

Hay algo de verdad en este acercamiento. Tal como veremos, la Escritura prohíbe la crítica humana de las acciones de Dios. La razón es, como lo implica Clark, la trascendencia divina. También es cierto que Dios tiene algunas prerrogativas que Él nos prohíbe, tales como la libertad para tomar la vida humana.

Clark olvida, sin embargo, o tal vez niega la máxima reformada y bíblica de que la ley refleja el carácter propio de Dios. Obedecer la ley es imitar a Dios, ser como Él, semejarle (Ex 20:11; Lv. 11:44-45; Mt. 5:45; 1 P. 1:15-16). En la ética bíblica hay también una imitación de Cristo, centrada en la expiación (Juan 13:34-35; Ef. 4:32; 5:1; Fil. 2:3 ss.; 1 Juan 3:16; 4:8-10). Obviamente, hay mucho acerca de Dios que no podemos imitar, incluyendo aquellas prerrogativas mencionadas anteriormente. Satanás tentó a Eva para que buscara llegar a ser “como Dios” en el sentido de codiciar Sus divinas prerrogativas (Gn. 3:5).⁶⁰ Pero la santidad, justicia y bondad total de Dios es algo que podemos y debemos imitar en el ámbito humano.

De modo que Dios honra, en general, la misma ley que nos da a nosotros. Él desecha el asesinato porque Él odia ver que un ser humano asesine a otro, y Él determina reservarse para sí mismo el derecho de controlar la muerte humana. Él prohíbe el adulterio porque Él odia el adulterio (que es un reflejo de la idolatría —véase el libro de Oseas). Podemos estar seguros que Dios se comportará de acuerdo a las mismas normas de santidad que El prescribe para nosotros, excepto hasta donde la Escritura declara una diferencia entre sus responsabilidades y las nuestras.⁶¹

Pero sobre esta base, el problema del mal regresa. Si Dios nos prohíbe atormentar a otros, ¿cómo puede El permitir que sus criaturas sean atormentadas? Si El esencialmente se sujeta (con algunas excepciones) a las normas reveladas en la Escritura, ¿cómo puede El planear, predestinar y causar que el mal ocurra? Por tanto, no podemos concordar con la defensa ex lex de Clark, simplemente porque no es bíblico. El problema permanece sin ser resuelto.

⁵⁹ Pero sobre esta base, tampoco sería equivocado para Dios causar el mal directamente. Eso es por lo cual yo dije que este argumento hace que el argumento de la causa indirecta no venga al caso.

⁶⁰ John Murray dijo que la diferencia entre las dos maneras de buscar la semejanza de Dios es como el filo de una navaja; al tiempo que hay, de hecho, una profunda sima entre ellas.

⁶¹ Singularmente, Clark, quien es generalmente acusado de ser un realista platónico, en este punto se desvía hacia lo opuesto, al realismo, denominado nominalismo. Los nominalistas extremos sostienen que las leyes bíblicas no fueron reflejos de la naturaleza de Dios, sino meramente requerimientos arbitrarios. Dios podía tan fácilmente haber ordenado el adulterio como haberlo prohibido. Una vez yo mencioné esto en una carta a Clark y el apreció la ironía, pero no dio una respuesta. ¿Por qué, me pregunto, no se ocupó él de la ley moral en la misma forma que lo hizo con la razón y la lógica en, por ejemplo, El Logos Juanino (Nutley, N.,/:Presbiteriano y Reformado, 1972)? Allí el argumentó que la razón/lógica de Dios no estaba ni por encima de Dios (Platón) ni por debajo de Dios (nominalismo), sino (la naturaleza racional propia de Dios). ¿Por qué no tomó él la misma perspectiva de las normas morales de Dios?

UNA DEFENSA AD HOMINEM

Algunos apologistas cristianos se han acercado al problema del mal con la teoría que la mejor defensa es una buena ofensiva. Así, cuando un incrédulo cuestiona la consistencia de la soberanía de Dios y Su bondad frente al mal, el apologista contesta que el incrédulo no tiene derecho si quiera a levantar la pregunta, ya que no puede, sobre esta base, ni siquiera distinguir el bien del mal.

El punto es correcto, hasta donde va. Como discutí anteriormente, los valores morales presuponen la personalidad absoluta revelada en la Escritura. Si no hay tal Dios, entonces el mundo está gobernado bien sea por el azar o por leyes impersonales, ninguno de los cuales demanda lealtad a los valores morales. Si, como el incrédulo, buscamos pensar y vivir sin Dios, no tenemos ninguna base para identificar o describir el bien y el mal.

También es útil traer este punto a la atención del incrédulo. El, en una forma, tiene un problema más serio que el creyente. Si el creyente enfrenta el problema de cómo puede haber mal en un mundo teísta, el incrédulo enfrenta el problema de cómo puede haber o bien o mal en un mundo no teísta. En términos de la más amplia empresa apologética, esta clase de verdad necesita ser remachada al incrédulo.

A los incrédulos ciertamente no les debe ser permitido dar por supuesta su propia autonomía al definir los conceptos morales. A ellos no se les debe permitir asumir que son los jueces últimos de lo que es correcto o equivocado. Verdaderamente, a ellos se les debe advertir que ese tipo de supuestos descarta al Dios bíblico desde la salida, y de ese modo muestra su carácter como una presuposición de fe. El incrédulo debe saber que rechazamos totalmente su presuposición e insistimos en sujetar nuestras normas morales a las de Dios. Y si el incrédulo insiste en su autonomía, podemos volvernos rencorosos y demandarle que muestre como un yo autónomo puede llegar a conclusiones morales en un universo impío.

Sin embargo, tan valioso como pueda ser este punto en sí mismo, no es realmente una respuesta al problema del mal. Es un argumento ad hominem; es decir, que está dirigido a la persona antes que al tema de discusión. El incrédulo pregunta como juzgamos el mal; nosotros respondemos que él tiene un problema peor. Puede que así sea, pero con eso no hemos respondido su pregunta. Y él puede muy bien replicar: "Bueno, yo concedo que el ateísmo tenga su cuota de problemas, pero por ahora hablemos acerca de los de ustedes. Estoy señalando a lo que parece una contradicción en su sistema. Si mi sistema es o no una alternativa adecuada, es del todo irrelevante a la pregunta. Aun si yo fuera un cristiano,⁶² todavía tendría la misma pregunta, y me gustaría tener una respuesta a la misma."

La Escritura, como veremos, reprende a la gente que levanta el problema del mal en ciertas formas. Y la Escritura no es completamente contraria a algunos tipos de respuesta ad hominem. Pero sus respuestas típicas son muy diferentes de la que está actualmente bajo discusión. Nos debemos apresurar, entonces, a descubrir positivamente lo que sí dice la Escritura.

Esta respuesta la daremos en la Segunda Parte de esta discusión.

⁶² En lenguaje de Van Tillian, "Cuando considero el cristianismo con sus presuposiciones propias por consideración del argumento..."

CAPITULO 2

En el capítulo anterior examinamos varias soluciones que varios filósofos y teólogos han adelantado para resolver el problema del mal y las hallamos no bíblicas o, al menos inadecuadas. En este capítulo veremos lo que la Biblia misma dice acerca del problema del mal.

DIOS ES LA NORMA PARA SUS ACCIONES

La Escritura nunca supone que Dios nos debe una explicación por lo que El hace⁶³. En varios pasajes bíblicos el problema del mal se levanta ante el lector, pero el texto en sí mismo nunca hace comentarios al respecto. Por ejemplo, con frecuencia desearíamos que Dios nos hubiera dicho mucho más en Génesis 3, la historia de la entrada del mal en el mundo. ¿De dónde vino la serpiente (Satanás)? Si originalmente fue buena con el resto de la creación (Gn. 1:31), ¿cómo llegó a convertirse en mala? ¿Por qué se le admitió en el Huerto para tentar a Eva? ¿Por qué, en verdad, un Dios bueno determinó todo este acontecimiento completo para que se llevara a cabo? Si El determinó la respuesta de Adán y Eva, ¿con qué derecho los castiga? Todas estas preguntas se levantan naturalmente en el contexto, pero el pasaje no las responde. A la verdad, cuando Adán, en efecto, levanta el problema del mal acusando a Dios por darle la esposa que lo tentó (v. 12), Dios no ofrece una exposición razonada por lo que ha hecho, El señala la propia impiedad de Adán, e impone una maldición sobre él,⁶⁴ y entonces se va del lugar.

El mismo patrón está presente en Génesis 22, donde Dios le dice a Abraham que sacrifique a su hijo amado, hijo de la promesa. El lector naturalmente quiere saber como tal mandato es compatible con la bondad de Dios. Concediendo que Dios impidió que eso se llevara a cabo, ¿no fue esto una horrible broma con el amor de un padre? Pero Dios no explica. A diferencia de Adán, Abraham nunca levanta el problema, y Dios ensalza su quieta, resuelta obediencia, su fe en que Dios proveerá el cordero (vv. 15-18; ver Ro. 4:17-25; He. 11:8-19).

Por su omisión en defenderse a sí mismo, Dios está demandando su derecho soberano a que se crea y confíe en El, cualesquiera que puedan ser las sospechas provocadas por sus acciones en las mentes humanas. En el análisis final, El es soberano en el conceder o retener su misericordia. El hace esto claro en Éxodo 33:19, que es, en el contexto, una exposición de su mismo nombre: "Tendré misericordia de quien tendré misericordia, y tendré compasión de quien tendré compasión." En sus decisiones El no se someterá al juicio del hombre. El se reserva el derecho a comportarse en una manera que puede ofender los valores humanos, aunque desde un punto de vista humano, pareciera estar contradiciendo sus propios valores. Cuando eso ocurre, El no se coloca bajo el juicio del hombre. Ya que es Dios no está obligado a explicar.

Este es uno de los temas principales del libro de Job, él cree que está sufriendo injustamente y exige una entrevista con Dios (23:1-7; 31:35ss.). El imagina que le hará preguntas a Dios y que, a su vez, las respuestas de Dios vindicarán su justicia (la de Job). Dios al fin concede la entrevista (ver caps. 38-42),

⁶³ Los estudiantes del sistema de triada explicado en DKG identificaron las tres secciones de este Capítulo como normativas, situacionales y existenciales, respectivamente.

⁶⁴ Esto es, para estar seguro, también una bendición le permite continuar viviendo y deja que la historia continúe hasta que venga el liberador a derrotar a Satanás.

pero no bajo las condiciones de Job. Es Dios, no Job, quien hace las preguntas. El Señor le dice, “Ciñe tus lomos ahora como un hombre, y yo te preguntaré, y tú me instruirás” (38:3). Las preguntas tienen que ver con misterios del universo, un poco sarcásticamente, quizás, señalando la ignorancia de Job: ¿Dónde estabas tú cuando yo echaba los cimientos de la tierra? Dímelos, si tienes inteligencia. ¿Quién puso sus medidas?, ya que sabes, ¿o quién extendió sobre ella cordel? (vv.4-5)

El punto es que si Job es tan ignorante respecto a las obras de Dios en el mundo natural, ¿cómo puede esperar entender las obras de la mente de Dios, al distribuir Él el bien y el mal (ver Juan 3:12)? En este estilizado debate, Job confiesa su absoluta derrota. Coloca su mano sobre su boca —una señal de vergüenza y también una admisión de que este supuesto acusador de Dios no tiene nada que decir (40:4). Pero Dios inicia otro asalto (40:6-41:34). El resultado es el mismo. ¡No se da ninguna insinuación de alguna debilidad en Dios! Job es el que admite, “Yo sé que tú puedes hacer todas las cosas, y que ningún propósito tuyo puede ser estorbado” (42:2). Y él confiesa su pecado de pretender saber más de lo que realmente sabía:

Por tanto, he declarado lo que no comprendía, cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no sabía... He sabido de ti solo de oídas, pero ahora mis ojos te ven. Por eso me retracto, y me arrepiento en polvo y ceniza. (42:3-6)

Observe como los cargos son anulados. Job, como Adán, determinó traer acusaciones contra Dios. Pero, el resultado, otra vez —como en el caso de Adán— es que el querellador es convencido de pecado.

Observe también que Job nunca sabe por qué ha tenido que soportar el sufrimiento. El lector sabe un poco más que Job, porque puede leer el prólogo en el cual le es permitido a Satanás tentar a Job a fin de poner a prueba su fidelidad. Pero esa no es una explicación completa de por qué Job sufrió. El lector, entonces, quiere saber por qué Dios permitió que Satanás hiciera tal cosa. ¿No sabía Dios que Job era fiel? ¿Quién era el que necesitaba una prueba adicional? ¿Por qué tendría Dios algún interés en convencer a Satanás de alguna cosa? ¿Por qué debía Dios aun suponer que la pregunta de Satanás era sincera? ¿Por qué fue hecha la grotesca apuesta? Por cierto, de cualquier manera, ¿qué estaba haciendo Satanás en el cielo? Y más, ¿por qué fue creado Satanás y se le permitió hacer decisiones malignas?

El libro no proporciona respuestas a estas preguntas. Al final, el lector está en la misma posición que el mismo Job. Por cierto, la pregunta del lector, ¿no debe esta ser manejada en la misma forma que Dios maneja las preguntas de Job? Al igual que Job, nosotros no estábamos allí cuando Dios echaba los cimientos de la tierra. Ninguno de nosotros sabe quién puso sus medidas o extendió sobre ella cordel. Igual que Job, nosotros necesitamos, también, ser cautelosos al sondear el problema del mal. Yo no creo que sea pecaminoso meramente plantear preguntas, pero cuando nuestras preguntas toman la categoría de acusaciones, cuando ellas expresan una duda real acerca de la bondad de Dios, cuando nos colocamos a nosotros mismos en la orgullosa posición de demandar una respuesta, entonces podemos esperar una reprensión de Dios como las que le dio a Job y a Adán.⁶⁵

Observemos el mismo patrón en unos cuantos pasajes más. En Ezequiel 18:5 hay un breve intercambio: “Y vosotros decís, ‘No es recto el camino del Señor’. Oíd ahora, casa de Israel: ¿No es

⁶⁵ Y yo espero que algunas de esas reprensiones haga una visita a los teólogos que insisten tanto en una solución al problema del mal que están dispuestos a volver la espalda a la soberanía de Dios revelada en la Escritura.

recto mi camino? ¿No son vuestros caminos los que no son rectos?” De nuevo, una queja contra la justicia de Dios es anulada. Para los detalles, vea el contexto.

Otro pasaje interesante con respecto a esto es Mateo 20:1-16, la parábola de Jesús de los obreros en la viña. Algunos sólo trabajan una hora; otros todo el día, pero todos ellos reciben el mismo pago.⁶⁶ Algunos se quejan de falta de equidad (i.e., el problema del mal). Pero el amo (Dios) responde, “Amigo, no te hago ninguna injusticia; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero yo quiero darle a este último lo mismo que a tí. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo que es mío? ¿O es tu ojo malo [estás envidioso] porque yo soy bueno?” (vv. 13-15).

Observen aquí algunos de los mismos temas que notamos anteriormente: (1) Las acusaciones son anuladas: el querellante es acusado de envidia. (2) La soberanía de Dios es subrayada (“¿No me es lícito...?”) en contraste con cualquier teología de la “debilidad-de-Dios”. (3) La razón de la distribución desigual no es dada; el Señor no siente que esté obligado a darla. A estos puntos podemos añadir (4) la confiabilidad en la palabra del amo (“¿No conviniste conmigo...?”). El amo ofreció un denario, y eso fue lo que El dio. Su revelación es confiable; El no es un mentiroso.⁶⁷ De este modo cualquier problema que pueda estar relacionado con la distribución de parte de Dios del bien y el mal no puede llevarnos a concluir que su Palabra, en la cual El promete bendiciones para su pueblo, sea indigna de confianza.⁶⁸ Y observe también que (5) una verdadera interpretación de los hechos en realidad vindica el carácter del amo. Cómo el amo lo ve (¡y El, por supuesto, está en lo correcto!), la desigualdad en el pago muestra, no falta de equidad hacia aquellos que trabajaron todo el día, sino generosidad hacia aquellos que trabajaron sólo una hora. Una perspectiva adecuada —las presuposiciones adecuadas— pueden hacer una gran diferencia en cómo evaluamos las cosas!

Por último, veamos la carta de Pablo a los Romanos que tiene también una gran preocupación por la teodicea. A la verdad Romanos es al Nuevo Testamento lo que Job es al Antiguo —el libro más sistemáticamente enfocado en el problema del mal. Por supuesto, generalmente pensamos en Romanos como una descripción de cómo Dios justifica a gente pecadora, junto con las implicaciones de esa justificación. Eso es bastante cierto. Pero el 3:26 indica que Pablo está preocupado aquí no solo con la justificación del hombre, sino también con la justificación de Dios (teodicea). Específicamente, ¿cómo puede Dios justificar a pecadores sin estar El mismo sujeto a acusaciones de injusticia?

⁶⁶ ¡Esto no es para ser interpretado como un modelo bíblico para las relaciones administración-obreros! En el contexto del evangelio de Mateo, parece enfocar el hecho de que los gentiles pronto van a participar de las bendiciones de Dios con los judíos, y que los dos grupos recibirán las mismas bendiciones, aún cuando los judíos hayan sido por mucho más tiempo el pueblo de Dios. Observe un punto similar en la parábola del hijo pródigo (Lucas 15:11-32), en la cual el retornante licencioso recibe una bendición mucho mayor de la que el hermano mayor piensa que es justo (vv. 28-32).

⁶⁷ La teología reformada distingue entre la voluntad de Dios decretada y su voluntad preceptiva. La primera gobierna todo lo que va a ocurrir, la última expresa lo que Dios quiere que creamos y hagamos. La primera es secreta hasta que se lleva a cabo en la historia; no la podemos usar para predecir el futuro. Tampoco la podemos usar sola para dirigir nuestras vidas; para tal dirección, Dios nos ha dado su voluntad preceptiva en las Escrituras. (Por supuesto, la voluntad preceptiva de Dios debe ser aplicada a nuestras circunstancias, que a su vez se levantan de su voluntad decretada. Hasta ese punto, la voluntad decretada está involucrada en la dirección de Dios para nuestras vidas). La parábola de Jesús nos dice, entonces, en estos términos teológicos, que aunque la estructura y motivaciones de la voluntad decretada de Dios son grandemente misteriosas, ese misterio no arroja duda sobre la confiabilidad en su voluntad preceptiva.

⁶⁸ Nuevamente, esto es contrario a las suposiciones de muchos teólogos.

De este modo, Romanos a menudo toma la forma de diálogo entre Pablo e impugnadores imaginarios (¿o reales?) que levantan el problema del mal en varias formas. Por ejemplo, en 3:3 alguien pregunta si la incredulidad de algunos judíos anula la fidelidad de Dios. ¿Es Dios injusto para prometer bendición a Israel y entonces apartar de algunos la fe que es necesaria para recibir la bendición? Aquí está el problema del mal, aplicado a un aspecto del plan de Dios. Interesantemente, Pablo, como los escritores anteriores que hemos tomado en cuenta, no siente ninguna obligación de responder esa pregunta. Mas bien, la reprende, como Dios reprendió a Adán, a Job y al Israel de los tiempos de Ezequiel, y como el hacendado en la parábola de Jesús reprendió a sus quejumbrosos trabajadores: “¡De ningún modo!⁶⁹ Antes bien, sea hallado Dios veraz, aunque todo hombre sea hallado mentiroso; como está escrito: ‘PARA QUE SEAS JUSTIFICADO EN TUS PALABRAS Y VENZAS CUANDO SEAS JUZGADO’” (v. 4, cita el Sal 51:4). Observe aquí nuevamente los temas familiares: los quejumbrosos tienen las acusaciones dirigidas a ellos; La palabra de Dios es vindicada; Dios rechaza la supuesta obligación de explicarse a sí mismo; los derechos soberanos de Dios son honrados y su carácter es vindicado.

Pero en el mismísimo versículo siguiente el querellante regresa: “Y si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Acaso es injusto el Dios que expresa su ira?” (v. 5). Rápidamente, Pablo (¡y Dios!) nos recuerda que esta no es su objeción, sino la de un oponente: “Hablo en términos humanos” (v. 5). Y nuevamente, el cuestionador es fuertemente reprendido: “¡De ningún modo! Pues de otra manera, ¿cómo juzgaría Dios al mundo?” (v. 6). Pablo nuevamente apoya el derecho soberano de Dios como juez supremo, sin mostrar cómo puede Dios evitar una acusación de injusticia con respecto a esto. En el próximo ejemplo, la respuesta de Pablo es aún más de reprensión y mucho menos de explicación:

Alguien podría argumentar, “Pero si por mi mentira, la verdad de Dios abundó para su gloria, ¿por qué también soy yo aún juzgado como pecador?” ¿Por qué no decir —ya que estamos siendo calumniados, y cómo algunos afirman que nosotros decimos— “Hagamos el mal para que venga el bien”? La condenación de los tales es justa. (vv. 7-8)

LAS ÚLTIMAS CUATRO PALABRAS SON EL ALCANCE DE LA RESPUESTA DE PABLO

Observe también la brevedad de Pablo con las preguntas en 3:31; 6:1-2; 6:15ss.; 7:7⁷⁰. Hay algunas respuestas efectivas aquí, en oposición a aquellas que tomamos en consideración anteriormente. Estas preguntas no tienen que ver directamente con el carácter propio de Dios. Pero sí indirectamente, y hasta ese punto las respuestas de Pablo contienen al menos: un toque de reprensión. El diálogo del problema del mal se resume en serio en el capítulo 9.⁷¹ La pregunta del versículo 14, “¿Hay injusticia en Dios?” (En aborrecer a Esaú antes de su nacimiento), recibe una respuesta acostumbrada de

⁶⁹ Esta exclamación traduce el griego *me genoito*, literalmente “que no sea” (algunas veces traducido “ciertamente no”). Es una expresión fuerte de aversión. La versión King James la traduce “Dios estorbó.” Eso es engañoso ya que la palabra “Dios” no se encuentra en el Griego; pero esa palabra añadida ayuda a transmitir la fuerza de la expresión

⁷⁰ A uno se le hace recordar la ley de la mordaza, ‘Cállate’, él explicó.”

⁷¹ Observe, sin embargo, que el patrón de preguntas retóricas en el libro es transformado en un gran himno de victoria divina y redención humana en 8:31-39. Las preguntas en la carta comienzan como preguntas incrédulas; más tarde ellas tienen algún grado de sinceridad acerca de las mismas; en Ro. 8 ellas llegan a ser expresiones de una fe madura!. pero el capítulo 9, como veremos, nos trae una regresión.

Pablo: “¡De ningún modo!” Pero, ¿por qué debemos decir que Dios es justo con respecto a esto? Porque Dios tiene misericordia de quien El tendrá misericordia (v. 15, cita a Ex 33:19). En otras palabras, Dios tiene el derecho soberano de hacer lo que El quiera, y ninguna explicación adicional es necesaria. Cualquiera que continúe acusando a Dios (como en el v. 19) está a sí mismo sujeto a la acusación que le está dirigiendo a Dios, como la vasija de barro cuestionando los propósitos del alfarero que la hizo (vv. 20-21). El alfarero es soberano sobre el barro tanto en control como en autoridad. Eso en cuanto a los defensores de la debilidad-de-Dios y del libre-albedrío!

Romanos confirma, por lo tanto, lo que hemos estado viendo en la Escritura. (1) No tenemos ningún derecho de quejarnos contra Dios., y cuando lo hacemos, nos revelamos a nosotros mismos como desobedientes. (2) Dios no está en ninguna obligación de darnos una respuesta intelectualmente satisfactoria al problema del mal. A pesar de eso, Él espera que confiemos en Él. (3) La soberanía de Dios no debe ser cuestionada en relación con el problema del mal; más bien debe ser subrayada. (4) La Palabra de Dios, su verdad, es completamente confiable. (5) En realidad, Dios no es injusto. El es Santo, Justo y Bueno.

Para resumir: Dios, como Señor Soberano, es la norma para sus propias acciones. El no está sujeto al juicio humano; por el contrario, nuestro juicio está sujeto a Su Palabra. De este modo, una vez que estamos claros sobre nuestra situación epistemológica, podemos estar seguros, a pesar de nuestras preguntas, del carácter bueno de Dios, ya que en esa cuestión la Palabra de Dios es clara.

Esto no quiere decir que digamos con Gordon Clark que Dios es *ex lex*, aunque suena parecido y puede, a la verdad, satisfacer algunas de las preocupaciones de Clark. Dios honra, esencialmente, la misma ley que nos da, puesto que la ley fundamental para el hombre es —dada las diferencias entre el Creador y la criatura— la ley de la naturaleza particular de Dios. La justicia de Dios es la norma para nuestra justicia. Pero, como el soberano Señor, algunas veces Dios puede hacer cosas que, ante nuestras mentes finitas, parecen ser contrarias a esa justicia divina. Cuando eso ocurre, no debemos exigir explicaciones, sino más bien confiar.

Esto no quiere decir que debamos confiar en la bondad de Dios con una fe ciega, aunque pueda, hasta aquí, sonar así a causa de nuestra discusión. Hemos visto solamente parte de la respuesta bíblica al problema del mal, y cuando veamos la Prueba, la que Dios quiere de nosotros no parecerá ser una respuesta de una fe ciega. Por cierto, confiar en Dios sobre la base de su Palabra, de ningún modo es fe ciega. La Palabra incluye su propia explicación razonada y señala a hechos extra bíblicos que también confirman racionalmente su enseñanza. Con todo, aunque la fe no es ciega, es diferente de lo que se ve. Los héroes de Hebreos 11 soportaron sufrimientos terribles, sin ver el cumplimiento de las promesas de Dios: la ciudad celestial. Ellos caminaron por fe. Tenían la Palabra de Dios, y esa palabra era confiable. Pero no respondía a todas sus preguntas, o le decía a cada uno por qué era necesario el sufrimiento de él o ella. Con todo, su fe prevaleció. La naturaleza particular de la fe es perseverar a pesar de preguntas no respondidas. De este modo la Palabra de Dios anima a los que sufren a asirse fuertemente a las promesas de Dios y no ser vencidos por la duda.

LA ESCRITURA NOS DA UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA NUEVA

En esta sección me propongo ir más profundamente en la explicación razonada de las Escrituras. ¿Por qué los escritores bíblicos están tan seguros de la justicia y bondad de Dios? Cómo hemos visto, ellos no estaban ajenos al problema del mal. Alrededor de ellos había toda clase de voces desafiando la

bondad y justicia de Dios. Por supuesto, una respuesta —esencialmente la respuesta de la última sección— es: Dios lo dice así, y eso debe ser suficiente. Esa respuesta es perfectamente adecuada, y es importante, pues mantiene nuestros corazones arraigados en sus presuposiciones correctas. Pero esa no es la única respuesta bíblica; o, más bien, no es la respuesta bíblica completa. La Escritura también nos dice algunas cosas acerca de cómo Dios revela, y por lo tanto vindica, su bondad. Lo podemos resumir diciendo que Dios vindica su justicia dándonos una nueva perspectiva histórica; ayudándonos a ver la historia a través de sus ojos. Consideremos cómo lucen el pasado, el presente y el futuro a través de los ojos de Dios.

EL PASADO: LA ESPERA Y LA DIALÉCTICA

Siempre he pensado que muchos de los grandes misterios de la teología se reducen al misterio del tiempo. ¿Por qué es que nuestro eterno Dios se complace en sacar las cosas de tiempo?⁷² Después de todo, si el propósito de Dios fue simplemente crear un universo y un pueblo para glorificar su nombre (transitorio, para estar seguro), lo hubiera podido llevar a cabo en un tiempo escasamente perceptible para nosotros. Aún un drama de pecado y redención pudiera, al menos así parece, haber sido llevado a cabo en unos pocos momentos: un momento de pensamiento desobediente, un momento de sufrimiento divino-humano, un momento de triunfo de la resurrección y un momento de inicio de la gloria eterna.

Ciertamente una gran parte del problema del sufrimiento reposa en el hecho de que nuestro sufrimiento es prolongado en el tiempo. Clamamos a Dios, y El pareciera no oír. O, más bien, El nos dice en realidad que esperemos, y esperemos, y esperemos.

La Escritura nos dice bastante acerca de este proceso de espera. Nos muestra como el pueblo de Dios es probado una y otra vez con el paso del tiempo. Pero también nos muestra una y otra vez, cómo Dios trae a su final los períodos de espera, vindicándose a sí mismo y poniendo fin a los sufrimientos de su pueblo.

En los capítulos al principio de Éxodo, el pueblo de Israel está en esclavitud en Egipto. José, quien trajo allá a la familia, ha muerto hace ya generaciones. Durante todo ese tiempo, hasta donde sabemos, no ha habido ningún mensaje de Dios. Pero el pueblo gime a Él en su esclavitud (2:23ss.). Moisés, el eventual libertador, también debe esperar. A la edad de 40, se va al exilio por matar a un egipcio; y no es sino hasta la edad de 80 que tiene un encuentro con Dios y recibe su encargo de conducir a Israel a su tierra prometida. Cuando Moisés se encuentra con Dios en la zarza ardiente, se identifica a sí mismo como el Dios del pasado “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob” (3:6). Sin embargo, el Dios del pasado es también un Dios del presente. El está aquí ahora para liberar a su pueblo de la esclavitud. El misterioso nombre “Yo soy” en el versículo 14 puede tener alguna referencia a esta “problemática temporal”: Dios no es meramente el Dios del pasado, sino el Dios que está ahora, y siempre estará presente para liberar a su pueblo escogido (ver 3:12). De este modo Yahweh (del hebreo “Yo soy”), el Señor, será su nombre por siempre, el nombre por el cual El será recordado de generación en generación (v. 15). ¡Yahweh es el mismo ayer, hoy y por siempre (ver. He. 13:8)!

⁷² En mi discusión de Leibniz (cap. 6), señalé que, la pregunta de si es este el mejor de todos los mundos posibles luce bastante diferente cuando usted piensa en el mundo como una secuencia histórica completa desde la creación hasta la consumación.

Este patrón se repite una y otra vez. El viaje es una larga espera antes que el pueblo entre, verdaderamente en su nuevo hogar, una larga serie de esperas y nuevos comienzos. Una y otra vez el pueblo olvida las grandes obras de Dios a favor de ellos. Se quejan por la falta de agua, de carne, de puerros; ellos se quejan del liderazgo de Moisés. Cada vez, Dios entra en juicio, pero preserva al pueblo en gracia. Y ellos continúan esperando.

Por último, ellos (de hecho la siguiente generación, ya que los padres fueron juzgados infieles) entran en la Tierra Prometida. La conquista se desarrolla relativamente en forma fácil durante los días del fiel Josué, pero después de su muerte el pueblo hace lo que le parece bien ante sus ojos (ver. Jue. 21:25) y el ciclo se repite varias veces. Israel olvida al Señor; caen bajo esclavitud ante potencias extranjeras; claman a Dios; Dios envía un libertador. Hay una mejoría temporal bajo Samuel y los primeros reyes (especialmente David), pero con la división del reino y el predominio de reyes perversos, la espera y visitaciones divinas continúan.

Todo el período del Antiguo Testamento puede ser descrito como un período de espera. Es evidente que la tierra de Israel en Canaán no colma, en sí misma, la promesa hecha a Abraham. Los toros y carneros ofrecidos en sacrificio no quitan el pecado del pueblo. De todos los libertadores, ninguno de ellos aplasta la cabeza de Satanás. A la verdad, la desobediencia de Israel —interrumpida, seguramente, por períodos de avivamiento— va de mal en peor. En perspectiva, la larga espera del período del Antiguo Testamento acentúa el problema del mal —no sólo a causa de su extensión, sino también porque produce una clase de dialéctica entre la justicia y la misericordia. Los profetas proclaman justicia: Ciertamente Israel será juzgado por su desobediencia. Pero también proclaman gracia: Dios viene para redimir a su pueblo. El juicio viene, pero, no obstante, las promesas a Adán y a Abraham serán cumplidas. Pero, ¿cómo puede ser esto? Los pecados de Israel son peores que los de las naciones paganas de Canaán, aun de los de Sodoma y Gomorra a las cuales Dios destruyó. ¿Cómo puede un Dios justo hacer algo menos que exterminarlos por completo? Con todo, la promesa de la gracia vuelve. Dios seguramente redimirá a su pueblo. Pero, ¿cómo puede El exterminarlos y redimirlos al mismo tiempo? Pareciera como si la justicia de Dios violara su misericordia y viceversa. Dios está, así parece, en un aprieto. Si El redime, debe tolerar el pecado; si El juzga, debe renegar de su promesa.⁷³ En cuanto a la manera de resolución, hay oscuras insinuaciones —los pasajes mesiánicos. Pero en el Antiguo Testamento en sí, nuestra pregunta recibe limitada satisfacción. A la verdad, Dios parece estar queriendo fabricar la tensión, y fabricar y fabricar.

El problema aquí no es solamente que el mal levanta preguntas acerca de la justicia de Dios o de su bondad. Es que la justicia y bondad de Dios levantan preguntas la una acerca de la otra. Es decir, la misma naturaleza de Dios parece ser auto-contradictoria. Si pudiéramos probar su justicia, con eso deberíamos refutar su bondad, y viceversa. Aquí, el problema del mal se vuelve aún más opaco de lo que generalmente ha sido en la historia.

Y entonces llega Jesús. La espera se termina. Vimos, en un capítulo anterior, cómo Jesús reúne los hilos de la expectativa del Antiguo Testamento —no solamente las predicciones explícitas, sino también las narrativas— verdaderamente— todo el sistema religioso de las Escrituras hebreas. Ahora, observemos como El resuelve el problema del mal en su forma, particularmente virulenta, en el Antiguo Testamento.

⁷³ Interesantemente, los Salmos y los Profetas tienden a yuxtaponer pasajes sobre el juicio con pasajes sobre la gracia, uno tras otro sin transición. A menudo no está claro qué motiva al profeta a moverse de un tema al otro.

Cristo es la teodicea de Romanos 3:26. Cuando Dios dio a su Hijo como expiación por el pecado, “El lo hizo para demostrar su justicia en el tiempo presente a fin de ser justo y el que justifica a aquellos que tienen fe en Jesús”.

Observe que la expiación vindica tanto la justicia de Dios como su misericordia. Ella es justa y justifica al impío. En Cristo, la pena justa por el pecado es pagada de una vez por todas. A causa de que Cristo sufre esa pena en lugar de su pueblo, ellos reciben pródiga misericordia más allá de lo que podamos imaginar. Dios demuestra tanto su justicia como su amor (5:8); ninguna está comprometida, pero cada una es demostrada en un grado virtualmente infinito. Vemos este patrón también en la declaración resumida de Pablo: “Y la ley se introdujo para que la transgresión abundara, pero donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia, para que así como el pecado reinó en la muerte, así también la gracia reine por medio de la justicia para vida eterna, mediante Jesucristo nuestro Señor” (Ro. 5:20-21). ¡La Gracia reinando a través de la justicia! ¡La mente vacila!

La Biblia se goza en esta acción recíproca. En el evangelio de la gracia, la justicia de Dios es revelada (Ro. 1:17).⁷⁴ El Salmo 51:14-15 se cumple: cuando Dios nos salva, lo hace en tal forma que nos motiva a alabar su justicia. Y en 1 Juan 1:9 se nos dice que Dios no sólo es fiel, sino también justo para perdonar nuestros pecados. El perdón de los pecados es simplemente por causa de Cristo.

Ahora veamos en perspectiva la historia del Antiguo Testamento. Como lo he mencionado, esa historia presenta el problema del mal tanto como una espera tediosa a través del sufrimiento y la tentación, y como un problema excepcionalmente difícil de reconciliación de los atributos divinos. Si hubiera vivido en el período del Antiguo Testamento, hubiera tenido muy poca idea (a pesar de las insinuaciones del Mesías venidero) de cómo Dios resolvería el problema. Si fuera yo de propensión escéptica, aún pudiera haber sido tentado a decir que quizá Dios no podía resolver el problema. El problema de la espera podía haber sido fácilmente resuelto bastando con ponerle fin (pero ¿por qué nos hace Dios esperar?). Sin embargo la “dialéctica de justicia y misericordia” parece casi como un problema de contradicción lógica: la justicia, como la definen los profetas, puede no ser misericordiosa, o así parece. Pero Dios sí resuelve el problema en una manera que ninguno de nosotros probablemente hubiera esperado, en una forma que nos asombra y nos incita a dar gritos de alabanza.

Y en cuanto a la espera, bueno, mirando hacia atrás parece necesaria. La tensión debe ser reconstruida hasta el enésimo grado de modo que podamos sentir hasta no más el poder liberador de la salvación.

Ahora bien, concedo que esta historia redentora no resuelve el problema del mal en todos los sentidos. No explica el genocidio o el sufrimiento de pequeños niños, tampoco explica nuestra espera actual mientras esperamos la vindicación final de Dios. Pero aquí está la lección para nosotros: Si Dios pudiera vindicar su justicia y misericordia en una situación donde tal vindicación pareciera imposible, si El pudiera vindicarlas en una forma que fuera mucho más allá de nuestras expectativas y entendimiento, ¿no podríamos confiar en que El nuevamente se puede vindicar a sí mismo? Si Dios es capaz de proporcionar una respuesta a la forma excepcionalmente difícil del problema del mal del Antiguo Testamento, ¿no tiene sentido suponer que El puede, y lo hará, contestar nuestras restantes dificultades? ¿No tiene sentido confiar y obedecer, aún en medio del sufrimiento?

⁷⁴ Uno de los grandes descubrimientos de Lutero fue que la frase “justicia de Dios” en este pasaje no se refería al terror del juicio de Dios, sino podía más bien referirse a la bondadosa justificación de los impíos.

Tanto más podemos admirar a los héroes de la fe registrados en Hebreos 11, ya que ellos sufrieron y resistieron, con fe y confianza, no habiendo recibido al prometido Cristo. En muchas maneras fue mucho más difícil para ellos de lo que ha sido para nosotros. Ellos sufrieron más de lo que muchos de nosotros alguna vez lo haremos, y enfrentaron más misterio que nosotros, viviendo antes de la encarnación. Con todo, por muy pecaminosos en ciertas maneras, confiaron en la promesa de Dios. ¿Podemos nosotros, que hemos experimentado las increíbles riquezas de la redención de Jesús, excusarnos a nosotros mismos por hacer algo menos?

EL PRESENTE: LA DEFENSA DEL MAYOR BIEN

La nueva perspectiva histórica de las Escrituras nos permite observar nuestra propia experiencia presente de una nueva forma. Brevemente, Dios está usando aun ahora el mal para sus propósitos particulares buenos. Esto es llamado a veces la defensa del mayor bien, y de todas las defensas clásicas (ver el capítulo anterior), es la única con apoyo bíblico. Sin embargo, ella requiere alguna clarificación.

Tal como lo han señalado recientemente Jay Adams⁷⁵ y Doug Erlandson⁷⁶, la Escritura trata con el problema del mal en su manera típicamente teocéntrica, en oposición a la antropocéntrica. Muchas maneras tradicionales de tratar el problema suponen que el propósito último de Dios es proporcionar felicidad al hombre y, por supuesto, eso no es así. El propósito último de Dios es glorificarse a sí mismo, y a la verdad el principal fin particular del hombre “es glorificar a Dios, y disfrutarle por siempre.”⁷⁷ Las defensas del mayor bien fallan a menudo en ver este punto; de este modo llegan a una doctrina difícil de distinguirse del hedonismo pagano. En consecuencia, Erlandson rechaza esta defensa. Pero su punto puede lograr su objeto (y otros puntos importantes pueden lograr su objeto también fácilmente) si en vez de rechazar la defensa del mayor bien simplemente lo entendemos teocéntricamente. Es decir, un bien es mayor que otro cuando es más conducente a la gloria de Dios. Al mismo tiempo, la teocentricidad no nos demanda ignorar la felicidad de los seres humanos. El Dios bíblico no es Moloc, la deidad pagana que demandaba sacrificios humanos. Aunque merecemos la muerte a sus manos, el Dios verdadero sacrifica a su propio Hijo para traernos vida, y vida en abundancia (Juan 10:10). La obediencia a Dios es un camino de vida y felicidad (Dt. 5:33; 8:3; 11:13-15; 28:1-14; 30:11-20; Sal 1; 119:7). La auto-negación y persecución son, por supuesto, parte de la vida cristiana, pero los pasajes que ponen de relieve esto también enfatizan que ellas conducen a la felicidad más duradera (Mt. 6:24-34; 10:16-42; Marcos 10:29-31). El sufrimiento es por un tiempo; la gloria es por la eternidad.⁷⁸ No olvidemos que aun el Catecismo Breve de Westminster añade “y para disfrutarle por siempre” a su declaración teocéntrica del principal fin del hombre. En consecuencia, cuando Dios busca un “bien mayor” para sí mismo, El busca al mismo tiempo un bien mayor para toda su creación, ese bien descrito tan extáticamente en Apocalipsis 21 y 22.

⁷⁵ En *La Gran Demostración* (Santa Bárbara, Cali.: East Gate Publishers, 1991).

⁷⁶ Erlandson, “Una Nueva Perspectiva sobre el Problema del Mal” *Antítesis* 2, 2 (Marzo/Abril 1991): 10-16.

⁷⁷ Catecismo Breve de Westminster; Respuesta 1.

⁷⁸ Este es un tema principal del Nuevo Testamento, especialmente Ro. 8 y 1 Pedro.

Pero todavía necesitamos más clarificación. El párrafo de arriba pudiera sugerir universalismo, la doctrina de que todos los seres humanos serán salvos. La Escritura no enseña eso, a la verdad, enseña que algunos sufrirán castigo eterno por su impiedad. Para este grupo, la historia no está obrando hacia un “mayor bien”, sino hacia una “mayor maldición.” Obviamente, hay más que necesita ser dicho acerca de esto que lo que puedo decir en este particular artículo.⁷⁹ Concluyo entonces, que la mayor gloria de Dios trae consigo un “mayor bien” para la creación en general y para aquellos que aman a Dios (Ro. 8:28), pero no para todo individuo o cosa en el universo. Así que en algunas partes la glorificación de Dios choca con la felicidad de algunos seres humanos; cuando eso sucede debemos elegir la perspectiva teocéntrica.

Con estas clarificaciones, es posible aprender de las Escritura algunas de las maneras en que Dios está usando el mal para causar un mayor bien. Aquí debemos tener precaución. La Biblia no nos da explicaciones exhaustivas, como hemos visto, de todos los males. Ella a menudo nos llama a estar quietos y aceptar en fe lo que la providencia trae a nuestra senda. Pero sí muestra cómo Dios ha usado algunos males para promover sus propósitos. Esos propósitos incluyen:

1. Poner de manifiesto su gracia y justicia (Ro. 3:26; 5:8, 20-21; 9:17) —el objetivo tan bien logrado por Adams y Erlandson.⁸⁰
2. Juicio de la maldad (Mt. 23:35; Juan 5:14), ahora y en el futuro. Sin embargo, recuerde que no hay una correlación de uno a uno entre los pecados de una persona y el mal que le sobreviene en esta vida (Job; Lucas 13:1-5).
3. La Redención: Los sufrimientos de Cristo son redentores en una forma obvia (1 Pedro 3:18).⁸¹ Pero Pablo demanda para sus propios sufrimientos una significación parecida (Col. 1:24). El no demanda expiar los pecados de otros, sino que ve una continuidad entre los sufrimientos de Cristo y los suyos propios, porque ambos han sufrido para plantar la iglesia y para traer individuos a ella para su salvación. Muchos de los sufrimientos de los siervos de Dios hoy en día pueden ser explicados de esa manera. Aquellos que testifiquen de Cristo serán resistidos por Satanás, y en ese testimonio, en consecuencia, hay sufrimiento (ver 2 Ti. 3:12).⁸²
4. El valor de la conmoción para los incrédulos, tiene como fin ganar su atención y promover un cambio de corazón (Zac. 13:7-9; Lucas 13:1; Juan 9)
5. Disciplina paternal de los creyentes (He. 12).
6. La Vindicación de Dios (e.g., Ro. 5:26)

No podemos entender siempre por qué Dios ha escogido eventos malignos para llevar a cabo estos buenos propósitos. Sí sabemos que Dios predetermina un suceso maligno sin un buen propósito (Ro. 8:28). Puede haber otras razones que las mencionadas, bien sea que se encuentren en la Escritura o

⁷⁹ En general, estoy de acuerdo con el punto de vista de Robert A. Morey en *La Muerte la Vida Futura* (Minneapolis: Bethany House, 1984) y de John H. Gerstner en *Arrepiéntase o Perezca* (Ligonier, Pa.: Soli Deo Gloria Publications, 1990).

⁸⁰ Esta es, por supuesto, una ley muy general en la que Dios usa el mal; ella traslapa otras categorías mencionadas debajo.

⁸¹ Recuerde el uso de Dios de “hombres impíos”, con respecto a esto (Lucas 22:22; Hechos 2:23; 4:27-28).

⁸² En el Antiguo Testamento, Yo vería los sufrimientos de José en esta manera (Gn. 50:20) – preservando la semilla de la promesa hasta que Cristo viniera.

permanezcan encerradas en la mente particular de Dios. Sabemos que Dios tiene una razón para todo lo que hace. Todo lo que El hace refleja su sabiduría. Pero Dios no está bajo la obligación de darnos sus razones. A pesar de eso, ya que vemos el mal usado para bien una y otra vez en la Escritura, ¿no podemos aceptar en fe que esos males que son hasta ahora inexplicables tienen también un propósito en las profundidades de la mente de Dios?

De nuevo, no tenemos una respuesta teórica completa al problema del mal. Lo que sí tenemos es un fuerte estímulo para confiar en Dios aun en medio del sufrimiento inexplicable. A la verdad, el estímulo es tan grande que uno sería un tonto si no lo aceptara.

EL FUTURO: ALGUNAS CANCIONES DE LA BIBLIA

La tercera dimensión de nuestra nueva perspectiva de la historia tiene que ver con el futuro. Estamos, después de todo, aún esperando. No hemos visto cómo todos los propósitos de Dios resultan en bien. De este modo, el paso del tiempo todavía pone a prueba nuestra paciencia. Y para aquellos que están sufriendo, la prolongada duración de la prueba puede ser una ocasión para quejarse contra Dios. No obstante, en la Escritura, Dios nos promete que en el futuro El será totalmente vindicado y nosotros seremos completamente liberados de todo mal. Como hemos señalado, el patrón es aquel de sufrimiento ahora y recibir la gloria más tarde.

Cuando llegue la gloria, los impíos no prosperarán más y los justos no sufrirán más. Desde el santuario de Dios (Sal 73) vemos la certidumbre de la victoria de Dios.⁸³ Los valles serán elevados, y allanado todo monte; el orgulloso será humillado, y el humilde elevado a grandeza (Is. 40:1ss.; Mt. 25; Lucas 1:51).

Dios le dice al profeta Habacuc (quién se ha quejado acerca de la aparente injusticia de los caminos de Dios) primero, que espere por el juicio de Dios (2:2-3) y, segundo, que recuerde las obras de Dios del pasado (3:16-17). Mientras esperamos el futuro, buscando ser pacientes. Es útil recordar las formas en que Dios ha vindicado su juicio en el pasado (ver la sección previa).

Cuando el futuro —la culminación del plan de Dios— llegue, habrá una gran multitud de ángeles y santos glorificados cantando a Dios de la justicia de sus obras:

Grandes y maravillosas son tus obras, Oh Señor Dios, Todopoderoso. Justos y verdaderos son tus caminos, Oh rey de las naciones [los siglos] Oh Señor ¿quién no temerá, Y glorificará tu nombre? Pues sólo tú eres santo. Porque todas las naciones vendrán y adorarán en tu presencia, Pues tus justos juicios han sido revelados. Ap. 15:3-4 (ver. 16:5-7; 19:1-2)

Observe que no hay más duda entre los siervos de Dios en cuanto a la justicia de sus caminos. La pregunta retórica en esta cita tiene como respuesta “nadie” —nadie dejara de temer y glorificar a Dios. ¿Por qué? Porque sus justas obras han sido reveladas. Yo entiendo que la consumación de la historia revelará de alguna manera lo suficiente para que las dudas restantes respecto a la bondad de Dios sean completamente quitadas de nosotros. ¿Significa esto que en aquel día recibiremos una respuesta, teórica y práctica, definitiva, exhaustiva al problema del mal? No necesariamente. Dios puede simplemente cerrar nuestras bocas, como cerró la de Job, y reabrir las en alabanza. Puede ser

⁸³ Ver también el Sal. 37. Los dos Salmos que están más agudamente enfocados en el problema del mal pueden ser fácilmente recordados si recordamos que los dígitos de uno son el reverso del otro.

que cuando veamos a Dios cara a cara, veamos un rostro de tan suprema confiabilidad que todas nuestras quejas simplemente desaparecerán. O, puede ser que mientras vemos al que es más grande que Salomón, juzgando a toda la tierra en perfecta justicia, estemos mucho menos inclinados a traer a colación las perplejidades de la historia pasada.

A cualquier precio, podemos estar seguros que en el día final no habrá problema del mal. No habrá más duda, no más quejas. Si hay un problema teórico residual será uno con el cual estaremos completamente felices de vivir. Y si creemos ahora que ese día ciertamente llegará, ¿no podemos estar contentos en el presente?

De nuevo, encontramos en la Escritura no una solución filosófica al problema, sino una gran reafirmación, una poderosa motivación para seguir confiando y obedeciendo, a pesar de toda la maldad en el mundo.

LA ESCRITURA NOS DA UN NUEVO CORAZÓN

Por último, la Escritura nos da corazones fieles. Como lo señalamos anteriormente, la Palabra de Dios es poderosa para salvar (Ro. 1:16-17). A medida que el Espíritu Santo habla en las Escrituras, El cambia nuestro escepticismo en fe. Nuestros corazones son encendidos mientras oímos el evangelio (Lucas 24:32). De tal modo, no podemos hablar con la actitud arrogante de orgullosa autonomía. Solamente podemos estar llenos de gratitud a Dios por haber sido tan misericordioso con nosotros, a pesar de nuestro pecado. Lo maravilloso, como John Gerstner y otros han señalado, no es que haya mal en el mundo, sino que Dios haya perdonado la maldad en nuestros corazones por causa de Cristo.

Sin ese nuevo corazón de fe estamos ciegos (1 Co. 2:14; 2 Co. 4:4). Pero Cristo abre los ojos que estaban cegados por el pecado y abre labios para cantar su alabanza (Sal 51:15; 73:16-17).

Los creyentes, aún con sus nuevos corazones, continúan preguntando acerca del problema del mal. Pero hay tantas razones para agradecer que nunca podemos mirar al mal con la misma pasión que el incrédulo. El creyente simplemente observa al mundo con valores diferentes de aquellos del incrédulo. Y el cambio en esos valores es tal vez lo más cercano que podamos llegar en este punto de la historia a una teodicea.

LECTURA 5: JUAN CALVINO – INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA – LIBRO 1, CAPÍTULOS 1 – 6

CAPÍTULO 1: EL CONOCIMIENTO DE DIOS Y EL DE NOSOTROS SE RELACIONAN ENTRE SÍ. MANERA EN QUE CONVIENEN MUTUAMENTE

RELACIÓN DE ESTOS DOS CONOCIMIENTOS

Casi toda la suma de nuestra sabiduría, que de veras se deba tener por verdadera y sólida sabiduría, consiste en dos puntos: a saber, en el conocimiento que el hombre debe tener de Dios, y en el conocimiento que debe tener de sí mismo.

Mas como estos dos conocimientos están muy unidos y enlazados entre sí, no es cosa fácil distinguir cuál precede y origina al otro, pues en primer lugar, nadie se puede contemplar a sí mismo sin que al momento se sienta impulsado a la consideración de Dios, en el cual vive y se mueve; porque no hay quien dude que los dones, en los que toda nuestra dignidad consiste, no sean en manera alguna nuestros. Y aún más el mismo, ser que tenemos y lo que somos no consiste en otra cosa sino en subsistir y estar apoyados en Dios. Además, estos bienes, que como gota a gota descienden sobre nosotros del cielo, nos encaminan como de arroyuelos a la fuente. Así mismo, por nuestra pobreza se muestra todavía mejor aquella inmensidad de bienes, que en Dios reside; y principalmente esta miserable caída, en que por la transgresión del hombre caímos, nos obliga a levantar los ojos arriba, no solo para que, ayunos y hambrientos, pidamos de allí lo que no haga falta, sino también para que, despertados por el miedo, aprendamos humildad. Porque como en el hombre se halla todo, un mundo de miserias, después de haber sido despojados de los dones del cielo, nuestra desnudez, para grande vergüenza nuestra, descubre una infinidad de oprobios; y por otra parte no puede por menos que ser tocado cada cual de la conciencia de su propia, desventura, para poder, por lo menos, alcanzar algún conocimiento de Dios.

Así, por el sentimiento de nuestra ignorancia, vanidad, pobreza, enfermedad, y finalmente perversidad y corrupción propia, reconocemos que en ninguna otra parte, sino en Dios, hay verdadera sabiduría, firme virtud, perfecta abundancia de todos los bienes y pureza de justicia; por lo cual, ciertamente, nos vemos impulsados por nuestra miseria a' considerar los tesoros que hay en Dios. Y no podemos de veras tender a Él, antes de comenzar a sentir descontento de nosotros. Porque ¿qué hombre hay que no, sienta contento descansando en sí mismo? ¿Y quién no descansa en sí mientras no se conoce a sí mismo, es decir, cuando está contenta con los dones que ve en sí, ignorando su miseria y olvidándola? Por lo cual el conocimiento de nosotros mismos, no solamente nos aguijonea para que busquemos a Dios, sino que nos lleva como de la mano para que lo hallemos.

EL HOMBRE EN PRESENCIA DE DIOS

Por otra parte, es cosa evidente, que el hombre nunca jamás llega al conocimiento de sí mismo, si primero no contempla el rostro de Dios y, después de haberlo contemplado, desciende a considerarse a sí mismo. Porque estando arraigado en nosotros el orgullo y soberbia, siempre nos tenemos por justos, perfectos, sabios y santos, a no ser que con manifiestas pruebas seamos convencidos de nuestra injusticia, fealdad, locura y suciedad; pero no nos convencemos si solamente nos consideramos a nosotros y no a Dios, el cual es la sola regla con que se debe ordenar y regular este juicio. Porque como todos nosotros estamos por nuestra naturaleza inclinados a la hipocresía, cualquier vana apariencia de justicia nos dará tanta satisfacción como si fuese la misma justicia. Y porque alrededor de nosotros no hay cosa que no esté manchada con grande suciedad, 10 que no es tan sucio nos parece limpiísimo mientras mantengamos nuestro entendimiento dentro de los límites de la suciedad de este mundo; de la misma manera que el ojo, que no tiene delante de sí más color que el negro, tiene por blanquísimo lo que es medio blanco u oscuro.

Y todavía podremos discernir aún más de cerca por los sentidos corporales cuánto nos engañamos al juzgar las potencias y facultades del alma. Porque si al mediodía ponemos los ojos en tierra o miramos

las cosas que están alrededor de nosotros, nos parece que tenemos la mejor vista del mundo; pero en cuanto alzamos los ojos al sol y lo miramos fijamente, aquella claridad con que veíamos las cosas bajas es luego de tal manera ofuscada por el gran resplandor, que nos vemos obligados a confesar que aquella nuestra sutileza con que considerábamos las cosas terrenas, no es otra cosa sino pura tontería cuando se trata de mirar al sol.

De esta misma manera acontece en la consideración de las cosas espirituales. Porque mientras no miramos más que las cosas terrenas, satisfechos con nuestra propia justicia, sabiduría y potencia, nos sentimos muy ufanos y hacemos tanto caso de nosotros que pensamos que ya somos medio dioses. Pero al comenzar a poner nuestro pensamiento en Dios y a considerar cómo y cuán exquisita sea la perfección de su justicia, sabiduría y potencia a la cual nosotros nos debemos conformar y regular, lo que antes con un falso pretexto de justicia nos contentaba en gran manera, luego lo abominaremos como una gran maldad; lo que en gran manera, por su aparente sabiduría, nos ilusionaba, nos apestará como una extrema locura; y lo que nos parecía potencia, se descubrirá qué-es una miserable debilidad. Veis, pues, como lo que parece perfectísimo en nosotros mismos, en manera alguna tiene que ver con la perfección divina.

EJEMPLOS DE LA SAGRADA ESCRITURA

De aquí procede aquel horror y espanto con el que, según dice muchas veces la Escritura, los santos han sido afligidos y abatidos siempre que sentían la presencia de Dios. Porque vemos que cuando Dios estaba alejado de ellos, se sentían fuertes y valientes; pero en cuanto Dios mostraba su gloria, temblaban y temían, como si se sintiesen desvanecer y morir.

De aquí se debe concluir que el hombre nunca siente de veras su bajeza hasta que se ve frente a la majestad de Dios. Muchos ejemplos tenemos de este desvanecimiento y terror en el libro de los Jueces y en los de los profetas, de modo que esta manera de hablar era muy frecuente en el pueblo de Dios: "Moriremos porque vimos al Señor (Jue. 13, 22; Is. 6, 5; Ez. 1, 28 y 3, 14 y otros lugares). Y así la historia de Job, para humillar a los hombres con la propia conciencia de su locura, impotencia e impureza, aduce siempre como principal argumento, la descripción de la sabiduría y potencia y pureza de Dios; y esto no sin motivo. Porque vemos cómo Abraham, cuanto más llegó a contemplar la gloria de Dios, tanto mejor se reconoció a sí mismo como tierra y polvo (Gn. 18, 27); y cómo Elías escondió su cara no pudiendo soportar su contemplación (1 Re. 19, 13); tanto era el espanto que los santos sentían con su presencia. ¿Y qué hará el hombre, que no es más que podredumbre y hediondez, cuando los mismos querubines se ven obligados a cubrir su cara por el espanto? (Is. 6, 2). Por esto el profeta Isaías dice que 'el sol se avergonzará y la luna se confundirá, cuando reinare el Señor de los Ejércitos (Is. 24, 23 y 2, 10. 19) ; es decir, al mostrar su claridad y al hacerla resplandecer más de cerca, lo más claro del mundo quedará, en comparación con ella, en tinieblas.

Por tanto, aunque entre el conocimiento de Dios y de nosotros mismos haya una gran unión y relación, el orden para la recta enseñanza requiere que tratemos primero del conocimiento que de Dios debemos tener, y luego del que debemos tener de nosotros.

CAPÍTULO 2: EN QUÉ CONSISTE CONOCER A DIOS Y CUÁL ES LA FINALIDAD DE ESTE CONOCIMIENTO

DIOS CONOCIDO COMO CREADOR

Yo, pues, entiendo por conocimiento de Dios, no sólo saber que hay algún Dios, sino también comprender lo que acerca de Él nos conviene saber, lo que es útil para su gloria, y en suma lo que es necesario. Porque hablando con propiedad, no podemos decir que Dios es conocido cuando no hay ninguna religión ni piedad alguna. Aquí no trato aún del particular conocimiento con que los hombres, aunque perdidos y malditos en sí, se encaminan a Dios para tenerlo como Redentor en nombre de Jesucristo nuestro Mediador, sino que hablo solamente de aquel primero y simple conocimiento a que el perfecto concierto de la naturaleza nos guiaría si Adán hubiera perseverado en su integridad. Porque, aunque ninguno en esta ruina y desolación del linaje humano sienta jamás que Dios es su Padre o Salvador, o de alguna manera propicio, hasta que Cristo hecho mediador para pacificarlo se ofrezca a nosotros, con todo, una cosa es sentir que Dios, Creador nuestro, nos sustenta con su potencia, nos rige con su providencia, por su bondad nos mantiene y continúa haciéndonos grandes beneficios, y otra muy diferente es abrazar la gracia de la reconciliación que en Cristo se nos propone y ofrece. Porque, como es conocido en un principio simplemente como Creador, ya por la obra del mundo como por la doctrina general de la Escritura, y después de esto se nos muestra como Redentor en la persona de Jesucristo, de aquí nacen dos maneras de conocerlo; de la primera de ellas se ha de tratar aquí, y luego, por orden, de la otra. Por tanto, aunque nuestro entendimiento no puede conocer a Dios sin que al momento lo quiera honrar con algún culto o servicio, con todo no bastará entender de una manera confusa que hay un Dios, el cual únicamente debe ser honrado y adorado, sino que también es menester que estemos resueltos y convencidos de que el Dios que adoramos es la fuente de todos los bienes, para que ninguna cosa busquemos fuera de Él. Lo que quiero decir es: que no solamente habiendo creado una vez el mundo, lo sustenta con su inmensa potencia, lo rige con su sabiduría, lo conserva con su bondad, y sobre todo cuida de regir el género humano con justicia y equidad, lo soporta con misericordia, lo defiende con su amparo; sino que también es menester que creamos que en ningún otro fuera de Él se hallará una sola gota de sabiduría, luz, justicia, potencia, rectitud y perfecta verdad, a fin de que, como todas estas cosas proceden de Él, y Él es la sola causa de todas ellas, así nosotros aprendamos a esperarlas y pedirselas a Él, y darle gracias por ellas. Porque este sentimiento de la misericordia de Dios es el verdadero maestro del que nace la religión.

LA VERDADERA PIEDAD

Llamo piedad a una reverencia unida al amor de Dios, que el conocimiento de Dios produce. Porque mientras que los hombres no tengan impreso en el corazón que deben a Dios todo cuanto son, que son alimentados con el cuidado paternal que de ellos tiene, que Él es el autor de todos los bienes, de suerte que ninguna cosa se debe buscar fuera de Él, nunca jamás de corazón y con deseo de servirle se someterán a Él. Y más aún, sino colocan en Él toda su felicidad, nunca de veras y con todo el corazón se acercarán a Él.

NO BASTA CONOCER QUE HAY UN DIOS, SINO QUIÉN ES DIOS, Y LO QUE ES PARA NOSOTROS

Por tanto, los que quieren disputar qué cosa es Dios, no hacen más que fantasear con vanas especulaciones, porque más nos conviene saber cómo es, y lo que pertenece a su naturaleza. Porque ¿qué aprovecha confesar, como Epicuro, que hay un Dios que, dejando a un lado el cuidado del

mundo, vive en el ocio y el 'placer? ¿Y de qué sirve conocer a un Dios con el que no tuviéramos que ver? Más bien, el conocimiento que de Él tenemos nos debe primeramente instruir en su temor y reverencia', y después nos debe enseñar y encaminar a obtener de Él todos los bienes, y darle las gracias por ellos. Porque ¿cómo podremos pensar en Dios sin que al mismo tiempo pensemos que, pues somos hechura de sus manos, por derecho natural y de creación estamos sometidos a su imperio; que le debemos nuestra vida, que todo cuanto emprendemos o hacemos lo debemos referir a Él? Puesto que esto es así, sigue como cosa cierta que nuestra vida está miserablemente corrompida, si no la ordenamos a su servicio, puesto que su voluntad debe servirnos de regla y ley de vida. Por otra parte, es imposible ver claramente a Dios, sin que lo reconozcamos como fuente y manantial de todos los bienes. Con esto nos moveríamos a acercarnos a Él y a poner toda nuestra confianza en Él, si nuestra malicia natural no apartase nuestro entendimiento de investigar lo que es bueno. Porque, en primer lugar, un alma temerosa de Dios no se imagina un tal Dios, sino que pone sus ojos solamente en Aquél que es único y verdadero Dios; después, no se lo figura cual se le antoja, sino que se contenta con tenerlo como Él se le ha manifestado, y con grandísima diligencia se guarda de salir temerariamente de la voluntad de Dios, vagando de un lado para otro.

DEL CONOCIMIENTO DE DIOS COMO SOBERANO, FLUYEN LA CONFIANZA CIERTA EN ÉL Y LA OBEDIENCIA

Habiendo, de esta manera, conocido a Dios, como el alma. Entiende que Él lo gobierna todo, confía en estar bajo su amparo y protección y así del todo se pone bajo su guarda, por entender que es el autor de todo bien; si alguna cosa le aflige, si alguna cosa le falta, al momento se acoge a Él esperando que la ampare. Y porque se ha persuadido de que Él es bueno y misericordioso, con plena confianza reposa en Él, y no duda que en su clemencia siempre hay remedio preparado para todas sus aflicciones y necesidades; porque lo reconoce por Señor y Padre, concluye que es muy justo tenerlo por Señor absoluto de todas las cosas, darle la reverencia que se debe a su majestad, procurar que su gloria se extienda y obedecer sus mandamientos. Porque ve que es Juez justo y que está armado de severidad para castigar a los malhechores, siempre tiene delante de los ojos su tribunal; y por el temor que tiene de Él, se detiene y se domina para no provocar su ira.

Con todo no se atemoriza de su juicio, de tal suerte que quiera apartarse de Él, aunque pudiera; sino más bien lo tiene como juez de los malos, como bienhechor de los buenos; puesto que entiende que tanto pertenece a la gloria de Dios dar a los impíos y perversos el castigo que merecen, como a los justos el premio de la vida eterna. Además de esto, no deja de pecar por temor al castigo, sino porque ama y reverencia a Dios como a Padre, lo considera y le honra como a Señor; aunque no hubiese infierno, sin embargo tiene gran horror-de ofenderle. Ved, pues, lo que es la auténtica y verdadera religión, a saber: fe unida a un verdadero temor de Dios, de manera que el temor lleve consigo una voluntaria reverencia y un servicio tal cual le conviene y el mismo Dios lo ha mandado en su Ley. Y esto se debe con tanta mayor diligencia notar, cuanto que todos honran a Dios indiferentemente, y muy pocos le temen, puesto que todos cuidan de la apariencia exterior y muy pocos de la sinceridad de corazón requerida.

CAPÍTULO 3: EL CONOCIMIENTO DE DIOS ESTÁ NATURALMENTE ARRAIGADO EN EL ENTENDIMIENTO DEL HOMBRE

LA RELIGIÓN, HECHO UNIVERSAL

Nosotros, sin discusión alguna, afirmamos que los hombres tienen un cierto sentimiento de la divinidad en sí mismos; y esto, por un instinto natural. Porque, a fin de que nadie se excusase so pretexto de ignorancia, el mismo Dios imprimió en todos un cierto conocimiento de su divinidad, cuyo recuerdo renueva, cual si lo destilara gota a gota, para que cuando todos, desde el más pequeño hasta el mayor, entiendan que hay Dios y que es su Creador, con su propio testimonio sean condenados por no haberle honrado y por no haber consagrado ni dedicado su vida a su obediencia. Ciertamente, si se busca ignorancia de Dios en alguna parte, seguramente jamás se podrá hallar ejemplo más propio que entre los salvajes, que casi no saben ni lo que es humanidad. Pero - como dice Cicerón⁸⁴, el cual fue pagano - no hay pueblo tan bárbaro, no hay gente tan brutal y salvaje, que no tenga arraigada en sí la convicción de que hay Dios. Y aun los que en lo demás parecen no diferenciarse casi de los animales; conservan siempre, sin embargo, como cierta semilla de religión. En lo cual se ve cuán adentro este conocimiento ha penetrado en el corazón de los hombres y cuán hondamente ha arraigado en sus entrañas. Y puesto que desde el principio del mundo no ha habido región, ni ciudad ni familia que haya podido pasar sin religión, en esto se ve que todo el género humano confiesa tácitamente que hay un sentimiento de Dios esculpido en el corazón de los hombres. Y lo que es más, la misma idolatría da suficiente testimonio de ello. Porque bien sabemos qué duro le es al hombre rebajarse para ensalzar y hacer más caso de otros que de sí mismo. Por tanto, cuando prefiere adorar un pedazo de madera o de piedra, antes que ser considerado como hombre que no tiene Dios alguno a quien adorar, claramente se ve que esta impresión tiene una fuerza y vigor maravillosos, puesto que en ninguna manera puede borrarse del entendimiento del hombre. De tal manera que es cosa más fácil destruir las inclinaciones de su naturaleza, como de hecho se destruyen, que pasarse sin religión, porque el hombre, que por su naturaleza es altivo y soberbio, pierde su orgullo y se somete voluntariamente a cosas vilísimas, para de esta manera servir a Dios.

LA RELIGIÓN NO ES UN MEDIO DE OPRIMIR AL PUEBLO

Por tanto, es del todo gratuito lo que algunos dicen: que la religión ha sido inventada por la astucia y agudeza de ciertos hombres sutiles para de este modo tener a raya al pueblo sencillo y hacerle cumplir su deber, siendo así - como ellos dicen - que ni los mismos que enseñaban a los otros a servir a Dios creían en su existencia. Es verdad, lo confieso, que muchísimos hombres astutos e ingeniosos han inventado muchas cosas en la religión para mantener al pueblo en una devoción e infundirles miedo, a fin de poderlos tener más obedientes; pero nunca jamás se les hubiera ocurrido, si el entendimiento de los hombres no estuviera dispuesto y firmemente persuadido a adorar a Dios, lo cual era una semilla para inclinarlos a la religión. Así mismo no es creíble que aquellos que astutamente engañaban a la gente ignorante y sencilla, so título de religión, no tuviesen algún residuo de religión, sino que careciesen del todo de ella. Porque, aunque antiguamente surgieron algunos, y aún hoy en día surgen no pocos que niegan que haya Dios, sin embargo, mal de su grado, quieran o no, sienten lo que no querrían saber.

LOS QUE CON MÁS FUERZA NIEGAN A DIOS, SON LOS QUE MÁS TERROR SIENTEN DE ÉL

⁸⁴ De la naturaleza de los dioses, Lib. I, 16.

De ninguno se lee en la Historia, que haya sido tan mal hablado ni tan desvergonzadamente audaz como el emperador Cayo Calígula. Sin embargo, leemos que ninguna tuvo mayor temor ni espanto que él, cada vez que aparecía alguna señal de la ira de Dios. De esta manera, a despecho suyo, se veía forzado a temer a Dios, del cual, de hecho, con toda diligencia procuraba no hacer caso. Esto mismo vemos que acontecen a cuantos se le parecen. Porque cuanto más se atreve cualquiera de ellos a mofarse de Dios, tanto más temblará aun por el ruido de una sola hoja que cayere de un árbol. ¿De dónde procede esto, sino del castigo que la majestad de Dios les impone, el cual tanto más atormenta su conciencia, cuanto más ellos procuran huir de Él? Es verdad que todos ellos buscan escondrijos donde esconderse de la presencia de Dios, y así otra vez procuran destruirla en su corazón; pero mal que les pese, no pueden huir de ella. Aunque algunas veces parezca que por algún tiempo se ha desvanecido, luego vuelve de nuevo de forma más alarmante; de suerte que si deja algún tiempo de atormentarles la conciencia, este reposo no es muy diferente del sueño de los embriagados y los locos, los cuales ni aun durmiendo reposan tranquilamente, porque continuamente son atormentados por horribles y espantosos sueños. Así que los mismos impíos nos pueden servir de ejemplo de que hay siempre, en el espíritu de todos los hombres, cierto conocimiento de Dios.

TODOS TIENEN CONCIENCIA DE QUE EXISTE UN DIOS

Esto, pues, deberán tener por seguro todos aquellos que juzgan rectamente: que está esculpido en el alma de cada hombre un sentimiento de la Divinidad, el cual de ningún modo se puede destruir; y que naturalmente está arraigada en todos esta convicción: que hay un Dios. Y de que esta persuasión está casi como vinculada a la médula misma de los huesos, la contumacia y rebeldía de los impíos es suficiente testimonio; los cuales, esforzándose y luchando furiosamente por desentenderse de temor de Dios, nunca, sin embargo, logran salirse con la suya. Aunque Diágoras y otros como él, hagan escarnio de cuantas religiones ha habido en el mundo; aunque Dionisio, tirano de Sicilia, robando los templos haga burla de los castigos de Dios, sin embargo, esta risa es fingida y no pasa de los labios adentro; porque por dentro les roe el gusano de la conciencia, el cual es causa más dolor que cualquier cauterio. No intento decir lo que afirma Cicerón: que los errores se desvanecen con el tiempo, y que la religión de día en día crece más y se 'perfecciona'; porque el mundo, como luego veremos, procura y se esfuerza cuanto puede en apartar de sí toda idea de Dios y corromper por todos los medios posibles el culto divino. Únicamente digo esto: que aunque la dureza y aturdimiento, que los impíos muy de corazón buscan para no hacer caso de Dios, se corrompa en sus corazones, sin embargo aquel sentimiento que tienen de Dios, el cual ellos en gran manera querrían que muriese y fuera destruido, permanece siempre vivo y real. De donde concluyo, que ésta no es una doctrina que se aprenda en la escuela, sino que cada uno desde el seno de su madre debe ser para sí mismo maestro de ella, y de la cual la misma naturaleza no permite que ninguno se olvide, aunque muchos hay que ponen todo su empeño en ello. Por tanto, si todos los hombres nacen y viven con esta disposición de conocer a Dios, y el conocimiento de Dios, si no llega hasta donde he dicho, es caduco y vano, es claro que todos aquellos que no dirigen cuanto piensan y hacen a este blanco, degeneran y se apartan del fin para el que fueron creados. Lo cual, los mismos filósofos no lo ignoraron. Porque no quiso decir otra cosa Platón⁸⁵, cuando tantas veces enseñó que el sumo bien y felicidad del alma es ser semejante a Dios, cuando después de haberle conocido, se transforma toda en Él. Por eso Plutarco introduce a un cierto Grifo, el cual muy a propósito disputa afirmando que los hombres, si no tuviesen religión, no sólo no aventajarían a las bestias salvajes, sino que serían mucho más desventurados que ellas, pues

⁸⁵ Fedon & Tecteto

estando sujetos a tantas clases de miserias viven perpetuamente una vida tan llena de inquietud y dificultades. De donde concluye que sólo la religión nos hace más excelentes que ellas, viendo que por ella solamente y por ningún otro medio se nos abre el camino para ser inmortales.

CAPÍTULO 4: EL CONOCIMIENTO DE DIOS SE DEBILITA Y SE CORROMPE, EN PARTE POR LA IGNORANCIA DE LOS HOMBRES, y EN PARTE POR SU MALDAD

LA SEMILLA DEL CONOCIMIENTO DE DIOS NO PUEDE MADURAR EN EL CORAZÓN DE LOS HOMBRES

180

Así como la experiencia muestra que hay una semilla de la religión plantada en todos por una secreta inspiración de Dios, así también, por otra parte, con gran dificultad se hallará uno entre ciento que la conserve en su corazón para hacerla fructificar; pero no se hallará ni uno solo en quien madure y llegue a sazón y a la perfección. Porque sea que unos se desvanezcan en sus supersticiones, o que otros a sabiendas maliciosamente se aparten de Dios, todos degeneran y se alejan del verdadero conocimiento de Dios. De aquí viene que no se halle en el mundo ninguna verdadera piedad. En cuanto a lo que he dicho, que algunos por error caen en superstición, yo no creo que su ignorancia les excuse de pecado, porqué la ceguera que ellos tienen, casi siempre está acompañada de vana presunción y orgullo. Su vanidad, juntamente con su soberbia, se muestra en que los miserables hombres no se elevan sobre sí mismos, como sería razonable, para buscar a Dios, sino que todo lo quieren medir conforme a la capacidad de su juicio carnal, y no preocupándose, verdaderamente y de hecho, de buscado, no hacen con su curiosidad más que dar vueltas a vanas especulaciones. Por esta causa no lo entienden tal cual Él se nos ofrece, sino lo imaginan como con su temeridad se lo han fabricado. Estando abierto este abismo, a cualquier parte que se muevan necesariamente darán consigo en un despeñadero. Porque todo cuanto de ahí en adelante emprendan para honrarle y servirle, no les será tenido en cuenta, porque no es a Dios a quien honran, sino a lo que ellos en su cabeza han imaginado. San Pablo (Rom.4,22) expresamente condena esta maldad diciendo que los hombres, apeteciendo ser sabios, se hicieron fatuos. Y poco antes había dicho que se habían desvanecido en sus discursos, mas, a fin de que ninguno les excusase de su culpa, luego dice que con razón han sido cegados, porque no, contentándose con sobriedad y modestia sino arrogándose más de lo que les convenía, voluntariamente y a sabiendas se han procurado las tinieblas; asimismo por su perversidad y arrogancia se han hecho insensatos. De donde se sigue que no es excusable su locura, la cual no solamente procede de una vana curiosidad, sino también de un apetito desordenado de saber más de lo que es menester, uniendo a esto una falsa confianza.

DE DÓNDE PROCEDE LA NEGACIÓN DE DIOS

En cuanto a lo que dice David (Sal 14, 1) que los impíos e insensatos sienten en sus corazones que no hay Dios, en primer lugar se debe aplicar sólo a aquellos que, habiendo apagado la luz natural, se embrutece a sabiendas, como en seguida veremos otra vez. De hecho se encuentra a muchos que después de endurecerse con su atrevimiento y costumbre de pecar, arrojan de sí furiosamente todo recuerdo de Dios, el cual, sin embargo, por un sentimiento natural permanece dentro de ellos y no cesa de instarles desde allí. Y para hacer su furor más detestable, dice David que explícitamente

niegan que haya Dios; no porque le priven de su esencia, sino porque despojándole de su oficio de juez y proveedor de todas las cosas lo encierran en el cielo, como si no se preocupara de nada. Porque, como no hay cosa que menos convenga a Dios que quitarle el gobierno del mundo y dejarlo todo al azar, y hacer que ni oiga ni vea, para que los hombres pequen a rienda suelta, cualquiera que dejando a un lado todo temor del juicio de Dios tranquilamente hace lo que se le antoja, este tal niega que haya Dios. Y es justo castigo de Dios, que el corazón de los impíos de tal manera se endurezca que, cerrando los ojos, viendo no vean (Sal 10, 11); y el mismo David (Sal 36, 2), que expone muy bien su intención, en otro lugar dice que no hay temor de Dios delante de los ojos de los impíos. Y también, que ellos con gran orgullo se alaban cuando pecan, porque están persuadidos de que Dios no ve. Y aunque se ven forzados a reconocer que hay Dios, con todo, lo despojan de su gloria, quitándole su potencia. Porque así como - según dice san Pablo (2 Tim. 2, 13) - Dios no se puede negar a sí mismo, porque siempre permanece en la misma condición y naturaleza, así estos malditos, al pretender que es un) dolo muerto y sin virtud alguna, son justamente acusados de negar a Dios. Además de esto, hay que notar que, aunque ellos luchen contra sus mismos sentimientos, y deseen no solamente arrojar a Dios de ellos sino también destruirlo en el cielo mismo, nunca empero llegará a tanto su necedad, que algunas veces Dios no los lleve a la fuerza ante su tribunal. Mas porque no hay temor que los detenga de arremeter contra Dios impetuosamente, mientras permanecen así arrebatados de ciego furor, es evidente que se han olvidado de Dios y que reina en ellos el hombre animal.

EL VERDADERO SERVICIO DE DIOS ES CUMPLIR SU VOLUNTAD

De este modo queda deshecha la frívola defensa con que suelen muchos colorear su superstición. Piensan que para servir a Dios basta cualquier deseo de religión, aunque sea desordenado; pero no advierten que la verdadera religión se debe conformar a la voluntad de Dios como a una regla que jamás se fuerce, y que Dios siempre permanece en su ser del mismo modo, y que no es un fantasma que se transfigura según el deseo y capricho de cada cual. Y es cosa clara ver en cuántas mentiras y engaños la superstición se enreda cuando pretende hacer algún servicio a Dios. Porque casi siempre se sirve de aquellas cosas que Dios ha declarado no importarle, y las que manda y dice que le agradan, o las menosprecia o abiertamente las rechaza. Así que todos cuantos quieren servir a Dios con sus nuevas fantasías, honran y adoran sus desatinos, pues nunca se atreverían a burlarse de Dios de esta manera, si primero no se imaginaran un Dios que fuera igual que sus desatinados desvaríos. Por lo cual el Apóstol dice que aquel vago e incierto concepto de la divinidad es pura ignorancia de Dios (Gál. 4, 8). Cuando vosotros, dice, no conocíais a Dios, servíais a aquellos que por naturaleza no eran Dios. Y en otro lugar (Ef. 2, 12) dice que los efesios habían estado sin Dios todo el tiempo que estuvieron lejos del verdadero conocimiento de Dios. Y respecto a esto poco importa admitir un Dios o muchos, pues siempre se apartan y alejan del verdadero Dios, dejado el cual, no queda más que un ídolo abominable. No queda, pues, sino que, con Lactancio, concluyamos que no hay verdadera religión si no va acompañada de la verdad.

EL TEMOR DE DIOS HA DE SER VOLUNTARIO Y NO SERVIL

Hay también otro mal, y es que los hombres no hacen gran caso de Dios si no se ven forzados a ello, ni se acercan a Él más que a la fuerza, y ni aun entonces le temen con temor voluntario, nacido de reverencia a su divina Majestad, sino solamente con el temor servil y forzado que el juicio de Dios, aunque les pese, causa en ellos; al cual temen porque de ninguna manera pueden escapar del mismo. Y no solamente lo temen, sino que hasta lo abominan y detestan. Por lo cual lo que dice Estacio, poeta

pagano, le va muy bien a la impiedad; a saber: que el temor fue el primero que hizo dioses en el mundo. Los que aborrecen la justicia de Dios, querrían sobremanera que el tribunal de Dios, levantado para castigar sus maldades, fuese destruido. Llevados por este deseo luchan contra Dios, que no puede ser privado de su trono de Juez; no obstante temen, porque comprenden que su irresistible potencia está para caer sobre ellos, y que no la pueden alejar de sí mismos ni escapar a ella. Y así, para que no parezca que no hacen caso en absoluto de Aquél cuya majestad los tiene cercados, quieren cumplir con Él con cierta apariencia de religión. Mas con todo, entretanto no dejan de mancharse con todo género de vicios ni de añadir y amontonar abominación sobre abominación, hasta violar totalmente la santa Ley del Señor y echar por tierra toda su justicia; y no se detienen por este fingido temor de Dios, para no seguir en sus pecados y no vanagloriarse de sí mismos, y prefieren soltar las riendas de su intemperancia carnal, a refrenarla con el freno del Espíritu Santo. Pero como esto no es sino una sombra vana y falaz de religión y apenas digna de ser llamada sombra, es bien fácil conocer cuánto la verdadera piedad, que Dios solamente inspira en el corazón de los creyentes, se diferencia de este confuso conocimiento de Dios.

Sin embargo, los hipócritas quieren, con grandes rodeos, llegar a creer que están cercanos a Dios, del cual, no obstante, siempre huyen. Porque debiendo estar toda su vida en obediencia, casi en todo cuanto hacen se le oponen sin escrúpulo alguno, y solo procuran aplacarle con apariencia de sacrificios; y en lugar de servirle con la santidad de su vida y la integridad de su corazón, inventan no sé qué frivolidades y vacías ceremonias de ningún valor para obtener su gracia y favor; y lo que es aún peor, con más desenfreno permanecen encenagados en su hediondez, porque esperan que podrán satisfacer a Dios con sus vanas ofrendas; y encima de esto, en lugar de poner su confianza en Él, la ponen en sí mismos o en las criaturas, no haciendo caso de Él. Finalmente se enredan en tal multitud de errores, que la oscuridad de su malicia ahoga y apaga del todo aquellos destellos que relucían para hacerles ver la gloria de Dios. Sin embargo, queda esta semilla, que de ninguna manera, puede ser arrancada de raíz, a saber: que hay un Dios. Pero está tan corrompida, que no puede producir más que frutos malísimos. Más aun así, se demuestra lo que al presente pretendo probar: que naturalmente hay impreso en el corazón de los hombres un cierto sentimiento de la Divinidad, puesto que la necesidad impulsa aun a los más abominables a confesarla. Mientras todo les sucede a su gusto, se glorían de burlarse de Dios y se ufanan de sus discursos para rebajar su potencia. Más si alguna desgracia cae sobre Dios, les fuerza a buscar a Dios y les dicta y hace decir oraciones sin fuerza ni valor. Por lo cual se ve claramente que no desconocen del todo a Dios, sino que lo que debía haberse manifestado antes, ha quedado encubierto por su malicia y rebeldía.

CAPÍTULO 5: EL PODER DE DIOS RESPLANDECE EN LA CREACIÓN DEL MUNDO y EN EL CONTINUO GOBIERNO DEL MISMO

DIOS HA IMPRESO LAS SEÑALES DE SU GLORIA EN TODAS SUS OBRAS

Puesto que la felicidad y bienaventuranza consiste en conocer a Dios, Él, a fin de que ninguno errase el camino por donde ir hacia esta felicidad, no solamente plantó la semilla de la religión de que hemos hablado en el corazón de los hombres, sino que de tal manera se ha manifestado en esta admirable obra del mundo y cada día se manifiesta y declara, que no se puede abrir los ojos sin verse forzado verlo. Es verdad que su esencia es incomprensible, de tal suerte que su deidad trasciende todo sentimiento humano; pero Él ha inscrito en cada una de sus obras ciertas notas y señales de su gloria

tan claras y tan excelsas, que ninguno, por ignorante y rudo que sea, puede pretender ignorancia. Por eso el Profeta con gran razón exclama (Sal 104, 1-2): "Hasta revestido de gloria y de magnificencia; el que se cubre de luz como de vestidura", como si dijera que, desde que en la creación del mundo mostró su potencia, comenzó a mostrarse con ornato visible que lo hace poderosísimo y hermosísimo doquiera que miremos. Y en el mismo lugar el Profeta compara admirablemente los cielos extendidos a un pabellón real; dice que Él es el que "establece sus aposentos entre las aguas; el que pone las nubes por su carroza; el que anda sobre las alas del viento; el que hace a sus ángeles ministros, sus ministros al fuego flameante", y como la gloria de su potencia y sabiduría aparece mucho más en lo alto, muchas veces el cielo es llamado su palacio. En cuanto a lo primero, a cualquier parte que miremos, no hay cosa en el mundo, por pequeña que sea en la que no se vea lucir ciertos destellos de su gloria. Y no podríamos contemplar de una vez esta grandísima y hermosísima obra del mundo sin quedar confusos y atónitos por la intensidad de su resplandor. Por ello, el autor de la epístola a los Hebreos (11, 3) llama al mundo, elegantemente, una visión y espectáculo de las cosas invisibles; porque su disposición, orden y concierto tan admirables, nos sirven como de espejo donde poder ver a Dios, que de otro modo es invisible. Por eso el Profeta, (Sal 19, 1) presenta a las criaturas celestiales hablando un lenguaje que todos entienden, porque ellas dan testimonio tan clarísimo de que existe un Dios, que no hay gente, por ruda e inculta que sea, que no lo pueda entender. Exponiendo lo cual el Apóstol más vulgarmente (Rom.1, 19), dice que lo que se puede conocer de Dios les ha sido manifestado a los hombres, pues todos desde el primero hasta el último contemplan sus atributos invisibles, aun su virtud y divinidad, entendiéndola por la creación del mundo.

SABIOS E IGNORANTES PUEDEN ADMIRAR EN LA CREACIÓN LA SABIDURÍA DE DIOS

Infinitas son las pruebas, así en, el cielo, como en la tierra, que nos testifican su admirable sabiduría y poder. No me refiero solamente a los secretos de la naturaleza que requieren particular estudio, como son la astrología, la medicina y toda la ciencia de las cosas naturales; me refiero también a los que son tan notorios y palpables, que el más inculto y rudo de los hombres los ve y los entiende, de suerte que es imposible abrir los ojos sin ser testigo de ellos. Es verdad que los que han entendido, o al menos gustado, las artes liberales, con esta ayuda pueden entender mejor los misterios secretos de la divina sabiduría. Más, aun así, el que jamás estudió no encontrará dificultad para ver tal arte y armonía en las obras de Dios, que le haga admirar al Creador de las mismas. Para investigar los movimientos de los planetas, para señalar su posición, para medir sus distancias, para notar sus propiedades es menester arte y pericia más exquisitas que las que comúnmente tiene el vulgo; y con la inteligencia de estas cosas, tanto más se debe elevar nuestro entendimiento a considerar la gloria de Dios, cuanto más abundantemente se despliega su providencia. Mas, puesto que hasta los más incultos y rudos, con la sola ayuda de los ojos no pueden ignorar la excelencia de esta tan maravillosa obra de Dios, que por sí misma se manifiesta de tantas maneras y es en todo tan ordenada dentro de la variedad y ornato del cielo, está claro que no hay ninguno a quien el Señor no haya manifestado suficientemente su sabiduría. Igualmente, considerar, en detalle en la diligencia de Galeno⁸⁶, la composición del cuerpo humano, su conexión, proporción, belleza y uso, es en verdad propio de un ingenio sutil y vivo. Pero, como todos reconocen, el cuerpo humano muestra una estructura tan ingeniosa y singular que muy justamente su Artífice debe ser tenido como digno de toda admiración.

⁸⁶ De uso Partium

DIOS NO ESTÁ LEJOS DE NOSOTROS; LOS MISMOS NIÑOS DE PECHO LE ALABAN

Por esta causa, algunos de los filósofos antiguos llamaron, no sin razón, al hombre, microcosmos, que quiere decir mundo en pequeño; porque él es una rara y admirable muestra de la gran potencia, bondad y sabiduría de Dios, y contiene en sí milagros suficientes para ocupar nuestro entendimiento si no desdeñamos los considerados. Por eso san Pablo (Hch.17, 27), después de decir que aun los ciegos palpando pueden encontrar a Dios, añade que no deben buscarlo muy lejos, pues cada uno siente dentro de sí sin duda alguna la gracia celestial con que son sustentados y existen. Si, pues, para alcanzar a Dios no es menester salir de nosotros, ¿qué perdón merecerá la pereza del que para conocer a Dios desdeña entrar en sí mismo, donde Dios habita? Por esta razón el profeta David, después de haber celebrado en pocas palabras el admirable nombre del Señor y su majestad, que por doquiera se dan a conocer, exclama (Sal 8,4): "¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria?"; y (Sal 8,2) "De la boca de los chiquitos y de los que maman fundaste la fortaleza". Pues no solamente propone al hombre como un claro espejo de la obra de Dios, sino que dice también que hasta los niños, cuando aún son lactantes, tienen suficiente elocuencia para ensalzar la gloria de Dios, de suerte que no son menester oradores; y de aquí que él no dude en hablar de sus bocas, por estar bien preparados para deshacer el desatino de los que desean con su soberbia diabólica echar por tierra el nombre y la gloria de Dios. De ahí también lo que el Apóstol (Hch.17, 28) cita del pagano Arato, que somos del linaje de Dios, porque habiéndonos adornado con tan gran dignidad, declaró ser nuestro Padre. Y lo mismo otros poetas, conforme a lo que el sentido y la común experiencia les dictaba, le llamaron Padre de los hombres, y de hecho, nadie por su voluntad y de buen grado se sujetará a Dios sin que, habiendo primero gustado su amor paterno, sea por Él atraído á amarle y servirle.

INGRATITUD DE LOS QUE NIEGAN A DIOS.

Aquí se descubre la gran ingratitud de los hombres, que teniendo en sí mismos un bazar tan lleno y abastecido de tantas bellas obras de Dios, y una tienda tan llena y rica de admirables mercancías, en lugar de darle gracias, se hinchen de mayor orgullo y presunción. Sienten cuán maravillosamente obra Dios en ellos, y la experiencia les muestra con cuánta diversidad de dones y mercedes su liberalidad los ha adornado. Se ven forzados, a despecho suyo, quieran o no, a reconocer estas notas y signos de la Divinidad, que, sin embargo, ocultan dentro de sí mismos. Ciertamente no es menester salir fuera de sí a no ser que, atribuyéndose lo que les es dado del cielo, escondan bajo tierra lo que sirve de antorcha a su entendimiento para ver claramente a Dios. Y, lo que es peor, aun hoy en día viven en el mundo muchos espíritus monstruosos, que sin vergüenza alguna se esfuerzan por destruir toda semilla de la Divinidad derramada en la naturaleza humana. ¿Cuán abominable, decidme, no es este desatino, pues encontrando el hombre en su cuerpo y en su alma cien veces a Dios, so pretexto de la excelencia con que lo adornó toma ocasión para decir que no hay Dios? Tales gentes no dirán que casualmente se diferencian de los animales, pues en nombre de una Naturaleza a la cual hacen artífice y autora de todas las cosas, dejan a un lado a Dios. Ven un artificio maravilloso en todos sus miembros, desde su cabeza hasta la punta de sus pies; en esto también instituyen la Naturaleza en lugar de Dios. Sobre todo, los movimientos tan ágiles que ven en el alma, tan excelentes potencias, tan singulares virtudes, dan a entender que hay una Divinidad que no permite fácilmente ser relegada; mas los epicúreos toman ocasión de ensalzarse como si fueran gigantes u hombres salvajes, para hacer la guerra a Dios. ¿Pues qué? ¿Será menester que para gobernar a un gusanillo de cinco pies concurren y se junten todos los tesoros de la sabiduría celestial, y que el resto del mundo quede privado de tal privilegio? En cuanto a lo primero, decir que el alma está dotada de órganos que

responden a cada una de sus partes, esto vale tan poco para oscurecer la gloria de Dios, que más bien hace que se muestre más. Que responda Epicuro, ya que se imagina que todo se hace por el concurso de los átomos, que son un polvo menudo del que está lleno el aire todo, ¿qué concurso de átomos hace la cocción de la comida y de la bebida en el estómago y la digiere, parte en sangre y parte en deshechos, y da tal arte a cada uno de los miembros para que hagan su oficio y su deber, como si tantas almas cuantos miembros rigiesen de común acuerdo al cuerpo?

DIFERENCIA ENTRE EL ALMA Y EL CUERPO

Pero, ¿qué me importan a mí estos puercos? Quédense en sus pocilgas. Yo hablo con los que en su vana curiosidad, forzadamente aplican el dicho de Aristóteles, para destruir la inmortalidad del alma, y para quitar a Dios su autoridad. Porque a título de que las facultades del alma son instrumentos, la ligan al cuerpo como si no pudiera subsistir sin él; engrandeciendo la Naturaleza abaten cuanto les es posible la gloria de Dios. Pero está muy lejos de la realidad que las facultades del alma, que sirven al cuerpo, estén encerradas en él. ¿Qué tiene que ver con el cuerpo saber medir el cielo, saber cuántas estrellas hay, cuán grande es cada una de ellas, qué distancia hay de una a otra, cuántos grados tienen de declinación hacia un lado u otro? No niego que la astrología sea útil y provechosa; solamente quiero mostrar que en esta maravillosa investigación de las cosas celestes, las potencias del alma: no están ligadas al cuerpo, de suerte que puedan ser llamadas instrumentos, sino que son distintas y están separadas del mismo. He propuesto un ejemplo del cual será fácil a los lectores deducir lo demás. Ciertamente, una agilidad tal y tan diversa como la que vemos en el alma para dar la vuelta al cielo y a la tierra, para unir el pasado con el porvenir, para acordarse de lo que antes ha oído, y hasta para figurarse lo que le place, y la destreza para inventar cosas increíbles, la cual es la madre y descubridora de todas las artes y ciencias admirables que existen, todo ello es testimonio certísimo de la divinidad que hay en el hombre. Y lo que es más de notar: aun durmiendo, no solamente se vuelve de un lado y otro; sino que también concibe muchas cosas buenas y provechosas, cae en la cuenta de otras, y adivina lo que ha de suceder. ¿Qué es posible decir, sino que las señales de inmortalidad que Dios ha impreso en el hombre no se pueden de ningún modo borrar? Ahora bien, ¿en qué razón cabe que el hombre sea divino y no reconozca a su Creador? ¿Será posible que nosotros, que no somos sino polvo y ceniza, distingamos con el juicio que nos ha sido dado entre lo bueno y lo malo, y no haya en el cielo un juez que juzgue? ¿Nosotros, aun durmiendo tendremos algo de entendimiento, y no habrá Dios que vele y se cuide de regir el mundo? ¿Seremos tenidos por inventores de tantas artes y tantas cosas útiles, y Dios, que es el que nos lo ha inspirado todo, quedará privado de la alabanza que se le debe? Pues a simple vista vemos que todo cuanto tenemos nos viene de otra parte y que uno recibe más y otro menos.

SE NIEGA LA IDEA FILOSÓFICA DE UN ESPÍRITU UNIVERSAL QUE SOSTENDRÍA AL MUNDO

En cuanto a lo que algunos dicen, que existe una secreta inspiración que conserva en su ser a todo lo creado, esto no sólo es vano, sino del todo profano. Les agrada el dicho del poeta Virgilio, el cual presenta a Anquises hablando con su hijo Eneas de esta manera:

"Tú, hijo, has de saber primeramente que al cielo, y tierra, y campo cristalino, a estrellas, y a la luna refulgente, sustenta un interior espíritu divino; una inmortal y sempiterna mente mueve la máquina del mundo de continuo; toda en todos sus miembros infundida, y al gran cuerpo mezclada le da vida. Esta infusión da vida al bando humano, y a cuantas aves vemos y animales, y a cuantos monstruos

cría el mar insano bajo de sus clarísimos cristales; cuyas simientes tienen soberano origen, y vigores celestiales, etc.⁸⁷"

Todo esto es para venir a parar a esta conclusión diabólica; a saber: que el mundo creado para ser una muestra y un dechado de la gloria de Dios, es creador de sí mismo. Porque he aquí cómo el mismo autor se expresa en otro lugar, siguiendo la opinión común de los griegos y los latinos:

"Tienen las abejas de espíritu divino una parte en sí, bebida celestial beben (que llaman Dios) el cual universal por todas partes va, extendido de continuo. Por tierra y mar y por cielo estrellado esparcido está, de aquí vienen a ver, hombres, bestias fieras y las mansas, su ser todo participe del ser que es Dios llamado. Lo cual tornándose, en su primer estado viene a restituir, la vida sin morir volando al cielo va, todo a más subir que con las estrellas, se quede ahí colocado"⁸⁸.

He aquí de qué vale para engendrar y mantener la piedad en el corazón de los hombres, aquella fría y vana especulación del alma universal que da el ser al mundo y lo mantiene. Lo cual se ve más claro por lo que dice el poeta Lucrecio, deduciéndolo de ese principio filosófico; todo conduce a no hacer caso del Dios verdadero, que debe ser adorado y servido, e imaginarnos un fantasma por Dios. Confieso que se puede decir muy bien (con tal de que quien lo diga tenga temor de Dios) que Dios es Naturaleza. Pero porque esta manera de hablar es dura e impropia, pues la Naturaleza es más bien un orden que Dios ha establecido, es cosa malvada y perniciosa en asuntos de tanta importancia, que se deben tratar con toda sobriedad, mezclar a Dios confusamente con el curso inferior de las obras de sus manos.

TESTIMONIOS DEL PODER DE DIOS

Por tanto, siempre que cada uno de nosotros considera su propia naturaleza, debe acordarse de que hay un Dios el cual de tal manera gobierna todas las naturalezas, que quiere que pongamos nuestros ojos en Él, que creamos en Él y que lo invoquemos y adoremos; porque no hay cosa más fuera de camino ni más desvariada que gozar de tan excelentes dones, los cuales dan a entender que hay en nosotros una divinidad, y entre tanto, no tener en cuenta a su autor, quien por su liberalidad tiene a bien concedérmolos.

En cuanto al poder de Dios, ¡cuán claros son los testimonios que debieran forzarnos a considerarlo! Porque no podemos ignorar cuánto poder se necesita para regir con su palabra toda esta infinita máquina de los cielos y la tierra, y con solamente quererlo hacer temblar el cielo con el estruendo de los truenos, abrasar con el rayo todo cuanto se le pone delante, encender el aire con sus relámpagos, perturbado todo con diversos géneros de tempestades y, en un momento, cuando su majestad así lo quiere, pacificarlo todo; reprimir y tener como pendiente en el aire al mar, que parece con su altura amenazar con anegar toda la tierra; y unas veces revolverlo con la furia grandísima de los vientos, y otras, en cambio, calmarlo aquietando sus olas. A esto se refieren todas las alabanzas del poder de Dios, que la Naturaleza misma nos enseña, principalmente en el libro de Job y en el de Isaías, y que ahora deliberadamente no cito, por dejarlo para otro lugar más propio, cuando trate de la creación del mundo, conforme a lo que de ella nos cuera la Escritura. Aquí solamente he querido notar que éste es

⁸⁷ La Eneida, Libro IV

⁸⁸ Geórgicas, IV

el camino por donde todos, así fieles como infieles, deben buscar a Dios, a saber, siguiendo las huellas que, así arriba como abajo, nos retratan a lo vivo su imagen. Además, el poder de Dios nos sirve de guía para considerar su eternidad. Porque es necesario que sea eterno y no tenga principio, sino que exista por sí mismo, Aquel que es origen y principio de todas las cosas. Y si se pregunta qué causa le movió a crear todas las cosas al principio y ahora le mueve a conservarlas en su ser, no se podrá dar otra sino su sola bondad, la cual por sí sola debe bastarnos para mover nuestros corazones a que lo amemos, pues no hay criatura alguna, como dice el Profeta (Sal 145,9), sobre la cual su misericordia no se haya derramado.

LA JUSTICIA DE DIOS

También en la segunda clase de las obras de Dios, a saber, las que suelen acontecer fuera del curso común de la naturaleza, se muestran tan claros y evidentes los testimonios del poder de Dios, como los que hemos citado. Porque en la administración y gobierno del género humano de tal manera ordena su providencia, que mostrándose de infinitas maneras munífico y liberal para con todos, sin embargo, no deja de dar claros y cotidianos testimonios de su clemencia a los piadosos y de su severidad a los impíos y réprobos. Porque los castigos y venganzas que ejecuta contra los malhechores, no son ocultos sino bien manifiestos, como también se muestra bien claramente protector y defensor de la inocencia, haciendo con su bendición prosperar a los buenos, socorriéndolos en sus necesidades, mitigando sus dolores, aliviándolos en sus calamidades y proveyéndoles de todo cuanto necesitan. Y no debe oscurecer el modo invariable de su justicia el que Él permita algunas veces que los malhechores y delincuentes vivan a su gusto y sin castigo por algún tiempo, y que los buenos, que ningún mal han hecho, sean afligidos con muchas adversidades, y hasta oprimidos por el atrevimiento de los impíos; antes al contrario, debemos pensar que cuando Él castiga alguna maldad con alguna muestra evidente de su ira, es señal de que aborrece toda suerte de maldades; y que, cuando deja pasar sin castigo muchas de ellas, es señal de que habrá algún día un juicio para el cual están reservadas. Igualmente, ¡qué materia nos da para considerar su misericordia, cuando muchas veces no deja de otorgar su misericordia por tanto tiempo a unos pobres y miserables pecadores, hasta que venciendo su maldad con Su dulzura y blandura más que paternal los atrae a sí!

LA PROVIDENCIA DE DIOS

Por esta misma razón, el Profeta cuenta cómo Dios socorre de repente y de manera admirable y contra toda esperanza a aquellos que ya son tenidos casi por desahuciados: sea que, perdidos en montes o desiertos, los defienda de las fieras y los vuelva al camino, sea que dé de comer a necesitados o hambrientos, o que libre a los cautivos que estaban encerrados con cadenas en profundas y oscuras mazmorras, o que traiga a puerto, sanos y salvos, a los que han padecido grandes tormentas en el mar, o que sane de sus enfermedades a los que estaban ya medio muertos; sea que abra de calor y sequía las tierras o que las vuelva fértiles con una secreta humedad, o que eleve en dignidad a los más humildes del pueblo, o que abata a los más altos y estimados. El Profeta, después de haber considerado todos esos ejemplos concluye que los acontecimientos y casos que comúnmente llamamos fortuitos, son otros tantos testimonios de la providencia de Dios, y sobre todo de una

clemencia paternal; y que con ellos se da al piadoso motivo de alegrarse, y a los impíos y réprobos se les tapa la boca. Pero, porque la mayor parte de los hombres, encenagada en sus errores, no ve nada en un escenario tan bello. El Profeta exclama que es una sabiduría muy rara y, singular considerar como conviene estas obras de Dios. Porque vemos que los que son tenidos por hombres de muy agudo entendimiento, cuando las consideran, no hacen nada. Y ciertamente por mucho que se muestre la gloria de Dios apenas se hallará de ciento uno que de veras la considere y la mire. Lo mismo podemos decir de su poder y sabiduría, que tampoco están escondidas en tinieblas. Porque su poder se muestra admirablemente cada vez que el orgullo de los impíos, el cual, conforme a lo que piensan de ordinario es invencible, queda en un momento deshecho, su arrogancia abatida, sus fortísimos castillos demolidos, sus espadas y dardos hechos pedazos, sus fuerzas rotas, todo cuanto maquinan destruido, su atrevimiento que subía hasta el mismo cielo confundido en lo más profundo de la tierra; y lo contrario, cuando los humildes son elevados desde el polvo, los necesitados del estiércol (Sal 113,7). cuando los oprimidos y afligidos son librados de sus grandes angustias, los que ya se daban por perdidos elevados de nuevo, los infelices sin armas, no aguerridos y pocos en número, vencen In embargo a sus enemigos bien pertrechados y numerosos.

En cuanto a su sabiduría, bien claro se encomía puesto que a su tiempo y sazón dispensa todas las cosas, confunde toda la sutileza del mundo (1 Cor. 3, 19), coge a los astutos en su propia astucia: y finalmente ordena todas las cosas conforme al mejor orden posible.

EL VERDADERO CONOCIMIENTO ES EL DEL CORAZÓN

Vemos, pues, que no es menester discutir mucho ni traer muchos argumentos para mostrar qué testimonios y muestras ha dado Dios en cuanto ha creado para dar noticia de su divina majestad. Porque por esta breve relación se ve que donde quiera que esté el hombre, se le presentarán y pondrán ante los ojos, de manera que es muy fácil verlos y mostrarlos. Aquí también se ha de notar que somos invitados a un conocimiento de Dios. no tal cual muchos se imaginan, que ande solamente dando vueltas en el entendimiento en vanas especulaciones, sino que sea sólido y produzca fruto cuando arraigue y se asiente bien en nuestros corazones. Porque Dios se nos manifiesta por sus virtudes, por las cuales, cuando sentimos su fuerza y efecto dentro de nosotros, y gozamos de sus beneficios, es muy razonable que seamos afectados mucho más vivamente por este conocimiento, que si nos imaginásemos un Dios al cual ni lo viéramos ni le entendiésemos. De donde deducimos que es éste el mejor medio y el más eficaz que podemos tener para conocer a Dios: no penetrar con atrevida curiosidad ni querer entender en detalle la esencia de la divina majestad, la cual más bien hay que adorar que investigar curiosamente sino contemplar a Dios en sus obras, por las cuales se nos aproxima y hace más familiar y en cierta manera se nos comunica. En esto pensaba el Apóstol cuando dijo (Hch. 17,27 28) “Ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros, porque en Él vivimos y nos i novemos y somos”. Por eso David, después de confesar que “su grandeza es inescrutable” (Sal 145, 3), al hablar luego de las obras de Dios dice que hablará de ella. Por lo cual contiene que pongamos tal diligencia en buscar a Dios, que nuestro buscarle, de tal suerte tenga suspenso de admiración nuestro entendimiento, que lo toque en lo vivo allá dentro y suscite su afición, como en cierto lugar enseña san Agustín⁸⁹: puesto que nosotros no lo podemos comprender, a causa de la distancia entre nuestra

⁸⁹ Sobre el Salmo 144

bajeza y su grandeza, es menester que pongamos los ojos en sus obras, para recrearnos con su bondad.

NECESIDAD DE LA VIDA ETERNA

Además de eso, ese conocimiento no sólo debe incitarnos a servir a Dios, sino también nos debe recordar y llenar de la esperanza de la vida futura. Porque si consideramos que los testimonios y muestras que Dios nos ha dada mí de su clemencia como de su severidad, no son más que un comienzo y que no son perfectos, conviene que pensemos que Él no hace más que poner la levadura para amasar, según se dice, ensayarse para después hacer de veras su obra, cuya manifestación y entero cumplimiento se difiere para la otra vida. Por otra parte, viendo que los piadosos son ultrajados y oprimidos por los impíos, injuriados, calumniados, perseguidos y afrentados, y que, por otra para, los malos florecen, prosperan, y que con toda tranquilidad gozan de sus riquezas y dignidades sin que nadie les vaya a la mano, debemos concluir que habrá otra vida en la cual la maldad tendrá su castigo, y la justicia su merced. Y además, cuando vemos que los fieles son muchísimas veces castigados con azotes de Dios, debemos tener como cosa certísima que mucho menos escapan los impíos en lo venidero a los castigos de Dios. Muy a propósito viene una sentencia de san Agustín: “Si todos los pecados fuesen ahora públicamente castigados, se creería que ninguna cosa se reservaba para el último juicio: por otra parte, si Dios no castigase ningún pecado públicamente, se creería que ya no hay Providencia divina”⁹⁰. Al que debemos confesar que en cada una de las obras de Dios, y principalmente en el orbe, están pintadas, como en una tabla, las virtudes y poder de Dios, por las cuales todo el linaje humano es convidado y atraído a conocer a este gran Artífice y de aquí a la verdadera y perfecta felicidad. Y aunque las virtudes de Dios estén recaudas a lo vivo y se muestren en todo el mundo, solamente entendemos a lo que tienden, cuánto valen y para qué sirven, cuando descendemos a nosotros mismos y consideramos los caminos y modos en que el Señor despliega para nosotros su vida, sabiduría y virtud, y ejercita con nosotros su justicia, bondad y clemencia. Porque aunque David (Sal.92.6) se queje justamente de que los incrédulos son necios por no considerar los profundos designios de Dios en cuanto al gobierno del género humano, con todo, es certísimo lo que él mismo dice en otro lugar (Sal 40. 11): que las maravillas de la sabiduría de Dios son mayores en número que los cabellos de nuestra cabeza. Pero ya que este argumento se tratará con orden después, lo dejaré ahora.

CONTRA LA “FORTUNA”

Pero aunque Dios nos represente con cuanta claridad es pos el espejo de sus obras, tanto a sí mismo, como a su reino perpetuo, sin embargo nosotros somos tan rudos, que nos quedamos como atontados y no nos aprovechamos de testimonios tan claros. Porque respecto a la obra del mundo tan hermosa, tan excelente y tan bien armonizada, ¿quién de nosotros al levantar los ojos al cielo o extenderlos por las diversas regiones de la tierra se acuerda del Creador y no se para más bien a contemplar las obras, sin hacer caso de su Hacedor? Y en lo que toca a aquellas cosas que ordinariamente acontecen fuera del orden y curso natural, ¿quién no piensa que la rueda de la Fortuna, lega y si juicio, hace dar vueltas a la buena a los hombres de arriba abajo en vez de ser regidos por la providencia de Dios? Y si alguna vez, por medio de estas cosas somos impulsados a pensar en Dios (lo cual necesariamente todos han

⁹⁰ La Ciudad de Dios, Libro I, Capítulo 8.

de hacer), apenas concebimos algún sentimiento de Dios, al momento nos volvemos a los desatinos y desvaríos de la carne y corrompemos con nuestra propia vanidad la pura y auténtica verdad de Dios. En esto no convenimos: en que cada cual por su parte se entregue a sus errores y vicios particulares; en cambio, somos muy semejantes y nos parecemos en que todos, desde el mayor al más pequeño, apartándonos de Dios nos entregamos a monstruosos desatinos. Por esta enfermedad, no sólo la gente inculta se ve afectada, sino también los muy excelentes y maravillosos ingenios. ¡Cuán grandes han sido el desatino y desvarío que han mostrado en esta cuestión cuantos filósofos ha habido! Porque, aunque no hagamos mención de la mayor parte de los filósofos que notablemente erraron, ¿qué diremos de un Platón, el cual fue más religioso entre todos ellos y más sobrio, y sin embargo también erró con su esfera, haciendo de ella su idea primera? ¿Y qué habrá de acontecer a los otros, cuando los principales, que debieran ser luz para los demás, se equivocaron gravemente? Así mismo, cuando el régimen de las cosas humanas claramente da testimonios de la providencia de Dios, de tal suerte que no se puede negar, los hombres sin embargo no se aprovechan de ello más que si se dijera que la Fortuna lo dispone todo sin orden ni concierto alguno: tanta es nuestra natural inclinación al error. Estoy hablando de los más famosos en ciencia y virtud, y no de los desvergonzados que tanto hablaron para profanar la verdad de Dios. De aquí salió aquella infinidad de errores que llenó y cubrió todo el mundo; porque el espíritu de cada uno es como un laberinto, de modo que no hay por qué maravillarse, si cada pueblo ha caído en un desatino: y no solo esto, sino que casi cada hombre se ha inventado su Dios.

CÓMO FORJA EL HOMBRE SUS DIOSES

Pues, porque la temeridad y el atrevimiento se unieron con la ignorancia y las tinieblas, apenas ha habido alguno que no se haya fabricado un ídolo a quien adorar en lugar de Dios. En verdad, igual que el agua suele bullir y manar de un manantial grande y abundante, así ha salido una Unidad de dioses del entendimiento de los hombres, según que cada cual se toma la licencia de imaginarse vanamente en Dios una cosa u otra. Y no es menester aquí hacer un catálogo de las supersticiones en que en nuestros días está el mundo envuelto y enredado, pues sería cosa de nunca acabar. Mas, aunque no diga nada, bien claramente se ve por tantos abusos y corrupción cuán horrible y espantosa es la ceguera del entendimiento humano.

LAS ESPECULACIONES DE LOS FILÓSOFOS

Paso por alto a la gente ordinaria, que no tiene principios ni formación; mas ¡cuán grande es la diversidad entre los mismos filósofos, que han querido, con su inteligencia y saber, penetrar los cielos! Cuanto de mayor juicio fue dotado cada uno de ellos, cuanto de mayor ciencia y sabiduría fue adornado, tanto más procuró colorear lo que dela: pero si miramos de cerca sus colores, hallaremos que no eran otra cosa que vana apariencias. Pensaron los estoicos que habían descubierto una gran cosa cuando dijeron que de todas las partes de la Naturaleza se podrían sacar diversos nombres de Dios, sin que con ello la esencia divina se desgarrara o sufriera menoscabo. ¡Como si no estuviéramos ya bastante inclinados a la vanidad, sin que nos pongan ante los ojos una infinidad de dioses, que nos aparte y lleve al error más lejos y con mayor impulso! La teología mística de los egipcios muestra también que todos ellos procuraron con diligencia que no pareciese que desatinaban sin razón. Y bien pudiera ser que en lo que ellos pretendían, la gente sencilla y no al tanto de ello se engañara a primera vista, porque nunca nadie ha inventado algo que no fuera para corromper la religión. Esta misma diversidad tan confusa, aumentó el atrevimiento de los epicúreos y demás ateos y menospreciadores

de la religión para arrojar de sí todo sentimiento de Dios. Pues viendo que los más sabios y prudentes tenían entre sí grandes diferencias, y había entre ellos opiniones contrarias, no dudaron, dando por pretexto la discordia de los otros o bien la vana y absurda opinión de cada uno de ellos, en concluir que los hombres buscaban vanamente con qué atormentarse y afligirse investigando si hay Dios, pues no hay ninguno. Pensaron que lícitamente podrían hacer esto, porque era mejor negar en redondo y en pocas palabras que hay Dios, que fingir dioses inciertos y desconocidos, y por ello suscitar contiendas sin fin. Es verdad que estos tales razonan sin razón ni juicio; o por mejor decir, abusan de la ignorancia de los hombres, como de una capa, para cubrir su impiedad; pues de ninguna manera nos es lícito rebajar la gloria de Dios, por más neciamente que hablemos. Pero siendo así que todos confiesan que no hay cosa en que, así doctos como ignorantes, estén tan en desacuerdo, de aquí se deduce que el entendimiento humano respecto a los secretos de Dios es muy corto y ciego, pues cada uno yerra tan crasamente al buscar a Dios. Suelen algunos alabar la respuesta de cierto poeta pagano llamado Simónides, el cual, preguntado por Hierón, tirano de Sicilia, qué era Dios, pidió un día de término para pensar la respuesta; al día siguiente, como le preguntase de nuevo, pidió dos días más; y cada vez que se cumplía el tiempo señalado, volvía a pedir el doble de tiempo. Al fin respondió: "Cuanto más considero lo que es Dios, mayor hondura y dificultad descubro". Supongamos que Simónides haya obrado muy prudentemente al suspender su parecer en una cuestión de la que no entendía; mas por aquí se ve que si los hombres solamente fuesen enseñados por la Naturaleza, no sabrían ninguna cosa cierta, segura y claramente, sino que únicamente estarían ligados a este confuso principio de adorar al Dios que no conocían.

YO HAY, CONOCIMIENTO NATURAL DE DIOS

Hay también que advertir que cuantos adulteran la religión (lo cual necesariamente acontece a todos los que siguen sus fantasías) se apartan y alejan del verdadero Dios. Es verdad que protestarán que no tienen tal voluntad e intención; mas poco hace al caso lo que ellos pretendan, pues el Espíritu Santo declara que son apóstatas cuantos, según la ceguera de su entendimiento, ponen a los mismos diablos en lugar de Dios. Por esta razón san Pablo dice (Ef. 2, 12) que los efesios habían estado sin Dios hasta que por el Evangelio, aprendieron lo que era adorar al verdadero Dios. Y esto no se debe entender de un solo pueblo, ya que en otro lugar él mismo afirma (Rom. 1, 21) que todos los hombres del universo se desvanecieron en sus discursos después que la majestad del Creador se les manifestó desde la creación del mundo. Por tanto, la Escritura, a fin de dar su lugar al verdadero y único Dios, insiste muy a propósito en condenar como vanidad y mentira todo cuanto, en el pasado, los paganos e idólatras encumbraron como divinidad, y no aprueba como Dios sino al que era adorado en el monte de Sión, porque solamente allí había enseñanza especial de Dios para mantener a los hombres en la verdadera religión (Hab. 2, 18-20). Ciertamente en el tiempo en que el Señor vivió en el mundo no había nación, excepto los judíos, que más se acercase a la verdadera religión que los samaritanos; pero con todo, sabemos por la misma boca de Cristo que ellos no sabían lo que adoraban (Jn. 4, 22). De donde se sigue que estaban engañados en gran manera. Finalmente, aunque no todos hayan dado rienda suelta a vicios tan grandes y enormes, y no hayan caído en idolatrías tan claras y evidentes, con todo nunca ha habido religión un pura y pudra fundada solamente por el sentido común de los hombres, pues aunque algunos, muy pocos, no desatinaron tanto como el vulgo, con todo, es verdad la sentencia del Apóstol (1 Cor. 2, 8) "Ninguno de los príncipes de este siglo conoció la sabiduría de Dios". Pues, si los más excelentes y de más sutiles y vivos juicios se han perdido de tal manera en las tinieblas, ¿qué podremos decir de la gente vulgar, que respecto a otros son la hez de la tierra? Por lo cual, no es de maravillar que el Espíritu Santo repudie y deseche cualquier manera de servir a Dios

inventada por los hombres como bastarda e ilegítima; pues toda opinión que los hombres han fabricado en su entendimiento respecto a los misterios de Dios, aunque no traiga siempre consigo una infinidad de errores, no deja de ser la madre de los errores. Porque dado el caso de que no suceda otra cosa peor, ya es un vicio grave adorar al azar a un Dios desconocido: por lo cual son condenados por boca de Cristo cuando no son enseñados por la Ley a qué Dios hay que adorar (Jn. 4,22). Y de hecho, los más sabios gobernadores del mundo que han establecido leyes nunca pasaron más allá de tener una religión admitida por público consentimiento del pueblo. Jenofonte cuenta también como Sócrates, filósofo famosísimo, alaba la respuesta que dio Apolo, en la cual manda que cada uno sirva a su dios conforme al uso y manera de sus predecesores, y según la costumbre de la tierra en que nació. ¿Y de dónde, pregunto yo, vendrá a los mortales la autoridad de definir y determinar conforme a su albedrío y parecer una cosa que trasciende y excede a todo el mundo? O bien, ¿quién podría estar tranquilo sobre lo ordenado por los antiguos para admitir sin dudar y sin ningún escrúpulo de conciencia el Dios que le ha sido dado por los hombres? Antes se aferrará cada uno a su parecer, que sujetarse a la voluntad de otro. Así que, por ser un nudo muy flojo y sin valor para mantenernos en la religión y servir a Dios, el seguir la costumbre o lo que nuestros antepasados hicieron, no queda sino que el mismo Dios desde el cielo dé testimonio de sí mismo.

LOS DESTELLOS DEL CONOCIMIENTO QUE PODEMOS TENER DE DIOS SOLO SIRVEN PARA HACERNOS INEXCUSABLES

Veis, pues, cómo tantas lámparas encendidas en el edificio del mundo nos alumbran en vano para hacernos ver la gloria del Creador, pues de tal suerte nos alumbran, que de ninguna manera pueden por sí sedas llevarnos al recto camino. Es verdad que despiden ciertos destellos; pero perecen antes de dar plena luz. Por esta causa, el Apóstol, en el mismo lugar en que llamó a los mundos (Heb. 11, 1-3) semejanza de las cosas invisibles, dice luego que “por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios”, significando con esto que es verdad que la majestad divina, por naturaleza invisible, se nos manifiesta en tales espejos, pero que nosotros no tenemos ojos para poder verla, si primero no son iluminados allá dentro por la fe. Y san Pablo, cuando dice que (Rom. 1,20) “las cosas invisibles de Él, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas,” no se refiere a una manifestación tal que se pueda comprender por la sutileza del entendimiento humano, antes bien, muestra que no llega más allá que lo suficiente para hacernos inexcusables. Y aunque el mismo Apóstol dice en cierto lugar (Hch. 17,27-28) que “cierto no está lejos de cada uno de nosotros, porque en Él vivimos, y nos movemos y somos”, en otro, un embargo, enseña de qué nos sirve esta proximidad (Hch. 14, 16-17): “En las edades pasadas ha dejado (Dios) a todas las gentes andar en sus caminos, si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, hinchando de mantenimiento y alegría nuestros corazones”. Así que, aunque Dios no haya dejado de dar testimonio de sí, convidando y atrayendo dulcemente a Os hombres, con su gran liberalidad, a que le conociesen, ellos, con todo, no dejaron de seguir sus caminos; quiero decir, sus errores gravísimos.

LA CAUSA DE ESTA INCAPACIDAD DE CONOCER A DIOS, ESTÁ EN NOSOTROS

Ahora bien, aunque estemos desprovistos de facultad natural para obtener perfecto y claro conocimiento de Dios, sin embargo, como la falta de nuestra cortedad está dentro de nosotros, no tenemos pretexto de tergiversación ni excusa alguna, porque no podemos pretender tal ignorancia sin que nuestra propia conciencia nos convenza de negligentes e ingratos. Ni, por cierto, es excusa digna

de ser admitida, que el hombre pretexto que carecía de oído para oír la verdad, ya que las mismas criaturas mudas, con voz suficientemente clara y evidente la proclaman. Si se excusare que no tiene ojos para verla, las criaturas que no los tienen se la muestran. Si pretextare que no tiene viveza de entendimiento, todas las criaturas irracionales le enseñan. Por tanto, en cuanto a andar perdidos y vagabundos, ninguna excusa tenemos, puesto que todo cuanto Dios creó nos muestra el recto camino. Pero, aunque se deba imputar a los hombres que ellos al momento corrompan la simiente que El sembró en sus corazones para que ellos le pudiesen conocer por la admirable obra de la Naturaleza, con todo es muy gran verdad que este solo y simple testimonio, que todas las criaturas dan de su Creador, de ninguna manera basta para instruirnos suficientemente. Porque en el momento en que al contemplar el mundo saboreamos algo de la Divinidad, dejamos al verdadero Dios y en su lugar erigimos las invenciones y fantasías de nuestro cerebro y robarnos al Creador, que es la fuente de la justicia, la sabiduría, la bondad y la potencia, la alabanza que se le debe, atribuyéndolo a una cosa u otra. Y en cuanto a sus obras ordinarias, o se las oscurecemos, o se las volvemos al revés, de suerte que no les damos el valor que se les debe, y a su Autor le privamos de la alabanza.

CAPÍTULO 6: ES NECESARIO PARA CONOCER A DIOS EN CUANTO CREADOR, QUE LA ESCRITURA NOS GUÍE Y ENCAMINE

LA ESCRITURA NOS MUESTRA AL VERDADERO DIOS

Por tanto, aunque la claridad que se presenta y pone ante los ojos de los hombres, así arriba como abajo, así en el cielo como en la tierra, es suficiente para quitarles toda excusa y pretexto a su ingratitud (pues de hecho Dios ha querido de esta manera manifestar su majestad y deidad a todas las criaturas sin excepción alguna, para condenar al linaje humano haciéndolo inexcusable), sin embargo, es necesario que haya otro medio, y más apto, que derechamente nos encamine y haga conocer a quien es Creador del universo. Por lo cual, no sin causa, Dios añadió la luz de su Palabra, a fin de que para nuestra salvación le conociéramos. Es verdad que este privilegio lo concedió Él a los que quiso atraer a sí más familiarmente. Pues como veía que el entendimiento de cada uno de los hombres andaba vacilando y yendo de un lado para otro, después de haber escogido a los judíos por pueblo particular y suyo propio, los encerró como en un coto para que no se extraviasen como los demás. Y no sin razón hoy nos mantiene con el mismo remedio en el verdadero conocimiento de su majestad, porque de no ser así, aun aquellos que parecen ser más firmes y constantes que otros, se deslizarían al momento. Porque como los viejos o los lacrimosos o los que tienen cualquier otra enfermedad de los ojos; si les ponen delante un hermoso libro de bonita letra, aunque vean que hay algo escrito no pueden leer dos palabras, mas poniéndose anteojos comienzan a leer claramente, de la misma manera la Escritura, recogiendo en nuestro entendimiento el conocimiento de Dios, que de otra manera sería confuso, y deshaciendo la oscuridad, nos muestra muy a las claras al verdadero Dios. Por tanto es singular don de Dios que, para enseñar a la Iglesia, no solamente se sirva Él de maestros mudos, como son sus obras, de las que hemos hablado, sino que también tenga a bien abrir su sagrada boca, y no solamente haga saber y publique que se debe adorar algún Dios, sino también que es Él el Dios que debe ser adorado; y no solamente enseña a sus escogidos que fijen sus ojos en Dios, sino que Él mismo se les presenta ante los ojos para que lo vean. Él ha observado desde el principio este orden con su Iglesia, a saber: además de aquellas maneras generales de enseñar, ha añadido también su Palabra, que es una nota y señal mucho más cierta para conocerlo. Y no hay duda de que Adán, Noé, Abraham y todos los demás patriarcas, habiéndoseles otorgado este don de la Palabra, ha llegado a un conocimiento mucho más cierto e íntimo, que en cierta manera los ha

diferenciado de los incrédulos. Y no hablo de la verdadera doctrina de la fe con que fueron iluminados para esperar la vida eterna. Porque fue necesario para pasar de muerte a vida, no sólo que conocieran a Dios como su Creador, sino también como su Redentor; y lo uno y lo otro lo alcanzaron por la Palabra.

DIOS CREADOR Y DIOS REDENTOR

Porque este género de conocimiento con el que entendieron cuál era el Dios que creó el mundo y ahora lo gobierna precedió primeramente; después siguió el otro que es interior, el cual, únicamente, vivifica las almas muertas, con el que Dios es conocido, no sólo como Creador del mundo y único autor y rector de todo cuanto hay en el mundo, sino también como Redentor en la persona de nuestro Mediador Jesucristo. Más porque aún no nos toca tratar de la caída del hombre ni de la corrupción de su naturaleza, dejaré ahora el tratar de su remedio. Así que acuérdesse el lector de que cuando yo aquí trato de cómo Dios es conocido por la Palabra, no me refiero a aquel pacto con que Dios adoptó como suyos a los hijos de Abraham; ni tampoco a aquella suerte de doctrina con que los fieles se diferencian propiamente de los gentiles e idólatras, porque esta parte de la doctrina se funda en Jesucristo. Mi intento es solamente exponer de qué manera Dios, que es el Creador del mundo, deba por ciertas notas ser diferenciado de toda la otra multitud de dioses que los hombres han inventado; después, el mismo orden y manera de proceder nos encaminará a tratar del Redentor. Y aunque cite muchos textos del Nuevo Testamento, de la Ley y de los Profetas, en los que se hace expresa y evidente mención de Cristo, sin embargo todos ellos no pretenden probar otra cosa sino que Dios, Creador del mundo, nos es manifestado en la Escritura, y qué es lo que debemos saber de Él para que no andemos dando vueltas perdidos buscando otro Dios desconocido.

DIOS QUISO QUE LA PALABRA QUE DIRIGIÓ A LOS PATRIARCAS QUEDARA REGISTRADA EN LA ESCRITURA SANTA

Pues bien: sea que Dios se haya manifestado a los patriarcas y profetas por visiones y revelaciones, sea que Dios haya usado el ministerio y servicio de los hombres para enseñarles lo que ellos después, de mano en mano, como se dice, habían de enseñar a sus descendientes, en todo caso es cierto que Dios imprimió en sus corazones tal certidumbre de la doctrina con la que ellos se convencieran y entendieran que aquello que se les había revelado y ellos habían aprendido, había sido manifestado por el mismo Dios. Porque Él siempre ha ratificado y, mostrado que su Palabra es certísima, para que se diese mucho más crédito que a todas las opiniones de los hombres. Finalmente, a fin de que por una perpetua continuación la verdad de su doctrina permaneciese en el mundo para siempre, quiso que las mismas revelaciones con que se manifestó a los patriarcas, se registraran como en un registro público. Por esta causa promulgó su Ley, y después añadió como intérpretes de ella a los profetas. Porque aunque la doctrina de la Ley sirva para muchas cosas, como muy bien veremos después, sin embargo Moisés y todos los profetas insistieron sobre todo en enseñar la manera y forma como los hombres son reconciliados con Dios. De aquí viene que san Pablo llame a Jesucristo el fin y cumplimiento de la Ley (Rom. 10, 4); sin embargo, vuelvo a repetir que, además de la doctrina de la fe y el arrepentimiento, la cual propone a Cristo como Mediador, la Escritura tiene muy en cuenta engrandecer con ciertas notas y señales al verdadero y único Dios, que creó el mundo y lo gobierna, a fin de que no fuese confundido con el resto de la multitud de falsos dioses. Así que, aunque el hombre deba levantar los ojos para contemplar las obras de Dios, porque Él lo puso en este hermosísimo teatro del mundo para que las viese, sin embargo es menester, para que saque mayor provecho, tener

atento el oído a su Palabra. Y así, no es de maravillar si los hombres nacidos en tinieblas se endurecen más y más en su necedad, porque muy pocos hay entre ellos que dócilmente se sujeten a la Palabra para mantenerse dentro de los límites que les son puestos; antes bien, se regocijan licenciosamente en su vanidad. Hay pues que dar por resuelto que, para ser iluminados con la verdadera religión, nos es menester comenzar por la doctrina celestial, y también comprender que ninguno puede tener siquiera el menor gusto de la sana doctrina, sino el que fuere discípulo de la Escritura. Porque de aquí procede el principio de la verdadera inteligencia, cuando con reverencia abrazamos todo cuanto Dios ha querido testificar de sí mismo. Porque no sólo nace de la obediencia la fe perfecta y plena, sino también todo cuanto debemos conocer de Dios. Y en realidad, por lo que se refiere a esto, Él ha usado en todo tiempo con los hombres una admirable providencia.

NECESIDAD DE LA ESCRITURA SANTA A MODO DE REGISTRO AUTÉNTICO

Porque si consideramos cuán frágil es el entendimiento humano, y cuán inclinado a olvidarse de Dios, y cuán propenso a caer en toda suerte de errores, y cuánto es su apetito y deseo de inventar a cada paso nuevas y nunca oídas religiones, se podrá muy bien ver por aquí cuán necesario ha sido que Dios tuviese sus registros auténticos en los que se conservase su verdad, a fin de que no se perdiese por olvido o se desvaneciese por error y descuido, o se corrompiese por atrevimiento de los hombres. Siendo, pues, notorio que Dios, cada vez que ha querido enseñar a los hombres con algún fruto, ha usado del medio de la Palabra, porque veía que su imagen, que había impreso en la hermosura de esta obra del mundo, no era bastante eficaz ni suficiente, si deseamos contemplar a Dios perfectamente es menester que vayamos por este mismo camino. Es menester, digo, que vayamos a su Palabra en la cual de veras se nos muestra a Dios y nos es descrito a lo vivo en sus obras, cuando las consideramos como conviene, no conforme a la perversidad de nuestro juicio, sino según la regla de la verdad que es inmutable. Si nos apartamos de esto, como ya he dicho, por mucha prisa que nos demos, como nuestro correr va fuera de camino, nunca llegaremos al lugar que pretendemos. Porque es necesario pensar que el resplandor y claridad de la divina majestad, que san Pablo (1 Tim. 6, 16) dice ser inaccesible, es como un laberinto del cual no podríamos salir si no fuésemos guiados por Él con el hilo de su Palabra, de tal manera que nos sería mejor ir cojeando por este camino, que correr muy de prisa fuera de él. Por eso David (Sal 93; 96; etc.), enseñando muchas veces que las supersticiones deben ser desarraigadas del mundo para que florezca la verdadera religión, presenta a Dios reinando. Por este nombre de reinar no entiende David solamente el señorío que Dios tiene y ejerce gobernando todo lo creado, sino también la doctrina con la que establece su legítimo señorío. Porque no se pueden desarraigar del corazón del hombre los errores, mientras no se plante en él el verdadero conocimiento de Dios.

LA ESCUELA DE LA PALABRA

De aquí viene que el mismo Profeta, después de decir que (Sal 19,1-2) "los cielos cuentan la gloria de Dios, y la expansión denuncia la obra de sus manos, y un día emite palabra al otro día, y la una noche a la otra noche declara sabiduría", al momento descende a la Palabra diciendo (Sal 19,7-8): "La ley de Jehová es perfecta, que vuelve el alma; el testimonio de Jehová, fiel, que hace sabio al pequeño. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová, puro, que alumbra los ojos". Porque, aunque se refiere a otros usos de la Ley, sin embargo pone de relieve en general, que puesto que Dios no saca mucho provecho convidando a todos los pueblos y naciones a sí mismo con la vista del cielo y de la tierra, ha dispuesto esta escuela particularmente para sus hijos. Lo

mismo nos da a entender en el Salmo 29, en el cual el Profeta, después de haber hablado de la "terrible voz de Dios, que hace temblar la tierra con truenos, vientos, aguaceros, torbellinos y tempestades, hace temblar los montes, troncha los cedros" al fin, por conclusión, dice que "en su templo todos le dicen gloria". Porque por esto entiende que los incrédulos son sordos y no oyen ninguna de las voces que Dios hace resonar en el aire. Así, en otro salmo, después de haber pintado las terribles olas de la mar, concluye de esta manera (Sal 93, 5) "Señor, tus testimonios son muy firmes; la santidad conviene a tu casa, oh Jehová!, por los siglos y para siempre". Aquí también se apoya lo que nuestro Redentor dijo a la mujer samaritana (Jn. 4,22) de que su nación y todos los demás pueblos adoraban lo que no sabían; que solo los judíos servían al verdadero Dios. Pues, como quiera que el entendimiento humano, según es de débil, de ningún modo puede llegar a Dios si no es ayudado y elevado por la sacrosanta Palabra de Dios, era necesario que todos los hombres, excepto los judíos, por buscar a Dios sin su Palabra, anduviesen perdidos y engañados en el error y la vanidad.

LECTURA 6: JAMES MONTGOMERY BOICE - LOS FUNDAMENTOS DE LA FE CRISTIANA - CAPÍTULOS 1 – 8, 10 – 18

CAPITULO 1: CONOCER A DIOS

UNA CALUROSA NOCHE EN LOS ALBORES DE LA ERA CRISTIANA un hombre sofisticado y educado, llamado Nicodemo, vino a ver a un joven rabí, a Jesús de Nazaret. El hombre quería discutir la realidad. Así fue que comenzó la conversación con una afirmación sobre hacia dónde su propia búsqueda personal de la verdad lo había conducido. Le dijo: "Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él"(Jn. 3:2).

Con excepción de la palabra Rabí, que es sólo una forma educada de dirigirse a alguien, las primeras palabras demuestran un conocimiento considerable. Nicodemo dijo: "Sabemos". Luego comenzó a ensayar las cosas que sabía (o que creía saber) y con las que quería comenzar la discusión: (1) que Jesús continuaba realizando muchos milagros; (2) que estos milagros buscaban autenticarlo como un maestro enviado por Dios; y que, por lo tanto, (3) Jesús era alguien a quien él debía escuchar. Desafortunadamente para Nicodemo, Jesús le contestó que esa forma de encarar el conocimiento era errada y que Nicodemo por consiguiente no podía conocer nada hasta que no hubiera experimentado una transformación espiritual interior. "No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo" (Jn. 3:7).

Los comentarios subsiguientes de Nicodemo demuestran al menos un reconocimiento implícito de su falta de conocimiento sobre los temas importantes, ya que comenzó a realizar preguntas: "¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Cómo puede hacerse esto?" (vs. 4, 9). Jesús le enseñó que el verdadero conocimiento comienza con el conocimiento espiritual, el conocimiento de Dios, y que éste se encuentra en la revelación que Dios hace de sí en la Biblia y en la propia vida y obra de Jesús, en la obra del Salvador.

LA CRISIS CONTEMPORÁNEA

Esta conversación resulta relevante hoy en día. Los problemas y frustraciones que Nicodemo tuvo que enfrentar hace casi dos mil años también están presentes en nuestro tiempo. Nicodemo poseía el conocimiento, pero no tenía la clave para ese conocimiento, el elemento integrador. Sabía algunas cosas, pero su búsqueda de la verdad lo había conducido al extremo de una crisis personal. Del mismo modo, mucho sabemos en nuestros días. Con respecto a la información y el conocimiento técnico, hoy sabemos más que en ningún período histórico anterior. Sin embargo, el tipo de conocimiento integrador de toda esta información, que consiguientemente le dará significado a la vida, está extrañamente ausente.

La naturaleza del problema puede verse al examinar los dos casi exclusivos enfoques que existen hoy. Por un lado existe la idea que la realidad puede ser comprendida sólo con la razón. Este enfoque no es nuevo, por supuesto. Es el enfoque desarrollado por Platón y, por lo tanto, asumido por mucho del pensamiento griego y romano con posterioridad a él. En la filosofía de Platón, el conocimiento verdadero es el conocimiento de la esencia eterna e inalterable de las cosas, no el mero conocimiento

de los fenómenos cambiantes. Es decir, es el conocimiento de las formas, las ideas o los ideales. El equivalente más cercano en el presente sería las así llamadas leyes científicas.

Superficialmente, este enfoque del conocimiento mediante el ejercicio de una razón supuestamente imparcial parecería ser deseable, ya que es productivo -como lo señalan los avances técnicos del presente. Pero no está libre de problemas. Por un lado, es un conocimiento muy impersonal y, como algunos podrían señalar, muy despersonalizado. Según este enfoque, la realidad se convierte en una cosa (una ecuación, una ley, o, peor aún, un simple dato), y los hombres y las mujeres también se convierten en cosas, con el resultado inevitable que pueden ser entonces manipulados como cualquier otra materia prima para cualquier fin.

Un ejemplo es la manipulación que sufren las naciones pobres por parte de las naciones ricas para poder expandir la economía de estas naciones ricas; es decir, la injusticia analizada y justamente condenada por Karl Marx en El manifiesto comunista, El capital, y otros escritos. Otro ejemplo es el propio comunismo, que a pesar de sus intenciones por mejorar la suerte de las masas, en realidad las manipula con fines ideológicos. Aun nivel personal existe la ciencia de la terapia del comportamiento y las enseñanzas espeluznantes de un hombre como B. F Skinner de la Universidad de Harvard quien afirma que los individuos debieran ser condicionados científicamente para el bien de la sociedad.

Existe otro problema con el intento de comprender la realidad mediante sólo la razón. Este enfoque no presta una base adecuada para la ética. Puede decirnos lo que es, pero no lo que debería ser. En consecuencia, los extraordinarios avances técnicos del presente vienen acompañados de una permisividad moral extrema y debilitadora que apunta con el tiempo a derribar aun los valores y el sistema que posibilitaron tanto estos avances como esta permisividad. Es interesante notar que lo mismo ocurrió también con los filósofos griegos, quienes en ocasiones llevaron vidas depravadas aunque eran hombres de gran intelecto.

En años recientes las fallas del sistema racionalista se han impreso sobre una nueva generación con el resultado de que muchos en el mundo occidental han abandonado la razón en búsqueda de la realidad mediante la experiencia emocional. En el mundo antiguo, como reacción a la impersonalidad de la filosofía griega se hacía lo mismo mediante la participación intensa en los ritos de las religiones de misterio. Estas prometían una unión emocional con algún dios, inducida por las luces, la música, el incienso y posiblemente las drogas. En el presente, el mismo enfoque ha aflorado en el culto a las

drogas, el redes cubrimiento de las religiones orientales, la meditación trascendental, el movimiento del potencial humano y otras prácticas que supuestamente "expanden la mente".

Este enfoque moderno también presenta varios problemas. En primer lugar, la experiencia no es duradera. Es pasajera. Cada intento de comprender la realidad mediante experiencias emocionales promete alguna clase de "éxtasis". Pero este "éxtasis" va seguido inevitablemente de una "depresión", con el problema adicional de que se requiere de un estímulo cada vez más intenso para que se repita la experiencia. Finalmente esto acaba en la autodestrucción o en una desilusión aguda. Otro problema es que enfocar la realidad a través de las emociones no satisface la mente. Los promotores de este tipo de experiencias, en particular las vinculadas a las drogas, hablan de una percepción más intensa de la realidad como resultado de su empleo. Pero su experiencia carece de un contenido racional. La parte del ser humano que desea pensar sobre ellas y comprenderlas permanece insatisfecha.

El resultado de esta situación es la actual crisis en el área del conocimiento, como ya sucedió en la antigüedad. Muchas personas que piensan por sí mismas no saben con honestidad dónde recurrir. El enfoque racionalista es impersonal y amoral. El enfoque emocionalista carece de contenido, es pasajero y también con frecuencia inhumano. "¿Es este el final?" -muchos se preguntan. "¿No existen otras posibilidades? ¿No hay un tercer camino?"

UN TERCER CAMINO

A esta altura el cristianismo propone que hay un tercer camino, que justamente es firme precisamente en aquellos puntos donde los otros enfoques son débiles. La base de este tercer camino está en que existe un Dios que ha creado todas las cosas y que da significado a su creación. Es más, podemos conocerle. Esta es una posibilidad excitante y que satisface. Es excitante porque implica la posibilidad de un contacto entre el individuo y Dios, no importa lo insignificante que el individuo pueda aparecerse frente a sus ojos o a los ojos de los demás. Satisface porque es el conocimiento no de una idea o cosa, sino del supremo Ser personal, y porque surge de un profundo cambio de conducta.

Esto es lo que la Biblia quiere decir cuando expresa: "El principio de la sabiduría es el temor de Jehová" (Pr. 1:7), y "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría, y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia" (Pr. 9:10).

Aquí, sin embargo debemos tener claro que queremos decir cuando hablamos de "conocer a Dios", porque muchos usos comunes de la palabra conocer son inapropiados para transmitir el conocimiento bíblico. Existe un uso de la palabra conocer que significa "conciencia de un hecho". La usamos con este sentido cuando decimos que conocemos dónde vive alguien o que sabemos que están ocurriendo determinados acontecimientos en algún lugar del mundo. Es una clase de conocimiento que no nos involucra personalmente. Tiene poco peso en nuestras vidas. La Biblia, cuando habla de conocer a Dios, no la usa en este sentido.

Otro uso de la palabra conocer significa "conocer sobre" algo o alguien. Es conocimiento por descripción. Por ejemplo, podemos decir que conocemos la ciudad de Nueva York o Londres o Moscú. Significa que somos conscientes de la geografía de la ciudad; que conocemos los nombres de sus calles, dónde se encuentran las tiendas más importantes, y otros detalles. Podemos tener este conocimiento de la ciudad por haber vivido en ella. Pero también es posible que tengamos dicho conocimiento por haber leído libros. En el plano religioso este tipo de conocimiento sería aplicable a la teología que, aunque importante, no es la totalidad ni el corazón de la religión. La Biblia nos enseña

muchas cosas que deberíamos saber sobre Dios. (Es más, mucho de lo que sigue a continuación en este libro está dirigido a satisfacer nuestra necesidad de ese tipo de conocimiento.) Pero no es suficiente. Aun los más encumbrados teólogos pueden ser confundidos y encontrar la vida carente de significado.

El verdadero conocimiento de Dios es también más que el conocimiento por experiencia. Para volver a un ejemplo anterior, podría ser posible que alguien que ha vivido en una determinada ciudad dijera: "Pero mi conocimiento no es conocimiento de libro. Yo he vivido realmente allí. He caminado por sus calles, comprado en sus tiendas, ido a sus teatros. Yo he experimentado la ciudad. La conozco verdaderamente." A esto deberíamos responder que el conocimiento involucrado es sin duda algo más de lo que hemos estado hablando hasta ahora, pero todavía no expresa el significado cabal del conocimiento en el sentido cristiano.

Supongamos, a modo de ejemplo, que una persona saliera en una tibia noche de verano al campo y mirara hacia arriba, al cielo estrellado, y volviera diciendo que en ese campo conoció a Dios. ¿Qué le decimos a esa persona? Hasta cierto punto el cristiano no tiene por qué negar la validez de esa experiencia. Es evidente que se trata de un conocimiento más profundo que la mera conciencia de Dios ("Dios existe") o el mero conocimiento de él ("Dios es poderoso y es el Creador de todo lo que vemos y conocemos"). Pero, como cristianos insistimos que todavía es menos de lo que la Biblia quiere significar por un conocimiento verdadero. Porque cuando la Biblia habla de conocer a Dios quiere decir que Dios nos hace vivir en un nuevo sentido (somos "nacidos de nuevo"), conversamos con Dios (de modo que él se convierte en algo más que "Algo" que está en algún lado, se convierte en un amigo), y sufrimos profundos cambios en el proceso.

Todo esto nos lleva, paso a paso, a una mejor comprensión del término conocimiento. Pero falta todavía precisarlo aún más. De acuerdo con la Biblia, aun cuando podamos asignarle el significado más exacto a la palabra conocer, conocer a Dios no es meramente conocer a Dios. No se puede conocer a Dios en forma aislada. Siempre conocemos a Dios en su relación con nosotros. Por lo tanto, de acuerdo con la Biblia, el conocimiento de Dios sólo tiene lugar cuando también tenemos conocimiento de nosotros mismos y de nuestra profunda necesidad espiritual, y cuando va acompañado de la aceptación de la gracia divina para suplir nuestra necesidad mediante la obra de Cristo y la aplicación de dicha obra en nosotros por el Espíritu de Dios. El conocimiento de Dios tiene lugar en un contexto de piedad, adoración y devoción cristianas. La Biblia nos enseña que el conocimiento de Dios tiene lugar (cuando tiene lugar) no tanto porque nosotros busquemos a Dios, porque no lo buscamos, sino porque Dios se revela a sí mismo a través de Cristo y de las Escrituras.

J. I. Packer escribe con respecto a este conocimiento que "conocer a Dios implica, primero, escuchar la Palabra de Dios y recibirla según la interpretación del Espíritu Santo, para poder aplicarla en nuestras vidas; segundo, aprender sobre la naturaleza y el carácter de Dios, como revelado en su Palabra y en sus obras; tercero, aceptar sus invitaciones, y hacer lo que él ordena; cuarto, reconocer y regocijarse en el amor que él ha demostrado al acercarse a nosotros y atraernos a su comunión divina"⁹¹.

¿POR QUÉ CONOCER A DIOS?

⁹¹ J. I. Packer, *Knowing God* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1973), p. 32.

"Un momento", puede decir alguien. "Todo eso suena complicado y difícil. Es más, parece ser demasiado difícil. Si eso es lo que implica, yo no deseo saber nada de eso. Quiero una buena razón por la que debiera interesarme".

Es una objeción razonable, pero se la puede contestar con una respuesta adecuada. Es más, hay varias respuestas.

Primero. El conocimiento de Dios es importante, porque sólo a través del conocimiento de Dios una persona puede acceder a lo que la Biblia denomina la vida eterna. Jesús señaló esto cuando oró: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Jn. 17:3). A simple vista, tampoco esto resulta lo suficientemente importante para el "hombre natural" para que él desee conocer a Dios a todo precio. Pero esto se debe a que, como no tiene vida eterna, no puede comprender aquello que carece. Es como una persona que dice que no le gusta la buena música. Que no la pueda apreciar no le quita ningún mérito a la música; sólo nos indica que esa persona no tiene sentido de apreciación. De los mismos modos aquellos que no aprecian el don de vida divino nos indica que no tienen la capacidad de comprender o valorar lo que no tienen. La Biblia nos dice: "el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14). Puede ser de ayuda decirle a esa persona que la promesa de vida eterna es también la promesa de poder vivir plenamente como un auténtico ser humano. Esto es cierto, pero también es cierto que la vida eterna es más que esto. Significa revivir, no sólo en un sentido nuevo sino también en un sentido eterno. Es lo que Jesús quiso decir cuando dijo: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente" (Jn. 11:25-

Segundo. El conocimiento de Dios es importante porque, como ya lo señalamos, también implica un conocimiento de nosotros mismos. El presente es el presente de la psiquiatría y la psicología. Los hombres y las mujeres gastan miles de millones de dólares para conocerse a sí mismos, para comprender su psique. Es cierto que hay una necesidad de la psiquiatría, en particular de la psiquiatría cristiana. Pero esto por sí solo no es cabalmente suficiente si no lleva a los individuos a un conocimiento de Dios contra el cual medir su propia valía y sus limitaciones. Por un lado, el conocimiento que podemos tener de nosotros mismos mediante el conocimiento de Dios implica tener humildad. No somos Dios, no nos parecemos a él. El es santo; nosotros no somos santos. El es bondad; nosotros no somos bondad. El es sabio; nosotros somos necios. El es poderoso; nosotros somos débiles. El está lleno de amor y de gracia; nosotros estamos llenos de odio y de egoísmo. Por lo tanto, conocer a Dios es vernos como se vio Isaías cuando dijo: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio del pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos" (Is. 6:5). O como Simón Pedro cuando dijo: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador" (Lc. 5:8). Por otro lado, el conocimiento que tenemos de nosotros mismos mediante el conocimiento de Dios nos reafirma y nos satisface. Porque a pesar de lo que nos hemos convertido, todavía somos criaturas de Dios y él nos ama. No existe una dignidad más alta que haya sido otorgada al hombre y a la mujer que la dignidad que la Biblia les otorga.

Tercero. El conocimiento de Dios también nos brinda un conocimiento del mundo: lo bueno y lo malo que hay en él, su pasado y su futuro, su propósito y el juicio venidero que pende sobre él en mano de Dios. En un sentido, este es un corolario de lo que acabamos de señalar. Si el conocimiento de Dios nos da un conocimiento de nosotros mismos, inevitablemente debe darnos también un conocimiento del mundo; ya que el mundo está conformado en gran parte por los individuos que lo componen. Por otro lado, el mundo tiene una relación especial con Dios, tanto con respecto a su pecado y rebeldía

como a su valor como vehículo para los propósitos divinos. Es un lugar confuso hasta que conocemos al Dios que lo creó, y aprendemos por qué lo creó y qué es lo que le sucederá.

Cuarto. El conocimiento de Dios es importante porque es el único camino para la santidad personal. Este es un propósito que el hombre natural no desea. Pero, de todos modos, es esencial. Nuestros problemas derivan no del hecho que somos ignorantes de Dios sino del hecho que somos pecaminosos. No queremos el bien. A veces lo odiamos, aun cuando el bien obra en nuestro beneficio. El conocimiento de Dios conduce a la santidad. Conocer a Dios tal como es, es amarlo como es y desear ser como él es. Este es el mensaje de uno de los versículos bíblicos sobre el conocimiento de Dios más importantes. Jeremías, el antiguo profeta de Israel, escribió: "No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová" (Jer. 9:23-24). Jeremías también escribió acerca de un día en el que aquellos que no conocen a Dios llegarían a conocerle. "Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado" (Jer. 31:34)

Por último, el conocimiento de Dios es importante en el sentido que es sólo mediante el conocimiento de Dios que la iglesia y aquellos que la componen pueden tener poder. Nosotros somos débiles, pero como escribió Daniel: "el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará" (Dn. 11:32).

La iglesia de hoy en día no es poderosa, tampoco tenemos muchos cristianos poderosos. Podemos encontrar la causa en la ausencia de un conocimiento espiritual serio. ¿Por qué la iglesia es débil? ¿Por qué las personas cristianas son débiles? Es porque han permitido que sus mentes se conformen al "espíritu de la época", con su pensamiento mecanicista y ajeno a Dios. Se han olvidado cómo es Dios y lo que ha prometido a aquellos que confían en él. Pidámosle al cristiano promedio que hable de Dios. Después de las primeras respuestas de rigor veremos que su dios es un pequeño dios de sentimientos vacilantes. Es un dios que le gustaría salvar al mundo, pero que no puede. Que le gustaría evitar la maldad, pero de alguna manera eso está fuera de su poder. Es así que se ha confinado en una especie de retiro, dispuesto a dar buenos consejos como un abuelo cariñoso, pero que la mayor parte del tiempo ha dejado que sus hijos se las arreglen por sí solos en un medio ambiente peligroso.

Este dios no es el Dios de la Biblia. Aquellos que conocen a su Dios perciben el error en esta clase de razonamiento y actúan de conformidad. El Dios de la Biblia no es débil; es poderoso. Es todopoderoso. Nada ocurre sin su permiso o fuera de sus propósitos -ni siquiera la maldad. No hay nada que lo perturbe o que no pueda comprender. Sus propósitos siempre son logrados. Por lo tanto, aquellos que le conocen verdaderamente actúan con firmeza, en la seguridad de que Dios está con ellos para cumplir su propósito en sus vidas.

¿Deseamos un ejemplo? No hay ejemplo mejor que el de Daniel. Daniel y sus amigos eran hombres temerosos de Dios en el medio hostil de la antigua Babilonia. Eran esclavos, buenos esclavos. Servían en la corte. Pero las dificultades comenzaron cuando se negaron a obedecer las órdenes que fueran contrarias a las del Dios verdadero a quien conocían y adoraban. Cuando Nabucodonosor obligó a todos a adorarlo y postrarse delante de la estatua que él había levantado, Daniel y sus amigos se negaron. Cuando durante treinta días se abolieron las oraciones a cualquiera que no fuera el rey

Darío, Daniel siguió haciendo como había hecho hasta entonces: oraba a Dios tres veces al día frente a su ventana.

¿Qué les pasaba a estos hombres? ¿No sabían prever cuáles serían las consecuencias? ¿Creían que su desacato sería pasado por alto? De ningún modo. Conocían las consecuencias, pero también conocían a Dios. Podían ser poderosos, confiando en que Dios haría con ellos su voluntad, la salvación o la destrucción en el foso de los leones o en el horno de fuego ardiendo. Estos hombres dijeron: "He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado" (Dn. 3:17-18).

Un dios débil no puede producir hombres poderosos, ni tampoco merece ser adorado. Un Dios poderoso, como el Dios de la Biblia, es una fuente de poder para aquellos que le conocen.

LA CIENCIA MÁS ELEVADA

Por lo tanto, aprendamos sobre Dios y conozcamos a Dios en el sentido bíblico más... completo. Jesús nos animó a hacer esto cuando dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mt. 11:28-29). Esta es la verdadera sabiduría. Para el cristiano es un privilegio y una obligación especial.

¿Cuál será el mejor curso de estudio para una persona que es un hijo de Dios? ¿No será el propio Dios? Si bien es cierto que existen otras áreas de estudio también valedero, la ciencia más elevada, el área que más abrirá nuestras mentes, será el estudio de la naturaleza divina de Dios. Spurgeon una vez escribió:

Existe en la contemplación de la Divinidad algo que perfecciona la mente. El tema es tan vasto, que todos nuestros pensamientos se pierden en su inmensidad; es tan profundo, que nuestro orgullo se ahoga en su infinita profundidad. Hay otros temas que podemos comprender y entender; cuando nos ocupamos de ellos sentimos una especie de autosatisfacción, y podemos seguir nuestro camino pensando: "¡Qué sabio soy!" Pero cuando nos encontramos con esta ciencia maestra, y vemos que no podemos sondear su profundidad, y que nuestra vista de águila no puede apreciar su altura, nos damos vuelta con la... solemne exclamación: "Soy sólo de ayer, y nada conozco"....Pero mientras el tema humilla la mente, también la expande... No existe nada que pueda ampliar el intelecto de esta manera, nada que pueda magnificar el alma del hombre, como la investigación devota, aplicada y continua del gran tema de la Deidad.⁹²

Todo cristiano debería confiadamente perseguir esta meta. Dios ha prometido que todos los que lo buscan lo encontrarán. Si llaman, la puerta se abrirá.

CAPITULO 2: EL DIOS DESCONOCIDO

⁹² Charles Haddon Spurgeon, the New Park Street Pulpit, vol. 1, 1855 (Pasadena, Tex.: Pilgrim Publications, 1975), p. 1.

"CASI TODA LA SABIDURÍA QUE POSEEMOS, ES DECIR, LA SABIDURÍA que es verdadera y confiable, puede reducirse a dos cosas: el conocimiento de Dios y de nosotros mismos."⁹³ Estas palabras, del primer párrafo del libro *Institución de la religión cristiana* de Juan Calvino, señalan el punto al que hemos llegado luego del capítulo anterior, pero también introducen un nuevo problema. Si es cierto que la sabiduría consiste en "el conocimiento de Dios y de nosotros mismos", esto nos lleva a preguntarnos: "¿Pero quién tiene dicho conocimiento? ¿Quién puede verdaderamente conocer a Dios y conocerse a sí mismo?" Si somos sinceros, debemos admitir que librados a nosotros mismos y a nuestras habilidades, la única respuesta posible es: "Nadie". Librados a nosotros mismos, nadie puede conocer verdaderamente a Dios. Tampoco nos podemos conocer a nosotros mismos en forma adecuada.

¿Cuál es el inconveniente? Desde luego, no nos conocemos a nosotros mismos porque no hemos conocido a Dios en primer lugar. Pero, ¿por qué no conocemos a Dios? ¿Es incognoscible? ¿Acaso es su culpa, o la nuestra? Naturalmente, nos resulta más grato culparlo a él. Pero antes de saltar a esta conclusión deberíamos tomar conciencia de lo que implica. Si la culpa es nuestra, aunque este hecho en sí pueda no ser reconfortante al menos podrá ser subsanado, porque Dios puede hacer cualquier cosa. Él puede intervenir. Por otro lado, si la culpa es de Dios (o, como podríamos preferir decir, si la culpa está en la naturaleza de las cosas), entonces no hay nada que pueda hacerse. La clave al conocimiento inevitablemente nos eludirá, y la vida es absurda.

Os Guinness en *The Dust of Death* aclara este punto al describir un "sketch" realizado por el comediante alemán Karl Vallentin. El cómico entraba al escenario que estaba sólo iluminado por un pequeño círculo de luz. Caminaba dando vueltas alrededor de ese círculo con cara de preocupación. Buscaba algo. Al cabo de un tiempo un policía se le acercaba y le preguntaba qué había perdido. "He perdido las llaves de mi casa", respondía Vallentin. El policía se le unía en la búsqueda, pero ésta parecía resultar infructuosa.

"¿Está usted seguro de que la perdió aquí?", preguntaba el policía. "¡No!", le decía Vallentin, señalando una esquina en la oscuridad. "Fue allí". "Y entonces, ¿por qué no está buscando allí?" "No hay luz allí", contestaba el cómico.⁹⁴

Si no existe Dios o si existe Dios pero no lo podemos conocer por su culpa, entonces la búsqueda del conocimiento se asemeja a la búsqueda del comediante alemán. Donde debería realizarse la búsqueda, no hay luz; y donde hay luz, la búsqueda no tiene sentido. Pero, ¿es este el caso? La Biblia afirma que el problema no es de Dios sino nuestro. Por lo tanto, el problema tiene solución. Tiene solución porque Dios puede tomar, y en realidad ha tomado, la iniciativa de revelarse a nosotros, y así proveernos con la llave que nos faltaba para el conocimiento.

SER CONSCIENTES DE DIOS

Debemos enfrentar el problema, sin embargo: aunque resulte extraño, la persona que no conoce a Dios, en un cierto sentido pero igualmente válido, le conoce pero reprime ese conocimiento.

⁹³ Calvino, Juan, *Institución de la religión cristiana*. Países bajos: Fundación editorial de literatura reformada, 1967.

⁹⁴ Os Guinness, *the Dust of Death* (Downers Grove, Ill.: Intervarsity Press, 1973), p. 148.

Aquí debemos volver a recordar la diferencia entre "ser conscientes" de Dios y verdaderamente "conocer a Dios". Conocer a Dios significa tomar conciencia de nuestra profunda necesidad espiritual y de cómo Dios puede suplir dicha necesidad, para luego confiar en Dios y reverenciarlo. Ser conscientes de Dios es sólo saber que Dios existe y que merece ser obedecido y adorado. Los hombres y las mujeres no conocen, ni obedecen, ni adoran a Dios en forma natural. Sin embargo, son conscientes de Dios.

Esto nos lleva a una de las afirmaciones más importantes que han sido registradas para beneficio de la humanidad -en la carta del apóstol Pablo a la iglesia recién establecida en Roma-. Contienen la primera tesis del apóstol en su exposición de la doctrina cristiana.

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible, en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. (Ro. 1:18-23)

Vemos aquí tres ideas fundamentales. Primero, la ira de Dios se despliega contra el hombre natural. Segundo, el hombre ha rechazado a Dios deliberadamente. Tercero, este rechazo ha tenido lugar a pesar de la conciencia de Dios que posee toda persona naturalmente.

LOS DOS ASPECTOS DE LA REVELACIÓN

Nuestro punto de partida será el tercer punto: la conciencia de Dios que toda persona posee naturalmente. Porque es aquí donde vemos que, aunque nadie conoce a Dios naturalmente, nuestro fracaso en conocer a Dios no es culpa de Dios. Él se ha revelado a sí mismo en dos aspectos, y todos tenemos esta revelación.

El primer aspecto es la revelación de Dios en la naturaleza. Podemos parafrasear el argumento de Pablo diciendo que todo lo que el hombre natural puede conocer sobre Dios ha sido revelado en la naturaleza. Por supuesto, debemos admitir que este conocimiento es limitado. Pablo lo define como consistiendo sólo de dos cosas: el eterno poder de Dios y su deidad. Pero aunque dicho conocimiento es limitado, es suficiente para que nadie pueda usarlo como excusa para no seguir de ahí en adelante buscando a Dios en su plenitud. En un lenguaje contemporáneo la frase "eterno poder" puede entenderse cómo la palabra supremacía, y "deidad" podría ser sustituida por ser. Pablo nos está diciendo que la evidencia proporcionada por la naturaleza acerca de la naturaleza de un Ser Supremo es amplia y enteramente convincente. Dios existe, y los seres humanos lo saben. Este es el argumento. Cuando los hombres y las mujeres luego se niegan a reconocer y adorar a Dios, como lo hacen, la culpa no está en la falta de evidencia sino en su determinación irracional y resuelta de no conocerle.

El Antiguo Testamento nos habla de la clara revelación de Dios en la naturaleza. "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras" (Sal 19:1-4). El asunto es que la revelación de

Dios en la naturaleza es suficiente para convencer a cualquiera de la existencia y el poder de Dios, si la persona la acepta.

Pero hay un segundo aspecto a tomar en cuenta en la revelación que Dios hace de sí mismo. Podríamos llamarla una revelación interior o, al menos, la capacidad interior de recibirla. Ninguna persona en su estado natural ha llegado realmente a conocer a Dios en el sentido bíblico más cabal. Pero todas las personas tienen la capacidad de recibir la revelación natural. Pablo se refiere a esta capacidad cuando dice que "lo que de Dios se conoce les es manifiesto" (Ro. 1:19).

Supongamos que venimos manejando por una calle y vemos una señalización que dice: "Desvío-Girar a la izquierda". Pero ignoramos esa advertencia y continuamos conduciendo. Sucede que hay un oficial de policía cerca que entonces nos hace detener y nos impone una multa. ¿Qué excusa podríamos tener? Podríamos decir que no vimos la señalización. Pero no hará ninguna diferencia. Mientras estemos conduciendo el automóvil la responsabilidad de ver la señalización y obedecer lo que dice es nuestra. Aun más, seremos responsables si, por haber ignorado la señalización, nos caemos por un barranco destruyéndonos a nosotros y a nuestros pasajeros.

Pablo nos está diciendo, primero, que hay una señalización. Es la revelación de Dios en la naturaleza. Segundo, tenemos "visión". Si elegimos ignorar la señalización, y arriesgarnos a un desastre, la responsabilidad será nuestra. El juicio de Dios (como el del oficial de policía) se debe a que siendo conscientes de Dios nos negamos a reconocerle como Dios, no a que no le hayamos o no hayamos podido conocerle. Pablo escribe: "de modo que no tienen excusa; pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios" (Ro. 1:20-21).

Pablo no está diciendo que hay suficiente evidencia sobre Dios en la naturaleza de modo que el científico, que detenidamente sondea los misterios de la naturaleza, puede ser consciente de Dios. No está diciendo que la señalización está ahí pero que está oculta, que sólo la podremos ver si miramos detenidamente. Pablo está diciendo que la señalización es bien clara. Es como un anuncio publicitario. No hay nadie, no importa lo tonto o insignificante que sea, que pueda tener como excusa no haberla visto. Hay suficiente evidencia de Dios en una flor de forma tal que tanto un niño como un científico pueden ser conducidos a adorar a Dios. Hay suficiente evidencia en un árbol, un canto rodado, un grano de arena, una huella dactilar, para hacernos glorificar a Dios y agradecerle. Este es el camino del conocimiento. Pero las personas no lo tomarán. Pondrán a la naturaleza o a partes de la naturaleza en lugar de Dios y se encontrarán con sus corazones entenebrecidos.

Calvino llega a esta conclusión: "Pero aunque no tenemos la posibilidad natural de alcanzar el conocimiento puro y claro de Dios, no tenemos excusa, ya que la torpeza es nuestra culpa. Y tampoco podemos pretender ser ignorantes sin que nuestra conciencia nos acuse de bajeza e ingratitud".⁹⁵

EL RECHAZO DE DIOS

Cuando Calvino habla de la bajeza y la ingratitud nos trae al segundo punto en el argumento de Pablo a los Romanos: el hecho de que todos han rechazado a Dios a pesar de la revelación que Dios hace de

⁹⁵ Calvino, Juan, Institución de la religión cristiana. Países bajos: Fundación editorial de literatura reformada, 1967, pp. 68-69.

sí mismo en la naturaleza. Sin embargo, cuando Pablo desarrolla este punto en Romanos (vs. 18), también nos muestra la naturaleza de nuestro rechazo y por qué éste tiene lugar.

La clave a este rechazo universal a Dios se encuentra en la frase "que detienen con injusticia la verdad". En griego, la palabra traducida "detienen" es *katechein*, que significa "sostener", "sujetar", "mantener", "coger", "contener", "restringir", "reprimir". En un sentido positivo, el término se utiliza para significar estar sujetos a algo que es bueno. Pablo nos habla de "estar asidos a la palabra de vida" (Fil. 2:16). En un sentido negativo, se utiliza para significar cuando equivocadamente se restringe o impide algo. Es así como las nuevas traducciones de la Biblia en Romanos 1:18 hablan de los que "de tienen la verdad con su maldad" (NIV), "detienen la verdad con injusticia" (NASB), y "mantienen la verdad encarcelada en su maldad" (JB). La New English Bible dice que esas personas están "sofocando" la verdad. Esta es, entonces, la naturaleza del problema. La ira de Dios se revela desde los cielos contra los seres humanos, no porque simplemente o por descuido no se han percatado de la verdad, sino más bien porque en lo profundo de sus corazones, con maldad y deliberadamente, han reprimido lo que sabían sobre Dios.

R. C. Sproul ha llamado a este argumento "el corazón de la psicología paulina del ateísmo"⁹⁶ señalando que es aquí donde radica la culpa humana. Las personas tienen el conocimiento suficiente para volverse de su forma de vida hacia Dios y así, por lo menos, comenzar a buscarle. Pero este conocimiento, como si fuera un enorme resorte, ha sido sujetado. Ahora el resorte amenaza con soltarse y demoler el punto de vista y el estilo de vida del que lo está sujetando. Entonces esa persona lo oprime aún más, deteniendo la verdad.

¿Por qué hacemos esto? Si es cierto que, como señalamos en el capítulo anterior, el conocimiento de Dios obra siempre en nuestro beneficio y si, como acabamos de decir, el principio de dicho conocimiento ya se halla presente en nosotros, entonces, ¿por qué lo reprimimos? ¿No tendríamos que recibir esa verdad con los brazos abiertos e intentar tomar más de ella? ¿Acaso las personas son simplemente irracionales en este asunto? ¿O será que el argumento de Pablo es erróneo?

Pablo no está equivocado. Los hombres y las mujeres detienen la verdad. Pero el motivo por el cual lo hacen es que no les gusta la verdad sobre Dios. No les gusta el Dios a quien esa verdad los conduce. Notemos que Pablo comienza estos versículos de Romanos diciendo que la ira de Dios se revela desde el cielo contra "toda impiedad e injusticia de los hombres". La impiedad tiene varios significados. En esta ocasión no significa que los seres humanos no son como Dios (si bien esto es cierto), sino que además están en un estado de oposición a la naturaleza divina de Dios. Dios es soberano, pero a las personas no les gusta su soberanía. No desean reconocer que hay Uno que con rectitud los gobierna. Dios es santo, pero a los hombres y las mujeres no les gusta su santidad. Su santidad pone nuestra propia pecaminosidad sobre el tapete. No nos gusta un Dios que ve hasta en lo más recóndito de nuestros corazones y que nos conoce íntimamente. Casi todo lo que puede ser conocido sobre Dios le resulta, de algún modo u otro, repulsivo al hombre natural. Entonces reprime la evidencia que lo podría conducir en la dirección del verdadero conocimiento de Dios.

La segunda palabra es "injusticia". Al hombre natural todo lo que sea de Dios le resulta repugnante, pero el motivo sustancial de esta repugnancia es la justicia divina. Dios es santo, pero las personas no son santas. Las personas no son rectas, y están conformes con su falta de rectitud. En consecuencia,

⁹⁶ R. C. Sproul, *the Psychology of Atheism* (Minneapolis: Bethany Fellowship, 1974), p. 59.

no desean conocer a un Dios que les demandaría imposiciones morales. Conocer a Dios requeriría un cambio. En otras palabras, el rechazo a conocer a Dios se basa en causas morales y no intelectuales.

RECHAZANDO EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Hemos llegado a esta altura a la verdadera fuente del problema humano. Los hombres y las mujeres han rechazado el principio del conocimiento de Dios por razones morales y psicológicas. Pero les resulta imposible detenerse ahí. Han rechazado a Dios; pero todavía son criaturas divinas y en su carácter intelectual y moral tienen necesidad de Dios (o de algo que se le asemeje). Al ser reacias y conocer el verdadero Dios y al no poder vivir sin él, se inventan dioses sustitutos para ocupar su lugar. Estos dioses pueden ser las leyes científicas sofisticadas de nuestra cultura, los dioses y las diosas del mundo griego y romano, o las imágenes bestiales y depravadas del paganismo.

207

La universalidad de la religión en este planeta no se debe a que los hombres y las mujeres estén buscando a Dios, como algunos han argumentado. En realidad, se debe a que no desean aceptar a Dios, y sin embargo, necesitan algo que ocupe el lugar de Dios.

El proceso de rechazo es un proceso de tres etapas, bien conocido por los psicólogos contemporáneos: el trauma, la represión y la sustitución. En su análisis del ateísmo, Sproul demuestra que la confrontación con el Dios verdadero choca y lastima a las personas. Es traumática. Como consecuencia, reprimimos lo que sabemos. "No hay ningún trauma si los ojos permanecen siempre cerrados y la luz no puede penetrar. Pero los ojos se cierran como reacción al choque provocado por la luz -luego de haber experimentado el dolor".⁹⁷ El punto importante es que el conocimiento de Dios, aunque reprimido, no puede ser destruido. Permanece intacto, aunque profundamente enterrado en el subconsciente. Su ausencia es sentida, y el Dios verdadero es sustituido por "lo que no es Dios".

LA IRA DE DIOS

Llegamos así a la primera afirmación de Pablo, habiendo tomado los tres puntos principales de la porción en el sentido inverso: la ira de Dios se rebela contra los seres humanos porque han reprimido lo que comprendían del conocimiento de Dios.

Algunas personas se sienten profundamente incómodas por la enseñanza de que el Dios del universo manifiesta ira. Entienden que Dios es un Dios de amor, como sin duda lo es, y no pueden comprender cómo Dios puede poseer ambas características. En este punto, o no comprenden, o no conocen a Dios. Un Dios que no manifiesta ira contra el pecado es un Dios deforme o mutilado. Le falta algo. Dios es perfecto en su amor. Eso es verdad. Pero Dios también es perfecto en su ira que, como Pablo nos dice en Romanos, "se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres".

En cualquier presentación lógica de la doctrina, la ira de Dios es la primera verdad que debemos aprender sobre él. ¿Por qué no comenzó Pablo diciéndonos que el amor de Dios se revela desde el cielo? No lo hizo porque Dios no sea amor, porque sí lo es, como Pablo nos demostrará más adelante. Es para que reconozcamos nuestra profunda necesidad espiritual y que estemos preparados para recibir el conocimiento de Dios a través de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, porque sólo así

⁹⁷ Ibíd., p. 75.

podremos recibirlo. Cuando los hombres y las mujeres se acercan a Dios jactándose de su supuesto conocimiento espiritual, Dios los declara ignorantes. Si se acercan a Dios jactándose de sus propios logros, Dios no puede y no los recibirá. Pero si, con humildad, reconocen que han rechazado lo que Dios con claridad reveló en la naturaleza, que no tienen excusa, que la ira de Dios justamente está suspendida sobre ellos, entonces Dios obrará en sus vidas. Les mostrará que ya abrió un camino para que la ira de Dios no caiga sobre ellos, que Jesús lo tomó, y que ahora el camino está libre para que crezcan en el amor y el conocimiento de Dios que es la salvación.

CAPITULO 3: LA BIBLIA

EN NUESTRO ESTUDIO SOBRE LA DOCTRINA CRISTIANA HEMOS ARRIBADO A TRES VERDADES FUNDAMENTALES: primero, el conocimiento de Dios obra en nuestro beneficio; segundo, Dios ha revelado a todos algunas verdades sobre sí en la naturaleza; pero, tercero, las personas han rechazado esta revelación y han sustituido al Creador por dioses falsos. La conciencia del Dios verdadero la tenemos en forma exterior, en todo lo que vemos, y en forma interior, a través del proceso de nuestras mentes y nuestros corazones. Pero hemos negado nuestra conciencia de Dios, cambiando el conocimiento que tenemos en superstición. Como resultado, el mundo, a pesar de toda su sabiduría, no conoce a Dios y tampoco puede conocerse a sí mismo.

¿Qué se deberá hacer? Resulta obvio, después de lo que ya hemos dicho, que los hombres y las mujeres no pueden hacer nada por sí solos. Pero las buenas nuevas de la religión cristiana es que aunque no podemos hacer nada, Dios ya ha hecho algo. Ha hecho lo que había de hacerse. Se ha comunicado con nosotros. En otras palabras, además de la revelación general pero limitada en la naturaleza, Dios ha provisto una revelación especial con el propósito de conducir a los que no conocían a Dios, y no querían conocer a Dios, a un conocimiento salvador. Esta revelación especial tiene tres etapas. Primero, existe la revelación en la historia. Ésta se centra en la obra del Señor Jesucristo. Él murió tomando el lugar de los pecadores y resucitó como prueba de su justificación divina. Segundo, existe una revelación escrita. Ésta es la Biblia. Dios ha provisto un registro interpretativo de lo que Él hizo por nuestra redención. Finalmente, existe la aplicación práctica de estas verdades en la mente y el corazón del individuo por obra del Espíritu Santo. Como resultado de esto el individuo nace de nuevo, recibe al Señor Jesucristo como su Salvador, y puede seguirle fielmente hasta el final de su vida.

Resulta evidente, sin embargo, la importancia crítica de la Biblia en esta revelación especial en tres etapas. Sólo en la Biblia podemos aprender sobre la redención divina de los pecadores; a través de la Biblia el Espíritu habla a los individuos. Por lo tanto, como dice Calvino, "Nuestra sabiduría debería consistir únicamente en abrazar con humildad, y sin encontrarles ninguna falta, las enseñanzas de las Sagradas Escrituras."⁹⁸

Sin las Escrituras nuestra sabiduría es imaginaria y se convierte en necedad. Con las Escrituras, y bajo la guía del Espíritu Santo podemos aprender lo que Dios es, lo que ha hecho por nosotros, y cómo podemos responderle y vivir nuestras vidas en comunión con Él.

⁹⁸ Calvin, Institutos, p. 237.

DIOS HA HABLADO

La importancia de la Biblia radica en que es la Palabra de Dios escrita. Y la primera razón para creer que la Biblia es esto se encuentra en las propias enseñanzas bíblicas sobre la Biblia. Es allí donde todas las personas y en especial los cristianos deberían comenzar. Muchos apelan a las Escrituras para defender doctrinas básicas: la doctrina de Dios, la deidad de Cristo, la expiación, la resurrección, la naturaleza de la iglesia, la obra del Espíritu Santo, el juicio final y muchos otros puntos teológicos. Y está bien que así lo hagan. Pero si la Biblia tiene autoridad y exactitud en estos temas no existe ningún motivo por el cual no tendría autoridad y exactitud cuando habla sobre sí misma.

Si encaramos el tema de esta manera, el primer versículo que estudiaremos será 2a Timoteo 3:16. Aquí el Nuevo Testamento se refiere al Antiguo Testamento y señala que "toda Escritura es. inspirada por Dios". La frase en inglés "es inspirada por" (RSV) o "es dada por inspiración de" (KJV) es una traducción de una sola palabra griega. Esta palabra, como lo señalaron B. B. Warfield en los albores de este siglo, "muy claramente no significa 'inspirada de Dios'.⁹⁹ La frase en inglés proviene de la Latina Vulgata (divinitus inspirata) que fuera traducida por Wycliffe ("Toda Escritura de Dios inspirada es...") y en otras versiones inglesas tempranas. Pero la palabra griega no significa "inspirada". Literalmente significa "exhalada por Dios". Esta palabra nunca ha sido correctamente traducida por ninguna versión en inglés hasta la publicación en 1973 de la New International Version: New Testament.

El término griego theopneustos combina la palabra "Dios" (theos) y la palabra "aliento" o "espíritu" (pneustos). En español la palabra Dios la encontramos en los términos teología, teofanía, monoteísmo, ateísmo, y en los nombres Dorotea, Teodoro y otros. Pneuma se preserva en las palabras neumático y neumonía. Juntas, estas palabras nos enseñan que las Escrituras son el resultado directo de la exhalación de Dios. Warfield escribe:

El término griego... nada nos dice sobre inspirar o sobre inspiración: habla sólo sobre "spiral" o "spiración". Lo que nos dice de las Escrituras no es que "Dios ha exhalado en ellas" o que son producto de un "soplo" divino en los autores humanos, sino que han sido exhaladas por Dios. Cuando Pablo afirma, entonces, que "toda Escritura" o "todas las Escrituras" son producto del aliento divino, "son exhaladas por Dios", está afirmando con toda la fuerza posible que las Escrituras son producto de una operación específicamente divina.¹⁰⁰

Algunas cosas registradas en la Biblia son, por supuesto, sólo las palabras de hombres débiles y errados. Pero cuando ese es el caso, las palabras son identificadas como tales, y la enseñanza divina en esos pasajes es tal que esos puntos de vista son evidentemente débiles y errados. Para dar un ejemplo bien extremo, en los capítulos iniciales del libro de Job leemos: "Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida" (Job 2:4). Pero esto no es cierto, al menos no en todos los casos. ¿Cómo podemos explicarlo? Si leemos el capítulo con detenimiento veremos que estas palabras fueron dichas por el diablo, quien es descrito en otras ocasiones como el padre de mentira (Jn. 8:44). De manera similar, en el resto del libro nos encontramos con largos capítulos repletos con el consejo

⁹⁹ Benjamin Breckinridge Warfield, *The Inspiration and Authority of the Bible*, ed. Samuel G. Craig (London: Marshall, Morgan & Scott, 1959), p. 132.

¹⁰⁰ *Ibid.* p. 133.

en vano y a veces equivocado de los amigos de Job Pero sus palabras no son toda la verdad, y de pronto Dios irrumpe en este desatino para preguntar: "¿Quién es ese que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?" (Job 38:2). Aquí Dios específicamente expone las opiniones falsas de los consejeros de Job

La Biblia tiene una autoridad absoluta con respecto a los acontecimientos narrados en sus relatos, y siempre que Dios habla, ya sea directamente o por intermedio de alguno de sus profetas, tenemos no sólo una precisión perfecta sino una autoridad absoluta. Se ha señalado que sólo tomando en cuenta el Pentateuco la frase "Jehová habló, diciendo" aparece unas ochocientas veces y que la frase "Así dijo Jehová" es un estribillo recurrente en los profetas.

"DICE"/"DIOS DICE"

Podemos colocar una serie doble de pasajes, seleccionada por Warfield, al lado del versículo de 2a Timoteo, que demuestran a las claras que los autores del Nuevo Testamento identificaban a la Biblia que poseían, el Antiguo Testamento, con la voz viviente de Dios. "En una de esta clase de pasajes", escribe Warfield "se habla de las Escrituras como si estas fueran Dios; en la otra clase, se habla de Dios como si Él fuera las Escrituras: en ambas oportunidades, Dios y las Escrituras están en tal conjunción que es evidente que no se distingue ninguna diferencia en cuanto a la autoridad".¹⁰¹ El lector sensible, al leer la Biblia, sólo puede concluir que el carácter exclusivo y divino de los libros sagrados no fue una afirmación abstracta o inventada por los autores bíblicos sino el supuesto básico sobre el que fundaban todo lo que enseñaban o escribían.

Como ejemplo de la primera clase de pasajes tenemos los siguientes: Gálatas 3:8, "Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones" (Gn. 12:1-3); Romanos 9:17, "Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado" (Ex. 9:16). No fue la Escritura, sin embargo (ya que ésta no existía en ese tiempo), la que previendo los propósitos divinos de gracia en el futuro, habló estas preciosas palabras a Abraham, sino Dios mismo en persona: no fue la Escritura todavía no existente la que hizo ese anuncio a Faraón, sino Dios mismo hablando por boca de Moisés su profeta. Estos hechos pueden ser atribuidos a la "Escritura" porque en la mente del escritor se identificaba en forma habitual el texto de la Escritura con Dios cuando hablaba, una identificación que hizo que el uso de la frase "La Escritura dice" se volviera natural, cuando lo que se quería decir era "Dios, como lo registra la Escritura, dijo".

Ejemplos de la otra clase de pasajes son los siguientes: Mateo 19:4-5, "Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?" (Gn. 2:24); Hebreos 3:7, "Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz", etc. (Sal 95:7); Hechos 4:24, "tú eres el Dios... que por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas?" (Sa. 2:1); Hechos 13:34-35, "Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: Os daré las misericordias fieles de David" (Is. 55:3); "Por eso dice también en otro salmo: No permitirás que tu Santo vea corrupción" (Sal 16:10); Hebreos 1:6 "Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios" (Dt. 32:43); "Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama

¹⁰¹ Ibid., p. 299.

de fuego" (Sal 104:4); "Mas del Hijo él dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo", etc. (Sal 45:6) y "Tú, o Señor, en el principio", etc. (Sal 102:25). No es en boca de Dios, sin embargo, en que se ponen estos dichos en el texto del Antiguo Testamento: son las palabras de otros, registradas en el texto de la Escritura como habladas por o de parte de Dios. Pueden ser atribuidas a Dios porque en las mentes de los escritores, se identificaba habitualmente el texto de la Escritura con los dichos de Dios, de forma que les resultaba natural usar la frase "Dios dice" cuando lo que querían decir era "la Escritura, la palabra de Dios, dice".

Estas dos series de pasajes, tomados conjuntamente, nos demuestran cómo en la mente de los escritores había una identificación absoluta de la "Escritura" con los dichos de Dios.¹⁰²

IMPULSADOS POR DIOS

Nada en la discusión que precede es para negar el elemento humano genuino en la Escritura. En 2a Pedro 1:21, Pedro escribe: "porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios, hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo". No podemos enfatizar demasiado, a la luz de algunos malentendidos comunes, que Pedro reconoce que los hombres han participado en la escritura de la Escritura. Dice que "los hombres... hablaron". Pero lo que hace que la Biblia sea distinta a otros libros es que cuando hablaban (o escribían) los autores bíblicos eran impulsados por Dios. Los autores bíblicos escribieron a partir de su propia experiencia. Usaron su vocabulario. El valor literario de los escritos varía. En ocasiones usan fuente: seculares. Son selectivos. De muchas maneras los libros de la Biblia muestran evidencia de haber sido escritos por personas que eran muy humanas y muy de su tiempo.

Sin embargo, los libros del Antiguo y Nuevo Testamento muestran evidencia, de ser algo más que meramente humanos. Pedro dice que estos escritores: "hablaron de parte de Dios" o que "fueron inspirados por el Espíritu Santo". La palabra que aquí se traduce "inspirado" es significativa. Es usada por Lucas, para describir la llegada del Espíritu Santo en Pentecostés como "un estruendo de un viento recio" (Hch. 2:2). Más adelante Lucas vuelve a utilizar esta palabra en la narración dramática de la tormenta mediterránea que finalmente destruye la nave que llevaba a Pablo a Roma. Lucas señala que la nave fue arrastrada por el viento. "Y siendo arrebatada la nave, y no pudiendo poner proa al viento, no: abandonamos a Él y nos dejamos llevar" (Hch. 27:15); "arriaron las velas 3 quedaron a la deriva" (vs. 17). Lucas estaba diciendo que la nave estaba a la merced de la tormenta. No dejaba de ser una nave, pero sí dejaba de tener control sobre su rumbo y su destino.

De manera similar, Pedro nos enseña que los escritores de la Biblia se dejaron llevar en sus escritos para producir las palabras que Dios quería que fueran registradas. Escribieron como personas, pero como personas impulsadas por el Espíritu Santo. El resultado fue la revelación de Dios.

No hay nada en el versículo de 2º Pedro que implique un método particular por el cual los escritores bíblicos tomaban conciencia de la palabra de Dios y la transcribían. Los métodos que Dios usó para comunicar su revelación a los escritores bíblicos difieren entre sí. Algunos escribieron como cualquier persona podría escribir hoy en día, recopilando material y organizándolo para mostrar los hechos más significativos. Es este el caso de Juan, el autor del cuarto evangelio, y de Lucas, el autor del tercer evangelio y de los Hechos de los Apóstoles (Jn. 20:30; Lc. 1:1-4; Hch. 1:1-2). Dios no les dictó estos

¹⁰² Ibid., pp. 299-300.

libros. Moisés recibió la revelación de la ley en el Monte Sinaí en medio del fuego, el humo y los truenos (Ex. 19:18-19). Dios se le apareció a Daniel en una visión (Dn. 2:19). Isaías nos dice que escuchó la voz del Señor como si hubiera escuchado la voz de una persona. "Esto fue revelado a mis oídos de parte de Jehová de los ejércitos" (Is. 22:14). Los métodos fueron diversos, pero el resultado fue siempre el mismo. El producto final es la revelación específica de Dios.

Muchos de los textos mencionados hasta ahora tienen que ver con el Antiguo Testamento. Pero también hay textos que señalan que la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el Antiguo Testamento también es aplicable a los escritos del Nuevo Testamento. Así, Pablo habla del evangelio que ha predicado: "Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes" (1 Ts. 2:13; comparar con Gá. 1:11-12). Pedro, de manera similar, está colocando las cartas paulinas en la misma categoría que el Antiguo Testamento: "como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición" (2 P 3:15-16).

Por supuesto, el Nuevo Testamento no habla de sí mismo con la misma frecuencia y exactamente del mismo modo que lo hace sobre el Antiguo Testamento, ya que los libros del Nuevo Testamento aún no habían sido recogidos en un volumen autorizado en vida de sus escritores. A pesar de ello, en varias ocasiones los escritores del Nuevo Testamento hablan de sus escritos como las palabras de Dios. En algunos casos, cuándo un libro del Nuevo Testamento fue escrito con posterioridad a otros escritos del Nuevo Testamento, este libro posterior se refiere a los anteriores en los mismos términos que los cristianos y judíos usaban para referirse al Antiguo Testamento.

EL TESTIMONIO DE JESUCRISTO

La razón más importante para creer que la Biblia es la Palabra de Dios escrita y, por ende, la única autoridad para los cristianos en cuanto a su fe y su conducta es la enseñanza de Jesucristo. En la actualidad es común que algunos contrapongan la autoridad de la Biblia en forma desfavorable con la autoridad de Cristo. Pero dicha contraposición no tiene justificativo. Jesús de tal forma se identificó a sí mismo con la Escritura e interpretó su ministerio a la luz de la Escritura que es imposible debilitar la autoridad de una sin debilitar concomitantemente la autoridad del otro.

Jesús tenía en muy alta estima al Antiguo Testamento como lo atestigua, en primer lugar, el hecho de que siempre apelaba a Él como la autoridad infalible. Cuando fue tentado por el diablo en el desierto, Jesús respondió tres veces con citas de Deuteronomio (Mt. 4:1-11). A la pregunta de los Saduceos sobre el casamiento en el cielo y la realidad de la resurrección (Lc. 20:27-40), primero les reprendió por no conocer las Escrituras ni el poder de Dios y luego citó directamente de Éxodo 3:6, "Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob". En muchas otras oportunidades Jesús apeló a la Escritura para sustentar sus acciones, como cuando defendió la limpieza del templo (Mr. 11:15-17) o con referencia a su sumisión frente a la cruz (Mt. 26:53-54). Enseñó que "la Escritura no puede ser quebrantada" (Jn. 10:35). Declaró "que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido" (Mt. 5:18).

Con respecto a Mateo 5:18 debemos hacer una consideración adicional. Es evidente, incluso cuando leemos la frase luego de un espacio de unos dos mil años, que la expresión "ni una jota ni una tilde" era una expresión que se refería a las partes más diminutas de la ley mosaica. La jota era la letra más pequeña del alfabeto hebreo, la letra que podríamos transliterar como una i o una y. En el hebreo escrito se parecía a una coma, aunque se escribía casi arriba de las letras y no en la parte inferior. La tilde (o ápice, KJV) era lo que podríamos llamar a esas virgulillas que se proyectan de letras y que sirven para diferenciar un tipo de letra romano de uno moderno. En muchas Biblias el Salmo 119 se divide en veintidós secciones, cada una comenzando con una letra distinta del alfabeto hebreo. Si la Biblia que uno está usando ha sido bien impresa, el lector puede ver lo que es una tilde comparando la letra hebrea delante del versículo 9 con la letra hebrea delante del versículo 81. La primera letra es una beth. La segunda es una kaph. La única diferencia es la virgulilla. Esta misma característica es la que distingue a dalet de resh, y vau de zayin. De acuerdo con Jesús, entonces, ni una "i" ni una "virgulilla" de la ley se perderían hasta tanto no se cumpliera toda la ley.

¿Qué es lo que le da a la ley tal carácter de permanencia? Obviamente no se trata de nada de origen humano, porque todas las cosas humanas pasan. La única base para la calidad indestructible de la ley es que realmente es divina. No perecerá porque es la palabra del Dios verdadero, vivo y eterno. Esa es la parte medular de la enseñanza de Cristo.

En segundo lugar, Jesús contempló su vida como la consumación de la Escritura. Conscientemente se sujetó a ella. Comenzó su ministerio con una cita de Isaías 61:1-2.

"El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor" (Lc. 4:18-19). Cuando acabó de leer, enrolló el libro y dijo: "Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros" (vs.21). Jesús afirmaba ser el Mesías de quien había escrito Isaías. Estaba identificando su futuro ministerio con las pautas de la Escritura.

Más adelante en su ministerio nos encontramos con los discípulos de Juan el Bautista que se acercan a Jesús con la pregunta de Juan: "¿Eres tú aquel que había de venir, o esperamos a otro?" (Mt. 11:3). Jesús les respondió con una segunda referencia a esta sección de la profecía de Isaías. Les dijo, en efecto: "No tomen mi palabra sobre lo que yo digo sobre mí. Miren lo que Isaías predijo sobre el Mesías. Y entonces vean si lo estoy cumpliendo". Jesús desafió a las personas a que evaluaran su ministerio a la luz de la palabra de Dios.

El evangelio de Juan nos muestra a Jesús hablando con los gobernantes judíos sobre la autoridad, y el punto crítico de lo que dice tiene que ver con la Escritura. Les dice que nadie podrá creer en Él si no ha creído primero en lo que escribió Moisés, porque Moisés escribió sobre Él. "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí... No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?" (Jn. 5:39, 45-47).

Al final de su vida, cuando Jesús cuelga de la cruz, otra vez está pensando en la Escritura. Dice "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (una cita de Sal 22:1).

Dice que tiene sed. Le dan un hisopo mojado en vinagre para que el Salmo 69:21 se cumpla. Tres días más tarde, luego de la resurrección, está camino a Emaús con dos de sus discípulos, regañándolos

por no haber usado la Escritura para entender la necesidad de su sufrimiento. Les dice: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían" (Le. 24:25-27).

Basado en estos y muchos otros pasajes no cabe duda que Jesús tenía en muy alta estima al Antiguo Testamento y siempre se sometía a él como la revelación autorizada. Enseñó que las Escrituras daban testimonio de Él, del mismo modo que Él daba testimonio de ellas. Como eran las palabras de Dios, Jesús las consideraba totalmente confiables, en su conjunto y hasta en los más pequeños detalles.

Jesús también suscribió el Nuevo Testamento, aunque de manera diferente al Antiguo Testamento (porque, por supuesto, el Nuevo Testamento aún no había sido escrito). Pero Él previó que el Nuevo Testamento había de ser escrito y entonces eligió a los apóstoles para que fueran los depositarios de la nueva revelación.

Había dos requisitos para un apóstol, como se señala en Hechos 1:21-26 y en otros pasajes. Primero, el apóstol debía ser alguien que hubiera conocido a Jesús durante los días de su ministerio en esta tierra y que hubiera sido testigo de su resurrección en particular (vs. 21-22). El apostolado de Pablo estaba en tela de juicio en este punto, ya que se convirtió al cristianismo luego de la ascensión y por lo tanto nunca lo conoció en la carne. Pero Pablo cita su visión de Cristo resucitado en el camino a Damasco como prueba de haber cumplido con este requisito. "¿No soy yo apóstol?... ¿No he visto a Jesús el Señor nuestro?" (1 Co. 9:1).

El segundo requisito era que Jesús debía haber elegido al apóstol para esa tarea y ese papel exclusivo. Como parte de esto les prometió un otorgamiento único del Espíritu Santo para que pudieran recordar, comprender y registrar las verdades concernientes a su ministerio. "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn. 14:26). De manera similar, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrá de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber" (Jn. 16:12-14).

¿Cumplieron los apóstoles con la comisión? Sí, lo hicieron. El Nuevo Testamento es el resultado. Lo que es más, la iglesia primitiva reconoció su papel. Porque llegado el momento de decidir oficialmente cuáles serían los libros a incluirse en el canon del Nuevo Testamento, el factor decisivo fue percibido como siendo si habían sido o no escritos por los apóstoles o si tenían el respaldo apostólico. La iglesia no creó el canon. Si así lo hubiera hecho el canon estaría por encima de las Escrituras. En cambio, la iglesia se sujetó a las Escrituras como a una autoridad superior.

CREYENDO EN LA BIBLIA

Termino este capítulo con una pregunta que es obvia. ¿Creemos en estas enseñanzas? ¿Creemos que la Biblia es sin duda la Palabra de Dios escrita, según su propia enseñanza y la del Señor Jesucristo?

En la actualidad se ha vuelto popular dudar de esta enseñanza. Esto ha causado mucha confusión en la teología y en la iglesia cristiana. Pero la duda no es nueva. Es la más fundamental y original de todas

las dudas. Aparece en los labios de Satanás, en los primeros capítulos de la Biblia. "La (serpiente) dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" (Gn. 3:1). La pregunta es: ¿Podemos confiar en Dios? ¿Es la Biblia verdaderamente su Palabra? ¿Creemos esto sin ninguna reserva mental? Si cuestionamos la Palabra de Dios o si tenemos alguna reserva mental respecto a su autoridad, nunca podremos interesarnos en el verdadero estudio de la Biblia, ni tampoco alcanzaremos la plenitud de la sabiduría sobre Dios y sobre nosotros mismos, que es lo que Él desea para nosotros. Por otro lado, si aceptamos estas verdades, desearemos estudiar la Biblia, y creceremos en conocimiento y devoción. El estudio de las Escrituras nos bendecirá. El texto con que comenzamos este capítulo termina diciendo: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra." (2 Ti. 3:16-17).

CAPITULO 4: LA AUTORIDAD DE LAS ESCRITURAS

LA CAUSA PRIMARIA DE LA CONFUSIÓN EXISTENTE DENTRO DE LA iglesia cristiana del presente es la ausencia de una autoridad válida. Ha habido intentos de proveer esta autoridad mediante la realización de pronunciamientos por parte de concilios eclesiales, encuentros existenciales con una "palabra" de Dios intangible y por otros medios. Pero ninguno de estos enfoques puede afirmar que ha sido muy exitoso. ¿Qué es lo que está mal? ¿Cuál es la fuente de la autoridad cristiana?

La respuesta protestante clásica a esta pregunta es la Palabra de Dios revelada, la Biblia. La Biblia tiene autoridad porque no son solamente las palabras de unos simples humanos, aunque humanos fueron los canales a través de los que nos llegó, sino que es el resultado de la "exhalación" de Dios. Es su producto. Pero existe otro nivel donde puede surgir la cuestión de la autoridad. Este tiene que ver con la forma en que nos convencemos de la autoridad de la Biblia. ¿Qué es lo que tiene la Biblia o el estudio de la Biblia que debería convencernos que se trata en realidad de la Palabra de Dios?

El aspecto humano de esta cuestión de la autoridad nos lleva un poco más a fondo en lo que queremos significar cuando decimos que la Biblia es la Palabra de Dios; porque el significado cabal de dicha afirmación no es sólo que Dios ha hablado al darnos la Biblia, sino que también continúa hablando a través de ella a cada individuo. En otras palabras, cuando como individuos estudiamos la Biblia, Dios nos habla en nuestro estudio y las verdades que allí encontramos nos transforman. Se da un encuentro directo entre el creyente individual y Dios. Es a lo que Lutero se refería cuando declaró en la Dieta de Worms: "Mi conciencia ha sido cautivada por la palabra de Dios". Es a lo que Calvino se refería cuando declaró que "la Escritura se auto auténtica"¹⁰³

Sólo la experiencia directa convencerá a alguien que las palabras de la Biblia son auténticas y que son las únicas palabras de Dios que tienen autoridad. Como dijo Calvino: "El mismo espíritu, entonces, que habló por boca de los profetas debe introducirse en nuestros corazones para persuadirnos que ellos proclamaron con fidelidad lo que se les había encomendado."¹⁰⁴

¹⁰³ Calvin, Institutos, p. 80.

¹⁰⁴ Ibid., p. 79.

La Biblia es algo más que un cuerpo de verdades reveladas, una colección de libros verbalmente inspirados por Dios. Se trata también de la voz viviente de Dios. El Dios vivo nos habla en sus páginas. Por lo tanto, no debe ser valorada como un objeto sagrado para ser colocado en una repisa y olvidado, sino como un lugar santo, donde los corazones y las mentes de las personas puedan entrar en un contacto vital con el Dios vivo, lleno de gracia y perturbador. Para poder tener una perspectiva adecuada de las Escrituras y una comprensión válida de la revelación deben conjugarse constantemente tres factores: una Palabra infalible y con autoridad, la obra del Espíritu Santo interpretando y aplicando esa Palabra, y un corazón humano receptivo. El conocimiento verdadero de Dios no podrá tener lugar si no se dan estos tres elementos.

SOLA SCRIPTURA

Fue la seguridad de que Dios les había hablado directamente a través de su santa Escritura lo que les dio a los reformadores su osadía. La creación de esa verdad teológica fue el elemento nuevo fundamental en la Reforma.

El grito de batalla de la Reforma fue sola Scriptura, "sólo la Escritura". Pero para los reformadores sola Scriptura significaba algo más que el hecho que Dios se hubiera revelado a sí mismo en las proposiciones de la Biblia. El elemento nuevo no era que la Biblia, al haber sido dada por Dios, hablaba con autoridad divina. La Iglesia Católica se adhería a esa proposición tanto como los reformadores. El elemento nuevo, como lo señala Packer, era la creencia, a la que habían arribado los reformadores por su propia experiencia del estudio de la Biblia, que los fieles pueden interpretar la Escritura desde su interior –la Escritura es su propio intérprete, Scriptura sui ipsius interpres, en las palabras de Lutero–; por lo cual no son necesarios ni los Papas, ni los Concilios, para decirnos, como viniendo de Dios, lo que ella significa; en realidad puede oponerse a los pronunciamientos papales y conciliares, convencerlos de que no son ni divinos, ni verdaderos, y requerir de los fieles que se aparten de su compañía... Como la Escritura era la única fuente donde los pecadores podían obtener el conocimiento verdadero de Dios y la santidad, la Escritura era el único juez de lo que la iglesia se había aventurado a pronunciar en el nombre de su Señor.¹⁰⁵

En la época de Lutero, la Iglesia Romana había debilitado la autoridad de la Biblia elevando las tradiciones humanas a la altura de la Escritura e insistiendo en que la enseñanza de la Biblia sólo podía ser comunicada a los cristianos por intermedio de los papas, los concilios y los sacerdotes. Los reformadores restauraron la autoridad bíblica al sostener que el Dios vivo le habla a su pueblo en las páginas de la Biblia, directamente y con autoridad.

Los reformadores llamaron a la operación de Dios, mediante la cual la verdad de su palabra se graba en las mentes y las conciencias de su pueblo, "el testimonio interior del Espíritu Santo". Enfatizaron el hecho de que dicha operación era la contraparte subjetiva e interior de la revelación objetiva y exterior, y se refirieron en varias ocasiones a los escritos de Juan. "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Jn 3:8). "Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis... Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma

¹⁰⁵ J. I. Packer, "'Sola Scriptura' in History and Today", en *God's Inerrant Word*, of John Warwick Montgomery (Minneapolis: Bethany Fellowship, 1975), pp. 44-45

os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él" (1 Jn. 2:20,27). "Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad" (1 Jn. 5:6).

La misma idea también está presente en los escritos de Pablo. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. (1 Co. 2:12-15) No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos -y sentándole a su diestra en los lugares celestiales. (Ef. 1:16-20)

Estos dos pasajes tomados conjuntamente nos enseñan que no sólo el nuevo nacimiento sino todo nuestro crecimiento en la sabiduría espiritual y el conocimiento de Dios son el resultado de la operación del Espíritu divino en nuestras vidas y mentes, mediante la Escritura, y que no hay un entendimiento espiritual posible fuera de esta operación. El testimonio del Espíritu Santo es, entonces, la razón eficaz por la cual la Biblia es recibida por quienes son hijos de Dios como la autoridad final en todos los asuntos concernientes a la fe y la práctica cristiana.

EL LIBRO QUE ME COMPRENDE

Cuando comenzamos a leer la Biblia, y el Espíritu Santo nos habla mientras la leemos, suceden varias cosas. Primero, la lectura nos afecta como no lo hace ninguna otra lectura. El doctor Emile Cailliet fue un filósofo francés que finalmente se radicó en los Estados Unidos de América y trabajó como profesor en el Princeton Theological Seminary de Nueva Jersey. Había recibido una educación naturalista. Nunca había demostrado el más mínimo interés en las cosas espirituales. Nunca había visto una Biblia. Pero llegó la Primera Guerra Mundial, y mientras estaba sentado en las trincheras se encontró reflexionando sobre lo inapropiada que resultaba su visión del mundo y la vida. Se encontró realizándose las mismas preguntas que Levin se hizo mientras estaba sentado junto a la cama de su hermano moribundo, en Anna Karenina de León Tolstoi. ¿De dónde proviene la vida? ¿Qué sentido tiene, si es que tiene algún sentido? ¿Cuál es el valor de las teorías y las leyes científicas frente a la realidad? Más adelante, Cailliet escribió: "Como Levin, yo también sentí, no con mi razón sino con todo mi ser, que mi destino era perecer miserablemente cuando llegara mi hora".

Durante las largas guardias nocturnas, Cailliet comenzó a añorar lo que llegó a llamar "un libro que pudiera comprenderme". Había recibido una muy buena educación, pero no conocía un libro con tales características. Así fue que, cuando fue dado de baja del ejército por haber sido herido y volvió a sus estudios, se propuso preparar secretamente ese libro para su propio uso. Mientras estudiaba para sus cursos, compilaba aquellos pasajes que parecían referirse a su condición. Luego los copiaba en otro libro encuadernado en cuero. Confiaba en que las citas, que había numerado e indexado cuidadosamente, lo conducirían del temor y la angustia a la libertad y el júbilo.

Finalmente llegó el día cuando le estaba dando los toques finales a su libro, "el libro que lo comprendería". Salió y se sentó debajo de un árbol y abrió la antología. Comenzó a leer, pero en lugar de libertad y júbilo, una desilusión cada vez más intensa comenzó a tomar cuerpo sobre él mientras percibía que en lugar de hablarle a su condición, los pasajes sólo servían para recordarle el contexto del que habían sido extraídos y de su propio trabajo de búsqueda y registro. Percibió que simplemente todo el trabajo que se había tomado sería inservible, porque el libro era sólo un libro creado por él. No tenía ninguna fuerza de persuasión. Frustrado, lo volvió a poner en uno de sus bolsillos.

En ese mismo instante, su esposa (que no sabía nada de su emprendimiento) vino con una historia interesante. Caminando esa tarde por el pequeño poblado francés, había encontrado una pequeña capilla hugonote. Nunca la había visto, pero había entrado y, muy sorprendida por lo que estaba haciendo, había pedido una Biblia. El anciano pastor le había dado una. Comenzó pidiéndole perdón a su marido, porque conocía sus sentimientos con respecto a la fe cristiana. Pero él no la escuchó mientras se disculpaba. "¿Una Biblia, dices? ¿Dónde está? Muéstramela", le dijo. "Nunca he visto una. Ella se la dio y él corrió a su estudio y comenzó a leerla. En sus propias palabras:

La abrí "por casualidad" en las Bienaventuranzas. Y leí, y leí, y leí -ahora en voz alta, con un calor surgiendo dentro de mí.... imposible de describir no podía encontrar las palabras para expresar mi asombro y lo maravillado que estaba. Y de pronto tuve una iluminación: ¡este era el Libro que me comprendería! Lo necesitaba tanto y, sin embargo, había intentado escribirlo yo mismo -en vano. Continué leyendo hasta entrada la noche, principalmente de los evangelios. Y he aquí que mientras los leía, Él, de quien hablaban, El que hablaba y actuaba en ellos, se me hizo realidad. Esta experiencia tan vívida marcó el comienzo de mi entendimiento de la oración. También fue mi iniciación en la noción de la Presencia que más tarde sería tan crucial en mi pensamiento teológico.

Las circunstancias tan providenciales que habían hecho que el Libro me encontrara mostraban claramente que, aunque pareciera absurdo hablar de un libro que comprendiera a un hombre, esto se podía decir de la Biblia porque sus páginas estaban animadas por la Presencia del Dios Vivo y el Poder de Sus hechos poderosos. A ese Dios oré esa noche, y el Dios que me contestó fue el mismo Dios del cual el Libro hablaba.¹⁰⁶

En todas las épocas el pueblo de Dios ha descubierto esta percepción que tuvo la Reforma. A continuación, veamos cómo expresa Calvino esta misma verdad: Este poder, tan peculiar a las Escrituras, resulta evidente cuando las comparamos con otros escritos humanos, no importa cuán artísticamente acabados estén; ninguno puede afectarnos de manera similar. Leamos a Demóstenes o a Cicerón; leamos a Platón, Aristóteles, o a algún otro. Debo admitir que nos encantarán, nos moverán, nos atraparán en una maravillosa medida. Pero dejémoslos a un lado, y retornemos a la lectura sagrada. A pesar de uno mismo, tan profundamente nos afectará, penetrará nuestro corazón, y se fijará en nuestra médula, que su profunda impresión hará que el vigor de los oradores y filósofos casi se desvanezca. Es fácil ver que las Sagradas Escrituras, que sobrepasan todos los dones y gracias de cualquier emprendimiento humano, exhalan algo divino.¹⁰⁷

Hacia el final del evangelio de Lucas tenemos registrado otro ejemplo. Jesús acababa de resucitar de entre los muertos y había comenzado a aparecerse a sus discípulos. Dos de ellos, Cleofás y

¹⁰⁶ Emile Cailliet, *Journey. into Light* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1968), pl 11-18.

¹⁰⁷ Calvin, *Institutes*, p; 82

posiblemente su esposa, estaban regresando a su aldea, Emaús, cuando Jesús se les acercó en el camino. No lo reconocieron. Cuando les preguntó por qué estaban tan apesadumbrados, le contestaron explicándole lo que había acontecido en Jerusalén durante la Pascua. Le contaron sobre Jesús, "que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo". Le contaron cómo los principales sacerdotes y los gobernantes "le entregaron a sentencia de muerte, y le crucificaron". Ellos habían estado en Jerusalén esa misma mañana y habían oído rumores de las mujeres que habían ido al sepulcro y habían dicho que el cuerpo no estaba y que unos ángeles se les habían aparecido proclamando que Jesús había resucitado. Pero ellos no creían en resurrecciones. Ni siquiera se habían tomado la molestia de ir ellos en persona al sepulcro, aunque estaba bien cercano. El sueño había acabado. Jesús había muerto. Se volvían a su aldea.

Pero Jesús les comenzó a hablar y a explicarles la misión de Cristo, enseñándoles de las Escrituras. Les dijo: "¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciere estas cosas, y que entrara en su gloria?" Y luego, comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que las Escrituras decían acerca de él.

Finalmente llegaron a donde vivían los discípulos. Invitaron a Jesús a entrar y él se les reveló mientras comían. Jesús se les desapareció de su vista y volvieron a Jerusalén para contarles a los demás discípulos lo que les había sucedido. Su propio testimonio era el siguiente: "¿No ardía nuestro corazón el nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?" (L c. 24:13-32). Fueron cautivados por la palabra de Dios. En esta instancia, Jesús en persona cumplió con el papel del Espíritu Santo al interpretar la Biblia a sus discípulos y aplicar sus verdades a ellos.

La Biblia también nos cambia. Nos convertimos en hombres y mujeres; distintos como resultado de encontrarla. Una porción del capítulo trece a los Romanos cambió la vida de San Agustín cuando leyó la Biblia mientras se encontraba en el jardín de la propiedad de un amigo, cerca de Milán, en Italia. Lutero nos cuenta cómo, mientras estaba meditando en las Escrituras, recluso en el castillo de Wartburg, se sintió "renacer", y nos dice como Romanos 1:17 fue su "puerta al cielo". La meditación sobre la Escritura de Juan Wesley lo condujo a su conversión en la pequeña congregación de Aldersgate. J. B. Phillip escribe:

Unos años antes de la publicación de la New English Bible, fui invitado por la BBC para conversar sobre los problemas de la traducción con el doctor E. V. Rieu, quien había recientemente producido una traducción de los cuatro evangelios para los Penguin Classics. Hacia el final de la conversación, se le preguntó al doctor Rieu sobre cómo había encarado la tarea, y su respuesta, fue la siguiente:

"Mi propósito personal para llevar a cabo esta tarea fue mi intenso deseo por convencerme acerca de la autenticidad y el contenido espiritual de los evangelios. Y, si recibía un nuevo entendimiento al estudiar detenidamente los originales griegos, transmitírselo a otros. Me enfrenté a ellos con el mismo espíritu con que lo hubiera hecho si me hubieran dicho que eran unos manuscritos griegos recién descubiertos".

Unos minutos más tarde le pregunté: "¿Tuvo usted la sensación de que todo el material estaba extraordinariamente lleno de vida? ...Yo tuve la sensación que todo estaba lleno de vida, aun cuando los estaba traduciendo. Aunque uno hiciera una docena de versiones para un pasaje en particular, todavía era viviente. ¿Tuvo usted esa sensación?".

El doctor Rieu contestó: "Tuve el sentimiento más profundo que podía haber experimentado. Me cambió; mi trabajo me cambió. Y llegué a la conclusión de que estas palabras tienen el sello del Hijo del Hombre y de Dios. Son la Carta Magna del espíritu humano".

Phillips concluye diciendo: "Me resultó particularmente excitante oír a un hombre que es un erudito de primer nivel, y un hombre de sabiduría y experiencia, admitir abiertamente que estas palabras que habían sido escritas hace tantos años estaban llenas de poder. Tanto para él como para mí, sonaban verdaderas".¹⁰⁸

UN ÚNICO TEMA

Otro resultado de leer de la Biblia es que el Espíritu Santo que habla en sus páginas dirigirá al estudiante a Jesús. La Biblia contiene diversos tipos de material. Cubre cientos de años de historia. Sin embargo, el propósito de cada una de las partes de la Biblia es señalar a Jesús, y esta obra a nivel subjetivo la lleva a cabo el Espíritu de Cristo. Jesús dijo: "Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí (Jn. 15:26). Como el papel del Espíritu Santo es señalar a Jesús en las Escrituras, podremos estar seguros de escuchar la voz del Espíritu Santo cuando esto suceda.

"¿No es la Biblia fundamentalmente historia?", puede preguntar una persona. "¿Cómo puede Jesús ser el tema en el Antiguo Testamento? ¿Cómo puede señalarnos a Jesús el Espíritu Santo?" Jesús es el tema del Antiguo Testamento de dos maneras: (1) al integrarse en todos sus temas generales, y (2) al cumplir algunas de las profecías específicas que allí encontramos.

Uno de los temas principales en el Antiguo Testamento es el pecado humano y nuestra consiguiente necesidad. La Biblia comienza con la historia de la creación. Pero no ha terminado de narrar esta historia (en el primer

capítulo de Génesis) cuando también nos narra la Caída de la raza humana. En lugar de ser humildes y agradecidos a nuestro Creador, como deberíamos ser, caemos en un estado de rebeldía contra nuestro Dios. Seguimos nuestro camino, en lugar del camino divino. Y así caen sobre nosotros las consecuencias del pecado (en último término, la muerte).

En el resto del Antiguo Testamento vemos cómo estas consecuencias se desarrollan: el asesinato de Abel, la corrupción que lleva al diluvio, el satanismo, las perversiones sexuales, y, por último, a pesar de todas sus grandes bendiciones, hasta la tragedia para la nación escogida de Israel. El Antiguo Testamento está resumido en el salmo de arrepentimiento de David, un salmo que debería ser el salmo de toda la raza humana. "Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí... He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Sal. 51:1-3,5).

Tenemos aquí una doctrina bíblica muy importante. Pero si la entendemos correctamente tampoco esta doctrina es un fin en sí misma. La verdad sobre nuestro pecado y necesidad está expuesta en la Biblia porque la Biblia puede también apuntar a Cristo como la solución al dilema. Un segundo tema en

¹⁰⁸ J. B. Phillips, *Ring of Truth: A Translator's Testimony* (New York: Macmillan, 1967), pp. 74-75.

el Antiguo Testamento es la existencia de un Dios que obra en amor para redimir a los pecadores. Dios el Padre hizo esto durante todo el período del Antiguo Testamento. Mientras lo hacía, estaba apuntando a la venida de su Hijo quien habría de redimir a los hombres y las mujeres perfectamente y para siempre.

Cuando Adán y Eva pecaron, el pecado los separó de su Creador. Intentaron esconderse. Dios, sin embargo, vino a ellos en la frescura de la tarde, llamándolos. Es cierto que Dios los enjuició, como tenía que hacer. Les reveló las consecuencias de su pecado. Pero también mató unos animales, vistió al hombre y a la mujer con sus pieles, cubrió su vergüenza, y comenzó la enseñanza del camino de salvación mediante el sacrificio. En la misma historia, se dirigió a Satanás revelándole la venida de Uno que un día lo derrotaría para siempre: "te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Gn. 3:15).

Nueve capítulos más adelante nos encontramos con otra referencia, un tanto velada, a la "simiente" que aplastará a Satanás. Es la gran promesa de Dios a Abraham, cuando le dice que en él serán benditas todas las naciones (Gn. 12:3; 22:18). La bendición a que hace referencia no es una bendición que a través de Abraham alcance a todos los seres personalmente. Tampoco es una bendición que se cumplirá por intermedio de todos los judíos sin discriminación, ya que no todos los judíos son siquiera teístas. Esta bendición iba a venir a través de la simiente de Abraham, la simiente prometida, el Mesías. Es así que muchos años más tarde, el apóstol Pablo, que conocía este texto, lo usó para demostrar que: (1) la simiente era el Señor Jesús, (2) la promesa a Abraham era una bendición por su intermedio, y (3) la bendición iba a venir mediante la obra redentora de Cristo (Gá. 3:13-16).

Hay una profecía interesante que el Señor habló por boca de Balaam, un profeta de los días de Moisés, un tanto mañoso y de poco entusiasmo. Balac, un rey que era hostil a Israel, le había encargado a Balaam que maldijera al pueblo judío. Pero cada vez que Balaam abría su boca, lo bendecía en vez de maldecirlo. En una ocasión dijo: "Saldrá estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel... de Jacob saldrá el dominador" (Nm. 24:17,19).

Cuando se estaba muriendo, el patriarca Jacob dijo: "No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos" (Gn. 49:10).

Moisés también habló de Él que había de venir: "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis" (Dt. 18:15). Y otra vez, Dios habla diciendo: "y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare" (vs. 18).

El libro de los Salmos contiene grandes profecías. El segundo salmo nos cuenta de la victoria de Cristo y su reino sobre todas las naciones de la tierra. Este salmo era muy popular entre los cristianos primitivos (ver Hechos 4). El Salmo 16 predice la resurrección (vs. 10; ver Hechos 2:31). Los Salmos 22, 23 y 24 son tres retratos del Señor Jesús: el Salvador sufriendo, el Pastor compasivo y el Rey. Otros salmos nos hablan de otros aspectos de su vida y su ministerio. El Salmo 110 vuelve al tema de su reinado, esperando el día cuando Jesús se sienta a la diestra del Padre y sus enemigos le sirvan como "estrado de sus pies".

Hay detalles de la vida, la muerte y la resurrección de Cristo en los libros de los profetas -en Isaías, Daniel, Jeremías, Ezequiel, Oseas, Zacarías y otros. Los temas cruciales de la Biblia son el Señor Jesucristo y su obra. La obra del Espíritu Santo es revelarlo. Cuando tiene lugar esta revelación la Biblia se torna comprensible, la Escritura testimonia sobre la Escritura, y sentimos cómo el poder del Dios viviente surge a través de sus páginas.

PALABRA Y ESPÍRITU

La clave para la doctrina cristiana del conocimiento de Dios está en la combinación de esta revelación, escrita y objetiva, con la interpretación subjetiva que el Espíritu Santo realiza en el individuo. Esta combinación nos evita caer en dos errores.

El primer error es sobre espiritualizar la revelación. Este fue el error que enredó a los "entusiastas" anabaptistas en los días de Calvino y que ha continuado atrapando a muchos de sus seguidores. Los entusiastas justificaban sus decisiones y conductas apelando a las revelaciones privadas, dadas por el Espíritu. Pero estas revelaciones fueron varias veces contrarias a la enseñanza expresa de la palabra de Dios, como, por ejemplo, cuando decidían ocasionalmente dejar de trabajar para reunirse para la venida anticipada del Señor. Sin la revelación objetiva no había manera de juzgar dichas "revelaciones" o mantener a los individuos libres de ser atrapados en este error. Calvino escribió con referencia a este dilema:

El Espíritu Santo es tan inherente a su verdad, como la expresa en la Escritura, que sólo cuando la Palabra recibe la reverencia y dignidad debida, puede el Espíritu Santo mostrar su poder... Los hijos de Dios... sin el Espíritu Santo, se ven a sí mismos, dejados sin la iluminación de la verdad; y por lo tanto, saben que la Palabra es el instrumento por el cual el Señor ilumina con su Espíritu a los fieles. Porque ellos saben que no hay otro Espíritu que aquel que moró y habló por los apóstoles, y cuyo oráculo constantemente les recuerda escuchar la Palabra.¹⁰⁹

Por otro lado, la combinación de una Escritura objetiva y la aplicación subjetiva de esa palabra por medio del Espíritu Santo nos libra del error de sobre intelectualizar la verdad divina. Este error era evidente en los hábitos diligentes de estudio bíblico de los escribas y fariseos durante el tiempo de Jesús. Los escribas y los fariseos no eran estudiantes flojos. Eran meticulosos cuando perseguían el conocimiento bíblico, hasta el punto de contar cada una de las letras de los libros de la Biblia. Sin embargo, Jesús les reprendió, diciéndoles: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Jn. 5:39).

Para conocer a Dios, el Espíritu Santo nos tiene que enseñar por medio de la Biblia. Sólo entonces tendremos una conciencia plena de la naturaleza de la Biblia y tendremos la certeza de su autoridad en nuestras mentes y corazones; y nosotros nos encontramos ahora afirmando con resolución esa revelación tan apreciada.

CAPITULO 5: LA PRUEBA DE LAS ESCRITURAS

LA EVIDENCIA MAYOR DE QUE LA BIBLIA ES LA PALABRA DE DIOS está dada por el testimonio interno del Espíritu Santo que así lo afirma. Sin dicho testimonio, la veracidad de la Escritura nunca podrá registrarse satisfactoriamente en el lector. Tanto el cristiano maduro como cualquiera que recién comienza a estudiar las aseveraciones del cristianismo deberían conocer los argumentos racionales.

¹⁰⁹ Calvin, Institutes, p. 95-96.

¿Cuáles son estos argumentos? Algunos ya han sido sugeridos. Primero, están las aseveraciones que las Escrituras hacen de sí mismas. Los libros de la Biblia afirman ser la Palabra de Dios, y, mientras esto por sí solo no prueba que lo son, sin embargo es un hecho a tener en cuenta. Debemos preguntarnos cómo es posible que los libros que parecen ser tan ciertos en otros aspectos puedan estar equivocados con respecto al punto crucial sobre sí mismos. Segundo, está el testimonio de Jesús. Su testimonio es el argumento fundamental. Porque aun si Jesús hubiera sido sólo un gran maestro, no podríamos dejar de ver que Él consideraba la Biblia como la autoridad final en la vida. Tercero, está la superioridad doctrinal y ética de la Biblia frente a todos los demás libros. La superioridad de la Biblia ha sido reconocida en varias oportunidades aun por los no creyentes y sólo es negada por muy pocos de los que realmente han leído y estudiado sus páginas. Cuarto, está el poder de la Biblia que nos afecta mientras la leemos. ¿Qué puede producir tales resultados si la Biblia no es divina, tanto en su origen como en su operación en las vidas humanas?

Thomas Watson, uno de los grandes puritanos ingleses, escribió: Me pregunto de dónde podría provenir la Biblia si no proviene de Dios. Los hombres malvados no podrían ser sus autores. ¿Cómo podrían sus mentes redactar tales líneas santas? ¿Podrían condenar tan fieramente al pecado? Los hombres buenos tampoco podrían ser los autores. ¿Podrían escribir bajo tanta tensión? ¿Podrían plagiar el nombre de Dios y escribir así dice el Señor, en un libro que ellos están componiendo?¹¹⁰ Tenemos aquí cuatro buenas razones para considerar la Biblia como la revelación de la Palabra de Dios; y otra quinta razón que surge del argumento de Watson: los escritores bíblicos no podrían haber alegado un origen divino para un libro que ellos consideraban propio. A continuación tenemos otras cinco bases para la misma conclusión.

LA UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

Una sexta razón para considerar la Biblia como la revelación de la Palabra de Dios es la asombrosa unidad del libro. Este argumento no es nuevo, pero sin duda es bueno. Es un argumento que se toma más fuerte en la medida que más se estudian los documentos. La Biblia está compuesta por sesenta y seis partes, o libros, escritos en un período que abarca alrededor de mil quinientos años (entre aproximadamente 1450 a.C. hasta alrededor del año 90 d.C), por más de cuarenta personas distintas. Estas personas no se parecían entre sí. Provenían de distintas clases sociales y las circunstancias que las rodeaban eran diferentes. Algunas fueron reyes. Otras fueron estadistas, sacerdotes, profetas, un recaudador de impuestos, un médico, un confeccionador de carpas, pescadores. Si se les hubiera preguntado sobre cualquier tema, habrían tenido puntos de vista tan dispares como las opiniones de las personas contemporáneas. Pero juntos produjeron un volumen de una unidad maravillosa en cuanto a su doctrina, su perspectiva histórica, su ética y sus expectativas. En resumen, se trata de una sola historia de la redención divina que comenzó con Israel, se centró en Jesucristo y culminará con el fin de la historia. La naturaleza de esta unidad es importante. Para comenzar, R. A. Torrey señala:

No se trata de una unidad superficial sino profunda. Superficialmente, a veces nos encontramos con aparentes discrepancias y contradicciones; pero, en la medida que la estudiamos, estas aparentes discrepancias y contradicciones desaparecen, y aflora la profunda unidad subyacente. Cuanto más a fondo estudiamos, más completa se nos presenta esta unidad. Además, esta unidad es orgánica -es

¹¹⁰ Thomas Watson, *A Body of Divinity: Contained in Sermons upon the Westminster Assembly's Catechism* (1692; reprint ed., London: The Banner of Truth Trust, 1970), p. 26.

decir, no se trata de la unidad de algo muerto, como una piedra, sino de algo que está vivo, como una planta. En los primeros libros de la Biblia, tenemos el pensamiento germinante; a medida que avanzamos, tenemos la planta; y luego, el pimpollo; y luego, la flor; y por último, la fruta madura. En la

Revelación tenemos la fruta madura del Génesis.¹¹¹ ¿Cómo es posible explicar esta unidad? Existe una sola explicación posible: detrás de los esfuerzos de más de cuarenta autores humanos está la perfecta, soberana y conductora mente de Dios.

UNA EXACTITUD INUSUAL

Una séptima razón para creer que la Biblia es la Palabra de Dios es su exactitud inusual. Para ser precisos, esta exactitud no prueba que la Biblia sea divina -los seres humanos pueden ser en ocasiones bastante exactos pero es lo que deberíamos esperar que sucediera si la Biblia es el resultado del esfuerzo de Dios. Por otro lado, si la exactitud de la Biblia implica también su infalibilidad (que consideraremos en el capítulo siguiente), entonces esto sí sería una prueba directa de su divinidad. Porque, si bien el error es humano, la infalibilidad es divina.

En algunas partes la exactitud de la Biblia puede ser probada externamente, como en las porciones históricas del Nuevo Testamento. Podemos tomar como ejemplos al evangelio de Lucas o el libro de Hechos. Lucas y Hechos son un intento de "poner en orden la historia" sobre la vida de Jesús y la rápida expansión de la iglesia cristiana primitiva (Lc. 1:1-4; Hch. 1:1-2). Esto sería un enorme emprendimiento aún en la actualidad. Más aún lo era en la antigüedad, cuando no había ni diarios ni libros de referencia. En realidad había muy pocos documentos escritos. Pero, a pesar de ellos, Lucas ilustró el crecimiento de lo que comenzó como un movimiento religioso insignificante en un rincón recóndito del imperio romano, un movimiento que progresó calladamente y sin la sanción oficial pero que cuarenta años después de la muerte y resurrección de Jesucristo ya tenía congregaciones cristianas en casi todas de las grandes ciudades del imperio. ¿Fue la labor de Lucas exitosa? Sí, lo fue; y exacta de principio a fin.

En primer lugar, ambos libros muestran una exactitud asombrosa cuando mencionan títulos oficiales y las correspondientes esferas de influencia. Esto ha sido documentado por F. F. Bruce de la Universidad de Manchester, en Inglaterra, en un pequeño libro titulado *The New Testament Documents: Are They Reliable?* Bruce escribe:

Una de las muestras más notorias de su exactitud (con respecto a Lucas) es su familiaridad con los títulos que les corresponden a todas las personas notables que figuran en sus páginas. Esto no era una proeza tan fácil en sus días como lo es en los nuestros, cuando es muy sencillo consultar un libro de referencias. Se ha comparado el uso que Lucas hace de los distintos títulos existentes en el imperio romano con la manera suelta y confiada con que un hombre de Oxford, en una conversación, puede referirse a los directores de los distintos colegios: el Provost de Oriel, el Master de Balliol, el Rector de Exeter, el Presidente de Magdalen, y así sucesivamente. Uno que no vive en Oxford, como este autor, nunca se siente como en su casa con la multiplicidad de títulos de Oxford.¹¹²

¹¹¹ R. A. Torrey, *the Bible and Its Christ* (New York: Fleming H. Revell, 1904-6), p. 26.

¹¹² E E Bruce, *The New Testament Documents: Are They Reliable?* (Downers Grove, Ill.: Intervarsity Press, 1974), p. 82.

Obviamente, Lucas sí se sentía como en su casa con los títulos romanos; nunca se equivoca al utilizarlos.

Bruce agrega que Lucas tenía otra dificultad, en cuanto los títulos no eran siempre los mismos, sino que se modificaban con el tiempo. Por ejemplo, la administración de una provincia podía pasar de un representante directo del emperador a un gobierno senatorial, para ser gobernada por un procónsul en lugar de un delegado imperial (*legatus pro praetore*). Chipre, una provincia imperial hasta el año 22 a.C., se convirtió en una provincia senatorial en ese año y fue gobernada por un procónsul en vez de un delegado imperial. Fue así que cuando Pablo y Bernabé arriban a Chipre alrededor del año 47 d.C., es el procónsul Sergio Pablo quien les da la bienvenida (Hch. 13:7).

También Acaya era una provincia senatorial desde el año 27 a.C. hasta el año 15 d.C., y luego con posterioridad al año 44 d.C. Por eso Lucas se refiere a talión, el gobernante romano en Grecia, como el "procónsul de Acaya" (Hch. 18:12), el título del representante romano durante la visita de Pablo a Corinto, pero no durante los veintinueve años con anterioridad al año 44 d.C.¹¹³

Este tipo de exactitud por parte de uno de los escritores bíblicos es un testimonio que puede multiplicarse casi indefinidamente. Por ejemplo, en Hechos 19:38, el escribano de Éfeso trata de apaciguar a los ciudadanos alborotados refiriéndoles a las autoridades romanas: "Y procónsules hay", dice, usando el plural. A primera vista, el escritor parece haber cometido un error, ya que había sólo un procónsul romano para cada región determinada. Pero si lo examinamos vemos que poco tiempo antes del alboroto en Éfeso, Junio Silano, el procónsul, había sido asesinado por los mensajeros de Agripina, la madre del adolescente Nerón. Como el nuevo procónsul aún no había llegado a Éfeso, la expresión vaga del escribano puede ser intencional o puede estar referida a los dos emisarios, Helio y Celer, quienes eran los sucesores aparentes de Silano. Lucas captura el clima de la ciudad en un momento de disturbios internos, del mismo modo que también captura el clima de Antioquía, Jerusalén, Roma y otras ciudades, cada una con sus características exclusivas.

La arqueología ha constatado la extraordinaria confiabilidad de los escritos de Lucas y de otros documentos bíblicos. Una placa fue descubierta en Delfos identificando a Galión como el procónsul de Corinto cuando Pablo visitó la ciudad. El estanque de Betesda, con sus cinco pórticos, fue encontrado a unos setenta pies por debajo del presente nivel de la ciudad de Jerusalén. Se lo menciona en Juan 5:2, pero se había perdido de vista luego de la destrucción de la ciudad por los ejércitos de Tito en el año 70 d.C. También se ha descubierto el Enlosado, Gabata, que se menciona en Juan 19:13.

Documentos antiguos -de Dura, Ras Shamra, Egipto y el Mar Muerto- han echado luz sobre la confiabilidad bíblica. Se han recibido informes sobre hallazgos en Tell Mardikh, en el noroeste de Siria, el sitio de la antigua Ebla. Hasta el momento, mil quinientas tabletas que datan de alrededor de 2300 a.C. (unos doscientos a quinientos años antes de Abraham) han sido descubiertas. En ellas aparecen nombres como los de Abram, Israel, Esaú, David, Jahvé, y Jerusalén, lo que nos está indicando que estos eran nombres comunes antes de aparecer en los relatos bíblicos. Al ser estudiadas cuidadosamente, estas tabletas indudablemente habrán de aclarar muchas de las costumbres de la época subsiguiente, de los patriarcas del Antiguo Testamento, Moisés, David, y otros. Su sola existencia ya tiende a verificar los relatos del Antiguo Testamento.

¹¹³ Ibid. pp. 82-83.

También está disponible la evidencia interna de la exactitud de la Biblia, en especial cuando tenemos relatos paralelos del mismo acontecimiento. Un ejemplo lo constituyen los relatos de las apariciones del Señor Jesucristo luego de su resurrección. Son cuatro relatos independientes y escritos por separado; de otro modo no habría aparentes discrepancias. Si los escritores hubieran trabajado conjuntamente habrían aclarado cualquier dificultad. Sin embargo, los evangelios no se contradicen realmente. Se complementan mutuamente. Aun más, un pequeño detalle en uno de ellos, puede servir para aclarar lo que parecía ser una contradicción entre otros dos.

Mateo nos dice que María Magdalena y la "otra" María habían ido al sepulcro en la primera mañana de Pascua. Marcos menciona a María Magdalena, María la madre de Jacobo (y así identificamos a la "otra" María de Mateo), y Salomé. Lucas menciona a dos Marías, Juana, "y las demás con ellas". Juan menciona sólo a María Magdalena. A simple vista estos relatos son diferentes, pero cuando los analizamos en detalle, revelan una notable armonía. Resulta claro que un grupo de mujeres, incluyendo todas las anteriormente mencionadas, fueron al sepulcro. Al encontrarse con que la piedra había sido removida, las mujeres más ancianas enviaron a María Magdalena a decirles a los apóstoles lo que había sucedido y a pedirles consejo. Mientras ella iba, las restantes mujeres vieron a los ángeles (como lo relatan Mateo, Marcos y Lucas) pero no al Señor resucitado, al menos no hasta más tarde. Por otro lado, María, volviendo más tarde y sola, lo vio (como nos informa Juan). De la misma manera, cuando Juan menciona a "el otro discípulo" que acompañó a Pedro al sepulcro, nos está aclarando el versículo de Lucas 24:24 que dice que "fueron algunos de los nuestros al sepulcro", después de las mujeres, aunque Lucas había mencionado sólo a Pedro (un individuo singular) en su relato. Todos estos son pequeños detalles, es cierto. Pero porque son pequeños le dan más peso a la exactitud total de los evangelios.

LA PROFECÍA

Una octava razón para creer que la Biblia es la Palabra de Dios la brinda la profecía. También este se trata de un gran tema, que escapa a los alcances de este capítulo. Sin embargo, es posible demostrar brevemente el impacto de este argumento.

Primero; están las profecías explícitas. Estas conciernen al futuro del pueblo judío (incluyen algunas cosas que ya han ocurrido y otras que todavía no han tenido lugar) y el futuro de las naciones gentiles. Por encima de todo, muchas describen la venida del Señor Jesucristo, primero para morir y luego para volver con poder y gran gloria. Toney cita cinco pasajes -Isaías 53 (todo el capítulo); Miqueas 5:2; Daniel 9:25-27; Jeremías 23:5-6; y el Salmo 16:8-11 -y comenta:

En los pasajes citados tenemos predicciones sobre un Rey de Israel venidero. Se nos dice el tiempo exacto de su manifestación a su pueblo, el lugar exacto de su nacimiento, la familia en que habría de nacer, las circunstancias de su familia en oportunidad de su nacimiento (unas circunstancias totalmente diferentes de las existentes cuando se escribió la profecía, y contraria a todas las probabilidades), cómo habría de ser recibido por su pueblo (una recepción totalmente distinta a la que sería naturalmente previsible), el hecho, el medio y los detalles en torno a su muerte, con las circunstancias específicas en cuanto a su sepultura, su resurrección, y la victoria luego de su resurrección. Estas predicciones fueron cumplidas con la más exacta precisión por Jesús de Nazaret.¹¹⁴

¹¹⁴ Torrey, *the Bible and Its Christ*, p. 19.

Otro escritor, E. Schuyler English, que fuera presidente de la comisión editorial de The New Scofield Referente Bible (1967) y editor en jefe de The Pilgrim Bible (1948), observó que más de veinte de las predicciones del Antiguo Testamento relacionadas con eventos que rodearían la muerte de Cristo, palabras escritas siglos antes de su primera venida, se cumplieron con precisión en un período de veinticuatro horas durante su crucifixión. Por ejemplo, en Mateo 27:35 está escrito: "Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes." Este era el cumplimiento del Salmo 22:18, que afirmaba: "Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes."¹¹⁵

Muchas de estas profecías han sido cuestionadas y se han hecho intentos de datar los libros del Antiguo Testamento en fechas más cercanas al tiempo de Cristo. Pero aunque traigamos las fechas de algunas profecías lo más tarde en el tiempo como lo sugieren los críticos más radicales y destructivos, todavía estarán cientos de años antes del nacimiento de Cristo. Más aún, el testimonio acumulado de ellas es devastador. Estos son hechos, y exigen una explicación. ¿Cómo puede ser explicado? Esta evidencia sólo puede ser explicada por la existencia de un Dios soberano. Él reveló con anticipación lo que había de suceder cuando enviara a Jesús para redimir nuestra raza, y luego se encargó que dichos sucesos tuvieran lugar.

Todavía se puede decir mucho más con respecto a la profecía. Este material que hemos visto se refiere únicamente a la venida de Cristo. También hay profecías referidas a la dispersión y la reunificación de Israel, como también profecías generales y específicas concernientes a las naciones gentiles y a las capitales de dichas naciones, muchas de las cuales han sido destruidas de la forma indicada por la Biblia, generaciones y hasta siglos antes. Las instituciones, las ceremonias, los sacrificios y las fiestas de Israel también son profecías de la vida y el ministerio de Jesús.¹¹⁶

LA CONSERVACIÓN DE LA BIBLIA

Una novena razón para creer que la Biblia es la Palabra de Dios es su asombroso estado de conservación a través de los siglos del Antiguo Testamento y la historia de la iglesia. Hoy, luego de que la Biblia ha sido traducida en parte o en su totalidad a cientos de idiomas, y en algunos idiomas en varias versiones, y luego de que millones de copias del texto sagrado han sido publicadas y distribuidas, sería casi imposible destruir la Biblia. Pero estas no siempre fueron las condiciones reinantes.

Hasta la Reforma, el texto bíblico se preservaba por un proceso largo y laborioso de copiado a mano, una y otra vez; al principio sobre papiro, y luego sobre pergaminos. Durante ese tiempo la Biblia fue en varias oportunidades objeto de un odio extremo por muchos de los que estaban en el poder. Trataron de acabar con ella. En los inicios de la iglesia, Celso, Porfirio y Luciano trataron de destruirla con

¹¹⁵ E. Schuyler English, a Companion to the New Scofield Referente Bible (New York: Oxford University Press, 1972), p. 26. El autor invita al lector a comparar también los siguientes versículos: Mt. 26:21-25 con Sal. 41:9. Mt. 26:31, 56; Mr. 14:50 con Zac. 13:7. Mt. 26:59 con Sal. 35:11. Mt. 26:63; 27:12, 14; Mr. 14:61 con Is. 53:7. Mt. 26:67 con Is. 50:6; 52:14; Mi. 5:1; Zac. 13:7. Mt. 27:9 con Zac. 11:12-13. Mt. 27:27 con Is. 53:8. Mt. 27:34, Mr. 15:36; Jn. 19:29 con Sal. 69:21. Mt. 27:38; Mr. 15:27-28; Lc. 22:37; 23:32 con Is. 53:12. Mt. 27:46; Mr. 15:34 con Sal. 22:1. Mt. 27:60; Mr. 15:46; Lc. 23:53; Jn. 19:41 con Is. 53:9. Lc. 23:34 con Is. 53:12. Jn. 19:28 con Sal. 69:21. Jn. 19:33, 36 con Sal. 34:20. Jn. 19:34, 37 con Zac. 12:10.

¹¹⁶ Para una discusión más completa sobre esta área de estudio del Antiguo Testamento, ver Víctor Buksbazen, The Gospel in the Feasts of Israel (Fort Washington, Pa.: Christian Literature Crusade, 1954) y Norman L. Geisler, Christ: The Theme of the Bible (Chicago: Moody Press, 1968), pp. 31-68.

argumentos. Luego, los emperadores Diocleciano y Juliano trataron de destruirla con la fuerza. En varias instancias fue una ofensa capital el poseer una copia de alguna parte del Texto Sagrado. Sin embargo, el texto sobrevivió.

Si la Biblia hubiera sido sólo los pensamientos y la obra de seres humanos, habría sido eliminada hace mucho tiempo frente a tal oposición, como le sucedió a otros libros. Pero ha resistido, cumpliendo así las palabras de Jesús cuando dijo: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mt. 24:35).

VIDAS TRANSFORMADAS

La décima razón para creer que la Biblia es la palabra de Dios es su habilidad comprobada de transformar hasta los peores hombres y mujeres, convirtiéndolos en bendición para sus familias, sus amigos y su comunidad. La Biblia habla de este poder: "La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos" (Sal. 19:7-9). Como vimos en el capítulo anterior, esta transformación tiene lugar por el poder del Espíritu Santo que obra a través de la Palabra.

¿La Biblia transforma en realidad a los hombres y las mujeres, convirtiéndolos en personas santas? Sí, lo hace. Hay prostitutas que han sido reformadas; borrachos que se han vuelto sobrios; arrogantes que se han vuelto humildes; personas deshonestas que se han vuelto personas íntegras; mujeres y hombres débiles que se han vuelto fuertes; y todo por la transformación que Dios ha obrado en ellos mientras escuchaban y estudiaban las Escrituras.

Tenemos una ilustración muy notoria sacada de la vida del doctor Harry A. Ironside. Cuando comenzó su ministerio este gran evangelista y expositor bíblico vivía en el barrio de la Bahía de San Francisco y trabajaba con un grupo de creyentes llamados "Hermanos". Un domingo, caminando por la ciudad, se encontró con unos trabajadores del Ejército de Salvación que estaban teniendo una reunión en la esquina de las avenidas Market y Grant. Serían unos sesenta. Cuando reconocieron a Ironside, inmediatamente le pidieron que diera su testimonio. Y así lo hizo, hablando sobre cómo Dios lo había salvado mediante la fe en la muerte corporal y la resurrección literal de Jesús.

Mientras hablaba, Ironside se había percatado de un hombre, bien vestido, al borde de la multitud, que había tomado una tarjeta de su bolsillo y había escrito algo en ella. Cuando Ironside terminó de hablar, el hombre se adelantó, lo saludó levantando el sombrero, y amablemente le entregó la tarjeta. En un lado estaba su nombre, que Ironside inmediatamente reconoció. Se trataba de uno de los primeros socialistas que se había hecho famoso disertando no sólo a favor del socialismo sino también en contra del cristianismo. Al mirar la tarjeta del otro lado, Ironside leyó: "Señor: Lo desafío a debatir conmigo la cuestión 'El gnosticismo versus el cristianismo en la Sala de la Academia de Ciencias, el próximo domingo a las cuatro de la tarde. Pagaré todos los gastos'".

"Estoy muy interesado en este desafío...", contestó Ironside, luego de releer la tarjeta en voz alta. Y siguió diciendo algo según este tenor: "Por lo tanto, estoy de acuerdo en tener este debate si se dan las siguientes condiciones: el señor _____, para comprobar que está luchando por algo valedero y por algo que vale la pena debatir, se compromete a llevar a la Academia el próximo

domingo a dos personas, cuyos requisitos ya le daré, como prueba de que el gnosticismo es de real valor para cambiar las vidas humanas y para forjar un verdadero carácter.

"Primero, debe prometerme llevar un hombre que haya sido por años lo que comúnmente llamamos un "pordiosero". No me interesa demasiado la naturaleza exacta de los pecados que arruinaron su vida y lo convirtieron en un marginado de la sociedad -ya sea un borracho, o un criminal, o una víctima de su apetito sexual-, pero un hombre que por años haya estado bajo el poder de esas costumbres sin poder librarse de ellas; y que en alguna ocasión haya ido a alguna de las reuniones del señor _____, y haya escuchado las loas al gnosticismo y las denuncias de la Biblia y el cristianismo, y que mientras escuchaba la disertación su mente y su corazón hayan sido movidos de tal manera que haya salido de la reunión exclamando: "¡He aquí, yo también soy un agnóstico!", y como resultado de haberse permeado con esa filosofía en particular, haya encontrado un nuevo poder en su vida. Que los pecados que antes amaba, ahora los odia, y que la rectitud y la honradez son ahora los ideales de su vida. Es ahora una nueva persona, un crédito para sí y un activo para la sociedad -todo porque es un agnóstico "Segundo, me gustaría que el señor _____, me prometiera llevar una mujer -y creo que tendrá más dificultad en encontrar a la mujer que al hombre- que haya sido una pobre y desamparada marginada, una esclava de viles pasiones, una víctima de la vida corrupta de los hombres... quizás una que haya vivido por años en un antro de maldad... completamente perdida, arruinada y desdichada por su vida de pecado. Pero que esta mujer también haya entrado a una sala donde el señor _____ estaba proclamando su gnosticismo y ridiculizando el mensaje de las Santas Escrituras. Y que mientras escuchaba, la esperanza haya brotado en su corazón, y haya dicho: "¡Esto es justamente lo que necesitaba para librarme de la esclavitud del pecado!" Siguió las enseñanzas y se convirtió en una inteligente agnóstica o librepensadora. Como resultado, todo su ser se sublevó contra la degradación de la vida que había llevado hasta ese momento. Huyó del antro de iniquidad donde había estado cautiva tanto tiempo; y hoy, rehabilitada, se ha ganado una posición venerada en la sociedad y lleva una vida feliz, limpia y virtuosa -todo porque es una agnóstica.

"Ahora bien", dijo, dirigiéndose al caballero que le había presentado la tarjeta y el desafío, "si me promete llevar estas dos personas como ejemplos de lo que puede hacer el gnosticismo, yo le prometo encontrarme con usted en la Sala de Ciencias el próximo domingo a las cuatro de la tarde, y yo traeré conmigo unos cien hombres y mujeres que por años han vivido en tal degradación pecaminosa como he tratado de describir, pero que han sido gloriosamente salvados al creer en el evangelio que usted ridiculiza. Estos hombres y mujeres estarán conmigo en la plataforma, como testigos del poder salvador milagroso de Jesucristo y como prueba actualizada de la verdad de la Biblia".

"Capitán", dijo entonces el doctor Ironside, dirigiéndose a la capitana del Ejército de Salvación, "¿con cuántos podría contar para acompañarme a esa reunión?". "Habría cuarenta sólo de este cuerpo", contestó con entusiasmo la Capitana, "y ¡podríamos darle una banda de vientos para liderar la procesión!"

"Perfecto", contestó el doctor Ironside. "Ahora bien, señor _____ no tendré ningún inconveniente en conseguir otros sesenta de las distintas misiones, salas evangélicas e iglesias de esta ciudad; y si usted me promete llevar dos casos como le he descrito, yo entraré marchando al frente de dicha procesión, con la banda tocando "Firmes y adelante huestes de la fe", y estaré pronto para el debate".

Parece ser que el hombre que había realizado el desafío tenía algo de sentido del humor, porque se sonrió y agitando su mano, como queriendo decir: "¡Así no hay trato!" se retiró, mientras los demás aplaudían a Ironside.¹¹⁷

El poder del Cristo vivo operando por medio del Espíritu Santo a través de la Palabra escrita transforma las vidas. Esto ha sido cierto en el transcurso de toda la historia. Es una prueba poderosa de que la Biblia indudablemente es la Palabra de Dios.

CAPITULO 6: LA BIBLIA ES VERDADERA

DESDE LOS INICIOS DE LA IGLESIA CRISTIANA HASTA BIEN ENTRADO el siglo dieciocho, la gran mayoría de los cristianos de todas las denominaciones reconocieron las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento como la Palabra de Dios. Dios hablaba en estos libros. Y porque Dios hablaba en las Escrituras -como no lo hacía en ningún otro lado de la misma forma- todos los que decían ser cristianos reconocían la Biblia como la autoridad divina integradora, un cuerpo de verdad objetiva que trascendía el entendimiento subjetivo. En estos libros, los actos salvíficos de Dios en la historia son relatados por seres humanos para que podamos creer. Y todos los acontecimientos que tienen lugar en esa historia son divinamente interpretados para que los hombres y las mujeres puedan entender el evangelio y responder a él con inteligencia, tanto en el pensamiento como en la acción. La Biblia es la Palabra de Dios escrita. Como la Biblia es la Palabra de Dios, las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento tienen autoridad y son infalibles.

LA PERSPECTIVA DE LOS PRIMEROS DIECISÉIS SIGLOS

En los documentos de la iglesia primitiva encontramos varias afirmaciones que sustentan la existencia de este concepto tan elevado sobre las Escrituras. Ireneo, que vivió y escribió en Lyon, a principio del siglo segundo, escribió que debíamos estar "convencidos que las Escritura son perfectas, ya que fueron habladas por la Palabra de Dios y su Espíritu."¹¹⁸

Cirilo de Jerusalén, en el siglo cuarto, dijo que "no debemos pronunciar ni la afirmación más casual sin las Sagradas Escrituras; ni nos debemos dejar desviar por ninguna probabilidad o artificio oral... Porque la salvación en la que creemos no depende de un razonamiento ingenioso, sino de la demostración de las Sagradas Escrituras"¹¹⁹

Agustín, en una carta a Jerónimo, el traductor de la Vulgata Latina, dice: "Yo... creo con certeza que ninguno de los autores se ha equivocado al escribirlos. Cuando encuentro algo en los libros que parece contradecir la verdad, concluyo que los textos son corruptos o que el traductor no tradujo fielmente lo que decía, o que yo no he podido comprenderlo..."

¹¹⁷ H. A. Ironside, *Random Reminiscences from Fifty Years of Ministry* (New York: Loizeaux Brothers, 1939), pp. 99-107. Ya había contado esta historia en *The Gospel of John*, vol. 1 (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1975), pp. 226-28.

¹¹⁸ Irenaeus, *Against Heresies*, II, xxvii, 2. *The Ante-Nicene Fathers*, vol 1, ed. Alexander Roberts and James Donaldson (1885; reimpresso ed., Grand Rapids, Mich, Eerdmans, n. d.), p. 399.

¹¹⁹ Cyril of Jerusalem, *Cathetical Lecturas*, IV, 17. *The Nicene and Post-Nicene Fathers*, Series 2, vol. 7, ed. Philip Schaff and Henry Wace (1893; reimpresso ed., Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, n. d.), p. 23.

Los libros canónicos están libres de cualquier falsedad.¹²⁰ Y en su tratado "Sobre la Trinidad" nos advierte: "No debéis estar dispuestos a acatar mis escritos como lo haríais si fueran las Escrituras canónicas; porque en éstas, cuando descubráis hasta lo que antes no creíais, creedlo sin titubear."¹²¹ Lo mismo sucede con Lutero. Algunas personas sostienen que Lutero al referirse a la Biblia como "la cuna de Cristo" quería decir que creía en una revelación dentro de la Biblia (no en una que era idéntica a ella) y que tenía a las Escrituras en menor estima que el Cristo del que hablaban.

Es por esto que algunos entienden que no toda la Biblia es la Palabra de Dios. Pero esto es un error. La frase de Lutero, "la cuna de Cristo", ocurre al final del tercer párrafo en su "Prefacio al Antiguo Testamento". Como ha demostrado el fallecido académico luterano J. Teodoro Mueller, Lutero está en realidad defendiendo el valor del Antiguo Testamento para los cristianos. Lejos de estar despreciando las Escrituras, Lutero lo que intenta es "expresar su más reverente estima hacia las Sagradas Escrituras, que le ofrecen al hombre la bendición suprema de la salvación eterna en Cristo".¹²²

El mismo Lutero dice: "Ruego y advierto a cada cristiano piadoso que no se deje ofender por la sencillez del lenguaje y algunas historias que hallará aquí (en el Antiguo Testamento). Que nunca dude, por más sencillas que parezcan ser, que son las mismas palabras, obras, juicios, y hechos de la gran majestad, poder, y sabiduría de Dios."¹²³

Y en otro lugar Lutero dice que "las Escrituras, aunque también fueron escritas por hombres, no son de los hombres ni provienen de los hombres, sino de Dios".¹²⁴ Y otra vez, "Debemos diferenciar entre la Palabra de Dios y la palabra de los hombres. La palabra de los hombres es poco sólida, flota en el aire y pronto se desvanece; pero la Palabra de Dios es más grande que el cielo y la tierra, más grande que la muerte y el infierno, porque forma parte del poder de Dios, y permanece para siempre".¹²⁵

Y en algunas ocasiones Calvino es aun más explícito. Al hacer un comentario sobre 2º Timoteo 3:16, el reformador genovés sustenta esta posición: Este es el principio que distingue nuestra religión de las otras, que sabemos que Dios nos ha hablado y estamos plenamente convencidos que los profetas no hablaron de sí sino, como órganos del Espíritu Santo profirieron sólo lo que les había sido comisionado desde el cielo.

Todo aquel que desee beneficiarse de las Escrituras debe aceptar primeramente este principio: que la Ley y los profetas no son enseñanzas dadas por los hombres según les plazca, o producidas por las mentes de los hombres, sino que fueron dictadas por el Espíritu Santo. Y concluye: "Le debemos a la

¹²⁰ Augustine, Epistles, 82. The Fathers of the Church, vol. 12, "St. Augustine: Letters 1-82", trad. Wilfred Parsons (Washington, D. C.: The Catholic University of America Press, 1951), pp. 392, 409.

¹²¹ Augustine, "On the Trinity". Prefacio al cap. 3, The Nicene and Post-Nicene Fathers, Series I, vol 3, ed. Philip Schaff (Buffalo: The Christian Literature Company, 1887), p. 56.

¹²² J. Theodore Mueller, "Luther's Cradle of Christ" Christianity Today, October 24, 1960, p. 11.

¹²³ Martin Luther, "Preface to the Old Testament", What Luther Says: An Anthology, ed. Edward M. Plass, vol 1 (St. Louis: Concordia, 1959), p. 71. Este pasaje fue citado, en una traducción un poco distinta, por Mueller en "Luther's 'Cradle of Christ'".

¹²⁴ Martin Luther, "That Doctrines of Men Are to Be Rejected", What Luther Says: An Anthology, vol 1, p. 63.

¹²⁵ Martin Luther, Table Talk, 44, A Compend of Luther's Theology, ed. Hugh Thomson Kerr (Philadelphia: Westminster, 1943), p. 10.

Escritura la misma reverencia que le debemos a Dios, ya que Él es su única fuente y no hay nada de origen humano mezclado en esta fuente."¹²⁶

En su comentario de los Salmos, se refiere a la Biblia como "la regla segura e inequívoca" (Sal 5:11). Juan Wesley dice lo mismo. "La Escritura, entonces, es una regla suficiente en sí misma, entregada al mundo por hombres divinamente inspirados".¹²⁷ "Si llegaran a haber errores en la Biblia, podrían haber miles. Si hubiera una falsedad en ese libro, no provino de la verdad de Dios".¹²⁸

Es una gloria de la iglesia de los primeros dieciséis o diecisiete siglos que los cristianos de todo lugar, por encima de sus diferencias de opinión sobre teología o en cuestiones relativas al orden eclesial, exhibieron al menos una alianza mental con la Biblia como la autoridad suprema e infalible para el cristiano. Podría ser descuidada; podría haber desacuerdos sobre sus enseñanzas; hasta podría ser contradicha; pero era la Palabra de Dios.

Era la única regla infalible en cuanto a la fe y la práctica.

LAS PERSPECTIVAS LUEGO DE LA REFORMA

Luego del período de la Reforma la perspectiva ortodoxa de la Escritura sufrió crecientes ataques devastadores. En la Iglesia Católica Romana, los ataques provinieron de las tradiciones establecidas. Después de haberse debilitado por siglos, apelando a los padres de la iglesia en lugar de apelar a las Escrituras para dilucidar algún punto doctrinal, y como una reacción violenta a la Reforma Protestante, en 1546 la Iglesia Católica Romana colocó la tradición de la iglesia en el mismo nivel que las Escrituras como fuente de revelación. Sin duda en el Concilio de Trento no se consideraron todas las consecuencias de esta decisión, pero fueron monumentales. Este acto tuvo consecuencias trágicas para la Iglesia Católica Romana, como lo indica el desarrollo de doctrinas debilitadoras, el culto a María y la veneración de los santos. En teoría, la Biblia seguía siendo infalible, al menos para grandes sectores del catolicismo. Pero la profunda preferencia humana por las tradiciones en desmedro de la Palabra absoluta e infalible hizo que la autoridad de la Palabra de Dios cada vez pesara menos.

En el protestantismo el ataque provino de la llamada alta crítica. Por un tiempo, como resultado de su herencia y de la aguda polémica con el catolicismo, las iglesias Protestantes se mantuvieron firmes en la noción de una Biblia infalible. Pero durante el siglo dieciocho, y en particular el siglo diecinueve, la crítica de las Escrituras, respaldada por un naturalismo racionalista, logró desalojar la Biblia del lugar que había ocupado hasta ese entonces. Para la iglesia en la era del racionalismo la Biblia se convirtió en la palabra del hombre sobre Dios y el hombre; en lugar de ser la palabra de Dios al hombre. Finalmente, habiendo rechazado el carácter divino y único de la Biblia, muchos críticos rechazaron también su autoridad.

¹²⁶ John Calvin, *Calvin's New Testament Commentaries*, vol 10, "The Second Epistle of Paul the Apostle to the Corinthians and the Epistles to Timothy, Titus and Philemon", trad. T. A. Small (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1964), p. 330.

¹²⁷ John Wesley, *A Roman Catechism*, Pregunta 5, *The Works of John Wesley*, vol 10 (1872; reimpresso ed., Grand Rapids, Mich.: Zondervan, n. d.), p. 90.

¹²⁸ John Wesley, *The Works of John Wesley*, 4:82.

La Iglesia Católica debilitó la perspectiva ortodoxa de la Biblia al elevar las tradiciones humanas a la altura de las Escrituras. El protestantismo debilitó la perspectiva ortodoxa de las Escrituras bajando la Biblia al nivel de las tradiciones. Hay grandes diferencias, pero el resultado fue el mismo. Ninguno de estos grupos negó la calidad revelacional de las Escrituras, pero en ambos casos el carácter único de las Escrituras se perdió, su autoridad fue invalidada, y la voz reformadora de Dios dentro de su iglesia fue olvidada.

El hecho de que ninguna de estas posiciones puede ser defendida resulta evidente para cualquiera, y debería impulsar a la iglesia a regresar a su postura original. Sin embargo, esto no parece estar sucediendo. Por el contrario, algunos evangélicos que tradicionalmente han insistido en la inerrancia de la Palabra parecen moverse en una dirección más liberal, desplegando una actitud ambivalente con respecto a la infalibilidad.

Debemos ser extremadamente cuidadosos en este punto. Existe la posibilidad de cuestionar lo que significa "inerrancia", que no es lo mismo que rechazarla peligrosamente y sin ambages. Por ejemplo, algunos académicos muy conservadores se han preguntado si inerrancia es el mejor término para usar con referencia a la Biblia, ya que demandaría una precisión de detalles tan estricta que debería incluir hasta una gramática perfecta, la que no existe. Han preferido el término infalibilidad. Otros no prefieren el término inerrancia porque este requiere unos estándares de exactitud modernos y científicos que los autores antiguos no poseían. Dichos académicos han preferido referirse a la Biblia como confiable o verdadera. Pero estas áreas no son tan importantes. Puede no haber acuerdo en estas áreas, ya que sabemos que no hay ningún término que describa a la perfección lo que queremos significar -inerrancia, infalibilidad, confiabilidad, carácter de fidedigna, veracidad, y otros. De donde no debemos movernos es de sostener el carácter único y la autoridad de la Biblia como la Palabra de Dios, en su totalidad y en parte. La palabra infalibilidad, con sus limitaciones, preserva este énfasis.

LA FILOSOFÍA DE LA CRÍTICA MODERNA

A la crítica bíblica moderna se le suele adjudicar el papel de haber derrumbado la vieja postura de la inerrancia. Se sostiene que la inerrancia era una opción posible cuando los hombres y mujeres conocían muy poco sobre los textos bíblicos y sobre la historia bíblica. Pero los descubrimientos modernos han cambiado la situación. Hoy sabemos que la Biblia tiene errores, así se nos dice, y por lo tanto el derrumbe de la infalibilidad es *fait accompli*.

Por ejemplo, Cireneo, "no era estrictamente" el gobernador de Siria durante el tiempo del nacimiento de Cristo (Lc. 2:2). Moisés "no escribió" el Pentateuco. Un académico escribió que "el desarrollo científico del siglo pasado ha vuelto insostenible el concepto de la Biblia como el libro verbalmente inspirado al que podemos recurrir con absoluta certeza para la guía infalible en todas las cuestiones de fe y de conducta"¹²⁹

Pero, ¿la crítica moderna nos impone cambiar radicalmente nuestro concepto de las Escrituras? Comienzan a surgir las dudas cuando tomamos conciencia que muchos de estos supuestos errores de la Biblia no son descubrimientos recientes debido a la crítica científica, sino dificultades conocidas por los estudiosos bíblicos desde hace siglos.

¹²⁹ W. L. Knox, *Essays Catholic and Critical* (London: Society for Promoting Christian Knowledge, 1931), p. 99.

Orígenes, Agustín, Lutero, Calvino y muchísimos otros estaban conscientes de estos problemas. Sabían que los distintos períodos bíblicos son relatados en forma distinta por los diferentes autores. (Por ejemplo, en Génesis 15:13 se nos dice que la duración de la esclavitud de Israel en Egipto fue de cuatrocientos años, mientras que según Éxodo 12:41, fue de cuatrocientos treinta años.)

Sabían que algunos detalles en los relatos paralelos a veces discrepaban (como en el número de ángeles en el sepulcro de Cristo luego de su resurrección). Pero entendían que estos eran sólo el resultado de los distintos enfoques de los autores o de un intento específico al escribirlos. No se sentían obligados a tirar fuera de borda el concepto que tenían de las Escrituras por causa de estos problemas. El problema verdadero con la inerrancia va más allá de la información producida por la crítica científica, se remonta a la filosofía que sustenta la crítica moderna.

Esa filosofía es el naturalismo. La perspectiva mundana niega lo sobrenatural, o busca colocarlo fuera de la investigación científica. Lo sobrenatural, por lo tanto, no tiene ninguna correlación directa con las palabras específicas del texto bíblico. Para usar el término de Francis Schaeffer, es una realidad de "estrato superior", más allá de toda prueba o confirmación.

Así escribe Pinnock: La crítica negativa es la herramienta de la nueva teología. No se la utiliza ahora para aclarar de forma rápida las características de las enseñanzas bíblicas que pueden estar sujetas a objeción. Sirve ahora para desacreditar toda la noción en el corazón del cristianismo: que hay un cuerpo de información revelada, normativo para la teología cristiana.

En el interés moderno de la hermenéutica no vemos resurgir la preocupación por tomar la verdad de la Escritura seriamente, sino sólo un intento de usar la Biblia de una manera nueva, no literal, y existencial.¹³⁰ Un ejemplo supremo de esto es la teología de Rodolfo Bultmann, quien escribe volúmenes de exposición teológica pero que niega que la revelación cristiana posea algún tipo de contenido proposicional.

Si este es el meollo de todo el debate sobre la inerrancia, entonces, es obvio que el debate es más serio que si sólo se tratara de la posibilidad de demostrar que existen unos pocos errores insignificantes en las Escrituras. Lo que está en juego es todo el tema de la revelación. ¿Puede Dios revelarse a la humanidad? Y para ser más específicos, ¿puede revelarse a través del lenguaje, que se torna normativo para la fe y la acción cristiana?

Con la Biblia inerrante estas cosas son posibles. Sin la inerrancia, la teología entra en el páramo de la especulación humana. La iglesia, que necesita de una Palabra de Dios firme, flaquea. Sin una revelación inerrante, la teología no sólo está a la deriva: carece de sentido. Si repudia su derecho a hablar de las Escrituras en base a la Escritura, desiste de su derecho a hablar sobre cualquier otro tema.

EN DEFENSA DE LA INERRANCIA

Debajo de cualquier defensa de las Escrituras como la Palabra de Dios fidedigna y con autoridad, está la roca firme de la veracidad divina. Los pasos a seguir en esta defensa son los siguientes:

¹³⁰ Clark H. Pinnock, *A Defense of Biblical Infallibility* (Philadelphia: Presbyterian and Reformed, 1967), p. 4.

1. La Biblia es un documento fidedigno. Podemos establecer que es fidedigna si la tratamos como si fuera cualquier otro documento histórico, como, por ejemplo, las obras de Josefo y los informes de guerra de Julio César.
2. Basado en la historia registrada en la Biblia tenemos suficientes razones para creer que el carácter central de la Biblia, Jesucristo, hizo lo que dice haber hecho y por lo tanto es quien dice ser: el único Hijo de Dios.
3. Siendo el único Hijo de Dios, el Señor Jesucristo es una autoridad infalible.
4. Jesucristo no sólo asumió la autoridad de la Biblia; la enseñó, hasta el extremo de enseñar que está libre de error y es eternal, por ser la Palabra de Dios. "Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido" (Mt. 5:18). Si la Biblia es la Palabra de Dios, como Jesús enseñó, entonces debe ser enteramente fidedigna e infalible, porque Dios es un Dios de verdad.
5. Por lo tanto, basado en las enseñanzas de Jesucristo, el infalible Hijo de Dios, la iglesia cree que la Biblia también es infalible.¹³¹

En otras palabras, la defensa de la inerrancia descansa en, y es una consecuencia de, el tipo de material presentado en los Capítulos 3 y 4. La Biblia como documento histórico nos da información fidedigna de un Cristo infalible. Cristo tiene a las Escrituras en gran estima. En consecuencia, las doctrinas de Cristo deberían, y deben, ser las doctrinas de sus seguidores.

EN CONTRA DE LA INERRANCIA

Muchos de los que siguen la lógica de la defensa tradicional de la inerrancia de las Escrituras, se sienten de todos modos incómodos frente a lo que parecen ser objeciones insuperables. Veamos cuáles son estas objeciones y veamos si son tan insuperables como parecen ser.

La primera objeción se basa en el carácter de los textos bíblicos. Alguien podría decir: "Supongamos que se trata de documentos históricos fidedignos, ¿no será justamente ese uno de los problemas? Si es evidente que son documentos históricos, entonces son documentos humanos. Son selectivos con respecto a su contenido. Usan el lenguaje limitado, y a veces figurativo de la época en que fueron escritos. Los relatos paralelos revelan distintos puntos de vista sostenidos por diferentes autores. La terminación literaria del material varía. ¿Eso es lo que habría de esperar de una revelación divina? ¿No prueba esto que lo que en realidad tenemos entre manos es simplemente un libro humano?"

No nos incumbe a nosotros, sin embargo, decir de qué forma tendría que ser dada la revelación divina, ni insistir que la revelación no puede ser divina porque tiene determinadas características. Es evidente que nada humano puede ser un vehículo apropiado para la verdad de Dios. Pero Dios no está impedido de rebajarse al lenguaje humano para transmitir su verdad infalible. Calvino comparó las acciones de Dios a las de una madre que usa un lenguaje infantil para comunicarse con su hijo. Se trata de una conversación limitada, ya que el niño no puede conversar al nivel de la madre. Pero, sin embargo, es una comunicación verdadera. Por lo tanto, el carácter de los documentos en sí no tiene importancia con respecto a la cuestión de la inerrancia.

¹³¹ Esta manera clásica de encarar la defensa de las Escrituras ha sido desarrollada en toda su extensión por R. C. Sproul en su ensayo "The Case for Inerrancy: A Methodological Analysis", en *God's Inerrant Word*, pp. 248-60.

Una segunda objeción a la inerrancia surge a partir de la primera. No se basa tanto en el carácter de los libros bíblicos sino en el hecho de que es evidente que son producciones humanas. "Errar es humano", sostienen estos críticos, "por lo tanto, la Biblia, al ser un libro humano, debe contener errores".

A simple vista este argumento parece resultar lógico, pero si lo examinamos más detenidamente, veremos que no necesariamente lo es. Si bien los seres humanos cometemos errores, no es necesariamente cierto que un individuo dado cometerá errores a toda hora y en todo lugar. Por ejemplo, el desarrollo de una ecuación científica para el propósito para el que es válida, es literalmente infalible. Lo mismo puede decirse de un aviso correctamente impreso que anuncia una reunión, las instrucciones para operar un automóvil y otras cosas. John Warwick Montgomery señala, al desarrollar este argumento: "Si bien es cierto que la producción de sesenta y seis libros que son inerrantes: y complementarios, a lo largo de los siglos, y por parte de diferentes autores, es un emprendimiento de gran envergadura -a tal punto que apelamos con gozo al Espíritu de Dios para realizarlo-, no hay nada metafísicamente inhumano o contra la naturaleza humana en la realización de dicho emprendimiento".¹³²

Puede resultar instructiva la analogía entre la concepción y el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo y como nos llegó la Biblia. Leemos que cuando el Señor fue concebido en el vientre de la virgen María, el Espíritu Santo la cubrió con su sombra para que el hijo que iba a nacer fuera llamado "el Hijo de Dios" (Lc. 1:35). Lo divino y lo humano se encontraron en la concepción de Cristo, y el resultado fue humano y divino a la vez. Cristo fue un hombre real. Fue una persona en particular, un judío. Tenía un físico que podía pesarse y una apariencia que podía ser reconocida. Se le podría haber sacado una fotografía. Empero, también era el Dios Todopoderoso y sin pecado.

Podemos comparar la manera como el Espíritu Santo cubrió a la virgen María para que concibiera al Hijo de Dios humano en su vientre, con la forma como el Espíritu Santo cubrió las células cerebrales de Moisés, David, los profetas, los evangelistas, Pablo y otros escritores bíblicos, para que de sus mentes emanaran los libros que constituyen la Biblia. Sus escritos llevan las marcas de la personalidad humana. Varían en su estilo. Sin embargo, la fuente primaria es divina, y el toque humano no las tiñe de errores del mismo modo que el vientre de María no manchó de pecado al Salvador.

Una tercera objeción a la inerrancia se basa en el hecho de que se afirma que sólo los escritos originales son inerrantes, no así las copias que fueron hechas de los mismos con posterioridad, y en las que se basan nuestras traducciones contemporáneas. Como ningún ser vivo ha visto alguna vez estos escritos originales, y por lo tanto no podemos ni verificar ni desacreditar esta afirmación, ¿no se trata de un epistemológico sin sentido apelar a ellos? "¿Qué si existe un original inerrante?", podría argumentar alguien. "Como no lo tenemos, no tiene sentido afirmar que la Biblia es inerrante".

Pero, ¿acaso no tiene sentido hacerlo? No tendría sentido si las siguientes dos condiciones fuesen ciertas: (1) si el número de supuestos errores permaneciera constante cuando nos remontamos en el tiempo de copia en copia hacia los escritos originales, y (2) si los que creen en la infalibilidad apelan a un original que difiere sustancialmente de las mejores copias de manuscritos en existencia. Pero ninguna de estas condiciones se cumple. Por el contrario, cuando se examinan las copias que se remontan en la dirección de los escritos perdidos, el número de errores textuales disminuye, lo que

¹³² Montgomery, *God's Inerrant Word*, p.36.

anima a suponer que si se pudiera llenar el intervalo entre los originales y el primero textos y fragmentos (algunos papiros del Nuevo Testamento se remontan al primer siglo), todos los supuestos errores desaparecerían... El evangélico conservador sólo apela a los escritos ausentes como autoridad por encima de los mejores textos existentes en aquellas instancias, limitadas y específicas (como el registro de numerales), donde la evidencia independiente muestra que desde el principio pudo haber una alta probabilidad de errores transcripcionales.¹³³

Los que creen en la infalibilidad tratan los problemas textuales de la misma manera que un académico secular trata los problemas relacionados con cualquier documento antiguo. Sin embargo, debido al número y la variedad extraordinaria de los manuscritos bíblicos, no hay ningún motivo para dudar que los textos contemporáneos no son idénticos a los textos originales, excepto en muy pocos lugares. Y estas áreas problemáticas son conocidas por los comentaristas bíblicos.

Una cuarta objeción a la doctrina de la inerrancia tiene que ver con la función del lenguaje como vehículo de la verdad. Algunos académicos sostienen que la verdad trasciende el lenguaje, de modo que la verdad de las Escrituras sólo puede hallarse en los pensamientos de las Escrituras más que en sus palabras. Pero, ¿esto tiene algún sentido? "Aceptar la inspiración de los pensamientos pero no de las palabras de los escritores bíblicos contradice las afirmaciones de las Escrituras, y además carece intrínsecamente de sentido. ¿Qué es un pensamiento inspirado expresado en un lenguaje no inspirado?"¹³⁴, plantea Pinnock. Si la Biblia ha sido inspirada, debe haber sido verbalmente inspirada. Y una inspiración verbal es sinónimo de infalibilidad.

Para ser precisos, existen algunas partes en las Escrituras donde la elección de una palabra puede no hacer mucha diferencia para registrar un hecho o una doctrina. La manera como están expresados algunos versículos puede ser cambiada, como lo hacen los traductores para poder transmitir el significado real a una determinada cultura. Pero también existen otros lugares donde las palabras son cruciales, y una doctrina se verá afectada si no tomamos las palabras con la seriedad que ellas se merecen. Para poder tener una Biblia que tenga autoridad, es necesario que también tengamos una Biblia verbalmente inspirada y, en consecuencia, infalible; una Biblia que sea infalible en esta cuestión como también en otras. Esta opinión está de acuerdo con las propias enseñanzas de la Biblia y con la naturaleza del lenguaje.

LA CUESTIÓN DE LOS ERRORES

Para terminar, tenemos los que pueden seguir el argumento hasta aquí, y aun estar en parte de acuerdo con las conclusiones, pero que, sin embargo, sienten que algunos "errores" han sido sacados a la luz por los "resultados irrefutables" de los académicos bíblicos. ¿Existen errores comprobados? En algunos lugares hay dificultades. Nadie cuestiona eso. Pero, ¿los académicos han podido realmente demostrar que los libros de la Biblia son falibles y que por ende fueron escritos sólo por hombres?

Hubo un tiempo, no hace mucho, cuando afirmaciones tales como esta eran expresadas por personas influyentes, sin ningún tapujo. Hace unos años casi todos los académicos y teólogos bíblicos hablaban

¹³³ John Warwick Montgomery, "Biblical Inerrancy: What Is at Stake?" en *God's Inerrant Word*, p.33.

¹³⁴ Pinnock, *Biblical Infallibility*, p. 8.

de determinados resultados o hallazgos que se suponía habrían de acabar con el concepto ortodoxo de la Biblia para siempre. Hoy, sin embargo, como cualquiera que haya tenido la oportunidad de analizar en profundidad estas cuestiones lo sabe, estas aseveraciones no ocurren con tanta frecuencia. En realidad, casi no ocurren en absoluto. ¿Por qué? Sencillamente porque, como resultado de los avances de las investigaciones arqueológicas y bíblicas, dichos resultados que se decían ser irrefutables han sido destruidos en las propias narices de quienes los sostenían.

En 2a Reyes 15:29 hay una referencia a un rey de Asiria llamado Tiglat-pileser. Se nos dice que había conquistado a los israelitas del reino del norte y había llevado a muchos cautivos. Hace sólo una generación, los académicos nos decían -todavía tenemos sus libros en nuestras bibliotecas- que este rey nunca había existido y que el relato de la derrota de Israel por parte de Asiria lindaba con la mitología. En la actualidad, sin embargo, los arqueólogos han excavado la capital de Tiglat-pileser y conocemos su historia. Se han encontrado bloques de ladrillo con su nombre grabado que rezan: "Yo, Tiglat-Pileser, rey de las tierras al occidente, rey de la tierra, cuyo reino se extiende hasta el gran mar..." El lector puede encontrar relatos de sus batallas con Israel en el libro *Ancient Near Eastern Texts Relating to The Old Testament* de James B. Pritchard. Por ese mismo entonces, algunos académicos negaban que Moisés pudiera haber escrito los primeros cinco libros de la Biblia, alegando que la escritura aún no había sido inventada en sus días, un argumento que parecía irrefutable. Desde ese entonces, sin embargo, los arqueólogos han desenterrado miles de tabletas e inscripciones escritas cientos de años antes de Moisés y aun antes de Abraham. Se conocen, en realidad, seis diferentes idiomas anteriores al período de Moisés.

En tiempos recientes también podíamos encontrar muchos que negaban que los libros históricos del Nuevo Testamento hubiesen sido escritos lo suficientemente cerca en el tiempo a los acontecimientos que relatan para ser confiables. Los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) en particular se fechaban tardíamente; y Juan, que parecía tener mucha influencia griega, se llevaba al siglo segundo de la era cristiana, y algunos académicos lo llevaban hasta el siglo tercero. Con el tiempo, sin embargo, se descubrió en Egipto un papiro que obligó a los académicos a fechar el cuarto evangelio con anterioridad al año 125 d.C., y posiblemente con bastante anterioridad a esa fecha.

Los resultados de la erudición, en lugar de desacreditar la Biblia, cada vez más confirman sus afirmaciones. No son prueba de su infalibilidad -ni toda la información podría ser capaz de hacer eso-, pero sí contribuyen a la confiabilidad de la Biblia. No revelan nada que sea incompatible con las afirmaciones de las Escrituras. La revista *Time*, en una cobertura que hizo sobre la Biblia en 1974, reconoció que,

La amplitud, sofisticación y diversidad de todas estas investigaciones bíblicas es asombrosa, pero plantea una interrogante: ¿ha convertido la Biblia en algo más creíble o menos creíble? Los que la leen de manera literal, que sienten que el piso se les mueve cada vez que un versículo es cuestionado, dirán que la credibilidad ha sufrido un golpe. Se ha sembrado la duda, la fe corre peligro.

Pero los creyentes que esperan algo distinto de la Biblia, podrán bien concluir que su credibilidad ha sido fortalecida. Después de dos siglos de enfrentarse a las armas científicas más potentes, la Biblia ha sobrevivido -y posiblemente esté en una mejor posición después de haber sido sitiada-. Aun en el campo de los críticos -los hechos históricos- las Escrituras parecen ser más aceptables ahora que cuando los racionalistas comenzaron sus ataques.¹³⁵

¹³⁵ "The Bible: The Believers Gain", *Time*, diciembre 30, 1974, p. 41.

El cristiano no debe sentir ningún temor de basarse en la Palabra de Dios, reconociéndole su autoridad del mismo modo que lo hizo el Señor Jesucristo. Podrá haber períodos en que las teorías críticas la contradicen. Los argumentos pueden parecer irrefutables, hasta tal extremo que si uno se enfrenta a ellos puede ser tildado de oscurantismo. Los sabios de este mundo dirán: "Puedes creer eso si lo deseas, pero los resultados de la crítica científica nos enseñan otra cosa". Estas cosas ya han sucedido y seguirán sucediendo. Pero los cristianos que se basan en las Escrituras verán aun durante su vida cómo se desmoronan a los pies de los académicos los resultados que se decían irrefutables, y cómo las afirmaciones de la Biblia sustentadas por el Señor Jesucristo, las creencias históricas de la iglesia, prevalecen. Hace unos años el líder de la Iglesia Anglicana, el Obispo Ryle de Liverpool, escribió: "Prefiero la teoría verbal absoluta sobre la inspiración de la Biblia, con todas las dificultades que conlleva, antes que la duda. Acepto las dificultades, y humildemente espero que se diluciden. Pero mientras espero, estoy firme sobre la roca".

CAPITULO 7: LA CRÍTICA BÍBLICA MODERNA

HA SIDO LA CRÍTICA BÍBLICA MODERNA, MÁS QUE NINGUNA OTRA cosa, lo que ha debilitado y casi destruido el alto concepto que la cristiandad tenía sobre la Biblia. Se hace por lo tanto necesario que consideremos las líneas principales de esta crítica en el transcurso de los últimos dos siglos, y que luego reflexionemos sobre ella desde una perspectiva evangélica.

LAS RAÍCES DEL CRITICISMO

El método crítico del Antiguo y el Nuevo Testamento desde un punto de vista literario no es privativo de los siglos diecinueve y veinte. Teodoro de Mopsuestia, uno de los teólogos más salientes de la escuela de Antioquía, relegó algunos salmos (como el 51, el 65 y el 127) a la época del Exilio. Durante la Edad Media, Ibn Ezra, un académico judío, declaró haber descubierto varios anacronismos en el Pentateuco. Hasta Martín Lutero aplicó una forma de crítica literaria cuando ocasionalmente se pronunció sobre la autenticidad y el valor relativo de los libros bíblicos. Pero no fue hasta entrado el siglo dieciocho, 1753, para ser exactos, cuando la alta crítica se introdujo en la escala y con el propósito como la entendemos hoy en día.

En ese año un científico y médico de la corte francesa, Jean Astruc, publicó una obra sobre las fuentes literarias del Génesis dejando establecido un método de estudio bíblico que fue masivamente aceptado, primero en Alemania, y luego por toda Europa y los Estados Unidos. Astruc observó que en el texto hebreo del Génesis se le asignan a Dios dos nombres distintos. El primero es Elohim, que aunque este nombre tiene otros significados en hebreo, se lo aplica especialmente al Ser Supremo. El otro es Jehová... el gran nombre de Dios, que expresa su esencia. Ahora bien, uno podría suponer que ambos nombres son usados indiscriminadamente como sinónimos, como un mero recurso estilístico. Esto, sin embargo, sería un error. Los nombres nunca son entremezclados; hay capítulos enteros, o partes largas dentro de un capítulo, donde siempre se usa Elohim para referirse a Dios, y otras partes igualmente numerosas, donde siempre se lo llama Jehová. Si Moisés fuera el autor del Génesis, deberíamos otorgarle esta tan extraña y rigurosa variación. Pero, ¿es posible concebir dicha negligencia en la composición de un libro tan corto como el Génesis? ¿Le impondremos a Moisés este error que ningún otro autor ha cometido? ¿No resultaría más natural explicar esta variación si

suponemos que el Génesis está compuesto por dos o tres memorias, cuyos autores asignaron diferentes nombres a Dios, uno usó Elohim, el otro Jehová, y el otro Jehová Elohim?¹³⁶

La observación de Astruc es la expresión primitiva del espíritu crítico, y ya exhibe características que pronto se convertirían en representativas de la crítica literaria. Primero, está revelando una fractura con la concepción tradicional, según la cual Moisés fue el autor del Pentateuco. Segundo, manifiesta un cambio en el objeto de estudio, del simple significado de las palabras a cuestiones tales como la autenticidad y la integridad de los libros bíblicos. Tercero, demuestra un nuevo método para proceder. Al dejar de lado el testimonio de la historia y la tradición, al menos temporalmente, esta crítica se concentra en el estilo, el vocabulario, la sintaxis, las ideas y las características de los documentos como la única base sobre la cual responder a las cuestiones de la autenticidad y la integridad.

En un principio, la obra de Astruc pasó desapercibida. Pero pocos años más tarde fue recogida por algunos académicos alemanes y fue ampliada para incluir todo el Antiguo Testamento. Johann Eichhom aplicó el enfoque de Astruc a todo el Pentateuco. Wilhelm De Wette y Edward Reuss intentaron hacer concordar estos resultados con la historia judía. Reuss concluyó que en una secuencia histórica correcta, los profetas son anteriores a la ley, y los salmos son posteriores a ambos. La obra más popular, y en cierto sentido, la obra culminante en este campo, fue la Prolegomena de Julius Wellhausen, publicada en 1878. Esta obra diseminó la hipótesis de las cuatro etapas documentarias, conocidas como la JESD (J para la fuente de Jehová, E para la fuente de Elohim, S para el código y los documentos sacerdotales, y D para el ulterior trabajo editorial de la escuela deuteronomista o deuteronomica). Wellhausen fechó la escritura de la ley con posterioridad al exilio babilónico y sólo colocó el Libro del Pacto y las más antiguas ediciones de las secciones narrativas J y E con anterioridad al siglo octavo a.C.

El cambio profundo que esto implicó está claro en las palabras de E. C. Blackman, quien encomió el logro de Wellhausen por hacer posible "el entendimiento del Antiguo Testamento en términos de una revelación progresiva... una verdadera liberación"¹³⁷. Emil G. Kraeling Señala que también "marcó el comienzo de un estudio secular y evolucionista de las fuentes del Antiguo Testamento".¹³⁸

EL JESÚS DE LA HISTORIA

En los estudios del Nuevo Testamento las energías de los críticos se han dirigido en una dirección un poco distinta: recuperar al "Jesús histórico" mediante el estudio de los orígenes de los relatos de los evangelios y el desarrollo de la teología neotestamentaria como se conserva en las epístolas paulinas y pastorales, la literatura juanina y el Apocalipsis. Pero se basan en los mismos principios, los que han sido aplicados en los estudios del Nuevo Testamento aun con mayor radicalidad que la aplicada en las investigaciones del siglo diecinueve sobre el Pentateuco.

El origen de los estudios del Nuevo Testamento según los principios del criticismo se suele adjudicar a Ferdinand Christian Baur (1792-1860), quien probó organizar el material históricamente. Hegel había desarrollado la teoría que la historia se desenvuelve pasando por la tesis, la antítesis y la síntesis. Baur

¹³⁶ Encyclopedia of Religion and Ethics, vol. 4, ed. James Hastings (New York: Charles Scribner's Sons, 1912), p. 315.

¹³⁷ E. C. Blackman, Biblical Interpretation (Philadelphia: Westminster, 1957), p. 141.

¹³⁸ Emil G. Kraeling, The Old Testament since the Reformation (New York: Harper and Brothers, 1955), p. 94.

aplicó los principios hegelianos a la historia bíblica, citando el supuesto conflicto entre la teología de Pedro y la de Pablo como evidencia de una tesis y antítesis doctrinal dentro de la iglesia primitiva. Desde el punto de vista de Baur, esto condujo a la síntesis del catolicismo primitivo. Hoy la tesis general de Baur es rechazada. Empero, logró sacudir las concepciones tradicionales con respecto a la autoría y la composición de los libros del Nuevo Testamento y llamó la atención del mundo académico hacia el redescubrimiento del Cristo histórico como el problema clave del Nuevo Testamento.

La llamada búsqueda del Jesús histórico se remonta a 1768 cuando muere Hermann Samuel Reimarus, el historiador con quien Albert Schweitzer comienza su estudio de la investigación en el siglo diecinueve. Reimarus no era un experto en el Nuevo Testamento, pero a su muerte dejó un manuscrito que iba a tener mucha repercusión. Argumentaba que los historiadores debían distinguir entre los "propósitos" de Jesús y los "propósitos" de sus discípulos; es decir, entre el Jesús de la historia y el Cristo de la predicación cristiana primitiva. Puesto a elegir entre lo que consideraba dos propósitos mutuamente excluyentes, Reimarus optó por el primero, postulando la existencia de un Jesús no sobrenatural. De acuerdo con él, Jesús predicó la venida del Reino de Dios, pero murió abandonado por Dios y desilusionado. El cristianismo era visto como el producto de los discípulos que robaron el cuerpo, proclamaron una resurrección corporal y consiguieron seguidores.

Reimarus fue un extremista y su obra muy polémica. Pero su concepción sobre el origen del cristianismo marcó las pautas para un siglo de investigaciones sobre el Jesús histórico. Al rechazar el elemento sobrenatural de los evangelios y buscar los medios para elaborarse un Jesús a su imagen, los idealistas encontraron en Jesús al hombre ideal; los racionalistas lo vieron como un gran maestro de moral; los socialistas lo consideraron como un amigo de los pobres y un revolucionario. Las más populares "vidas de Jesús", ambas por David Friedrich Strauss, rechazaban la mayor parte del material de los evangelios por considerarlos mitología; y Bruno Bauer acabó su búsqueda negando que haya existido alguna vez un Jesús histórico. Bauer explicaba todas las historias sobre Jesús como el producto de la imaginación de la comunidad cristiana primitiva.

No podemos menos que quedar impresionados aun hoy en día por la inmensa energía y talento que los académicos alemanes volcaron en su búsqueda del Jesús "original", pero los resultados fueron magros y las conclusiones a las que arribaron, equivocadas, como lo probó Schweitzer en su estudio. Los académicos habían intentado modernizar a Jesús, pero el Jesús que produjeron no era ni el Jesús histórico ni el Cristo de la Escritura.

BULTMANN Y LA MITOLOGÍA

En años más recientes, el criticismo del Nuevo Testamento se ha centrado alrededor de la obra de Rudolf Bultmann, que fuera profesor de la Universidad de Marburg, en Alemania y a quien se lo reconoce como el padre de la crítica de las formas, o la crítica formal. Mucha de las energías de Bultmann se gastaron en despojar lo que él sentía que era la "mitología" de los escritores del Nuevo Testamento: el cielo, el infierno, los milagros. Pero no estaremos comprendiendo correctamente los puntos de vista de Bultmann si nos imaginamos que el Jesús histórico real yacía debajo de la capa mitológica. De acuerdo con Bultmann lo que subyace debajo de la mitología es el entendimiento más profundo que tiene la iglesia sobre la vida, surgido de su experiencia con el Señor resucitado. Consecuentemente, no es posible saber nada de Jesús en términos históricos excepto el hecho de

que existió. Bultmann, en su libro *Jesus and the Word*, afirma: "Sabemos prácticamente poco y nada con respecto a la vida y la personalidad de Jesús".¹³⁹

Basado en el supuesto que existió un período de transmisión oral entre los años del ministerio de Cristo en la tierra y la transcripción de las tradiciones sobre él en los evangelios, Bultmann contempla una iglesia creativa, que gradualmente sobre impone su propia idea de mundo sobre lo que recibió de los tiempos y las enseñanzas de Jesús. Esta creatividad de la iglesia tuvo lugar durante una "etapa oral" en el desarrollo de la tradición. Durante este período, gran parte del material de los evangelios circuló bajo la forma de unidades orales separadas, que hoy podemos clasificar y ordenar en una secuencia temporal basado en sus formas. Bultmann, y otros de su escuela, creen que podemos inferir mucho sobre la situación de la iglesia si partimos desde estas "unidades" de evangelio. Pero no podemos aprender casi nada sobre el Jesús real e histórico. Las expresiones de fe de la iglesia primitiva, conservadas para nosotros en el Nuevo Testamento, deben ser reinterpretadas en términos existenciales si es que tienen que tener algún significado para nuestra era moderna.

Al rechazar la supuesta mitología del Nuevo Testamento, Bultmann rechaza una preexistencia literal de Cristo, su nacimiento virginal, su ser libre de pecado y su deidad, el valor de su muerte expiatoria, una resurrección y ascensión literal, y el futuro juicio de todos los pueblos. Se habla más bien de una nueva "posibilidad de existencia", queriendo significar la posibilidad de desligarse del pasado (morir con Cristo) y abrirse al futuro (resucitar con Cristo). El abrazar esta posibilidad trae consigo una liberación interior y una libertad arrolladora (la salvación).

El estudioso luterano Edgar Krentz comenta sobre las conclusiones de Bultmann:

Por un lado las Escrituras se asemejan a cualquier otro libro, un objeto de investigación histórica, que busca conocer los hechos. Pero no es posible encontrar ningún significado absoluto en los hechos. El significado sólo es posible hallarlo cuando el hombre personalmente se enfrenta a la historia y halla el significado para su propia existencia (interpretaciones existenciales). Sólo cuando el hombre no se sujeta a una concepción extraña del mundo podrá ser libre para creer. El trabajo de interpretación está determinado por esta auto comprensión, ya que la interpretación debe dar rienda libre a la fe, creación de Dios.¹⁴⁰

En resumen, de acuerdo con la escuela de Bultmann: (1) las fuentes cristianas más tempranas no muestran interés alguno en la historia y personalidad real de Jesús, (2) los documentos bíblicos son fragmentarios y legendarios, (3) no existen otras fuentes con las cuales verificar la información aportada por los escritores bíblicos, y (4) la preocupación con el Jesús histórico es en realidad destructiva para el cristianismo, ya que en lugar de conducir a la fe en Jesús como Dios, conduce al culto de Jesús, cuyos efectos se ven claramente en el pietismo.

Los puntos débiles de algunas de estas concepciones están apareciendo a la vista en algunos ámbitos. En consecuencia, el liderazgo teológico está pasando a otras manos.¹⁴¹

¹³⁹ Rudolf Bultmann, *Jesus and the Word* (New York: Charles Scribner's Sons, 1934), p.8.

¹⁴⁰ Edgar Krentz, *Biblical Studies Today: A Guide to Current. Issues and Trends* (St. Louis: Concordia, 1966), p. 16.

¹⁴¹ Partes de este material sobre la búsqueda del Jesús histórico y sobre Bultmann ya aparecieron en un artículo del autor titulado "New Vistas in Historical Jesus Research", *Christianity Today*, marzo 15, 1968, pp. 3-6.

LAS PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS

Si bien escueta, nuestra reseña del criticismo revela gran diversidad. Los puntos de vista están en constante cambio, y aun en un mismo período, los que están trabajando en áreas similares pueden contradecirse. Sin embargo, a pesar de la diversidad, existen algunas características comunes a las expresiones del criticismo. Primero tenemos el humanismo. En casi todas las formas que asume el debate moderno, las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento son tratadas como la palabra del hombre sobre Dios, más que la Palabra de Dios al hombre. Pero esto, como bien lo señala J. I. Packer, es simplemente la filosofía romántica de la religión como la presenta Friedrich Schleiermacher (1768-1834), "que el tema real de la teología no son las verdades reveladas, sino la experiencia religiosa".¹⁴² Dentro de este marco la Biblia es sólo el registro de la reflexión y acción humana en el campo de la religión. La tarea del intérprete es la de tamizar esa experiencia y evaluarla para ver la posible utilidad que pueda tener en nuestra época.

243

Debe reconocerse, por supuesto, como ya lo señalamos en capítulos anteriores, que la Biblia tiene un componente humano genuino. Por otro lado, debemos oponernos a cualquier intento por convertirla en humana en desmedro de su carácter divino. Como bien agrega Packer:

Si es necesario enfatizar una de las características en desmedro de la otra, se pierde menos si se tratan a las Escrituras simplemente como los oráculos escritos de Dios que como una mera colección de las ideas judías sobre Dios. Porque no existe ninguna razón para considerar las palabras humanas como inerrantes y con autoridad; si adoptamos el punto de vista liberal, lo que tendrá autoridad será nuestro propio juicio con respecto hasta dónde podemos confiar en ellas y hasta dónde no. Aterrizamos, sin ton ni son, en el subjetivismo.¹⁴³

Un ejemplo muy claro de dicho subjetivismo lo constituye la sección sobre "Las Escrituras" del The Common Catechism, una afirmación de fe moderna que ha recibido bastante publicidad, realizada por un grupo considerable de teólogos católicos y protestantes contemporáneos. Dice:

Todo lo que tenemos que discutir... se basa ahora en esta suposición no cuestionable de que la evidencia de la Biblia puede y debe ser examinada como la evidencia de la fe de un número de hombres y un número de generaciones... En el futuro no podemos decir: "La Biblia es la palabra de Dios". Aun decir que "la palabra de Dios está en la Biblia" sería erróneo, si con esto queremos significar que un conjunto de afirmaciones de la Biblia son puramente humanas y el resto son la palabra de Dios. Debemos decir algo según estas líneas: "La Biblia no es la palabra de Dios, sino que se convierte en la palabra de Dios para quienquiera que cree en ella como la palabra de Dios". Esto suena peligroso...¹⁴⁴

Y llegado este punto, realmente debemos decir que sí suena peligroso. La segunda característica común al criticismo es su naturalismo, expresado en la creencia de que la Biblia es el resultado de un proceso evolutivo. Tenemos evidencia de esta creencia en los estudios del Antiguo Testamento, en la

¹⁴² J. I. Packer, "Fundamentalism" and the Word of God (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1960), p. 148.

¹⁴³ Ibid.

¹⁴⁴ The Common Catechism: A Book of Christian Faith, eds. Johannes Feiner and Lukas Vischer (New York: The Seabury Press, 1975), p. 101.

forma como se desarrolló la teoría documentaria del Pentateuco. Esta creencia también resulta evidente en la crítica de las formas, de Bultmann, ya que todo depende del desarrollo gradual que la iglesia primitiva tuvo de su comprensión de la realidad y de cómo conservó este desarrollo en diversas etapas mediante las tradiciones escritas. Se presupone que el entendimiento primitivo y temprano de Dios y la realidad dieron lugar más tarde a concepciones más desarrolladas. Estas ideas llamadas primitivas pueden ser rechazadas a favor de ideas más modernas. Así es que podemos desestimar los milagros. También, de acuerdo con este punto de vista, podemos excluir de la religión del Nuevo Testamento conceptos tan crudos como son la ira de Dios, el sacrificio, y la Segunda Venida del Señor.

La tercera característica común del criticismo se basa en las primeras dos. Si las personas y sus ideas cambian, como especulan las hipótesis evolutivas, entonces seguirán cambiando; y han cambiado desde que se escribieron los últimos libros de la Biblia; en consecuencia, debemos ir más allá de las Escrituras para comprender la humanidad y la verdadera religión. Hay muchos ejemplos de esta actitud, particularmente en algunos sermones muy populares donde se presentan abiertamente los puntos de vista de pensadores seculares y se dejan en el olvido los puntos de vista opuestos de los escritores bíblicos.

UNA RESPUESTA AL CRITICISMO

¿Qué podemos decir en respuesta a este enfoque popular y generalizado? Hay dos perspectivas. Por un lado, hay un área neutral en donde cualquiera puede hacer uso al menos de algunas partes del método crítico. Puede usarse para iluminar el elemento humano en los escritos bíblicos. Podemos concentrarnos en las palabras y los distintos usos que éstas tienen, la situación histórica en que ocurrieron los escritos, y las características particulares que tienen los distintos libros de la Biblia. Tenemos, además, la arqueología y la historia secular paralela que pueden servir para aclarar los textos. El uso del método crítico en estas áreas y de esta manera puede resultar muy valioso. Por otro lado, los más conocidos exponentes del método crítico han procedido basados en presuposiciones inaceptables para cualquier teólogo bíblico verdadero, y por lo tanto podemos considerar que el método en sus manos ha sido un rotundo fracaso.

Primero, los usuarios del método crítico reclaman el derecho a realizar un análisis científico de la información bíblica. Pero se toman vulnerables, no cuando trabajan científicamente, sino cuando no trabajan en forma lo suficientemente científica. Los críticos literarios negativos parten de la base que tienen derecho a examinar la Biblia de manera idéntica como lo harían con cualquier otra literatura secular. Pero, ¿es válido enfocar las Escrituras como nada más que una colección de escritos seculares? ¿Acaso es científico o inteligente desestimar el hecho de que los libros declaran ser el resultado de "la exhalación" de Dios? ¿Se puede posponer tomar una decisión sobre este asunto mientras se emprende el examen de los libros? Si los libros realmente provienen de Dios, ¿la naturaleza misma de ellos no limitará las opciones críticas? Resulta tanto fútil como erróneo negarles a los críticos el derecho a examinar los textos bíblicos. Lo harán de cualquier modo, se les pida o no. Además, si las Escrituras son la verdad, deben permanecer firmes frente a los embates de cualquier método crítico; no debemos cometer el error de los fundamentalistas del siglo diecinueve que reclamaban una exención para la Biblia. Por otro lado, debemos sostener que cualquier método crítico también tiene que tomar en consideración la naturaleza del material a su disposición. En el caso de la Biblia, la crítica debe aceptar su premisa de ser la Palabra de Dios o, de lo contrario, ofrecer razones

satisfactorias para rechazarla. Si la Biblia es la Palabra de Dios, como dice serlo, entonces la crítica debe incluir un entendimiento de la revelación en su proceder metodológico.

El fracaso de la crítica para entender esto resulta evidente en su intento por divorciar el Jesús de la historia del Jesús de la fe. Si Jesús fuera sólo un ser humano y la Biblia no fuera más que un libro humano, esto sería posible. Pero si Cristo es divino y la Biblia es la Palabra del Padre sobre él, entonces la crítica tiene la obligación de reconocer que la naturaleza de los Evangelios implica una interpretación divina y segura de la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios. Con una firme apreciación de la Biblia como revelación, la crítica literaria estaría libre, por un lado, de cualquier acusación de irreverencia y abuso; y, por otro lado, de un optimismo gratuito e infundado que colocaría la solución a todos los problemas bíblicos al alcance de la mano.

Este mismo fracaso también resulta evidente en el tratamiento crítico de la Biblia como el resultado de un proceso humano evolutivo, según el cual una parte de las Escrituras puede fácilmente contradecir a otra. Si la Biblia realmente procede de Dios, éstas no serán contradicciones sino revelaciones complementarias y progresivas de una verdad.

Segundo, al no haber podido aceptar la Biblia por lo que verdaderamente es, los críticos negativos inevitablemente caen en el error cuando prosiguen basándose en las otras premisas. Es así como, finalmente, salen a relucir sus propias debilidades inherentes. Un ejemplo claro de esto es la vieja búsqueda por el Jesús histórico que, como ya lo señalamos, simplemente hizo que el intérprete moldeara al Jesús histórico a su imagen. Otro ejemplo lo constituye Bultmann quien, aunque una vez supo gozar de un renombre casi legendario, hoy ha sido abandonado por sus seguidores.

Ellos preguntan: Si, -como dice Bultmann-, lo único que necesitamos saber de la historicidad de la fe cristiana es sólo que Jesucristo fue "algo", su mera existencia, entonces, ¿por qué necesitamos saber siquiera eso? ¿Por qué fue necesaria la Encarnación? Y si no fue realmente necesaria, o si es imposible demostrar por qué fue necesaria, ¿qué impide que la fe cristiana se degenere y confunda con el reino de las ideas abstractas? Y, en dicho caso, ¿qué será lo que diferenciará su concepto de Encarnación del docetismo o de un mito de redención gnóstico? Ernst Kaesemann de Marburg, contra quien arremetía Bultmann, planteó estas tres preguntas en una ya famosa ponencia a los ex estudiantes de Marburg en 1953. El razonaba: "No podemos desterrar la identidad entre el Señor exaltado y el Señor terrenal sin caer en el docetismo y privándonos de la posibilidad de trazar una línea entre la fe pascual de la comunidad y el mito".¹⁴⁵ Unos años más tarde Joachim Jeremías expresó una advertencia similar. "Corremos el riesgo de renunciar a la afirmación 'la Palabra se hizo carne' y abandonar la historia de la salvación, la actividad de Dios en el Hombre Jesús de Nazaret y en Su Mensaje; corremos el peligro de acercarnos al docetismo, en el que Cristo se convierte en una idea".¹⁴⁶

Aun los partidarios de Bultmann deben hallar algo incongruente en que su *Theology of the New Testament* asigne únicamente treinta páginas a las enseñanzas de Jesús, mientras le dedica más de cien páginas a un relato imaginario de la teología de las así llamadas comunidades helénicas, de las que nada sabemos.

¹⁴⁵ Ernst Kaesemann, *Essays on New Testament Themes* (London: SCM Press, 1964), p.34

¹⁴⁶ Joachim Jeremías, "The Present Position in the Controversy concerning the Problem of the Historical Jesus", *The Expository Times*, vol. 69, 1957-58, p. 335.

Bultmann ha minimizado tanto la dependencia que la iglesia primitiva sentía hacia Jesús como maestro, como el interés por los hechos de la vida de Jesús. Si bien es cierto, como razona Bultmann, que los documentos bíblicos se centran principalmente en la identidad de Jesús como el Mesías y en la revelación que él trae del Padre, no es menos importante notar que este entendimiento toma cuerpo en los evangelios, y no en tratados teológicos o mitologías cósmicas (tal el caso del gnosticismo). Su estructura es histórica. Es más, cada versículo de los evangelios parece declarar a voz en cuello que el origen de la fe cristiana yace, no en una iluminación repentina de los primitivos cristianos o en una experiencia religiosa evolutiva sino, en los hechos relativos a Jesucristo: su vida, su muerte, y, en especial, su resurrección. Incluso el querigma declara los acontecimientos históricos, ya que fue Jesús de Nazaret quien murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con las Escrituras (1 Co. 15:3-4).¹⁴⁷

Una tercera objeción a este tipo de criticismo, y la más importante, es que estos críticos tienen un dios muy pequeño. No niegan la existencia de Dios, pero minimizan su habilidad y su presencia. Puede hablar a los individuos, pero no puede garantizar el contenido de esa revelación o preservarla en una forma escrita y fidedigna. Puede intervenir en la historia, pero no puede actuar milagrosamente. ¿Pueden ocurrir los milagros? Si pueden ocurrir, entonces gran parte de lo que los críticos tildan de mitológico puede haber sido histórico. Si pueden ocurrir, el Dios de los milagros es capaz de brindarnos una revelación con autoridad e infalible.

A pesar de toda su pretendida objetividad, la crítica moderna no puede eludir las preguntas más importantes: ¿Existe Dios? ¿El Dios de la Biblia es el Dios verdadero? ¿Se reveló Dios en la Biblia, y en Jesús de Nazaret como el punto focal de la revelación escrita? Si, como ha sido sugerido, es necesario que la crítica estudie la naturaleza del material, y que particularmente analice las afirmaciones de la Biblia cuando dice ser la Palabra de Dios, así como las palabras escritas por distintas personas, entonces también debe responder a la pregunta que involucra rechazar o responder a la fe.

Cuando la crítica se enfrenta al hecho que el retrato de Jesús que aparece en los evangelios convierte al hombre humilde de Nazaret en el Hijo de Dios, debe entonces preguntarse si esta interpretación es la correcta, y si lo es, debe aceptar sus enseñanzas. Cuando se enfrente con las afirmaciones que la Biblia hace con respecto a su propia naturaleza, debe preguntarse y responder si la Biblia constituye la revelación expresa de Dios. Si la respuesta a estas preguntas es "Sí", entonces surgirá un nuevo tipo de crítica. Esta nueva crítica analizará las afirmaciones bíblicas partiendo de la base que son ciertas y no equivocadas, buscará afirmaciones complementarias en lugar de contradicciones, y percibirá la voz de Dios (como también la voz de las personas) de principio a fin. Dicha crítica será juzgada por las Escrituras y no las Escrituras por la crítica.

CAPITULO 8: CÓMO INTERPRETAR LA BIBLIA

"ALGUNOS LIBROS SON PARA SER PROBADOS, OTROS PARA SER tragados, y algunos pocos para ser masticados y digeridos; o sea, algunos son para ser leídos sólo en partes; otros son para ser

¹⁴⁷ Parte de esta crítica sobre Bultmann apareció en "New Vistas in Historical Jesús Research", pp. 3-6.

leídos, pero no por mera curiosidad; y algunos pocos para ser leídos en su totalidad, con diligencia y atención".¹⁴⁸

Cuando el ensayista inglés del siglo diecisiete, Sir Francis Bacon, escribió estas palabras no estaba pensando sólo en la Biblia. Pero de lo que no queda ninguna duda es que si la amonestación "para ser leído con diligencia y atención" debe ser aplicada a algún libro, este es la Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento, que es la Palabra de Dios. La Biblia es una forma de la revelación que Dios, en su gracia, realiza de sí mismo a los hombres y las mujeres. Debemos tratarla con cariño. Lo que nos impulsa a estudiarla con diligencia será nuestro amor a Dios más un deseo por conocerle mejor para poder obedecer sus órdenes expresas.

Pero aquí se plantea un problema. Si la Biblia es el libro de Dios, que nos fue entregado durante un período de cerca de mil quinientos años por más de cuarenta autores humanos, se trata de algo completamente distinto a cualquier otro libro que alguna vez hayamos visto. Los principios de estudio a seguir, por lo tanto, debieran ser diferentes. ¿Deberán ser diferentes? Si es así, ¿cómo deberán ser? ¿Deberíamos considerar a la Biblia espiritualmente -es decir, en un sentido místico o mágico? Los que encaran la Biblia de esta manera suelen acabar persuadidos de forma extraña e irracional. ¿O, más bien, deberíamos leerla de una manera puramente natural -es decir, como leeríamos cualquier otro libro? Este último curso parece ser el apropiado, pero es también el propósito del criticismo naturalista que hemos criticado tan enfáticamente. ¿Cuál debería ser el enfoque del lector cristiano o del académico cristiano?

Las respuestas las encontramos en las cuatro verdades más fundamentales sobre la Biblia, las que ya hemos cubierto en los capítulos anteriores: (1) la Biblia tiene un verdadero autor, Dios; (2) la Biblia nos fue entregada por canales humanos; (3) la Biblia tiene un propósito unificador, el llevarnos a un conocimiento obediente y reverente del verdadero Dios; y, (4) para entender la Biblia necesitamos de la actividad sobrenatural del Espíritu Santo, cuya tarea consiste en interpretar las Escrituras. Los principios esenciales para estudiar la Palabra de Dios están implícitos en estas cuatro proposiciones.

UN LIBRO, UN AUTOR, UN TEMA

Primero, la Escritura tiene un solo autor, Dios. Si bien es cierto que la Biblia llegó a nosotros por medio de canales humanos, más importante resulta el hecho que la Biblia en su totalidad y en cada una de sus partes proviene de Dios. Superficialmente, una persona puede considerar a la Biblia como una colección miscelánea de escritos, en cierto modo encadenados por los accidentes de la historia. Pero la Biblia no es sólo una colección. Como lo afirma J. I. Packer es "un solo libro con un solo autor -Dios el Espíritu, y un solo tema -Dios el Hijo, y los propósitos salvíficos del Padre, que giran en torno a él".¹⁴⁹

La autoría de la Biblia nos conduce a dos principios de interpretación: el principio de la unidad y el principio de la no contradicción. Juntos significan que si la Biblia es verdaderamente de Dios y si Dios es un Dios de verdad (como lo es), entonces, (1) las distintas partes del libro deben complementarse

¹⁴⁸ Francis Bacon, "Of Studies," *Essays or Counsels Civil and Moral* en *Selected Writings of Francis Bacon*, ed. Hugh G. Dick (New York: Modern Library, 1955), p. 129.

¹⁴⁹ Packer, "Fundamentalism" and the Word of God, p. 84.

mutuamente para contar una historia, y (2) si dos partes parecen estar en oposición o ser contradictorias, nuestra interpretación de una de esas partes o de ambas debe ser errónea. Podemos hasta decir que si un académico está malgastando sus esfuerzos para remarcar las contradicciones del texto bíblico y no las trasciende para demostrar cómo pueden ser resueltas, no está demostrando ni su sabiduría ni su honestidad, sino más bien su fracaso como intérprete de la Palabra de Dios.

Muchos podrán afirmar que intentar encontrar unidad donde, según ellos dicen, no hay unidad es ser deshonestos. Pero el problema es en realidad uno de interpretación y presuposiciones.

Podemos tomar el tema de los sacrificios como un ejemplo. Todos reconocen que aunque los sacrificios juegan un papel importante en el Antiguo Testamento, luego no son enfatizados en el Nuevo Testamento. ¿Por qué es esto? ¿Cómo debemos considerarlos? Y aquí alguien propone su idea de una conciencia religiosa evolutiva. Presupone que los sacrificios fueron importantes en las formas religiosas más primitivas; que deben ser explicados por el temor que los individuos sentían hacia los dioses o hacia Dios. Dios es imaginado como un ser caprichoso, una deidad vengativa, a quien los adoradores buscan aplacar con un sacrificio. Esto parece ser la idea general del sacrificio en las religiones paganas de la antigüedad. Se supone que también es así para la religión de los antiguos pueblos semitas.

Con el tiempo, sin embargo, dicha concepción primitiva de Dios da lugar a un concepto más evolucionado sobre él. Dios es visto ahora no tanto como un Dios de ira y de antojos caprichosos, sino como un Dios de justicia. Y entonces la ley comienza a tener un sitio más prominente, para finalmente acabar reemplazando el sacrificio del centro de la religión. Por último, los adoradores alcanzan el concepto de Dios como un Dios de amor y, llegado este punto, el sacrificio desaparece por completo. Quienquiera que piense de esta manera podría fijar el punto de giro en la venida de Jesucristo y sus enseñanzas. Por lo tanto, hoy en día consideraría que tanto los sacrificios, como la idea de la ira de Dios, son conceptos anticuados, ya superados.

Por el contrario, otra persona (un evangélico estaría dentro de esta categoría) podría acercarse al material con unas presuposiciones completamente distintas y, por lo tanto, produciría una interpretación completamente diferente. El, o ella, comenzaría tomando nota que el Antiguo Testamento realmente nos dice bastante sobre la ira de Dios. Pero se daría cuenta que este elemento apenas es eliminado en la medida que se recorre la Biblia, y ciertamente no es eliminado en el Nuevo Testamento. Es uno de los temas importantes de Pablo, por ejemplo. Surge con claridad en el libro de Apocalipsis, donde leemos sobre la justa ira de Dios que finalmente se derrama contra los pecados de una raza rebelde e incrédula. Con respecto propiamente a los sacrificios, es cierto que las iglesias del Nuevo Testamento no realizan más los sacrificios detallados del sistema del Antiguo Testamento. Pero su desaparición no es porque una concepción primitiva de Dios haya evolucionado para convertirse en una concepción más avanzada, sino porque el gran sacrificio de Jesucristo completó y puso fin a todos los sacrificios, como sostiene la epístola a los Hebreos.

Para dicha persona la solución no se encontrará en una concepción evolutiva de Dios; para dicha persona, Dios es siempre el mismo -un Dios de ira hacia el pecado, un Dios de amor hacia el pecador. La solución se hallará en la revelación progresiva que Dios hace de sí mismo a la humanidad, una revelación en la cual el propósito de los sacrificios (para los cuales Dios da instrucciones explícitas) es enseñar la naturaleza grave del pecado y la manera en que Dios siempre se propuso salvar a los pecadores. Los sacrificios del Antiguo Testamento señalan a Cristo. Juan el Bautista puede decir, refiriéndose a una parte del sistema de sacrificios de la vida antigua judía que todos podían

comprender: "¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" (Jn. 1:29). Y Pedro puede escribir: "sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 P. 1:18-19).

En este ejemplo, como en todos los demás casos de interpretación bíblica, la información es la misma. La única diferencia es que una interpretación se acerca a las Escrituras buscando contradicciones y desarrollo; la otra interpretación, en cambio, se acerca a las Escrituras creyendo que Dios las ha escrito y por lo tanto en busca de unidad, permitiendo que un pasaje ilumine a otro pasaje. La Confesión de Fe de Westminster afirma: "La regla infalible para la interpretación de la Escritura es la Escritura misma: y por lo tanto, cuando hay alguna incógnita sobre el verdadero y cabal sentido de una parte de la Escritura (que no son varias sino una sola) debe buscarse y ser comprendida mediante otras partes que hablan con más claridad"(I, ix).

EL FACTOR HUMANO

Una segunda verdad sobre la Biblia es que nos ha sido legada mediante canales humanos, si bien Dios es la fuente originaria de las Escrituras. Este factor humano no significa que la Biblia entonces está sujeta a error, como casi todos los libros humanos lo están. Significa, empero, que todos los principios fundados de interpretación deben ser usados para estudiar la Biblia, de la misma manera que se usarían para estudiar cualquier otro documento antiguo. El camino a la mente de Dios es mediante la mente del autor humano, a quien él utilizó como canal. En consecuencia, la única manera apropiada para interpretar la Biblia es descubrir lo que los portavoces humanos de Dios querían expresar.

Es necesario que cualquier interpretación considere cada afirmación bíblica en su contexto; o sea, dentro del contexto del capítulo, del libro y, por último, de toda la Palabra de Dios. Entender el contexto es una necesidad obvia para la interpretación de cualquier documento. Una afirmación expresada fuera de su contexto suele ser equivocada. Pero en especial, debemos estar en guardia de no caer en este error al interpretar la Biblia; ya que las personas que creen en la Biblia tienen las palabras de las Escrituras en tan alta estima que algunas veces las elevan en detrimento del contexto. Frank E. Gaebelein, el autor de un valioso libro de interpretación bíblica, dice:

Al reconocer que la Biblia es la Palabra inspirada por Dios, el lector devoto le asigna una importancia peculiar a cada una de sus afirmaciones. Esta reverencia es digna de encomio, pero cuando se reduce a la práctica de tomar versículos aislados como prueba de cualquier cosa, se convierte entonces en algo positivamente peligroso. Si este fuera un método serio de interpretación, sería posible encontrar apoyo bíblico para casi todos los crímenes habidos y por haber, para las borracheras y los asesinatos, para la mentira y el engaño.¹⁵⁰

La Biblia misma nos habla de la necesidad de una interpretación adecuada. "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Ti. 2:15). En este versículo la palabra traducida "que usa bien" significa literalmente "que corta derecho" o "que usa correctamente".

¹⁵⁰ Frank E. Gaebelein, *Exploring the Bible: A Study of Background and Principles*

También tenemos necesidad de considerar el estilo del material y luego interpretarlo dentro de ese marco. Las consideraciones de estilo son de particular importancia al estudiar la literatura poética, como el libro de los Salmos, el de Proverbios, Job y aun partes del material profético. Los libros poéticos suelen emplear con frecuencia símbolos o imágenes; estas metáforas pueden malinterpretarse si son tomadas literalmente. El Apocalipsis no debe ser tomado literalmente en todas sus partes como, por ejemplo, la visión de Jesús en los versículos iniciales. El resultado de una interpretación literal es una monstruosidad; tendríamos una figura que es completamente blanca, que tiene cabello como la lana, los ojos como fuego, los pies como bronce caliente y refulgente, una espada que sale de su boca, con siete estrellas en su mano derecha. Por otro lado, cuando descubrimos que cada uno de estos elementos tiene una imagen asociada con Dios en el Antiguo Testamento, entonces la visión nos brinda un retrato de Jesús como siendo uno con Dios el Padre en todos sus atributos: santo, eterno, omnisciente, omnipresente, revelador y soberano.

El estilo también es significativo en las parábolas del Nuevo Testamento. El uso de las parábolas era una método especial de enseñanza y así es como debe ser reconocido. Una parábola suele servir para ilustrar uno, o como mucho, unos pocos puntos principales. En consecuencia, es un error encontrar una aplicación para cada detalle de la historia. Por ejemplo, resulta ridículo intentar asignarle un significado a las algarrobas, los cerdos y otros detalles de la historia del hijo pródigo.

En tercer lugar tenemos necesidad de considerar el propósito para el cual un pasaje en particular fue escrito.

En otras palabras, debemos considerar su alcance. Gaebelien escribe: La Biblia tiene un único gran propósito. Nos fue entregada para revelar el amor de Dios manifestado en la provisión divina de la salvación mediante nuestro Señor Jesucristo. Este es su objetivo, y una interpretación seria nunca debe perder de vista este objetivo. En consecuencia, es un error serio y equivoco considerar la Biblia como una fuente de estudio para la ciencia, la filosofía, o cualquier otro tema que no sea el tema central de la Deidad en relación con la humanidad. Después de todo, la Escritura tiene su propio alcance, un alcance que está determinado no por los escritores individuales, aunque fueron inspirados, sino por el Autor divino de todo el libro. No se puede pretender que la Biblia se expida en todos los campos del conocimiento fuera del alcance delineado por el propósito divino del libro.¹⁵¹

Esto se puede aplicar obviamente a las referencias que parecen haber molestado tanto a Rudolf Bultmann, donde se supone que el cielo está "allá arriba" y el infierno "debajo" de nuestros pies. Nuevamente aquí, debemos considerar el propósito y el alcance de la Biblia en aquellos pasajes sobre los huesos que gimen, las entrañas que añoran, los riñones que instruyen y los oídos que juzgan. Se suele decir que estas referencias revelan una noción equivocada del universo y de la fisiología humana, pero esto es absurdo. Lo único que muestran es que los escritores bíblicos escribieron en el lenguaje de su época, para poder ser entendidos. Su uso de tales expresiones no es menos científico que expresiones tales como "flotar en el aire", "tengo un nudo en mi garganta", "en lo profundo de mi corazón" y otras.

No siempre es fácil determinar cuando un pasaje está usando un lenguaje literal y cuando está utilizando un lenguaje figurativo, por supuesto; entonces, debemos ser muy cuidadosos. Lo primordial

¹⁵¹ (Wheaton, Ill.: Van Kampen Press, 1950), p. 134. 4. Ibid., pp. 138-139.

es ser conscientes del problema y buscar conscientemente el verdadero alcance del pasaje. Al seguir este propósito podemos hacernos preguntas tales como las siguientes: ¿para quién fue escrito? ¿Quién lo escribió? ¿Cuándo fue escrito? ¿Qué es lo que dice?

Una cuarta necesidad la constituye el prestar toda la atención posible al significado de las palabras individuales. Es posible que Dios pueda pensar sin palabras u otros símbolo, pero es bien cierto que no es así en nuestro caso. Como consecuencia, el significado de las palabras y el uso individual de ellas es de suma importancia. Cuando no las tomamos en consideración, inevitablemente malinterpretamos.

Es obvio que los estudiantes de la Biblia no deben dejar de prestar atención al significado preciso de las palabras bíblicas. Los estudios de las palabras mismas pueden ser muy gratificadores; palabras como "fe", "salvación", "justicia", "amor", "espíritu", "gloria", "iglesia", y muchas otras son fascinantes.

Estos puntos pueden ser resumidos en lo que se ha venido a llamar el método histórico-literar de interpretación bíblica. Este método significa simplemente, en las palabras de Packer, que "el sentido natural y propio de cada pasaje (es decir, el sentido intencionado del escritor) debe ser considerado fundamental". El punto de partida es el significado intencionado de las palabras en su propio contexto y en el habla del autor u orador original.

En otras palabras, las afirmaciones de las Escrituras deben ser interpretadas a la luz de las reglas de la gramática y el discurso, por un lado; y de su propio lugar en la historia, por el otro. Esto es lo que sería de esperar según la naturaleza del caso, sabiendo que los libros bíblicos se originaron como documentos ocasionales, dirigidos a un público contemporáneo; y está ejemplificado en la exposición que el Nuevo Testamento hace del Antiguo Testamento, donde brilla por su ausencia la alegorización antojadiza practicada por los filisteos y los rabinos.¹⁵²

El principio se basa en el hecho de que la Biblia es la Palabra de Dios en lenguaje humano. Significa que las Escrituras deben interpretarse en un sentido natural, y que no debe permitirse que las preferencias teológicas y culturales oculten el significado fundamental.

RESPONDIENDO A LA PALABRA

Tercero, la Biblia nos fue entregada por Dios para provocar una respuesta personal en nosotros. Si no permitimos que esto suceda, inevitablemente la estaremos usando mal (aun cuando la estudiamos) y podremos malinterpretarla.

En cierta oportunidad Cristo le dijo a los líderes judíos de su día: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida. Gloria de los hombres no recibo. Más yo os conozco, que no tenéis el amor de Dios en vosotros. ...Cómo o podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único? (Jn. 5:39-42,44).

Nadie podría acusar a los judíos de la época de Cristo de tener una baja opinión sobre las Escrituras, ya que las tenían en muy alta estima. Tampoco se les podría inculpar de una falta de estudio metódico. Los judíos estudiaban las Escrituras. Las apreciaban. Sin embargo, su alto aprecio por las

¹⁵² Packer, "Fundamentalism" and the Word of God, pp. 102-3.

Escrituras había pasado por alto la intención de las Escrituras: sus vidas no habían sido transformadas. Si bien gozaban del aplauso humano por su conocimiento detallista de la Biblia, no habían obtenido la salvación.

En el evangelio de Juan se nos narra sobre la curación de un hombre que había nacido ciego. La historia gira sobre el hecho de que, como todos, también estaba espiritualmente ciego antes que Cristo lo tocara. Después, adquirió la vista espiritual.

Cuando el hombre fue sanado, tuvo un conflicto con las autoridades judías. Estas conocían a Jesús, pero no le creían. Es más, no creían en él por su actitud hacia las Escrituras. Para ellos, la revelación registrada en el Antiguo Testamento era un fin en sí misma. Nada podía ser agregado y nada era necesario. Ellos decían: "Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a éste, no sabemos de dónde sea" (Jn. 9:29). El hombre que había sido sanado no intentó competir con ellos en materia de dominio del Antiguo Testamento, pero les señaló el hecho incuestionable de su curación, y concluyó diciéndoles que "si éste no viniera de Dios, nada podría hacer" (vs. 33). Al tratar al Antiguo Testamento como un fin en sí mismo, los judíos lo estaban pervirtiendo en realidad y el verdadero significado se les escapaba. No podían entender que la ley del Antiguo Testamento (que vino por intermedio de Moisés) estaba testificando precisamente sobre Jesús.

Lo mismo vuelve a suceder cuando una persona compra una hermosa Biblia para colocarla en un sitio de honor en su casa pero no la lee. ¿Por qué hacen tales cosas las personas? En sus mentes, la Biblia es algo especial. Tienen reverencia por la Biblia. Pero su creencia no es más que superstición. Como resultado, nunca la leen y nunca entran en contacto con su Autor.

Jesús dijo que conoceríamos la verdad sobre él sólo si hacemos su voluntad, si permitimos que las verdades que encontramos en las Escrituras nos transformen. Él dijo: "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" (Jn. 7:17). No podemos suponer que seremos capaces de comprender en su totalidad un pasaje de las Escrituras si no estamos dispuestos a ser transformados por él.

EL TESTIMONIO INTERIOR DEL ESPÍRITU

Por último, tenemos el testimonio interior del Espíritu que nos testifica sobre la verdad de la Palabra de Dios. En este punto las Escrituras hablan de forma sucinta. No sólo el Espíritu Santo intervino activamente en la redacción de los libros bíblicos, sino que también participa activamente en transmitir la verdad de la Biblia a las mentes de los que la leen. Pablo escribe: "Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual" (1 Co. 2:12-13). La Biblia trata temas espirituales, y por lo tanto, se requiere de la actividad del Espíritu Santo para poder entenderlos. El Espíritu Santo es el maestro de los cristianos. Él es quien hace brotar la nueva vida en los que escuchan el evangelio.

Debemos orar cuando estudiamos las Escrituras, y debemos pedirle al Espíritu Santo que ilumine nuestros corazones. La presencia del Espíritu no está para que un estudio cuidadoso y diligente de la Palabra de Dios sea innecesario. Está para que nuestro estudio sea efectivo. Dios habla en la Biblia. Debemos permitirle hablar, y debemos escuchar lo que nos dice. Un día, en plena Reforma, a Martín Lutero se le solicitó un autógrafo en la contratapa de una Biblia, como solía suceder luego de la

publicación de su traducción. Tomó la Biblia y escribió la cita de Juan 8:25. "¿Tú quién eres? .. Lo que desde el principio os he dicho". Y Lutero agregó:

Ellos..., desean saber quién es él y no considerar lo que tiene para decir, mientras que él desea que ellos primero le escuchen; y luego sabrán quién él es. La regla es: Escuchar y permitir que la Palabra sea quien comience; luego vendrá el conocimiento. Sin embargo, si no escuchamos, nunca conoceremos nada. Ha sido decretado: Dios no puede ser visto, conocido o entendido sino sólo mediante su Palabra. Por lo tanto, cualquier cosa que uno tome por salvación fuera de la Palabra de Dios es en vano. Dios no responderá a eso. No lo aceptará. No lo tolerará de ninguna manera. Por lo tanto, encomiendo este Libro, en el que él habla con nosotros; ya que él no permitió que fuera escrito sin ningún propósito. No quería que lo dejáramos descansando en el olvido, como si estuviera hablando con los ratones debajo del banco o con las moscas en el púlpito. Debemos leerlo, meditar, hablar sobre él, y estudiarlo, convencidos de que él mismo (no un ángel o una criatura) está hablando con nosotros.¹⁵³

Aquel que lee la Biblia en oración, con meditación y con el corazón abierto, descubrirá que es la Palabra de Dios y que es "útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Ti. 3:16-17).

CAPITULO 10: DIOS EN TRES PERSONAS

EN EL CAPÍTULO ANTERIOR DISTINGUÍ ENTRE LOS ATRIBUTOS DE Dios que nosotros en parte compartimos entre los que están el amor, la sabiduría, el poder, y aquellos que son privativos de él. Los primeros los podemos comprender; los segundos, no podemos comprenderlos. Hasta cierto punto podemos entender lo que significa la autoexistencia, la autosuficiencia y la eternidad de Dios. Podemos expresarlos negativamente, diciendo que Dios no tiene origen, no necesita de nada ni de nadie, que nunca cesará de existir y que no cambia. Pero no podemos comprender lo que significan en sí y de por sí. Por lo tanto, ya nos mueven a la humildad las primeras respuestas a quién es Dios y cómo es.

El Capítulo once estudiará los atributos que son más fáciles de comprender. Pero primero, vamos a considerar otra área problemática: La Trinidad -Dios, aunque es uno, existe sin embargo en tres personas, Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. La palabra Trinidad no figura en la Biblia. Viene de la palabra latina trinitas que significa "triplicidad". Pero aunque la palabra no figura en la Biblia, la idea trinitaria se encuentra allí, y es muy importante. Es importante porque no puede haber ninguna bendición verdadera sobre nosotros o sobre nuestra tarea si nos desinteresamos de alguna de las personas de la Divinidad.

Para las mentes de algunas personas, la dificultad de comprender cómo Dios puede ser uno y tres al mismo tiempo es razón suficiente para rechazar la doctrina de plano. Dichas personas no pueden comprender la doctrina de la Trinidad y por lo tanto la niegan. Muchas veces argumentan que la teología debe ser "sencilla", porque lo sencillo es hermoso. Dios es hermoso y por lo tanto debe ser sencillo, y así continúan con su argumento. Pero esto no es comprender ni la realidad ni la naturaleza de Dios como se nos revela en la Biblia.

¹⁵³ Lutero, What Luther Says: An Anthology, vol. I, p. 81.

¿Por qué tiene que ser sencilla la realidad? C. S. Lewis ha señalado acertadamente en *Mere Christianity* que la realidad, por el contrario, suele ser extraña. "No es ordenada, ni obvia, ni lo que cabría esperar.... La realidad suele ser por lo general algo que uno nunca se hubiera imaginado".¹⁵⁴ Esto es cierto para las cosas más comunes, como una mesa o una silla. A simple vista parecen sencillas, pero si nos ponemos a hablar sobre los átomos que las componen y las fuerzas que mantienen a esos átomos unidos, aun estas cosas tan "sencillas" resultan muy difíciles de comprender. Y hay cosas mucho más complejas que resultan incluso más difíciles de comprender. Así, el carpintero que construyó la silla es más complicado que el objeto que ha construido, y Dios, que hizo al carpintero, debería ser lo más complejo e incomprensible de todo lo que hay.

TRES PERSONAS

Dios nos ha revelado algo de su complejidad en la doctrina de la Trinidad. Todo lo que conocemos sobre la Trinidad lo sabemos sólo a través de la revelación que Dios realiza en la Biblia, y aun así no la conocemos bien. Además, tenemos tanta facilidad para equivocarnos en esta materia que debemos ser extremadamente cuidadosos de no excedernos ni malinterpretar lo que encontramos en las Escrituras.

Lo primero que debemos decir es que los cristianos creen, al igual que los judíos, que Dios es uno. Como los cristianos también creen en la Trinidad han sido equivocadamente acusados de creer en tres dioses, a manera de un politeísmo. Es verdad que los cristianos ven una pluralidad en la Divinidad, porque Dios mismo nos revela que esta pluralidad existe. Pero esto no es politeísmo. Los cristianos, como los judíos creyentes, son monoteístas. Es decir, creemos en un Dios. Podemos recitar al unísono con los judíos:

Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas. (Dt. 6:4-9)

Aquí, en este lenguaje tan claro, tenemos la enseñanza de que Dios es uno y que esta enseñanza debe ser conocida por el pueblo de Dios, que debe hablar sobre ella, y enseñársela a sus hijos.

Esta misma verdad aparece en el Nuevo Testamento, que es exclusivamente cristiano. Allí leemos que "un ídolo nada es en mundo" y que "no hay más que un Dios" (1 Co. 8:4). Se nos recuerda el hecho de que hay "un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos" (Ef. 4:6). Santiago nos dice: "Tú crees que Dios es uno; bien haces" (Stg. 2:19).

Se ha argumentado que no hay lugar para la Trinidad porque el versículo que citamos de Deuteronomio comienza diciendo: "Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es". Pero en este mismo versículo la palabra que se traduce "uno" es echad que significa no uno aislado sino uno en unidad. Es más, en la Biblia hebrea no se usa nunca una palabra que signifique una entidad singular y aislada. Se trata más bien de la palabra que se usa para hablar de un racimo de uvas, por ejemplo, o cuando se nos dice que los individuos de Israel respondieron como un pueblo.

¹⁵⁴ C. S. Lewis, *Mere Christianity* (New York: The Macmillan Company, 1958), p. 33.

Después que Dios le ha traído su esposa, Adán dice: "Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; esta será llamada Varona, porque del Varón fue tomada". Y el texto añade: "Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne" (Gn. 2:23-24). Otra vez la palabra es echad. No se está sugiriendo que el hombre y la mujer se conviertan en una sola persona, sino que de una manera divina se conviertan en uno. De una manera similar, pero no idéntica, Dios es un Dios pero existe en tres "personas".

Una de las dificultades a esta altura es que no tenemos una palabra adecuada en español, ni en ningún otro idioma, para expresar la naturaleza de las distintas existencias dentro de la Divinidad. La mejor palabra que tenemos es persona, que viene de la palabra persona en latín -y que significaba la máscara que un actor usaba cuando representaba un personaje en una obra teatral griega. Pero cuando hablamos de una máscara ya nos estamos desviando del verdadero significado. Porque no debemos imaginarnos a las personas de Dios como siendo meramente la manera como Dios de tiempo en tiempo se manifiesta a los seres humanos. Este error se conoce como modalismo o sabelianismo, palabra proveniente del nombre del primer hombre que popularizó esta idea en la historia de la iglesia (a mediados del siglo tercero).

La palabra griega más comúnmente usada era homoousios, que literalmente significa "un ser". Pero nuevamente, este nombre es equívoco si por ello comenzamos a entender que tenemos tres seres distintos con tres naturalezas diferentes dentro de la Divinidad. Calvino no estaba satisfecho con ninguna de estas palabras. Prefería la palabra subsistencia. Sin embargo, esta palabra, si bien puede ser muy acertada, no transmite mucho significado a la mayoría de los lectores contemporáneos.

En realidad, la palabra persona es la mejor elección, siempre y cuando tengamos presente lo que entendemos por una persona. En el lenguaje cotidiano suele denotar un ser humano y, por ende, alguien que es exclusivamente un individuo. Es el concepto que tenemos presente cuando hablamos de despersonalizar a alguien. Pero no es ese el significado que la teología le asigna a esta palabra. Es posible ser una persona completamente disgregada de una existencia corporal. Podemos, a modo de ejemplo, perder un brazo o una pierna en un accidente, pero todavía seguiremos siendo una persona con todas las marcas de nuestra personalidad. Además, de acuerdo con las enseñanzas cristianas, aun cuando hayamos muerto y nuestros cuerpos entren en descomposición, todavía seguiremos siendo personas. Lo que queremos significar, entonces, es un sentido de existencia que se expresa en conocimiento, sentimientos, y voluntad.

Tenemos así tres personas o subsistencias dentro de Dios, cada una con conocimiento, sentimientos y voluntad. Y sin embargo, aun después de estas precisiones, todavía no hemos podido abarcar todo el significado. En el caso de Dios, el conocimiento, los sentimientos y la voluntad de cada persona dentro de la Divinidad -el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son idénticos.

LA LUZ, EL CALOR, EL AIRE

¿Cómo es posible ilustrar que Dios es un Dios pero que existe en tres personas? Es prácticamente imposible encontrar una buena ilustración, aunque muchas han sido sugeridas. Algunos han sugerido la idea de una torta que puede estar compuesta al mismo tiempo por capas, porciones e ingredientes. Se lo podría comparar al Padre con los ingredientes, al Hijo con las capas (como Dios desciende hacia nosotros) y al Espíritu Santo con las porciones (como es compartido entre todos). Otra ilustración consiste en un hombre que en un mismo momento es padre, hijo y esposo. Pero el problema de esta

ilustración es que este hombre sólo puede ser una de estas cosas con respecto a un individuo (o, en el caso de ser un padre, para un grupo reducido de individuos), mientras que en el caso de Dios, él es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de todos.

Posiblemente una ilustración más clara de la Trinidad es la ilustración de la luz, el calor y el aire. Si extendemos nuestra mano y la observamos, veremos que cada uno de estos elementos está presente. Hay luz, porque sólo cuando tenemos luz podemos observar nuestra mano. Podría haber luz infrarroja. Pero aún en este caso, si bien nosotros no la podríamos ver, podría ser captada por instrumentos especiales. También hay calor entre nuestra cabeza y nuestra mano. Es fácil de comprobar sosteniendo un termómetro. La temperatura variará mientras caminamos de una habitación fría a una más cálida, o desde el exterior al interior de una casa. Y por último, hay aire. Podemos soplar nuestras manos y lo sentiremos. Podemos sacudir nuestra mano y abanicamos la cara.

Lo importante es que cada uno de estos tres elementos -la luz, el calor, y el aire- son distintos. Cada uno tiene sus propias leyes y puede ser estudiado por separado. Y sin embargo, (al menos lo es en las circunstancias terrenales normales) es imposible que se dé uno de ellos sin la presencia de los otros. Son tres y, sin embargo, son uno. Juntos constituyen el medio ambiente en el que nos desenvolvemos.

Lo que esta ilustración tiene de interesante además es que la Biblia habla de cada uno de estos elementos con relación a Dios.

La luz: "Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él" (1 Jn. 1:5). El calor: "porque nuestro Dios es fuego consumidor" (He. 12:29). El aire, el aliento o el viento: "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Jn. 3:8).¹⁵⁵

LA ENSEÑANZA DE LA BIBLIA

El punto clave, sin embargo, no es si podemos entender la Trinidad, incluso mediante la utilización de ilustraciones; sino si hemos de creer lo que la Biblia tiene para enseñarnos sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y sobre la relación que existe entre ellos. Lo que la Biblia dice puede ser resumido en las siguientes cinco proposiciones:

1. Hay solamente un Dios vivo y verdadero que existe en tres personas:

Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Ya hemos considerado esta verdad en forma general. La analizaremos con más detención cuando tratemos el tema de la deidad del Hijo y el Espíritu Santo en el tomo dos y tres de este volumen. Notamos aquí una pluralidad dentro de la Divinidad que ya está sugerida en las páginas del Antiguo Testamento, antes de la Encarnación del Señor Jesucristo y antes de la venida del Espíritu Santo sobre el pueblo de Dios.

Esta pluralidad la podemos ver, en primera instancia, en aquellos pasajes en los que Dios se refiere a sí mismo en el plural. Un ejemplo lo constituye Génesis 1:26. "Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza". Otro ejemplo es Génesis 11:7. "Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua".

¹⁵⁵ Esta ilustración de la Trinidad, comparándola con la luz, el calor y el aire, no es nueva; pero en este caso es tomado prestada esta presentación de Donald Grey, Barnhouse, Man's Ruin (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1952), pp. 64-65.

Un tercer ejemplo lo tenemos en Isaías 6:8. "Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?" En otros pasajes nos encontramos con un ser celestial llamado "el ángel del Jehová" que, por un lado se lo identifica con Dios y sin embargo, en otras ocasiones, se lo distingue de Dios. Es así como leemos: "Y la halló (a Agar) el ángel de Jehová junto a una fuente de agua en el desierto.... Le dijo también el ángel de Jehová: Multiplicaré tanto tu descendencia, que no podrá ser contada a causa de la multitud.... Entonces llamó el nombre de Jehová que con ella hablaba: Tú eres Dios que ve" (Gn. 16: 7, 10, 13).

Un caso aún más extraño es la aparición de los tres varones a Abraham y a Lot. Los ángeles son referidos a veces como tres, y otras veces como uno. Además, cuando hablan, se nos dice que es Jehová el que habla (Gn. 18). Por último, el pasaje más asombroso es el de Proverbios 30:4. El profeta Agur está hablando sobre la naturaleza del Dios Todopoderoso, confesando su propia ignorancia.

"¿Quién subió al cielo, y descendió? ¿Quién encerró los vientos en sus puños? ¿Quién ató las aguas en un paño? ¿Quién afirmó todos los términos de la tierra?" Y entonces agrega: "¿Cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si sabes?" En aquellos días, el profeta sólo conocía el nombre del Padre, el nombre de Jehová. Hoy también conocemos el nombre del Hijo, que es el nombre del Señor Jesucristo.

2. El Señor Jesucristo es completamente divino, siendo la segunda persona de la Divinidad y habiéndose hecho hombre.

Es aquí donde radica el punto crucial de la polémica sobre la Trinidad; aquellos a quienes no les gusta la doctrina de la Trinidad la rechazan principalmente porque no están dispuestos a otorgar al "hombre" Jesús esta posición tan exaltada. Esta renuencia se ve por primera vez en las enseñanzas de Arrio de Alejandría (que murió en el año 336 a.C.).

Sabelio, a quien ya hemos mencionado, tendía a integrar a las personas de la Trinidad de manera tal que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, fueran sólo manifestaciones de un único Dios con el propósito de nuestra redención. Arrio, cuya obra principal fue producida inmediatamente después de la de Sabelio, se fue al otro extremo. Dividió a las personas de la Trinidad de tal forma que el Hijo y el Espíritu se convertían en algo menos que Dios el Padre.

De acuerdo con Arrio, el Hijo y el Espíritu eran seres que Dios por su voluntad había hecho existir para que actuaran como sus agentes en la redención. Por lo tanto no eran eternos (como Dios sí lo es), y no eran completamente divinos. Arrio utilizó la palabra divino para describirlos pero con un sentido inferior al que le asignaba cuando la empleaba para referirse al Padre.

En siglos más recientes este mismo error ha sido expuesto por los unitarios y por algunos otros cultos modernos. Pero se trata de un error muy importante. Porque si Cristo no es completamente divino, entonces nuestra salvación no ha sido ni lograda ni asegurada. Ningún ser que sea inferior a Dios mismo, no importa lo exaltado que esté, puede llevar sobre sí todo el castigo por los pecados del mundo.

Hay muchos pasajes claves que nos enseñan sobre la deidad del Señor Jesucristo. Leemos que "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios" (Jn. 1:1-2). Que este pasaje de Juan está haciendo referencia al Señor Jesucristo surge con claridad al leer Juan 1:14, donde se nos dice que el "Verbo" mencionado en el versículo 1 "fue hecho carne, y habitó entre nosotros".

De manera similar, Pablo escribe: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:5-8).

La expresión "no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo" no significan que Jesús dejó de ser completamente Dios durante su encarnación, como algunos han sostenido, sino más bien que temporalmente dejó de lado su gloria divina y su dignidad para poder convivir entre nosotros. Debemos recordar que fue durante los días de su vida aquí que Jesús afirmó: "Yo y el Padre uno somos" (Jn. 10:30), y "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn. 14:9).¹⁵⁶

3. El Espíritu Santo es completamente divino.

Es el propio Señor Jesucristo el que con más claridad nos enseña sobre la naturaleza del Espíritu Santo. En el evangelio de Juan, Jesús compara el ministerio del Espíritu Santo que había de venir con su propio ministerio. "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros" (Jn. 14:16-17).

Esta enseñanza sobre la naturaleza del Espíritu Santo está sustentada por el hecho que se le asignan atributos que son distintivos de Dios: su eternidad (Heb. 9:14), su omnipresencia (Sal. 139:7-10), su omnisciencia (1 Co. 2:10-11), su omnipotencia (Lc. 1:35) y otros.

4. Si bien cada uno es completamente divino, las tres personas de la Divinidad están relacionadas entre sí de un modo que implica algunas diferencias.

Es así que en las Escrituras se nos dice que fue el Padre (y no el Espíritu) quien envió a su Hijo al mundo (Mr. 9:37; Mt. 10:40; Gá. 4:4), pero que el Padre y el Hijo enviaron al Espíritu (Jn. 14:26; 15:26; 16:7). No sabemos cabalmente lo que significa esta descripción de relaciones dentro de la Trinidad. Lo que se suele decir es que el Hijo está sujeto al Padre, porque el Padre lo envió; y que el Espíritu está sujeto tanto al Padre como al Hijo, porque fue enviado al mundo por el Padre y el Hijo.

Sin embargo, debemos recordar que cuando hablamos de sujeción no queremos significar desigualdad. Si bien esta es la manera como están relacionados entre sí, los miembros de la Divinidad son "lo mismo en sustancia, iguales en poder y en gloria", como lo afirma el Westminster Shorter Catechism (Pregunta 6).

5. En la obra de Dios, los miembros de la Divinidad trabajan conjuntamente.

Es una práctica común entre los cristianos que se divida la obra de Dios entre las tres personas, adjudicándole al Padre la obra de la creación, al Hijo la obra de la redención y al Espíritu la obra de la santificación. Una manera más correcta de hablar sería decir que cada miembro de la Trinidad coopera en cada una de estas obras. Tomemos por ejemplo la obra de la creación.

De Dios el Padre se nos dice que "Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos" (Sal. 102:25); y que "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Gn. 1:1). Del Hijo está

¹⁵⁶ Packer desarrolla con más detalle la manera en que Jesús se "despojó así mismo", *Knowing God*, pp. 51-55.

escrito: "Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles" (Col. 1:16); y que "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn. 1:3).

Del Espíritu Santo está escrito: "El espíritu de Dios me hizo" (Job 33:4). De la misma manera podemos aprender cómo las tres personas de la Divinidad intervinieron en la obra de la encarnación trabajando en unidad, aunque sólo el Hijo fue hecho carne (Lc. 1:35). Las tres personas estuvieron presentes en ocasión del bautismo del Señor: el Hijo subió del agua, el Espíritu descendió como paloma y la voz del Padre se escuchó de los cielos, "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mt. 3:16-17).

Las tres personas intervinieron en la expiación, como lo expresa Hebreos 9:14, "Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios". La resurrección de Cristo, de manera similar, es atribuida en algunos pasajes al Padre (Hch. 2:32), en otros al Hijo (Jn. 10:17-18), y en otros al Espíritu Santo (Ro. 1:4). No debemos sorprendernos entonces que nuestra salvación también esté atribuida a cada una de las tres personas: "elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo" (1 P. 1:2).

Y tampoco debemos sorprendernos por haber sido enviados al mundo para hacer "discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mt. 28:19).

UNA TRIPLE REDENCIÓN

Para terminar este capítulo es necesario volver a señalar que aunque podemos decir cosas valideras sobre la Trinidad (basado en la revelación de Dios sobre este tema), la Trinidad es todavía insondable. Debemos humillarnos frente a la Trinidad. Alguien en cierta ocasión le preguntó a Daniel Webster, el orador, cómo un hombre de su inteligencia podía creer en la Trinidad. "¿Cómo puede un hombre de su calibre mental creer que tres es equivalente a uno?", le interrogaron. Webster contestó: "No pretendo conocer completamente la aritmética celestial ahora". La doctrina de la Trinidad no significa que tres es equivalente a uno, como bien lo sabía Webster. Más bien significa que Dios es tres en un sentido, y uno en otro sentido. Sin embargo, la respuesta de Webster demuestra el grado de humildad que una criatura debe tener. Creemos en la doctrina de la Trinidad no porque la podamos entender, sino porque así la Biblia nos enseña sobre ella, y porque el Espíritu mismo da testimonio en nuestros corazones que es así.

CAPITULO 11: NUESTRO DIOS SOBERANO

HAY ALGUNOS ATRIBUTOS DE DIOS QUE NUNCA ALCANZAREMOS a comprender. Podemos hablar de la auto existencia de Dios, de su autosuficiencia, de su eternidad y de su naturaleza trinitaria. Sin embargo, siempre debemos reconocer que no las comprendemos completamente, porque no nos asemejamos a Dios en ninguno de estos atributos. Sencillamente, debemos confesar que él es Dios y nosotros somos sus criaturas. El infinito trasciende nuestro entendimiento. Por otro lado, existen otros atributos de Dios que sí podemos comprender, porque en menor grado nosotros también los compartimos. Esto es cierto en el caso de varios atributos de Dios: su sabiduría, su verdad, su misericordia, su gracia, su justicia, su ira, su bondad, su fidelidad, y otros más. De estos atributos nos ocuparemos ahora.

Vamos a comenzar con la soberanía de Dios. Él tiene el gobierno y la autoridad absoluta sobre su creación. Para ser soberano, Dios también debe ser omnisciente, omnipotente y completamente libre. Si Dios tuviera alguna de estas áreas restringidas, entonces no sería completamente soberano. Empero, la soberanía de Dios es mayor que cualquiera de los atributos contenidos en ella. Puede ser que alguno de estos atributos nos resulte más importante -el amor, por ejemplo. Pero si hacemos el ejercicio de detenernos a pensar un poco más, veremos cómo cualquiera de estos atributos son posibles sólo por la soberanía de Dios. Dios podría ser amor, por ejemplo, pero si no fuera soberano, las circunstancias podrían coartar su amor de manera que nos resultara inservible. Lo mismo con respecto a su justicia. Dios podría querer instaurar la justicia entre todos los seres humanos, pero si no fuera soberano, la justicia se frustraría y la injusticia prevalecería.

Por lo tanto, la doctrina de la soberanía de Dios no es un mero dogma filosófico carente de valor práctico. Más bien es la doctrina que le da significado y sustancia a todas las demás doctrinas. Como observa Arthur Pink es "el cimiento de la teología cristiana... el centro de gravedad del sistema de la verdad cristiana -el sol alrededor del cual giran el resto de los astros".¹⁵⁷ Y como también veremos, es la fortaleza del cristiano y su consolación en medio de los avatares de esta vida.

LAS INTERROGANTES INTELECTUALES

Sin duda que surgen varias interrogantes al afirmar el gobierno de Dios con relación a un mundo que evidentemente ha seguido su propio curso. Podemos aceptar que Dios gobierna en el cielo. Pero la tierra es un lugar sin Dios. Aquí la autoridad de Dios no ha sido acatada y el pecado es lo que prevalece. ¿Podemos decir realmente que Dios es soberano en medio de un mundo como este? La respuesta, si miramos al mundo solamente, es obviamente que no. Pero si comenzamos por las Escrituras, que es lo que debemos hacer si deseamos conocer a Dios, entonces sí podemos hacer tal afirmación; porque la Biblia declara en varias oportunidades que Dios es soberano. Puede suceder que no entendamos esta doctrina. Puede suceder que todavía no entendamos por qué Dios tolera el pecado. Pero nunca dudaremos sobre esta doctrina ni nos apartaremos de sus consecuencias.

En las Escrituras la soberanía de Dios es un concepto tan importante, que abarca tantas cosas, que resulta imposible estudiarlo en su totalidad. Algunos pasajes, sin embargo, pueden servir para aclarar esta doctrina. "Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos... y tú dominas sobre todo" (1 Cr. 29:11-12). La misma enseñanza la encontramos en los Salmos. "De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan" (Sal. 24:1). "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios; seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra" (Sal. 46:10). "Dios es el Rey de toda la tierra" (Sal. 47:7). La doctrina de la soberanía de Dios descansa en la base de todas las exhortaciones a confiar en él, a alabarle y a encomendar nuestro camino a él.

Además de estos pasajes que ya hemos mencionado y de muchísimos otros, hay ejemplos del gobierno de Dios sobre el orden material. El mundo de los objetos y de la materia están sujetos a las normas que Dios les ha impuesto. Son las leyes de la naturaleza y las leyes científicas. Pero no debemos creer, sin embargo, que estas leyes, porque así se les llama, son absolutas y que por lo tanto

¹⁵⁷ Arthur W. Pink, *The Sovereignty of God* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1969), p. 263.

controlan a Dios y lo limitan; ya que en ocasiones Dios actúa de manera impredecible para hacer lo que llamamos milagros.

Dios mostró su soberanía sobre la naturaleza cuando dividió el Mar Rojo para que los hijos de Israel pudieran salir de Egipto, y luego hizo que las aguas descendieran sobre los perseguidores egipcios para así destruirlos. Mostró su soberanía cuando envió el maná del cielo para alimentar al pueblo mientras estaba en el desierto. En otra ocasión, les envió codornices al campamento para que tuvieran carne. Dios dividió las aguas del Río Jordán para que el pueblo entrara en la tierra de Canaán. Hizo que las murallas de Jericó se derrumbaran. Hizo que el sol se detuviera en los días de Josué en Gabaón para que Israel pudiera obtener una victoria sobre sus enemigos en retirada. En los días de Jesús, la soberanía de Dios se manifestó en la alimentación de los cuatro mil y los cinco mil por medio de unos pocos panes y unos peces, se manifestó en las curaciones de los enfermos y la resurrección de los muertos. Y por último, se manifestó en los acontecimientos que rodearon la crucifixión de Cristo y su resurrección.

Otros pasajes nos muestran cómo la soberanía de Dios alcanza la voluntad humana y por lo tanto las acciones humanas también. Así fue que Dios endureció el corazón de Faraón para que no dejara ir al pueblo de Israel. Pero, por el otro lado, entenece los corazones de los individuos para que respondan a su amor y le obedezcan.

Puede argumentarse, como ya lo hemos señalado, que algunos hombres y mujeres a pesar de todo desafían a Dios y le desobedecen. Pero esta observación no es suficiente para derribar las enseñanzas de la Biblia concernientes al gobierno de Dios sobre su creación; si así fuera, la Biblia caería en una contradicción. Esta supuesta contradicción se explica fácilmente por la rebelión humana, que si bien está en abierta oposición a los mandamientos explícitos de Dios, permanece dentro de sus propósitos eternos u ocultos. Es decir, Dios tiene sus razones para tolerar el pecado; sabe de antemano que el pecado será juzgado en el día de su ira, y que mientras tanto no sobrepasará los límites que él ha prefijado. Desde nuestra perspectiva hay muchas cosas que parecen obrar en contra de la soberanía de Dios. Pero desde la perspectiva de Dios, su mandatos siempre son implementados. Como los describe el Catecismo Abreviado de Westminster, son "su eterno propósito, de acuerdo al consejo de su voluntad, por el cual, para su propia gloria, él ha preordenado todo lo que haya de suceder".

LAS INTERROGANTES HUMANAS

Desde una perspectiva humana, el problema de fondo con respecto a la soberanía de Dios no es que la doctrina resulte falsa, aunque hay algunos problemas intelectuales que dilucidar, sino más bien que a los hombres y a las mujeres no les gusta este aspecto del carácter de Dios, tan perturbador y que tanto los humilla. Superficialmente, podríamos pensar que los hombres y las mujeres que están viviendo en medio de una cultura caótica abrazarían con entusiasmo la soberanía. "¿Qué podría ser mejor que saber que, a pesar de las apariencias, todo está bajo control, y que Dios puede obrar para que finalmente todo resulte para nuestro bien?", podrían plantear. Pero esta manera de pensar no toma en cuenta la rebelión básica de la humanidad contra Dios, rebelión que vemos en nuestra búsqueda humana por la autonomía.

La rebelión ha sido una de las características de la humanidad desde los inicios de la historia de nuestra raza. Pero es especialmente visible en nuestra cultura contemporánea, como lo señala R. C.

Sproul en *The Psychology of Atheism*. Nuestro sistema democrático, por ejemplo, rechaza toda autoridad monárquica. "Aquí no servimos a ningún soberano" fue el slogan de la Guerra por la Independencia de los Estados Unidos de América. Hoy, doscientos años más tarde, la consigna todavía nos acompaña. Así es que "el gobierno por el pueblo" se ha convertido en "el gobierno por mí mismo", o al menos por aquellos que básicamente se asemejan mucho a mí o con los que estoy de acuerdo. Dios, el digno Señor sobre todas las naciones y todos los individuos, ha sido con delicadeza excluido de todos los ámbitos de toma de decisiones de nuestra vida nacional.

La iglesia no está mucho mejor, como también lo observa Sproul. Muchas veces oímos hablar acerca de las características de Dios en cuanto "Salvador" -su amor, su misericordia, su bondad y así sucesivamente, pero ¿cuántas veces oímos hablar con respecto a su señorío? Esta distorsión se ve con mucha claridad en la evangelización. En la práctica moderna, al llamado al arrepentimiento se lo suele llamar "una invitación", que podemos aceptar o rechazar. Es una invitación muy gentil y educada. Muy pocas veces se nos presenta el mandato soberano de Dios para arrepentimos o su mandato de completa sumisión a la autoridad del rey verdadero, Cristo Jesús.

En la actualidad, incluso en la teología, el énfasis de la proclamación de la iglesia radica en la liberación. Pero esta liberación en ocasiones es librarse de Dios tanto como de las "estructuras sociales opresoras", para usar la terminología usada por la teología de la liberación. Dice Sproul: "En resumidas cuentas, la "liberación moderna" implica una revolución contra la autoridad soberana de Dios cuando los miembros de la Iglesia y del Estado unen sus fuerzas en un acto de traición cósmica".¹⁵⁸

La razón básica por la que los hombres y las mujeres no quieren aceptar una doctrina de la soberanía de Dios es que no desean un Dios soberano. Desean ser autónomos. Entonces, pueden negar la existencia de Dios, negando el atributo de su existencia, o simplemente ignorarlo con respecto a cualquier propósito práctico.

El factor más inmediato de la actual falta de respeto por la autoridad ha sido el impacto del existencialismo europeo, a través de las obras de filósofos como Friedrich Nietzsche, Jean-Paul Sartre, Albert Camus y Martin Heidegger. En sus obras, la autonomía del individuo es el ideal filosófico predominante; todos los demás conceptos, incluyendo la existencia de Dios, deben ser eliminados. Sólo podemos encontrar a nosotros mismos cuando nos hayamos despojado de todas las ataduras externas. Sólo cuando hayamos eliminado a Dios podremos ser verdaderamente humanos. ¿Pero funciona esto? En la obra de Nietzsche, la figura ideal es el "superhombre" o Uebermensch, el hombre que crea sus propios valores y que sólo responde a sí mismo. Pero Nietzsche, el inventor de esta filosofía, no murió como un ser libre sino como una persona prisionera de su propia mente por su locura. La filosofía de la autonomía existencial es un callejón sin salida -o peor aún, un desastre. Pero, a pesar de ello, es la filosofía que predomina en nuestra época. Dios nos limita, por lo tanto, debemos despojarnos de él -ese es el punto de vista. Las interrogantes deben ser respondidas no sobre la base de los principios divinos que nos revelan lo que es el bien y lo que es el mal, sino sobre la base de lo que el individuo o la mayoría desea. Y puede suceder que la mayoría dentro de un sector de la sociedad esté en abierta oposición con otras personas de otros sectores.

El problema no comenzó con el existencialismo, sin embargo. Comenzó mucho tiempo antes -cuando Satanás encaró a la primera mujer en el huerto de Edén, haciéndole la pregunta diabólica: "¿Conque

¹⁵⁸ Sproul, *The Psychology of Atheism*, p. 139.

Dios os ha dicho?" y luego sugiriéndole que si ella y su esposo desobedecían a Dios serían "como Dios, sabiendo el bien y el mal". Como Dios es la expresión crucial, porque significa ser autónomo. Fue la tentación de sustituir a Dios en su soberanía, como ya Satanás lo había intentado hacer.

¿Tuvieron lugar los resultados prometidos por la serpiente? De ningún modo. Es cierto que el hombre y la mujer conocieron la diferencia entre el bien y el mal, aunque de una manera perversa. Aprendieron haciendo el mal. Pero no obtuvieron la libertad que ansiaban. Por el contrario, quedaron esclavizados al pecado, del cual sólo el Señor Jesucristo en obediencia al Padre pudo liberarlos a ellos y a nosotros. La autonomía humana condujo a la crucifixión de Cristo. "Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas" (Sal. 2:2-3). Pero la verdadera libertad viene de la crucifixión con Cristo, como lo señala Pablo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gál. 2:20).

Esta es la paradoja, por supuesto, como ha sido señalada por Agustín, por Lutero, por Edwards, por Pascal, y por tantos otros. Cuando los individuos se rebelan contra Dios, no obtienen su libertad. Quedan esclavizados, porque la rebelión es pecado, y el pecado es un tirano. Por otro lado, cuando los hombres y las mujeres se someten a Dios, convirtiéndose en sus esclavos, es entonces cuando son verdaderamente libres. Pueden lograr el máximo de su potencialidad y convertirse en algo especial, en los seres únicos que Dios quiso crear.

LAS BENDICIONES DE LA SOBERANÍA

Encontramos la verdadera libertad cuando estamos prontos a aceptar la realidad tal como se nos presenta (incluyendo la soberanía efectiva sobre toda su creación que le corresponde a Dios), y cuando le permitimos que nos convierta en lo que él desea. El tema de la soberanía de Dios, lejos de ser una ofensa para nosotros puede convertirse en una maravillosa doctrina de la que sacaremos muchas bendiciones.

¿Cuáles son estas bendiciones? Primero, el reconocimiento de la soberanía de Dios inevitablemente profundiza nuestra veneración del Dios vivo y verdadero. Sin este entendimiento y apreciación de estas verdades, muy difícilmente podremos conocer al Dios del Antiguo y el Nuevo Testamento. Porque, ¿qué clase de Dios es ese cuyo poder está constantemente coartado por los designios de la gente y de Satanás? ¿Qué clase de Dios es ese cuya soberanía debe ser cada vez más restringida, no vaya a suceder que nos imaginemos que está invadiendo la ciudadela de nuestro "libre albedrío"? ¿Quién es capaz de adorar a esa deidad tan truncada y frustrada? Pink nos dice que "un dios" cuya voluntad es resistida, cuyos designios son frustrados, cuyos propósitos son jaqueados, no tiene ningún derecho al título de Deidad, y en lugar de ser un objeto digno de nuestra adoración, sólo merece nuestro desprecio".¹⁵⁹ Por otro lado, un Dios que verdaderamente gobierna su universo es un Dios que gozosamente deberíamos buscar, adorar y obedecer.

Este es el Dios que vio Isaías: "vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo,

¹⁵⁹ Pink, *The Attributes of God*, p. 28.

santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria" (Is. 6:1-3). Este es el Dios de las Escrituras. Fue una visión de este Dios, no de ningún otro dios menor, que transformó el ministerio de Isaías.

Segundo, el conocimiento de Dios y toda su soberanía nos consuela en medio de las pruebas, la tentación y la tristeza. Tanto los cristianos como los no cristianos sufren tentaciones y pasan por la tristeza. La cuestión es: ¿Cómo afrontarlas? Sin duda, si las afrontamos sin saber a ciencia cierta si están o no controladas por Dios, y si Dios las permite para sus propósitos, entonces carecen de sentido y la vida es una tragedia. Esto es justamente lo que dicen muchos existencialistas. Pero si Dios todavía ejerce el control, entonces estas circunstancias son conocidas por él y él tiene sus propósitos.

Por supuesto, no conocemos todos los propósitos de Dios. Si los conociéramos seríamos como Dios. Sin embargo, podemos conocer algunos de sus propósitos porque Dios nos los ha revelado. Por ejemplo, el anciano apóstol Pedro escribe a unos que habían pasado por grandes tribulaciones, recordándoles que todavía no es el fin -Jesús volverá, pero que mientras tanto Dios los está fortaleciendo y purificándolos por medio de las pruebas. "En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo" (1 P. 1:6-7). Similarmente, Pablo escribe a los de Tesalónica que habían perdido a sus seres amados, recordándoles que el Señor Jesucristo volverá y que reunirá a todos los que aún viven con sus seres queridos. Concluye diciendo: "alentáos los unos a otros con estas palabras" (1 Ts. 4:18).

Tercero, un entendimiento de la soberanía de Dios nos proporcionará ánimo y gozo en la evangelización. ¿Cómo es posible evangelizar sin dicha confianza? ¿Cómo puede alguien proponerse llevar un mensaje que resulta tan repugnante para el hombre o la mujer natural y tener todavía la esperanza de que él o ella lo acepten, si Dios no es capaz de tomar a los pecadores rebeldes y convertirlos, a pesar de sus propias inclinaciones, a la fe en Jesús? Si Dios no puede hacer esto, ¿cómo puede alguien en su sano juicio tener la esperanza de poder hacerlo él mismo? Debería abstraerse del problema o tener ridículamente demasiada confianza en sí mismo. Pero Dios es soberano en esta cuestión como en todas las demás -si Dios llama a quien él quiere y lo llama "efectivamente"-, y es por eso que podemos entonces ser audaces en la evangelización, sabiendo que Dios por su gracia puede usarlos como canales de su bendición. Es más, sabemos que nos usará. Porque es a través del testimonio humano que él se ha propuesto atraer a otros a él.

Por último, un conocimiento de la soberanía de Dios nos brindará un profundo sentido de seguridad. Si nos observamos a nosotros mismos, no encontramos seguridad. La lujuria de la carne y de la vista, el orgullo de nuestra vida, son más fuertes que nosotros. Sin embargo, cuando observamos la fortaleza de nuestro Dios, podemos estar confiados. Pablo escribe:

¿Qué pues diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?... ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?... Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (Ro. 8:31, 35, 37-39)

PARA DIOS ES POSIBLE

La Biblia está llena, de principio a fin, de afirmaciones de lo que Dios puede hacer y hará por su pueblo. A continuación hay siete versículos que, cuando los agrupamos, cubren casi todas las doctrinas fundamentales del cristianismo.

- 1 Hebreos 7:25 en cierto sentido engloba a todos los demás. Nos dice que Jesucristo "puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos". Mel Trotter, un evangelista de otra generación a quien Dios había rescatado de una vida de alcoholismo, decía que éste era su versículo favorito; haciendo un juego de palabras en inglés, hablaba de la posibilidad que Dios tiene para salvar a una persona "de las cloacas a las alturas" (from the guttermost to the uttermost). Esta es también nuestra historia. Abarca el pasado, el presente y el futuro.
- 2 En 2a Timoteo 1:12 Pablo escribe: "porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día". Es una metáfora financiera y este versículo literalmente significa que "Dios tiene el poder de conservar mis depósitos espirituales". Dios no nos defraudará.
- 3 Después tenemos a 2a Corintios 9:8 que dice: "Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra". Algunos cristianos creen que la salvación de los hombres y las mujeres es algo sólo para el futuro, una filosofía de espejismos en el más allá. Esto no es así. La Biblia nos dice que la gracia de Dios nos puede ayudar en toda buena obra ahora. Es en esta vida que tenemos que abundar en su suficiencia.
- 4 También se nos dice que Dios nos puede ayudar en tiempos de tentación. La Biblia nos dice sobre Jesús: "en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (He. 2:18). El mejor comentario sobre este versículo lo encontramos en las Escrituras; en otro lugar se nos dice que aunque la tentación es la suerte que le corresponde a la condición humana, Dios no nos dejará ser tentados más de lo que podamos resistir, y que nos ha provisto de una salida incluso antes de que nos sobrevenga la tentación (1 Co. 10:13).
- 5 Efesios 3:20 nos dice que Dios nos puede ayudar a crecer espiritualmente. Está expresado como una bendición. "Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén".
- 6 Dios puede también salvar nuestros cuerpos. El Señor Jesucristo "transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:21).
- 7 Para terminar, en otro versículo, que también es una bendición, Judas dice: "Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén" (Judas 24-25).

Tomados en conjunto, estos versículos nos declaran que Dios puede salvarnos en esta vida y en la eternidad, puede mantenernos fuera de caer en el pecado y en la tentación, puede conducirnos a lo mejor de la experiencia humana y puede colmarnos completamente. ¿Son verdaderas estas cosas?

Sí... pero solamente por una razón. Son verdaderas porque son la determinación eterna e inmutable del Dios que es soberano.

CAPITULO 12: SANTO, SANTO, SANTO

"DESDE LA PERSPECTIVA DE LA REVELACIÓN LO PRIMERO QUE debemos afirmar sobre Dios es su soberanía. Y este primer punto está íntimamente ligado con un segundo punto -tan estrechamente ligado que cabría la posibilidad de preguntarse si no se debería comenzar por éste-: Dios es el Santo.¹⁶⁰

Estas palabras del notable teólogo suizo Emil Brunner reflejan la importancia asignada a la santidad de Dios. La Biblia misma confirma esta afirmación de Brunner ya que Dios, más que ninguna otra cosa, es llamado santo. Santo es el epíteto más vinculado con su nombre. Y también leemos que sólo Dios es santo. "¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo" (Ap. 15:4). Se nos dice que Dios es glorioso en su santidad. "¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?" (Ex. 15:11). Los serafines delante de su trono celebran sin cesar su santidad. Isaías los escuchó cantar: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria" (Is. 6:3). El apóstol Juan escuchó a los serafines declarar: "Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir" (Ap. 4:8). El pueblo de Dios es instado a unirse en estas alabanzas. Leemos: "Cantad a Jehová, vosotros sus santos, y celebrad la memoria de su santidad" (Sal. 30:4).

Este énfasis hace que la iglesia cristiana ore diciendo las palabras del Padre Nuestro: "Santificado sea tu nombre" (Mt. 6:9).

SEPARADOS

Decir que el atributo de la santidad es importante no significa que lo podamos comprender. De todos los atributos de Dios, quizás este es el más malentendido.

Es un error conceptual pensar de la santidad divina en términos humanos. La santidad, o la rectitud, se concibe como algo que puede ser graduado, en más o en menos. Es decir, al mirar a nuestro alrededor vemos hombres y mujeres que están muy bajo en la escala: los criminales, los perversos, y otros. Si un puntaje perfecto en la escala de rectitud fuera cien, podríamos concluir que estas personas alcanzarían un puntaje entre los diez y quince. Por arriba de ellos encontraríamos las personas promedio de nuestra sociedad, que obtendrían un puntaje entre los treinta y los cuarenta puntos. Luego, tendríamos a las personas buenas, los jueces, los filántropos y otras personas humanitarias; podríamos pensar que ellos alcanzarían un puntaje entre los sesenta y los setenta -nunca cien, ya que ni siquiera ellos son tan buenos como podrían ser-. Y, por último, si llegáramos al total de cien puntos (o aun más, si fuera posible), tendríamos la bondad de Dios.

Muchas personas piensan algo similar a esto cuando consideran la santidad de Dios, si es que piensan en ella. Piensan que se trata sólo del bien común a todas las personas pero llevado a un grado

¹⁶⁰ Emil Brunner, *The Christian Doctrine of God: Dogmatics*, vol. 1, trad. Olive Wyon (Philadelphia: Westminster, 1950), p. 157.

de perfección. Pero de acuerdo con la Biblia la santidad de Dios no puede ser colocada en la misma categoría que la bondad humana.

Vemos la verdad de este concepto bíblico cuando estudiamos un pasaje como el de Romanos 10:3, "Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios". Este versículo distingue con mucha claridad la diferencia entre nuestra justicia y la justicia de Dios. Aun si fuésemos capaces de juntar toda la justicia que los seres humanos son capaces y hacer con ella una montaña enorme, no estaríamos todavía ni cerca de comenzar a alcanzar la justicia de Dios; la justicia de Dios está en otra categoría diferente.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de la santidad de Dios? Para contestar esta pregunta lo que tenemos que hacer es no comenzar con la ética. La ética está implícita, como veremos; pero, en su sentido más fundamental y más original, santo no es un concepto ético. Se trata más bien de algo que está relacionado con la propia naturaleza de Dios y que por lo tanto lo distingue de todo lo demás. Es algo que separa a Dios de su creación. Tiene que ver con su trascendencia.

El significado fundamental de la palabra santo está presente en las palabras santos y santificar, y son casi idénticas con este término. Holy (la palabra en inglés para santo) proviene de las lenguas germánicas. Santo proviene de las lenguas romances. En su raíz etimológica, ambas tienen el mismo sentido. En el sentido bíblico un santo no es una persona que ha alcanzado un determinado grado de bondad (como muchas personas creen), sino de alguien que ha sido "separado" por Dios. Los santos son los "llamados" que componen la iglesia de Dios. La misma idea está presente cuando, en Éxodo 40, la Biblia hace referencia a la santificación de los objetos. En ese capítulo, se le instruye a Moisés sobre la santificación del altar y la fuente que estaba en medio del tabernáculo. El capítulo no hace referencia a ningún cambio intrínseco en la naturaleza de las piedras; éstas no son convertidas en más justas. Simplemente, quiere decir que han sido puestas aparte para un uso especial. De manera similar, Jesús cuando ora, dice: "Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad" (Jn. 17:19). Este versículo no significa que Jesús se hizo más justo, porque ya era justo. Significa que se apartó a sí mismo para una tarea especial, la tarea de proveer la salvación para su pueblo por su muerte.

La santidad, entonces, es la característica de Dios que lo separa de su creación, lo coloca aparte. Encontramos por lo menos cuatro elementos en la santidad.

El primer elemento es la majestad. La majestad significa "dignidad", "poder supremo en autoridad", "señorío" o "grandeza". Es la característica propia de los monarcas, y por supuesto, también es el atributo supremo de Aquel que es el Monarca de todo. La majestad es el elemento predominante de las visiones de Dios en su gloria, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El elemento de majestad relaciona la idea de santidad con la idea de soberanía.

Un segundo elemento en el concepto de santidad es la voluntad, la voluntad de una personalidad. Sin este elemento, la santidad sería un concepto abstracto, impersonal y estático, en lugar de ser un concepto concreto, personal y activo. Más aún, si le preguntáramos a Dios cuál es su voluntad más expresa, la respuesta sería la de proclamarse como el "Plenamente Otro", cuya gloria no puede ser opacada por la arrogancia humana y su antojadiza rebelión. En este elemento de la voluntad, la santidad se aproxima al concepto del Dios "celoso", que el hombre moderno encuentra tan repulsivo.

"Porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso" (Ex. 20:5). En sus justos términos, la idea de un Dios celoso es crucial para cualquier conocimiento verdadero de Dios. Como lo señala Brunner, es análoga

a los celos inherentes en cualquier matrimonio. Una persona casada no debería dejar que un tercero se entrometiera en su relación personal. De manera similar, Dios rechaza cualquier atropello basándose en sus derechos como Señor de su creación. "La santidad de Dios no implica, por lo tanto, solamente una diferencia absoluta con respecto a su naturaleza, sino que es una autodiferenciación activa, la energía resoluta con que Dios afirma y sostiene el hecho de que él es Plenamente Otro, separado de todo lo demás. Lo absoluto de esta diferencia se convierte en lo absoluto de su santa voluntad, la cual es suprema y única".¹⁶¹

Para expresarlo en términos más sencillos: la santidad de Dios significa que Dios no es indiferente a lo que los hombres y las mujeres piensen sobre él. Él no sigue su camino solitario, permaneciendo imperturbable frente al rechazo que sufre por las personas. Por el contrario, vuelca su voluntad y sus actos para que su gloria sea reconocida. Este reconocimiento puede darse ahora, en cada caso en particular, o puede hacerse realidad en cada uno en el día del juicio divino.

Un tercer elemento presente en la idea de santidad es el elemento de la ira. La ira forma parte sustancial de la santidad de Dios. Pero no debemos confundirla con una reacción humana y emocional frente a algo, una reacción que solemos identificar con enojo. No hay ninguna emoción humana que pueda ser equiparada a la ira de Dios. Se trata de la posición apropiada y necesaria que el Dios santo asume contra todo aquello que se le opone. Significa que Dios toma el hecho de ser Dios en serio, tan en serio que no permitirá que nada ni nadie aspire a ocupar su lugar. Cuando Satanás intentó usurpar su lugar, Satanás fue juzgado (y todavía será juzgado). Y los hombres y las mujeres también serán juzgados cuando se nieguen a ocupar el lugar que Dios les ha asignado.

El elemento final en la idea de santidad es uno que ya hemos mencionado: la justicia. La justicia está implícita en la santidad no porque sea la categoría más fácil para comprender la santidad, sino porque habiendo mencionado la voluntad de Dios, surge como corolario que la voluntad de Dios es justa, es la santidad expresada en un sentido ético. En otras palabras, cuando preguntamos: "¿Qué es lo que está bien? ¿Qué es lo moral?", contestaremos apelando a la voluntad y la naturaleza de Dios, y no apelando a algún estándar moral independiente, como si fuera posible que dicho estándar pudiera existir independiente de Dios. Lo justo es lo que Dios es y lo que él nos revela.

La naturaleza de Dios constituye el fundamento esencial para cualquier moral verdadera y perdurable. Como consecuencia, cuando Dios no es reconocido, la moralidad (no importa cuánto se hable de ella) entra en decadencia, como está sucediendo en la civilización occidental contemporánea. Es el deseo de obedecer a Dios lo que en última instancia posibilita un comportamiento ético.

EL TABERNÁCULO

Tenemos una dramatización de la santidad de Dios en las leyes para la construcción del tabernáculo judío. En un primer nivel, el tabernáculo fue construido para enseñar la presencia de Dios, la verdad de que Dios está siempre presente en medio de su pueblo. Pero por otro lado, también enseñaba que Dios estaba separado de su pueblo, debido a su santidad y a los pecados de ellos, y por lo tanto, sólo era posible acercarse a él de la manera que él determinara.

¹⁶¹ Brunner, *The Christian Doctrine of God*, p. 160. 3.

No debemos suponer que el pueblo judío comprendía mejor que nosotros la santidad de Dios, porque no la comprendía. Era necesario que Dios les enseñara sobre ella. El objetivo del tabernáculo era señalar que el hombre o la mujer pecadora no podían "irrumperle" al Santo. Se entendía que Dios habitaba simbólicamente dentro de la cámara más interior del tabernáculo, conocida como "el lugar santísimo". La gente no podía entrar allí dentro. Un griego podía entrar en cualquiera de los templos de Grecia y rezar delante de una estatua de un dios o una diosa pagana. Un romano podía entrar en cualquiera de los templos de Roma. Pero un judío no podía entrar en el lugar santísimo. Solamente una persona tenía acceso a ese lugar y se trataba del sumo sacerdote de Israel; pero incluso él sólo podía entrar una vez al año y después de haber hecho sacrificios por él y por el pueblo que estaba reunido en el atrio. El lugar santísimo (la recámara más interna del tabernáculo) estaba separado del lugar santo (la cámara exterior del tabernáculo) por un grueso velo.

Pero eso no era todo. Del mismo modo que el velo separaba el lugar santísimo del lugar santo; es decir, dividiendo estas dos cámaras dentro del tabernáculo, también había otro velo grueso que separaba el lugar santo del atrio exterior. Y después había todavía un tercer velo que franqueaba la entrada al atrio, separando el tabernáculo del resto del campamento israelita.

El significado de la palabra velo es "separar" y (posteriormente) "ocultar". El significado de los velos, entonces, era que si bien Dios había elegido habitar con su pueblo, de todos modos debía permanecer separado de ellos u oculto de su vista, por causa de su santidad y del pecado de ellos. La comunión con Dios sólo se podía dar en el lugar santísimo. Pero para poder ingresar había que abrir tres cortinas, cada una de las cuales servía para hacer más claro el sentido del enorme abismo que existe entre Dios y la humanidad: primero, la cortina entre el campamento y el atrio; segundo, la cubierta a la entrada del lugar santo; y tercero, la cortina que separaba el lugar santo del lugar santísimo. Del mismo modo, para poder ingresar al lugar santísimo, el sumo sacerdote tenía que hacer un sacrificio en el altar de bronce en el atrio, y lavarse en la fuente que estaba en el atrio, luego debía pasar al lugar santo, a la luz del candelero de oro con los siete brazos, y a través del incienso que estaba siempre ardiendo sobre el altar en ese lugar.

¿Qué le sucedería al hombre o a la mujer que hiciera caso omiso de estas barreras? La respuesta es que sería inmediatamente consumido o consumida, como les sucedió a algunos que lo intentaron. La ira de Dios abrazaría el pecado que intentaba invadir o comprometer la santidad de Dios. En la medida que reconozcamos su santidad comenzaremos a comprender algo de la pecaminosidad humana y de la necesidad de la muerte expiatoria de Cristo en la cruz.

ATRACCIÓN Y TEMOR

La santidad de Dios es otro atributo que vuelve a Dios indeseable y hasta amenazador. Ya hemos señalado que a los hombres y a las mujeres no les gusta la soberanía de Dios porque amenaza su propio deseo de soberanía. Un Dios soberano no es un Dios deseable. Esta reacción negativa es aun más evidente con respecto a la santidad de Dios.

Nos será de mucha ayuda el análisis detallado de la idea de la santidad que realizó el teólogo alemán Rudolf Otto. Otto escribió un libro, llamado *Das Heilige* en alemán, y *The Idea of the Holy* en inglés, donde busca comprender la naturaleza específica, no racional o superracional, de la experiencia religiosa, desde una perspectiva fenomenológica. Al elemento supranacional Otto lo denomina lo "santo" o lo "tremendo". Hay mucha diferencia entre lo santo y lo tremendo (como conceptos

abstractos) de las religiones no cristianas y el Santo (como un ser personal) de la religión judía o cristiana. Pero hasta cierto punto, este análisis puede resultar útil, porque servirá para mostrar cómo los hombres y las mujeres consideran al Dios verdadero como algo amenazante.

En su análisis, Otto distingue tres elementos en el Santo. El primer elemento es su carácter de tremendo, queriendo significar "eso que profundamente nos maravilla". La palabra tremendo la usamos para referirnos a algo que es "extraordinariamente malo" o "terrible", pero aquí la idea es algo distinta. Lo tremendo en el Santo es aquello que tanto maravilla que produce temor y temblor en el adorador. El segundo elemento es su carácter de avasallante. Un poder supremo y majestuoso engendra un sentimiento de impotencia e insignificancia en el adorador. El elemento final es la energía, que Otto usa para referirse al elemento dinámico presente en el encuentro.

El punto clave es que la experiencia de enfrentarse con el Santo es muy amenazante. Los adoradores son atraídos por el Santo, pero al mismo tiempo son aterrorizados por él. La energía avasallante y maravillosa del Santo amenaza con destruir al adorador.

Debemos notar que también encontramos este mismo fenómeno en la Biblia; aunque la Biblia luego lo explica, algo que los no cristianos no hacen. El relato de Job nos puede servir de ejemplo. Job había sufrido la pérdida de sus propiedades, su familia y su salud. Cuando sus amigos se le acercaron para convencerlo que su pérdida debía ser consecuencia de algún pecado, conocido u oculto, Job firmemente se defendió de sus acusaciones. Y lo hizo correcta mente, porque Job estaba sufriendo a pesar de ser un hombre recto. "¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?" (Job 1:8). Es obvio, que si alguien había que se podría haber parado frente a la santidad de Dios, esa persona era Job. Sin embargo, hacia el final del libro, cuando Dios se le acerca con una serie de preguntas y afirmaciones para enseñar algo sobre su verdadera majestuosidad frente a su siervo Job, que tanto había sufrido, Job queda casi sin palabras y en un estado de pequeñez. Le contestó a Dios: "He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé?... Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 40:4; 42:6).

Vemos este mismo fenómeno en Isaías que tuvo una visión del Señor "sentado sobre un trono alto y sublime". Escuchó las alabanzas de los serafines; pero el efecto sobre Isaías en lugar de ser un sentimiento de orgullo y satisfacción, por haber sido elegido para tener esta visión, fue en realidad devastador. Isaías contestó: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos" (Is. 6:5). Isaías se contempló a sí mismo destruido y muerto. Sólo cuando un carbón encendido del altar tocó sus labios pudo volver a ponerse en pie y contestar afirmativamente el llamado de Dios para su servicio.

Habacuc también tuvo una visión de Dios. Estaba abatido por la impiedad que había en el mundo que lo rodeaba y se preguntaba cómo los impíos podían triunfar sobre aquellos que eran más justos. El profeta luego entró en su atalaya y esperó la respuesta de Dios. Cuando Dios le contestó, Habacuc fue invadido de temor, "Oí, y se conmovieron mis entrañas; a la voz temblaron mis labios; pudrición entró en mis huesos, y dentro de mí me estremecí" (Hab. 3:16). Habacuc era un profeta. A pesar de ello, una confrontación con Dios fue estremecedora.

De manera similar, aunque la gloria de Dios estaba velada en la persona de Jesucristo, de vez en cuando los que fueron sus discípulos pudieron percibir quién era, aunque sólo lo pudieron atisbar, y su

reacción fue similar a éstas. Así, cuando Pedro reconoció la gloria de Dios luego de la pesca milagrosa en Galilea, le dijo: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador" (Lc. 5:8).

Cuando el apóstol Juan recibió la revelación de la gloria de Cristo, al ver al Señor parado en medio de los siete candeleros de oro cayó "como muerto a sus pies" y se levantó sólo después que el Señor lo había tocado y le había encomendado que escribiera el libro del Apocalipsis. Juan sólo se pudo parar frente al Señor después de haber experimentado algo similar a una resurrección.

Esto es lo que significa estar cara a cara con el Santo. No se trata de una experiencia placentera. Es excesivamente amenazante, porque el Santo no puede coexistir en el mismo espacio que lo impuro. Dios tiene que destruir lo impuro, lo que no es santo, y expurgar el pecado. Además, si esto es cierto en el caso de las mejores personas, como lo fueron aquellas que Dios escogió para ser sus profetas y a quien llamó "justos", ¿no será todavía más cierto con respecto a los que son antagónicos a Dios? Para ellos la experiencia es avasallante. Como reacción, se resisten, intentan tratarlo con liviandad o huyen de Dios. Tozer ha escrito: "El choque moral que hemos sufrido al romper con la voluntad celestial nos ha dejado con un trauma permanente que afecta todos los rincones de nuestra naturaleza".¹⁶² Es cierto. Como consecuencia, los hombres y las mujeres no se acercan a Dios, y lo que debería ser su mayor gozo les resulta aborrecible.

UN PUEBLO SANTO

¿Qué tenemos que hacer, entonces, nosotros que somos pecadores pero que nos confrontamos con el santo Dios? ¿Seguiremos nuestro camino? ¿Haremos todo lo posible? ¿Le daremos nuestras espaldas al Santo? Si no fuera porque Dios ha elegido que hagamos algo con respecto a nuestra condición, eso sería todo lo que podríamos hacer. Pero la gloria del cristianismo radica en el mensaje de que el Dios santo ha hecho algo. Ha realizado lo que era necesario hacer. Nos ha abierto un camino a su presencia mediante el Señor Jesucristo; y al emprenderlo, lo impuro se convierte en santo y puede habitar con él.

Al llegar a este punto podemos volver a la ilustración del tabernáculo en el desierto. El tabernáculo intentaba mostrar el abismo que existía entre Dios y su santidad y los seres humanos y su pecado. Pero también servía para ilustrar cómo ese abismo podía ser superado. En los tiempos del Antiguo Testamento esa superación era simbólica. En el sacrificio de los animales el pecado del pueblo simbólicamente se transfería a la víctima inocente, que moría en lugar del adorador. Por eso era que el sumo sacerdote debía realizar primero un sacrificio por sí mismo, y luego otro por el pueblo antes de ingresar al lugar santísimo el Día de la Expiación. Pero si bien el simbolismo era vívido e importante, no era la muerte de los animales, no importa cuántos, que expurgaba el pecado. La única y verdadera expiación sería provista por el Señor Jesucristo quien, cual Cordero de Dios perfecto, murió en el lugar de los pecadores. Además, no eran solamente los sacrificios lo que prefiguraba su obra. Cada parte del tabernáculo, el altar, la fuente, el candelero, el incienso, el pan de la proposición, y todo lo demás dentro del lugar santo estaba prefigurando algo. Para decirlo en otros términos, por medio de él nuestros pecados son lavados; él es la luz del mundo; él es el pan de vida; él es el centro de nuestra adoración mediante la oración, y él es nuestro sacrificio; un sacrificio suficiente, único y para siempre.

¹⁶² Tozer, *The Knowledge of the Holy*, p. 110.

Y Cristo es verdaderamente suficiente. Cuando cargó con nuestro pecado tomando nuestro lugar y fue, por lo tanto, judicialmente separado de la presencia del Padre -ten ese preciso instante Dios mismo rasgó el velo del templo en dos, de arriba a abajo, señalándonos así que el camino a su presencia, al lugar santísimo, ahora estaba abierto a todos aquellos que vienen a él mediante la fe en Cristo, como él lo reclama-. A los que vienen, Dios les imparte una medida de su propia santidad en dos sentidos. Nunca podremos ser santos en el sentido del "Plenamente Otro" como él es; pero en un principio somos separados para él por medio de Cristo para ser sus santos, y luego para ser hechos justos en la práctica, y cada vez más en la medida que su naturaleza gradualmente transforma nuestros seres.

Son muchas las consecuencias para los que vienen al conocimiento del Santo. Primero, aprenderán a odiar al pecado. No odiamos el pecado naturalmente. Por el contrario, sucede todo lo opuesto. Por lo general, amamos al pecado y somos renuentes a abandonarlo. Pero debemos aprender a odiar al pecado; de lo contrario, aprenderemos a odiar a Dios quien reclama de los seguidores de Cristo una vida en santidad. Vemos que existía mucha tensión durante la vida del Señor Jesucristo. Algunos, viendo su santidad, llegaron a odiar al pecado y se convirtieron en sus seguidores. Otros, viéndolo, le odiaron y finalmente lo crucificaron.

Segundo, los que han alcanzado el conocimiento del Santo mediante la fe en el Señor Jesucristo aprenderán a amar su justicia y lucharán por ella. Estas personas suelen necesitar ser animadas. El apóstol Pedro escribió en su día: sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo" (1 P. 1:15-16). No dice "Sed santos como yo soy santo". Ninguno de nosotros seríamos capaces de eso. No podemos ser santos en el mismo sentido que Dios es santo. Pero podemos ser santos en un caminar justo y recto delante de él.

Tercero, debemos aguardar el día en que la santidad de Dios pueda ser conocida en su plenitud por todos los hombres y las mujeres, y regocijarnos con anticipación a ese día. Si no hubiésemos venido a Dios mediante la fe en Cristo, ese día sería terrible. Significaría que nuestros pecados serían expuestos y juzgados. Habiendo venido a él, significa que nuestra salvación será completa porque seremos hechos como Jesús. Seremos como él es, en santidad y en todo otro sentido, "seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2).

CAPITULO 13: EL DIOS QUE CONOCE

LA CARACTERÍSTICA EXCLUSIVA DEL CONOCIMIENTO DE DIOS ES su totalidad o su perfección: su omnisciencia para utilizar el término teológico correspondiente. La omnisciencia divina alcanza no sólo el conocimiento que Dios tiene de nosotros, sino también el conocimiento que él posee sobre la naturaleza, el pasado, el presente y el futuro. Abarca todo lo imaginable, y todavía más. Es un conocimiento que Dios siempre ha tenido y que siempre tendrá. No hay necesidad de que él aprenda nada. En realidad, si queremos comprender el conocimiento de Dios con exactitud, es necesario afirmar que Dios nunca ha aprendido y no puede aprender, porque él ya sabe todo y siempre ha conocido todo de antemano.

Apreciamos la omnisciencia de Dios cuando Isaías interroga a la nación rebelde: "¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia? (Is. 40:13-14). La respuesta, obviamente, es nadie. Dios está infinitamente por encima de su creación en todo

conocimiento y entendimiento. De manera similar, Dios mismo le habla a Job desde un torbellino: "¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría? Ahora ciñe como varón tus lomos; yo te preguntaré, y tú me contestarás. ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus basas? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios? (Job 38:2-7). Nuevamente, la respuesta es que frente al conocimiento divino, que es perfecto, el conocimiento humano es prácticamente nulo.

El conocimiento de Dios se extiende hasta el conocimiento más íntimo de la persona. "Porque Yo conozco sus obras y sus pensamientos", le dijo Dios a Isaías refiriéndose al pueblo judío (Is. 66:18). David expresó: "Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú ya sabes toda" (Sal. 139:1-4). Y el autor de la epístola a los Hebreos escribe: "Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (He. 4:13).

Es imposible sobre afirmar las características del conocimiento de Dios. Como Thomas Watson observó hace varios años, el conocimiento de Dios es primario, porque él es la matriz y la fuente de todo conocimiento, de la que todos los demás conocimientos meramente toman prestado; su conocimiento es puro, porque no está contaminado por el objeto ni por el pecado; su conocimiento es fácil y accesible, porque no tiene ninguna dificultad; es infalible; es instantáneo; es absolutamente retentivo. Dios es perfecto en su conocimiento.

LA AMENAZA DE LA OMNISCENCIA

Podríamos pensar que la omnisciencia divina sería reconfortante para nuestro estado natural; el creer en la existencia de un conocimiento perfecto (aunque fuera de nuestro alcance) haría del mundo un lugar menos amenazante. Pero la realidad apunta a que lo contrario es lo cierto. Reconocer que existe un Dios que conoce todo sobre todo es también reconocer que ese Dios nos conoce a nosotros. Y como hay algunas cosas sobre nosotros que no deseamos que sean conocidas, las ocultamos -de los demás, e incluso de nosotros mismos-. Un Dios que nos conoce en lo más profundo de nuestro ser nos trastorna.

Arthur W. Pink señala que el pensar sobre la omnisciencia divina "nos llena de desasosiego". A. W. Tozer observa que "En la omnisciencia divina vemos cómo se confrontan el terror y la fascinación por la Divinidad. Que Dios conozca hasta lo más recóndito de una persona puede ser causa de temor en un hombre que tiene algo que ocultar -algún pecado renegado, algún crimen secreto contra el hombre o contra Dios-".¹⁶³ Pero Tozer no está hablando sólo sobre alguna persona u otra. Su descripción se extiende a toda la raza, y por lo tanto, también a nosotros. Todos nos hemos rebelado contra Dios y tenemos ser expuestos¹⁶⁴.

¹⁶³ Pink, *The Attributes of God*, p. 13.

¹⁶⁴ Tozer, *The Knowledge of the Holy*, p. 63.

En años recientes, nadie ha documentado nuestro temor más cuidadosamente que R. C. Sproul en su *The Psychology of Atheism*. Sproul le dedica un capítulo al tema de "Dios y la desnudez" y analiza el temor que el individuo moderno siente a ser expuesto, primero ante los demás y luego también ante Dios. El primer objeto de su análisis lo constituye la obra de Jean Paul Sartre. Sartre ha hablado sobre el temor de ser cuando se está bajo la mirada de otro. Nosotros podemos mirar fijamente a otro, despreocupadamente. Pero, basta darnos cuenta que alguien nos está mirando fijamente para que nos sintamos avergonzados, confusos y temerosos, y que nuestro comportamiento se altere. Odiamos esa experiencia y hacemos todo lo posible por evitarla. Si no podemos evitarla, la experiencia se toma intolerable.

En la que es posiblemente la obra más conocida de Sartre, *Sin salida*, cuatro personajes están encerrados en una pieza y no tienen nada para hacer excepto hablar y mirarse los unos a los otros. Es un símbolo del infierno. En las líneas finales de esta obra dramática esto resulta muy claro cuando Garcin se para frente a un busto de bronce y lo toca. Dice:

Sí, ahora es el momento. Estoy mirando este objeto sobre la repisa, y ahora comprendo que estoy en el infierno. Os digo, todo ya ha sido pensado de antemano. Ellos sabían que me pararía frente a esto de bronce, con todos esos ojos fijos en mí. Devorándome. (Gira en redondo repentinamente.) ¿Cómo es esto? ¿Solamente vosotros dos? Creí que erais más; muchos más. (Se ríe.) Entonces esto es el infierno. Nunca lo hubiera creído. Recordáis todo lo que se nos dijo sobre las cámaras de tortura, el fuego y el azufre, la "marga ardiendo". ¡Son sólo cuentos! No hay ninguna necesidad de atizadores al rojo vivo. El infierno -¡son los otros!¹⁶⁵

Las direcciones escénicas finales dicen que los personajes se dejan caer en sus respectivos sillones, la risa se apaga y "se miran fijamente" entre sí.

En la filosofía de Sartre este temor a estar bajo la mirada de otro es razón suficiente para eliminar a Dios; bajo la mirada de Dios somos reducidos a objetos y nuestra humanidad es destruida. El punto que más interesa aquí, sin embargo, es el temor a la exposición. ¿De dónde puede provenir si no es de una culpa real y merecida que surge de nuestra rebelión contra el único soberano y santo Dios del universo?

Sproul analiza a continuación el libro *Body Language* de Julius Fast. Este libro es un estudio sobre cómo los seres humanos se comunican de manera no verbal al asumir distintas posiciones corporales, distintos gestos, movimientos con la cabeza, con las cejas, y otros. Fast señala que es posible mirar fijamente un objeto por un largo período. Una persona puede mirar fijamente un animal. Sin embargo, mirar fijamente a otra persona no es un comportamiento aceptable porque, si la mirada no se desvía y se mantiene por un lapso prolongado, puede provocar hostilidad o vergüenza, o ambas. El hecho de que tengamos puertas, celosías, vestimenta y cortinas en las duchas refleja nuestro deseo y necesidad de privacidad.

En tercer lugar, Sproul estudia el libro *The Naked Ape* (cuya traducción al español sería "El mono desnudo") de Desmond Morris, otra obra muy popular. El "mono desnudo", por supuesto, es el ser humano. El título del libro como así también su contenido resaltan la singularidad de los humanos en su desnudez. Somos animales desnudos, no tenemos cabello que nos cubra, pero nuestra desnudez nos avergüenza y buscamos ocultarnos de la mirada de otras personas.

¹⁶⁵ Jean-Paul Sartre, *No Exit and Three Other Plays* (New York: Vintage Books, 1949), p.47.

En cuarto lugar, Sproul menciona al filósofo y escritor danés Soren Kierkegaard, señalando como este filósofo "es extremadamente crítico de la persona que vive solo en el plano 'estético' de la vida, o como un 'espectador', operando ocultamente detrás de una máscara", mientras que él mismo "se preservó una isla para ocultarse él y todos los demás hombres". Él sabía que "la soledad brinda un lugar para ocultarse, lo cual es necesario para el sujeto humano".¹⁶⁶

Lo que surge de estas expresiones modernas es una extraña ambivalencia. Por un lado, los hombres y las mujeres desean ser conocidos. Una evidencia moderna de esto es la popularidad de las sesiones de terapia, la psiquiatría, las charlas televisivas y las películas de sexo explícito. Pero en un sentido más profundo, los hombres y las mujeres temen dicha exposición, porque se avergüenzan de lo que hay para ver -por otras personas y por Dios. Con los demás, siempre hay manera de ponerse a cubierto. Nos vestimos, por ejemplo. En un nivel psicológico, cuidadosamente medimos nuestras palabras para que solamente se conozcan aquellas cosas que nosotros queremos que se sepan sobre nosotros. En ocasiones desplegamos un frente que es totalmente falso. ¿Pero qué haremos con respecto a Dios, frente a quien "todos los corazones son abiertos, y todos los deseos son conocidos"? No hay nada que pueda hacerse. Y como consecuencia de esta toma de conciencia del conocimiento de Dios, como también de su soberanía y su santidad, se produce la ansiedad y el espanto en los hombres y las mujeres caídos.

CUBIERTOS CON UN MANTO DE JUSTICIA

El miedo al conocimiento de Dios no es una experiencia normal para los cristianos. Pero antes de considerar qué es lo que el conocimiento de Dios significa para ellos, debemos determinar por qué ha dejado de ser un motivo de temor. La experiencia de Adán y Eva puede resultar ilustrativa. Adán y Eva habían pecado, y cuando pecaron se percataron que estaban desnudos. Ellos ya estaban desnudos en un sentido estrictamente físico. Pero como no habían pecado "no se avergonzaban" (Gn. 2:25). Después que se convirtieron en pecadores, su desnudez fue algo más que solo física. Fue una desnudez psicológica ligada a su culpa moral. Eran culpables, frente a ellos y frente a Dios.

¿Qué fue lo que había ocurrido? Dios se "paseaba en el huerto" y los iba a enfrentar en su desnudez. Él iba a traer a la luz su pecado, porque el pecado no puede ocultarse en su presencia. Pero luego él hizo algo asombroso. Los vistió, los cubrió con las pieles de unos animales que él mismo había sacrificado.

Este es el mensaje del cristianismo: que podemos ser conocidos, pero al mismo tiempo cubiertos o vestidos. Pero el ser vestidos no se logró completamente con la piel de los animales. El vestir a Adán y Eva era sólo un símbolo, una parábola actuada, de lo que había de suceder cuando Dios enviara a Jesucristo a morir por nuestro pecado para poder levantar nuestra culpa. Sobre la base de este sacrificio expiatorio perfecto, Dios entonces cubriría a todos los que creen en Cristo con la propia justicia del Señor. La obra de Cristo hace que ahora Dios no nos mire como pecadores, sino como transformados en justos por Cristo. Ahora podemos pararnos frente a él, en lugar de ocultarnos -no porque Dios se haya vuelto ignorante de nuestro pecado, o porque éste haya cesado de molestarle, sino porque lo ha conocido y lo ha tratado perfectamente-. Ahora podemos exclamar con Isaías: "En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de

¹⁶⁶ Sproul, *The Psychology of Atheism*, pp. 114-16. El análisis completo sobre la desnudez en la cultura moderna se encuentra en las páginas 107-18.

salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas" (Is. 61:10).

MOTIVOS PARA EL GOZO

La omnisciencia es causa de incomodidad y aun de espanto para aquellos cuyo pecado no ha sido cubierto con la justicia de Cristo. Pero para los cristianos hay tres razones que hacen que esta omnisciencia sea de gran bendición y motivo de gozo.

En primer lugar, como Dios conoce todo sobre nosotros, conoce lo peor sobre nosotros pero aun así nos ama y nos ha salvado. En las relaciones humanas muchas veces tenemos miedo de que algo sobre nosotros pueda salir a relucir y quiebre nuestra relación. Si así no fuera, ¿por qué es que siempre tratamos de presentarnos de la mejor manera frente a los demás? Pero Dios ya conoce lo peor sobre nosotros y, sin embargo, continúa mostrándonos su amor. Él "conoce nuestra condición" y "se acuerda de que somos polvo" (Sal. 103:14). No debemos temer que surja algo de nosotros que sorprenda a Dios, que algo oculto salga a la luz y se descubra nuestro pasado vergonzoso, o que un informante hable en nuestra contra trayéndonos vergüenza. No puede suceder nada que Dios ya no lo sepa.

Un escritor relaciona este sentimiento de seguridad con el ministerio del Espíritu Santo dentro de nosotros.

Sirve de gran consolación saber que el Espíritu Santo no mora en nosotros como un espía para descubrir nuestras flaquezas e informar a Dios sobre ellas para que seamos condenados. El Espíritu Santo sabe que Cristo ya ha sido condenado en nuestro lugar, y nos acompaña como un tenedor de libros o como el cajero de Dios, para siempre recordarnos de nuestro saldo, y para darnos los frutos de nuestra herencia para que podamos vivir en el triunfo que ha sido adquirido para nosotros.¹⁶⁷

En segundo lugar, Dios no sólo conoce lo peor sobre nosotros, sino que también conoce lo mejor sobre nosotros, aunque lo mejor sobre nosotros pueda pasar desapercibido para los demás. Hay momentos en nuestras vidas cuando nos desempeñamos muy bien en determinada área, y sin embargo pasamos desapercibidos. Otras veces hacemos lo mejor que podemos y fracasamos. Y lo que hemos realizado es malentendido. Las cosas a veces no resultan como había sido nuestra intención. La gente dice -y aun nuestros amigos, "¿Cómo pudo fulano hacer tal cosa? Yo tenía mejor opinión de él". Ellos no conocen la situación, y tampoco conocen nuestros corazones. Son críticos, y nada de lo que hagamos y digamos les hará cambiar de parecer. ¿Y, entonces, qué haremos? Es consolador saber que Dios, que conoce todas las cosas, también nos conoce a nosotros y sabe que hicimos lo mejor que fuimos capaces. Y él no nos juzga. Él no nos condena.

Un padre le está enseñando a caminar a su hija de un año. Ella lo intenta pero se cae. Él la vuelve a poner sobre sus pies y ella vuelve a caerse. Entonces él se enoja, grita, y le dice: "Tú eres una tonta. Yo soy un buen maestro, pero tú no aprendes nada". Cuando ella se cae por tercera vez, él le pega. Evidentemente, tendríamos un pobre concepto de dicho padre. Por otro lado, tendríamos un elevado concepto del padre que dice: "No te preocupes. Sólo te caíste, pero un día vas a caminar. Yo sé que

¹⁶⁷ Donald Grey Barnhouse, *God's Heirs* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1963), pp. 145-46.

estás haciendo lo mejor". Nuestro Dios se parece al segundo padre. Él conoce nuestras debilidades y nuestro pecado, pero también sabe cuando lo intentamos, y es paciente.

En tercer lugar, Dios sabe lo que va a hacer de nosotros. Es decir, sabe con qué propósito hemos sido formados y ciertamente lo cumplirá a su debido tiempo. Este propósito está expresado explícitamente en Romanos 8:29. La mayoría de los cristianos conocen de memoria el versículo anterior, Romanos 8:28. Es una promesa muy reconfortante: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados". Pero es una pena que muy pocos han memorizado el versículo siguiente donde se nos dice cuál es el propósito mencionado en el versículo 28. "Porque a los que antes conoció también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos". Dios se ha propuesto que seamos como Jesucristo. Este es el propósito de la redención, y en este contexto fue escrito Romanos 8:28. La redención comienza con el pre conocimiento selectivo de Dios de su propio pueblo, el cual ha sido predestinado para ser conforme a la imagen de Cristo -él ha seleccionado el material y la matriz-. La redención luego incluye el llamado de estos elegidos a la salvación, su justificación por la obra de Cristo y su glorificación, el resultado final y acabado de los propósitos de Dios.

En el transcurso de la vida cristiana muchas veces nos desanimamos, y muchas veces con razón. Damos un paso adelante, y luego medio paso para atrás. Una vez tenemos éxito, y luego fracasamos dos veces. Vencemos a la tentación, pero también caemos en la tentación, vez tras vez. Decimos: "No estoy haciendo ningún progreso. Estoy peor este año que el anterior. Dios debe estar desilusionado conmigo". Pero Dios no está desanimado con nosotros. Ese es el punto. Dios sabe todo. Es así que, aunque conoce nuestras derrotas y nuestras victorias, aunque éstas sean pocas, él sabe mucho más que sólo eso. Él sabe que un día por su gracia seremos hechos conformes a la imagen de Jesucristo. Podemos tener la plena certeza. Debemos tomar confianza en esta promesa, no importa cuántas veces nos desanimemos. Nuestro destino final es enorme; a la luz de tal destino todos los logros tan aplaudidos de nuestra época y nuestros logros personales se opacan y se tornan virtualmente insignificantes.

La omnisciencia de Dios también afecta otras áreas de nuestra vida. Primero, si Dios es el Dios de todo el conocimiento, deberíamos comprender la importancia que tiene el conocimiento. Hemos sido hechos a imagen de Dios. Una de las cosas que esto significa es que podemos aprender a pensar los pensamientos de Dios y compartir su conocimiento. Podemos poseer el verdadero conocimiento en este mismo sentido, si bien no al mismo nivel con que Dios posee el conocimiento. Estudiar y aprender son dos actividades valederas.

Segundo, la hipocresía es necedad. Podemos intentar engañar a las demás personas sobre lo que somos en realidad, y hasta cierto punto lograrlo. Pero no podemos engañar a Dios. Por lo tanto, si podemos paramos frente a él con todo nuestro pecado expuesto pero cubiertos por la justicia de Cristo, entonces podemos pararnos frente a cualquiera sin sentirnos atemorizados de que puedan llegar a conocernos tal como somos. Podemos ser osados para hacer lo que nos parece correcto, sin importarnos que esto sea malentendido o ridiculizado. Podemos ser hombres y mujeres de palabra. Podemos dejar que nuestro Sí sea Sí y que nuestro No sea No, porque Dios nos conoce. No tenemos por qué pretender que somos lo que no somos.

Por último, podemos ser animados cuando sobrevengan las dificultades. Job pasó por muchas dificultades, pero todavía pudo decir: "Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro" (Job

23:10). Podemos descansar tranquilos, sabiendo que Dios conoce todo. Podemos orar, porque tenemos la seguridad que ninguna oración, ningún grito de ayuda, ni siquiera un suspiro o una lágrima, pasarán desapercibidos por aquel que ve hasta lo más profundo de nuestros corazones. A veces hasta ni oraremos. Pero "antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído" (Is. 65:24). El único requisito es que retiremos y bajemos estas verdades del estante de la teología y las pongamos en práctica en nuestra vida cotidiana.

CAPITULO 14: EL DIOS QUE NO CAMBIA

LA INMUTABILIDAD DIVINA ESTÁ RELACIONADA CON SU ETERNIDAD (que someramente tratamos en el Capítulo nueve) pero no son idénticas. La eternidad de Dios significa que Dios siempre ha existido y que siempre existirá; no hubo nada antes que él, y no habrá nada después. La inmutabilidad de Dios (el hecho de que Dios no cambia) significa que Dios es siempre el mismo en su ser eterno.

Fácilmente podemos comprender esto. Y sin embargo, esta característica separa al Creador de su criatura más superior. Dios es inmutable a diferencia de todo el resto de su creación. Todo lo que conocemos es cambiante. El mundo material cambia, y no solamente en un sentido circular, como los griegos lo creían -de manera que todas las cosas eventualmente se transformaban y volvían a su estado original- sino más bien en un sentido de agotamiento, como lo indica la ciencia. Por ejemplo, si bien este deterioro se extiende por un período muy extenso en el tiempo y es difícil de apreciar, el sol constantemente está disipando su energía y acabará por enfriarse. La tierra también se deteriora. Sustancias muy complejas y activas como los elementos radioactivos se transforman en otras menos activas. Los recursos diversos y abundantes de la tierra son escasos. Las especies pueden extinguirse y algunas ya se han extinguido. En un nivel individual, los hombres y las mujeres, nacen, crecen, maduran y, finalmente, mueren. Nada de lo que nosotros conocemos perdura para siempre.

Si nos referimos al hombre la mutabilidad se debe al hecho de que somos criaturas caídas y separadas de Dios. La Biblia habla de los impíos siendo "como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto" (Is. 57:20). Judas se refiere a ellos como "nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos", como "estrellas errantes" sin una órbita (Jud. 12-13). Pero la dimensión moral de la inestabilidad de los humanos resulta muy clara en la reacción de las masas hacia el Señor Jesucristo. Una semana estaban gritando: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!" y a la semana siguiente estaban gritando: "¡Fuera con éste! ¡Crucifícale!"

No podemos confiar en la naturaleza humana, pero sí podemos confiar en Dios. Él es inmutable. Su naturaleza es siempre la misma. Su voluntad es incambiable. Sus propósitos son seguros. Dios es el punto fijo en un universo agitado y en proceso de deterioro. Santiago, después de haber hablado sobre los errores y los pecados humanos, agrega que "Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Stg. 1:17). Esta misma perspectiva es compartida por el profeta Malaquías, quien en uno de los últimos versículos del Antiguo Testamento afirma: "Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos" (Mal. 3:6).

NO CAMBIA

Cada uno de los versículos recién mencionados nos hablan de la inmutabilidad de Dios en su ser esencial. Es decir, siendo perfecto, él nunca es distinto a sí mismo. Para que un ser moral cambiara, sería necesario que cambiara en una de dos direcciones. Cambiar de algo malo en algo mejor, o cambiar de algo bueno en algo peor. Debería ser obvio que Dios no puede moverse en ninguna de estas direcciones. Dios no puede transformarse en algo mejor, ya que esto implicaría que antes era imperfecto. Si hablamos de su justicia, a modo de ejemplo, significaría que antes era menos justo, y por lo tanto pecaminoso. Si hablamos de su conocimiento, implicaría que antes no conocía todo y por lo tanto era ignorante. Por otro lado, Dios no puede transformarse en algo peor. En dicho caso se transformaría en algo menor a lo que ahora es, se convertiría en algo pecaminoso o imperfecto.

279

La inmutabilidad de Dios como se nos presenta en las Escrituras, sin embargo, no es lo mismo que la inmutabilidad de "dios" mencionada por los filósofos griegos. En el pensamiento griego, la inmutabilidad significaba no sólo la no posibilidad de cambio sino la imposibilidad de verse afectado de cualquier modo por cualquier cosa. El término griego para referirse a esta característica primaria de "dios" era *apatheia*, de donde proviene la palabra "apatía". Apatía significa indiferencia, pero el término griego engloba aún más que esa idea. Implica la imposibilidad de experimentar cualquier emoción. Los griegos creían que un "dios" poseía esta característica porque de lo contrario estaría sujeto a un poder sobre él, podría ser impulsado al enojo, al gozo, o a la congoja. Dejaría de ser absoluto y soberano. Es así que el "dios" de los filósofos (aunque no de las mitologías más populares) era un dios solitario, aislado y sin compasión.

Como filosofía todo esto está muy bien, por supuesto. Es muy lógico. Pero no es lo que Dios revela sobre sí mismo en las Escrituras, y por lo tanto, debemos rechazarlo no importa lo lógico que parezca ser. El punto de vista bíblico nos dice que Dios es inmutable, pero que sin embargo es afectado por la obediencia, el destino o el pecado de sus criaturas.

Brunner escribe:

Si es cierto que existe la Misericordia de Dios y la Ira de Dios, entonces Dios, también, es "afectado" por lo que le acontece a sus criaturas. No es como esas divinidades platónicas que son despreocupadas, y por lo tanto, inmovibles por todo lo que acontece en la tierra, y que siguen su camino en el cielo sin mirar a su alrededor, sin tomar en consideración lo que está ocurriendo en la tierra. Dios "mira alrededor" -a Dios le importa lo que le acontece a los hombre y las mujeres- está preocupado por los cambios en la tierra.¹⁶⁸

Un ejemplo primario de esto lo tenemos en el Señor Jesucristo quien, aunque era Dios, sin embargo lloró sobre la ciudad de Jerusalén y en la tumba de Lázaro.

UNA VERDAD PERTURBADORA Y CONSOLADORA

La inmutabilidad de Dios también es aplicable a sus atributos. El Catecismo Abreviado de Westminster define a Dios como "un Espíritu, infinito, eterno e inmutable en su ser, sabiduría, poder, santidad,

¹⁶⁸ Brunner, *The Christian Doctrine of God*, p. 268.

justicia, bondad y verdad". Dios es el dueño de todo el conocimiento y la sabiduría, y siempre poseerá toda la sabiduría. Él es soberano y siempre será soberano. Él es santo y siempre será santo. Él es justo y siempre será justo; es bondad y siempre será bondad; es verdadero y siempre será verdadero. No hay nada que pueda suceder que pueda alguna vez disminuir alguno de estos atributos de Dios.

Esta verdad tiene dos facetas: es perturbadora para aquellos que están en rebelión contra Dios y es de gran consolación para aquellos que lo han conocido a través de Cristo. Lo primero es obvio luego de lo que hemos estado diciendo en los últimos tres capítulos. Si es cierto que al hombre natural la soberanía, la santidad y la omnisciencia de Dios le resultan difíciles de aceptar, el hecho de que Dios no cambie le resulta aun más perturbador. Las personas que no son salvas no estarían tan molestas por la soberanía de Dios si pudieran pensar que un día Dios se transformaría en menos soberano y el individuo adquiriría más autonomía. Sería posible imaginarse un día en el que este individuo, o la raza humana, reemplazaran a Dios. Tampoco estaría tan molesto al pensar en la santidad de Dios si pudiera concebir un tiempo en que Dios fuera menos santo, y que lo que ahora considera pecado, dejara de considerarlo pecado, e ignorara la culpa. O, si Dios se pudiera olvidar, la maldad que podríamos hacer no sería tan grave ya que con el tiempo se borraría de la memoria de Dios. Pero la inmutabilidad de Dios significa que Dios siempre será soberano, siempre será santo, siempre será omnisciente. Como consecuencia, todo saldrá a la luz y será juzgado delante de él.

La otra faceta de esta doctrina es con respecto al creyente. Para nosotros es de gran consuelo. En este mundo la gente se olvida de nosotros, incluso cuando hemos trabajado duro y hemos sido de servicio para ellos. Ellos cambian su actitud hacia nosotros de acuerdo a los dictados de sus necesidades y las circunstancias. Muchas veces son injustos (como también nosotros lo somos a veces). Pero Dios no es así. Por el contrario, la actitud que tiene ahora hacia nosotros es la misma que tuvo en la eternidad pasada y que tendrá en la eternidad futura. El Padre nos amará hasta el fin, como fue dicho sobre Jesús: "sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (Jn. 13:1).

Tozer nos habla de la consolación que encontramos en la inmutabilidad de Dios.

Qué paz trae al corazón cristiano saber que nuestro Padre celestial nunca cambia. Cuando nos acercamos a él no tenemos por qué preguntarnos si hoy estará con ganas de recibirnos. Él está siempre abierto a nuestras miserias y necesidades, como a nuestro amor y nuestra fe.

No cumple un horario de oficina, ni tiene períodos en los que no recibe a nadie. Tampoco cambia de parecer con respecto a nada. Hoy, en este mismo instante, siente hacia todas sus criaturas, los bebés, los enfermos, los caídos, los pecadores, lo mismo que sintió cuando envió a su unigénito Hijo al mundo para morir por la humanidad. Dios nunca cambia de humor, ni su afecto por nosotros se enfría, ni pierde su entusiasmo.¹⁶⁹

Tenemos aquí gran consolación. Si Dios cambiara como cambian sus criaturas, si hoy deseara una cosa y mañana otra distinta, ¿quién podría confiar en él o ser animado por él? Nadie. Pero Dios es siempre el mismo. Siempre lo hallaremos como se reveló a sí mismo en la persona de Cristo Jesús.

SUS PLANES NO CAMBIAN

¹⁶⁹ Tozer, *The Knowledge of the Holy*, p. 59.

Los propósitos y los planes de Dios también son inmutables. Nosotros solemos cambiar nuestros planes. En ocasiones, nos ha faltado tomar todas las provisiones para anticipar todo lo que podía ocurrir, o nos ha faltado el poder para ejecutar lo que nos propusimos. Pero Dios no es como nosotros. "Su sabiduría es infinita, no puede haber errores en la concepción de (sus planes); su poder es infinito, no puede haber fallas en su implementación".¹⁷⁰

"Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?" (Nm. 23:19). El arrepentirse implica la revisión de los planes de acción, pero Dios nunca lo hace. Sus planes se realizan sobre la base de un conocimiento perfecto, y su poder perfecto hace posible la ejecución de los mismos. "El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones" (Sal. 33:11). "Jehová de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado" (Is. 14:24). "Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero" (Is. 46:9-10). Salomón escribió: "Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá" (Pr. 19:21).

¿Cuáles son las consecuencias de la inmutabilidad de Dios? Primero, si los propósitos de Dios no cambian, entonces los propósitos con respecto a Cristo no cambiarán. Su propósito es glorificarlo. "Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2:9-11).

Resulta, entonces, necio resistir la gloria de Cristo. Podemos hacerlo ahora, como hay muchos que lo hacen, pero se aproxima el día cuando aun los que no lo consideran como el Señor de sus vidas tendrán que confesar que Jesús es el Señor. En estos versículos, la palabra traducida "confesar" (exhomologeo) significa más "reconocer" que "confesar con agradecimiento". Se la usa, por ejemplo, para el reconocimiento o la confesión del pecado, y cuando Judas conviene con los principales sacerdotes en traicionar a su maestro. Es en este sentido de reconocimiento que esta palabra es usada con respecto a los que se han rebelado contra la autoridad y la gloria de Cristo en esta vida. Lo han rechazado aquí, pero deberán reconocerlo allí. No confesarán que "Jesucristo es el Señor" con alegría, pero deberán confesarlo mientras son desterrados de su presencia para siempre.

Segundo, los propósitos de Dios para su pueblo redimido no cambiarán. Su intención es hacerlos a la imagen de Jesucristo (como ya vimos en el Capítulo trece) y traerlos sin peligro a su presencia al final de su peregrinar en este mundo. En la epístola a los hebreos, se nos dice que las promesas que Dios hizo a Abraham sirven para demostrar la naturaleza de las promesas que Él nos ha hecho a nosotros:

Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. Y habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa. Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda controversia es el juramento para confirmación. Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es, imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asimos de la esperanza puesta delante de

¹⁷⁰ Charles Hodge, Systematic Theology, vol. 1 (London: James Clarke & Co., 1960), p.390.

nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo" (He. 6:13-19).

El propósito de Dios es traer a los suyos al disfrute pleno de su herencia prometida, a la esperanza. Para que puedan conocer esto y tener la seguridad de ello, lo ha confirmado con un juramento inmutable. Cada hijo de Dios redimido debería tomar aliento al conocer este propósito.

Por último, los propósitos de Dios para los malvados no cambiarán. Su propósito es juzgarlos y eso es lo que hará. Dios "de ningún modo tendrá por inocente al malvado" (Ex. 34:7). Hay muchos otros pasajes que nos hablan, y en forma muy vívida, del juicio propiamente dicho. La inmutabilidad de los juicios de Dios debería servir de advertencia a todos aquellos que todavía no se han vuelto al Señor Jesucristo como su Salvador y debería servir para acercarlos a él mientras todavía hay esperanza.

La inmutabilidad de Dios también significa que la verdad de Dios no cambia.

Los hombres muchas veces dicen cosas que no quieren decir en realidad, simplemente porque no conocen sus propios pensamientos; o quizás, porque sus pareceres también cambian, se encuentran con que no pueden sustentar las mismas opiniones que sostuvieron en el pasado. Todos, alguna vez, hemos tenido que revertir nuestros dichos, porque la cruda realidad los refutó. Las palabras de los hombres son inestables. Esto no sucede con las palabras de Dios. Ellas permanecen para siempre, como expresiones válidas de su mente y sus pensamientos. No hay circunstancias que le hagan revertir sus dichos; no hay cambios en su manera de pensar que hagan necesario enmendar lo que ha dicho. Isaías escribió: "toda carne es hierba... la hierba se seca... mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre" (Is. 40:6-8).¹⁷¹

Los cristianos debemos estar firmes sobre la palabra y las promesas de nuestro Dios inmutable. Las promesas de Dios no son "reliquias de un tiempo pasado", como señala Packer, sino la revelación válida por la eternidad de la mente y la voluntad de nuestro Padre celestial. Sus promesas no se modificarán. Un hombre o una mujer sabia deben poner sus cimientos sobre esta verdad.

CAPITULO 15: LA CREACIÓN DEL HOMBRE

EXISTEN TRES RAZONES POR LAS QUE SE DEBE CONSIDERAR LA creación del hombre cuando estudiamos el conocimiento de Dios: una razón general, una razón específica, y una razón teológica. La razón general es que la creación en su totalidad nos revela algo sobre el Creador, de manera que, como vimos en el Capítulo dos, aunque el hombre o la mujer no adoren y sirvan a Dios, lo que la naturaleza nos revela sobre Dios aflora para confundir y condenar a esa persona. La razón específica es que el hombre, como una parte singular de esa creación ha sido creado a imagen de Dios, de acuerdo con el testimonio bíblico. La humanidad nos revela aspectos sobre el ser divino que no podemos apreciar en ninguna otra parte del orden creado, pero que deben ser considerados si hemos de entender a Dios. La razón teológica es que como no es posible tener un conocimiento genuino sobre Dios si este conocimiento no viene acompañado de un correspondiente conocimiento sobre nosotros mismos, debemos al menos conocernos a nosotros mismos -creados a imagen de Dios caídos, y sin embargo redimidos- si es que hemos de conocer verdaderamente y reverenciar a nuestro Creador.

¹⁷¹ Packer, *Knowing God*, p. 70.

El lugar para comenzar el estudio de la creación de Dios es con la humanidad en general, porque los hombres y las mujeres son la parte más importante de la creación. Decir que la humanidad es la parte más importante de la creación puede parecer una afirmación provinciana o chauvinista (en otras palabras, si fuésemos peces, obviamente diríamos que los peces son lo más importante) Pero, en realidad, los hombres y las mujeres son, y ellos sienten que lo son formas superiores al resto de la creación. Por un lado, ellos gobiernan sobre la creación y no por la fuerza bruta tampoco, ya que hay muchos animales que son mucho más fuertes. En realidad gobiernan por el poder de sus mentes y su personalidad. Por otro lado, los hombres y las mujeres tienen "conciencia de Dios", algo que los animales no tienen. Esta conciencia de Dios provoca la culpabilidad que las personas sienten bajo la mirada de Dios cuando se niegan a adorarlo. Ningún animal es culpable de un pecado moral o espiritual. Y además, esta conciencia de Dios es también nuestra gloria, ya que no hay ninguna otra criatura que pueda "glorificar a Dios, y regocijarse con él para siempre" en el mismo sentido que los seres humanos.

La Biblia enfatiza nuestra posición superior hacia el final del primer relato de la creación. "Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Gn. 1:26-27).

En estos versículos, nuestra singularidad y nuestra superioridad sobre el resto de la creación están expresadas de tres maneras. Primero, se nos dice que hemos sido hechos "a imagen de Dios", algo que no se dice ni de los objetos, ni de los animales. Segundo, se nos da el dominio sobre los peces, las aves, los animales, y hasta sobre la tierra misma. Tercero, la palabra creó se repite tres veces. Esta misma palabra se usa sólo en otras tres oportunidades en el relato de la creación: primero, cuando Dios creó la materia a partir de la nada (vs. 1); segundo, cuando Dios creó la vida consciente (vs. 21); y tercero, cuando Dios creó a la humanidad (vs. 27). La progresión es del cuerpo (o la materia) al alma (o la personalidad) y al espíritu (o la vida con conciencia de Dios). Por lo tanto, la humanidad descansa sobre la cima de la creación. Como escribe Francis Schaeffer, al repetir la palabra creó "es como si Dios pusiera signos de exclamación para indicar que hay algo especial en la creación del hombre".¹⁷²

A IMAGEN DE DIOS

Estudiemos ahora con mayor detalle lo que significa haber sido creados a imagen de Dios. Una de las cosas que significa es que las mujeres y los hombres comparten esos atributos de la personalidad que Dios mismo posee, pero que los animales, las plantas y la materia no poseen. Para tener personalidad es necesario poseer conocimiento, sentimientos (incluyendo el sentimiento religioso), y voluntad. Dios tiene una personalidad, y nosotros también. Decir que los animales tienen algo similar a la personalidad humana es sólo significativo hasta cierta medida. La personalidad, en el sentido que la estamos definiendo aquí, es algo que relaciona a la humanidad con Dios, pero que no relaciona ni a la humanidad, ni a Dios, con el resto de la creación.

Otro segundo elemento implícito al haber sido creados a imagen de Dios es la moral. La moral incluye, además, dos elementos adicionales: la libertad y la responsabilidad. Para ser exactos, los hombres y las mujeres no poseen una libertad absoluta. Ya en el comienzo, el primer hombre, Adán, y la primera

¹⁷² Francis A. Schaeffer, *Genesis in Space and Time* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1972), p.33

mujer, Eva, no eran autónomos. Eran criaturas y eran responsables de reconocer su estado en la obediencia. Después de la Caída, esa libertad ha sido aún más restringida, de modo que como lo expresó Agustín, el original *posse non peccare* ("posibilidad de no pecar") se convirtió en *non posse non peccare* ("imposibilidad de no pecar"). Pero todavía existe una libertad limitada para las mujeres y los hombres a pesar de su estado caído, una libertad que conlleva una responsabilidad moral. En resumidas cuentas, no necesitamos pecar siempre, como lo hacemos, o como tan a menudo lo hacemos. Y aun cuando pecamos bajo apremio (como puede darse el caso), sabemos que está mal -e inadvertidamente confesamos así nuestra semejanza (aunque hemos caído) con Dios en el área de la moral, semejanza que también se da en otras áreas.

El tercer elemento presente por haber sido creados a imagen de Dios es la espiritualidad. La humanidad existe para estar en comunión con Dios que es Espíritu (Jn. 4:24). Esta comunión debería ser eterna, como Dios es eterno. Aquí, podríamos precisar que aunque tenemos cuerpos físicos, como las plantas y los animales, solamente los seres humanos poseemos espíritus. Y es sólo en este nivel del espíritu que podemos tomar conciencia de Dios y estar en comunión con él.

Existe una polémica entre los que creen en una construcción tripartita de nuestro ser y los que creen que es posible considerar adecuadamente al hombre en dos niveles únicamente. Esta polémica no tiene que concernirnos. Todas las partes en esta polémica reconocen que el ser humano consiste por lo menos de una parte física que muere y que necesita ser resucitada, y de una parte inmaterial que vive más allá de la muerte, la parte propiamente llamada persona. La única cuestión es si pueden diferenciarse dos partes en la parte inmaterial una parte que los hombres y las mujeres compartirían con los animales -la personalidad en un sentido limitado- y el espíritu, que los vincularía con Dios.

En este punto, la información lingüística debería ser determinante, si bien no es tan clara como sería de desear. En ocasiones, en particular en las primeras partes del Antiguo Testamento, tanto alma (*nephesh*) como espíritu (*ruach*) son usados indistintamente, lo que ha introducido cierta confusión. Sin embargo con el transcurso del tiempo, *ruach* comenzó a designar el elemento por el cual los hombres y las mujeres se relacionan con Dios, diferenciándolo de *nephesh* que significa entonces simplemente el principio vital. De acuerdo con esta distinción, se usa "alma" y no "espíritu" con referencia a los animales. De igual modo, se nos dice que los profetas, que oyeron la voz de Dios y estuvieron en comunión con él en un sentido especial, fueron animados por el "espíritu" de Dios (pero no se menciona el "alma"). En el Nuevo Testamento, la información lingüística es similar. Es así que mientras alma (*psyche*) y espíritu (*pneuma*) son a veces usadas indistintamente, como en el Antiguo Testamento, *pneuma* si embargo sirve para expresar esa capacidad especial de relación con Dios, que es la gloria de una persona redimida, en contraposición con *psyche* que aun lo que no han sido salvos poseen (1 Co. 2:9-16). Es posible, aunque no está, totalmente determinado, que en los escritos paulinos el espíritu del hombre y la mujer se consideran perdidos o muertos como resultado de la Caída, y que sólo es restaurado en aquellos que han sido regenerados.¹⁷³

Sin embargo, no debemos perder de vista lo siguiente. Ya sea que hablemos de dos partes o de tres partes que componen el ser del hombre, un individuo es una unidad. Su salvación consiste en la redención de todo su ser, no sólo de su alma o de su espíritu, del mismo modo que (estableciendo un paralelismo en sentido opuesto) cada parte es afectada por el pecado.

¹⁷³ Reinhold Niebuhr, *The Nature and Destiny of Man: I, Human Nature* (New York: Charles Scribner's Sons, 1941), pp. 151-52.

En esta área las palabras usadas en cada caso en particular son menos importantes que las verdades que transmiten. Hasta aquellos que más insisten sobre la unidad del hombre creen que el hombre es más que sólo materia. O, si se adhieren a un esquema de dos partes, reconocen, sin embargo, que el hombre posee algo que sirve para diferenciarlo de los animales. Y esto es todo lo que implica la diferencia entre espíritu y alma en el esquema de tres partes. Espíritu, alma y cuerpo son simplemente términos útiles para hablar de lo que realmente significa ser un ser humano.

El cuerpo, entonces, es la parte visible de la persona, la parte que tiene vida física. A primera vista, parecería que es esta parte la que nos diferencia de Dios, y en un sentido esto es así. Tenemos un cuerpo; Dios no tiene un cuerpo. Pero si continuamos nuestra consideración del tema, esta diferencia no resulta tan obvia como parecía ser en un primer momento. ¿Cómo explicar la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, por ejemplo? O también, ¿qué fue lo primero en la mente de Dios, el cuerpo de Cristo o el cuerpo de Adán? ¿Cristo se hizo como nosotros por la Encarnación, o nosotros nos convertimos como él por-medio de un acto creativo de Dios? Calvino, que brevemente considera este tema en su Institución, no cree que Adán haya sido modelado de acuerdo con el patrón del Mesías que había de venir. Calvino no acepta la idea de que Cristo hubiera venido si Adán no hubiera pecado.¹⁷⁴ Pero estas dos ideas no son necesariamente contradictorias. Se podría especular que cuando Dios caminaba en el huerto con Adán y Eva antes de la Caída, lo hacía como la segunda persona de la Trinidad, en una forma pre encarnada pero, de todos modos, corporal.

Lo que importa de esta discusión es que nuestros cuerpos son de gran valor y deberían ser honrados por la manera como los tratamos. Como hombres y mujeres redimidos, deberíamos considerar nuestros cuerpos como "templos" de Dios (1 Co. 6:19).

El alma es la parte del hombre que llamamos su "personalidad". Tampoco es un tema fácil de tratar. Es evidente que el alma está relacionada con el cuerpo a través del cerebro, y constituye una parte del cuerpo. Resulta difícil, además, pensar en el alma desligada de las propiedades que asociamos con el espíritu. Sin embargo, en términos generales, el alma se refiere por lo menos a eso que hace de los individuos un individuo único, singular. Podríamos decir que el alma se concentra en la mente y que incluye todo lo que nos gusta y lo que no nos gusta, nuestras habilidades especiales y nuestras debilidades, nuestras emociones, nuestras aspiraciones y todo lo demás que diferencia al individuo de los demás miembros de su especie. Porque tenemos alma es que podemos tener comunión, amor y comunicación entre unos y otros.

Pero no sólo tenemos comunión, amor y comunicación con los miembros de nuestra especie. También amamos y tenemos comunión con Dios, para lo cual necesitamos un espíritu. El espíritu es, por lo tanto, la parte de la naturaleza humana que entra en comunión con Dios y participa en cierta medida de la esencia misma de Dios. En ningún lugar se nos dice que Dios sea cuerpo o alma, si bien puede poseer cada uno de estos aspectos en alguno de los sentidos que acabamos de mencionar. Pero Dios está definido como espíritu. "Dios es espíritu", dijo Jesús. Por lo tanto, "los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (Jn. 4:24). Como el hombre es espíritu (o llega a poseer un espíritu por medio de un nuevo nacimiento) puede tener comunión con Dios y amarlo.

Es aquí donde reside todo nuestro valor. Hemos sido formados a imagen de Dios, y por lo tanto somos valiosos para Dios y para los demás. Dios ama a los hombres y a las mujeres, más que a los animales, las plantas y el resto de la materia inanimada. Más aún, tiene sentimientos hacia el hombre y la mujer,

¹⁷⁴ Calvin, Institutes, pp. 186-89; 470-74.

se identifica con ellos en Cristo, sufre por ellos e interviene en la historia para hacer de nosotros lo que él se ha propuesto que seamos. Podemos tener una idea de la naturaleza especial de esta relación cuando recordamos como la mujer, Eva, de manera similar, fue hecha a imagen del hombre. Por lo tanto, aunque diferente, Adán pudo observarse en ella y amarla como su compañera y el miembro correspondiente en el universo. No es una equivocación decir que los hombres y las mujeres son para Dios algo similar a lo que la mujer es para el hombre. Son los compañeros valiosos y únicos de Dios. Como prueba de esta idea alcanza recordar la enseñanza del Nuevo Testamento con respecto a Cristo como el novio y la iglesia como su esposa.

AGENTES MORALES

Otra parte de haber sido hechos a imagen de Dios es que somos agentes morales responsables dentro del universo divino. La responsabilidad moral está implícita en los atributos de nuestro ser (el conocimiento, los sentimientos, la voluntad, y la conciencia de Dios) y en la prueba posterior de obediencia a Dios (Gn. 2:16-17). Este concepto ya está presente en el relato de la creación. En el mismo versículo que se nos habla sobre la decisión de Dios de hacer al hombre a su imagen, también se nos dice que él ha de señorear "en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra" (Gn. 1:26). Cualquier clase de dominio, pero este dominio por su alcance en particular, involucra la habilidad de actuar con responsabilidad.

En la actualidad en el mundo occidental hay una fuerte tendencia a negar la responsabilidad moral humana sobre la base de alguna clase de determinismo. Dicha posibilidad no es aceptable en la Biblia. Hoy en día, el determinismo toma una de las siguientes dos formas. Puede asumir la forma de un determinismo físico y mecánico ("los seres humanos son el producto de sus genes y de la química orgánica") o la forma de un determinismo psicológico ("los seres humanos son el producto del medio ambiente y de su historia pasada"). En ambos casos, el individuo está libre de responsabilidad por sus actos. Es así como hemos visto transcurrir un período en que a la conducta criminal se la concebía como una enfermedad, y al criminal se lo consideraba más una víctima del entorno que un victimario. (En los últimos tiempos, existe una tendencia para revertir el tema.) Actos menos llamativos pero igualmente censurables moralmente todavía son excusados con afirmaciones de este tenor: "Supongo que no pudo hacer otra cosa".

El punto de vista bíblico no podría ser más contrario a esto. Schaeffer señala que "como Dios ha hecho al hombre a su imagen, el hombre no está preso en las ruedas del determinismo. Por el contrario, el hombre es tan grande que puede influenciar la historia para sí y para otros, para esta vida y para la vida futura".¹⁷⁵ Hemos caído, pero aun en nuestro estado como caídos somos responsables. Podemos hacer grandes cosas, o podemos hacer cosas terribles, cosas por las que algún día deberemos rendir cuentas ante Dios.

Existen cuatro áreas en las que deberíamos ejercer nuestra responsabilidad. Primero, deberíamos ejercerla ante Dios. Dios es el Ser que creó al hombre y la mujer y les dio el dominio sobre todo el orden creado. Como consecuencia, ellos son responsables ante él por lo que hagan con la creación. Cuando el hombre peca, como el relato de Génesis nos muestra que peca, es Dios quien viene a solicitar un ajuste de cuentas: "¿Dónde estás tú?... ¿Quién te enseñó que estabas desnudo?... ¿Qué es lo que has hecho?" (Gn. 3:9, 11, 13). En los miles de años que han transcurrido desde el Edén, hay

¹⁷⁵ Francis A. Schaeffer, *Death in the City* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1969), p. 80.

muchos que se han convencido que no son responsables ante nadie. Pero el testimonio de las Escrituras es que este ámbito de responsabilidad todavía está vigente y que todos tendrán que responder ante Dios en el juicio, delante del gran trono blanco. "...y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras" (Ap. 20:12).

Segundo, somos responsables de nuestros actos frente a las demás personas. Este es el motivo de las afirmaciones bíblicas que instituyen la pena capital como respuesta a los asesinatos; por ejemplo: "El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada" (Gn. 9:6). Estos versículos no se encuentran en la Biblia como reliquias de una era más bárbara o porque desde la perspectiva bíblica las personas no son valiosas. Por el contrario, el motivo es que las personas son demasiado valiosas para ser destruidas caprichosamente, y por lo tanto se reservan las penas más duras para quienes cometen dicha destrucción.

Santiago 3:9-10 puede ser también traído a colación con este aspecto, ya que prohíbe el uso de la lengua para maldecir a otros por la sencilla razón que los otros también han sido hechos a imagen de Dios. "Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así". En estos pasajes se prohíben los asesinatos y las maldiciones sobre la base que la otra persona (aun después de la Caída) retiene algo de la imagen de Dios y por lo tanto debería ser valorada por nosotros, del mismo modo que Dios también la valora.

Tercero, tenemos una responsabilidad frente a la naturaleza (que discutiremos con más detalle en el siguiente capítulo). Es necesario ver que la manera como nos comportemos frente a la naturaleza, si la cultivamos y la desarrollamos, o si la utilizamos y la destruimos, tiene una dimensión moral. Tampoco Dios es indiferente a este tema. Podemos apreciar la importancia de esta responsabilidad si consideramos la manera como Dios mismo habla sobre la naturaleza, señalando que "la creación fue sujeta a vanidad" por causa del pecado del hombre, pero que será "libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Ro. 8:20-21).

La cuarta área donde deberíamos ejercer nuestra responsabilidad es ante cada uno de nosotros mismos. La Biblia nos describe al hombre y la mujer, diciéndonos que fueron hechos "poco menor que los ángeles" (Sal. 8:5); lo que quiere decir que fuimos colocados entre los seres más superiores y los más inferiores, entre los ángeles y las bestias.¹⁷⁶ Lo que es significativo es que se diga que hemos sido colocados un poco por debajo de los ángeles, en lugar de decir que fuimos colocados un poco por encima de las bestias. Nuestro lugar y nuestro privilegio es ser una figura intermediaria, pero una figura que mira hacia arriba y no hacia abajo. Cuando rompemos esa ligadura que nos ata a Dios y tratamos de despojarnos del gobierno de Dios, no nos elevamos para ocupar el lugar de Dios, como es nuestro deseo, sino que nos hundimos al nivel de las bestias. Hemos llegado a considerarnos como bestias ("el mono desnudo") o, lo que es incluso peor, como máquinas.

Por el contrario, el hombre o la mujer redimidos (en quienes se ha restablecido el vínculo con Dios) pueden mirar hacia arriba y ejercer plena responsabilidad con respecto a sí mismos en cada nivel de

¹⁷⁶ Esta referencia a haber sido hecho "un poco menor que los ángeles" se aplica en una primer instancia a la persona del Mesías venidero, el Señor Jesucristo. Pero es solamente con referencia a su Encarnación que es empleada. Por lo tanto, la expresión y, en realidad, todo el salmo pueden ser entendidos como haciendo referencia a los hombres y las mujeres en general. Los versículos siguientes se refieren al papel del dominio otorgado a Adán y Eva en el Génesis: "Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies" (Sal. 8:6).

su ser. Todos tenemos un cuerpo, y debemos usarlo como lo que en realidad es, "el templo del espíritu de Dios" No debemos dejar que sea corrompido por la haraganería física, la glotonería por drogas que produzcan dependencia, por el alcohol, ni por ninguna otra práctica que debilite nuestro físico. Todos tenemos un alma, y debemos usarla plenamente -permitiendo que nuestra mente y nuestra personalidad se desarrollen mientras Dios nos bendice y nos instruye-. Todos tenemos un espíritu que debemos ejercitar en la adoración y el servicio del Dios verdadero.

Los cristianos en particular deben usar y desarrollar sus mentes. Hoy en día existe una fuerte tendencia hacia un cristianismo anti intelectual o que prescinde de la mente, como señala John R. W. Stott en su libro *Your Mind Matters*. Este anti intelectualismo es desafortunado, ya que Dios nos habla principalmente por la mente (al leer su Palabra y meditar en ella); la mente nos permite crecer en su gracia ("por la renovación de vuestro entendimiento" Ro. 12:2), y nos permite ganar a otros (presentando una "defensa" de nuestra esperanza cristiana, 1P3:15).

Este ánimo anti intelectualista (cultivado en algunos grupos cristianos)... no es la verdadera piedad sino parte de la moda del mundo, y por lo tanto, es una forma de mundanalidad. Denigrar la mente es minar las doctrinas cristianas fundacionales. ¿Si Dios nos ha creado como seres racionales, negaremos la humanidad que nos ha concedido? ¿Si Dios nos ha hablado, seremos sordos a sus palabras? ¿Si Dios ha renovado nuestra mente por medio de Cristo, por qué no la utilizaremos para pensar? ¿Acaso Dios no nos ha de juzgar por su Palabra? ¿Por qué no hemos de ser sabios y edificar nuestra casa sobre la roca?¹⁷⁷

Evidentemente, los cristianos deberíamos permitir que Dios nos desarrolle intelectualmente al máximo, para que seamos conocidos como hombres y mujeres que piensan. Como Stott demuestra a continuación, si no respetamos la mente no hay verdadera adoración, ni fe, ni santidad, ni guía, ni evangelismo, ni ministerio cristiano.

UNA IMAGEN HECHA AÑICOS

En este capítulo hemos considerado al hombre como Dios lo creó y como fue su intención que el hombre fuera -es decir, antes de la Caída-, o como eventualmente será en Cristo. Sin embargo, no sería correcto ignorar el hecho que, aunque los hombres y las mujeres fueron hechos a imagen de Dios, esa imagen ha sido, sin embargo, empañada y hecha añicos como resultado de su pecado. Es cierto, todavía quedan vestigios de la imagen. Pero hoy no somos lo que Dios quiso que fuésemos. Somos seres caídos y los efectos de la Caída pueden verse en cada uno de los niveles de nuestro ser: el cuerpo, el alma y el espíritu.

Cuando Dios puso a Adán y Eva frente a la prueba del árbol prohibido, que debía servir como una medida de su obediencia y responsabilidad hacia Aquel que los había creado, Dios dijo: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:16-17). Adán y Eva comieron del árbol prohibido, y murieron. Sus espíritus, esa parte que podía establecer una comunión con Dios, murió instantáneamente. Su muerte espiritual es obvia del hecho de que huyeron de Dios cuando Dios vino a ellos en el huerto. Los hombres y las mujeres han estado huyendo y escondiéndose desde ese

¹⁷⁷ John R. W. Stott, *Your Mind Matters: The Place of the Mind in the Christian Life* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1972), p. 26.

entonces. Además, también comenzó a morir el alma, el asiento del intelecto, los sentimientos y la identidad. Es así como los hombres y las mujeres comenzaron a perder el sentido de su propia identidad, a dar rienda suelta a los malos sentimientos y a sufrir la descomposición de su intelecto. Al describir este tipo de descomposición, Pablo nos dice que, habiendo rechazado a Dios, las personas inevitablemente "se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles" (Ro. 1:21-23). Eventualmente, el cuerpo también muere. Así está escrito: "Polvo eres, y al polvo volverás" (Gn. 3:19).

Donald Grey Barnhouse ha comparado este resultado con un edificio de tres plantas que ha sido bombardeado durante la guerra y severamente dañado. La bomba ha destruido todo el último piso. El escombros se ha acumulado sobre el segundo piso, dañándolo a éste. El peso de las dos plantas derrumbadas más la detonación han producido rajaduras en las paredes del primer piso, el cual ha de derrumbarse tarde o temprano. Esto fue lo que sucedió con Adán. Su cuerpo era la habitación del alma, y el espíritu estaba por encima de esta habitación. Cuando cayó, el espíritu fue totalmente destruido, el alma se arruinó y el cuerpo quedó destinado al derrumbe y a la ruina ulterior.¹⁷⁸

Sin embargo, es precisamente aquí donde podemos apreciar la gloria y la plenitud del evangelio cristiano. Porque cuando Dios salva a un individuo, salva a toda la persona, comenzando por el espíritu, continuando con el alma y terminando con el cuerpo. La salvación del espíritu está en primer lugar; Dios establece contacto con la persona que se había rebelado contra él. Esto es lo que se llama la regeneración o el nuevo nacimiento. A continuación, Dios comienza su obra con el alma, renovándola para que se asemeje a la imagen del hombre perfecto, el Señor Jesucristo. Esta obra se conoce como la santificación. Por último, tendrá lugar la resurrección, donde hasta el mismo cuerpo será redimido de la destrucción.

Pero además, como lo señala Pablo en 2a Corintios 5:17, Dios hace de la persona redimida una nueva creación. No se trata solamente de poner remiendos al espíritu viejo, al alma vieja y al cuerpo viejo; como si fuera posible reparar la casa, en proceso de derrumbe, apuntalándola por aquí y por allá y dándole una mano de pintura. Lo que sí hace es crear un nuevo espíritu, una nueva alma (conocida como el hombre nuevo) y un nuevo cuerpo. Este cuerpo es del mismo orden que el cuerpo resucitado de nuestro Señor Jesucristo. Hoy hemos sido salvados como cristianos, pero también estamos en proceso de salvación, lo que implica que el presente también es importante. Y, además, mantenemos nuestra mirada hacia el futuro, porque sólo en la resurrección futura se completará la redención comenzada en esta vida y podremos erguirnos perfeccionados delante de la presencia de nuestro gran Dios y Salvador, y de Jesucristo.

CAPITULO 16: LA NATURALEZA

EL ESTUDIO DE LA NATURALEZA HUMANA NO ES SUFICIENTE para aprender todo sobre Dios en la creación, porque la humanidad no constituye todo el orden creado. Tampoco tendría por qué motivo estar en primer lugar, excepto en importancia. En realidad, el hombre y la mujer ocuparon el último lugar en la creación de Dios, siendo hechos en el sexto día. Cuando el hombre y la mujer fueron

¹⁷⁸ Donald Grey Barnhouse, *Let Me Illustrate* (Westwood, N.J.: Fleming H. Revell, 1967), p. 32; *Teaching the Word of Truth* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1966), pp. 36-37.

creados ya Dios había establecido un universo hermoso y variado para recibirlos. Deberíamos concluir que la naturaleza será estudiada por el solo hecho de que existe, existió en primer término, y constituye nuestro entorno, del cual no podemos huir.

Pero hay también otros motivos más importantes. Por un lado, la naturaleza por sí sola también nos revela a Dios. Se trata de una revelación restringida, como hemos señalado varias veces con anterioridad. Pero, de todos modos, se trata de una revelación, y es una revelación más completa para los que han sido redimidos. Este pensamiento constituye la base del salmo diecinueve. "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (vs. 1). Además, los hombres y las mujeres no sólo están en la naturaleza en el sentido que la naturaleza constituye su entorno. Están relacionados con la naturaleza en el sentido que también son finitos y creados. Si bien es cierto que existe una diferencia entre la humanidad y el resto de la naturaleza. Sólo los hombres y las mujeres fueron creados a imagen de Dios. Pero los propósitos de Dios en un nivel humano sólo ocurrirán plenamente cuando también incluyamos en este panorama los propósitos de Dios en la naturaleza.

EL ORIGEN DEL UNIVERSO

La gran interrogante con respecto a la naturaleza es la siguiente: ¿de dónde surgió el universo? Existe algo ahí -algo inmenso, intrincado y ordenado-. Estaba ahí antes que nosotros fuéramos. Es imposible imaginar nuestra existencia sin ese algo. ¿Pero cómo llegó a estar allí? ¿Y cómo llegó a ser como nosotros lo percibimos?

Como con todas las grandes interrogantes, sólo unas pocas respuestas son posibles. El primer punto de vista considera que el universo no tiene ningún origen. Es decir, el universo no tiene ningún origen porque de alguna manera el universo siempre existió; la materia siempre existió. El segundo considera que todo provino de algo personal y que ese algo personal es bueno (lo que corresponde con el punto de vista cristiano). El tercero considera que todo provino de algo personal y que ese algo personal era malo. Y el cuarto considera que siempre hubo y siempre habrá un dualismo. Este último punto de vista puede asumir distintas modalidades, que dependerán de si se está considerando un dualismo personal e impersonal, o uno moral y amoral; pero siempre estarán relacionados.

Existe la posibilidad de reducir el número de estas perspectivas. No tendría mucho sentido considerar el tercer punto de vista, que le otorga al universo un origen personal pero maligno, ya que si bien es una posibilidad filosófica, nadie la sustenta. Si bien es posible pensar que el mal es una corrupción del bien, no es posible pensar en el bien como surgido del mal. El mal puede ser la mala utilización de habilidades o propiedades buenas, pero no es posible que surja el bien únicamente a partir de la existencia del mal.

El cuarto punto de vista tampoco es muy satisfactorio, si bien sus deficiencias no son tan aparentes. La creencia en un dualismo siempre ha sido muy popular y ha perdurado por largos períodos históricos, pero no soporta un análisis detallado; ya que una vez que se ha propuesto un dualismo, el siguiente paso es ir más atrás para encontrar algún tipo de unidad que incluya ese dualismo. O se escoge una de las partes de este dualismo y se la hace más prominente que la otra, pero en dicho caso lo que se estaría haciendo sería asumir el segundo o el tercer punto de vista.

C. S. Lewis ha mostrado dónde está la trampa en este sistema. De acuerdo al punto de vista dualista, se supone que los dos poderes (espíritus o dioses), el bien y el mal, son eternos e independientes.

Ninguno es responsable ante el otro y ambos tienen igual derecho a llamarse Dios. Posiblemente, ambos crean que son el bien y el otro es el mal. ¿Pero qué significa exactamente decir que un poder es el bien y el otro es el mal? ¿Es sólo una manera de expresar que preferimos uno de ellos y no el otro? Si esto es todo lo que significa, entonces no tiene sentido hablar seriamente del bien y del mal. Y si tomamos este camino, la dimensión moral del universo se desvanece completamente, y sólo queda la materia operando de distintas maneras. No es posible sostener esto último y adherirse toda a una noción dualista.

Si, por el contrario, lo que quiere significar es que un poder realmente es el bien y el otro realmente es el mal, estamos introduciendo un tercer elemento en el universo, "una ley o un estándar o una regla de lo que es el bien, una norma a la que uno de los poderes se conforma y a la que el otro poder no se conforma". Y este estándar, más que ninguno de los otros dos, resultará ser Dios. Lewis concluye diciendo: "Como ambos poderes son juzgados por este estándar, entonces este estándar, o el Ser que creó este estándar, está antes y por encima de ambos poderes, y será el verdadero Dios. En realidad, lo que significa llamar a uno el bien y al otro el mal es que uno de ellos tiene una relación correcta con el Dios real y el otro tiene una relación incorrecta con él."¹⁷⁹

Nuevamente, podemos decir que para que el poder del mal sea maligno debe poseer los atributos de inteligencia y voluntad. Pero como estos atributos son en sí mismos buenos, debe estar obteniéndolos a partir del poder del bien y por lo tanto depende de este poder.

No es posible explicar la realidad tal como la conocemos partiendo de un origen maligno del universo, del cual surgió el bien, ni a partir de un dualismo. Por lo tanto, la única alternativa es entre el punto de vista que arguye la eternidad de la materia y el punto de vista que considera que todo existe por la voluntad de un Dios eterno, personal y moral.

La filosofía predominante en la civilización occidental moderna se adhiere al primer punto de vista. Este punto de vista no niega que exista algo semejante a la personalidad en el mundo actual, pero lo concibe como surgido de una sustancia impersonal. No niega la complejidad del universo, pero supone que esa complejidad provino de algo menos complejo, que a su vez provino de algo aun menos complejo, hasta que finalmente se arriba a la primigenia simplicidad, o sea, la materia. Se supone que la materia siempre existió -porque no hay otra explicación posible-. Este punto de vista es la base filosófica de la mayor parte de la ciencia moderna y de las ideas evolutivas.

Pero esta descripción sobre el origen del universo ya está introduciendo problemas que la teoría misma aparentemente no tiene forma de resolver. Primero, hemos hablado de una forma de materia y luego de formas más complejas. Pero, ¿de dónde proviene la forma? La forma implica organización, y posiblemente también propósito. ¿Pero cómo puede surgir la organización y el propósito a partir de la simple materia? Algunos insisten que la organización y el propósito son inherentes a la materia, como la información genética en un huevo o en un espermatozoide. Pero, además de caer esta teoría en un contrasentido -ya que esta materia no es más simplemente materia-, la interrogante básica sigue en pie y permanece sin responder, porque el problema ahora es responder a cómo surgieron la organización y el propósito. Entonces, tarde o temprano, llegamos a un determinado nivel donde debemos encontrar una explicación para la forma; y pronto nos encontramos buscando al Formador, al Organizador y al Dador del Propósito.

¹⁷⁹ C. S. Lewis, *Mere Christianity*, p. 34.

Pero, además, hemos introducido la idea de lo personal; si partimos de un universo impersonal, no hay ninguna explicación cierta para el surgimiento de la personalidad. Francis Schaeffer escribe: "El suponer un comienzo impersonal nunca puede explicar adecuadamente la existencia de los seres personales que vemos a nuestro alrededor, y cuando los hombres intentan explicar al hombre sobre la base de orígenes impersonales, el hombre pronto desaparece".¹⁸⁰

El cristianismo comienza con la respuesta restante. El cristianismo sostiene que el universo existe con forma y personalidad, como sabemos que existe, porque fue creado por un Dios personal y ordenado. En otras palabras, Dios estaba allí antes que el universo entrara en existencia, y era y es personal. Él creó todo lo que conocemos, incluyéndonos a nosotros, y como consecuencia el universo naturalmente lleva su huella.

EN EL PRINCIPIO

¿Qué es lo que nos encontramos cuando abrimos la Biblia en los primeros capítulos de Génesis? Aquí, por primera vez y en forma definitiva, tenemos expresado el punto de vista cristiano. Es una afirmación teológica, sin embargo; y es importante que reconozcamos esto porque de lo contrario inevitablemente estaremos buscando explicaciones científicas y podremos equivocarnos. Esto no quiere decir que el relato de Génesis sea contrario a la información científica; lo que es verdad en un campo, si realmente es verdadero, nunca podrá contradecir la verdad de otro campo. Lo que hay que tener presente es que Génesis 1 no es una descripción donde encontrar respuestas a las preguntas específicamente científicas. Es una afirmación de los orígenes en cuanto a su significado, propósito y la relación de todas las cosas con Dios.

El capítulo presenta tres puntos principales. El primero y el más obvio: nos enseña que Dios estaba en el principio de todas las cosas y que es el Ser por el cual todas las cosas han entrado en existencia. El capítulo captura esta enseñanza elocuentemente en las primeras cinco palabras: "En el principio creó Dios...". Desde el principio, entonces, nuestro pensamiento es dirigido a la existencia y la naturaleza de Dios.

En la lengua hebrea el nombre de Dios en este versículo es Elohim, una forma plural. Que sea plural nos está sugiriendo una dimensión plural de su ser. En el Capítulo diez planteamos cómo esta y otra evidencia bíblica nos está demostrando que los tres miembros de la Trinidad estaban presentes en el principio, habiendo existido antes que nada. Por lo tanto, los elementos que acostumbramos asociar con la Trinidad -el amor, la personalidad, y la comunicación también son eternos y tienen valor. Esta es la respuesta cristiana al temor humano de perderse en un universo impersonal y sin amor.

El segundo punto principal de Génesis 1 es que la creación se desarrolló de acuerdo con la manifestación ordenada de la mente y los propósitos de Dios. Es decir, fue una progresión paso a paso, marcada por una secuencia de seis días significativos. Al leer este relato, inmediatamente vienen a nuestra mente preguntas de índole científico que deseáramos que tuvieran respuesta: ¿puede compararse la secuencia de los días en Génesis con la secuencia de los así llamados períodos geológicos? ¿Está este relato verificado por la información proporcionada por los fósiles? ¿Qué duración tienen los "días" -períodos de veinticuatro horas o eras indefinidas-? Y, quizá la pregunta más importante, ¿hay lugar en el relato de Génesis para un desarrollo evolutivo (guiado por

¹⁸⁰ Schaeffer, *Genesis in Space and Time*, p. 21.

Dios) o se requiere de una intervención divina y una creación instantánea para cada caso? El capítulo no responde a nuestras preguntas. Acabamos de señalar hace un momento que el relato de Génesis es una afirmación teológica y no científica, y es ahora cuando más tenemos que tener esto presente. Es cierto que nos proporciona un terreno fértil para la especulación constructiva y en algunos puntos es bastante explícito, pero no fue escrito para responder a dichas preguntas; debemos recordar esto.

En realidad, no hay ninguna razón bíblica sustancial para rechazar algunas formas de la teoría evolutiva, siempre y cuando se realicen algunas aclaraciones en determinados puntos claves. Por ejemplo, no hay ninguna razón para negar que una especie de peces haya evolucionado de otra forma, o que una especie de animal terrestre haya evolucionado de una criatura marina. El término hebreo que fue traducido como *produzcan*, y que aparece en todo el relato de la creación, permitiría dicha posibilidad.

Sin embargo, hay tres puntos significativos en los que la palabra hebrea *bara*, que se traduce "creó", se utiliza para señalar la acción única de Dios para crear en un sentido especial. *Bara* generalmente significa crear a partir de la nada, lo que implica que la actividad descrita es una prerrogativa de Dios. Y, como ya lo señalé en el Capítulo quince, se utiliza en Génesis 1 para marcar la creación de la materia, la personalidad y la conciencia de Dios. Lo que esto está implicando es que, si bien puede haber algo semejante a un desarrollo evolutivo teniendo lugar en los períodos separados por la palabra *bara*, no cabe esta posibilidad para estos tres casos en particular. Además, el capítulo nos enseña que la creación no fue un desarrollo al azar sino el resultado de la guía directa de Dios.

Debemos tomar nota que el mundo científico actual puede estar siendo testigo de los comienzos de un movimiento que se aleja de la evolución naturalista, en particular del darwinismo, para explicar el universo. Para dar sólo un ejemplo, la edición correspondiente a febrero de 1976 de Harper's Magazine traía un importante artículo de Thomas Bethell, el editor de The Washington Monthly, bajo el título "La equivocación de Darwin". Sustancialmente consistía en una reseña de estudios recientes sobre la evolución, y su propósito era señalar cómo los científicos estaban en el proceso de abandonar silenciosamente la teoría de Darwin. ¿Por qué? Según Bethell, la teoría de Darwin no explicaba lo que supuestamente la evolución dice explicar: la enorme variedad de plantas, peces, animales y otras formas de vida.

En el enfoque darwiniano el elemento clave para explicar la existencia de la diversidad de especies es la selección natural. Pero cuando los científicos se basan en esta teoría, se encuentran con que la selección natural sólo proporciona una explicación al hecho de que algunos organismos tuvieron mas descendencia que otros y por lo tanto sobrevivieron, pero no explica por qué hay diversos organismos (algunos de los cuales sobrevivieron y otros no). Bethell observa que "la naturaleza, por lo tanto, no realiza ninguna 'selección'. La naturaleza tampoco 'actúa' como se nos dice en varios libros de biología. Un organismo puede ser 'más fuerte' o 'más apto' que otro desde el punto de vista evolutivo, pero el único evento que determina su aptitud es la muerte (o la infertilidad). Esto, por supuesto, no es algo que ayude a crear al organismo, sino que es algo que acaba con el organismo".

El autor del artículo concluye: "Yo sugiero que Darwin está en proceso de ser descartado, pero quizás en deferencia al venerable caballero que descansa en la Abadía de Westminster, al lado de Sir Isaac Newton, este proceso está teniendo lugar discreta y calladamente, con el mínimo de publicidad".¹⁸¹

¹⁸¹ Thomas Bethell, "Darwin's Mistake", Harper's Magazine, Febrero 1976, pp. 70-75.

El tercer punto del relato de la creación de Génesis es el pronunciamiento moral de Dios sobre lo que ha realizado. Aparece en la frase que tanto se repite, "Y vio Dios que era bueno". Este pronunciamiento no está referido a un objeto al cual pragmáticamente podemos señalar y decir: "Ese objeto me resulta útil". Este pronunciamiento divino sobre la bondad del resto de su creación fue anterior a nuestra existencia. Y esto significa que un árbol, para poner un ejemplo, no es bueno porque podemos talarlo y construir una casa, o porque podemos quemar su leña y calentarnos. Un árbol es bueno porque Dios lo creó y lo pronunció como bueno. Es bueno porque, como todo lo demás que ha sido creado, se conforma a la naturaleza divina. Con respecto a esta bendición divina Schaeffer escribe lo siguiente: "No se trata de un juicio relativo, sino un juicio del Dios santo que tiene un carácter y cuyo carácter es la norma del universo. Su conclusión: Cada etapa y cada área de la creación, y todo en su conjunto -el hombre mismo y todo su medio ambiente, los cielos y la tierra- están en conformidad conmigo".¹⁸²

La evaluación de Dios en Génesis 1 está confirmada por el pacto de Dios con la raza humana y la tierra en los tiempos de Noé -luego de la Caída-. Allí Dios dice: "He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros; y con todo ser viviente que está con vosotros; aves, animales y toda bestia de la tierra que está con vosotros, desde todos los que salieron del arca hasta todo animal de la tierra... Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra" (Gn. 9:9-10,13). El interés de Dios se expresa no sólo por Noé y por los seres humanos que le acompañaban en el arca, sino también por las aves y los animales y hasta la tierra misma. Toda su creación es "buena".

De manera similar, Romanos 8 nos expresa el valor de todo lo que Dios ha hecho. Su intención es redimir a toda la tierra que ha sido afectada por la Caída. "Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella sino también nosotros mismos que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (Ro. 8:21-23).

LA RESPUESTA A LA NATURALEZA

El valor de la creación nos hace llegar a una conclusión natural: si Dios encuentra que el universo en sus partes y en su conjunto es bueno, entonces nosotros también debemos encontrarlo bueno. Esto no significa que nos negaremos a ver cómo la naturaleza ha sido estropeada por el pecado. Sin duda los versículos de Génesis 9 y de Romanos 8 no pueden ser explicados sin tomar en consideración que la naturaleza ha sufrido como resultado de la Caída de la humanidad. Está estropeada por abrojos, malezas, enfermedad y muerte. Pero incluso en este estado, tan estropeada, tiene valor, del mismo modo que la humanidad caída también tiene valor.

Por lo tanto, debemos ser agradecidos a Dios por el mundo que ha creado y alabarle por haberlo creado. En algunas expresiones del pensamiento y la piedad cristianos sólo el alma es valiosa. Pero esta visión no es ni correcta ni cristiana. En realidad, el elevar el valor del alma y disminuir el valor del cuerpo y las demás cosas materiales tiene un origen pagano -la idea griega basada sobre una interpretación errónea de la creación-. Si Dios hubiera hecho únicamente al alma (o al espíritu), entonces los griegos hubieran estado en el acierto. Pero la visión cristiana es que Dios creó todo lo que

¹⁸² Schaeffer, *Genesis in Space and Time*, p. 55.

nos rodea y, por lo tanto, todo esto es valioso y nosotros deberíamos apreciar el valor que su origen le otorga.

En segunda instancia, debemos deleitarnos en la creación. El deleite está estrechamente ligado al agradecimiento, pero va un poco más allá. Es un paso más que muchos cristianos nunca han dado. Con mucha frecuencia los cristianos observan la naturaleza sólo como una prueba clásica de la existencia de Dios. En realidad, lo que tendrían que hacer es disfrutar lo que ven. Deberíamos ser capaces de apreciar las bellezas naturales. E incluso, deberíamos regocijarnos en ellas más que los que no son cristianos, porque nos revelan al Dios que está detrás de la naturaleza.

Tercero, los cristianos deberíamos mostrar una responsabilidad frente a la naturaleza. No deberíamos destruirla gratuitamente sino buscar que se desarrolle al máximo de su potencial. Existe un paralelismo entre la responsabilidad de los hombres y las mujeres hacia la creación y la responsabilidad de un hombre hacia una mujer en el matrimonio. En ambos casos la responsabilidad se basa sobre un dominio otorgado por Dios (si bien ambos dominios no son de carácter idéntico). "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejantes, sino que fuese santa y sin mancha". De igual forma, los hombres y las mujeres conjuntamente deberían buscar santificar y purificar la tierra para que sea más como Dios quiso que fuera, anticipando así la redención futura.

Es evidente que el universo debe ser utilizado por las personas de una manera apropiada. Donde abundan los bosques, algunos pueden ser talados para hacer madera para una casa. Pero no deberían ser talados sólo por el placer de talarlos o porque es la manera más expedita de aumentar el valor del terreno. En todas las áreas se debe estudiar cuidadosamente el valor y el propósito de cada objeto, y nuestro enfoque debería ser cristiano y no simplemente utilitario.

Por último, después que los cristianos han contemplado la naturaleza y han llegado a valorarla, deberían volverse otra vez al Dios que la creó y la sustenta momento a momento, y deberían aprender a confiar en él. Dios cuida de la naturaleza, a pesar de que ha sido abusada por nuestro pecado. Pero si cuida de la naturaleza, entonces podemos confiar en que él también cuidará de cada uno de nosotros. Este argumento ocurre en el medio del Sermón del Monte, donde Cristo nos llama la atención sobre el hecho de cómo Dios cuida de las aves (la vida animal) y de los lirios (la vida vegetal) y luego pregunta: "¿No valéis vosotros mucho más que ellas?... Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?" (Mt. 6:26,30).

CAPITULO 17: EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS

COMO VIMOS EN EL CAPÍTULO ANTERIOR, ANTES DE QUE LOS HOMBRES y las mujeres fuesen creados, Dios ya había preparado un universo variado y bello para recibirlos. Pero si hemos de considerar a Job 38:7 con referencia a los ángeles, como todas las razones parecen apuntar, entonces antes de la creación del mundo material había un vasto mundo de seres espirituales. No sabemos cuándo fueron creados estos seres. En realidad, sabemos muy poco sobre ellos. Pero sí sabemos que existían con anterioridad a la creación del mundo material y que todavía existen hoy en día. Como le dijo Dios a Job: "¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia.

¿Quién ordenó sus medidas, si los sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus basas? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios?" (Job 38:4-7).

Con respecto al testimonio bíblico sobre la existencia de los espíritus, es interesante notar que las mitologías de las civilizaciones antiguas también afirmaban su existencia. La mitología babilónica nos retrata a los espíritus como dioses que traían mensajes del mundo de los dioses allá arriba al mundo de la tierra aquí abajo. La mitología griega y romana tenían dioses y semidioses que visitaban la tierra. Y lo mismo sucedía, en mayor o menor grado, con todas las demás civilizaciones antiguas. Los críticos de la Biblia algunas veces consideran estas referencias a un mundo de los espíritus como evidencia de que la Biblia también es mitología; o sea, que no tiene ninguna base empírica, al menos en este campo. Pero es igualmente posible que las mitologías, en realidad, encierren una memoria distorsionada de una experiencia temprana de la raza. Esta posibilidad adquiere más importancia en la actualidad, aun para los que no son cristianos. Con el actual y renovado interés en el mundo de los espíritus.

¿Existen estos seres? ¿Existen realmente los ángeles o los demonios? ¿Acaso visitan la tierra? La Biblia nos brinda respuestas fidedignas a estas preguntas. Aunque es cierto que la Biblia no nos dice todo lo que nos interesaría conocer sobre este tema -mucho sobre el origen y la función del mundo de los espíritus está cubierto por una capa de misterio-, también es cierto que nos dice lo que necesitamos saber, y que lo que dice es verdad.

LOS ÁNGELES

El Antiguo Testamento menciona a los ángeles en más de cien oportunidades, y el Nuevo Testamento los menciona en más de ciento sesenta oportunidades. Se nos dice que son los mensajeros de Dios -esto es lo que la palabra ángel significa-. Son inmortales; es decir, no mueren; pero como han sido creados, no son eternos. Existen en un número inmenso. "Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones" (Ap. 5:11). Los ángeles tienen los elementos inherentes a una personalidad; le rinden adoración inteligente a Dios: "que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza" (Ap. 5:12).

Algunas de estas propiedades son también señaladas por los términos utilizados para referirse a ellos en las Escrituras. Son llamados "los ejércitos celestiales", por ejemplo (Lc. 2:13). Esto nos está sugiriendo que, como las tropas de un emperador rodean y sirven a su persona, así también, estos seres sirven a Dios y hacen visible su gloria. También se los llama "principados", "poderes", "señoríos", "potestades" y "tronos" (Ef. 1:21; Col. 1:16) porque a través de ellos Dios administra su autoridad en este mundo.

La Biblia también nos revela algo sobre la jerarquía angelical; se mencionan algunas categorías u órdenes de ángeles. En la primer categoría está el ángel más mencionado en la Biblia: Miguel (sólo se registran los nombres de dos ángeles). Se describe a Miguel como "el arcángel", es decir, la cabeza de todos los santos ángeles. Su nombre significa "el que se asemeja a Dios" (Dn. 10:21; 12:1; 1 Ts. 4:16; Jud. 9; Ap. 12:7-10).

En la segunda categoría nos encontramos con los mensajeros especiales de Dios. El segundo ángel cuyo nombre es mencionado, Gabriel, estaría en esta categoría. A él se le confió una revelación

especial para Daniel, el mensaje a Zacarías acerca del nacimiento de Juan el Bautista, y el anuncio del nacimiento de Jesús a la virgen María (Dn. 8:16; 9:21; Zc. 1:18-19, 26-38).

En la tercera categoría encontramos los ángeles llamados "querubines". Son representados como criaturas esplendorosas que rodean el trono de Dios y que defienden su santidad para que no sea contaminada por el pecado (Gn. 3:24; Ex. 25:18,20; Ez. 1:1-18). Dios ordenó que dos figuras de oro de estos seres fueran colocadas sobre el propiciatorio del arca del pacto, dentro del lugar santísimo en el tabernáculo de los judíos. El querubín puede ser idéntico con el "serafín" que se describe en el capítulo 6 de Isaías (vs. 2-7).

Por último tenemos una multitud de huestes angelicales que no tienen ningún nombre en especial. Se las describe simplemente como "los ángeles escogidos" para diferenciarlos de los ángeles que pecaron con Satanás y cayeron de su estado primario (ver 1 Tim. 5:21).

La grandeza y la complejidad del mundo angelical es suficiente para interesarnos en su estudio. Pero además, dicho estudio realzará nuestro sentido de la gloria de Dios. Como señala Calvino, "Si deseamos reconocer a Dios por sus obras, no deberíamos pasar por alto un ejemplo tan ilustrativo y noble" como sus ángeles.¹⁸³

EL MINISTERIO DE LOS ÁNGELES

La tarea primaria y más evidente que tienen los ángeles es la adoración y alabanza de Dios, como vemos en varios lugares en la Biblia. Por ejemplo, Isaías nos dice que los serafines que estaban encima del trono de Jehová "el uno a otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria" (Is. 6:3). Daniel describe la escena como involucrando a muchos más: "Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él" (Dn. 7:9-10). En el libro de Apocalipsis los ángeles -que se describen como los cuatro seres vivientes, los veinticuatro ancianos (que pueden ser seres humanos redimidos), y los miles y miles de seres espirituales- "no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir" (Ap. 4:8; ver también Ap. 5:9-12).

El hecho de que los ángeles adoren a Dios en tan grandes números debería humillarnos y, además, animarnos en nuestra adoración. Debería humillarnos porque Dios no quedaría sin adoración incluso si nosotros no le rendimos honor. Los ángeles ya están adorándole. Por otro lado, debería animarnos porque un día nuestras voces se unirán a ese gran coro angelical (Ap. 7:9-12; 19:1-6).

Segundo, los ángeles sirven a Dios como sus agentes para muchas tareas. Leemos que los ángeles estuvieron presentes en la creación (Job 38:7), y cuando se le dio la ley al pueblo; se nos dice que recibieron la ley "por disposición de ángeles" (Hch. 7:53; ver también Gá. 3:19; He. 2:2). Un ángel fue el vehículo que Dios utilizó en su revelación a Daniel; muchos ángeles se emplearon para revelar los acontecimientos futuros al apóstol Juan (Dn. 10:10-15; Ap. 17:1; 21:9; 22:16). Gabriel anunció los nacimientos de Juan el Bautista y de Jesucristo (Lc. 1:11-38; 2:9-12; Mt. 1:19-23). Muchos más

¹⁸³ Calvino, Institutos, p. 162.

ángeles cantaron con motivo del acontecimiento en presencia de los pastores (Lc. 2:13-14). Cuando Cristo fue tentado en el desierto, los ángeles vinieron para servirle (Mt. 4:11); en el jardín de Getsemaní un ángel se le apareció para fortalecerle (Lc. 22:43); en la resurrección le anunciaron a las mujeres que habían venido al sepulcro la victoria de Cristo sobre la muerte (Mt. 28:2-7); y también estuvieron presentes con motivo de la Ascensión (Hch. 1:10-11). Volverán a aparecer en grandes multitudes durante la Segunda Venida de Cristo (Mt. 24:31; 25:31; 2 Ts. 1:7).

Tercero, los ángeles son espíritus atentos que han sido enviados para asistir y defender al pueblo de Dios. Es así como leemos, primero con referencia a Cristo, pero luego también con referencia a nosotros mismos como su pueblo: "Pues a su ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos.

En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra" (Sal. 91:11-12). Y, "El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende" (Sal. 34:7).

Desde una perspectiva práctica, si el pueblo cristiano pensara más a menudo sobre esta protección angelical, sería menos temeroso de las circunstancias y de los enemigos. Por otro lado, nuestro olvido también es comprensible, porque por lo general los ángeles no nos son visibles.

Somos como el siervo de Eliseo en Dotán antes de su visión de los ejércitos de Dios. Eliseo había estado revelando los consejos del enemigo de Israel, Ben-adad rey de Siria, al rey de Israel, y Ben-adad había reaccionado tratando de capturar a Eliseo. Durante la noche había rodeado la ciudad de Dotán donde Eliseo y su siervo se estaban quedando. Estaba presente con toda su fuerza cuando el siervo de Eliseo fue de mañana a extraer el agua. El relato nos dice que el siervo descubrió un "ejército" rodeando la ciudad, "con gente de a caballo y carros". ¡Estaba aterrorizado! Corrió hasta donde se encontraba Eliseo y le preguntó "¡Ay, Señor mío! ¿Qué haremos?"

Eliseo le respondió: "No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos". Y luego oró para que los ojos de su siervo fueran abiertos para que pudiera ver los ángeles del Señor. "Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo" (2 R. 6:15-17). Los ángeles luego hirieron con ceguera a los ejércitos de Ben-adad y Eliseo pudo llevarlos cautivos a la capital israelita de Samaria.

En otro pasaje leemos como un ángel de Dios mató a ciento ochenta y cinco soldados asirios para liberar a Jerusalén de los ejércitos de Senaquerib en los días del Rey Ezequías.

El cuarto ministerio especial que tienen los ángeles es el servicio al pueblo de Dios en el momento de su muerte. No existen muchos textos referidos a este punto, pero debemos observar que, de acuerdo con Jesucristo, fueron los ángeles los que llevaron a Lázaro cuando murió al seno de Abraham (Lc. 16:22). Por último, los ángeles son los agentes de Dios en los juicios finales profetizados para los hombres y las mujeres, los demonios y este mundo. El alcance de estos juicios está ampliamente desarrollado fundamentalmente en el libro de Apocalipsis. Primero, tenemos una serie de juicios parciales contra la tierra, al abrirse los sellos (Ap. 6:1-8:1), cuando se tocan las trompetas (Ap. 8:2-11:19) y cuando se derraman las siete copas de ira (Ap. 15:1-16:21). Los ángeles están siempre asociados a estos juicios, que ocupan un lugar considerable en el libro. Segundo, hay un juicio contra la gran ciudad de Babilonia (posiblemente un símbolo de Roma) y contra los que están asociados con ella en sus pecados. Los ángeles también participan en ese juicio (Ap. 17:1-18:24). Tercero, hay juicios contra la bestia, que posiblemente sea el Anticristo, y contra Satanás y el falso profeta (Ap.

19:17-20:3, 10). Por último, tendrá lugar el juicio del gran trono blanco donde los muertos serán juzgados según sus obras (Ap. 20:11-15).

LOS ÁNGELES CAÍDOS

El mencionar estos juicios, incluyendo el juicio contra Satanás, nos conduce a un segundo aspecto de este tema. De acuerdo con la Biblia, existen legiones de ángeles caídos que, bajo el maléfico gobierno de Satanás, buscan oponerse al gobierno de Dios y perjudicar a su pueblo. Según la Biblia, están compuestos por una gran fuerza aterradora. Pero esta descripción no busca atemorizarnos sino advertirnos del peligro, para que nos acerquemos a Dios como el único que puede protegernos. Podemos calcular el número de los ángeles caídos si consideramos que María Magdalena por sí sola fue liberada de siete de ellos (Mr. 16:9; Lc. 8:2), y también sabemos que muchos, que se llamaban Legión, habían tomado posesión del hombre que Cristo encontró en el territorio de los gadarenos, en la ribera opuesta a Galilea (Lc. 8:26-33).

¿Cuál es el propósito que persigue Dios cuando nos habla de este ejército tan numeroso? Hemos sido advertidos que hay un enemigo que nos amenaza y nos acecha, un enemigo donde toma cuerpo la osadía temeraria, la proeza militar, los engaños astutos, el celo y la prisa incansable, todas las armas concebibles y la destreza en la ciencia de la guerra. Debemos, por lo tanto, volcar todos nuestros esfuerzos en la siguiente meta: no debemos dejar que el descuido o la pusilanimidad nos abrumen; todo lo contrario, con coraje renovado debemos ocupar nuestro lugar en el combate.¹⁸⁴

El punto de partida para estar preparados para afrontar a Satanás y sus ejércitos es el conocimiento de Satanás mismo, de sus fuerzas y de sus flaquezas. Y el punto de partida de este conocimiento de Satanás es el hecho que él es tanto real como personal. Es real en el sentido que no es mera especulación humana. Es personal en el sentido que no es simplemente la corporización del mal. Jesús dio testimonio de estas verdades cuando se refirió al diablo por su nombre (Mt. 4:10; 16:23; Lc. 22:3 1) y cuando lo venció en ocasión de su tentación en el desierto (Mt. 4:1-11). La idea de un demonio personal ha sido rechazada por muchos segmentos de la iglesia cristiana y hasta se ha convertido en motivo de risa para algunos. Con el avivamiento que la brujería y el satanismo han tenido en tiempos recientes, posiblemente no sea un asunto para la risa como lo era antes. Sin embargo, muchos acostumbran a no tomar en serio la existencia de un demonio real. Para la mente popular, el demonio es una criatura divertida con un pantalón rojo y espinas y una cola. Esta no es la imagen de Satanás que nos presenta la Biblia.

El apóstol Pablo señala que no somos ignorantes de las "maquinaciones" de Satanás (2 Co. 2:11). La palabra maquinación significa "una trampa, un ardid, una intriga, un artificio o una estrategia". Lo importante es que los cristianos conocemos, o deberíamos conocer, las trampas que Satanás emplea para cegar las mentes de las personas y asegurárselas para él. Una de estas trampas, que ha utilizado algunas veces en la historia, es convencer a las personas que él en realidad no existe.

El dibujo de un pequeño ser divertido con espinas ha tenido un desarrollo interesante y estuvo (aunque incorrectamente) relacionado con la Biblia. En la Edad Media, cuando la mayoría de las personas eran analfabetas, y la iglesia enseñaba las historias bíblicas sencillas por medio de dramas de milagros, hubo necesidad de crear un carácter que representara al demonio y que fuera fácilmente reconocido

¹⁸⁴ Calvino, Institutos, p. 173.

como tal en el escenario. Se eligió la convención que se basaba en una idea pagana vigente en ese momento, según la cual Satanás era algo así como un monstruo con espinas. Se presumió que esa caricatura tenía el apoyo de la Biblia.

En Isaías, en una profecía contra Babilonia, se menciona una criatura que un día, se nos dice, vagará por la ciudad caída y desierta. La palabra hebrea para este animal o criatura es *sair* -que significa una cabra salvaje- pero pocos sabían lo que significaba en aquel entonces. Es así que en algunas traducciones tempranas de la Biblia se le llamó un "sátiro", que era una de las figuras de la mitología, en parte humana y en parte bestia. Se supuso que la Biblia estaba describiendo una criatura como la figura popular de Satanás, y así se reivindicó la práctica medieval. En tiempos modernos, con la misma falta de apoyo bíblico, el demonio ha sido concebido como el tentador sofisticado de la leyenda de Fausto o como se lo describe en la obra de teatro y la película estadounidense *Damn Yankees*.

Como el demonio de la ficción es tan increíble, no resulta nada sorprendente que millones no crean en él. Pero esto es un error. De acuerdo a las palabras de Jesús, el demonio existe, y existen sus seguidores. Por eso es que les advirtió a sus discípulos que debían orar: "Y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del (malo)" (Mt. 6:13).

UN SER CAÍDO

El demonio también es un ser caído, como nos enseñó Jesús en Juan 8:44. Jesús nos mostró desde qué altura había caído Satanás ("no ha permanecido en la verdad") y hasta qué profundidad había descendido ("es mentiroso, y padre de mentira" y "él ha sido homicida desde el principio"). Jesús también dijo: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Lc. 10:18).

Este punto también es muy rechazado por los hombres y las mujeres, incluso por los que creen en el demonio. Es así como, en lugar de creer en Satanás como una forma depravada de lo que antes fue, prefieren considerarlo como un héroe, como el campeón del hombre caído. John Milton, si bien no glorificó a Satanás, sin embargo, contribuyó a forjar esta idea. Si bien es cierto que en las primeras líneas de su gran poema épico, *El Paraíso Perdido*, Milton describe como Satanás cayó del cielo y luego anticipa su juicio final, gran parte del primer libro de este poema épico está dedicado a describir los esfuerzos heroicos de Lucifer por ascender de las profundidades del infierno y hacer algo de su supuesto nuevo reino. Milton escribe de una manera tan brillante que es hasta posible simpatizar con Satanás. Si leemos las Escrituras obtendremos una impresión muy distinta.

Para comenzar, Satanás nunca ha estado en el infierno y no controla el infierno. La Biblia nos dice que Dios creó el infierno, preparándolo para el demonio y sus ángeles, y que Satanás un día acabará allí.

La Biblia también nos describe a Satanás como habiendo sido una vez "lleno de sabiduría, y acabado de hermosura". Se nos dice que estuvo "en Edén, en el huerto de Dios" que era "perfecto" en todos sus caminos desde el día que fue creado, hasta que se halló "maldad" en él (Ez. 28:12-15).

En Isaías se nos narra cómo Satanás cayó por su soberbia, que se expresó en el deseo arrogante de reemplazar a Dios. Satanás dijo: "Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo". Pero Dios le responde, como resultado de su pecado: "derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo" (Is. 14:13-15). Este no es sin duda el retrato de un ser heroico sino de un ser caído. Es un ser frente al cual toda persona debería volverse horrorizada.

Satanás ha sembrado calamidad en la raza humana. Es un homicida y el autor de múltiples homicidios, como Jesús les dijo a sus oyentes. El primer crimen luego de la Caída de Adán y Eva fue un homicidio; como resultado de la Caída, Caín asesinó a su hermano. También leemos que Satanás entró en Judas para que entregara a Cristo en manos de sus enemigos para que éstos pudieran matarle (Jn. 13:2). La historia de Satanás está escrita con sangre.

También está escrita con engaño, porque es mentiroso, como lo dijo Cristo. Satanás le mintió a Eva -"No morirás" (Gn. 3:4)-. Pero Eva murió. En 1era. Reyes leemos que unos espíritus mentirosos (probablemente demonios) fueron a los profetas de Acab para que no subiera contra los sirios y cayera en Ramot de Galaad (1 R. 22:21-23). En Hechos, se nos dice que Satanás entró en Ananías para que mintiera sobre el precio de su propiedad, y como resultado, Ananías murió (Hch. 5:3). Satanás todavía miente en la actualidad. Por lo tanto, debemos considerarlo como muy peligroso, mentiroso y malvado; pero por sobre todo, como un pecador y un fracaso. Pecó porque fracasó y no pudo ser fiel a su llamado.

UN SER LIMITADO

Por último, Satanás es un ser limitado. Es decir, no es omnisciente, como Dios sí es; no es omnipotente, como Dios sí es; y no es omnipresente, como Dios sí es. Si Satanás ha sido un homicida desde el principio, su vida ética está limitada. Deberá ser sometido a juicio, evidentemente su poder también es limitado. Si bien debemos ser conscientes de Satanás y ser precavidos, no debemos caer en la equivocación de considerar al tentador como el equivalente malvado de Dios.

Satanás no es omnisciente. Dios conoce todo sobre todas las cosas, pero Satanás no. Por encima de todo, Satanás no conoce el futuro. Sin duda que Satanás puede adivinar mucho sobre el futuro, porque conoce la naturaleza humana y las tendencias históricas. Las así llamadas revelaciones de los medios y de los adivinos -cuando no son totalmente un engaño- estarían dentro de esta categoría. Pero no brindan un conocimiento verdadero sobre lo que ha de acontecer. Por eso es que sus predicciones son muy vagas y generales y hacen agua por todos lados. En un determinado momento, Dios afirmó esto como un desafío a los dioses falsos diciendo: "Alegad por vuestra causa, dice Jehová; presentad vuestras pruebas, dice el Rey de Jacob. Traigan, anunciennos lo que ha de venir... sepamos también su postrimería, y hacednos entender lo que ha de venir. Dadnos nuevas de lo que ha de ser después, para que sepamos que vosotros sois dioses; o al menos haced bien, o mal, para que tengamos qué contar, y juntamente nos maravillemos. He aquí que vosotros sois nada, y vuestras obras vanidad; abominación es él que os escogió" (Is. 41:21-24).

Satanás tampoco es omnipotente. Por lo tanto no puede hacer todo lo que quiera hacer y, en especial en el caso de los creyentes, sólo puede hacer lo que Dios le permita hacer. El ejemplo más claro es el de Job, que estuvo seguro hasta que Dios bajó el cerco que había construido para rodearlo con su protección. Sin embargo, los propósitos de Dios eran valederos y no dejó que Job pecara.

Satanás no es omnipresente, lo que implica que no puede estar en todos lados al mismo tiempo, tentando a todos. Dios es omnipresente. Dios puede ayudar a todos los que le llaman, y a todos al mismo tiempo. Pero Satanás sólo puede tentar uno por vez, u operar mediante uno o más de esos ángeles, ahora convertidos en demonios, que cayeron junto con él. La consecuencia más interesante de este hecho es que posiblemente Satanás nunca nos haya tentado a nosotros, ni a los que están a nuestro alrededor. Incluso en la Biblia encontramos muy pocas personas que fueron directamente

tentadas por Satanás. Tenemos a Eva, por supuesto. Cristo fue tentado. Pedro fue tentado. El demonio entró en Ananías para que mintiera sobre el precio de su propiedad. Y eso es casi todo. En una ocasión Pablo puede haber sido estorbado por Satanás (1 Ts. 2:18); pero en otra ocasión fue sólo un mensajero de Satanás el que lo abofeteó (2 Co. 12:7). De manera similar, unos demonios menores se opusieron a que un ángel le trajera una revelación a Daniel (Dn. 10:13,20). Y, aun cuando pueden haber habido un gran número de huestes de demonios rodeando a Eliseo en Dotán -s: bien fueron superados en número por las huestes de Jehová- no se nos dice que estuviera incluido Satanás (2 R. 6:16-17).

Aunque los cristianos no debemos nunca ignorar ni subestimar a Satanás y sus estratagemas, tampoco debemos sobreestimarlos. Por sobre todo, nunca debemos concentrarnos tanto en Satanás que dejemos de mirar a Dios. Dios es nuestra fortaleza y nuestra ciudadela. Dios le fija los límites a Satanás. Dios nunca permitirá que los cristianos sean tentados más allá de lo que puedan resistir, y siempre proveerá una vía de escape para que podamos soportar la tentación (1 Co. 10:13). Son respecto a Satanás, su fin será el lago de fuego (Mt. 25:41).¹⁸⁵

CAPITULO 18: LA PROVIDENCIA DE DIOS

ES POSIBLE QUE NO HAYA NINGÚN TEMA SOBRE LA DOCTRINA cristiana de Dios que suponga tanto conflicto como la concepción del mundo contemporáneo sobre la providencia y la doctrina de la providencia de Dios. La providencia significa que Dios no ha abandonado al mundo que creó, sino que obra dentro de la creación administrando todas las cosas "de acuerdo al inmutable consejo de su propia voluntad" (Confesión de Fe de Westminster, V, i). El mundo en general, por el contrario, aun cuando ocasionalmente puede llegar a reconocer que Dios fue el Creador del mundo, tiene la certeza que no interviene ahora en los asuntos terrenales. Muchos creen que no es posible que ocurran milagros, que las oraciones no son respondidas y que la mayoría de las cosas suceden de acuerdo al funcionamiento de unas leyes impersonales e inmodificables.

El mundo plantea que la maldad está en todas partes. ¿Cómo puede ser la maldad compatible con el concepto de un Dios que es el bien y que gobierna activamente este mundo? Un mundo donde abundan los desastres naturales: los incendios, los terremotos, las inundaciones. Desastres que formalmente se conocen como "actos de Dios". ¿Debemos culpar a Dios porque ocurren? ¿No sería más conveniente pensar que él simplemente ha dejado que el mundo siga su propio curso?

Cuando seguimos esta línea de especulación las respuestas se dan en dos niveles. Primero, aun desde una perspectiva secular, el desarrollo de esta línea de pensamiento no es tan obvio como parecería a simple vista. Segundo, no es la enseñanza que tenemos en la Biblia.

EL GOBIERNO DE DIOS SOBRE LA NATURALEZA

¹⁸⁵ Este material sobre Satanás lo he tomado prestado de parte del capítulo cincuent. y dos ("That Other Family", Juan 8:41-50) de mi libro, *The Gospel of John*, vol. 2

La idea de un Dios ausente no es tan obvia con respecto a la naturaleza, la primera de las tres áreas principales creadas por Dios, y que ya hemos analizado. La gran interrogante sobre la naturaleza, que fuera hasta planteada por los primitivos filósofos griegos y que también hoy se plantean los científicos contemporáneos, es ¿por qué la naturaleza opera según determinados patrones y al mismo tiempo está en continuo cambio? Nada es nunca lo mismo. Los ríos fluyen, las montañas se elevan y descienden, las flores brotan y se marchitan y mueren, el mar está siempre en constante movimiento. Empero, en cierto sentido todo permanece igual. La experiencia de la naturaleza de una generación es similar a la experiencia de miles de generaciones que la han precedido.

La ciencia busca explicar esta uniformidad haciendo referencia a las leyes de la probabilidad o las leyes del movimiento browniano (según la cual las partículas se mueven en distintas direcciones por azar). Pero estas explicaciones son insuficientes. Por ejemplo, de acuerdo con esas mismas leyes de la probabilidad es bastante posible que en determinado instante todas las moléculas de un gas o un sólido (o la gran mayoría de las moléculas) se muevan en la misma dirección en lugar de moverse en cualquier dirección por azar; en dicho caso, esa sustancia dejaría de ser lo que es y las leyes de la ciencia con respecto a ella no serían operantes.

¿De dónde es posible que provenga esta uniformidad si no proviene de Dios? La Biblia nos dice que esta uniformidad proviene de Dios cuando nos habla de Cristo como "quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder" (He. 1:3) y nos dice que "todas las cosas en él subsisten" (Col. 1:17). El punto que tenemos que tener presente es que la providencia de Dios subyace debajo del mundo ordenado que conocemos. Esa fue la idea primaria en las mentes de los autores del Catecismo de Heidelberg cuando definieron la providencia como "el poder de Dios, siempre presente y que todo lo puede, mediante el cual todavía sostiene como si fuera en sus manos al cielo y la tierra con todas sus criaturas, y gobierna de manera tal que las hojas y la hierba, la lluvia y la sequía, los años de abundancia y los años de escasez, el alimento y la bebida, la salud y la enfermedad, la riqueza y la pobreza, y todo lo demás, nos llegan no por azar sino de su mano paternal" (Pregunta 27). Quitemos a la providencia de Dios de la naturaleza, y -no sólo desaparece todo sentido de seguridad- el mundo desaparece; el cambio sin sentido pronto sustituirá al orden.

Lo mismo es cierto con respecto a la sociedad humana. También aquí vemos gran diversidad y cambio. Pero, nuevamente, nos encontramos con patrones para la vida humana y límites fuera de los cuales, por ejemplo, a la maldad no le es permitido acceder. Pink observa, en su estudio sobre la soberanía de Dios:

Para desarrollar este argumento, supongamos que cada hombre llega a este mundo provisto de una voluntad que es absolutamente libre, y que es imposible obligarlo o coaccionarlo sin destruir su libertad. Digamos que cada hombre posee un conocimiento del bien y del mal, que tiene la posibilidad de elegir uno u otro, y que es enteramente libre de hacer su opción y continuar su camino. ¿Entonces, qué? Deducimos que el hombre es soberano, porque hace lo que le place y es el arquitecto de su propio futuro. Pero en dicho caso no podemos tener la seguridad de que muy pronto el hombre rechace el bien y elija el mal. En dicho caso no hay nada que nos garantice que la raza humana en su totalidad cometa un suicidio moral. Si se desplazan todas las restricciones divinas y el hombre queda absolutamente libre, e inmediatamente desaparecen todas las diferencias éticas, el espíritu del barbarismo prevalecerá en el universo y el caos será completo.¹⁸⁶

¹⁸⁶ Pink, *The Sovereignty of God*, pp. 42-43.

Pero esto no es lo que ocurre. Y la razón por la cual no sucede es que Dios no deja que sus criaturas tengan el ejercicio de una autonomía absoluta. Son libres, pero tienen límites. Además, Dios con perfecta libertad también interviene directamente, cuando lo desea, para ordenar sus voluntades y sus acciones.

El libro de los Proverbios contiene muchos versículos vinculados a este tema. Proverbios 16:1 nos dice que aunque el individuo pueda debatir en su interior sobre qué es lo que dirá, es Dios quien determinará lo que hable: "Del hombre son las disposiciones del corazón; mas de Jehová es la respuesta de la lengua". En Proverbios 21:1 el mismo principio se aplica a los afectos humanos, usando las disposiciones del rey como ejemplo: "Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina". Las acciones también están bajo la égida de la providencia de Dios. "El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos" (Pr.16:9). Lo mismo sucede con los resultados de nuestras acciones. "Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá" (Pr. 19:21). Y en Proverbios 21:30 tenemos todas estas ideas resumidas: "No hay sabiduría, ni inteligencia, ni consejo, contra Jehová".

De la misma manera, Dios ejerce su gobierno sobre el mundo de los espíritus. Los ángeles están sujetos a sus órdenes expresas y se regocijan cuando son llamados a cumplir su voluntad. Los demonios, aunque en rebelión, todavía están sujetos a los decretos de Dios y a su mano poderosa. Satanás no pudo tocar a Job, el siervo de Dios, sin la autorización de Dios, e incluso con su permiso, Dios le fijó ciertos límites que no podía sobrepasar: "He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él" (Job 1:12); "He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida" (Job 2:6).

EL GOBIERNO DE DIOS SOBRE LAS PERSONAS

El punto que más debería interesarnos, sin embargo, no es el gobierno de Dios sobre la naturaleza o sobre los ángeles. Debería ser cómo opera la providencia de Dios en los seres humanos, y especialmente cuando decidimos desobedecerle.

No habrá, por supuesto, ningún problema con la providencia de Dios en los asuntos de los hombres, si los hombres le obedecen. Dios simplemente declara lo que quiere que se haga, y se realiza -voluntariamente-. ¿Pero qué sucede cuando desobedecemos? ¿Y qué sucede con el número tan grande de personas no regeneradas que aparentemente nunca obedecen a Dios voluntariamente? ¿Acaso Dios les dice: "Bueno a pesar de vuestra desobediencia yo les amo y no deseo insistir sobre nada que les resulte ingrato; olvidémonos de mis deseos"? Dios no opera de esa manera. Si lo hiciera, no sería soberano. Por otro lado, Dios no siempre dice: "Lo haréis; y, ¡os aplastaré para que lo hagáis!" ¿Qué sucede cuando decidimos no hacer lo que él quiere que hagamos?

La respuesta básica es que Dios ha establecido leyes para que gobiernen la desobediencia y el pecado, de la misma forma que ha establecido leyes que gobiernan el mundo físico. Cuando las personas pecan, por lo general creen que lo hacen según sus términos. Pero Dios les dice, en efecto: "Cuando desobedezcan, lo harán según mis leyes y no las propias."

En el primer capítulo de Romanos tenemos un ejemplo general sobre esto. Luego de haber hecho una descripción sobre cómo el hombre natural no puede reconocer a Dios como el verdadero Dios, ni lo puede adorar ni agradecer por ser el Creador, Pablo nos muestra cómo dicha persona toma un

sendero que la aleja de Dios y que la lleva a sufrir nefastas consecuencias, incluyendo su propia degradación. "Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles" (Ro. 1:22-23).

Y luego viene la parte más interesante de este capítulo. Tres veces en los versículos siguientes leemos que por causa de su rebelión "Dios los entregó". Estas palabras son terribles. Pero cuando nos dice que Dios los entregó, no nos dice que Dios los entregó a la nada, como si simplemente los hubiera soltado de su mano y los hubiera dejado a la deriva. En cada uno de estos casos nos dice que Dios los entregó a algo: en el primer caso, "a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos" (vs. 24); en el segundo caso, "a pasiones vergonzosas" (vs. 26); y en el tercer caso, "a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen" (vs. 28). En otras palabras, Dios permitirá que los infieles sigan su propia camino, pero en su sabiduría ha determinado a dónde han de dirigirse, según sus reglas y no las suyas propias.

Cuando no controlamos nuestros enojos ni nos preocupamos por nuestra presión, el resultado son úlceras o presión sanguínea alta. El final del camino de una vida de libertinaje son vidas arruinadas y enfermedades venéreas. El orgullo es autodestructivo. Estas leyes espirituales son el equivalente de las leyes científicas que rigen el mundo físico de la creación.

Este principio se cumple para los no creyentes, pero también se cumple para los creyentes. En el Antiguo Testamento, la historia de Jonás nos enseña cómo un creyente puede desobedecer a Dios, con tanta determinación que es necesaria una intervención directa de Dios en la historia para que se vuelva sobre sus pasos. Pero cuando un creyente desobedece, sufre las consecuencias que Dios, ya ha establecido en las leyes que gobiernan la desobediencia. Jonás había sido encomendado a llevar un mensaje de juicio a Nínive. Era similar a la Gran Comisión que ha sido encomendada a todos los cristianos, porque se le dijo "Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella: porque ha subido su maldad delante de mí" (Jon. 1:2). Pero Jonás no deseaba cumplir con el mandato de Dios, de la misma manera que muchos cristianos contemporáneos tampoco desean cumplir con el llamado divino. Y fue así que tomó en dirección contraria, embarcando en un barco desde Jope, en la costa de Palestina, hacia Tarsis, que posiblemente fuera un puerto en la costa de España. ¿Tuvo éxito Jonás? De ningún modo. Ya sabemos lo que le sucedió. Tuvo problemas cuando Dios tomó medidas drásticas para hacerlo volver. Después de haberlo tenido Dios tres días en el vientre de un gran pez, Jonás decidió obedecer a Dios y ser su misionero.

EL FLUJO DE LA HISTORIA

Hasta aquí, nuestro estudio nos ha revelado varias actitudes propiamente cristianas hacia la providencia. Primero, la doctrina cristiana es personal y moral, no es ni abstracta ni amoral. Esto la hace completamente diferente de la idea pagana del destino. Segundo, la providencia es una operación específica. En el caso de Jonás, se ocupó de un hombre en particular, una nave, un pez y de una revelación de la voluntad de Dios en el llamado a Nínive.

Pero existe algo más que debemos decir con respecto a la providencia de Dios. Tiene un propósito; es decir, está orientada con un fin. La historia real existe como tal. El flujo de los acontecimientos humanos está yendo a algún lugar, no es meramente estático o sin significado. En el caso de Jonás, el flujo de la historia lo condujo eventualmente, si bien con renuencia, al trabajo misionero y la conversión del pueblo de Nínive. Si tomamos un panorama más amplio, la historia fluye hacia la glorificación de

Dios en todos sus atributos, principalmente en la persona de su Hijo, el Señor Jesucristo. La Confesión de Fe de Westminster encierra esta idea en la definición de la providencia; "Dios, el gran Creador de todas las cosas, sustenta, dirige, dispone y gobierna a todas las criaturas, las acciones y las cosas, desde la mayor hasta la menor, según su más santa y sabia providencia, de acuerdo con su infalible presciencia, y el libre e inmutable consejo de su voluntad, para la alabanza de su gloria en su sabiduría, poder, justicia, bondad y misericordia" (V, i).

El flujo de la historia que conduce a la glorificación de Dios también es para nuestro bien. Porque "sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Ro. 8:28). ¿Cuál es nuestro bien? Evidentemente, hay muchos "bienes" que podemos disfrutar ahora, y están incluidos en este versículo. Pero en un sentido más cabal, nuestro bien es entrar en el destino para el cual fuimos creados: ser conformes a la imagen de Jesucristo y así "glorificar a Dios, y gozarlo para siempre". La providencia de Dios nos conducirá allí.

Cuando hablamos del "bien" estamos introduciendo el tema del "mal". Y como el versículo de Romanos nos dice que "todas las cosas les ayudan a bien" a los que son llamados por Dios, la pregunta que surge inmediatamente es si el mal está incluido entre estas cosas. ¿El mal está sujeto a la dirección de Dios? Sería posible interpretar el versículo de Romanos 8:28 como significando que todas las cosas coherentes con la justicia ayudan a bien a los que aman a Dios. Pero a la luz de todas las Escrituras esto sería diluir el texto sin ningún justificativo. Todas las cosas, incluyendo el mal, son usadas por Dios para lograr sus buenos propósitos en el mundo.

Existen dos áreas donde debemos considerar el uso que Dios hace del mal para el bien. Primero, está la maldad de otros. ¿Ayuda ésta para el bien del creyente? La Biblia nos responde que "Sí" en varias oportunidades. Cuando el hijo de Noemí, un israelita, se casó con Rut, una moabita, este matrimonio era un pecado porque era contrario a la voluntad revelada de Dios. Los judíos no se casaban con los gentiles. Sin embargo, este matrimonio permitió que Rut conociera a Noemí y que, por lo tanto, estuviera expuesta al verdadero Dios, y que cuando llegará el momento de elegir, eligiera servirle. "Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios" (Rut 1:16). Cuando Rut enviudó, se casó con Booz. A través de su nuevo esposo, Rut entró en la línea de descendencia del Señor Jesucristo, el Mesías (Mt. 1:5).

David fue una persona que tuvo que sufrir mucho por los pecados de otros contra él, incluyendo los pecados de sus propios hijos. Pero al ver cómo Dios obraba en él por medio de estas experiencias, pudo apreciar la mano de Dios en su sufrimiento y expresar su fe en los salmos. Estos salmos han sido de incommensurable bendición para millones de personas.

Oseas tuvo que sufrir la infidelidad de su mujer, Gomer. Pero Dios utilizó su experiencia para crear uno de los libros más hermosos, conmovedores e instructivos del Antiguo Testamento.

Pero el más grande ejemplo de cómo los pecados de otros ayudan para el bien del pueblo de Dios lo tenemos en el pecado que se derramó sobre el Señor Jesucristo. Los líderes contemporáneos con Cristo lo odiaban por su santidad y deseaban eliminar su presencia de sus vidas. Satanás obró por su odio para golpear a Dios, animándoles a que trataran al Cristo encarnado sin misericordia. Pero Dios hizo que esto obrara para nuestro bien, que la crucifixión de Cristo obrara para nuestra salvación. En ningún caso Dios fue responsable de la maldad, aunque estaban involucrados el pecado humano y el pecado de Satanás. En ningún caso Dios participó del pecado. Jesús mismo dijo con respecto a Judas: "A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado!" (Mt. 26:24). Y antes ya había dicho: "...porque es necesario que

vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo" (Mt. 18:7). Sin embargo, si bien Dios no tuvo ninguna parte con el pecado, obró por su intermedio para el bien, de acuerdo con sus propósitos eternos.

La otra área donde debemos considerar el uso que Dios hace del mal para cumplir sus propósitos es nuestro propio pecado. Este punto es más complicado de apreciar, porque el pecado también produce nuestra infelicidad y ciega nuestros ojos de modo que no podemos ver cómo actúa Dios. Pero el bien también está involucrado. Por ejemplo, los hermanos de José le tenían envidia porque José era el hijo preferido de su padre. Fue así que conspiraron contra él y lo vendieron a un grupo de mercaderes madianitas que lo llevaron a Egipto.

Allí, José trabajó como esclavo. Con el tiempo, fue puesto en prisión por causa de las acusaciones injustas de una mujer desairada. Luego, llegó a ejercer el poder, el segundo de Faraón, y por su intermedio se almacenó el grano durante los siete años de prosperidad para los subsiguientes siete años de sequía y hambre. Durante ese período, sus hermanos que también estaban padeciendo hambre vinieron a Egipto y fueron ayudados por José.

¡Fueron ayudados por el mismo que ellos habían rechazado! El resultado estaba bajo el control de Dios, como José luego les explicó: Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto. Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros. Pues ya ha habido dos años de hambre en medio de la tierra, y aún quedan cinco años en los cuales ni habrá arada ni siega. Y Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida por medio de gran liberación. Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios. (Gn. 45:4-8).

Cuando su padre murió, los hermanos creyeron que ahora José se vengaría. Pero otra vez José calmó sus temores diciéndoles: "No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo" (Gn. 50:19-20). Hubo mucha maldad en el corazón de los hermanos. Pero Dios usó su maldad no solamente para salvar a otros sino también para salvar sus propias vidas y las vidas de sus mujeres y sus niños.

LA RESPONSABILIDAD HUMANA

Siempre existirán los que al escuchar esta verdad inmediatamente digan que lo que se está enseñando es que los cristianos pueden pecar impunemente. Esta acusación ya fue esgrimida contra Pablo (Ro. 3:8). Pero no se está enseñando nada que se le parezca. El pecado es siempre pecado; y tiene consecuencias. La maldad sigue siendo maldad, pero Dios es más grande que la maldad. Esta es la clave. Dios ha tomado ciertas determinaciones y logrará sus propósitos no importa lo que se interponga.

La providencia de Dios no nos relega de nuestra responsabilidad. Dios obra a través de diversos medios (por ejemplo, la integridad, el trabajo duro, la obediencia, la fidelidad del pueblo cristiano). La providencia de Dios no nos libera de la necesidad de hacer juicios sabios y de ser prudentes. Por otro lado, sí nos libera de la ansiedad que podemos sentir en el servicio de Dios. "Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe" (Mt. 6:30). La doctrina de la providencia, lejos de ser motivo para la autocomplacencia, el

compromiso, la rebelión o cualquier otro pecado, es en realidad un suelo firme para la confianza y un incentivo a la fidelidad.

Calvino nos ha dejado sabios consejos sobre este tema. Como consecuencia de este conocimiento podemos tener gratitud en nuestras mentes por el resultado favorable de todas las cosas, paciencia en la adversidad, y estar increíblemente ajenos a toda preocupación con respecto al futuro. Por lo tanto, cuando el siervo de Dios sea prosperado o cuando se cumplan los deseos de su corazón, todo se lo atribuirá a Dios, haya sentido la beneficencia de Dios por medio del ministerio de los hombres, o haya sido ayudado por criaturas inanimadas. Así razonará en sus mentes: ciertamente es el Señor quien les ha inclinado su corazón hacia mí, quien los ha ligado a mí para que sean instrumentos de su bondad.¹⁸⁷

Cuando el cristiano tenga este marco de referencia en su mente dejará de quejarse en determinadas circunstancias y crecerá en el amor y el conocimiento de Jesucristo y de su Padre, quien nos hizo y ha planificado y logrado nuestra salvación.

LECTURA 7: LESLIE THOMSON – MAS QUE MARAVILLOSO – CAPITULO 10

CAPITULO 10: DIOS EN GRANDIOSA TRINIDAD

Se cuenta de un anciano teólogo del siglo XVI llamado Alanús que le prometió a su congregación un sermón sobre la Trinidad. Un día, meditando en el tema, caminó a orillas del mar. Allí encontró un niño que escarbaba la arena.

-¿Qué haces? -le preguntó el teólogo. -Estoy cavando un hoyo -respondió el pequeño. -Y ¿para Qué lo estás haciendo tan grande? -volvió a preguntar el anciano. -Para Que Quepa todo el mar en él --concluyó el niño.

Alanús se sonrió, percatándose de Que sus propios esfuerzos por comprender y explicar al trino Dios se parecían al falaz intento del niño. ¿Quién puede entender la majestuosa grandeza de Dios. Aquel que ni cielo ni tierra pueden contener. El mismo Dios, sin embargo. nos invita a conocerlo: “El Espíritu y la novia dicen: Ven; y el que escuche diga: Ven. El que tenga sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida” (Rev 22:17 NVI)

En los capítulos anteriores presentamos con nuestra limitada capacidad, varios aspectos maravillosos de nuestro glorioso Dios. En este tratamos el más complicado de todos: Dios es tres personas en un solo Dios. Afirmamos Que aun cuando esta doctrina es superior a la razón, no la contradice, aunque requiere fe para creer en ella. Al respecto, hay un dicho que reza: Donde es demasiado hondo para andar, la fe puede nadar. Con seguridad, en varias partes de este capítulo, tendremos que nadar. Sin más ni menos, demos comienzo al asunto.

Primero, busquemos una definición. León el Grande' (390-461) dio una de las más resumidas al definir a la Santa Trinidad así: Un Dios sin división en una trinidad de personas... y tres personas inconfundibles en una unidad de esencia. Esa breve frase de León nos da a entender lo complicado que es la paradoja. Veremos que es una excelente definición porque contiene los elementos básicos

¹⁸⁷ Calvino, Institutos, pp. 219-220.

de lo que es Dios. Pero. ¿Cómo entenderla y qué es lo que comprende? Trataremos de ilustrarla a la vez que la explicamos.

Antes, sin embargo, contaré una experiencia que tuve en Ecuador. Allí, en una iglesia rural conocí a un hombre ciego con quien entablé amistad. Me preguntó cómo había llegado, ¿a pie, en burro o a caballo? Al decirle por avión me metí en un problema, ya que tal aparato era totalmente ajeno a su conocimiento (apenas sabía lo que era un auto). ¿Cómo hablarle de un aparato gigantesco cargado de gente que volaba como un pájaro, cuando nunca si quiera había visto un ave?

Para explicar el concepto de la Trinidad, el problema que enfrentamos es parecido. No hay nada en nuestro entendimiento que se acerque a lo que es Dios.

ESFUERZOS POR ILUSTRAR LA TRINIDAD

Al hablar de la Santa Trinidad es común empezar dando ilustraciones de figuras trinitarias. Hallaremos muchas, pero ninguna con lo que llamaremos una «triple personalidad», si pudiera emplearse este término. Que sea de la misma substancia como la Que tiene Dios. Advertimos Que toda analogía Queda corta en cuanto a su objetivo. Para saber Quién y cómo es el Trino Dios dependemos totalmente de la revelación bíblica. Igualmente, al ilustrar una Que otra trinidad establecemos Que creer en un Dios Trino no es algo irrazonable ni absurdo, pues existen varios casos de trinidad.

Las más antiguas ilustraciones nos vienen de los Padres de la Iglesia del segundo siglo. Extrayéndolas de la Biblia, señalaron, por ejemplo, que el número tres es muy prominente; que el universo se divide en cielo, tierra y la región debajo de la tierra: que la humanidad se dividen en tres grupos raciales que provienen de los tres hijos de Noé; que el tabernáculo tiene tres divisiones. Además, que hay tres grandes fiestas judías; que el ministerio de Jesucristo fue solo de tres años; que tres son las grandes virtudes y que hay tres tipos de concupiscencias; y, para nombrar una última, son tres las personas mencionadas en la bendición apostólica: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Otros siervos de Dios de antaño también sacaron ilustraciones trinitarias de la naturaleza. Justino Mártir (100-165 d.C.). Por ejemplo, hablaba de que una llama de fuego enciende a otra, y que está a su vez puede prender a otra, y siempre sigue siendo la misma llama. Tertuliano (160-225 d.C.) hablaba de un manantial que formaba un arroyo, y luego se convertía en río.

Más adelante, los teólogos medievales buscaron sistemas trinitarios en cosas parecidas. Por ejemplo. San Agustín (354-430 d.C.) decía que “todo lo que existe tiene esencia, unidad y medida. Pero esa existencia difiere de otras cosas, ya que posee su propia identidad y fácilmente puede distinguirse de otras especies. Sin embargo, aquello que tiene forma común con otros objetos, pero que se puede distinguir de los demás, es porque retiene un elemento de relación, de correspondencia y de unidad”. ¿Ven hasta qué grado de complejidad llegaban los argumentos y las ilustraciones?

En nuestros días son más simples aunque, como ya mencionamos, ninguna contiene una «triple personalidad» cual la de Dios. Por eso es que todas las ilustraciones fallan. Sin embargo, lo valioso de ellas es que nos hacen pensar en términos trinitarios. Además, son interesantes:

Una torta: Podemos dividirla en tres partes iguales, de modo que cada una represente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. El problema es que el Padre no es una tercera parte de Dios, ni tampoco lo es el Hijo, ni el Espíritu Santo. El es un Dios sin división.

El agua: Puede presentarse en sus tres estados: líquido, sólido o gaseoso, pero solo de una manera a la vez; mientras que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo son cada una personas independientes, a la vez que son exactamente de la misma esencia, y todo exhibido a la misma vez -un Dios en una unidad de esencia.

El árbol: es constituido por raíz, tallo y ramas. El tallo procede de la raíz, y las ramas del tallo y las raíces. Es un tipo de trinidad, pero también nos deja insatisfechos, ya que una raíz puede existir por un tiempo sin el tallo y sin los gajos, pero Dios nunca existió sin el Hijo y sin el Espíritu Santo: El es el eterno Dios sin división en una trinidad de personas.

Se dice que nuestras ilustraciones de la Trinidad podrán muy bien satisfacer parcialmente el entendimiento de los hombres, pero nunca explicarán de manera precisa la naturaleza de Dios.

El Dr. Nathan Wood. Que fuera presidente de Gordon College en Boston EE.UU. ve varias trinidades en la naturaleza cuyo valor es hacemos conscientes de la gran importancia de ellas. Para ello las explica presentándolas en fórmulas sencillas:

Universo = espacio, tiempo, materia. Quítese un solo elemento y ya no hay «universo». Los tres elementos son los que forman al universo y son igualmente esenciales.

Espacio = largo, ancho y alto. Elimínese un elemento y el «espacio» deja de ser. Cada parte es de igual importancia para que el espacio exista.

Tiempo = pasado, presente y futuro. Cada parte es de igual y esencial valor. (Luego de usar estas ilustraciones, el Dr. Wood afirmaba la necesaria existencia de Dios en forma trinitaria y la consecuente interdependencia que tiene que haber entre las tres personas -al omitir una persona ya no se trata de Dios.)

Dios = Padre. Hijo y Espíritu Santo. Aquí se ve la particularidad de cada Persona y la indispensable interdependencia en la Trinidad: «El Padre no se ve excepto cuando se hace visible en el Hijo. El Hijo es lo que vemos, oímos y conocemos, véanse 1 Timoteo 1.15-19; Hebreos 1.1-31. Siempre personifica al Padre, día tras día, hora tras hora, momento tras momento (Juan 14.91). Siempre revela al Padre que de otra manera sería invisible (Juan 1.181) El Padre lógicamente es primero, pero no en el aspecto cronológico. Porque el Hijo existe desde que el Padre existe, ya que estaba con el Padre en toda la eternidad pasada.

El Espíritu a su vez procede del Padre y del Hijo. Él no encarna al Hijo, más bien procede silenciosa, eternal e invisiblemente de El haciendo efectiva su obra de redención».

NUESTRO DIOS UNO ES

La Biblia no usa el término trinidad Este surge de nuestro vocabulario para indicar el concepto de «tres elementos en uno», cosa que vemos en el proceso de la revelación progresiva de la Biblia. En el Antiguo Testamento tenemos solo una prefiguración de esta doctrina: más adelante, en el Nuevo se despliega claramente.

Por ejemplo, el «Logos» de Dios (Juan I. 1) es personificado en pasajes del Antiguo Testamento que hablan de Dios en términos de «Palabra» o de «Sabiduría» (Salmos 33.6, 9; Job 28.23.28; Proverbios 8.22, etc.). También están los textos que tratan del «Espíritu de Dios» (Génesis 1.2; Salmos 139.7; Job

26.13; 33.4: Isaías 63.10, etc.). Otros pasajes claramente indican Que hay más de una Persona en Dios (Salmos 33.6: Isaías 61.1: 63.9-12: Hageo 2.5,6). Además, hay textos Que indican Que hay distinciones dentro del ser divino (Génesis 19.24: Salmos 45.7:110.1: Oseas 1.7). En Números tenemos el texto que repite la palabra «Jehová» tres veces, de lo que se infiere la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: “Jehová te bendiga y te guarde: Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia: Jehová alce sobre ti su rostro .Y ponga en ti paz”. Es así que a través de la historia bíblica del Antiguo Testamento se va aclarando el dicho de León el Grande. Que tenemos «un Dios sin división en una trinidad de personas, y tres personas inconfundibles en una unidad de esencia.

Podríamos preguntar, ¿por Qué este proceso? A lo Que respondemos: ¿Quién conoce la mente de Dios? Al mismo tiempo, ciertas conclusiones parecen apropiadas. Dios Quiso Que esta revelación se nos presentara en cuatro pasos progresivos, al menos:

El hombre necesita reconocer Que existe un Dios verdadero: Porque lo Que de Dios se conoce es evidente entre ellos (toda la humanidad), pues Dios hizo que fuese evidente. Porque lo invisible de Él, su eterno poder y deidad, se deja ver desde la Creación del mundo, siendo entendido en las cosas creadas (Romanos 1.19).

El hombre necesita saber Que Dios es Uno. Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo la enseñanza es clara. Se afirma en Deuteronomio 6.4: “Escucha, Israel Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”. Igualmente se declara en Marcos 12.29: “Jesús le respondió: El primero es: Escucha, Israel. El Señor nuestro Dios, el Señor uno es” (véanse textos afines como Deuteronomio 4.35.39: 1 Reyes 8.60: Isaías 45.5.6: Zacarías 14.9: Marcos 12.29-32: Juan 17.3; 1 Corintios 8.4-6; 1 Timoteo 2.5). La naturaleza divina no está dividida ni es divisible. Repetimos, la idea trinitaria, aunque no se expone con claridad, fluye a través de todo el Antiguo Testamento. En Génesis vemos a Dios como Creador, pero se nos presenta el «Espíritu de Dios» moviéndose sobre la faz de las aguas. Al crear al hombre dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen», usándose la forma plural al tratarse de Dios. Otra vez en Génesis 6 se nos dice: «No contendrá para siempre mi Espíritu con el hombre». El Salmo 2 afirma Que Dios tiene un Hijo: «Jehová me ha dicho: Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy» (Véanse Isaías 9.6: Miqueas 5.2: Números 27.28: Salmos 51.11; Isaías 40.13; 48.16).

El hombre necesita conocer los atributos y el carácter de Dios tal como lo revela la Biblia. Dios es bondad, amor, santidad, justicia y verdad. En las páginas del Antiguo Testamento vemos sus grandiosos atributos a través del trato de Dios con la humanidad, además se ven en su ley y en todos sus juicios. Dios es incomparable en su carácter: “Jehová. Jehová, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y grande en misericordia” (Éxodo 34.6). El hombre necesita conocer la esencia, es decir, la composición de nuestro Dios. El es un Dios: Padre. Hijo y Espíritu Santo, «tres personas inconfundibles en una unidad de esencia». Dios esperó hasta la encarnación de su Hijo para aclarar esta revelación trinitaria. Para que pudiéramos entenderla, primero tuvo que manifestarse en su Hijo (Juan 14.8-11), enseñanza que se asume en todo el Nuevo Testamento.

Vemos también a un Dios en tres personas en el bautismo de Jesús (la voz del Padre, el Espíritu Que desciende como una paloma y el Hijo Que es bautizado). Después del Aposento Alto. en las explicaciones Que da a los discípulos. Jesús claramente habla del Padre y del Espíritu Santo. Además. se ven los tres juntos en la conocida fórmula bautismal (Véanse Mateo 3.16-17; Romanos 8.9; 1 Corintios 12.3-6; 2 Corintios 13.14; Efesios 4.4-6: I Pedro 1.2: Judas 20-21; Apocalipsis 1.4-S). Todo el Nuevo Testamento revela «un Dios sin división en una trinidad de personas, y tres personas

inconfundibles en una unidad de esencia». «Lo glorioso de esta doctrina de la Trinidad -dice Herman Bavinck- consiste en que esta unidad absoluta no excluye, sino que demanda diversidad. Dios como ser no es una unidad ni una idea abstracta, sino una plenitud en tres personas de esencia, una infinita abundancia de vida, cuya diversidad se contempla en esa magnífica unión» Por la grandeza de cada una de las tres Personas y por las distinciones gloriosas Que poseen, debemos considerar a cada una de ellas independientemente.

DIOS EL PADRE

La búsqueda del conocimiento de Dios trae tremenda satisfacción. «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan 17.3). No es una búsqueda infructuosa, que nos deja abrumados y desilusionados, como la que sintieron los exploradores españoles que salieron de España en busca de El Dorado.

Como nos indica Jorge Orlando Melo en su Historia de Colombia, los exploradores Juan de la Cosa y Américo Vespucio cruzaron el Atlántico de Sevilla a lo Que ahora es Colombia, en busca de ricos tesoros. Uno muy codiciado era llamado El Dorado. Grande fue su desengaño, pero no fue solo de ellos sino de muchos otros marineros Que en vano lo buscaron, pues ese tesoro aparentemente era una leyenda de los indígenas.

Dios, al contrario, no es un mito. Ni es una leyenda. No es un invento de la imaginación humana. Ni es simplemente una idea que el hombre ha creado sencillamente porque necesita creer en algo más grande que él para así poder explicar los fenómenos de la vida. En realidad, todo lo que existe requiere de un Dios. Solo el necio dice en su corazón: No hay Dios (Salmo 14.1). Los cielos cuentan Su gloria, dan evidencia de que existe un hábil y sagaz Creador. Por tanto nos entusiasma el hecho de que podemos explorar la Biblia, donde El se revela, para descubrir sus grandes virtudes.

Leemos que Dios el Padre es el Supremo Creador, el Padre, el Gobernador de todo, y el justo Juez de todos los hombres. La Biblia nos lleva a afirmar que es infinitamente santo y bueno. Que es perfecto en amor. Que es el Señor del cielo y de la tierra. Reconociendo verdades como esas proclamamos: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas (Apocalipsis 4.11).

Además, hemos aprendido que Dios es el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad. Que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén (1 Timoteo 6.15-16).

El punto más importante acerca de Dios nos lo da su Hijo Jesucristo al enseñarnos que Dios es nuestro «Padre». Esta es una insigne revelación, verdad que nos da inmensa satisfacción, gozo y seguridad. Es a cuenta de esa realidad que podemos levantar nuestra vista al cielo y decir con confianza y seguridad: Padre nuestro Que estás en los cielos... Pero. ¿En Qué sentidos es Dios «Padre»?

En primer lugar, podemos entenderlo en términos de su relación con la creación: El es «Dios de los espíritus de toda carne» (Números 16.22). También, como les señala el apóstol Pablo a los atenienses. El es Padre de todos los seres humanos: Porque en El vivimos y nos movemos y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos (Hechos

17.28). Es además, llamado el Padre de Israel: ¿No es El tu padre que te creó? El te hizo y te estableció (Deuteronomio 32.6). Para nosotros que hemos sido adoptados por Cristo, Dios en forma muy especial es nuestro Padre amante. Por mediación de su Hijo nos ha hecho parte de su familia en una relación eterna.

Hay otro punto de interés al tratar el tema del Padre. En toda la Biblia El ocupa el puesto de preeminencia. Por ejemplo, el Padre toma la iniciativa en los actos creativos: “Por la palabra del Señor fueron creados los cielos, y por el soplo de su boca, las estrellas”. (Psa 33:6 NVI) “En el está la autoridad y el poder: “Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos” (Juan 6:13) San Pablo añade: “Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa”. (Rom 1:20 NVI) El que toma la iniciativa en cuanto a nuestra redención es el Padre: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3.16). Es a El que se le atribuyen los gloriosos atributos de justicia (véanse Génesis 18.25; Deuteronomio 32.4; Juan 17.25; Romanos 3.26; 2 Timoteo 4.8), perfección, sabiduría, inmortalidad, y luz inaccesible (Mateo 19.17; Romanos 16.27; 1 Timoteo 6.16).

Dice el gran teólogo holandés. Herman Bavinck: «Donde quiera (en la Biblia) que al Padre se le da el nombre de Dios, en términos de economía divina, indica que El es el primero. Es como un título oficial, que indica su posición y su rango; algo parecido a las distinciones que hay entre los hombres en cuanto al orden social y el honor que reciben, aun cuando todos pertenecen a la misma raza humana».

Aunque tales verdades acerca del Padre nos maravillan. Dios nos hace saber otra que es aun más sublime. Por sobre toda otra relación, Dios es el Padre de Jesucristo, la Segunda Persona de la Trinidad. El apóstol Pablo afirma en Romanos 15.6: “Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa”. (Rom 1:20 NVI) En 2 Corintios 1.3 leemos: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Igualmente en Gálatas 1.1 y en Efesios 1.3. Es a cuenta de esta relación tan especial con su único Hijo que llegamos a conocer a Dios como Padre.

Jesús explica esa relación: “Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo”. (Mat 11:27 NVI) véanse también Lucas 22.29; Juan 2.16; 5.17; 20.17). Esta enseñanza realza la respuesta de Jesús a Felipe en Juan 14.6- 13: “Yo soy el camino, la verdad y la vida, le contestó Jesús. Nadie llega al Padre sino por mí. Si ustedes realmente me conocieran, conocerían también a mi Padre. Y ya desde este momento lo conocen y lo han visto. Señor, dijo Felipe, muéstranos al Padre y con eso nos basta. ¡Pero, Felipe! ¿Tanto tiempo llevo ya entre ustedes, y todavía no me conoces? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo puedes decirme: ‘Muéstranos al Padre’? ¿Acaso no crees que yo esté en el Padre, y que el Padre esté en mí? Las palabras que yo les comunico, no las hablo como cosa mía, sino que es el Padre, que está en mí, el que realiza sus obras. Créanme cuando les digo que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí; o al menos créanme por las obras mismas. Ciertamente les aseguro que el que cree en mí las obras que yo hago también él las hará, y aun las hará mayores, porque yo vuelvo al Padre. Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo la haré; así será glorificado el Padre en el Hijo”. (John 14:6-13 NVI)

Esta relación de Hijo-Padre no comenzó cuando Jesús vino al mundo, en realidad trasciende lo temporal, es eterna y de propiedad sumamente personal: “Y ahora, Padre, glorifícame en tu presencia con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera. (John 17:5 NVI) Mas tarde dice: “Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy. Que vean mi gloria, la gloria que me has dado porque me amaste desde antes de la creación del mundo”. (John 17:24 NVI)

No podemos enfatizar esta relación demasiado. Es tan íntima. Inseparable, tan amorosa y activa. Que nos da la llave para entender la unidad tan absoluta y perfecta que existe en la Trinidad.

A, pesar de la grandeza de Dios el Padre, las Escrituras nunca dicen que El es el único Dios. En ninguna parte se crea una antítesis entre el Padre, por un lado, el Hijo y el Espíritu Santo por el otro. Debemos, pues, indagar en cuanto a las otras dos personas que también son Dios.

JESUCRISTO, EL HIJO ES DIOS

Cada año celebramos el aniversario del nacimiento de Jesús. ¿Acaso tendrá solo 2000 años de edad? Recordemos cuando el ángel Gabriel fue enviado por Dios a María para darle la nueva de que tendría un hijo. Confundida por la noticia, la virgen preguntó: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. La respuesta de Gabriel es importantísima para la doctrina de Dios: “¿Cómo podrá suceder esto, le preguntó María al ángel, puesto que soy virgen? El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios. (Luk 1:34-35 NVI)

« ¡Hijo de Dios!», ¿Qué quiere decir la Biblia con ese nombre tan especial? Esta fue la gran controversia que ocupó a la iglesia y a los teólogos del siglo cuarto.

En cierto sentido, no es el nombre dado a un descendiente del rey David que a su tiempo llegó a ser adoptado como Hijo de Dios; tampoco es «Hijo de Dios» por la manera maravillosa en que nació de la virgen; de ningún modo es como suelen algunos decir, el «Hijo de Dios» solo en un sentido ético; ni tampoco llegó a ser, como afirmaba Arrio (250-336 d.C.), y hoy afirman los Testigos de Jehová, el «Hijo de Dios» como resultado de una declaración del Padre a consecuencia de su vida meritoria. Al contrario, el nombre afirma una relación eterna y única con el Padre.

San Agustín decía: «El es el Hijo de Dios por naturaleza y desde toda la eternidad». Aclara Que no fue a causa de su condición de Deidad Que llamó a Jesús el «Hijo de Dios», sino por una identificación Padre-Hijo, una relación literal, particular y eterna. Conocemos esa relación porque fue revelada por el mismo Dios Padre. Es de esa relación de igualdad que Atanasio hablaba: Declaraba que por ser de la misma esencia y de la misma substancia del Padre, Cristo era verdadero Dios de verdadero Dios.

Así lo anunció el profeta Miqueas (5.2) cuando profetizó acerca de Belén Efrata: “De ti saldrá el que será Señor en Israel. Y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”. Igual lo afirma el escritor a los Hebreos: “Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo. A éste lo designó heredero de todo, y por medio de él hizo el universo”. (Heb 1:1-2 NVI)

No solo se establece que Jesús es el eterno Hijo de Dios, además leemos Que El es: “El Hijo amado en el cual el Padre tiene complacencia” (Mateo 3.17; 17.5; Marcos 1.11; 9.7; Lucas 3.22; 9.35).

El unigénito Hijo de Dios (Juan 1.18; 3.16; 1 Juan 4.9). El Hijo de Dios exaltado por encima de los ángeles y profetas (Mateo 13.32; 21.27; 22.2). El Hijo Que tiene una relación única con su Padre (Mateo 11.7). El Hijo de Dios sobre toda otra cosa (Romanos 8.32). El eterno Hijo de Dios (Juan 17.5.24; Hechos 1.5; 5.5). Vemos también Que es igual al Padre en su conocimiento (Mateo 11.27); en su honor (Juan 5.23); en su poder creativo y redentor (Juan 1.3; 5.21.27); en sus obras (Juan 10.30); en su dominio (Mateo 11.27; Lucas 10.22; 22.29; Juan 16.1 S) Y en su eternidad (Isaías 9.6). Todas estas declaraciones claramente indican Que El no es un ser inferior, creado, sino igual a Dios el Padre.

Además de ser «Hijo de Dios». Jesucristo también es llamado el «Logos». Palabra, razón, discurso o comunicación son los significados que se le dan a la palabra logos. Es Juan el apóstol Quien más usa Logos como el nombre de Jesucristo. Lo observamos en los primeros versículos de su evangelio: “En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba con Dios en el principio. Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir. En él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad. Esta luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no han podido extinguirla. Vino un hombre llamado Juan. Dios lo envió como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que por medio de él todos creyeran. Juan no era la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz. Esa luz verdadera, la que alumbra a todo ser humano, venía a este mundo. El que era la luz ya estaba en el mundo, y el mundo fue creado por medio de él, pero el mundo no lo reconoció. Vino a lo que era suyo, pero los suyos no lo recibieron. Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios. Éstos no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios. Y el Verbo se hizo hombre y habitó* entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. (John 1:1-14 NVI)

Es por medio del Logos que el Padre se expresa. Dice el escritor a los Hebreos que: “En estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo. A éste lo designó heredero de todo, y por medio de él hizo el universo. El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es, y el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa. Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas”. (Heb 1:2-3 NVI). Vemos al Logos de Dios principalmente en las obras de la creación, la providencia y en la bendita obra redentora. Por la «palabra» de su boca todo es creado (Juan 1.3; Efesios 1.9-10). Por el poder de su «palabra» todo lo creado es preservado (Colosenses 1.17). Por el poder de su «palabra» nos viene toda bendición celestial (Efesios 1.3). Por el poder de su «palabra», gobierna la creación (Colosenses 1.16). Por el poder de su «palabra», un glorioso día nos llevará a una tierra nueva y a un cielo nuevo (Apocalipsis 21.1). ¡Qué maravilloso nombre, el Logos de Dios! Ya que también tiene que ver con el Hijo en su relación con el Padre, hay otro nombre que debemos mencionar: al Hijo también se le llama la «Imagen de Dios». Esto es lo que implica la respuesta de Jesús a Felipe: “Yo soy el camino, la verdad y la vida, le contestó Jesús. Nadie llega al Padre sino por mí. Si ustedes realmente me conocieran, conocerían también a mi Padre. Y ya desde este momento lo conocen y lo han visto. Señor, dijo Felipe, muéstranos al Padre y con eso nos basta. ¡Pero, Felipe! ¿Tanto tiempo llevo ya entre ustedes, y todavía no me conoces? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo puedes decirme: Muéstranos al Padre? ¿Acaso no crees que yo esté en el Padre, y que el Padre esté en mí? Las palabras que yo les comunico, no las hablo como cosa mía, sino que es el Padre, que está en mí, el que realiza sus obras. Créanme cuando les digo que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí; o al menos créanme por las obras mismas. Ciertamente les aseguro que el que cree en mí las obras que yo hago también él las hará, y aun las hará mayores, porque yo vuelvo al

Padre. Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo la haré; así será glorificado el Padre en el Hijo". (John 14:6-13 NVI)

San Pablo escribiendo a los Colosenses les dice Que Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación (1.15). También lo repite en 2 Corintios 4.4: Cristo, el cual es la imagen de Dios. La misma expresión la encontramos en Hebreos 1.3: Cristo Jesús el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su substancia (Hebreos 1.3).

Del Padre leemos que es el bienaventurado y solo Soberano. Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad... habita en luz inaccesible. Se nos enseña que ninguno de los hombres (lo) ha visto ni puede ver (1 Timoteo 6.15-16). Por tanto, si hemos de conocer a Dios, solo será al ver a Cristo, ya que El es la imagen de Dios. En otras palabras, el Hijo porta la imagen del Padre. Concluimos, entonces, que solo por medio de Jesucristo es que conocemos al trino Dios.

¿Es al reunir toda esta información bíblica Que descubrimos la "interacción entre el Padre y el Hijo? ¿Y Qué en cuanto al Espíritu Santo? San Pablo señala: Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2 Corintios 3.18). No solo debemos comprender el misterio de la relación del Hijo con el Padre, para poder, entenderlo necesitamos la mediación del Espíritu Santo. ¿Cómo es El, entonces, la tercera persona de la Trinidad?

EL ESPÍRITU SANTO ES DIOS

El nombre «Espíritu Santo» se origina por el modo de subsistencia que obviamente tiene la tercera persona de la Trinidad. Procede del Padre a la vez que procede también del Hijo por lo cual su esencia es intrínsecamente divina. Por eso se le llama el Espíritu de Dios y también el Espíritu de Cristo. Este Espíritu, a su vez, tiene su propia identidad e individualidad como Persona divina. El nombre significa viento o aliento. El es el aliento del Todopoderoso (Job 33.4: Salmos 33.6). El es el principio inmanente de toda vida en todo lo creado.

Jesús, hablando del Espíritu Santo, enfatiza esa verdad: El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido: mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va. El no es el espíritu de un hombre, ni de ninguna otra criatura, sino que singularmente es el Espíritu de Dios (Salmos 51:12; Isaías 63:10-11). Así como exhalamos aliento por nuestra boca, de forma parecida el Espíritu Santo procede del respiro de Dios y con ese aliento preserva todo lo que existe. Es en este sentido que la tercera Persona de la Trinidad es llamada Espíritu de Dios, Espíritu del Padre o Espíritu del Señor (Génesis 1.2: Isaías 11.2: Mateo 10.20); como también Espíritu de Cristo o Espíritu del Hijo (Romanos 8.2. 9: 1 Corintios 2.6. 2 Corintios 3.17. 18; Filipenses 1.19: Gálatas 3.2. etc.).

Es a causa de estas declaraciones Que los padres de la iglesia particularmente en el cuarto siglo, hablan de la «procesión del Espíritu». El procede del Padre o del Hijo. Es decir, la Biblia habla normalmente de que el Espíritu es dado, enviado, soplado o derramado por el Padre o por el Hijo (Números 11.29; Nehemías 9.20; Isaías 42.1; Juan 3.34; 14.26; 15.26; 16.7; Gálatas 4.6; Juan 20.22; Isaías 32.15; Hechos 2.17.18). En otras palabras, El no obra independientemente. Lo que El hace es como respuesta a la voluntad del Padre y del Hijo.

De nuevo vemos que ninguna de las personas de la Trinidad obra aislada o independientemente. Siempre es «un Dios trino» en acción. Cuando pensamos que el Espíritu obra por sí mismo, entramos

a una doctrina falsa que se llama modalismo. Cuando el Espíritu obra, la acción es coordinada con el Padre y el Hijo. Por ejemplo, leemos: En el principio creó Dios los cielos y la tierra...y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de la tierra (Génesis 1.1-2). Cuando el Padre obra o cuando obra el Hijo, igualmente obra el Espíritu Santo.

La Biblia muestra al Espíritu como persona, dándole atributos personales. Por eso se usa el pronombre personal al hablar de El (Juan 15.26; 16.13.14). El es santo; lo llaman el «Paracleto» (Juan 15.26; 1 Juan 2.1). Al Espíritu Santo se le atribuyen acciones personales: escudriña (1 Corintios 2.10); enjuicia (Hechos 15.28); escucha (Juan 16.13); habla (Hechos 13.2); enseña (Juan 14.26); intercede (Romanos 8.27); testifica (Juan 15.26).

Otro factor interesante de su obra en nosotros es Que también es autor de toda oración efectiva: El espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el Padre que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos (Romanos 8.26-27. véase también Zacarías 12.10).

La Biblia, además, afirma que el Espíritu Santo es divino. Los grandes atributos de Dios el Padre y el Hijo son igualmente atribuidos al Santo Espíritu: eternidad (Hebreos 9.14); omnipotencia (1 Corintios 12.4-6); omnipresencia (Salmos 139.7); y omnisciencia (1 Corintios 2.10). Esto destaca que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de la misma esencia. Aunque el Padre, el Hijo y el Espíritu tienen identificación independiente, la obra que hace el Espíritu es igual a la obra del Padre y la del Hijo en nosotros. El Espíritu nos habla y habita en nosotros, pero también podemos resistirlo y entristecerlo. La obra del Espíritu es, pues, indistinta a la de Dios, mostrando nuevamente que El es uno con Dios.

Al tratarse de los dones que son impartidos a los hombres, se nos dice: Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo, y hay diversidad de ministerios, pero el Señor (Jesucristo) es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios es el Padre, el que hace todas las cosas en todos, es el mismo (1 Corintios 12.4-6). De nuevo se afirma que aun en el caso de impartir los dones, el Espíritu obra en coordinación con el Padre y el Hijo, y no de forma independiente. La misma obra tripartita se observa en el bautismo de los que creen: Se hace en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mateo 28.19). También en la bendición recibida de lo alto: La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén (2 Corintios 13.1-3). Por tanto, la obra del Espíritu es también la del Padre y del Hijo.

Otro aspecto interesante es que igual que el Hijo no tiene nada, ni obra, ni habla por sí mismo, sino que todo lo recibe del Padre (Juan 5.26.30; 16.15), el Espíritu recibe todo de Cristo (Juan 16.13.14). Como el Hijo glorifica al Padre (Juan 1.18; 17.4.6), también el Espíritu glorifica al Hijo (Juan 15.26; 16.14). Así como nadie viene al Padre sino por el Hijo (Mateo 11.27; Juan 14.6), nadie puede decir que Cristo es el Señor sin el Espíritu (1 Corintios 12.3). Vemos en estas aclaraciones lo entretreído que cada persona de la Trinidad está con las otras. La razón es que Dios es uno, aunque en tres personas.

El bendito Espíritu de Dios, en coordinación con el Padre y con el Hijo, es la fuente de toda bendición (Mateo 28.19; 1 Corintios 12.4-6; 2 Corintios 13.13; Apocalipsis 1.4). Toda vida, toda fuerza, toda bendición emana de El. El Espíritu Santo es el autor de nuestras oraciones (Romanos 8.26). Es por ser tan bondadoso dador de todo de lo que viene del Padre y del Hijo Que se nos pide no entristecerlo (Isaías 63.10; Efesios 4.30) y, se nos advierte en cuanto a la blasfemia imperdonable en contra de El (Mateo 12.31-32).

Vistos ya varios aspectos acerca de cada una de las tres personas divinas, surge la pregunta lógica: ¿Cómo pueden los tres ser uno?

TRES PERSONAS INCONFUNDIBLES EN UNA UNIDAD DE ESENCIA

La Santa Trinidad -un Dios en tres personas- es un misterio que no podemos entender plenamente a no ser por lo que la Biblia nos revela. No obstante, con los grandes maestros de la Biblia, podemos penetrar -hasta cierto punto- algo de ese misterio, puesto que Dios lo reveló.

Bavinck, por ejemplo, afirma: «Las tres personas no son meramente modos de expresión, sino individualidades autosuficientes e independientes. En Dios, las tres personas no son tres individuos juntos y a la vez separados, más bien son la triple auto distinción dentro del ser divino, ya que son la manifestación de la naturaleza divina en personalidades que causan el carácter terciopersonal»."

Luego de leer esa declaración de Bavinck tres o cuatro veces, entendemos que las tres personas participan de la misma esencia. Cada una tiene los mismos atributos. Cada una es Dios. Lo que se expresa con el término «persona» es que ese glorioso ser divino, el Trino Dios, se manifiesta en una triple existencia. «Es una unidad dentro de la cual se deriva una Trinidad», decía Agustín. Y advertía: «No hay tema más riesgoso para errar ni más difícil de estudiar que este, pero al mismo tiempo no hay otro cuyo descubrimiento sea más provechoso.

San Agustín explica que, aun cuando las tres Personas son una en ser y esencia, difieren en su modo de existencia. Aunque son una en su pensar, difieren en sus actividades. Cada persona es idéntica a Dios, el ser completo, e igual a cada una de las otras dos; las tres operan en conjunto. Lo que se dice de Dios en cuanto a su persona se puede decir individualmente de cada una de las tres Personas. Aunque cada una se puede distinguir de la otra, en esencia son una: ¡un Dios! Debido a ello las declaraciones bíblicas referentes a Dios son, en cierto sentido, monoteístas. A la vez -y esto es lo que nos confunde separadamente se le atribuye una naturaleza divina y sus perfecciones al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

¿Cuál tiene que ser nuestra conclusión? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son distintos objetos en una sola esencia divina. ¡Los tres son un Dios! Por eso podemos sostener que el modo trinitario de la divina existencia pertenece, o es intrínseco, a la esencia misma de Dios.

Como decíamos al principio: Donde es demasiado hondo para andar, la fe puede nadar. La materia es profunda. Su explicación complicada. Pero esta verdad trinitaria, como se expresa en la Biblia, es irrefutable.

HEREJÍAS CONTRARIAS AL CONCEPTO DE LA TRINIDAD

Estas verdades acerca de la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo no han sido aceptadas unánimemente. Varias agrupaciones las han rebatido con fuerza. El eje de la contienda yace en el concepto de un Dios en tres Personas. Todos los que se oponen a la doctrina de la Trinidad establecen como punto de partida que hay un solo Dios. Reconocen la importancia de Jesús y del Espíritu Santo, pero rechazan la idea de su igualdad con el Padre. Su planteamiento es que hay un solo Dios,

indivisible. Creen que es imposible que haya tres personas que son Dios, pues esto da pie a pensar en tres dioses. Ese rechazo produce un efecto que resulta en cinco herejías clásicas.

La primera surge entre los llamados «subordinacionistas». Esta agrupación data de fines del primer siglo. Entre quienes la sostenían estaban Justino Mártir, Tertuliano, Clemente y Orígenes. Enseñaban que Jesús era inferior al Padre, por tanto subordinado a este, ya que solo el Padre es Dios. Estos padres de la Iglesia escribieron profundos tratados: en particular, acerca del Padre y Jesucristo, pero debido a sus conclusiones colocaron al Hijo y al Espíritu Santo en un plano inferior al Padre.

Es importante recordar el crecimiento del cristianismo en el tercero y cuarto siglos. El poderoso general Constantino se convierte al evangelio tras una visión de la cruz -símbolo cristiano- en el año 312. Ya como emperador del imperio ordena plena libertad de culto. Pocos años después, con el emperador Teodosio (380 d.C.), emite el Edicto de Tesalónica declarando «la religión de Pedro» como el credo oficial del Imperio Romano -el mundo había sido conquistado por los pacíficos cristianos. Pero por popular que llegue a ser el cristianismo, esto no lo aísla de los falsos maestros y sus herejías.

La segunda herejía nace en Alejandría, Egipto, en el año 318. Surge una fuerte disensión entre un predicador llamado Arrio (280-336 d.C.) Y un pastor, nombrado Alejandro, con su asistente Atanasio. Estos últimos convocan a un grupo de iglesias (sínodo) y excomulgan a Arrio por sus falsas enseñanzas. Pronto se formaron dos bandos, uno que respaldaba a Arrio y otro que se unió a Alejandro y Atanasio. Arrio y sus colegas llevaron las ideas de los subordinacionistas a un nivel más grave. Toda la contienda gira alrededor de la persona de Jesucristo. Arrio negaba que Jesús es de la misma substancia o esencia del Padre. Aceptaba que el llamado Hijo de Dios era más que un mero hombre: pero enseñaba que este fue creado por el Padre y que ocupaba un lugar intermedio entre Dios y el hombre. Afirmaba que no hay una Trinidad como tal, y acusaba a los que sostenían esas doctrinas de proclamar la existencia de tres dioses. Claramente declaraba que el Hijo no es eterno, sino solo preexistente, y que llegó a ser divino por una declaración de Dios. (Los llamados Testigos de Jehová son los que hoy día afirman estas enseñanzas.)

El socinianismo del siglo dieciséis es la tercera herejía. Para sus seguidores, el Espíritu Santo es meramente una energía divina, sin personalidad, y Jesucristo es un simple hombre, Santo, pero creado por Dios en María mediante una concepción milagrosa. Sostenían que Él no era preexistente, más bien fue creado para proclamar a la humanidad una nueva ley. Al completar esa tarea, fue llevado al cielo donde se convirtió en partícipe de una gracia divina especial. Estas ideas nacieron con teólogos de Polonia en el cuarto siglo y de ahí fueron difundidas por Alemania y Europa.

El salto del socinianismo al unitarismo de los siglos dieciséis y diecisiete fue corto. Entonces se proyectó a Jesús solo como un simple hombre, Quitándole toda su divinidad, aunque se aceptaba que era un gran ejemplo de virtud y piedad. Eliminaron la enseñanza de Jesús como Hijo de Dios de sus doctrinas cristianas. (Los liberales de nuestros días siguen ese mismo camino, y están en busca del «verdadero Cristo histórico», pues no aceptan el testimonio bíblico.) Esas conclusiones racionalistas acerca de Jesús y su relación con el Padre acabaron con la necesidad de la gracia divina para el hombre pecador. Por lo mismo, tampoco necesitan del Espíritu Santo.

Es interesante observar que las herejías requieren un tiempo de formación para adoptar apariencia de doctrina y, además perduran por siglos. Antes del arrianismo nació, a principios del tercer siglo, el sabelianismo (también llamado modalismo o patripasianismo). Con esta falsa doctrina surge otra rama herética. Igual que los arrianos, niegan la doctrina de la Trinidad, pero difieren con ellos en cuanto a

sus conclusiones acerca del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Mientras que los arrios nos niegan la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, los sabelianos la aceptan. Su error consiste en concluir que el único y solo Dios se revela en la historia en tres modalidades: primero como Padre (al crear los cielos, la tierra y todo lo que en ellos hay); luego como Hijo (para salvar al hombre caído); y ahora como Espíritu Santo (para dirigir a su Iglesia). En otras palabras, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son simplemente tres nombres para el mismo ser.

Ya que procede de nuestro mundo hispano -España- debemos mencionar a un médico español llamado Miguel Servet (1511 - 1553). Este vivió en los tiempos de la Reforma y sus enseñanzas fueron rebatidas fuertemente por Juan Calvino. Servet fue un serio seguidor de los sabelianos. Analizó, estudió y razonó las conclusiones de esa doctrina, y vilipendió las relativas a la Trinidad, llamándolas triteístas, y ateas.

Acusó a los trinitarios de producir «un monstruo con tres cabezas», y «un Dios dividido en tres partes».

La tesis de Servet era que Dios no puede ser dividido, y que para mantener la divinidad de Cristo y del Espíritu Santo uno nunca debe hablar de «personas», sino de «disposiciones» de «manifestaciones» o de «modos divinos», ya que el único que es verdaderamente divino es el Padre. Dios es uno, proclamaba Servet, pero en Cristo se revela como Padre, Hijo y Espíritu. Ellos se relacionan entre sí en una manera similar a como se hace con el cuerpo y el alma y la actividad que estas dos producen.

Es interesante observar que esta teología de Servet sirvió como canal para las modernas teorías filosóficas trinitarias. Por ejemplo, la de Emanuel Kant. Que decía que la verdadera religión es esa fe en Dios que le acepta como el santo Dador de la Ley, como el buen Gobernador del mundo, y como el justo Juez de la tierra (aunque reconocía que el Padre, en su trinidad sustituía otras cosas en lugar del Hijo y del Espíritu Santo).

Como podemos imaginarnos, estas enseñanzas antagónicas a la doctrina bíblica sobre el Dios Trino llevaron a los teólogos ortodoxos a profundizar en la Palabra de Dios, buscando lo que ella realmente revela. Sabemos que la Biblia no nos declara una doctrina sobre la Trinidad claramente formulada. Nos da, sin embargo, todos los elementos necesarios para establecer con firmeza que Dios es un Dios en tres personas.

Atanasio entregó su vida por defender la divinidad de Cristo. A él se unieron Basil, Gregorio de Nicea, Gregorio Nazianse. Asimismo Agustín, con incomparable profundidad, expuso la enseñanza bíblica acerca de la Trinidad en una exposición que abarca 15 tomos titulados De Trínitate, y que constituye la obra definitiva de la Iglesia Cristiana sobre el tema de la Santa Trinidad. Hasta hoy nadie iguala ese escrito en profundidad, extensión, argumentación y comprensión. Por ello la cristiandad aceptó que la esencia de Dios mora igualmente en cada una de las tres personas de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Y una nota importante acerca de la historia de la Iglesia Cristiana: Alejandro, Atanasio y sus colegas (en el Concilio de Trento, en 325) en vez de usar argumentos salidos de la razón o de la imaginación, afirmaron la verdad acerca de la divinidad de Cristo el Hijo de Dios apegándose a citas y pasajes de la Biblia, aclarando el sentido de las palabras usadas en el texto bíblico.

Estos postulados, conocidos como el Credo de Atanasio, fueron aceptados por el Concilio como las verdades enseñadas de la Biblia acerca de Dios el Padre. Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Posteriormente, en el Concilio de Calcedonia (378-454), la Iglesia las recibió como enseñanzas

bíblicas claras y definitivas. Los arrianos, aunque siguieron protestando, tuvieron que aceptar que eran herejes.

Así fue como se reconoció en la temprana historia del cristianismo que la Iglesia fiel a la Palabra de Dios se levanta o se cae según la aceptación o el rechazo de la deidad de Cristo y del Espíritu Santo, formando junto con el Padre, la Santísima Trinidad. Desde entonces, así como no se puede concebir al sol independientemente de la luz, la iglesia cristiana no puede concebir al Padre sin el Hijo ni sin el Espíritu Santo.

IMPORTANCIA DE ESTA DOCTRINA

321

¿Por Qué le damos tanta importancia a esta doctrina de la Trinidad? Veamos algunas razones. Si Dios se revela como Trino, es porque quiere que así le conozcamos. Ese deseo se debe a su gran amor por nosotros, su creación. ¡Parece paradójico! Pensar que el santo, puro, inescrutable Dios -Padre, Hijo y Espíritu Santo nos ama a nosotros, seres pecadores, débiles, imperfectos, llenos de problemas y de necesidades es algo grandioso. Además, ese amor es inquebrantable (Romanos 8.35). Para poder responder a esa clase de amor, por supuesto, es indispensable que procuremos conocer a cada una de las tres Personas, tal como se revelan en las Escrituras.

Es más, para entender con claridad el plan de redención es esencial que Dios sea Trino. Si no lo fuera, ¿cómo explicaríamos la encarnación, la muerte y la resurrección de Jesucristo? ¿Cómo entenderíamos a Cristo, ahora sentado a la diestra del Padre? ¿Cómo apreciaríamos la obra terrenal del Espíritu Santo como nuestra guía y Consolador? Porque de tal manera amó Dios (el Padre) al mundo, Que ha dado a su Hijo unigénito, la segunda persona de la Trinidad, para que todo aquel que en El cree, por la obra soberana del divino y Santo Espíritu, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Esta doctrina también nos ayuda a conocernos a nosotros mismos, Juan Calvino explicó que sin conocer a Dios, el Creador, es imposible conocernos a nosotros mismos. Cuando nos consideramos tal como somos, necesariamente tenemos que mirar a quien nos hizo, al que está detrás, delante, encima y debajo de nosotros (Salmos 139.7-12). Por tanto, si somos hechos a su imagen, ¿Cómo entenderemos nuestra humanidad y espiritualidad sin conocer al que nos hizo, especialmente por el simple hecho de que se ha revelado a nosotros y quiere que le conozcamos?

Además, el Trino Dios mora en los que hemos respondido a su bendito llamado de salvación. Ahora somos templo de Dios (1 Corintios 3.16). Insólita verdad esta, que el Trino Dios mora en sus hijos. Por lo cual estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida... ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro (Romanos 8.38-39).

Finalmente, esta sublime verdad nos hace anhelar el cielo. Pues ahora, al comprender limitadamente al Padre que tanto nos amó, anhelamos ir a ese glorioso lugar eterno que nos espera. Allí llegaremos a conocerle completa e íntimamente. Si ahora Dios es grandioso. ¿Cómo será- cuando estemos en su presencia celestial? Ahora lo conocemos, aunque sea a través de un velo oscuro. Pero vendrá el día en que el velo presente que lo esconde será quitado. En verdad, si a aquí en la tierra, pese a nuestra condición de pecado e imperfección, podemos disfrutar gloriosamente del Trino Dios, ¿cómo será en el cielo?

CONCLUSIÓN

Al llegar a la conclusión de este breve estudio sobre la Trinidad espero Que entendamos mejor la definición de León el Grande: Nuestro Dios es un Dios sin división en una Trinidad de personas, y tres personas inconfundibles en una unidad de esencia.

Como hemos visto, León nos dio una buena definición, pero ni con un estudio como este es posible entender claramente todos los aspectos de la gloriosa majestad y magnificencia de nuestro Dios. Como Moisés tendremos que quedar satisfechos con solo «ver» sus gloriosas «espaldas» (aunque más que Moisés, tenemos los beneficios adicionales de todo lo que nos reveló Jesucristo y lo que por medio de fieles maestros de la Biblia se nos ha regalado a través de la historia de la Iglesia). A la vez, todo lo poco que conocemos es mucho.

Si aquel vistazo de Dios que tuvo Moisés en su escondite entre las peñas del Sinaí satisfizo su anhelo de conocer la gloria del Todopoderoso, cuanto más debe ser el gozo nuestro por todo lo que hoy tenemos al alcance para estudiar y conocer a nuestro glorioso Dios. Tenemos su Palabra. Tenemos el extenso testimonio de su Hijo amado. Tenemos a grandes maestros que se han dedicado a ayudarnos a entender algo de este misterioso e incomparable Dios. Tenemos excelentes escritores que procuran resumir estas doctrinas en términos que podamos entender. Nos toca, pues, ponernos a trabajar, a leer, a escudriñar la Palabra, a escalar nuestro propio santo monte en busca de su majestuosa gloria.

¿Habrá más importante tarea Que esa? ¿Habrá mejor deleite? ¿Habrá mayor satisfacción?

LECTURA 8: DAVID LEGTERS – APUNTES DE TEOLOGÍA PROPIA

CAPITULO 1: INTRODUCCIÓN

Antes de tratar el tema de la inspiración de la Palabra escrita, tratemos primero el papel que tiene la Palabra en sí.

EL DIOS DE LA BIBLIA ES UN DIOS QUE HABLA.

Desde la creación, y a través de toda la historia de su pueblo, Dios se auto-revela hablando. Habló, y de la nada fue creado el universo (Gn 1:3,6,9, etc.). Juan habló de Cristo como el 'Verbo de Dios' (1:1,14). El Señor es luz y amor (1 Jn 1:5; 4:8); se goza en darse a conocer a sus criaturas. Nos revela su naturaleza, sus pensamientos, su voluntad, sus planes. Nos explica sus obras en el pasado y en el presente, y anuncia los actos futuros y su triunfo final. Nuestro Dios no permanece en el silencio como los dioses de los paganos (1 Co 12:2). La Biblia abunda en frases irónicas sobre el tema; por ej., Is 46:6-7. Así son los dioses falsos: no responden ni libran (ver también I Reyes 18:26-29)

El único tiempo que Dios guarda silencio es cuando el hombre insiste en serle desobediente. Su silencio no es el de la indiferencia, la venganza o la impotencia, pues el revelarse es parte de su misma naturaleza. Más bien se debe a razones muy fuertes, pues su silencio implica en verdad un terrible juicio de Dios sobre los hombres (ver I° Sm 28:6; Jer 14:11-12; Is 1:15 y Prov 1:28-29).

EL HOMBRE, DOTADO DEL PODER DEL HABLA, TIENE LA CAPACIDAD DE COMUNICARSE CON DIOS

El hombre, siendo creado a la imagen de Dios, tiene la capacidad de expresarse. Este factor, el del idioma, es uno de los que diferencian al hombre de los animales. Es el poder del habla que permite la más completa expresión de la personalidad. De cierto modo, el don del habla tiene más fuerza que los hechos; el habla es lo que indica la verdadera fuente de conducta. Dios al hablar revela su voluntad y su carácter. De la misma manera, el hombre se auto-revela cada vez que abre su boca. Por esa misma razón, 'de toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta en el día de juicio, porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado' (Mt 12:36-37). De manera que Dios no pudo haber escogido mejor manera de comunicarse con nosotros que ésta.

323

LA DIVERSIDAD DE MANERAS EN LAS QUE HA VENIDO LA 'PALABRA'.

La Palabra ha venido al hombre de varias maneras:

1. El Verbo eterno: el Verbo es expresión de Dios, quien es eterno en el cielo (Jn 1:1; Sal 119:89); por ello, Jesús al pensar de las épocas futuras, dice: 'cielo y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán' (Mt 24:35) '...la palabra del Señor permanece para siempre' (1 Pedro 1:25)
2. El Verbo como agente de la creación: (Gn 1: 3; Hb 11: 3)
3. La Palabra de Dios en el A.T.: Dios siempre hablaba con los patriarcas (Gn 12:1, 10 etc.). En el Sinaí se dejó oír su voz (Dt 4:12). Hebreos 1:1 da un buen resumen: 'Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas...' Sin duda, Dios ha hecho muchas obras portentosas, pero lo esencial es, que ¡ha hablado!
4. La Palabra encarnada: El pacto nuevo se resume en la frase, 'Dios... en estos últimos días nos ha hablado en el Hijo' (Hebreos 1:1-2; ver Jn 1: 14 y 17:8)
5. La Palabra del Espíritu Santo: es la Palabra enseñada por los apóstoles después del Pentecostés (ver Jn 16:13). En el libro de los Hechos el Espíritu, en efecto, habló (8:29; 13:2; ver también 1 Pedro 1:12; 2 Pedro 1:21)

EL CRISTIANISMO ES UNA RELIGIÓN DE LA PALABRA

La revelación bíblica es en esencia una noticia buena, la proclamación de un mensaje. Por ello, Jn 5:24; 6:63; y la promesa de Dios en Is 55:11; así como la exclamación de Jn 6:68, '¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna'. Hay, pues, una relación muy estrecha entre la Palabra encarnada (Jesucristo), y la Palabra escrita (la Biblia). Veámosla así:

CAPITULO 2: LA ANALOGÍA ENTRE LA PALABRA ENCARNADA Y LA PALABRA INSPIRADA

INTRODUCCION

Algunos teólogos prefieren decir que sólo Cristo es la Palabra de Dios; y q la Biblia no es Palabra divina en sí, antes bien solamente la contiene. Rechazamos como absurdo tal aseveración, debido, por ej., a consideraciones como éstas:

1. En su predicación, Cristo proclama la Palabra: Aconteció que estado Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios' (Lc 5:1).
2. Felipe predicó a Cristo en Samaria, y el resultado que se dio fue que los de ese lugar recibieron la Palabra: '...Felipe, descendiendo a 'la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo. ...Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan' (Hch 8:5,14).
3. Lo que predicó el apóstol Pablo no fue palabra de hombres, sino Palabra de Dios: 'Nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios q. oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes' (la Tes 2:13).

Si hacemos una analogía entre Cristo (la Palabra hecha carne) y la Biblia (la Palabra hecha libro), nos puede enseñar' mucho, tanto por las similitudes, como por las diferencias que revela. Cristo dijo: 'me preparaste un cuerpo... he aquí que vengo... como está escrito de mí en el rollo del libro (Hebreos 10:5 – 7) "¿A qué libro se estaría refiriendo? ¿A qué persona?", preguntó Lutero en su comentario sobre este pasaje. Luego, contesta que tiene que haber sido un libro: la Biblia; y una persona: Jesucristo. Veamos, pues, cuán inseparables son:

Jesucristo	Las Escrituras
El Verbo divino y eterno (Jn 1:1), la 2a Persona de la Trinidad, JesuCristo, con el Padre y el Espíritu, es el autor verdadero de las Escrituras (1 P 1:11; Ap 19:10); su nombre es el 'Verbo de Dios' (Ap 19:13) (Ap 19: 13)	Los pensamientos de Dios son eternos (Sal 110:89, 'para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos'; el misterio de Cristo y de la iglesia ha sido 'escondido desde los siglos en Dios'. (Ef 3:9; Col 1:26-27)
Cristo fue concebido por el Espíritu Santo (Lc 1:35).	Toda la Escritura es inspirada por Dios (2a Tm 3:16); hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo (2a P 1:21).
El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1:14); lo divino y eterno se hizo humano, visible, accesible, en forma de siervo (Fil 2:7); hablando el lenguaje de la gente común. (Jn 7:15; Lc 10:21)	El pensamiento inescrutable de Dios se ha expresado en lenguaje nuestro, terrenal; la Palabra de Dios se hizo palabra humana. El mensaje divino ya es legible, entendible y traducible; hace a un lado la sabiduría humana, y se di-rige al humilde (la Co 2:4-10).
Cristo, cuando se humilló en forma voluntaria (Fil 2), tomó cuerpo, nació y creció; su presencia se limitó a una pequeña nación, pero este 'hijo de José' es al mismo tiempo el Divino Salvador de todo el mundo.	La palabra escrita se acomoda a los límites humanos de comprensión y revela sólo parte del misterio divino (la Co 13:12); hubo proceso largo de la revelación, desde Gen hasta Apoc; algunos pasajes son difíciles de entender; es mayor-, mente un libro judío, pero el más universal de los libros, la Palabra de Dios para toda la humanidad
El Cristo encarnado fue en todos los	Jesús dijo: 'tu palabra es verdad' (Jn 17:17; ver

respectos igual a nosotros, pero al mismo tiempo perfecto, sin pecado (Jn 8:46; Hb 2:17; 4:15); omnisciente (Jn 4:16-19) y omnipotente (11: 44) .	Sal 19:8; 119:142 y 160). 'La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de 2 filos..., discierne los pensamientos y las intenciones del corazón' (4:12). Las Escrituras en los autógrafos originales fueron guardadas de todo error.
Jesucristo tuvo una autoridad única (ver Mc 1:22; Jn 7:46).	Ningún libro habla como' éste (la audacia de 1s 1:2, por ej.). Sólo en el A.T. se afirma 3,808 veces que lo que transmite es la misma Palabra de Dios.
Cristo fue traicionado y rechazado; 'los suyos no lo recibieron' (Jn 1:11-12; 7:5); los líderes religiosos no creyeron en él (7:48); 'los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas' (3:19; ver 7:7); lo crucificaron, porque dijo ser el Hijo de Dios (19:7); Cristo siempre habló con claridad, pero lo acusaron de ambigüedad y falsedad (10:24), 'tu testimonio no es verdadero' (8:13).	La Biblia ha sido odiada y rechazada más que cualquier otro libro. Los pecadores la detestan por sentirse condenados en sus páginas. 'Ha sido quemada (Jer 36:23), despedazada y prohibido. Líderes religiosos que la debieran estar promoviendo la han rechazado. A pesar de sus múltiples declaraciones de origen divino, todavía muchos dicen no saber si es en verdad la Palabra de Dios; afirman que el testimonio que da de sí mismo no es válido.

NUESTRA ACTITUD HACIA LA PALABRA ESCRITA ES DETERMINADA POR NUESTRA ACTITUD HACIA LA PALABRA ENCARNADA

Si endurecemos nuestro corazón para no aceptar a Cristo, ...	La revelación es incomprendida (Jn 12:37-41 ; 8:37,43; ver Is 29:11; Jer 6:10).
Resulta imposible creer en Jesucristo y a la vez no creer en las Escrituras, pues ellas dan testimonio de el (Juan 5:39 – 40)	Y lo inverso: el que duda de las Escrituras tampoco tiene mucha fe en Jesucristo, quien siempre dio testimonio de ellas (Jn 5: 46-47).
Y por el otro lado, si escuchamos el mensaje de Cristo, ...	Las Escrituras nos convencen de su verdad (Hch 17:1-3,11; 18:28)
Al convertirse el corazón al señorío de Jesucristo, ...	El A.T. (Y toda la Biblia) brilla en todo su esplendor, pues el velo es quitado (2 Corintios 3:15 – 16; 4:4)
Si obedecemos a Cristo, y guardamos sus enseñanzas, ...	La Palabra de verdad nos santifica (Jn 1 7: 6, 1 7).
Si predicamos a Cristo, ...	Las Escrituras son nuestra autoridad (Hch 2:17, 25, 31,34-35; 3:18 la Co 15:3-4 y otros más).
Si amamos a Cristo, ...	Su Palabra escrita (la Biblia) nos llena de gozo, fuerza y consolación (Jn 14:23; 15:9-11; ver Neh 8:10; Jer 15:16).

Queremos decir que no obstante lo anterior, las Escrituras no son ningún objeto de culto (no se trata de caer en la Bibliolatría). El gran contraste entre Cristo y la Biblia es permanente: sólo Cristo es nuestro Divino Salvador; la Biblia simplemente es el medio divinamente inspirado para revelárnoslo y para conducirnos a él. El libro santo se reverencia; se aceptan sin reservas sus palabras; pero sólo al Dios Trino se adora.

PODEMOS OBSERVAR EL SIGUIENTE PARALELISMO ENTRE EL MISTERIO DE LAS DOS NATURALEZAS DE CRISTO Y LAS DOS DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS:

1. Por la encarnación, Cristo es a la vez verdadero Dios (Jn 1:1,14; 20:28; Rm 9:5) y verdadero hombre (Hb 2:14,17). De la misma manera, la Biblia es - por el milagro de la inspiración - a la vez Palabra divina y palabra humana. No pretendemos explicar completamente ninguno de los dos milagros; ni siquiera podemos explicar nuestro propio nacimiento, ni nuestro nuevo nacimiento. Ciertamente es que nacemos con cuerpo y con espíritu, pero ningún erudito puede explicar dónde termina el uno y comienza el otro, o cómo se unen ambos. La naturaleza divina se nos comunica por el Espíritu Santo (Tito 3:5; 2a Ped 1:4), y es la más gloriosa verdad para nosotros. Pero también es que queda más allá de nuestra comprensión humana. El término "Palabra" se da al mismo Jesucristo es la Palabra encarnada, perfecciones divinas en medio del tiempo a Jesús, como a la Biblia. La manifestación personal de las Escrituras. La Biblia es la Palabra escrita, la manifestación verbal en lenguaje humano de las mismas virtudes divinas invisibles. Para nosotros, son inseparables, pues Jesucristo nos es revelado sólo en las páginas de la Biblia, y la Biblia sólo fue escrita con el propósito de revelarnos a Jesucristo.
2. Quienes pretenden hallar en el carácter humano de la Biblia un pretexto para negar su divinidad, razonan igual que aquellos que - bajo pretexto de la personalidad humana de Jesucristo - le niegan su cualidad de ser Dios. No nos debe sorprender que la Biblia, aun cuando Palabra de Dios, muestre a la vez tantas evidencias de su humanidad como tampoco nos sorprende el mismo hecho en el caso de Jesucristo, que siendo Dios, también es hombre. Con respecto a la manera en que se unen las dos naturalezas (en el caso de Jesucristo) y las dos voces (en el caso de la Biblia), precisamente es en lo que nuestra fe tiene que ejercerse, pues sigue siendo un enorme misterio. Mas como dijera el apóstol Pablo, es un misterio de piedad, que llena el alma de gozo y de esperanza.

CAPITULO 3: LA NATURALEZA DE LA INSPIRACIÓN:

DEFINICIONES:

1. 'Revelación' es el acto mediante el cual Dios se da a conocer a sus criaturas.
2. 'Inspiración' (en su sentido técnico, especializado, teológico) es la acción misteriosa del Espíritu Santo, mediante la cual ejerce una influencia regidora sobre los escritores originales de los Testamentos Antiguo y Nuevo, de modo que pudiesen proclamar y escribir en una forma exacta y auténtica en lenguaje humano el mensaje que Dios quiso comunicar, dicha influencia abarcó hasta la selección de las palabras, con el fin de que los autores fueran guardados de cualquier error u omisión.

3. 'Iluminación' es la acción del Espíritu Santo mediante la cual guía las mentes y los corazones de los lectores y oidores hasta llegar a una comprensión salvífica del mensaje divino.

EL TEXTO CLÁSICO (2 TIMOTEO 3:16):

1. 'Toda la Escritura es inspirada por Dios:

El griego es θεοπνευστος que literalmente significa 'por Dios exhalado' (no inhalado) o sea, es el producto del hálito vivificador procedente de Dios, o que es hablado por él. Aquel otro gran 'libro' de Dios, el de la creación, fue creado de la misma manera: 'Por la Palabra de Yahvé fueron hechos los cielo, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca' (Sal 33:6). Josefa, en su libro *Contra Apio*¹⁸⁸ explica que 'pneustia' es aquello que se origina en Dios. De modo que toda la Escritura tiene su origen en Dios, aun cuando fue escrita por el hombre y para el hombre.

¿Cuál sería la traducción correcta de 1 Tm 3: 16: “¿Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil...” ó “Toda Escritura inspirada por Dios es útil...”? El verbo copulativo 'es' pertenece donde nuestra Biblia lo coloca; ver los ejemplos siguientes: Rom 7:12; 2a Co 10:10; P Tm 1:15; 2:3; Hb 4:13. De cualquier forma, siempre diría lo mismo, pues hay que considerar que:

1. Es toda la Escritura la que es inspirada; es decir, de acuerdo al contexto del pasaje, se refiere a todo el A.T.; Y el mismo argumento sería válido también para el N.T., como veremos más adelante.
2. Es la Escritura, o sea, el texto en sí, lo que Pablo está diciendo que es inspirada. Esta es una verdad vital, pues ¿de qué nos serviría si los autores sagrados hubiesen recibido revelación divina y no hubiesen tenido la capacidad de registrarla o escribirla en una forma segura y auténtica? Pues sabemos que tanto Balaam como David y mismo Pedro, por ej., no fueron infalibles (Nm 22-24; 2° Sm 11; 24:1-11; Gál 2:11-14). Luego, si Dios sólo inspiró los pensamientos en las mentes de ellos, no habría mensaje seguro para nosotros hoy, pues tiene siglos que pasaron a mejor vida.

TODA LA ESCRITURA ES... ÚTIL

Muy evidente, pues es útil precisamente porque es inspirada, y es inspirada precisamente para ser útil. Incluso las páginas poco leídas en la Biblia tienen su lugar, y no nos toca añadir ni quitar nada (Dt 4:2; Ap22:18-19). Nuestra tendencia es contentarnos con ciertos pasajes favoritos, unos versos aquí, otros allí. Pero absolutamente todo tiene su valor dentro de su contexto:

- ❖ Hasta las genealogías y listas de nombres son invaluable desde el punto de vista histórico, además de saber que Dios conoce cada detalle y a cada persona por nombre;
- ❖ Las leyes cúlitas del Éxodo y Levítico, q. enseñan en forma ilustrada cómo un pecador puede alcanzar a tener comunión con un Dios santo (lo que también explica la epístola a los Hebreos)
- ❖ El libro de Eclesiastés, que tan claramente muestra la vanidad de la sabiduría y de las posesiones humanas

¹⁸⁸ Primer Libro, Capítulo I, Sección 7.

- ❖ Los profetas, que señalan el desarrollo del plan de Dios
 - ❖ Las páginas negras de los libros históricos, que muestran la gravedad y las consecuencias del pecado y del juicio de Dios, así como la necesidad imperiosa que se tiene de la salvación
 - ❖ Y por último, las epístolas, que dan la aplicación y la relevancia de la doctrina cristiana a la vida de la iglesia.
1. Es útil para enseñar, o sea, para sentar el cimiento de la fe sobre la base de la verdad divina (ver Dt 4:36; Sal 94:12 y Rm 15:4).
 2. Es útil para redargüir (ver la misma palabra en Jn 16:8); o sea, produce convicción de pecado, refuta y elimina el error, especialmente cuando no es por simple ignorancia. La mente humana está embotada y el corazón endurecido (Ef 4:18); requiere urgentemente del poder de la Palabra divina para abrir ojos y persuadir acerca de su verdad (Jer 23:29; Hb 4:12)
 3. Es útil para corregir, o sea, para llevar a un errante hijo de Dios nuevamente al sendero de la verdad, advertirle y censurarle con amor y en el nombre del Señor. El hombre es tan propenso al desvío; y tanto en el área moral como en la doctrina, es como un árbol tierno que necesita de un apoyo firme para hacerlo crecer derecho (ver Sal 119:9,11).
 4. Es útil para instruir en justicia, o sea, edificar y al creyente en su vida, mediante una instrucción espiritual moldear su forma de pensar y su carácter, y darle un sentido para su vida, una filosofía de su ser (ver Sal 119: 98-99, 130), que sea 'sabio para la salvación' (2a Tm 3:15),

EL ORIGEN DE LA INSPIRACIÓN (1 COR 1 Y 2)

Hay una mente del Señor, una sabiduría de Dios, que es misteriosa, escondida y eterna: 'Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo' (2:7,16).

El hombre natural, siendo cegado por el pecado, no la puede conocer ni la puede recibir: 'El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente' (2:14).

Dios, a iniciativa propia, por medio de su Espíritu, nos ha revelado su propia Persona y la obra de salvación que ha hecho; y dicha revelación fue preparada para aquellos que le aman:

Antes bien como está escrito: Cosas que ojo no vio ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido (2:9-12).

Habiendo nosotros recibido de su gracia maravillosa, la damos a conocer a otros. Pablo lo hacía en forma verbal cada vez que predicó la Palabra (2' Ts 2:13); y lo hizo también en forma escrita: 'Así que, 'el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo. Os decimos esto en palabra del Señor...' (2' Ts 4:8,15). 'Si alguno se cree profeta o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor' (1 Co 14:37). El Espíritu Santo guió a los apóstoles

en este ministerio (con mayor precisión en lo que escribieron que en lo que dijeron), ya que sus 'discursos' ('logoi', o 'formas de expresión') fueron emitidos 'no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu' (1' Co 2:13).

El hombre espiritual, a saber, una persona regenerada y sumisa al Espíritu de Dios, puede recibir semejante lenguaje espiritual. Lo aprecia, lo sabe examinar con discernimiento, pues tiene la mente de Cristo (2:14-16).

LA ENSEÑANZA DE PEDRO (1' P 1:10-12; 2' P 1:19-21):

De estos pasajes desprendemos las verdades siguientes:

1. Cristo, el Cordero de Dios, fue escogido desde antes de la fundación del mundo para venir a ser el autor de nuestra salvación: 'los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron diligentemente indagaron acerca de esta salvación. Cristo, un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo...' (1' P 1:10,19-20).
2. El Espíritu Santo se comunicó con los profetas ('estaba en ellos'), revelándoles el tiempo y las circunstancias de la venida del Mesías así como 'los sufrimientos' y 'las glorias que vendrían tras ellos' (v 11). Realmente, ésta es la esencia del mensaje de la Biblia.
3. La revelación que Dios les dio tuvo un alcance más allá del entendimiento de los profetas. Al darse cuenta que otros serían los que verían el cumplimiento de esta salvación prometida, 'averiguaron diligentemente' de antemano, pero se tuvieron que conformar con el anhelo, sin poder ellos ver cómo y quién lo cumpliría (vv 10,12).
4. El anuncio de esta futura obra de Cristo movió la admiración de, los ángeles y de todos los habitantes de los lugares celestes: 'cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles' (v 12); 'para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales' (Ef 3:10).
5. Cuando fueron movidos por el Espíritu Santo, los profetas hablaron en la manera que Dios autorizó: 'Nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo' (2' P 1:21). O sea, ellos nos lo anunciaron por medio de sus escritos.
6. El mensaje de los profetas (A.T.) es al del evangelio (N.T.); se proclaman con el mismo poder del Espíritu Santo (v 12; ver I' Ts 1:5).

En resumen, no podemos menos que admirar la sobriedad y prudencia de las Sagradas Escrituras, pues siempre y en todos lados afirman y presuponen el milagro de la inspiración, aunque nunca nos explican la manera en la que sucedió. Ni Pablo, ni Pedro, ni ninguno de los autores bíblicos nos dice cómo la influencia divina se ejerció sobre sus personas. Ante su silencio, no estamos autorizados para sondear a fondo este misterio, como tampoco lo estamos para sondear los milagros de la encarnación de Cristo, la regeneración del creyente, o la creación del universo. Con todo, hay algunos datos concretos que sí nos da la Biblia, y que podemos examinar y reflexionar más, a fin de mejor comprender ciertos aspectos de la acción divina en la inspiración.

LA FORMA DE HABLAR DIOS A LOS PROFETAS:

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado en el (Heb. 1:1-2). Entendemos obviamente que es el mismo Dios que habló tanto en el A.T. como en los Evangelios. Veamos algunas de las maneras en las que lo hizo:

1. Generalmente, lo que marca el inicio de la carrera de un profeta es haber tenido un encuentro decisivo con Dios. De modo que es Dios quien toma la iniciativa, quien escoge y prepara a su instrumento al que ha de comunicar su mensaje.
 - a. Por ej., Moisés protestó ante la zarza ardiente que no sabía hablar. Pero Dios le contestó: '¿Quién dio la boca al hombre? ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar. Aarón hablará por ti al pueblo; él te será a ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios' (Éx 4:11-16).
 - b. Por ej., de Samuel se escribió: 'la palabra de Jehová escaseaba en aquellos días; no había visión con frecuencia. Samuel no había conocido aún a Jehová ni la palabra de Jehová le había sido revelada'. Tres veces le llamó Dios, hasta que pudo decir: 'Habla, porque tu siervo oye y Samuel no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras. - Jehová manifestaba en Silo su palabra a Samuel' (1 Sm 3)
 - c. Por ej., Isaías vio al Señor en su gloria; un serafín purificó sus labios con un carbón encendido del altar. Luego el profeta escribe, 'Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá de nuestra parte? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí. Y dijo: Anda, y di a este pueblo...' (Is 6:1-9).
 - d. Por ej., Jeremías escribió: 'Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí te santifiqué, y te di por profeta a las naciones; dirás todo lo que te mande he aquí, he puesto mis palabras en tu boca' (1:4-9). Más aún: 'Yo pongo mis palabras en tu boca por fuego, y a este pueblo por leña, y los consumirá' (5:14). Y el profeta responde: 'Sabes que por amor de ti sufro afrenta. Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón' (15:15-16). Luego el Señor le da esta promesa: 'Si entresacares lo precioso de lo vil, serás como mi boca' (v 19).
 - e. Por ej., Ezequiel escribió: 'Y me dijo: Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel_ les dirás: Así ha dicho Jehová el Señor' (3:3-4); 'Les hablarás, pues, mis palabras, escuchen o dejen de escuchar'(v 7). Luego el Señor le hace comer simbólicamente el rollo en el que estuvo escrito el mensaje; era a la vez dulce y amargo (3:1-11).
 - f. Por ej., Amós declaró: 'No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino boyero, y recojo higos silvestres. Y Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo Israel' (7:14-15).
 - g. Por ej., a Pablo le dijo Ananías: 'El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca. Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído' (Hch 22:14-15). Posteriormente Pablo dio su testimonio: 'Cuando agradó a Dios, que me apartó y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre' (Gál 1:14-15).
 - h. Por ej., Juan escribió: 'Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz que decía Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas' (Ap 1:10-11,19). Juan también tuvo que 'comerse' un libro - a la vez dulce y amargo - y después se le dijo: 'Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes' (10:8-11)

- i. Por ej., Cristo mismo, el q. es la Palabra encarnada, recibió su mensaje directamente del Padre. Isaías, refiriéndose a Jesús, lo dijo así: 'Jehová puso mi boca como espada aguda' (49:1-2); también: 'Jehová el Señor me dio lengua de sabios, para saber hablar palabras al cansado; despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios. Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás' (50:4-5); y otra vez: 'Y en tu boca he puesto mis palabras' (51:16). Jesús mismo declaró: 'Nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo' (Jn 8:28). Le dijo al Padre: 'les he dado las palabras que me diste; ellos las recibieron, y han guardado tu palabra' (17:8,6).
2. Dios es el soberano absoluto en la inspiración. No fue un proceso continuo, más bien uno repetido, pues el Espíritu estuvo hablando y haciendo escribir a los profetas, cuando y como él quiso. Por ej.: ver Jer 1:2; 14:1; 25:1; 16:1; 28:11; 34:1; 39:15; etc. Habacuc escribió: 'Sobre mi guardia estaré, y sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá, y qué he de responder tocante a mi queja. Y Jehová me respondió, y dijo: Escribe la visión...' (2:1-2). De modo que los profetas no hablaron cuando ellos quisieron, ni en la manera que a ellos les pareció mejor. Tuvieron que esperar hasta recibir algún mensaje de lo alto. Dios les habló ya sea por medio de un sueño, como lo hizo con Daniel (7:1); o en una visión (8:1); o bien enviando un ángel (9:21-22; 10:5-11); o inclusive por medio de una experiencia de éxtasis (2° Co 12:2-4; Ap 1:10).
3. Como regla general, los autores sagrados preservaron siempre su estado consciente, su lucidez. Incluso, en algunas ocasiones tuvieron un diálogo con el Señor haciéndole preguntas, presentándole quejas, conociendo sus reacciones (Is 6:11; Jer 14:13 y 15:15; Ez 9:8 y 11:13). A Daniel le causaron pavor sus visiones, pero Dios inmediatamente le dio las explicaciones necesarias (7:15-16,19,28; 8:15-16,26); excepto cuando se le dio la orden de sellar el mensaje por el momento (8:26; 12:4,9).
4. Sucedió con frecuencia que el mensaje fue más allá del nivel de comprensión del profeta/autor, sea que estuvo consciente de ello o no. Así en el caso de Dn 12:8-9. Sobre el tema, lee los textos siguientes: la Co 2:9; 1° P 1:10-12; Lc 10:23-24; y Sal 22 (este salmo no lo pudo entender, David cuando lo escribió; pero a Pedro y a Pablo - ya después de los hechos - sí les resultó fácil entenderlo, como vemos en Hch 2:24-31 y 13:35-37).
5. A veces Dios obró en forma obligatoria (perentoria): ver Jer 20:7-9; Nm 22:35 24:13; Jn 11:51; y compara con 2° P 1:21.
6. A veces los autores ni siquiera sospecharon que estaban bajo la influencia de la inspiración. Lucas, el historiador fiel, reunió todo su material, entrevistó a los testigos oculares, pero ¿será que sabía que su relato estaría incluido en las Sagradas Escrituras? Lo que hizo fue poner por escrito datos que do averiguar sin la necesidad de revelación sobrenatural. Con todo, la inspiración divina lo guió en el proceso de selección de los datos que incluiría, su interpretación de ellos, y en la omisión de los datos que no había escogido el Espíritu Santo. Y como en su caso, así también fue en los de los demás autores de relatos históricos en la Biblia. En conclusión, la inspiración profética podía posesionarse de la persona sin que él lo anticipara (como el viejo profeta de 1 R 13:20), sin que lo sepa (como Caifás, Jn 11:51), sin que le guste (como Balaam, Nm 23 y 24), y sin que lo comprenda (como Daniel, 12:8-9).
7. En esencia, la inspiración divina no conoce de grados; siempre es perfecta y completa. Como acabamos de mencionar, cuando Balaam fue a pronunciar sus oráculos, estuvo tan bajo el control del Espíritu como David que exclamó: 'El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua' (2° Sm 23:2). La profecía de Caifás (Jn 11:49-51), fue tan preciso y sobrenatural en su origen como lo fueron las revelaciones dadas al apóstol Pablo (Ef 3:3,5).23

Como lo dijera Gaussen: 'La iluminación es susceptible de grados, no así la inspiración. Profetas son iluminados por Dios, unos más, otros menos; pero lo que dice no es más o menos inspirado. O es así, o no lo es; o es de Dios, o no lo es. En esto no hay medidas ni grados, aumento ni disminución. David recibió luz de Dios, Juan Bautista más que David, un simple cristiano posiblemente más que Juan Bautista, un apóstol más que un cristiano común, y Jesucristo más que los apóstoles. Pero la palabra inspirada de David ... ¿qué diré ... la palabra inspirada incluso de Balaam ... ¡es palabra de Dios, tan así como la de Juan Bautista, como la de San Pablo, o como la de mismo Jesucristo! ¡Es Palabra de Dios!

8. Los profetas creyeron plenamente que estaban transmitiendo al pueblo las mismas palabras de Dios. Moisés repitió más de 50 veces en el libro de Levítico frases como éstas: 'Jehová llamó a Moisés'; 'Jehová habló a Moisés diciendo: Habla a los hijos de Israelo...' David, como vimos arriba, dijo: 'El Espíritu de Jehová ha hablado por mí...' (2° Sm 23:2). Jeremías constantemente usó frases como: 'La palabra de Jehová vino a mí diciendo...'; y 'Luego Jehová me dijo...'; y 'Así ha dicho Jehová', etc. Pablo fue claro: 'La palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios...'; y Juan expresó con toda solemnidad: 'La revelación de Jesucristo, que Dios le dio; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, que ha dado testimonio de la palabra de Dios...; el Hijo de Dios dice esto: ...el que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias; ...Estas son palabras verdaderas de Dios' (Ap 1:1-2; 2:18,29; 19:9).

Más adelante vamos a ver en forma más amplia y con mayor detalle, la pregunta fundamental: ¿Es la Biblia la Palabra de Dios?

CAPITULO 4: TEORÍAS DE LA INSPIRACIÓN:

Hay 4 maneras posibles en las que se puede considerar a la Biblia:

1. Es un gran y excepcional libro humano, pero carente: de inspiración divina;
2. Es un libro parcialmente inspirado por dios;
3. Es un libro exclusivamente inspirado por dios, sin aportación humana alguna;
4. Es a la vez, un libro divino y humano, en virtud de que dios inspiró plenamente a los autores sagrados para que hablaran en 'su nombre.

LA BIBLIA ES UN GRAN Y EXCEPCIONAL LIBRO HUMANO, PERO CARENTE DE INSPIRACIÓN DIVINA.

A la par con La Odisea de Homero, el Corán de Mahoma, la Comedia Divina de Dante, las tragedias de Shakespeare, el Popol Vuh de los mayas, los libros sagrados de los hindúes, etc.

Es de inspiración "natural" (que niega la inspiración divina). Este punto de vista es insostenible, por muchas razones: (entre ellas, éstas)

El carácter superior de Jesucristo que sobrepasa en su amor, pureza, justicia y perfección a todo lo que se halla en la literatura humana; ¿dónde encontrarían el modelo para él los evangelistas, si nunca había existido tal personaje? Y se supone que el artista es superior a su creación, el autor a su obra;

pero los discípulos de Jesús fueron todo menos perfectos. Y si en verdad los autores sagrados concibieron por su cuenta las páginas sublimes de la Escritura, ¿cómo es que quienes los siguieron nunca produjeron algo similar a los libros canónicos?

El plan de salvación en ella presentado, un plan inconcebible para la mente humana.

El poder para transformar la vida que hay en ella; palabra viva y eficaz (Hb 3:7; 4:12-13; Jer 5:14; 23:29); palabra que...

1. Convince de pecado (Sgo 1:23; Rom 3:20; 7:7)
2. Despierta la conciencia, (2° Crón 34:14-21; Jer 36; Neh 8:1-9; 9:3)
3. Regenera al pecador (Jn 5:24; I' P 1:23-25; I' Ts 2:13; Rm 1:16 y 10:17)
4. Casos de Agustín: 'toma y lee', Rm 13:14; Lutero, Rm 1:17; Wesley, 2' P 1:4 y Sal 130; nosotros, 2' Tm 1:12 y 2' Co 4:13
5. Santifica al creyente (Mt 4:4; la P 2:2-3; Sal 119:20,70,103,131; Jn 8:31-32; 15:3; Ef 5:26; I' Jn 2:14), y hace huir al adversario (Ef 6:17; Mt 4:1-11, 'Escrito está...')

Las profecías (predicciones), muchas de ellas muy detalladas, y todas confirmadas por la historia como cumplidas.

Las consideraciones enumeradas en la Confesión de Fe, Cap. 1, párr. E: ...el carácter celestial del contenido de la Biblia; la eficacia de su doctrina; la majestad de su estilo; el consenso, armonía y concordancia de todas sus partes; el objeto que se propone todo el libro, (que es el de dar toda gloria a Dios); el claro descubrimiento que hace del único modo de alcanzar la salvación el hombre; la muchedumbre de sus otras incomparables excelencias, y su entera perfección...

LA BIBLIA ES PARCIALMENTE INSPIRADA POR DIOS: ESTO SE PRESENTA DE VARIAS MANERAS, POR EJEMPLO

1. Sólo los pensamientos de los varios autores fueron inspirados, no las palabras que usaron.

O sea, Dios sugirió a los hombres las ideas y el tenor general que seguirían, y les dejó libre para que las expresaran como mejor quisieran, cada quien con su propio estilo, cultura, vocabulario, idiosincrasias y limitaciones particulares.

2. Sólo las enseñanzas éticas y espirituales fueron inspiradas por Dios.

Los autores sagrados escribieron como quisieron los datos de la historia que ellos vivieron o conocieron, según los conceptos de su propia época. De modo que en estos renglones pudieran haber inexactitudes, mitos y leyendas en la Biblia, conceptos considerados falsos desde nuestro punto de vista moderno.

3. La Biblia 'contiene' - pero 'no es' - la Palabra de Dios.

Esta es la teoría más de moda en nuestros días. Para muchos teólogos, la Biblia incluye muchos mitos, leyendas e imprecisiones, que de cualquier manera no, impiden en nada el que se pueda

discernir en ellos la Palabra de Dios. Roland de Pury¹⁸⁹ afirma que confundir la Escritura como si fuera la Palabra de Dios es un error tan grande como el error del romanismo.

Hay que entender que la diferencia entre ellos es esencial, y al menos que el protestantismo mantenga esta clara distinción, corre el riesgo de volver al paganismo. La Biblia, pues, es solamente un 'testigo a la revelación'. Desde el punto de vista de la alta crítica, hay que desechar al llamado 'fundamentalismo', que creen en un libro como si 'caído del cielo', lo cual no es más que fetichismo bíblico, adaptado a una mentalidad primitiva.

Karl Barth y la neo-ortodoxia: propone una teología que busca reafirmar el honor de la Palabra de Dios y que nos vuelva a la Biblia. Pero no son una y la misma cosa. La 'Palabra de Dios' es 'Revelación', libre y soberana, revelación divina en el aquí y ahora. La Biblia por su parte, es testimonio humano a dicha 'Revelación'; testimonio a la 'Palabra de Dios' que recibieron, y testimonio que también puede ser el vehículo para que la 'Palabra de Dios' hable aquí y ahora.

En otras palabras, la Biblia en sí no es la 'Palabra de Dios', pero puede llegar a serla cuando Dios así lo quiera. Karl Barth escribe como sigue: Los profetas y los apóstoles, aún en su oficio como tales, incluso en su función de testigos, y en el acto de escribir su testimonio, fueron - como nosotros lo somos - capaces y culpables de error, tanto en su palabra pronunciada como en la escrita."¹⁹⁰

Si Dios no se avergonzó de la falibilidad de las palabras humanas de la Biblia, de sus imprecisiones históricas y científicas, de sus contradicciones teológicas, de la inseguridad de sus tradiciones, y sobre todo, de su judaísmo, sino que las adoptó y aprovechó con todo y su falibilidad; luego nosotros no tenemos por qué avergonzarnos cuando Dios quiere renovar a nosotros con todo y su falibilidad su testimonio; y sería no otra cosa más que presunción e indisciplina tratar de hallar en la Biblia elementos infalibles.¹⁹¹

Estos hombres cuyo testimonio escuchamos, hablan como personas falibles cual somos nosotros. ...Podemos leer y analizar su testimonio como siendo puramente palabra humana. Podemos sujetarlo a toda clase de crítica inmanente, no sólo en lo que respecta el contenido filosófico, histórico y ético, sino también en su contenido religioso y teológico. ...

Cada quien, en su propia manera y grado, compartió la cultura de su época y medioambiente. ...El que la Biblia sea vulnerable, o sea, capaz del error, lo es así también en su contenido religioso o teológico. Ocurren traslapes y contradicciones obvias. ...De modo que, queramos o no, ellos no hablaron un lenguaje especial de revelación radicalmente diferente al de sus propias épocas. ...

Pudiera parecer más débil su carácter de testimonio a la revelación, por el hecho de que tiene tantos 'paralelos'.¹⁹² Barth no para allí, pues sus afirmaciones sobre la humanidad e infalibilidad de la Biblia son sólo el comienzo. Es enérgico Barth al afirmar, además, que la Escritura es, con todo, la Palabra

¹⁸⁹ Roland de Pury: *Qu'est-ce que le protestantisme?*, París, Ed. Librairie Protestante, 1961; citado en René Paché: *The Inspiration and Authority of Scripture*; Chicago, Ed. Moody, 1971, p. 62.

¹⁹⁰ Karl Barth: *Church Dogmatics*, trad. Thomson y Knight, T. 1; Edinburgo, Ed. Clark y Clark, 1956, pp. 528-529

¹⁹¹ *Ibid.*, pág. 531.

¹⁹² *Ibid.*, pp. 507-509.

de Dios: Creemos, con la iglesia, que las Sagradas Escrituras, siendo ellas el testimonio original y único de la revelación divina, son en sí mismas la Palabra de Dios.¹⁹³

Por supuesto, habría que entender lo que Barth quiere decir con una afirmación tal, ya que rechaza la inspiración de la Biblia como ha sido enseñada por los padres de la iglesia primitiva (por ej., San Agustín), y por los reformadores del siglo XVI, en especial Calvino, y como se enseña en los símbolos doctrinales de las iglesias de tipo reformado (como en la Confesión de Fe de Westminster, cap. 1.

Como lo dijera Pierre Courthial, un pastor francés: Sobre este punto fundamental, Barth no ha sido capaz, ni sabe cómo, ni quiere, exorcizar los demonios de la ya vieja tradición de la alta crítica en la que fue enseñado, y que, por desgracia, aún se enseña en demasiadas escuelas de teología y seminarios protestantes y católicos romanos....

Queda claro que, para Barth, la verdadera humanidad de la Biblia implica su no menos verdadera falibilidad. Es claro, también, que esta humanidad de la Biblia viene a ser la base que legitima la labor de la alta crítica.¹⁹⁴ Emil Brunner, otro teólogo célebre, afirma lo siguiente: "Yo mismo soy adherente de una escuela radical de crítica bíblica, que, por ejemplo, no acepta el Evangelio de Juan como fuente histórica, y que encuentra leyendas en muchas partes de los evangelios sinópticos."¹⁹⁵

Quien quiera afirmar que el Nuevo Testamento nos ofrece un relato definido y consistente de la resurrección, o bien es un ignorante, o bien sin conciencia.¹⁹⁶ Para este teólogo (así como para otros como él), la Biblia en sí no es 'Revelación', pues la teología dialéctica afirma que la misma naturaleza de la revelación hace imposible que sea escrita.

Cuando algo queda 'escrito', está bajo el control del hombre, y como si resultara que el Espíritu de Dios 'queda aprisionado entre las dos pastas de la Palabra escrita'. De modo que, cualquiera que fuese nuestra doctrina sobre la inspiración, queda claro que los documentos bíblicos no pueden considerarse como inspirados. Brunner además rechaza también las doctrinas del nacimiento sobrenatural de Jesús, y de la expiación sustitutiva.

Con respecto a los evangelios sinópticos, cree que registran muchos datos que no son históricos; que ponen en boca de Jesús palabras que no pronunció, que dicen cosas de Jesús que nunca sucedieron como están reportadas. Y en cuanto al cuarto evangelio, resulta muy posible que Jesús nunca haya pronunciado ninguna de las palabras que Juan le asigna.

Añade Brunner: En algunos puntos, la variedad de la doctrina apostólica, desde el punto de vista puramente teológico e intelectual, nos presenta con una contradicción irreconciliable.¹⁹⁷ Nota con

¹⁹³ Ibid., pág. 502.

¹⁹⁴ Fierre Courthial: 'La conception barthienne de l'Écriture Sainte, examinée du point de vue réformé', en La Revue Réformée, XVII (1966/2): pp. 1-35.

¹⁹⁵ Emil Brunner: The Theology of Crisis, Nueva York, Ed. Scribner, 1929, pág. 41.

¹⁹⁶ Emil Brunner: The Mediator, trad. Olive Wyon, Nueva York, Ed. Macmillan, 1934, pág. 577.

¹⁹⁷ Emil Brunner, Revelation and Reason, trad. Olive Wyon, Filadelfia, Ed. Westminster, 1946, pág. 290.

cuidado cuán serio es tener tal postura. Pues si la Biblia es falible y contiene errores tanto en teología y en principios éticos como en asuntos de historia y ciencia, luego ¿qué nos puede ofrecer?

Aún queda alguna posibilidad incluso de conocer a Dios en forma objetiva? ¿No tendríamos que decir, como María: se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto? (Jn 20:12) Rudolf Bultmann, otro de los teólogos contemporáneos de mayor influencia, se ha esmerado en separar del texto bíblico todo lo que sea mito a fin de preservar la esencia del evangelio, el kerygma que la iglesia debe proclamar.

Entre los elementos del Nuevo Testamento que, según Bultmann, habría que eliminar por sus cualidades míticas que las hacen inaceptables a la mente humana moderna (de hecho, es eliminar todo lo que sea milagroso o sobrenatural), están estas doctrinas: la preexistencia de Cristo; su nacimiento virginal; su deidad; sus milagros; su muerte sustitutiva en la cruz; su resurrección (así como la de los creyentes); su ascensión; su retórn en gloria; el juicio final; la existencia de los espíritus, tanto malos como buenos; que el Espíritu Santo sea una persona; la doctrina de la Trinidad; la muerte como resultado del pecado; la doctrina del pecado original; etc., etc.

Tal parece que si Bultmann hubiera querido llevar a su conclusión lógica estas ideas, no habría nada que le impediría decir que ... ¡Dios mismo es el último mito que hay que eliminar! De hecho, siendo la Biblia una obra llena de material de credibilidad dudosa, no puede ser revelación de Dios. Por ello es que los teólogos dicen que sólo contiene el eco humano de la revelación, un testimonio falible de ella.

Los autores, dejados a sus propios recursos, incluyeron en sus memorias datos que 'embellecen' la historia, leyendas y mitos. De modo que es completamente imposible para cualquiera entresacar la verdad del error en toda esta mezcolanza. Los teólogos, pues, intentan superar este obstáculo, diciendo que la Biblia es, por cierto, sólo una palabra humana, pero Dios .puede hacer que se convierta en su Palabra, en el momento que él la toma y la usa en un 'encuentro personal'.

4. Sólo Cristo es la 'Palabra de Dios'.

Hay quienes dicen que creen sin reserva alguna en la Palabra de Dios. Y ésta no puede ser la Biblia, pues sólo Cristo es el Verbo, la Palabra encarnada. En lo que respecta a la Biblia, ella es sólo un 'eco'. Cristo es la Palabra por excelencia, divino, eterno, creador, quien tomó carne para salvarnos (Jn 1:1-3,14). Él es la expresión máxima de la revelación divina (Hb 1:1-3).

No se sabría nada de Cristo, a no ser por la Biblia. Si sólo Cristo es la Palabra de Dios, entonces ¿cuál Cristo? ¿el de Mateo, o el de Juan, o el de Pablo, o quizás el de Bultmann o de algún otro teólogo? La Biblia afirma, reafirma, y vuelve a afirmar que ella es la Palabra de Dios (ver en otro lugar de nuestro estudio, 'El testimonio de la Biblia a sí misma').

LA BIBLIA ES UN LIBRO EXCLUSIVAMENTE DIVINO, HABIENDO SIDO DICTADO EN FORMA MECÁNICA A LOS HOMBRES

En esta teoría, los autores sagrados fueron totalmente pasivos, y se limitaron sólo a registrar y a transmitir la revelación recibida. Fue puesta a un lado sus propias características personales, de modo que el texto pudiera estar libre de toda falibilidad humana. Es algo así como lo que los musulmanes reclaman para el Corán: que vino escrito en árabe desde el cielo, y llegó así a la tierra sin cambio

alguno. Por ello, son lentos para dar permiso a traducciones del Corán, pues la única versión infalible fue la que se dio a Mahoma.

Comentario: No es ésta nuestra concepción, aunque muchos se empeñan en decir que esto es lo que creemos. Por el contrario, Dios no evadió en lo absoluto las cualidades personales de Moisés, de David, de Juan y, de Pablo. El estilo, temperamento y sentimiento personal es evidente en todos sus escritos (ver Rm 9:1-5).

El Dr. Warfield insistió en que:

Las iglesias reformadas históricamente han sostenido que cada palabra de las Escrituras, sin excepción, es palabra de Dios; y a la par con ello, han sostenido que cada palabra, sin excepción, es también palabra de hombre. De modo que reconocemos en estas palabras la pujanza ferviente de un Pablo, la piedad tierna de un Juan o el genio práctico de un Santiago, pues son los escritos que el Espíritu Santo nos ha dado para que nos sirvan de guía.¹⁹⁸

Para Adolfo Saphir, la teoría del 'dictado mecánico' es un sin sentido. Comenta que el hecho de que una persona haya sido preservada de todo error y pecado no significa en lo más mínimo que haya perdido también sus cualidades personales y su originalidad. Pues cuando el Espíritu Santo llena su mente de luz, y su corazón de amor, lo hace libre ante Dios lo cual es su estado normal. En el cielo seremos personas individuales. ¿Acaso no se deja ver en las Escrituras las diferencias de profesión, vocabulario, época y país? Sería un absurdo suponer, dice Saphir, que...

Isaías no haya sentido gran espanto y reverencia cuando escribió el sexto capítulo de su profecía; o que Jeremías, mientras escribía Lamentaciones, sólo sirvió de amanuenses, y se mantuvo estoico, sin lágrima alguna en sus ojos, obedeciendo a una voz superior; o que el corazón de David no se haya llenado de gozo y gratitud cuando cantaba el Sal. 23 o el 103; o q. Pablo, escribiendo a sus varias congregaciones, no les haya derramado de ese rico tesoro de su propia experiencia y amor hacia ellas.¹⁹⁹

Termino esta sección, citando unas frases excelentes de Erich Sauer:

No nos equivoquemos; no estamos hablando de una inspiración de la Biblia de tipo mecánico, insensible, como es el dictado. La inspiración mecánica se encuentra en el ocultismo, el espiritismo y por ende en el demonismo, donde el espíritu maligno que inspira hace a un lado la personalidad individual del sujeto para sustituirlo con lo suyo. La revelación divina no tiene parecido en lo absoluto a esto, pues no comulga con suprimir la personalidad del individuo. No permitiría que fueran anuladas las leyes que Dios mismo dio sobre la conciencia humana. Ni que se transformara la persona en un autómatas. Más bien, hace intensificar y eleva las facultades humanas, no las suspende. La luz no produce tinieblas, sino una mejor visión. La revelación divina busca la comunión entre el espíritu humano y el Espíritu Divino. Busca santificar y transfigurar la persona, haciéndola más capaz de servir. No busca 'mediums' pasivos, sino hombres de Dios activos; no instrumentos muertos, sino colaboradores vivos y santificados; no esclavos, sino amigos (Jn 15:15). Por ello la inspiración fue

¹⁹⁸ B.B. Warfield: The Inspiration and Authority of the Bible, Filadelfia, Ed. Presb. & Ref., 1964; pp. 421-422.

¹⁹⁹ Adolph Saphir: Christ and the Scriptures, Nueva York, Ed. Gospel Publ. s/f, pp. 74-80.

orgánica, no mecánica; divinamente natural, no mágica; no por un dictado inerte, sino por una palabra viva producida por el Espíritu. Sólo así es que la palabra de Dios puede ser palabra de hombre, y la palabra de hombre puede ser palabra de Dios.²⁰⁰

LA INSPIRACIÓN PLENARIA VERBAL DE LA BIBLIA

1. Definición

La inspiración es aquella obra del Espíritu de Dios por medio de la cual influye en la mente, voluntad y sentimientos del autor sagrado, y acomodándose a las características humanas de éste, pero al mismo tiempo protegiéndolo de todo error, lo guía para que exprese con su propio estilo y vocabulario las mismas palabras que Dios quiere, de tal forma que el resultado sea a la vez palabra de hombre y palabra de Dios, verdadero en todo lo que afirma.

Dicho de otra manera: la Biblia es la Palabra de Dios en el sentido de que sus palabras, aun cuando escritas por hombres y llevando la marca de su origen humano, fueron escritas bajo una supervisión tal del Espíritu Santo q. los convirtió a la vez en palabras de Dios, la expresión adecuada de su mente y voluntad. El Espíritu influyó en las mentes de los autores, permitiéndoles el uso de sus propias cualidades y talentos, pero guiándolos y preservándolos de todo error, de modo que el resultado en el documento original fuera el registro exacto y sin error del mensaje preciso que Dios quiso dar al hombre, un mensaje a la vez humano y divino. (2a Tim 3:16, θεοπνευστος).

2. El significado de 'inspiración plenaria'.

Significa que la inspiración lo abarca todo, sin restricción alguna. Así lo afirma la misma Biblia: 'toda Escritura es inspirada por Dios...' Los profetas y apóstoles nos transmitieron, no sólo palabras humanas, sino en verdad palabra de Dios (1 Ts 2:13). Es tan completa la Escritura revelada, que nadie puede añadir a ella o quitar de ella (Ap 22:18-19). Jesús afirmó que 'ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido' (Mt 5:18).

- Caso Moisés, Éx 34:27.
- Caso Balaam, Nm 22:38; 24:13.
- Comentario de David a Salomón, 1° Crón 28:19; y en cuanto a su propia experiencia, ver 2° Sm 23:2.
- Ver Salmo 119:42-43, 86, 89, 96-97, 142, 160.
- Caso Jeremías, Jer 1:9, 17; 23:28; 26:2; 36:2.
- Ver también, Is 6:7, 9; 51:16; Ez 2:7-8; 3:10-11, 17; Dt 18:18.
- Palabras de Jesús, Mt 24:35.
- Observación de Pablo, Hch 24:14; 26:22; compara con Rm 15:4.
- Caso Juan, Ap 29:9; 21:5; 22:6.

²⁰⁰ Erich Sauer: From Eternity to Eternity, Grand Rapids, Ed. Eerdmans, 1954, pp. 104-105.

3. ¿Por qué especificar que la inspiración fue 'verbal'?

Las palabras son inseparables del mensaje, en virtud de que las ideas necesariamente se expresan por medio de palabras. Si no podemos decir que las palabras fueron inspiradas por Dios, tampoco podemos decir que la Biblia es inspirada por Dios, pues ella se compone de palabras. No podríamos tener seguridad de lo que quiere decir el Espíritu de Dios en las Escrituras, al menos que haya la seguridad de que las palabras del texto fueron expresamente dadas por él. El medio más universal para comunicar ideas es el medio del idioma. Los idiomas en origen incluían otras señales no sonoras, pero ahora se limitan a los sonidos y a la expresión simbólica visible de los caracteres escritos (las letras).

Como dijera Lutero: 'Cristo no dijo de sus pensamientos, sino de sus palabras, que son espíritu y vida'. Spurgeon, el príncipe de los predicadores, dijo también: 'Creemos en la inspiración verbal y literal de la Sagrada Escritura; creemos además de que no puede haber otra clase de inspiración. Si las palabras se nos quitaran, perderíamos toda exactitud de significado.'²⁰¹

He aquí un breve enlistado de pasajes cuyos argumentos dependen de una sola palabra:

- Mt 22:32 y Éx 3:6 (ver también Lc 20:37-38).
- Mt 22:45 y Sal 110:1.
- Jn 8:58 y Éx 3:14.
- Jn 10:33-36 y Sal 82:6.
- Gál 3:16 y Gn 12:7.

Así se podrían multiplicar muchos otros textos más. Tomemos ahora el ejemplo del autor de la epístola a los Hebreos, cuyo argumento muchas veces gira sobre una sola palabra de la Escritura:

- Hb 1:5-6 y Sal 2:7; 2° Sm 7:14 (Dios llama al Mesías su Hijo).
- Hb 1:9 y Sal 45:7 (se repite la palabra Dios, con referencia al Hijo y al Padre).
- Hb 2:6-8 y Sal 8:4-6 (3 veces repite la palabra todo, o todas las cosas, una sola palabra en el griego).
- Hb 2:11-12 y Sal 22:22 (de nuevo, se enfatiza la palabra hermanos).
- Hb 3:7-11 y Sal 95:8-11 (2 palabras enfatizadas, hoy y reposo).
- Hb 6:13-17 y Gn 22:16 (la expresión juró por sí mismo).
- Hb 7:3 y Gn 14:18-20 (también el silencio de la Biblia es elocuente, pues se omite toda indicación del origen y de la genealogía de Melquisedec a fin de compararlo a él con el Hijo eterno de Dios).
- Hb 12:26 y Hageo 2:6 (la frase Aún una vez le da una implicancia muy especial a esta oración gramatical).

Así otros ejemplos: Jn 5:24 (¿qué hacer para ser salvo?); y la Jn 5: 13, (¿sobre qué se basa la seguridad de nuestra salvación?). Si no hubiera claridad y seguridad sobre lo allí afirmado, tendríamos que clamarle a Dios cual lo hiciera Jeremías (15:18): ¿Serás para mí como cosa ilusoria, como aguas que no son estables?

²⁰¹ Citado por Erich Sauer en From Eternity to Eternity, pág. 103.

CAPITULO 5: EL TESTIMONIO DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS A SU PROPIO ORIGEN:

EL TESTIMONIO OBJETIVO

Cristianos de muy diferentes criterios teológicos afirman que 'la Biblia es la Palabra de Dios', o que es 'inspirada por el Espíritu Santo', o incluso que 'ocupa un lugar preferente y único como norma de fe y de vida cristianas'. Dicho esto, no significa que haya unanimidad en cuanto al origen, la naturaleza y la autoridad de la Biblia. Cualquiera que haya leído un poco de la vasta literatura sobre el tema, se puede dar cuenta de que existen posiciones totalmente diferentes sobre la Biblia, y todas reiteran las afirmaciones arriba citadas. Debido a ello, es preciso definir con mayor exactitud lo que queremos decir con la frase, 'la Biblia es la Palabra de Dios'. Vamos, pues, a examinarla y explicarla.²⁰²

340

La diversidad de opiniones obedece al hecho de que la Biblia nos ha llegado por medio de instrumentos humanos. Cada uno de los libros tuvo autor humano; la Biblia no nos llegó caída del cielo. Nos llegó en 'su totalidad, así en todas y cada una de sus partes, a través del agente humano. Por ello, todo estudiante serio de la Biblia reconoce el factor humano en la preparación de la Biblia, en su composición, y en el arreglo final de lo que hoy conocemos como el canon de las Sagradas Escrituras.

Si, pues, los instrumentos humanos tuvieron un papel en la producción de la Biblia, cabe la pregunta de si las marcas de la falibilidad y del error humano no estarían necesariamente presentes en la Biblia también. Desde la caída de nuestros primeros padres, no ha habido una sola persona perfecta que pisara esta tierra. Ciertamente hubo uno que fue santo, sin mancha y sin pecado. Pero él fue más que hombre, pues era el Hijo eterno de Dios manifestado en la carne. Si él hubiese escrito la Biblia, no tendríamos que pensar tanto este tema, pues habría una respuesta muy a la mano para la pregunta que es tan urgente y difícil de contestar: ¿cómo puede la Biblia ser Palabra de Dios y a la vez obra humana? La solución a la antinomia sería en este caso que la persona que la escribió era él mismo, Dios perfecto y hombre perfecto a la vez.

Pero el caso es que el Señor Jesucristo no escribió la Biblia, ni siquiera alguna de sus partes. Cuando dejó la tierra para regresar donde su Padre, no dejó libro alguno escrito. De modo que regresamos al asunto: la Biblia toda fue escrita por simples seres humanos, quienes sin excepción eran personas imperfectas y falibles.

Esta sencilla verdad ha llevado a muchos estudiosos de la Biblia a la conclusión de que tampoco la Biblia puede ser la Palabra de Dios en un sentido infalible e inerrante. Dicho de una forma crasa, Dios tuvo que valerse del material que tuvo a su disposición, y como ese material era el hombre falible, Dios se vio en la necesidad de darnos su Palabra en una forma que necesariamente fue afectada por los defectos originados de la falibilidad humana. El Dr. J. Monro Gibson dice:

Es importante recordar desde un principio que cualquier artista está limitado por la naturaleza del material con que cuenta. Puede que tenga allá de lo que puede expresar en blanco y o bronce, o con

²⁰² John Murray, 'The Attestation of Scripture', Cap 1 del libro *The Infallible Word*, editores Ned B. Stonehouse y Paul Woolley, Ed. **Eerdmans**, 1946, 4ª edición, 1958, pp 1-52.

notas musicales perfecta que fuera, y por cualquier medio de quiera presentar, forzosamente comparte las con que se trabaja. Si tan sólo se hubiese recordado este hecho tan obvio, la mayoría de las dificultades que rondan el tema de la inspiración nunca habrían surgido.²⁰³

Luego el Dr. Gibson enumera algunas de las limitaciones con las que tuvo que trabajar Dios (para darnos su Palabra): las limitaciones de la instrumentalidad humana, el lenguaje humano, las formas literarias, etc. Con argumentos similares a éste, muchos estudiosos de la Biblia llegan a la conclusión de q. el factor humano (la instrumentalidad humana en la Biblia) es decisivo. Por ende, la Biblia, aunque Palabra de Dios, es a la vez falible - al menos en detalles de ciencia y de historia- y lo es necesariamente así, simplemente porque nos llegó a través del ministerio de seres humanos.

Sin embargo, los que así piensan deben tomar conciencia de lo que todo ello implica. Si en verdad la falibilidad humana hace imposible una escritura infalible, luego por lógica es imposible tener escritura infalible alguna. Es decir, nada puede ser infalible, pues toda Escritura viene por conducto del elemento humano, y como el elemento humano se caracteriza por ser falible, luego dicha falibilidad se extiende a todas las partes de las Sagradas Escrituras. ¿Con qué derecho decimos, por ej, que el 'contenido espiritual' es inerrante, pero no así los datos históricos o científicos de la Biblia? ¿Acaso se suspende la falibilidad humana cuando Dios imparte 'verdades espirituales', pero no la suspende al tratar asuntos de menor importancia? Ni siquiera Jn 3:16 puede ser palabra infalible de Dios, si en verdad la Escritura es afectada (o quizá infectada) por la falibilidad humana, pues también Jn 3:16 fue escrito por un hombre que era falible. Es importante entender, pues, que no es posible aducir la falibilidad del elemento humano para tratar de justificar el que haya algunos errores en las Escrituras, al menos que digamos a la vez que todas las partes, y todas las clases de Escritura, también fueron tocadas por la fragilidad de la naturaleza humana.

Por lo menos Karl Barth es consecuente en esto, pues afirma que la falibilidad es atribuible tanto a lo religioso y teológico, como a lo histórico y científico. Como fueron hombres los testigos de la revelación, 'como nosotros, falibles y propensos al error, debemos leer su palabra y tratar de aquilatarla tal y como es, una palabra puramente humana, sujeta a toda clase de crítica inmanente, no sólo en lo que respecta el contenido filosófico, histórico y ético, sino también el religioso y teológico.²⁰⁴ Barth puede hablar así porque no identifica la Biblia con la Palabra revelatoria, ya que las Escrituras simplemente son 'testimonios' de la revelación.

Insistimos, pues, en la consecuencia lógica. No hemos comprobado aún la infalibilidad de la Biblia. Solamente hemos eliminado el argumento apriori tomado de la falibilidad humana, como prejuicio que es. La doctrina de la inerrancia de la Biblia, pues, como todas las demás doctrinas, debe descansar sobre la evidencia adecuada. Y esta evidencia - como en todo los demás casos - es el testimonio que la misma Biblia da. Por ello, pregunto: ¿Pretende la Biblia ser Escritura inerrante? De ser así, ¿debemos aceptar dicha pretensión?

Hay que reconocer que sí existen dificultades con respecto a la doctrina de la infalibilidad de la Biblia, y se supone que nadie espera que creamos una contradicción. Pero por lo mismo, debemos evitar todo intento ingenuo y superficial de armonizar las cosas, pues no ayudan a la causa de la verdad y de

²⁰³ J. Monro Gibson, *The Inspiration and Authority of the Holy Scriptures*, pág. 146 (compara con Emil Brunner, *Revelation and Reason*, pp. 128ss.

²⁰⁴ Karl Barth, *Dogmática de la iglesia*, vbl. I, 2, pp. 507ss.

la fe. El estudiante cuidadoso a veces se ve en una gran dificultad para resolver los problemas causados por aparentes contradicciones. Muchas sin duda se pueden resolver cuando se estudian más a fondo; pero algunas seguirán sin solución. Y no nos quedará otro recurso que el de confesar con toda franqueza nuestra incapacidad para resolver 'x' discrepancia aparente en la Biblia.

Pareciera también que una confesión así no es compatible con la fe en una Biblia infalible. Pero decir esto es hacer un juicio en forma muy ligera, ya que no existe casi ninguna doctrina de nuestra fe cristiana que no nos presenta alguna dificultad imposible de resolver a satisfacción completa aquí en este mundo. Por ej, el que cree haber resuelto las dificultades relacionadas con la Trinidad, probablemente ni cree en un Dios trino y uno. Y quien no ve ningún misterio en la encarnación del Hijo de Dios, ni misterio alguno en su muerte expiatoria en la cruz, aún no sabe lo que significa 1º Tm 3:16. Con todo, estas dudas nuestras jamás desentonan con la fe sincera en el Dios trino y uno, y en Jesucristo el Hijo de Dios encarnado. Las preguntas que nos hacemos nos dejan perplejos, sí; pero a la vez admiramos - y adoramos - y no nos sentimos dolidos o frustrados por. no entenderlo todo a perfección.

Repetimos nuestra posición: la fe no está peleada con preguntas no contestadas que pudiéramos tener. Decir esto es crucial cuando entramos al debate sobre la Biblia, pues tiene mucho que ver con el tema vital, que es: ¿cuál sería una base adecuada para tener fe en la Biblia como Palabra de Dios? La base de tal fe definitivamente no está en poder demostrar que todo lo que enseña la Biblia en todas las áreas es verdad y consecuente consigo misma. Dicho en otras palabras, la prueba racional no es la base de nuestra fe. Quien exige sean eliminados todos los problemas y todas las contradicciones aparentes en la Biblia antes de creer en ella como la infalible Palabra de Dios, lo hace basado en una idea errónea de cuál debe ser la única base adecuada de fe en la Biblia. No es que debemos cerrar nuestras mentes para nunca investigar ni tratar de hallar soluciones con la dirección del Espíritu de verdad. Eso no. Pero quien dice que sólo puede creer en algo si primero se despejan todas las dificultades, en verdad, no entiende lo que es la fe, ni lo que es la base de la fe.

La fe consiste en aceptar el testimonio de algo. La base de la fe es precisamente ese testimonio que se toma como evidencia. Ahora bien, en el asunto que estamos tratando, la evidencia que tenemos es la que Dios nos ha querido dar, pues Dios ha dado evidencia en su Palabra, la cual es la Biblia.

Esto quiere decir que la base de la fe en la Biblia, es el testimonio que la misma Biblia da al hecho de que ella es la Palabra de Dios; y nuestra fe de que ella es infalible no se basa sobre otra evidencia más que la que la propia Biblia da de sí misma. Si la Biblia no alegara su propia infalibilidad, no tendríamos derecho a creer en ella. Pero si en efecto, ella sí testifica que es infalible, luego nuestra fe debe apoyarse en dicho testimonio, sin importar los problemas consiguientes. Si abandonamos esto como la base de nuestra fe en la Biblia, luego toda apelación que se pudiera hacer a la Biblia como base de fe para cualquier otra doctrina también tendría que ser abandonada. Así como desprendemos de la Biblia todas las demás doctrinas, también de la Biblia desprendemos la doctrina acerca de ella misma. Pues si no podemos apelar a la Biblia para la doctrina de la infalibilidad bíblica, ¿qué derecho tenemos de apelar a la Biblia para cualquier otra doctrina? Para creer en la Trinidad, por ej, no esperamos sean despejados todos los problemas que la Biblia nos presenta sobre el tema. Basta que la enseñe. Así también la fe en la Biblia como inerrante Palabra de Dios no espera que sean resueltas todas las dificultades que conlleva el tema de la inerrancia. Basta que la Biblia la enseñe.

La gran pregunta es, pues: ¿qué testimonio da la Biblia con respecto a su propia naturaleza? O sea, ¿qué dice la Biblia sobre su propio origen, su carácter y su autoridad? Encarar así el tema es muy diferente a como muchos otros hacen, quienes dicen manejar el método científico e inductivo. Dicen,

por ej, que no debemos aproximarnos a la Biblia con una teoría a priori de su infalibilidad, sino q. debemos ir a ella con la mente abierta, para descubrir cuáles son los hechos. Luego formaremos nuestra teoría sobre base de los hechos, en vez de tratar de imponer a los hechos alguna teoría nuestra.

Hay algo de verdad en lo que se acaba de decir, pues nunca uno debe acercarse a la Biblia con una teoría a priori de su naturaleza, y tratar de imponer a los hechos su propia teoría. Rechazamos enérgicamente toda aberración semejante, como también otros la repudian. Pero resulta que tenemos que imputar a muchos eruditos de corte liberal o radical en su teología, la misma falta que con tanta presteza asignan ellos a los de teología ortodoxa conservadora. Es correcto, pues, condenar el método a priori, pero eso no significa que el supuesto método inductivo y científico sea el correcto. Es que no desprendemos la doctrina de la Biblia de un estudio inductivo de aquello que suponemos determina su naturaleza. Más bien, desprendemos la doctrina acerca de la Biblia de lo que la misma Biblia enseña sobre su propia naturaleza - o sea, sobre el testimonio que ella da de sí misma.

Proceder así no implica por ningún motivo que el que cree en la infalibilidad de la Biblia sea indiferente a las discrepancias aparentes en la Biblia, o a los ataques sobre su infalibilidad que provienen de diferentes partes, sobre base de supuestas irregularidades y contradicciones. Los creyentes no debemos darnos el lujo de ser 'oscurantistas', porque hay que contestar con crítica recta a toda crítica incorrecta. El lema de la fe debe ser: 'Examinadlo todo, retened lo bueno'.

Los creyentes debemos siempre estar listos para dar razón de la fe que tenemos. Pero a la vez, debemos siempre recordar que la fe en la Biblia como la Palabra de Dios, y el contenido de esa fe, ambos son normados por el testimonio divino sobre ese tema. ¿Cuál es, pues, la enseñanza de la Biblia con respecto de sí misma?

Nos dirigimos ahora a responder a esta pregunta: ...

LA EVIDENCIA NEGATIVA:

En primer lugar, presentamos la evidencia negativa. La Biblia nunca se critica a sí misma. Nunca una parte de la Biblia exhibe a otra como errada. Huelga decir que si una parte de la Biblia testificara error y falibilidad de otra, dicho testimonio sería definitivo, y tendríamos que abandonar la creencia en la inerrancia de la Biblia. Pero el hecho que llama la atención es, que la Biblia en ninguna parte asigna error a otra.

1. La Biblia registra mucho error:

Cierto es que la Biblia registra mucho pecado y error en la historia humana, así como en la de Satanás y los demonios. Por ej, la aseveración en Gn 3:14, 'no moriréis' no es palabra de Dios, sino del tentador; pero la información que nos da respecto de la mentira del tentador sí es Palabra de Dios, palabra llena hasta el tope de significado revelatorio. Jesús comentó al respecto en Jn 8:44, que Satanás es 'homicida desde el principio', y el 'padre de la mentira'. Esta distinción obvia es la que se usa para entender todas las mentiras de las que nos informa la Biblia, y es un ejemplo de cómo la Biblia no sólo es un registro, inclusive un registro de la revelación, sino es en sí misma revelación. La Biblia, por supuesto, incluye grandes secciones históricas, y por cuanto la historia está plagada del pecado, la Biblia no puede menos que registrar el negro relato tal y como sucedió. Es más, la franqueza y transparencia de la Biblia son cualidades especiales de ella. Inclusive la manera abierta

en la q. relata los pecados de los 'santos' es señal de su autenticidad. La Biblia condena el pecado y el error, pero esto no socava su infalibilidad; antes bien testifica de su propia credibilidad, y contribuye a apoyar su infalibilidad.

2. La Biblia reconoce lo que es de carácter temporal:

Cierto también es, que la Biblia reconoce plenamente el carácter provisional y temporal de muchas de las leyes y ordenanzas que según la Biblia fueron dadas por autoridad divina. El caso más obvio es el carácter temporal de muchas de las leyes ceremoniales en la ley mosaica. Estos preceptos temporales, los ritos y las ceremonias, han sido descontinuados a partir del adviento y el establecimiento de la economía cristiana, como la enseña expresamente el Nuevo Testamento. Mas esto no refleja mal del carácter autoritativo y divino de dichos preceptos bajo aquella economía donde tenían que operar, ni mucho menos sobre la infalibilidad del A. T. Por ej, cuando Pablo escribe en Gál 5:2, 'yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo', no es un reflejo adverso a la verdad del A.T. donde se nos habla de la institución de la circuncisión, y cómo Dios instruyó sea practicado este rito entre su pueblo desde Abraham en adelante. De hecho, mismo Pablo corrobora con toda claridad la enseñanza del A.T. al respecto, cuando dice con referencia a Abraham, 'y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justificación de la fe que tuvo estando aún incircunciso' (Rm 4:11).

Aquí se nos podría, quizá, atacar, pues hay mucha evidencia que se podría usar para 'demostrar' que la Biblia sí tilda de erradas otras partes de ella. Dicho de otra forma, se puede alegar que en una parte de la Biblia se dice una cosa, y en otra parte - y hablando del mismo tema - otra muy diferente. Por ej, según el Pentateuco, Dios instituyó por revelación divina las leyes levíticas referentes al sacrificio, cuando el pueblo salió de Egipto y anduvieron por el desierto. Así lo representa el Pentateuco. Pero Jeremías dice que es Palabra de Jehová lo siguiente: 'no hablé yo con vuestros padres, ni nada les mandé acerca de holocaustos y de víctimas el día que los saqué de la tierra de Egipto, mas esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo; y andad en todo camino que os mande...' (7:22-23).

Tenemos que contestar que el argumento basado en la antítesis del profeta Jeremías es uno que no toma en cuenta uno de los principios básicos de la interpretación bíblica, a saber: que un contraste relativo con frecuencia se expresa en términos absolutos. Lo que en Jer 7:22-23 se está protestando es más bien el externalismo y formalismo de la religión en Israel.

Un mero rito, aun cuando este rito haya sido instituido divinamente, no tiene valor religioso alguno; es inclusive una hipocresía si requerimientos morales de la ley de Dios son pisoteados. O sea, el rito ceremonial sin la integridad ética, y especialmente sin el sentido espiritual y la obediencia al Señor de parte del celebrante, es una burla a Dios. Por esta misma razón Isaías también escribe, 'vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas' (1:14).

Con todo, la objeción basada en pasajes como los citados, en realidad confunden el asunto preciso de nuestra tesis, pues por más contradictorio aparezca el testimonio bíblico, no cae en la categoría que estamos tratando ahora, simplemente porque no denuncia el error en lo que otro autor de la Biblia escribe. En este caso concreto, Jeremías nunca cita el Pentateuco, para luego decir que contiene error, el cual se debe corregir. Jeremías 7:22-23 sí es una aparente discrepancia en el testimonio

bíblico, pero Jeremías no cita a ningún autor directamente, ni implica que ese autor estuvo en un error. Y ese es el caso que nos ocupa por ahora.

3. La Biblia no se critica a sí misma:

También en el pasaje comúnmente llamado 'el Sermón del monte', Jesús aparentemente pinta una antítesis entre su propia enseñanza y las normas, señaladas en el Pentateuco. Algunos quizá quieran ver aquí una crítica directa de las ordenanzas de Moisés de parte de Jesús. Aunque Jesús nunca escribió revelación, sin embargo su enseñanza es definitiva, y se podría apelar a su autoridad como determinante en el asunto. Bien, en el caso de que se demuestre que el pasaje mencionado de Mateo critica intencionalmente las leyes de Moisés que cita Jesús, entonces sí podríamos considerar impugnadas las enseñanzas del Pentateuco. Pero, aun cuando Jesús por autoridad propia hiciera a un lado las leyes mosaicas, no por ello confirma que estaban en el error, o que no fueron dadas por autoridad divina en la dispensación mosaica. Comentamos anteriormente que el hecho de que se haya abrogado una ley temporal del Pentateuco, no necesariamente impugna su autenticidad, su infalibilidad o su autoridad divina. Jesús pudo haber abrogado algo sin que por ello se diga que nunca fue de origen divino, o- que no haya tenido autoridad divina mientras estuvo vigente. O sea, los pasajes de Mateo en lo absoluto pueden citarse como evidencia de q. Jesús enseñó la falibilidad o el error en los 5 libros de Moisés.

Insistimos en decir algo más: la idea de abrogar no es clave para interpretar estas antítesis. Recordemos el prefacio a toda esta sección y lo que en él enseñó Jesús:

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. (Mt 5:17-20)

Si leyéramos con más cuidado el pasaje, veríamos que es imposible atribuirle al Pentateuco algún error. Veremos más abajo la importancia de estas formas de referencia a la ley y a los profetas, pues prueban todo lo contrario. Pero como el tema que nos ocupa es el de la abrogación, es extraño pensar q. Jesús apela a la jota y a la tilde de la ley, que exhorta a no quebrantar el más pequeño mandamiento, y promete grande bendición en su cumplimiento, para luego hablar de... ¡abrogarlos! Sería una contradicción interpretar así la secuencia de la enseñanza de Jesús, y las antítesis que presenta. Hay que buscar, pues, en otra dirección para entender el significado de estas enseñanzas de Jesús. El Dr. Ned Stonehouse lo ha explicado en forma por demás admirable:

Si entendiéramos que las antítesis de Jesús son ilustraciones de cómo Jesús cumple la ley, carecería completamente de apoyo la idea de que son una abrogación de la autoridad objetiva de la ley. En el único caso que se da de una ley mosaica dejada sin vigencia, a saber, el caso del reglamento de divorcio, Jesús apela a la parte de la ley no circunscrita a un estado temporal de cosas. Y en los otros 5 casos, lo que Jesús hace es mostrar cuán inadecuadas fueron las interpretaciones que se estaban enseñando en ese tiempo, a saber, que se podía dar obediencia a la forma externa solamente de la ley. En contraste, él enseñó que dicha interpretación es la que está en el error con respecto a lo que verdaderamente exige la ley.

Estas antítesis, pues, no son evidencia de que Jesús enseñó, o siquiera insinuó, que alguna parte del Pentateuco o del A.T. estuviera en el error. No es cierto, pues, que la Biblia en esos pasajes nos ofrece información equivocada alguna en cuanto a los hechos y/o a la doctrina.

LA EVIDENCIA POSITIVA

Pasamos, en segundo lugar, a examinar la evidencia positiva que la Biblia da con relación a su propia naturaleza. No importa el peso del argumento de una ausencia total de evidencia que niegue la inerrancia de la Biblia, pues la doctrina de la infalibilidad de la Biblia debe estar basada en la evidencia positiva que pudiera haber. De lo contrario, no habría por qué creer en ella.

346

1. El testimonio que ofrece el A.T. de sí mismo:

El A.T. ofrece mucha evidencia que se relaciona directamente con el carácter y la autoridad divina de lo que está escrito. Por ej, mucho de lo que escriben los profetas se introduce con la frase 'Así dice Jehová', por lo que atribuyen origen, contenido y autoridad divinos a todo lo que expresan. En una forma por demás clara, se da el sello divino apio que escriben. Por supuesto, si se pudiera descubrir algún error entre lo dicho en los pasajes que contienen estos sellos, habría sólo 2 alternativas: a)- rechazar la idea de que es Palabra de Dios; o b)- reconocer que la comunicación divina puede contener error. Todo cristiano desecha la última opción, y en cuanto a la primera, tendríamos que rechazar el testimonio de la Escritura respecto a sí misma. Si lo hacemos, allí termina la discusión, pues la premisa de nuestra tesis - en realidad la tesis misma - es que la doctrina de la Escritura tiene que estar basada en el testimonio que ella misma da, lo mismo que sucede con cualquier otra doctrina del credo cristiano. De modo que adoptar esa alternativa significaría abandonar la idea de que el testimonio de la Biblia pueda servir como base de doctrina. Pero si no se acepta el testimonio bíblico como base doctrinal, por no ser confiable el testimonio, ¿qué derecho tendríamos de apoyarnos en ese testimonio para dar autoridad en la formación de cualquier otra doctrina dentro de los diversos departamentos de la verdad?

Notemos bien que los libros posteriores del A.T. hablan de una manera, acerca de las leyes establecidas en el Pentateuco que sólo puede ser porque presuponen la autoridad y la sanción divina de dichas leyes. Por ej, el, último libro del Antiguo Testamento - Malaquías - establece una querella en contra del pueblo de Dios, y lo hace en los siguientes términos:

Habéis además dicho: ¡Oh, qué fastidio es esto! Y me despreciáis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo, y prestasteis ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestra mano? Dice Jehová. Maldito el que engaña, el que teniendo machos en su rebaño, promete, y sacrifica a Jehová lo dañado. Porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es temible entre las naciones. (1:13-14)

Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes, y no las guardasteis. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mas dijisteis: ¿en qué hemos de volvernos? ¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. (3:7-8)

Todo esto no tendría sentido a no ser por la premisa de la autoridad divina, y por ende, la obligación q. impone la ley levítica (cf Mal 2:4-B). La autoridad de Moisés queda definitivamente establecida en el último capítulo que escribe Malaquías: 'Acordaos de la ley de Moisés, mi siervo, al cual encargué en

Horeb ordenanzas y leyes para todo Israel' (4:4). Creemos que es un argumento de gran peso el que hubo una larguísima línea de testimonio profético en el A.T., concluyendo con una exhortación tan insistente como la que citamos arriba a favor de una mayor devoción a la ley de Moisés. Luego en el período intertestamentario, se forma un puente entre los aspectos retrospectivo y prospectivo. Es decir, Malaquías apela por una parte a la ley de Moisés, y por otra parte a la promesa de una reanudación de la voz profética en la persona de quien se dice que en todo el A.T. no hubo mayor que él, a saber, Juan Bautista: 'He aquí que yo os enviaré el profeta Elías, antes que venga el día grande y terrible de Jehová' (4:5).

Pero no es en el A.T. donde está la evidencia positiva más clara, ya que en el A.T. no hay ninguna referencia de parte de ningún autor a los escritos canónicos en su conjunto. Obviamente, es en la naturaleza del caso que no la haya, por lo que no es de esperarse ninguna declaración explícita referente a un canon fijo de Escrituras sagradas. Pero en el N.T., la perspectiva ya es diferente, pues para entonces los libros del A.T. estaban agrupados ya en una colección fija de escritos autoritativos. La colección ya existía desde antes de vivir los autores del N.T. Existía en multiforme diversidad, y en unidad; se conocía ya como una colección de escritos autoritativos.

2. El testimonio que ofrece el N.T. acerca del A.T.

Cuando hablamos del testimonio del N.T., nos estamos refiriendo, por supuesto, a los que hablaron y escribieron con autoridad. Y primero entre todos ellos está el testimonio de nuestro Señor Jesucristo. La suya debe ser siempre la última palabra; de lo contrario, todo el edificio sobre el cual está construida la fe cristiana se tambaleará y caerá.

- a. El testimonio del Señor Jesucristo: Veamos dos pasajes principales: Mateo 5:17-19 y Juan 10:33-36.

i. Mateo 5:17-19:

Tuvimos oportunidad de comentar este pasaje en otro contexto, pero es relevante al punto actual, ya que ofrece uno de los testimonios más sobre- salientes para entender en qué estima tenía Jesús los documentos del A.T. El texto es el siguiente: "No penséis q. he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.

De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Cuando Jesús dijo 'la ley y los profetas', probablemente se refería a todo el A.T.: 'la ley' denota la parte conocida hoy día como el Pentateuco; y 'los profetas' son todo lo demás.

Es posible también que con esta frase se estuviera refiriendo específicamente a los libros proféticos del A.T. y con 'la ley' se refería específicamente a la parte legislativa dentro del Pentateuco. Pero aunque así fuere, es casuístico y contrario a toda 'la evidencia, inferir por ese solo hecho el que otras partes del A.T. están en una categoría diferente, por lo menos con respecto a su autoridad.

En este pasaje, pues, Jesús nos indica en qué estima tiene por lo menos una gran parte del A.T., y cómo entiende él la relación de esa parte con su obra mesiánica, pues dijo: 'No he venido para abrogar la ley y los profetas sino para cumplir'. El verbo 'abrogar' καταργέω es muy significativo: indica abolir,

destruir, desintegrar, separar sus partes, como cuando se desbarata una casa pieza por pieza. Jesús niega en forma terminante estar haciendo esto con respecto a la ley o a los profetas.

Esto quiere decir que, en cuanto al cumplimiento de su misión mesiánica se refiere, él deja íntegro a la ley y a los profetas. No sólo pronuncia esta negación enfática, sino que añade la nota positiva sobre el propósito de su venida: vino a cumplir, a completar. De modo que su obra, en lo que respecta a la ley y a los profetas, es complementaria y no destructiva. Jesús, que en el contexto inmediato siguiente enseña con una solemne autoridad en todas sus aseveraciones, aquí hace' valer esa autoridad para confirmar la validez y la autoridad permanentes de la ley y profetas ambos.

Y no sólo ello, sino que fundamenta su propia misión y obra sobre esa validez permanente, porque define su obra como el cumplimiento de todo lo que está previsto dentro de lo que es 'la ley y los profetas'. En el v 18 Jesús aplica la aseveración general del v 17 a la minucia de la ley. Es precisamente esta aplicación de lo general a lo particular lo que es de más pertinencia al tema que estamos considerando.

A veces aseveraciones generales no abarcan o cubren ciertas excepciones en cuanto a algunos detalles. Pero en este caso, Jesús excluye toda posibilidad de discrepancia entre el principio general y el detalle. Dice así: 'La proposición de que vine no para abrogar sino para cumplir, se aplica tanto en lo general como en la minucia'. No sólo es este el caso, sino que la conexión indicada por la conjunción significa que la aseveración general del v 17 se fundamenta en el hecho de que ni una jota o tilde, o sea, ninguno de los detalles minuciosos, pasará de la ley hasta que todo se haya cumplido.

Para reforzar y sellar la veracidad de lo dicho, todavía usa la fórmula de autoridad: 'de cierto os digo'. Muchos que profesan ser cristianos rehuyen de la doctrina de la inspiración verbal (que la inspiración de la Biblia incluye tanto a las palabras como a los pensamientos). Es difícil entender por qué los que dicen creer en la inspiración tropiezan en el punto de la inspiración verbal, pues es por medio de palabras que se comunican las ideas.

En el caso de las Escrituras, el único medio de comunicación sería precisamente las palabras escritas. Si el pensamiento es inspirado, necesariamente las palabras las serán también. Pues bien, independientemente de la lógica del asunto, el rechazo a la inspiración verbal tiene poco que ver con el argumento de Jesús en este pasaje. La ley es indisoluble hasta en su jota y su tilde.

No sería indisoluble la ley en su jota y tilde, si en alguna de esa minucia tuviera falla, porque si fuera falible, algún día tendría que frustrarse, tendría que venir a nada. Jesús, pues, está diciendo en otras palabras, que en su propia estima, la ley en todos sus detalles es infalible, y por ende indisoluble. Realmente resulta extraño el prejuicio de aquellos que profesan creer en la infalibilidad de Jesucristo, y a la vez rechazan las implicaciones tan claras de lo que él enseña.

Nada podría ser más claro que esto: que Jesús creyó una imposibilidad anular hasta en su detalle más pequeño la ley. Él tomó incluso el detalle más pequeño y lo cumplió, dándole así un significado y una validez permanentes. Es imposible llegar a otra conclusión diferente: para Jesús, la ley es infalible e inerrante.²⁰⁵ Hablando de Mt 5:17-19, dejamos abierta la posibilidad de que los términos 'ley' y 'profetas' tuvieran un sentido más restringido y específico.

²⁰⁵ Dewey Beagle en su libro *The Inspiration of Scripture*, busca evadir la fuerza de Mt 5:17-18, argumentando lo que para él es un contraste entre la letra de la ley y su espíritu, y cita como apoyo 2a Co 3:6, nuevo pacto, no de la letra, sino del

Esta interpretación no es del todo segura. Más bien, sería mucho más razonable creer que Jesús se estaba refiriendo a todo el A.T. Pero no insistimos sobre ello, pues el argumento que seguimos ahora no depende de ello. El testimonio de nuestro Señor es tan abundante que lo faltante en un pasaje queda suplido por otro. Si los otros libros aparte de Moisés y los profetas no están incluidos en la referencia de Mt 5:17-19, sí lo están en otros lugares. Uno de los pasajes más importantes es Juan 10:33-36²⁰⁶. Veámoslo ahora:

ii. Juan 10:33-36:

El pasaje es el siguiente: Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios. Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís:

Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy? La ocasión de estas palabras fue la reacción de los judíos ante lo dicho por Jesús: 'yo y el Padre uno somos' (v 30). ¡Con razón los judíos lo interpretaron como una pretensión de parte de Jesús de igualarse con Dios! Para ellos, esto era una blasfemia obvia, por lo que tomaron piedras para apedrearle (v 31). Obviamente, la aseveración de Jesús es asombrosa, la cual nos deja sólo dos opciones:

a)- o lo que dijo no era la verdad, y fue una blasfemia; o

b)- era la verdad. Jesús no solamente dijo ser el Mesías; ¡dijo ser igual al Padre!

La acusación de los judíos no era exagerada, en el caso de que su apreciación fuera la correcta. Lógicamente, pues, y sobre las presuposiciones que ellos tenían, esta acusación iba directamente al corazón de lo que decía ser Jesús, y a la base misma de su misión y de su obra. La acusación consistía en una negación de su deidad y de su veracidad. De ser sostenida la acusación, exhibiría a Jesús como un impostor de los más infames.

La acusación, pues, tenía tantas implicaciones, que Jesús se vio obligado a refutarla. Si alguna vez se requería de argumentos efectivos, ahora era el momento preciso. Bien, ¿cómo contestaría Jesús la acusación? ¿Qué argumento usaría? Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís:

espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica'. Esta interpretación es a todas luces falsa, pues el contraste entre la letra y el Espíritu es un contraste entre el poder para condenar y causar la muerte que tiene la ley, y la eficacia para dar la vida que tiene el Espíritu Santo. Encontrar en este pasaje, o en otros, una idea popular pero gastada de un contraste entre la letra y el espíritu de la ley, es un vil abandono de los principios exegéticos. No es el pensamiento de Pablo, ni es el argumento del pasaje.

²⁰⁶ Por otra parte, recordemos que cuando se habla de la inspiración de jotas o de tildes, no estamos pensando de palabras, o letras o tildes en sí, en sentido abstracto. Esto no sería inspiración verbal, por la sencilla razón que no existen en la Biblia palabras, letras y tildes en el abstracto. Siempre las palabras están en relación, en cláusulas, en oraciones, en párrafos, en libros, y de hecho en relación con la Biblia toda. Su significado está en esa relación, y es en esa relación que se dice que son inspiradas. El solo hecho de cambiar una letra o una tilde podría causar un vasto cambio de significado, y esa es la realidad a la que da testimonio Mateo 5:17-18.

Tú blasfemas porque dije: Hijo de Dios soy? Leemos esta respuesta, y nos asombra la aparente facilidad y tranquilidad con la que se da, como también su gran prudencia y moderación. En la superficie parece ser una respuesta débil, sin fuerza. La tranquilidad y la moderación (que son ciertas) y la debilidad (que no la es) se combinan para darnos una evidencia más para el tema que estamos tratandó:

El testimonio de Jesús acerca de la Escritura, y en qué estima la tuvo él. Para rechazar esta acusación (que es de las más graves que pudiera haber) Jesús se fundamenta - y centra su defensa - sobre una pequeña declaración tomada del Salmo 82:6. ¡En esto basa su defensa! Hace una apelación a la Escritura. No hay otra manera de explicar el hecho, más que decir que él creía que la Escritura era el instrumento inexpugnable para basar en él su defensa, púes 'la Escritura no puede ser quebrantada'.

Tan elocuente es el uso que hace Jesús de la Escritura, como lo es para nosotros oscuro el pasaje al que él apela. Aparentemente no tiene nada que ver el texto citado con el punto en discusión. Sin embargo, Jesús utiliza este pasaje aparentemente oscuro y de poca importancia como único argumento en defensa ante el ataque que va dirigido al meollo de lo que era su persona, su enseñanza y su obra.

Además, el pasaje citado es de la parte del A.T. que posiblemente no estuvo incluida en lo abarcado por Mt 5:17 (la ley y los profetas). Luego, ¿no demuestra esto que la actitud de Jesús respecto de las jotas y las tildes de la ley es la misma actitud que tiene respecto de las jotas y las tildes de los Salmos? Bajo cualquier otra suposición, apelar a una declaración relativamente oscura en el libro de los Salmos carecería de fuerza.

Por último, notemos la fuerza de la cláusula parentética: 'la Escritura no puede ser quebrantada'. Se podría argumentar en teoría, que Jesús responde a los judíos con un argumento ad hominem. Cuando pregunta, '¿No está escrita en vuestra ley?', Jesús (dicen algunos) simplemente se está identificando con sus adversarios en las presuposiciones que ellos tienen, para efectos del argumento.

Esto no implica que él en lo personal así creía, por lo que no debemos tomar este pasaje como testimonio válido de Jesús a favor de la Escritura. Jesús simplemente repitió aquí las actitudes que tuvieron los propios judíos con respecto a la Escritura. En respuesta, decimos que Jesús no sólo expresa la actitud de los judíos con respecto a la Biblia, sino que expresa su propio punto de vista sobre la inviolabilidad de ella también.

Si apela Jesús a la Escritura, es porque real e intrínsecamente es la última palabra para él, la autoridad final a la que puede apelar. Y cuando dice que 'la Escritura no puede ser quebrantada', sin duda 'Escritura' se refiere a la denotación más amplia, a saber, todo el canon de los libros del A.T. Es del A.T. en su totalidad y sin excepción que habla, cuando dice que 'no puede ser quebrantada'.

No hay duda alguna sobre cuánto del A.T. estaba en su círculo de referencia. Jesús asegura que en su totalidad la Escritura es inquebrantable, y no deja lugar alguno para supuestos grados de inspiración y de infalibilidad. La Escritura como tal es inviolable. Ni más ni menos, éste es el testimonio de nuestro Señor. Y el testimonio cobra tanto más peso cuanto se reconoce que él lo usa para responder a la acusación más peligrosa, y para apoyar su declaración más estupenda q. puede haber, a saber, q. él es: ... ¡igual a Dios!

iii. Conclusión del inciso a), 'testimonio del Señor Jesús':

En pasajes como los que hemos mencionado, la fe de nuestro Señor con respecto a la Escritura salta a la vista, y en expresión explícita además. No es sólo en unos cuantos textos que se nota el punto de vista de Jesús, pues hay una gran masa de evidencia que corrobora la enseñanza de estos dos pasajes más explícitos. Es más, 'corrobora' es un verbo un tanto débil, pues no hace justicia a la masa de evidencia acumulada sobre este punto.

Debiéramos mejor decir que la enseñanza del Señor está tan empapada de apoyo bíblico, es tan frecuente el uso de la fórmula 'escrito está', tan saturada es por la presunción de que lo que la Escritura dice es lo que Dios dice, tan caracterizada por la idea de q. la Escritura es la autoridad final, que sólo hay una presuposición viable: la doctrina de la Biblia enunciada en los dos pasajes mencionados es el fundamento que valoriza toda la demás evidencia correlativa.

Es indiscutible que la masa de las declaraciones directas e indirectas llevan a una misma conclusión: que para Jesús, la Escritura, simplemente por ser la Escritura, (ya q. dice, 'escrito está') es la última palabra. La actitud de Jesús es la de aceptación reverente, y la única explicación para semejante actitud es que - para él - lo que la Escritura dice, lo dice Dios; que la Escritura es Palabra de Dios, y que es Palabra de Dios precisamente porque es Escritura; y que fue o vino a ser Escritura precisamente por ser Palabra de Dios.

Decir que hay una diferencia entre la Palabra de Dios que viene a través de la Escritura y la palabra escrita en sí, sería darle a la enseñanza de Jesús un contenido totalmente ajeno a las identificaciones que constantemente hace entre Palabra de Dios y palabra escrita, y ajeno a la total reverencia que demuestra hacia la letra de la Escritura.

b. El testimonio de los apóstoles:

Crear un contraste entre la enseñanza del Señor Jesús por una parte, y la de sus apóstoles por otra, sobre la naturaleza de la Biblia, sería crear una división en el testimonio del N.T. Esto es algo muy serio, y de vastas consecuencias para la fe cristiana. Los q. tratan de descubrir discrepancias entre la enseñanza de Jesús y la de los escritores del N.T. van en una de 2 direcciones:

- i)- o los autores del N.T. (al menos algunos) tuvieron una posición más liberal que la de Jesús, o
- ii)- los escritores del N.T. dan muestras de que hubo un endurecimiento y proceso mecánico, de tal suerte que el punto de vista más orgánico y flexible de Jesús quedó transformado y adecuado a las ideas posteriores más escolásticas y legalistas.

Ya sabemos cuál fue la enseñanza de Jesús: el A.T. es infalible y autoritativo. Es difícil pensar de una opinión más alta de la inspiración verbal (plenaria) que la de él. Si hubiere alguna discrepancia entre Jesús y los autores del N.T. y ante la masa de evidencia existente, no es razonable buscarla en la dirección de una mayor liberalidad en Jesús. Si vamos en la otra dirección, ¿será que los q. él nombró para ser sus testigos sean menos rígidos que él?

i. Las citas que el N.T. hace del A.T.: Romanos 15:4

No hay suficiente tiempo ni espacio para examinar a fondo el asunto, pero sí es pertinente el hecho de que los libros del N.T. dan evidencia de la misma cualidad que vimos en la enseñanza de Jesús: a saber, apelan a lo que 'está escrito'. En todo el N.T. se hace uso copioso de citas del A.T., para

fundamentar su argumento. El texto que mejor resume el efecto general del uso que hace el N.T. del A.T., es Rm 15:4:

'Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras tengamos esperanza'. A esta declaración general referente al A.T. le precede una de esas apelaciones al A.T. que son tan típicas del Nuevo. Se menciona que Cristo no se agradó a sí mismo, y por ello se nos exhorta a 'no agradarnos a nosotros mismos', sino que cada uno agrade 'a su prójimo en lo que es bueno, para edificación' (vv 1-2).

Y todo esto se apoya en la frase, 'como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí'. Se trata, pues, de una estima muy alta de la Escritura, 1°, porque reconoce que hubo una profecía q. luego se convirtió en realidad en el cumplimiento del tiempo, y 2°, porque se basa en ella para fundamentar una enseñanza ética sobre los deberes prácticos y permanentes de la vida cristiana.

Pablo demuestra con ello que el A.T. no sólo es verdad como historia, como profecía y como ley, sino que tiene una vigencia, aplicación y autoridad permanentes.

ii. 2 Timoteo 3:16:

Como vimos en el caso del testimonio de nuestro Señor, en el sentido de q. su apreciación elevada de la inspiración de la Escritura es implícito en las fórmulas y las referencias que tanto abundan en su enseñanza, y además es explícita en algunos pasajes particulares, lo mismo sucede en el caso de los otros testigos autoritativos del N.T. Hay ciertos pasajes en los que hay enseñanza muy expresa.

Quizás el más importante de todos sea el de 2a Tm 3:16, Toda la Escritura es θεόπνευστος²⁰⁷ (inspirada por Dios). En el contexto precedente, Pablo menciona las Sagradas Escrituras que Timoteo había conocido desde su niñez. Se estaba refiriendo a las Escrituras del A.T. Son ellas las que tiene en mente cuando dice que 'toda la Escritura es inspirada por Dios'. La palabra que usa Pablo asigna a toda la Escritura esa cualidad, que habla de su origen, como el producto del aliento creador de Dios.

La afirmación de Pablo es breve, pero no por ello es de menor importancia. Consiste en que 'la Escritura', cuya denotación es clara en el contexto, es la boca de Dios, el aliento de Dios, y por ende es oráculo de Dios. Pablo no la califica ni la limita en forma alguna. Toda la Escritura es producida por el aliento de Dios, y por lo tanto no hay diferencia en cuanto a su origen divino y su consecuente naturaleza divina.

Con relación a los beneficios que reciben los seres humanos por tratarse precisamente de algo inspirado divinamente, dice que es útil para 'enseñar, redargüir, corregir e instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra'. Por supuesto, Pablo estaba muy enterado de que Dios utilizó al elemento humano para darnos estas Escrituras.

En todas sus epístolas hace mención constante de los autores humanos de esos libros sagrados. Pero el hecho de reconocer al autor humano, no le impidió en lo más mínimo hacer la afirmación tan estupenda que hemos leído: 'Toda la Escritura es θεόπνευστος. Significa que la Escritura es de origen divino, y por ende, divina en su carácter y divina en su autoridad.

²⁰⁷ Para un examen exhaustivo de lo que significa la palabra, ver B.B.Warfield, 'God-Inspired Scripture' en el libro *Revelation and Inspiration* (New York, 1927), pp 229-280; para una exégesis completa de 2a Tm 3:16, ver del mismo autor en op. cit., pp 79ss.

Lo que Pablo dice en este pasaje no es otra cosa que la doctrina alta de la inspiración plenaria, pues Pablo no dice que es una Inspiración de parte de Dios en los autores de la Biblia, o en la Biblia misma. Pablo usa el término Exspiración, o mejor, el de exhalar, no el de inhalar. Dista mucho de decir que el producto humano o el testimonio humano pueda estar tan compenetrado de la verdad y de la influencia divina, que viene a ser.

Palabra de Dios. Aquí el énfasis del texto está en su procedencia divina, y por tanto la Palabra de Dios está investida de tal carácter y eficacia autoritativos que son como un oráculo de Dios para nosotros.

iii. 2 Pedro 1:20-21

Pablo no menciona en 2a Tm 3:16 a los autores humanos de la Biblia, ni la manera en que Dios obró en ellos para darnos la Escritura 'soplada por Dios'. Es el apóstol Pedro que, aun cuando no nos da una descripción completa del modo de inspiración, sí va más allá de lo que dijo Pablo sobre la relación q. hubo entre el Espíritu Santo y los testigos humanos inspirados.

Dice Pedro, 'ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino q. los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo'. Habla aquí del papel del Espíritu en la formación de la Escritura, pues dice precisamente, 'profecía de la Escritura'. Pedro enseña un aspecto negativo, y uno positivo:

Negativo, pues niega que la profecía de la Escritura se debe a alguna iniciativa, voluntad o decisión humana, NO es producto de la reflexión o de la imaginación humana. Positivo, porque afirma la instrumentalidad humana: 'hombres de Dios hablaron...' Cualquier inferencia falsa que podría deducirse de las expresiones absolutas de la parte negativa, queda corregida por la aseveración de una instrumentalidad humana.

Es cierto que hombres hablaron, pero lo hicieron de parte de Dios. Este es el dato que armoniza la instrumentalidad humana con la negación de la interpretación privada y la voluntad humana. Hablaron de parte de Dios, porque fueron llevados - transportados - por el Espíritu Santo. Hubo la conjunción de los dos elementos: el humano y el divino. Pero el carácter divino de la profecía queda asegurada por la, naturaleza peculiar de la instrumentalidad del Espíritu.

Él fue quien condujo a los instrumentos humanos, de tal suerte que hablaron Palabra de Dios, y no palabra suya. En este contexto, lo que se está enfatizando acerca de la Palabra profética es su estabilidad, o sea, su permanencia. La base de su estabilidad es su procedencia divina, pues el Espíritu Santo fue quien obró en los autores de la Biblia hasta su destino. Por ello, la palabra profética no fue una palabra de momento, o un oráculo transitorio, sino la Palabra de Dios la cual ha encontrado en la Escritura su 'incorporación' y autenticación permanentes.

c. Conclusión (sobre el testimonio del N.T. acerca del A.T.)

En resumen, podemos afirmar que el N.T. reconoce plenamente la paternidad literaria - o sea, la instrumentalidad - del hombre. No obstante esa instrumentalidad, ello no impide que se consideren el origen, el carácter, la verdad y la autoridad de la Escritura como divinos. Es divino en su origen, porque fue el producto del hálito creador de Dios (2' Tm 3:16), y porque el Espíritu Santo llevó a los hombres a hablar de parte de Dios (2' Pedro 1:21)

El carácter 'oracular' de la Escritura se debe a esto, y la debemos aceptar tal y como fuera una voz de Dios hablando desde el cielo. Esta es una cualidad permanente de la Escritura, y por ello goza de una estabilidad y aplicabilidad constantes: la Escritura es inquebrantable e indisoluble.

3. El testimonio que ofrece el Nuevo Testamento a sí mismo

Hasta este punto sólo hemos visto el testimonio que ofrece el N.T. acerca del Antiguo. ¿Qué evidencia podría haber que ofreciera el mismo tipo de testimonio a favor del N.T. como el que hemos expuesto que se da a favor del A.T.? Por supuesto, la gran masa de la evidencia que tenemos sobre la inspiración de la Biblia es el testimonio que el N.T. da a favor del Antiguo.

No hay la misma abundancia de material con respecto de la inspiración del N.T. Que esto sea el caso no nos debe sorprender, pues cuando los testigos novo-testamentarios estuvieron enseñando y escribiendo, no existía el canon terminado (del N.T.) al que podían hacer referencia como un 'corpus' unificado y completo de escritos. Muy especialmente así es el caso con nuestro Señor Jesucristo.

Ninguno de los libros del N.T. había sido escrito cuando él habló, estando todavía en el mundo. Poder dar testimonio al carácter del N.T. en su totalidad, como el que hay en el N.T. con respecto al Antiguo, hubiera sido imposible para los autores del N.T., excepto quizá para el último, y eso sólo como un apéndice a su propia obra, el último escrito canónico. O sea, no es razonable que se pida esa clase de testimonio como sello necesario al carácter y a la autoridad divina del N.T.

Pero aun cuando no tenemos la misma masa de testimonio a favor de la inspiración del N.T. como la que existe a favor del Antiguo, y aun cuando las circunstancias fueron tales que no esperamos tener esa clase de testimonio, no por ello se sigue que no hay evidencia alguna para afirmar que el N.T. es de origen y de carácter divinos. En efecto, hay suficiente evidencia, y a ello dirigimos ahora nuestra atención.

a. La unidad orgánica entre los dos testamentos

La presuposición que sostiene la autoridad del A.T. (y las frecuentes alusiones que a ella hace el N.T.), es la unidad orgánica de los dos testamentos. Dicha unidad orgánica tiene que ver directamente con el tema de la inspiración del N.T., pues si el testimonio autoritativo del N.T. habla del carácter inquebrantable e inerrante del Antiguo, ¿cómo ha de ser totalmente diferente el carácter inspirado de aquello que se supone forma una unidad orgánica con él?

Cuando se aprecian las implicancias de la unidad orgánica de los 2 testamentos, resulta imposible creer que el origen divino del N.T. podría ser de un nivel inferior al del Antiguo. Si el A.T. es inerrante, según el testimonio de mayor relevancia y autoridad en este asunto, luego el N.T. tendrá que ser inerrante también. El argumento de la unidad orgánica cobra una fuerza mayor, cuando entendemos correctamente las implicancias de la revelación progresiva.

El N.T. está en la misma relación con el A.T., como la consumación lo está con la preparación; o sea, el N.T. ofrece una mayor y más gloriosa revelación del carácter y de la voluntad de Dios que el Antiguo. Esto se confirma por el hecho de que 'en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo - quien [es] el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia' (Hb 1:1-3).

En el lenguaje de Pablo, la gloria del N.T es la 'más eminente' (2° Co 3:10-11)²⁰⁸. El N.T. abriga - y nos comunica - el contenido de aquel nuevo y mejor pacto, establecido sobre mejores promesas. Si la naturaleza del N.T. es la de cumplimiento, y si se caracteriza de una más excelente gloria, si la revelación del propio Hijo de Dios es carácter final, ¿hemos de creer que la Escritura que pertenece a tal administración es menos infalible que la que los mismos testigos autoritativos (nuestro Señor y sus apóstoles) conceden al A.T., que es menor en todo?

Sería contrario a los principios de la analogía y de la razón pensar semejante aberración.²⁰⁹ Todavía más, hablemos del significado del Pentecostés, y entonces nuestro argumento cobra todavía mayor vigencia. Ya se dijo que el A.T. fue producto del hálito de Dios, y que posee una validez permanente y una estabilidad incommovible, pues los hombres santos hablaron de parte de Dios, siendo llevados por el Espíritu Santo. Pues bien, son tanto más abundantes las operaciones del Espíritu introducidos por el Pentecostés que se describe el evento como un derramamiento, una efusión, del Espíritu Santo. Entonces, ¿creeremos que esta mayor llenura y abundancia del Espíritu y de sus operaciones nos van a ofrecer una Escritura menos confiable y menos inerrante que aquella q. dio antes la dación abundante del día de Pentecostés? ¿Creeremos que la Escritura que testifica en forma permanente y que contiene la administración más plena y abundante del Espíritu (o sea, el N.T.), es ahora una Escritura en la que el Espíritu Santo se ocupa menos en impartir divinidad y autoridad en comparación al A.T.? Con el simple hecho de hacer estas preguntas comprendemos que: si aceptamos el testimonio del N.T. a favor de la inspiración e inerrancia del Antiguo; y si aceptamos y entendemos la relación orgánica que existe entre los dos testamentos; luego la doctrina del carácter infalible del A.T es una de las consideraciones que más nos persuaden a favor de una semejante apreciación del carácter infalible y autoritativo del N.T.

Las consideraciones arriba mencionadas ciertamente no son las únicas a favor de una creencia en un N.T. infalible, pues también el N.T. ofrece testimonio directo respecto de su propio carácter. Obviamente no tenemos la misma masa de testimonio como la que hay en el caso del A.T., pero de la misma manera que el A.T. da cierto testimonio a su propia divinidad, así también el N.T. evidencia las marcas inconfundibles de su origen divino, y además da testimonio directo de su carácter y autoridad divinos.

b. Las promesas de Cristo:

Si el N.T. resulta Palabra de Dios en todo el sentido de la palabra, con el mismo testimonio autoritativo como el que da el N.T. a favor del Antiguo, ha de ser en razón a la mismísima inspiración plenaria que obró el Espíritu Santo cuando se escribieron los libros del A.T. Las promesas que dio Cristo a sus discípulos con respecto al Espíritu Santo tienen, por ende muchísimo que ver con este asunto.

Cuando Jesús envió a sus discípulos a predicar el reino de Dios, les dijo: 'Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis, porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros' (Mt 10:19-20); compara con Mc 13:11; Lc 12:12 y 21:14-15). Cuando las exigencias pasajeras de la vida lo requerían, y ante las necesidades muy especiales y limitadas de los

²⁰⁸ II Co 3:10-11, Porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en compa-ación con la gloria más eminente. Porq. si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece.

²⁰⁹ Ver Louis Gaussen, Theopneustia (Cincinnati, 1959), pp. 74ss.

discípulos,²¹⁰ Dios quería asegurarles una inspiración tal del Espíritu Santo, el cual obraría de manera tal q. cuando debían hablar ellos, no dirían solamente palabras suyas, sino palabras del, Espíritu Santo.

Jesús aumenta considerablemente el alcance y la aplicación de esta promesa del Espíritu, cuando la noche antes de su crucifixión dijo: 'Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré él os guiará a toda la verdad' (Jn 16:7,13). Después de su resurrección, Jesús hizo algo que sólo se puede entender como una impartición oficial del Espíritu Santo, cuando sopló sobre sus discípulos y les dijo: 'Recibid el Espíritu Santo' (Jn 20:22).

Todavía antes de su ascensión, les reiteró: 'Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra' (Hch 1:8). Toda la obra de los apóstoles, pues, en su función completa como tal, se debió llevar al cabo bajo la dirección e inspiración del Espíritu Santo.

Con razón, pues, encontramos en los escritos del N.T. una tan clara nota de autoridad, de seguridad y de finalidad, que sería un atrevimiento presuntuoso arrogársela por cuenta propia. En una tónica autoritativa que sólo puede ser verdadera e íntegra en el caso de que los autores en verdad fueron agentes de la autoridad divina y objetos de la inspiración obrada por el Espíritu Santo. Es consecuencia de la inspiración el que la nota de autoridad sea tan evidente como característica del N.T.

c. Los escritos de los apóstoles:

- i. 1 Corintios 7:10-12: Muchos toman el pasaje de 1' Co 7:10-12 como un contraste entre la enseñanza autoritativa del Señor Jesucristo por una parte, y la enseñanza no autoritativa de Pablo por otra, cuando éste en referencia a los temas del matrimonio y la separación dice: 'a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor ... y a los demás yo digo, no el Señor'. Pero la lectura cuidadosa del pasaje muestra que el contraste no es entre la enseñanza inspirada de Cristo y la no inspirada del apóstol, sino más bien entre la enseñanza del apóstol apoyada en lo que expresamente dijera Jesús en los días de su carne por una parte, y la enseñanza del apóstol que toca temas sobre los cuales nunca se pronunció Jesús por otra. No hay diferencia con respecto al carácter permanente de las enseñanzas de ambos. Las frases y los términos que utiliza Pablo en el segundo caso son de igual énfasis y del mismo carácter obligatorio como en el primero. De modo que el pasaje, lejos de disminuir la autoridad apostólica, la eleva en nuestra estima. Si Pablo puede llegar a ser tan tajante y obligatorio al hablar de casos que, según él mismo admite, no tienen apoyo alguno en la enseñanza directa de Jesucristo, ¿no ayuda esto a que veamos cuán profunda fue la convicción de Pablo de estar enseñando y escribiendo con toda la autoridad divina? Precisamente porque siente tener autoridad propia, le da a su enseñanza el mismo nivel de normatividad que tiene la otra enseñanza que repite de labios del mismo Señor Jesucristo. Sólo la plena confianza de estar dando ley

²¹⁰ Así Gaussen, op. cit., pág. 77.

- divinamente autorizada explica la declaración tajante, en la que previene toda idea contraria: 'esto ordeno en todas las iglesias' (7:17).
- ii. I Corintios 14:37-38: El que Pablo creyó que sus escritos estaban dotados de sanción y autoridad divinas queda establecido más allá de toda duda en esta misma carta (1^a Co 14:37-38). El contexto es el del lugar de la mujer en reuniones de culto público. Pablo exhorta a las mujeres a guardar silencio, y apela a la costumbre universal de todas las iglesias cristianas, así como a la ley del A.T. Y es en ese punto que apela al carácter divino del contenido de sus prescripciones: 'Si alguno se cree profeta o espiritual, reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor. Mas el que ignora, ignore'. Pablo aquí afirma con toda claridad que lo que él escribe es Palabra de Dios, y coordina el que apele a su propia autoridad divina con la apelación a la otra Escritura ya existente, la del A.T.
 - iii. I Corintios 2:13: En una parte anterior de esta epístola, Pablo nos informa - de una, manera totalmente consecuente con la enseñanza de toda la demás Escritura -sobre cómo es posible que palabra de hombre pueda ser Palabra de Dios. Consiste en que el Espíritu Santo es la fuente de toda la sabiduría que enseñan los apóstoles: 'Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios'. Pablo aquí no sólo argumenta que el Espíritu Santo es la fuente de la sabiduría de su mensaje, sino habla del medio mismo de la expresión. Sigue diciendo (v 13): 'lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las q enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual, o como lo traduce la Biblia de las Américas: 'combinando pensamientos espirituales con palabras espirituales. Noten bien: las cosas enseñadas por el Espíritu; y palabras enseñadas por el Espíritu. Esto es lo que explica la autoridad que tuvieron los apóstoles en su día para enseñar y escribir.
 - iv. 2 Pedro 3:15-16: Pedro habla de los escritos de Pablo como si estuvieran a la par con el A.T., en respecto de su autoridad divina: 'como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes, tuercen, como también las otras Escrituras, para su perdición'. La frase, 'las otras Escrituras' es una alusión al A.T., y al decir Pedro que son 'otras', lógicamente implica que son de la misma categoría que las que acaba de mencionar, a saber, las epístolas de Pablo.
 - v. Apocalipsis: Ver pasajes como Ap 22:18-19. Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro. Compara 10:4, 'Cuando los siete truenos hubieron emitido sus voces, yo iba a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas'; con 22:10, 'Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca'. Compara 21:5, 'Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago

nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son, fieles y verdaderas'; con 22:6-7, 'Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. ¡He aquí, vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro'. Compara también 19:9, 'Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios'; con 1:3, 'Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca'.

4. Conclusión (del testimonio que ofrece el N.T. a sí mismo)': Muchas veces se rechaza con desdén la doctrina de la inspiración verbal de la Biblia, como si ésta fuera un remanente del escolasticismo medieval o de la post-reforma, que hizo caer en un estancamiento a la iglesia.²¹¹ A la nota de desdén, generalmente le acompaña la protesta de q. la investigación científica con mente abierta muestra que la doctrina de la inerrancia de la Biblia es inconsecuente con la honestidad informada, y por ende, insostenible. La honestidad científica es verosímil y creíble; y con frecuencia se usa como argumento en los debates teológicos. Lo que este autor sostiene, sin embargo, es que el propio hecho de rechazar en forma tan sumaria la infalibilidad de la Biblia, es en sí un proceder lamentablemente anti-científico, por su manera de tratar los datos que aporta la evidencia sobre el asunto. El rechazo, pues, se da, pero no reconocen las consecuencias de lo que está en juego, porque no aceptan en forma científica la evidencia que el testimonio de la misma Biblia aporta en cuanto a su propio carácter. Sucede que si el testimonio de la Biblia con referencia a la doctrina de la Escritura no es confiable ni auténtico, luego en última instancia la autoridad final de la Biblia queda irreparablemente socavada. Lo que está en juego es el lugar que tiene la Escritura en el canon de la fe. No pensemos tampoco que se pueda apelar a Cristo como autoridad final, si la autoridad final de la Escritura ya ha sido sacrificada. Rechazar la inerrancia de la Escritura es rechazar el testimonio que mismo Cristo dio a esa Escritura. De modo que, en última instancia, la integridad del testimonio de Jesús mismo es el punto crucial en esta batalla por la fe.

CAPITULO 6: EL TESTIMONIO INTERNO

La tesis que sostuvimos en nuestra discusión sobre el testimonio objetivo fue, que la Biblia es autoritativa en virtud de su carácter como infalible Palabra de Dios que es. Y tiene este carácter, porque es el producto del hálito creador de Dios, por medio de la inspiración plenaria del Espíritu Santo.

²¹¹ Es totalmente insostenible la crítica dirigida en contra de la doctrina de la inspiración verbal que la presenta como una teoría de dictado mecánico. Los exponentes clásicos de la doctrina de la inspiración verbal nunca incluyeron alguna definición del modo de la inspiración. Es muy cierto que a veces usaron la palabra 'dictado', pero es también cierto que el uso de esta palabra no fue con la intención de especificar el modo de inspiración como el de dictado. Siempre dejaron completamente abierta la posibilidad de actividades y procesos múltiples en la formación de los varios libros escriturales, y reconocieron perfectamente la diversidad que caracterizó a aquellos que fueron los instrumentos humanos en la producción de las Escrituras. Compara con B.B. Warfield, op. cit., pp. 100-106, y B.B. Warfield, Calvin and Calvinism, pp. 62ss.

Muchos de los que rechazan esta tesis lo hacen creyendo que no daña en lo más mínimo la autoridad divina de la Biblia, puesto que no obstante abandonan el concepto de la infalibilidad de la Biblia, retienen el testimonio siempre actual y activo del Espíritu Santo. De hecho, conservan la idea de una autoridad infalible, pero ésta reside en el testimonio interno del Espíritu Santo. El razonamiento es como sigue: la Biblia es autoritativa, porque el testimonio interno del Espíritu Santo hace que llegue el mensaje al corazón del hombre de fe.

Que exista la actividad del Espíritu Santo conocida como testimonio interno, nadie lo pone en duda. Y que no pueda haber verdadera fe en la Biblia como Palabra de Dios aparte del testimonio interno, también todo el mundo lo acepta. Pareciera ser, pues, que la situación que vivimos (relativo al Espíritu Santo) es una en la que la autoridad divina que nos confronta hoy no es aquella que procede de algo que hizo el Espíritu Santo en el lejano pasado (inspiración); más bien lo que nos confronta hoy es la influencia del Espíritu que está obrando por y en nosotros hoy. ¿No será, pues, que hablar de una actividad del Espíritu que para nosotros es impersonal y externa, además de distante e inactiva, va en perjuicio del significado verdadero de la acción del Espíritu, la cual viene en una forma directa y personal, dirigida a nosotros y en nosotros ahora en el presente?

EL BARTHIANISMO:

La pregunta que acabamos de hacer señala la división más importante dentro del protestantismo moderno: la división entre el barthianismo y la posición histórica protestante.

La idea barthiana es que la Biblia es autoritativa, sí, en cuanto da testimonio a la Palabra de Dios. Es el vehículo, o instrumento, a través del cual la Palabra de Dios nos llega. Como es instrumento, se puede decir que la Biblia da un testimonio único, y en ese sentido también se dice que es Palabra de Dios. Pero lo que hace que la Biblia sea en verdad autoritativa, es el acto siempre recurrente de Dios, la divina decisión, mediante la cual el testimonio de la Biblia a la Palabra de Dios es aplicado a nuestro corazón con un poder doblegador y autoritativo. La Biblia no tiene en sí ninguna autoridad antecedente en forma objetiva. Sólo en el aquí y en el ahora, con esta persona y con nadie más, por medio de una experiencia concreta de crisis y de confrontación, es cuando la Biblia puede ser autoridad, cuando Dios se revela así a través del medio de la Escritura. Sólo cuando hay alguna crisis humana siempre recurrente, y una divina decisión, es cuando la Biblia puede venir a ser Palabra de Dios.

Es evidente, pues, que para el teólogo de simpatías barthianas, el factor que impone autoridad no es la Escritura como un 'corpus' (cuerpo) de verdad dado por Dios a los hombres por medio de un proceso de revelación y de inspiración en la historia, ni es el carácter divino que la Escritura pueda poseer en forma inherente; sino es algo más, algo muy diferente y sin relación con cualquier acción en el pasado, o con cualquier cualidad inherente en el presente.

Es importante entender este concepto, y no debe ser solapado. Barth no sostiene, ni puede sostener, que la Biblia en sí tenga alguna cualidad objetiva e inherente, y que en virtud de dicha cualidad es autoritativa para todo ser humano.

Barth se opondría a decirlo de esta manera, pues afirma que dicha clase de antítesis no es sostenible. Diría más bien, q. la Biblia es algo único, que es Palabra de Dios porque da testimonio a la Palabra de Dios. Ocupa un lugar único, porque ocurrió algo único en aquella actividad en el pasado que la creó. La Biblia es radicalmente diferente a cualquier otro libro contemporáneo o de cualquier otro tiempo. No tiene autoridad en el abstracto, sino sólo en virtud de ser el testimonio humano de la revelación que

Dios dio en el pasado. Podríase decir, pues, que el factor que nace de los eventos y las actividades en el pasado entra a formar parte del complejo entero de factores q. se combinan y convergen para dar a la Biblia aquella naturaleza única que le permite ser el medio adecuado para el acto siempre recurrente de la revelación divina. No se trata, pues, de 'esto o aquello', sino de 'uno y ambos'.²¹²

Aceptamos esta objeción; pero advertimos que no elimina el problema. Después de hacer lugar para todo lo q. se argumenta a favor de la objeción, sigue siendo un hecho de que, sobre base de las presuposiciones barthianas, no es la cualidad divina inherente en la Escritura, ni la actividad divina mediante la cual se imparte a la Biblia dicha cualidad, la que hace que ella sea autoritativa. Esa actividad pasada, y la cualidad resultante, son simplemente los requisitos previos para que la autoridad suceda aquí o, allí; no son en sí lo que da dicha autoridad.

Más bien, es el acto recurrente de Dios que es el dato que constituye la autoridad. Y a este acto recurrente de Dios se le puede llamar 'el testimonio interno del Espíritu', y es con respecto de este testimonio que la Escritura se convierte en algo autoritativo.²¹³

A veces se quiere argumentar que esa es la idea que representa al protestantismo clásico, y aun a la posición reformada. Inclusive se ha citado a la Confesión de Fe de Westminster en apoyo de esta posición, en la parte que dice, 'nuestra persuasión y completa convicción de que su verdad es infalible y su autoridad divina, provienen de la obra interior del Espíritu Santo, quien da testimonio a nuestro corazón con la palabra divina y por medio de ella' (I: V). Un breve examen del Cap. 1 de la Confesión bastará para poner en evidencia la falacia de esta apelación que a ella se hace. Es más, la Confesión de Fe de Westminster fue escrita con una lógica tal, que pareciera diseñada precisamente para contradecir este error. La sección quinta, de donde se toma la cita de arriba, no trata de la naturaleza, ni de la base de la autoridad de la Escritura. La sección inmediatamente anterior las trata, ya que es la cuestión que lógicamente la antecede. Allí se dice con toda claridad que la autoridad de la Escritura reside en el hecho de que es Palabra de Dios: La autoridad de las Sagradas Escrituras, la que hace que deban creerse y obedecerse, no depende del testimonio de ningún hombre o iglesia, cualquiera que fuera, sino enteramente del de Dios quien es su autor, porque él es la misma verdad; por esto deben ser recibidas, porque son la palabra de Dios.

En una palabra, la Biblia tiene autoridad porque Dios es su autor.

Y Dios es su autor, porque como dice en la sección segunda, fue dada por inspiración de Dios. No puede ser más claro el asunto: la Confesión de Fe enseña que la autoridad de la Biblia no se basa en el testimonio interno del Espíritu Santo, sino en la inspiración del Espíritu, una obra ya concluida, que produjo (como claramente dice la Confesión) los 66 libros enumerados. Y es en virtud de dicha inspiración que son la Palabra de Dios escrita: 'todos estos fueron dados por la inspiración de Dios para ser la regla de la fe y de la práctica' (1:2).

Sin embargo, es por 'la obra interior del Espíritu Santo, quien da testimonio a nuestro corazón con la palabra divina y por medio de ella', que somos persuadidos de esta autoridad. O sea, la autoridad de la Biblia es un hecho objetivo y permanente, pues es la cualidad inherente de la inspiración. Nuestra

²¹² En inglés, 'either-or'; 'both-and'.

²¹³ Karl Barth, *Die Kirchliche Dogmatik, Die Lehre vom Wort Gottes*, Ed. Erster Halbband (Munich, Alemania, 1932), pp. 189ss; traducción al inglés (Edimburgo, 1936), pp. 207ss.

convicción de ello tiene que esperar la obra interior del Espíritu Santo, que es la que imprime en nuestras mentes y conciencias los hechos antecedentes de su divinidad y autoridad. Querer poner el uno por el otro sería confundir una de las más elocuentes e importantísimas distinciones. La Confesión de Fe no deja lugar a duda sobre cuál es su posición, y al formularla de manera tan clara, expresa lo que ha sido siempre la posición reformada clásica.

LA NATURALEZA DEL TESTIMONIO INTERNO:

¿Cuál es, pues, la naturaleza de esta obra interior del Espíritu Santo y sobre qué base bíblica se fundamenta esta doctrina?

Si como hemos venido diciendo en la primera parte de esta discusión,¹ la Biblia es divina en su origen, carácter y autoridad, debe mostrar las marcas - o evidencias - de tal divinidad. Si los cielos cuentan la gloria de Dios y si así testifican de quien fue su Creador divino, también la Escritura, siendo obra de la mano de Dios, debe mostrar las huellas de su autor. Con esto, decimos que la Biblia muestra en sí ser la Palabra de Dios, y su divinidad es auto-evidente, dando a sí misma su autenticación. La base de la fe en la Biblia como Palabra de Dios es, por lo tanto, la evidencia inherente en ella, la evidencia que ella misma da tocante a su autor y a su carácter divinos. Toda evidencia externa que testifica de la divinidad de la Biblia o sea, desde fuentes fuera de ella misma - sirven sólo para corroborar y confirmar el testimonio inherente. Pero esa evidencia no se considera de la misma categoría, pues no tiene el mismo peso que nos puede ser de base y fundamento de fe. Si la fe es fe en la Biblia como Palabra de Dios, luego la evidencia sobre la cual se basa esa fe obviamente debe ser de carácter divino, pues sólo evidencia que tenga cualidades divinas sería suficiente para basar nuestra fe en algo divino. La fe en la Biblia como Palabra de Dios, entonces, descansa sobre las perfecciones inherentes en la Escritura, y aflora cuando la persona alcanza a percibir dichas perfecciones. Estas perfecciones consisten en sus excelencias incomparables, y nos compelen a la convicción irresistible e inevitable de que la Biblia es Palabra de Dios.²¹⁴

Ahora bien, si la Biblia manifiesta su divinidad, ¿por qué no se da la fe en todos los que la leen y/o la oyen? La respuesta es, que no todos tienen la capacidad perceptiva requerida. La evidencia es una cosa, pero la habilidad para percibirla y entenderla es otra. 'Porque el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porq. se han de discernir espiritualmente' (1 Co 2:14). Es aquí donde entra la necesidad de la obra interior del Espíritu. La oscuridad y la depravación que caracterizan la mente humana en virtud de su pecado, lo deja ciego y no puede ver las excelencias divinas en las Escrituras. El efecto del pecado es tal, que no sólo ciega la mente del hombre y la deja impenetrable en cuanto a la evidencia, sino que produce además en su corazón una enemistad total a la evidencia. La mente carnal es enemistad con Dios, y por ende resiste todo reclamo de perfección divina. Si lo que se busca es la respuesta adecuada de fe

²¹⁴ La Confesión de Fe de Westminster, cap. I, sección 5: 'El testimonio de la Iglesia puede movernos e inducirnos a tener para las Santas Escrituras una estimación alta y reverencial (la Tm 3:15); a la vez que el carácter celestial del contenido de la Biblia, la eficacia de su doctrina, la majestad de su estilo, el consenso de todas sus partes, el fin que se propone alcanzar en todo el libro (que es el de dar toda gloria a Dios), el claro descubrimiento que hace el único modo por el cual puede alcanzar la salvación el hombre, la multitud incomparable de otras de sus excelencias y su entera perfección, son todos argumentos por los cuales la Biblia demuestra abundantemente que es la Palabra de Dios. Sin embargo, nuestra persuasión y completa seguridad de que su verdad es infalible y su autoridad divina, proviene de la obra del Espíritu Santo quien da testimonio a nuestro corazón con la palabra divina y por medio de ella. (la Jn 2:20,27; Jn 16:13-14; la Co 2:10-11)

ante las excelencias divinas inherentes en la Biblia, lo único que puede producir la susceptibilidad requerida es la regeneración radical por él Espíritu Santo: 'el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios' (Jn 3:3). 'El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios' (la Co 2:14). Esto es donde ha de funcionar el testimonio interno del Espíritu, pues consiste en la obra interior del Espíritu Santo en el corazón y en la mente del ser humano.

LA BASE BÍBLICA:

1. 1 Corintios 2: Cuando Pablo contrasta el hombre natural y el espiritual, y dice al respecto: 'el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie' (la Co 2:15), quiere decir que 'el espiritual' es aquella persona dotada por, y en quien mora, el Espíritu Santo. Él es el único que tiene la facultad de discernir las cosas reveladas por el Espíritu. A diferencia del hombre natural, él sí recibe, conoce y discierne la verdad. Antes en ese mismo capítulo, Pablo nos declara en términos de mayor fuerza y claridad para nuestro tema, que la fe en el evangelio que tuvieron los corintios fue inducida por la demostración del Espíritu y del poder: 'y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios' (vv 4-5). Pablo está sin duda reflexionando aquí en la manera de su predicación. Él no predicó valiéndose de los adornos de la oratoria humana, sino de la demostración (o manifestación) que produce el Espíritu y el poder de Dios. Nos declara en efecto, que el Espíritu de Dios obró de tal forma en él y en su predicación, que la respuesta que dieron los corintios fue de una fe sólida y basada en el poder de Dios. No fue una fe fugaz como la que se produce cuando se vale uno del arte de la retórica y de la sabiduría humana. La fe de los corintios tuvo su fuente en una demostración cuyo autor fue el Espíritu Santo. Por supuesto, fue una fe depositada en la Palabra de Dios que predicó Pablo. Pero fue una fe producida por la demostración complementaria del Espíritu, o sea, la manifestación del poder divino.
2. la Tesalonicenses 1:5: En 1 Tesalonicenses, Pablo nuevamente hace referencia al poder y a la seguridad con los que él y sus compañeros predicaron el evangelio en Tesalónica, 'pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre...' (1:5). Aparentemente la referencia aquí al poder y a la certidumbre tiene que ver con el poder y la seguridad con los q. Pablo, Silvano y Timoteo proclamaron la Palabra, y no tanto en la convicción con la que los tesalonicenses la recibieron. El evangelio vino en el E.S, y por lo tanto, con poder y certidumbre. Pero no separemos la recepción de la Palabra que tuvieron los tesalonicenses del poder y de la certidumbre obrados por el Espíritu, pues Pablo continúa diciendo: 'y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación con gozo del Espíritu Santo' (v 6). La fe que produjo el E.S. en los tesalonicenses tiene que ser, pues, fruto de la actividad del Espíritu; y es en virtud de esta actividad que el evangelio fue proclamado 'en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre'. El hecho de que los tesalonicenses vinieron a ser imitadores del Señor y recibieron la Palabra con gozo, se debe al hecho de que el evangelio no les llegó en palabra solamente, sino en el poder del E.S. Por lo mismo, el gozo con que ellos recibieron la Palabra fue gozo producido por el Espíritu.
3. 1 Juan 2:20-21: Cuando el apóstol Juan escribe, 'Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la

conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad' (compara con el v 27).²¹⁵ Esto sin duda se refiere a la misma morada interna del Espíritu a la que hace referencia Pablo en 1' Co 2:15. Esta, unción es una posesión permanente, y confiere a los creyentes un discernimiento de la verdad, y una perseverancia en ella.

CONCLUSIÓN (DE 'LA BASE BÍBLICA'):

Resumiendo estos pocos pasajes relevantes a nuestro tema, podemos decir q. la recepción de la verdad de Dios con una fe inteligente, discriminante, gozosa y permanente, es el fruto o efecto de una demostración divina y del poder de Dios obrados por el Espíritu Santo. Esta fe consiste en una certidumbre tal, que aun cuando la Palabra de Dios les llegó por el conducto de la instrumentalidad humana, no la recibieron como palabra de hombre, sino como en verdad lo es, la Palabra de Dios.

1. Por qué llamarle 'testimonio' a esta obra interna del Espíritu: Al testimonio del Espíritu Santo se le conoce también como testimonio interior (o interno) del Espíritu. Cabe la pregunta: ¿por qué a esta obra interior del Espíritu se le llama precisamente 'testimonio'? Es que no parece haber razón apremiante alguna para este título. Sin embargo, sí hay algo apropiado en el uso de la palabra: es que la fe - producto de esta obra del Espíritu - descansa sobre el testimonio inherente en la Escritura respecto de su propio origen y carácter divinos. Es función del Espíritu Santo la de abrir las mentes de los hombres, con el objeto de que puedan percibir dicho testimonio; así como la de hacer que la Palabra de Dios llegue con poder y convicción a la mente de las personas. Por ello, se dice que el Espíritu testifica en forma permanente al carácter divino de aquello que es, además, el fruto de su propio trabajo.
2. Iluminación: Al testimonio interno del Espíritu se le da con frecuencia el nombre 'iluminación', o bien, regeneración en el aspecto noético (del intelecto). Se le llama 'iluminación', porq. abre nuestras mentes para poder contemplar las excelencias inherentes en la Palabra de Dios. Es 'regeneración' en el aspecto noético, porque la regeneración se manifiesta en nuestra mente renovada cuando comprende la evidencia que la Escritura da de su propio carácter divino. El 'testimonio interno', pues, no puede ser menos que lo que hemos incluido en esta definición de 'iluminación'. Pero hay quienes preguntan si esta idea de iluminación es lo suficientemente adecuada, dado el carácter del testimonio que estamos tratando. En el punto de vista de que el testimonio consiste solamente en iluminación, dicho testimonio - estrictamente hablando - pertenece exclusivamente al contenido de la Escritura en sí, y no a la presencia siempre activa del Espíritu. La pregunta entonces es: ¿podemos decir q. la obra en el presente del Espíritu no sólo imparte a nuestro entendimiento capacidad para ver la evidencia inherente en la Escritura, sino también imparte capacidad para entender la naturaleza de este testimonio positivo? Si la respuesta es afirmativa, entonces debemos decir que el testimonio positivo siempre presente del Espíritu consiste en la forma poderosa y comprobatoria en la que el Espíritu se une a la Palabra, a fin de traerla con fuerza a nuestras mentes y a nuestros corazones con una convicción que sea irresistible. En otras palabras, el sello del Espíritu es parte de la categoría del testimonio, estrictamente hablando. Entendido así, es obvia la razón

²¹⁵ Pero la unción q vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.

por la que no sólo es apropiado, sino hasta necesario, darle a esta doctrina el nombre de 'testimonio interno' del Espíritu.

3. La base bíblica: Los pasajes más relevantes (1^a Co 2:4-5 y la Ts 1:5-6) hablan de este testimonio del Espíritu como una 'demostración' y un 'poder' suplementario a la palabra misma del evangelio. Estos términos (en especial el de 'demostración') dan la idea de comprobación, de atestación y de confirmación.
 - a. 1^a Tesalonicenses 1:5-6): Esta actividad del Espíritu no es inherente a la Palabra, pues el texto refiere que '...nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabra solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre...' No obstante, produce una fe segura, pues en 1^a Ts 2:13 dice, 'cuando recibisteis la Palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la Palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes'. O sea, se trata de un testimonio del Espíritu Santo que sella la evidencia, de modo que produzca en nosotros la convicción irresistible de que lo que la Palabra dice es la verdad. Esto significa que la obra del Espíritu de la que estamos hablando es un testimonio positivo, además de paralelo y correlativo con la evidencia que la Biblia en forma inherente da de su origen y carácter divinos. Este testimonio paralelo es uno con -- y confirma -- el testimonio inherente en la Escritura. Nunca debe ser confundido con el testimonio que en nuestra conciencia se da; más bien, es un testimonio a nuestra conciencia, y es enteramente obra del Espíritu Santo. Ya sea que entendamos el testimonio interno simplemente como iluminación, o bien como iluminación más un suplemento positivo - que también es testimonio - en el sentido más estricto de la palabra, hay un principio que creemos necesario enfatizar, y es: que el testimonio interno no nos suministra un nuevo contenido de verdad. El contenido total de la verdad sobre el cual opera el testimonio interno, es el que está en la Biblia. El testimonio del que estamos hablando consiste simplemente en el hecho de provocar la fe en que la Palabra de Dios es de carácter divino y autoritativo, y nada más. No da base alguna para nuevas revelaciones del Espíritu. Cuando Pablo escribe a los tesalonicenses y dice, 'nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre...', está señalando con toda claridad una distinción entre el contenido en sí del evangelio, y el poder que lo acompañó cuando les llegó, en virtud del cual llegó con fuerza y produjo convicción en los corazones de los tesalonicenses.
 - b. la Corintios 2:4-5: De la misma manera, en la Co 2:4-5 es evidente que tenemos que hacer distinción entre el contenido de la palabra predicada por Pablo y la demostración del Espíritu y de poder que hizo que el mensaje de Pablo fuera eficaz para crear la fe en los creyentes corintios: 'ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios'.
 - c. 1 Juan 2:20-27: También aquí notamos esta misma diferencia entre la verdad que - según Juan - sus lectores ya sabían, y la unción permanente del Espíritu que les permitió tener el entendimiento y discernimiento suficientes como para cobrar mayor conciencia y hacer una más consecuente aplicación de la verdad ya recibida: Pero vosotros tenéis la unción del Santo y conocéis todas las cosas; lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y

no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él.

CONCLUSIÓN:

En todos estos casos, vemos que la función iluminadora y selladora del Espíritu es el complemento requerido del testimonio inherente que la Biblia tiene de su propia inspiración plenaria. Las dos columnas de una fe verdadera en la Biblia como Palabra de Dios escrita, son: el testimonio objetivo, y el testimonio interno. El testimonio objetivo nos da un entendimiento de la Escritura, que luego sirve de base para la obra selladora siempre activa del Espíritu de, verdad. El testimonio interno asegura que el testimonio objetivo pueda producir la respuesta apropiada en la conciencia humana. La función selladora del Espíritu tiene su demostración y confirmación en ese testimonio del que está saturada la Escritura respecto de su propio origen y autoridad divinos. El testimonio a la inspiración plenaria se confirma constantemente por medio de la obra interior del Espíritu Santo, quien da testimonio por medio de, y con, la Palabra en los corazones de los que creen.

LECTURA 9: L. BERKHOF – TEOLOGÍA SISTEMÁTICA – CAPÍTULOS 3 – 7, 10 & 13

CAPITULO 3: RELACIÓN ENTRE EL SER Y LOS ATRIBUTOS DE DIOS

Algunos dogmáticos, antes de entrar a la discusión de los atributos divinos, dedican uno o varios capítulos para tratar del Ser de Dios. Así lo hicieron en sus trabajos, por ejemplo, Mastricht, Ebrard, Kuyper y Shedd. Otros prefieren considerar el Ser de Dios en relación con sus atributos, atendiendo a que en éstos se nos revela El mismo. Este es el método más común y el que se sigue en la Synopsis Purioris Theologiae, como también en las obras de Turretin, a Marck, Brakel, Bavinck, Hodge y Honig. La diferencia de trato para el tema no es indicación de que exista entre esos autores algún grave y fundamental desacuerdo. Todos ellos coinciden en que los atributos no son meros nombres que no corresponden a la realidad alguna, ni partes separadas de un Dios compuesto, sino esencialmente cualidades en las que el Ser de Dios se revela y mediante las cuales puede ser identificado. La única diferencia podría ser que unos tratan más que otros de distinguir entre el Ser de Dios y sus atributos.

EL SER DE DIOS

Es del todo evidente que el Ser de Dios no admite definición alguna. Para definir a Dios lógicamente, tendríamos que comenzar por buscar un elevado concepto bajo el cual Dios pudiera coordinarse con otros conceptos) luego señalar las características que fueran aplicables únicamente a Dios. Semejante definición genético-sintética no puede darse de Dios puesto que Dios no es una de varias especies de dioses que pueda reducirse a un simple género. Lo que resulta más posible es una definición analítico-descriptiva. Tal definición consiste en enumerar las características de una persona o cosa; pero deja sin explicar la esencia misma del Ser. Una definición de esta clase no puede ser completa, sino parcial, puesto que es imposible dar de Dios una descripción exhaustiva y positiva

(opuesta a la negativa). Consistiría en presentar una lista de todos los atributos conocidos de Dios, y éstos en gran parte son de carácter negativo.

La Biblia nunca presenta un concepto abstracto de Dios, sino que lo describe siempre como el Dios Viviente, que entra en diversas relaciones con sus criaturas, relaciones que denuncian otros tantos diferentes atributos de Dios. Kuyper, en su obra *Dictaten Dogmatiek*²¹⁶ nos dice que Dios, personificado como sabiduría, habla de su esencia en Prov. 8: 14, donde se atribuye El mismo el vocablo *tushiyach*, del hebreo, que significa "Wezen" (en la Biblia holandesa) y "consejo" en la versión castellana. La traducción holandesa es muy dudosa y merece preferencia la inglesa "counsel" y la castellana "consejo". También se ha llamado la atención al hecho de que la Biblia habla de la naturaleza de Dios en 11 Pedro 1: 4; pero esto difícilmente puede referirse a la esencia del Ser de Dios, puesto que no hemos sido hechos participantes de la esencia divina. Una indicación de la verdadera esencia de Dios se encuentra en el nombre Jehová que según la interpretación dada por Dios mismo, significa, "Yo Soy el que Soy". Fundándose en este pasaje la esencia de Dios se encontraría en el mismo hecho de ser, es decir, en la existencia abstracta, que interpretada significa, existir por sí mismo, permanecer en uno mismo, o gozar de absoluta independencia. Repetidamente se cita otro pasaje que contiene una indicación de la esencia de Dios, y que es lo que más se acerca a una definición bíblica; es a saber Juan 4: 24, "Dios es Espíritu, y los que lo adoran necesitan adorarlo en Espíritu y en verdad". Esta afirmación de Cristo indica claramente la espiritualidad de Dios. Las dos ideas que se derivan de estos pasajes, ocurren repetidamente en la teología para definirnos la esencia del Ser de Dios. En general debe decirse que la Escritura no exalta un atributo de Dios a expensas de los otros, sino que los presenta, dando la impresión de que existen en perfecta armonía en el Ser divino. Es verdad que a veces se insiste sobre uno, y en otras sobre otro; pero la Escritura claramente intenta dar el debido énfasis a cada uno de los atributos divinos. El Ser de Dios se caracteriza por una profundidad, plenitud, variedad y gloria que sobrepasa toda nuestra comprensión, y la Biblia lo presenta como un todo gloriosamente armónico sin ninguna inherente contradicción. Y esta plenitud de vida no encuentra otra manera posible de expresión que en las perfecciones de Dios.

Algunos de los Padres de la Iglesia Primitiva cayeron abiertamente bajo la influencia de la filosofía griega en lo que a la doctrina de Dios se refiere y, como Seeberg lo expresa, "no fueron más allá de la mera concepción abstracta de que el Ser divino, es la existencia absoluta sin atributos". Por algún tiempo los teólogos, en lo general, se inclinaron más bien a insistir en la trascendencia de Dios, y a reconocer la imposibilidad de cualquier conocimiento adecuado, o definición de la esencia divina. Durante la controversia trinitaria, la distinción entre la esencia única, y las tres personas de la deidad, se presentó con insistencia; pero la esencia, según generalmente se sentía, estaba mucho más allá de la comprensión humana. Sin embargo, Gregario Nacianceno, se aventuró a decir: "Hasta donde nuestro discernimiento alcanza, *ho on* y *ho theos* son de algún modo, más que otros vocablos, los nombres de la (divina) esencia, y de éstos, *ho on* es preferible". Considera que *ho hon* describe al Ser Absoluto. La esencia de Dios según la concebía Agustín, era estrechamente parecida al concepto que de ella tenía Gregario. También en la Edad Media hubo la tendencia a veces, de negar que el hombre tenga algún conocimiento de la esencia de Dios, y otras, de reducir al mínimo ese conocimiento. En algunos casos se singularizaba uno de los atributos divinos como el más significativo de la esencia de Dios. Así lo hizo Tomás de Aquino con la Aseidad, o existencia de Dios por sí mismo, y Duns Escoto, con la Infinitud. También se hizo muy común hablar de Dios como del *actus purus*, considerándolo simple. Los reformadores y sus sucesores también hablaron de la esencia de Dios incomprensible

²¹⁶ De Deo I, p. 28.

pero no creyeron que del todo fuera imposible conocerlo, aunque Lutero se expresó con mucha fuerza sobre este punto. Insistieron en la unidad, simplicidad, y espiritualidad de Dios. Las palabras de la Confesión Belga son muy características: "Todos creemos con el corazón y confesamos con la boca que hay un Ser, único, simple y espiritual, al que llamamos Dios".²¹⁷ Posteriormente los filósofos y teólogos encontraron la esencia de Dios en su ser abstracto, en la sustancia universal, en el pensamiento puro, en la absoluta causalidad, en el amor, en la personalidad y en la majestuosa santidad o lo numinoso.²¹⁸

POSIBILIDAD DE CONOCER EL SER DE DIOS.

De lo antedicho resulta evidente que la investigación acerca de la posibilidad de conocer a Dios en la esencia de su Ser atrajo la atención de los mejores intelectos de la Iglesia desde los primeros siglos. Y la opinión unánime de la Iglesia Primitiva, de la de la Edad Media y de la de la Reforma era que Dios en su más íntimo ser es el Incomprensible. Y en algunos casos el lenguaje que se usa para declararlo es tan fuerte que parece no admitir ningún grado de conocimiento del Ser de Dios. El asunto puede fácilmente llevar a confusión por causa de no entender cuál es el preciso punto a discusión, y también por no hacer la debida diferencia entre "conocer" y "comprender". Los escolásticos hablaban de tres preguntas a las que se pueden reducir todas las especulaciones respecto al ser de Dios, y son la siguientes: ¡An sit Deus! ¡Quid sit Deus! y ¡Qualis sit Deus? La primera pregunta tiene que ver con la existencia de Dios, la segunda con su naturaleza o esencia, y la tercera con sus atributos. En este párrafo estamos especialmente llamando la atención sobre la segunda de estas preguntas. Preguntamos, pues, ¿qué es Dios? ¿Cuál es la naturaleza de su íntima constitución? ¿Qué es lo que le hace ser lo que es? Para contestar convenientemente esta pregunta tendríamos que ser capaces de comprender a Dios y de poder dar una explicación de su Ser Divino, y esto es completamente imposible. Lo finito no puede comprender a lo infinito. La pregunta de Sofar: ¿Alcanzarás tú el rastro de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? (Job 11: 7) tiene la fuerza de una poderosa negativa, y si la segunda de las tres preguntas la consideramos independiente de la tercera, nuestra contestación negativa se hace mucho más inclusiva. Aparte de la revelación de Dios en sus atributos no tenemos conocimiento alguno del Ser de Dios. Pero hasta donde Dios se revela en sus atributos también podemos conocer algo de su Ser Divino, aunque en eso nuestro conocimiento está sujeto a nuestras limitaciones humanas.

Lutero usa algunas fortísimas expresiones hablando de nuestra incapacidad para conocer siquiera algo del Ser o de la esencia de Dios. Por una parte hace distinción entre el *Deus absconditus* (el Dios escondido) y el *Deus revelatus* (el Dios revelado); pero por otra parte también afirma que al conocer al *Deus revelatus* solamente lo conocemos en su inaccesible ocultamiento. Con esto da a entender que hasta en su revelación no se ha manifestado enteramente como es en su esencia, sino que ésta todavía permanece cubierta de impenetrable oscuridad. Conocemos a Dios solamente hasta donde nos lo permiten sus relaciones con nosotros. También Calvino se refirió a la divina esencia como incomprensible. Sostenía que Dios, en la profundidad de su Ser, está fuera de nuestro alcance. Hablando de lo que podemos saber acerca del quid y del qualis de Dios, decía que es inútil especular

²¹⁷ Art I

²¹⁸ Aquellos que por su esencia santa imponen terror. Conciencia de lo Santo, es decir, la divinidad. (N del Trad)

acerca del primero, en tanto que nuestro interés práctico se encuentra en el segundo. Afirma: "Están únicamente manoseando con frías especulaciones aquellos que dedican su intelecto a investigar lo que es Dios (*quid sit Deus*), cuando lo que realmente nos incumbe es saber qué clase de persona es Dios (*qualis sit*) y qué es aquello que se aviene a su naturaleza".²¹⁹ Aunque Calvino siente que Dios no puede ser conocido a la perfección, no niega que podemos conocer algo de su Ser o naturaleza. Pero este conocimiento no puede obtenerse por métodos *a priori*, sino solamente por el modo *a posteriori*, mediante los atributos a los cuales Calvino reconoce como positivas confirmaciones de la naturaleza de Dios. Ellos nos proporcionan al menos algún conocimiento de lo que es Dios, pero muy especialmente de lo que es en relación con nosotros.

Al tratar de nuestro conocimiento del Ser de Dios debemos procurar evitar la posición de Cousin, bastante rara en la historia de la filosofía, es a saber, que Dios aun en las honduras de su Ser nada tiene de incomprensible; sino que es esencialmente inteligible; pero también debemos distinguir claramente el agnosticismo de Hamilton y Mansel, según el cual, no podemos tener conocimiento alguno del Ser de Dios. No podemos comprender a Dios, no podemos conocerlo en forma absoluta y exhaustiva; pero indudablemente podemos tener un conocimiento relativo o parcial del Ser divino. Es perfectamente cierto que este conocimiento de Dios es posible solamente porque El se ha colocado en ciertas relaciones con sus criaturas morales, se ha revelado a ellas, y aunque este conocimiento está humanamente condicionado, es, no obstante, conocimiento real y verdadero, y cuando menos es un conocimiento parcial de la naturaleza absoluta de Dios. Hay diferencia entre conocer absolutamente a un Ser absoluto, y conocerlo relativa o parcialmente. No viene al caso afirmar que el hombre solamente conoce las relaciones en que Dios se presenta a sus criaturas. Sería del todo imposible tener un conocimiento adecuado de estas relaciones sin conocer algo, a la vez, de Dios y del hombre. Decir que no podemos saber nada del Ser de Dios, sino únicamente sus relaciones, equivale a decir que en nada lo conocemos y que, por tanto, no lo podemos hacer objeto de nuestra religión. Dice el Dr. Orr: "Podríamos no conocer a Dios en la profundidad de su Ser absoluto. Pero al menos podemos conocerlo hasta donde se nos revela en sus relaciones con nosotros. El asunto, por tanto, no se refiere a la posibilidad de conocer las profundidades del Ser de Dios, sino este: ¿Podemos conocer a Dios hasta donde llegan sus relaciones con el mundo y con nosotros? Dios ha entrado en relaciones con nosotros revelándonos y esto en grado superlativo en Jesucristo; y nosotros, los cristianos, humildemente confesamos que por medio de su propia revelación conocemos a Dios como el verdadero Dios, y tenemos información veraz de su carácter y voluntad. Tampoco es correcto decir que nuestro conocimiento de Dios es relativo. En parte es también conocimiento de la naturaleza absoluta de Dios".²²⁰ Estas últimas afirmaciones se dirigen probablemente a ponernos en guardia contra la idea de que todo nuestro conocimiento de Dios es meramente relativo, según el concepto humano, de manera que no tenemos seguridad de que corresponda con la realidad, tal como existe en Dios.

EL SER DE DIOS REVELADO EN SUS ATRIBUTOS

²¹⁹ Institution. I. 2.2.

²²⁰ Side-Lights on Christian Doctrine, p. 11.

De la simplicidad de Dios se sigue que El y sus atributos son uno solo. Los atributos no pueden ser considerados como otras tantas partes que entran en la composición de Dios, porque Dios no está compuesto de varias partes como los hombres. Tampoco pueden considerarse como algo agregado al Ser de Dios, por más que el vocablo derivado de *ad* y *tribuere*, parecería que apunta en esa dirección; puesto que jamás podría añadirse algo al Ser de Dios, siendo que es eternamente perfecto. Se acostumbra decir en teología que los atributos de Dios son Dios mismo según se nos ha revelado. Los escolásticos insistían en el hecho de que Dios es todo lo que tiene. El tiene vida, luz, sabiduría, amor, justicia, y con base en la Escritura podemos decir que El es vida, luz, sabiduría, amor y justicia. Además, afirmaban los escolásticos que toda la esencia de Dios es idéntica con cada uno de sus atributos, de manera que el conocimiento de Dios es Dios, la voluntad de Dios es Dios, etc. Algunos se aventuraron tanto en esa dirección como para decir que cada atributo es idéntico con cualquiera de los otros atributos y que en Dios no existen distinciones lógicas. Este extremo es sumamente peligroso. En tanto que bien puede decirse que hay en los atributos de Dios una interpenetración de manera que forman en conjunto un todo armonioso, es tomar la dirección del panteísmo eliminar todas las distinciones en Dios y decir que su aseidad es su infinitud; su sabiduría es su soberanía, su amor es su justicia y viceversa. Fue característico de los nominalistas hacer desaparecer toda verdadera distinción en Dios. Tenían temor de que admitiendo verdaderas distinciones, correspondientes a los atributos divinos se pusiera en peligro la unidad y simplicidad de Dios, y esto ciertamente constituía un propósito elevado. Según ellos las perfecciones del Ser divino existen nada más en nuestro pensamiento, sin ninguna correspondencia real en Dios. Los realistas, por otra parte, afirmaban la realidad de las perfecciones divinas. Comprendían que la teoría de los nominalistas llevada hasta su legítima conclusión conduciría hacia una negación panteísta de un Dios personal, y en consecuencia, consideraron de la mayor importancia sostener la realidad objetiva de los atributos de Dios. Al mismo tiempo procuraron poner a salvo la unidad y simplicidad de Dios sosteniendo que toda la esencia de Él se encuentra en cada atributo suyo. Dios es todo en todos y es todo en cada uno. Tomás de Aquino pensaba esto mismo cuando afirmaba que los atributos no nos revelan lo que Dios es en sí mismo, en las profundidades de su Ser, sino solamente lo que El es en relación con sus criaturas.

Naturalmente, debemos ponernos en guardia contra la idea de separar la esencia divina y los atributos o perfecciones divinas; y también contra un falso concepto de la relación que guardan entre sí. Los atributos son verdades determinativas del Ser divino, o, en otras palabras, cualidades inherentes del Ser de Dios. Shedd habla de ellos diciendo que son "una descripción analítica e íntima de la esencia".²²¹ En un sentido son idénticos, de modo que puede decirse que las perfecciones de Dios son Dios mismo como se nos ha revelado. Resulta posible ir todavía más lejos y decir con Shedd: "La esencia completa está en cada atributo, y cada atributo en la esencia".²²² Y debido a la estrecha relación que atributos y esencia conservan recíprocamente, puede decirse que el conocimiento de los atributos incluye el de la Esencia divina. Sería un error concebir que la esencia de Dios existiera por sí misma antes de que existieran los atributos, y considerar a éstos como características aditivas y accidentales del Ser Divino. Son cualidades esenciales de Dios inherentes a la esencia de su Ser y que coexisten con El. Estas cualidades no sufrirían alteración sin que también la sufriera el Ser de Dios. Y siendo todas ellas cualidades esenciales, cada una nos revela algún aspecto del Ser de Dios.

²²¹ Dogm. Theol. I. Pág. 334.

²²² Ibid. Pág. 334.

PREGUNTAS PARA AMPLIAR EL ESTUDIO

1. ¿Cómo podemos distinguir entre el Ser, la naturaleza y la esencia de Dios?
2. ¿En qué difieren, por lo general, los conceptos de la filosofía acerca del Ser esencial de Dios, y los conceptos de la teología?
3. ¿Cómo difieren con respecto a la tendencia de encontrar la esencia de Dios en el absoluto, en el amor o en la personalidad?
4. ¿Qué quiere decir Otto cuando caracteriza el Ser de Dios como "El Santo" o, "el Numinoso"?
5. ¿Por qué resulta imposible para el hombre comprender a Dios?
6. ¿Ha afectado el pecado en alguna forma al hombre en su capacidad de conocer a Dios?
7. ¿Hay alguna diferencia entre el concepto de Lutero y el de Barth acerca del "Dios escondido"?
8. ¿Difiere Calvino de ellos en lo que a éste punto se refiere?
9. ¿Participó Lutero de las ideas nominalistas de Occam, quien en otros aspectos sí lo influenció?
10. ¿De qué modo diferente de los escolásticos consideraron los Reformadores el problema de la existencia de Dios?
11. ¿Podríamos tener algún conocimiento de Dios si Él fuera un Ser puro sin atributos?
12. ¿Qué conceptos erróneos de los atributos debemos evitar? ¿Cuál es el punto de vista correcto?

LITERATURA PARA CONSULTAR

1. Bavinck, Geref. Dogm. I, páginas 91 – 113
2. Clarke, The Chr. Doct. of God, páginas 56-70
3. Dörmann, Syst. of Chr. Doct. I, páginas, 187-212;
4. Hendry, God the Creator (from the Barthian Standpoint) ;
5. Hodge, Syst. Theol. I, páginas 335-374
6. Kuyper, Dict. Dogm. De Deo I, páginas 114 - 158.
7. Orr, Chr. View of God and the World. Páginas 75-93;
8. Otten, Manual of the Hist. of Dogmas. I, páginas 254-260
9. Shedd, Dogm. Theol. I, páginas 152-194
10. Steenstra, The being of God as Unity and Trinity, páginas 1-88
11. Thompson, The Christian Idea of God, páginas 117,159
12. Thomwell, Collected Works, 1, páginas 104-172;
13. Warfield, Calvin and Calvinism, páginas 131-185 (Calvin's Doctrine of God).

CAPITULO 4: LOS NOMBRES DE DIOS

LOS NOMBRES DE DIOS EN GENERAL

En tanto que la Biblia registra diversos nombres de Dios, también nos habla del nombre de Dios, en singular, como por ejemplo, en las siguientes declaraciones. "No tomarás el nombre del Señor tu Dios

en vano", Éxodo 20: 7; "Cuán grande es tu nombre en toda la tierra", Salmo 8: 1; "Conforme a tu nombre, oh Dios, así es tu loor", Salmo 48: 10; "Su nombre es grande en Israel", Salmo 76: 1; "Torre fuerte es el nombre de Jehová: a El correrá el justo y será levantado", Prov. 18: 10. En estos ejemplos "el nombre" da a entender la plena manifestación de Dios en las relaciones con todo su pueblo, o con una sola persona, de manera que se convierte en sinónimo de Dios. Este empleo se debe al hecho de que en el pensamiento oriental, el nombre jamás se consideraba como un mero vocablo; sino como la definición de la naturaleza de la cosa designada. Conocer el nombre de una persona era adquirir poder sobre ella, y en los encantamientos los nombres de los varios dioses se usaban para ejercer poder sobre ellos. Entonces, en el sentido más general del vocablo, el nombre de Dios es su propia revelación. Se designa El, no como existe en las profundidades de su Ser divino, sino como se revela en sus relaciones con el hombre. Para nosotros el único nombre general de Dios se ha dividido en muchos nombres, los cuales expresan las muchas fases del Ser de Dios. Se debe únicamente al hecho de que Dios se ha revelado en su nombre (nomen editum) el que podamos ahora designarlo por ese nombre en sus varias formas (nomina indita). Los nombres de Dios no son de invención humana, sino de origen divino, aunque los vocablos se han pedido prestados al lenguaje humano y se derivan de relaciones humanas y terrenales. Son antropomórficos y señalan un condescendiente acercamiento de Dios al hombre.

Los nombres de Dios constituyen una dificultad para el pensamiento humano. Dios es el Incomprensible, infinitamente superior a todo lo que es temporal; pero en sus nombres desciende a todo lo que es finito y se hace semejante al hombre. Por una parte no podemos nombrarle y por la otra tiene muchos nombres. ¿Cómo puede explicarse esto? ¿Sobre qué base se aplican estos nombres al Dios infinito e incomprensible? Debe recordarse que son de invención humana y que nada nos descubren del íntimo Ser de Dios. Fueron dados por Dios mismo con la seguridad de que contienen en cierta medida una revelación del Ser de Dios. Tal cosa fue posible por el hecho de que el mundo y con él todas sus relaciones fue ideado para que constituyera una revelación de Dios. Debido a que el Incomprensible se revela en sus criaturas, resulta posible para el hombre nombrarlo como si se tratara de una criatura. Para darse a conocer al hombre, Dios ha descendido hasta el nivel del hombre para acomodarse a su conciencia limitada y finita, y para hablarle en el lenguaje humano. Si darle a Dios nombres antropomórficos es limitarlo, como algunos dicen, entonces esto tiene que ser cierto en un grado muy superior cuando se trata de la revelación de Dios en la creación. Luego, pues, el mundo no revela a Dios, sino que lo esconde; y por tanto, el hombre no se relaciona con Dios sino que sencillamente forma la antítesis de Él, y lógicamente quedamos encerrados en un agnosticismo sin esperanza.

De lo que dijimos acerca del nombre de Dios en general, se sigue que podemos incluir bajo el título de nombre de Dios no solamente los apelativos por medio de los cuales se le señala como un ser personal e independiente, y con los cuales le invocamos; sino también los atributos de Dios, y no sólo los meros atributos del Ser divino en general, sino también los que designan separadamente a cada una de las Personas de la Trinidad. El Dr. Bavinck funda su división de los nombres de Dios sobre esta amplia concepción; distinguiendo entre nomina propria (nombres propios), nomina essentialia (nombres esenciales o atributos), nomina personalia (nombres personales, como Padre, Hijo, y Espíritu Santo). En este capítulo vamos a limitarnos a la discusión de la primera de estas tres clases.

LOS NOMBRES DEL ANTIGUO TESTAMENTO Y SU SIGNIFICADO.

'EL, 'ELOHIM Y 'ELYON

El más sencillo nombre por el que Dios se designa en el Antiguo Testamento es 'El, que posiblemente se deriva de 'ul, ya tenga el sentido de ser primero, ser señor" o de ser fuerte y poderoso. El nombre 'Elohim (plural) es 'Eloah (en singular) y probablemente se deriva de aquella misma raíz, o de 'alah, que significa, ser herido de temor; y por tanto, designa a Dios como el fuerte y poderoso, o como el que debe ser temido. El nombre en su forma singular casi nunca ocurre, salvo en poesía. La forma plural ('Elohim) se considera como intensiva, y por lo mismo sirve para indicar plenitud de poder. El nombre 'Elyon se deriva de 'alah, que significa subir, ser elevado, y designa a Dios como el Alto, el Glorioso, Gen 14: 19, 20; Núm. 24: 16; Isa. 14: 14. Ese nombre se encuentra especialmente en la poesía. Sin embargo, estos nombres no son nomina propia en el sentido estricto de la palabra, porque también se usan para los ídolos, Sal 95: 3; 96: 5; para los hombres, Gen 33: 10; Ex 7: 1, y para los gobernantes, Jue. 5: 8; Ex 21: 6; 22: 8-10; y Sal 82: 1.

'ADONAI

El significado de este nombre se relaciona con el de los anteriores. Se deriva, bien de dun (se pronuncia din) o de 'adan, siendo en ambos casos su significado, juzgar, gobernar, y por eso sirve para designar a Dios, el todopoderoso Regente, a quien están sujetas todas las cosas y ante quien el hombre se relaciona como siervo. En los tiempos primitivos este era el nombre con que el pueblo de Israel se dirigía a Dios. Posteriormente lo sustituyó en mucho el nombre Jehová (Yahweh). Todos los nombres hasta aquí mencionados describen a Dios como el Alto y Sublime, el Dios trascendente. Los nombres que siguen indican el hecho de que este Ser sublime condesciende a entrar en relaciones con sus criaturas.

SHADDAI Y 'EL-SHADDAI

El nombre Shaddai se deriva de "shadad", que significa ser poderoso, y sirve para indicar a Dios, el poseedor de toda potencia en el cielo y en la tierra. Otros, sin embargo, lo hacen derivar de shad, que significa señor. En un punto muy importante difiere de 'Elohim, el Dios de la creación y de la naturaleza. En este nombre vemos a Dios sujetando todos los poderes de la naturaleza y subordinándolos al programa de la divina gracia. Aunque insiste en la grandeza de Dios, no lo presenta como al que debe verse con temor y terror, sino como al que es fuente de bendición y consuelo. Este es el nombre con que Dios aparecería a Abraham, el padre de los creyentes, Ex 6: 2.

YAHWEH Y YAHWEH TSEBHAOTH

Este nombre Yahweh, es el que especialmente fue desplazando poco a poco a los otros primeros nombre, pues en éste Dios se reveló como el Dios de gracia. Siempre. Se ha considerado que este es el más sagrado y el más característico de los nombres de Dios, el nombre incommunicable. Los judíos tenían temor supersticioso de usado, ya que leían el Lev. 24: 16 como sigue: "Y el que pronunciare el nombre Yahweh, irremisiblemente ha de morir". De consiguiente al leer la Santa Escritura sustituían este nombre por 'Adonai o por Elohim. Y los masoretas, aunque dejaban intactas las consonantes le

asignaban las vocales de estos nombres y más frecuentemente las de 'Adonái. La verdadera derivación del nombre, su pronunciación original y su significado, están más o menos perdidos en la oscuridad. El Pentateuco conecta el nombre con el nombre hebreo hayah, que significa, ser, Ex 3: 13, 14. La fuerza de este pasaje nos permite creer que el nombre, con toda probabilidad, se deriva de una forma arcaica de aquel verbo, es decir, hawah. Hasta donde tiene que ver con la forma puede considerarse como la tercera persona del imperfecto qaj, o, hiphil. Sin embargo, la semejanza es mayor con la primera. El significado está explicado en Ex 3:14, que se interpreta, "yo soy el que soy", o, "yo seré el que seré". Con esta interpretación el nombre apunta a la inmutabilidad de Dios. No obstante, no se refiere a la inmutabilidad del Ser esencial de Dios, sino a la inmutabilidad de la relación que tiene con su pueblo. El nombre contiene la seguridad de que Dios será para el pueblo del tiempo de Moisés, lo que fue para sus padres, Abraham, Isaac y Jacob. Insiste en la fidelidad del pacto de Dios usando su nombre por excelencia, Ex 15: 3; Sal 83: 19; Oseas 12: 6; Is. 42: 8 y por esto no se usa con referencia a ningún otro, sino solamente al Dios de Israel. El carácter exclusivo del nombre se descubre en el hecho de que nunca ocurre en plural o con un sufijo. Las formas abreviadas de él que se encuentran especialmente en nombres compuestos son Yah y Yahu.

El nombre Yahweh se corrobora frecuentemente con la adición de tsebhaath. Orígenes y Jerónimo consideraron la palabra compuesta como una aposición, porque Yahweh no admite formas compuestas. Pero esta interpretación no está suficientemente garantizada y difícilmente proporciona un sentido inteligible. Más bien, es muy difícil determinar a qué se refiere la palabra tsebhaath. Existen especialmente tres opiniones:

1. Los ejércitos de Israel. Puede dudarse de lo correcto de este concepto. La mayor parte de los pasajes que se citan para sostener esta idea no comprueban tal afirmación; solamente tres de ellos contienen una aproximación de prueba, y son I Sam 4: 4; 17: 45; II Sam 6: 2, en tanto que otro, II Reyes 19: 31, es más bien desfavorable a tal concepto. En tanto que el plural tsebhaath se usa con frecuencia a los ejércitos de la nación israelita, cuando se habla de un ejército se le señala por medio del singular, lo cual va en contra de la noción, inherente a este concepto de que en el nombre Yahweh Tsebhaath, Tsebhaath se refiere al ejército de Israel. Además, es claro que en los Profetas, el nombre "Jehová de los Ejércitos" no se refiere a Jehová como el Dios de la guerra. Y si el significado del nombre cambia, ¿por qué cambia?
2. Las estrellas. Pero hablando del ejército del cielo la Escritura usa el singular y nunca el plural. Además, en tanto que a las estrellas se les llama el ejército del cielo, nunca se les designa como el ejército de Dios.
3. Los ángeles. Esta interpretación merece la preferencia. El nombre Yahweh tsebhaath se encuentra a menudo en relatos en que se mencionan ángeles I Sam 4:4; II Sam 6:2; Is. 37: 16; Oseas 12:4, 5; Sal 80: 1, 4, 7, 14, 19; Sal 89: 6-8. Los ángeles se presentan, repetidamente, como un ejército que rodea el trono de Dios, Gen 28: 12; 32:2; Jos. 5: 14; I Reyes 22: 19; Sal 68: 17; 103: 21; 148: 2; Is. 6: 2. Es cierto que también en este caso se usa generalmente el singular; pero ésta no es objeción grave, porque la Biblia también indica que había diversas clases de ángeles, Gen 32: 2; Deut. 33: 2, Sal 68: 17. Además esta interpretación está en armonía con el significado del nombre, que no tiene sabor guerrero, sino que expresa la gloria de Dios como Rey. Deut. 33: 2; I Reyes 22: 19; Sal 24: 10; Is. 6: 3; 24: 23; Zac. 14: 16. Jehová de los Ejércitos es, pues, Dios, como Rey de Gloria, que está rodeado por ejércitos de ángeles, Dios que gobierna el cielo y la tierra por el bien de su pueblo, y que recibe gloria de todas sus criaturas.

LOS NOMBRES DE DIOS EN EL NUEVO TESTAMENTO Y SU INTERPRETACIÓN

THEOS

El Nuevo Testamento tiene los equivalentes griegos de los nombres del Antiguo Testamento. Para 'El, 'Elohim y Elyon tiene Theos que es el nombre que más comúnmente se aplica a Dios. Como 'Elohim, también Theos podía adaptarse para usarse respecto a los dioses gentiles, aunque estrictamente hablando expresa esencialmente la deidad. 'Elyon se traduce Hupsistos Theos, Mar. 5: 7; Luc. 1: 32, 35, 75; Hech. 7: 48; 16: 17; Heb. 7: 1. Los nombres Shaddai y, El-Shaddai se traducen Pantokrato, y Theos Pantokrator, II Cor. 6: 18; Apoc. 1: 8; 4: 8; 11: 17; 15: 3; 16: 7, 14. Sin embargo, más generalmente, Theos se encuentra con genitivo de posesión, como mou, sou, hemon, humon, porque en Cristo, Dios puede ser considerado como el Dios de todos y de cada uno de sus hijos. La idea religiosa nacional del Antiguo Testamento ha dejado su lugar a la idea individual.

374

KURIOS

El nombre Yahweh se explica unas cuantas veces por variaciones de carácter descriptivo, tales como "El Alfa y la Omega", "el que es, el que era y el que ha de venir", "el principio y fin", "el primero y el último", Apoc. 1: 4, 8, 17; 2: 8; 21: 6; 22: 13. Sin embargo, en lo demás, el Nuevo Testamento sigue a la Septuaginta, en la que se sustituyó Yahweh por 'Adonai, traduciendo éste por Kurios, que se deriva de kuros que significa poder. Este nombre no tiene exactamente la misma connotación que Yahweh; pero designa a Dios como el Poderoso, el Señor, el Poseedor, el Regente que tiene autoridad y poder legal. No se aplica solamente a Dios, sino también a Cristo.

PÁTER

Con frecuencia se dice que el Nuevo Testamento introdujo un nuevo nombre para Dios, es decir, Páter (Padre). Pero esto difícilmente puede ser correcto. El nombre Padre se usa para la Deidad aun en las religiones paganas. Se usa repetidamente en el Antiguo Testamento para designar la relación de Dios con Israel, Deut. 32: 6; Sal 103: 13; Is. 63: 16; 64: 8; Jer. 3:4, 19; 31:9; Mal.1:6; 2: 10; en tanto que a Israel se le llama el hijo de Dios, Ex 4: 22; Deut. 14: 1; 32: 19; Is. 1: 2; Jer. 31: 20 Oseas 1: 10; 11: 1. En tales casos este nombre expresa la relación teocrática especial que Dios guarda para con Israel. En el sentido general de Originador o Creador se usa este nombre en los siguientes pasajes del Nuevo Testamento: I Cor. 8: 6; Ef. 3: 15; Heb. 12: 9; Sant. 1: 18. En todos los demás lugares en que se encuentra, sirve para expresar, bien sea la relación que la primera Persona de la Trinidad guarda con Cristo como Hijo de Dios, o bien el sentido metafísico, o el medianero; o la relación ética en la que Dios se coloca en cuanto a todos los creyentes como sus hijos espirituales.

CAPITULO 5: LOS ATRIBUTOS DE DIOS EN GENERAL

EVALUACIÓN DE LOS TÉRMINOS USADOS

No es ideal el nombre "Atributos", puesto que transfiere la noción de añadir o asignar algo a uno, y por tanto, se presta para crear la noción de algo que se añade al Ser Divino. Sin duda el término "propiedades" es mejor, sirviendo para señalar algo que es propio de Dios, y de Dios solamente. Como es natural, hasta donde algunos de los atributos son comunicables, el carácter absoluto de lo propio se debilita, puesto que hasta esos puntos algunos de esos atributos dejan de ser propios de Dios en el sentido absoluto de la palabra. Pero hasta este término contiene la sugerencia de una distinción entre la esencia o naturaleza de Dios y aquello que le pertenece. Por todo ello, es preferible hablar de las "perfecciones" o "virtudes" de Dios, entendiendo sin confusión posible, a pesar de todo, que en este caso el término "virtudes" no se usa en un sentido puramente ético. Haciéndolo así logramos, (a) seguir el uso bíblico en el cual se emplea el vocablo arete, traducido "Virtuoso" o, "excelencias", en I Pedro 2: 9; Y (b) evitamos la sugerencia de que algo sea añadido al Ser Divino. Sus virtudes no son añadiduras a su Ser; sino que su Ser es la pléroma (plenitud) de sus virtudes y El se revela en ellas. Pueden definirse como las perfecciones atribuidas al Ser Divino en la Escritura, o las que son visiblemente ejercitadas por El en las obras de Creación, Providencia V Redención. Si todavía continuamos usando el nombre "Atributos", se debe a que es de uso general, y a que ya dejamos explicado que tiene que ser excluida enérgicamente la idea de que algo se añade al Ser de Dios.

MÉTODOS PARA DETERMINAR LOS ATRIBUTOS DE DIOS.

En su intento de construir un sistema de teología natural, los escolásticos afirmaban tres maneras para determinar los atributos de Dios, a las que dieron la designación siguiente: (1) Vía Causalitatis, (2) Vía negationis, y (3) Vía eminentiae. Por la primera, la senda de la causalidad, nos levantamos desde los efectos que vemos en el mundo que nos rodea, hasta la idea de la primera causa; desde la contemplación de la creación hasta la idea de un Todopoderoso Creador; y desde la observación del gobierno moral del mundo hasta la idea de un poderoso y sabio Gobernante. Por la segunda, la senda de la negación, removemos de nuestra idea de Dios todas las imperfecciones que vemos en sus criaturas como inconsistentes con la idea de un Ser Perfecto y le adscribimos todas las opuestas perfecciones. Apoyándonos en este principio hablamos de Dios como independiente, infinito, incorpóreo, inmenso, inmortal e incomprensible. y finalmente, por la tercera, la senda de la eminencia, adscribimos a Dios, en el más eminente grado, las relativas perfecciones que descubrimos en el hombre, según el principio de que lo que existe es un efecto que preexiste en su causa, y todavía más, en el absoluto sentido de la palabra, en Dios, como el Ser más perfecto. Este método puede apelar a algunos porque procede de lo conocido a lo desconocido, pero no es el método adecuado para la teología dogmática. Tiene su punto de partida en el hombre y formula sus conclusiones partiendo de lo que encuentra en el hombre para llegar a lo que se encuentra en Dios. Y hasta donde lo hace así, resulta el hombre la medida de Dios. Ciertamente éste no es el procedimiento del método teológico. Además, basa su conocimiento de Dios en conclusiones humanas más bien que en la revelación que Dios ha hecho de sí mismo en su Palabra divina, y con todo, esta es la única fuente adecuada del conocimiento de Dios. Aunque aquel método pudiera seguirse en una así llamada teología natural, no se adapta a una teología fundada en la revelación.

Otro tanto puede decirse de los métodos que para la teología experimental han sugerido sus modernos representativos. Un ejemplo típico de ello se encuentra en la obra de Macintosh, *Theology*

As An Empirical Science²²³. Este autor menciona tres métodos de procedimiento. Podemos comenzar (1) con nuestras intuiciones de la realidad de Dios, esas irrazonables certidumbres que están inmoviblemente arraigadas en la experiencia inmediata. Una de ellas es que el objeto de nuestra dependencia religiosa es absolutamente suficiente para nuestras necesidades imperiosas. En todas partes pueden sacarse deducciones, especialmente, de la vida de Jesús y de lo que se parece a ella. Nuestro punto de partida también lo encontraremos (2) no en las certezas del hombre, sino en sus necesidades. El práctico y necesario postulado es que Dios es absolutamente suficiente y absolutamente confiable en cuanto tiene relación con las necesidades religiosas del hombre. Sobre tal fundamento el hombre puede construir su doctrina de los atributos de Dios. Y, finalmente, (3) también es posible seguir un método más pragmático, que descansa sobre este principio: Podemos saber hasta cierto punto lo que las cosas y las personas son, sobrepasando nuestras inmediatas percepciones mediante la observación de lo que esas cosas o personas hacen. Macintosh encuentra que es necesario valerse de los tres métodos anteriores.

Ritschl quiere que partamos de la idea de que Dios es amor, y nos preguntará lo que se encierra en este muy característico concepto acerca de Dios. Desde luego que el amor es personal, implica la personalidad de Dios, y de esta manera nos proporciona un principio para la interpretación del mundo y de la vida del hombre. El pensamiento de que Dios es amor trae consigo la convicción de que puede ejecutar su propósito de amor, es decir, que su voluntad será supremamente efectiva en el mundo. Esto nos trae la idea de un Creador Todopoderoso. Y en virtud de este pensamiento básico también afirmamos que Dios es eterno, puesto que para dirigir todas las cosas hacia la realización de su Reino, contempla el final desde el principio. En un estilo muy semejante dice el Dr. W. A. Brown: "Obtenemos nuestro conocimiento de los atributos analizando la idea de Dios que ya hemos alcanzado mediante la revelación en Cristo; y luego ordenamos esos atributos de manera que nos den los rasgos distintivos de la idea de Dios en su más clara expresión"²²⁴.

Todos estos métodos tienen su punto de partida en la experiencia humana, más bien que en la Palabra de Dios. Deliberadamente ignoran la clara y propia revelación de Dios en la Escritura, exaltando, en cambio, la idea del descubrimiento de Dios por el hombre. Quienes se apoyan en semejantes métodos tienen una exagerada idea de su propia capacidad para encontrar a Dios y para determinar su naturaleza inductivamente, por medio de aprobados "métodos científicos". Al mismo tiempo cierran sus ojos a la única avenida por la cual podrían obtener verdadero conocimiento de Dios, es decir, su revelación especial, olvidándose aparentemente del hecho de que solamente el Espíritu de Dios escudriña y revela las cosas profundas de Dios para dárnoslas a conocer. Este método tan propio de ellos los obliga a rebajar a Dios hasta el nivel del hombre, a insistir en su inmanencia a costa de su trascendencia, haciéndolo inseparable del mundo. El resultado final de esta filosofía nos da un Dios hecho a la imagen del hombre. James condena todo intelectualismo en religión y sostiene que la filosofía en la forma de teología escolástica falla por completo cuando trata de definir los atributos de Dios en forma científica, como falla también al tratar de probar su existencia. Después de apelar al libro de Job dice: "El raciocinio es una senda relativamente superficial e irreal hacia la deidad". Y concluye James su discusión con las siguientes significativas palabras: "Con toda sinceridad pienso que debemos llegar a la conclusión de que carecen absolutamente de esperanza todos los empeños que, valiéndose de procesos enteramente intelectuales, se encaminan a demostrar la verdad de las

²²³ Pág. 159 y siguientes

²²⁴ Crr. Theol. In Outline, pag, 101

afirmaciones respecto a experiencias directamente religiosas."²²⁵ James tiene más confianza en el método pragmático que busca un Dios que satisface las necesidades prácticas del hombre. En su concepto basta con creer que "más allá de cada hombre y en forma inseparable de él existe un gran poder que ve con simpatía al hombre y a sus ideales. Todo lo que los hechos requieren es que ese poder sea otro, y más grande que lo que tenemos conciencia de ser nosotros. Cualquier poder de cualquiera dimensión sería bueno con tal de que fuera suficientemente grande para merecer nuestra confianza al momento de dar el próximo paso. No necesita ser ni infinito ni único. Hasta puede concebirse un poco más grande que uno de nosotros y más semejante a Dios mismo, en forma tal que el actual yo de cada uno no parezca sino mutilada expresión. Todo el universo puede concebirse como una colección de esos poderes personales, de diferentes grados y alcances, sin que absolutamente reine entre ellos ninguna forma de unidad".²²⁶ Así se nos abandona a la idea de un Dios finito.²²⁷

El único camino adecuado para obtener perfectamente un conocimiento fidedigno de los atributos divinos es el estudio de la revelación de Dios mismo en la Escritura. Ciertamente es que podemos adquirir algún conocimiento de la grandeza y poder, la sabiduría, y bondad de Dios, por medio del estudio de la naturaleza; pero aun para alcanzar un adecuado concepto de estos atributos será necesario que volvamos a la Palabra de Dios. En la teología de la revelación procuramos aprender de la Palabra de Dios cuales son los atributos del Ser divino. El hombre no extrae conocimiento de Dios como lo hace de otros objetos de estudio; sino que Dios mismo es quien le concede ese conocimiento al hombre, un conocimiento dado por el mismo Dios, y que al hombre solamente toca aceptarlo y apropiárselo. Por consiguiente, para lograr la apropiación y entendimiento del conocimiento revelado, es de la mayor importancia reconocer el hecho de que el hombre fue creado a la imagen de Dios y que en consecuencia halla edificantes analogías en su propia vida. A diferencia del método a priori de los escolásticos que deducían los atributos haciéndolos originar de la idea de un Dios perfecto, nuestro método puede llamarse a posteriori, puesto que tiene su punto de partida no en un Ser abstractamente perfecto, sino en la plenitud de la revelación del mismo Dios, y a la luz de ella procuramos conocer al Ser divino.

DIVISIONES QUE SUGERIMOS PARA LOS ATRIBUTOS.

El problema de la clasificación de los atributos divinos ha cautivado durante mucho tiempo la atención de los teólogos. Diversas clasificaciones se han sugerido, la mayor parte de las cuales distinguen dos clases generales. Estas clases se distinguen por diferentes nombres y representan diferentes puntos de vista; pero sustancialmente son una misma en las diversas clasificaciones. Las que siguen son las más importantes:

1. Algunos hablan de atributos naturales y morales. De los primeros son, por ejemplo, la propia existencia, la simplicidad, la infinitud, etc., y pertenecen a la naturaleza constitucional de Dios, distinguiéndose de su voluntad. Los atributos morales, son, por ejemplo, la verdad, la bondad,

²²⁵ Varieties of Religious Experience. pág. 455.

²²⁶ Ibid, Pág. 525.

²²⁷ Compárese Baillie, Our Knowledge of God, Págs. 251 y siguientes.

- la misericordia, la justicia, la santidad, etc., que caracterizan a Dios como Ser moral. La objeción a esta clasificación es que los designados como atributos morales son en efecto, tan verdaderamente naturales (es decir, originales) en Dios, como lo son los otros. Dabney prefiere esta división; pero admite, en vista de la citada objeción, que los términos usados en la clasificación no son adecuados. El preferiría hablar de atributos morales y no morales.
2. Otros distinguen entre atributos absolutos y relativos. Los primeros corresponden a la esencia de Dios considerado en sí mismo, en tanto que los segundos corresponden a la esencia divina en relación con su creación. En la primera clase quedan incluidos atributos como la existencia propia, la inmensidad, la eternidad; y en la segunda otros atributos como la omnipresencia y la omnisciencia. Esta división parece fundarse sobre la hipótesis de que podemos adquirir algún conocimiento de Dios, tal como es en sí mismo, sin tomar en cuenta para nada las relaciones que mantiene con sus criaturas. Pero esto no es así, y por consiguiente propiamente hablando, todas las perfecciones de Dios son relativas, y señalan lo que El es en relación con el mundo. Evidentemente Strong no reconoce la objeción, y prefiere esta división.
 3. Además, otros dividen las perfecciones divinas en atributos inmanentes o intransitivos, y emanentes o transitivos. Strong combina esta división con la precedente cuando habla de atributos absolutos o inmanentes y relativos o transitivos. Los primeros son aquellos que no se proyectan ni operan fuera de la esencia divina sino que permanecen inmanentes, tales como la inmensidad, la simplicidad, la eternidad, etc., y los segundos son aquellos que irradian y producen efectos externos de Dios, como la omnipotencia, la benevolencia, la justicia, etc. Pero si algunos de los atributos divinos fueran estrictamente inmanentes, todo conocimiento de ellos estaría fuera de nuestro alcance. H. B. Smith recalca que cada uno de los atributos debe ser tanto inmanente como transeúnte.
 4. La distinción más común es la que clasifica los atributos en incommunicables y comunicables. Los primeros son aquellos que ninguna analogía tienen con la criatura, por ejemplo, la aseidad, la simplicidad, la inmensidad, etc.; los segundos son aquellos que tienen alguna analogía con las propiedades del espíritu humano, por ejemplo, el poder, la bondad, la misericordia, la justicia, etc.

Esta distinción no encuentra aprobación entre los luteranos, pero en los círculos reformados siempre ha sido popular y puede encontrarse en obras tan representativas como las de los profesores de Leyden,²²⁸ Maastricht y Turretin. Sin embargo, se sintió desde muy al principio que esta distinción era insostenible sin añadirle una calificación más precisa puesto que desde cierto punto de vista todos los atributos pueden llamarse comunicables. Ninguna de las perfecciones divinas es comunicable en la infinita perfección con que se encuentra en Dios; pero al mismo tiempo existen débiles rasgos en el hombre, hasta de aquellos atributos de Dios que llamamos incommunicables. Entre los más recientes teólogos reformados hay la tendencia de rechazar esta distinción en favor de alguna otra división. Dick, Shedd y Vos conservan la antigua división. Kuyper expresa su desafecto con ella y, sin embargo, la reproduce en sus virtudes per antithesin y virtudes per synthesin. Bavinck, después de seguir otro orden en su primera edición de su Dogmática, vuelve al primer orden en la segunda edición. Honig prefiere seguir la división dada por Bavinck en su primera edición. Y, finalmente Hodge, H. B. Smith y Thornwell siguen una división sugerida por el Catecismo de Westminster. Sin embargo, la clasificación de los atributos en dos divisiones principales, como se encuentran en las clasificaciones que acabamos de presentar, es realmente característica de todas las otras divisiones, de modo que todas

²²⁸ Synopsis Purioris Theologiae.

quedan sujetas a la objeción de que aparentemente dividen el Ser de Dios en dos partes; que la primera que se discute es, Dios como es en sí mismo, Dios como el Ser Absoluto; y en seguida, Dios como es en relación con sus criaturas, Dios como un Ser personal. Se dirá, posiblemente, que tal manera de tratar los atributos no proporciona de ellos un concepto concreto y armonioso. Esta dificultad sin embargo, se hace obvia, si se entiende con claridad que las dos clases de atributos mencionados no están estrictamente coordinados; sino que los que pertenecen a la primera clase caracterizan a todos los que pertenecen a la segunda, de manera que puede afirmarse que Dios es uno, absoluto, inmutable e infinito en su conocimiento y sabiduría, en su bondad y amor, en su gracia y misericordia, en su justicia y santidad. Si tenemos en mente lo anterior, y también recordamos que ninguno de los atributos de Dios es incommunicable en el sentido de que no haya en el hombre alguna traza de él; y que ninguno es comunicable en el sentido de que se encuentre en el hombre en la misma plenitud con que se encuentra en Dios, veremos que no hay razón para que nos apartemos de una ya antigua clasificación que se considera familiar en la teología reformada. Por razones prácticas parece muy deseable conservada.

PREGUNTAS PARA AMPLIAR EL ESTUDIO

1. ¿Qué objeciones se hacen al uso del término "atributos", aplicado a Dios?
2. ¿Se hacen las mismas objeciones al término alemán "Eigenschaften" y al holandés "eigenschappen"?
3. ¿Con qué nombre designaba Calvino los atributos?
4. ¿Qué objeción se hace al concepto que toma los atributos como partes de Dios o como adiciones al Ser Divino?
5. ¿Qué conceptos defectuosos acerca de los atributos eran comunes en la Edad Media?
6. En su investigación sobre los atributos ¿seguían los escolásticos un medio a priori o a posteriori; deductivo o inductivo?
7. ¿Por qué el método escolástico se considera genuinamente extraño a la teología de la revelación?
8. ¿Qué otras clasificaciones de los atributos se han sugerido además de las que hemos mencionado en este capítulo?
9. ¿Por qué, tácitamente, está fuera de lugar proporcionar una división perfecta?
10. ¿Qué división sugiere el Catecismo Menor de Westminster? (Véase P. y R. 4.)

LITERATURA PARA CONSULTAR

1. Bavinck, Geref Dogm. II, pp. 100-123
2. Dabney, Lectures on Theol. pp. 147-151
3. Hodge, Syst. Theol. I, pp. 368-376
4. Honig, Geref. Dogm. pp. 182-185
5. Kaftan, Dogm. pp. 168-181
6. Kuyper, Dict. Dogm. De Deo I, pp. 268-287
7. Pieper, Christ. Dogm. I, pp. 524-536
8. Pope. Chr. Theol. I, pp. 287-291
9. Shedd, Dogm. Theol. I, pp. 334-338

10. Steenstra, *The Being of God as Unity and Trinity*. pp. 89-11.
11. Thomwell, *Collected Works*. I, pp. 158-172

CAPITULO 6: LOS ATRIBUTOS INCOMUNICABLES (DIOS COMO SER ABSOLUTO)

Ha sido muy común en la teología, hablar de Dios como del Ser Absoluto. Al mismo tiempo resulta que el término "absoluto" es más característico de la filosofía que de la teología. En la metafísica, el término "el Absoluto" es una designación para la última base de toda existencia; y se piensa a veces que el Absoluto de la filosofía y el Dios del teísmo son uno y el mismo. Pero eso, no necesariamente es así. De hecho, resulta imposible igualar el concepto usual del Absoluto con el Dios de la Biblia y de la Teología Cristiana. El término "absoluto" se deriva del latín *absolutus*, vocablo compuesto de *ab*, (desde) y *Volveré* (soltar), lo que indica una condición de libertad, o libre de limitaciones e impedimentos. Este pensamiento fundamental se elaboró en diversas maneras, y así fue como el Absoluto se consideró como aquel que está libre de todas las condiciones (El Incondicionado, o El que existe por sí mismo); libre de todas las relaciones, (El Irrelacionado); libre de todas las imperfecciones (El Perfecto); libre de todo fenómeno de diferencia o distinción, tales como materia y espíritu, Ser y atributos, sujeto y objeto, apariencia y realidad, (La Realidad, o Última Realidad).

La respuesta a la pregunta sobre que si el Absoluto de la filosofía puede identificarse con el Dios de la teología, depende del concepto que uno tenga del Absoluto. Si Spinoza concibe al Absoluto como al Ser que subsiste por sí mismo y con respecto al cual, todas las cosas particulares no son sino fugaces formas, identificando de esta manera a Dios con el mundo, entonces no podemos participar con este concepto del Absoluto como Dios. Cuando Hegel contempla al Absoluto como la unidad del pensamiento y del ser, como la totalidad de todas las cosas y que incluye todas las relaciones, y en el cual todas las desarmonías del presente se resuelven en una perfecta unidad, nos vemos otra vez en la imposibilidad de seguirlo para reconocer a este Absoluto como Dios, y cuando Bradley dice que su Absoluto no tiene relación con nada, y que no puede existir ninguna relación práctica entre el Absoluto y la voluntad finita, tenemos que estar de acuerdo en que ese Absoluto no puede ser el Dios de la religión cristiana, puesto que éste sí entra en relaciones con sus criaturas finitas. Bradley no puede concebir al Dios de la religión sino como finito. En cambio, cuando al Absoluto se le define como la Primera causa de todas las cosas existentes, o como la última base de toda realidad, o como el Ser que existe por sí mismo, éste sí puede ser considerado como idéntico con el Dios de la teología. El es el único Infinito, que no existe sujeto a ningunas necesarias relaciones, porque se basta por sí mismo, pero al mismo tiempo puede libremente entrar en diversas relaciones con su creación como un todo, y con sus criaturas. En tanto que los atributos incommunicables acentúan el Ser Absoluto de Dios, los atributos comunicables acentúan el hecho de que El entra en diversas relaciones con sus criaturas. Vamos, en este capítulo, a considerar las siguientes perfecciones de Dios.

LA PROPIA EXISTENCIA DE DIOS

Dios existe por sí mismo. La base de su existencia se encuentra en el mismo. A veces, esta idea se expresa diciendo que El es causa sui (su propia causa); pero esta expresión difícilmente puede ser acertada, puesto que Dios no tiene causa; El existe por la necesidad de sí propio y por tanto, necesariamente. El hombre, al contrario, no existe necesariamente, y tiene la causa de su existencia

fuera de sí mismo, La idea de la propia existencia de Dios se expresaba generalmente por el vocablo *aseitas*, que significa que tiene su origen en sí mismo, pero los teólogos reformados casi generalmente sustituyeron esta expresión por el vocablo *independencia*, que expresa que Dios no es solamente independiente en su Ser, sino que también lo es en todo posible aspecto: en sus virtudes, decretos, obras, etc. Podría decirse que existe en la criatura una débil huella de esta perfección; pero sólo en el sentido de que la criatura, aunque es absolutamente dependiente, tiene, sin embargo, su propia existencia diferente. Pero naturalmente, esto dista mucho de lo que es existencia propia. Este atributo de Dios está generalmente reconocido, se da por entendido en todas las religiones paganas, y en el Absoluto de la filosofía. Cuando se concibe al Absoluto como existente por sí mismo, y como la última razón de todas las cosas, que voluntariamente entra en variadas relaciones con otros seres, puede identificarse como el Dios de la teología. Siendo el Dios que existe por sí mismo, no es independiente sólo en sí mismo, sino que también hace que todas las cosas dependan de Él. Esta propia existencia de Dios encuentra expresión en el nombre Jehová. Únicamente como existente por sí mismo, y como el Único Independiente, puede Dios darnos la seguridad de que eternamente será el mismo en relación con su pueblo. Se encuentran indicaciones adicionales de lo anterior, en la afirmación de Juan 5: 26, "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio también al Hijo que tuviese vida en sí mismo"; en la declaración de que El es independiente de todas las cosas, y que todas las cosas existen solamente por causa de Él, Salmo 94: 8 y siguientes; Isa. 40: 18 y siguientes; Hechos 7: 25; Y en afirmaciones que implican su independencia de pensamiento, Rom. 11: 33, 34, su independencia de voluntad, Dan. 4: 35; Rom. 9: 19; Ef. 1: 5; Apoc. 4: 11; su independencia de poder, Salmo 115: 3; Y su independencia de designio, Salmo 33: 11.

LA INMUTABILIDAD DE DIOS

La inmutabilidad de Dios es necesaria concomitante de su Aseidad. La inmutabilidad es aquella perfección por medio de la cual, Dios se despoja de todo cambio no solamente en su Ser, sino también en sus perfecciones, propósito y promesas. En virtud de este atributo queda exaltado sobre todos los sucesos, y está libre de todo aumento o disminución, de todo crecimiento o decadencia en su Ser y en sus perfecciones. Su conocimiento y planes, sus principios morales y voliciones permanecen para siempre los mismos. Hasta la razón nos enseña que ningún cambio es posible en Dios, puesto que todo cambio conduciría a mejor o a peor. Pero en Dios, que es la absoluta Perfección, son imposibles por igual las mejoras o las deterioraciones. Esta inmutabilidad de Dios claramente se enseña en pasajes de la Escritura como los siguientes: Ex 3:14; Sal 102: 26-28; Isa. 41:4; 48:12; Mal 3:6; Rom. 1: 23; Heb. 1: 11 y 12; Santo 1: 17. Al mismo tiempo hay muchos pasajes de la Escritura que aparentemente atribuyen cambios a Dios. ¿No fue Él quien habitaba en la eternidad, procedió enseguida a la creación del mundo, fue Dios encarnado en 'Cristo, y hace su morada en la Iglesia como Espíritu Santo? ¿No es El a quien & le representa revelándose y ocultándose, viniendo y regresando, arrepintiéndose y cambiando de intención, tratando al hombre antes de su conversión de un modo, y después de su conversión de otro modo? Compárese Ex 32: 10-14; Jonás 3: 10; Prov. 11: 20; 12: 22; Salmo 18: 26 y 27. La objeción así implicada se basa hasta cierto punto en falta de comprensión. La inmutabilidad divina no debe entenderse como si implicara inmovilidad, como si en Dios no hubiera movimiento. Hasta se acostumbra en teología hablar de Dios como *actus purus*, un Dios que siempre está en acción. La Biblia nos enseña que Dios entra en multiformes relaciones con el hombre, y como si así fuera, vive la vida humana con los hombres. Todo cambia alrededor de Dios, cambian las relaciones del hombre para con El; pero no se efectúa cambio alguno en el Ser Divino, ni

en sus atributos, decretos, motivos de acción, ni en sus promesas. El propósito creativo estuvo eternamente con Él, y no hubo cambio en El cuando ese propósito se realizó por un sencillo y eterno acto de su voluntad. La encarnación no ocasionó cambio en el Ser o en las perfecciones de Dios, ni en su propósito, porque fue su eterno beneplácito enviar al Hijo de su amor al mundo. Y si la Escritura dice que Dios se arrepiente, que cambia de intención, y que muda sus relaciones con los pecadores cuando estos se arrepienten, debemos recordar que esta es únicamente una manera antropopática²²⁹ de hablar. En realidad, el cambio no se efectúa en Dios sino en el hombre, y en las relaciones de éste con Dios. Es importante mantener la inmutabilidad de Dios en contra de la doctrina de los Pelagianos y de los Arminianos que enseñan que Dios está sujeto a cambio, ni ciertamente en cuanto a su Ser, pero sí en cuanto a su conocimiento y voluntad, en forma tal que sus decisiones en gran parte dependen de las acciones del hombre; en contra también de la idea panteísta de que Dios es un eterno devenir más bien que un Ser absoluto, y que ese inconsciente gradualmente va desenvolviéndose en consciente personalidad en el hombre; y además, en contra de la tendencia actual de algunos, de hablar de un finito, que se debate, y que gradualmente llega a ser Dios.

LA INFINIDAD DE DIOS

La infinidad de Dios es aquella perfección suya por medio de la cual queda libre de todas las limitaciones. Al atribuirle a Dios negamos que haya o pueda haber algunas limitaciones para el Ser Divino o para sus atributos. En la infinidad se implica que Dios no puede estar limitado por el Universo, por el tiempo-espacio del mundo, o confinado al Universo. La infinidad no confunde la identidad de Dios con la suma total de cosas existentes, ni excluye la coexistencia de las cosas derivadas y finitas con las cuales Dios sostiene relación. La infinidad de Dios debe concebirse como intensiva, y no debe confundirse con la extensión ilimitada como si Dios se expandiera por todo el Universo, una parte de su Ser tocándonos aquí y otra a los de más allá, porque Dios no tiene cuerpo y, por lo tanto, no tiene extensión. Tampoco debe considerarse la infinidad como un concepto meramente negativo, aunque es perfectamente cierto que no podemos formarnos una idea positiva de ella. En Dios es una realidad plenamente comprendida sólo por El. Pasemos a distinguir varios aspectos de la infinidad de Dios.

SU ABSOLUTA PERFECCIÓN

Esta es la infinidad del Ser Divino considerada en sí misma. No debe entenderse en sentido cuantitativo, sino cualitativo; ella califica todos los atributos comunicables de Dios. El poder infinito no es un quantum absoluto, sino una inagotable potencia de poder; y la infinita santidad no es un ilimitado quantum de santidad, sino una santidad que está cualitativamente libre de toda limitación o defecto. Lo mismo debe decirse del conocimiento y de la sabiduría infinitos, y del amor y de la justicia infinitos. El Dr. Orr dice: "Quizá podemos decir que la infinidad en Dios es finalmente: (a) interna y cualitativamente, ausencia de toda limitación y defecto; (b) ilimitada potencialidad".²³⁰ En este sentido de la palabra la infinidad de Dios es simplemente idéntica con la perfección del Ser Divino. La prueba escritural de lo anterior se encuentra en Job 11: 1-10; Sal 145: 3; Mat. 5: 48.

²²⁹ Atribuir a Dios las pasiones del hombre. N. del T.

²³⁰ Side-Lights on Christian Doctrine. p. 26.

SU ETERNIDAD

La infinidad o Infinitud en relación con el tiempo se llama eternidad. La forma en que la Biblia describe la eternidad de Dios es simplemente diciendo que su duración abarca edades sin fin. Sal 90: 2; 102: 12; Ef. 3: 21. Debemos recordar, sin embargo, que al hablar así, la Biblia usa el lenguaje popular, no el de la filosofía. Generalmente, concebimos la eternidad de Dios' de la misma manera, es decir, como duración infinita prolongada tanto hacia el pasado como hacia el futuro. Pero ese solamente es un modo popular y simbólico de representar lo que en realidad trasciende el tiempo y difiere de él esencialmente. La eternidad en el estricto sentido de la palabra se adscribe a lo que trasciende todas las limitaciones temporales. Que esto se aplica a Dios en ese sentido es lo que declara cuando menos II Pedro 3: 8. "El tiempo", dice el Dr. Orr, "estrictamente tiene relación con el mundo de objetos que existen en sucesión. Dios llena el tiempo; está en cada parte de él, pero su eternidad, sin embargo, no es este existir en el tiempo. La eternidad es, más bien, lo que hace contraste con el tiempo".²³¹ Nuestra existencia queda dividida por días, semanas, meses y años; no así la existencia de Dios. Nuestra vida está dividida en pasado, presente y futuro; pero en la vida de Dios no cabe semejante división. El es el eterno "Yo soy". Su eternidad puede definirse como aquella perfección divina por medio de la cual El se eleva sobre todas las limitaciones temporales) todas las sucesiones de momentos) y goza de la plenitud de su existencia en un indivisible presente. La relación de Eternidad a tiempo constituye uno de los más difíciles problemas de la filosofía y de la teología, quizá de imposible solución en nuestras presentes condiciones.

SU INMENSIDAD

La infinitud de Dios puede también contemplarse con relación al espacio, y entonces se llama su inmensidad. Puede definirse como aquella perfección del Ser divino por medio de la cual trasciende todas las limitaciones espaciales) y sin embargo está presente en cada sitio del espacio con todo su Ser. La Inmensidad tiene un lado negativo y otro positivo; le niega todas las limitaciones espaciales al Ser divino y afirma que Dios está sobre el espacio y llena sitio de éste con toda la plenitud de su Ser.

Añadimos y repetimos estas últimas palabras para poner en guardia contra la idea de que Dios está difuso por todo el espacio, de modo que una parte de su Ser está presente en este lugar y otra parte en algún otro lugar. Distinguimos tres modos de estar presente en el espacio. Los cuerpos están en el espacio en forma circunscripta, porque están rodeados por él; los espíritus finitos están en el espacio en forma conclusiva o fija, puesto que no pueden estar en todas partes, sino solamente en un lugar definido, y a diferencia de los dos anteriores, Dios está en el espacio y lo llena en forma plena, porque llena todo sitio o lugar.

No está ausente de ninguna parte del espacio, ni más presente en un lugar que en otro. En cierto sentido las expresiones "inmensidad" y "omnipresencia" aplicadas a Dios, denotan la misma cosa y pueden, por tanto, considerarse como sinónimos. Pero hay un punto de diferencia que debe notarse cuidadosamente. "Inmensidad" señala el hecho de que Dios trasciende a todo espacio sin quedar sujeto a las limitaciones de éste; en tanto que "omnipresencia" denota que a pesar de lo anterior, El hinche cada parte del espacio con su Ser completo.

²³¹ Ibid. Pág. 26.

La inmensidad hace énfasis en la transcendencia de Dios, y la omnipresencia en su inmanencia. Dios está inmanente en todas sus criaturas, en su creación total; pero de ninguna manera encerrado por ella. En lo que atañe a las relaciones de Dios con el mundo, debemos evitar, por una parte el error del panteísmo, tan característico en una gran parte del pensamiento actual con su negación de la transcendencia de Dios y su hipótesis de que el Ser de Dios es realmente la sustancia de todas las cosas; y por otra parte, el concepto teísta de que Dios en verdad está presente en la creación *per potentiam* (con su poder): pero no *per essentiam et naturam* (con su verdadero Ser y naturaleza) y actúa sobre el mundo desde la distancia.

Aunque Dios es distinto del mundo y no puede ser identificado con él, sin embargo, está presente en cada sitio de su creación, no solamente *per potentiam*, sino también *per essentiam*. Esto no significa, sin embargo, que esté igualmente presente, ni presente en el mismo sentido en todas sus criaturas. Naturalmente habita en ellas de acuerdo con la naturaleza de dichas criaturas.

No habita en el hombre, ni en el mundo inorgánico como en la creación orgánica, ni en el malvado como en el piadoso, ni en la Iglesia como en Cristo. Hay una interminable variedad en la manera en que El está inmanente en sus criaturas, y en la medida en que éstas revelan a Dios ante quienes tienen ojos para ver. La omnipresencia de Dios está claramente revelada en la Escritura.

El cielo y la tierra no le pueden contener. 1 Rey. 8: 27; Isa. 66: 1; Hech. 7: 48 y 49: al mismo tiempo que El llena cielos y tierra. El está próximo a cada uno de quienes le buscan: Sal 139: 7-10; Jer. 23: 23 y 24; Hech. 17: 27 y 28.

LA UNIDAD DE DIOS

Se hace distinción entre Unitas singularitatis y Unitas simplicitatis.

LAS UNITAS SINGULARITATIS

Este atributo insiste sobre la unidad y la unicidad de Dios, el hecho de que el es numéricamente uno (unidad) y que en su carácter es único (unicidad). Implica que no hay sino un solo Ser Divino, que la naturaleza del caso exige que haya solamente uno, y que todos los otros seres tienen su existencia de Él, por El y por El. La Biblia nos enseña en varios pasajes que hay solamente un Dios verdadero.

Salomón suplicaba a Dios que sostuviera la causa de su pueblo "para que todos los pueblos de la tierra conocieran que solamente Jehová es Dios y que no hay otro", 1 Reyes 8: 60. Y Pablo escribió a los Corintios, "Pero para nosotros hay solamente un Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros por El; y sólo un Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros por medio de El." 1 Cor. 8: 6.

En forma parecida escribe a Timoteo, "Porque hay un Dios, y asimismo un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" 1 Tim. 2: 5. Otros pasajes no insisten en la unidad numérica de Dios tanto como insisten en su unicidad. Así acontece en las bien conocidas palabras de Deut. 6: 4, "Oye, oh Israel, Jehová nuestro Dios, Jehová uno es". El vocablo hebreo "echad", traducido por "uno" puede también traducirse "solamente uno", lo que es equivalente al alemán "einig" y al holandés "eenig".

Y parece' ser ésta la mejor traducción. Keil insiste en el hecho de que este pasaje no enseña la unidad numérica de Dios, sino más bien que Jehová es el único Dios que tiene derecho al nombre Jehová. Este es también el significado del vocablo en Zacarías 14: 9. La misma idea está bellamente expresada en la pregunta de estilo retórico en Ex 15: 11, "¿Quién como Tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?"

Con esto quedan excluidos todos los conceptos politeístas acerca de Dios.

LAS UNITAS SIMPLICITATIS

En tanto que la unidad expuesta en el párrafo precedente coloca Dios aparte de los otros seres, la perfección que ahora vamos a considerar tiene por objeto expresar la unidad interna y cualitativa de Ser Divino. Cuando hablamos de la simplicidad de Dios queremos describir con esta expresión el estado o la cualidad de su ser simple, la condición de un ser libre de toda división en partes, y por tanto libre también de toda composición.

Significa que Dios no está compuesto, y que no es susceptible de división en ningún sentido de la palabra. Esto implica entre otras cosas que las tres personas de la Deidad no son otras tantas fracciones que entran en la composición de la esencia divina, que no hay diferencia entre la esencia de Dios y sus perfecciones, y que sus atributos no son adiciones a su esencia.

Puesto que tanto la esencia como los atributos son uno, la Biblia puede hablar de Dios como luz y como vida, como justicia y amor, identificándolo así con sus perfecciones. La simplicidad de Dios se deduce de algunas de sus otras perfecciones; de su Aseidad, que excluye la idea de que alguien le precedió, como resulta en el caso de los compuestos; de su inmutabilidad, la que no podría afirmarse de su naturaleza, si ésta estuviera constituida por diferentes partes.

Mucho se discutió sobre esta perfección durante la Edad Media, y fue negada por Socinianos y Arminianos. La Escritura no la afirma explícitamente; pero la implica al hablar de Dios como justicia, verdad, sabiduría, luz, vida, amor, etc., y de esta manera indica que cada una de las mencionadas propiedades, siendo absolutamente perfecta, resulta idéntica con el Ser Divino.

En recientes obras de teología la simplicidad de Dios raramente se menciona. Muchos teólogos la niegan sin titubeos, sea porque la consideren como una mera abstracción metafísica, o porque, en su concepto, choca con la doctrina de la Trinidad. Dabney cree que no hay composición en la substancia de Dios; pero niega que en El la sustancia y los atributos sean una y la misma cosa. Dabney dice que Dios no es más simple, en este sentido, que los espíritus finitos.²³²

PREGUNTAS PARA AMPLIAR EL ESTUDIO

1. ¿Qué conceptos diferentes del Absoluto encontramos en la filosofía?
2. ¿Puede siempre el Absoluto de la filosofía identificarse con el Dios de la teología? ¿Cómo distingue Bradley entre estos dos?

²³² Syst, and polem. Theol, p 43 y siguientes.

3. ¿De qué manera se relaciona el Dios finito de James, Schiller, Ward, Wells y otros, con el Absoluto?
4. ¿Cómo se relacionan los atributos incommunicables de Dios con el Absoluto?
5. S. ¿Se excluye todo movimiento de Dios al admitir su inmutabilidad?
6. ¿Hasta qué punto la inmutabilidad excluye de Dios cambios de acción y de relaciones?
7. ¿Debe considerarse como un atributo la absoluta perfección de Dios?
8. ¿Por qué la Biblia representa la eternidad de Dios como una interminable duración?
9. ¿Es posible armonizar la trascendencia de Dios con su inmanencia?
10. ¿Cómo se interpreta frecuentemente la trascendencia en la teología moderna?
11. ¿Qué damos a entender cuando hablamos de la simplicidad de Dios?

LITERATURA PARA CONSULTA

1. Bavinck, Geref. Dogm. II, pp. 137-171
2. Charnock, Existence and Attributes of God. pp. 276-405.
3. Dabney, Syst. and Polem Theol. pp. 151-154
4. Hodge, Syst. Theol. I. pp. 380-393
5. Knudson, The Doct. of God. pp. 242-284
6. Kuyper, Dict. Dogm. Deo I, pp. 287-318
7. Pieper, Christ. Dogm. I, pp. 536-543; 547-549
8. Shedd, Dogm. Theol. I, pp. 338-353
9. Steenstra, God as Vnity and Trinity. pp. 112-139
10. Strong, Syst. Theol. pp. 254-260, 275-279
11. Thomwell, Collected Works I, pp. 189-205

CAPITULO 7: LOS ATRIBUTOS COMUNICABLES (DIOS COMO ESPÍRITU PERSONAL)

Si los atributos discutidos en el capítulo anterior señalaron la importancia del Ser absoluto de Dios, los que ahora tenemos que considerar insisten sobre su naturaleza personal. En los atributos comunicables, Dios sobresale como un Ser moral, consciente, inteligente, libre; un Ser personal en el más alto sentido de la palabra. Durante mucho tiempo este asunto ha cautivado la atención de los filósofos, y todavía es asunto de debate si la idea de una existencia personal es consistente con la idea de lo absoluto. La respuesta a esta pregunta depende en gran parte del significado que atribuyamos a la palabra "Absoluto". Este vocablo ha sido usado en la filosofía con tres diferentes significados que pueden denominarse así: El agnóstico, el lógico y el causal. Para el (1) agnóstico el Absoluto carece de relaciones, y nada puede saberse de él, porque las cosas sólo se conocen mediante sus relaciones. Y si del absoluto nada se puede saber, tampoco puede atribuírsele personalidad. Todavía más, puesto que la personalidad es inconcebible sin relaciones, no puede ser identificada con un Absoluto que en su verdadera esencia no tiene relaciones. (2) En el absoluto lógico lo individual está subordinado a lo universal, y el más elevado universal es la última realidad. Así es la absoluta sustancia de Spinoza, y el espíritu absoluto de Hegel. Este Absoluto lógico puede expresarse en y por medio de lo finito; pero nada que sea finito puede expresar su naturaleza esencial. Asignarle personalidad, sería limitarlo a un modo de ser y destruiría su carácter absoluto. De hecho, semejante Absoluto o último resulta un mero concepto abstracto y vacío, carente de todo contenido. (3) El concepto causal del absoluto presenta a

éste como el último fundamento de todas las cosas. De nadie depende, fuera de sí mismo; pero hace que todas las cosas dependan de él. Todavía más, no está necesaria y completamente ir relacionado, pero puede entrar en diversas relaciones con criaturas finitas. Semejante concepción del Absoluto no es inconsistente con la idea de la personalidad. Todavía más, deberíamos conservar en la mente que en su argumentación los filósofos operaban siempre con la idea de personalidad tal como ésta se encuentra en el hombre, y perdieron de vista el hecho de que en Dios la personalidad debe ser algo infinitamente más perfecto. De hecho, la personalidad perfecta se encuentra en Dios solamente, y la que vemos en el hombre, es nada más una copia finita del original. Todavía más, hay en Dios una triple personalidad de la cual no se encuentra analogía alguna en los seres humanos.

Varias pruebas naturales, muy semejantes a las que ya hemos citado en favor de la existencia de Dios, se presentan persistentemente para probar la personalidad de Dios. (1) La personalidad humana para poder explicarse exige un Dios personal. El hombre no existe por sí mismo ni es eterno; sino un ser finito con principio y fin. La causa reconocida debe ser suficiente para explicar satisfactoriamente los efectos. Puesto que el hombre es un sujeto personal, el poder que lo formó debe ser también personal. De otro modo resultaría que algo que es efecto supera a lo que pudiera ser la causa, lo cual es completamente imposible. (2) La creación en general da testimonio de la personalidad de Dios. En toda su estructura y constitución revela los más claros trazos de una inteligencia infinita, de las emociones más profundas, sublimes y tiernas, y de una voluntad que tiene que ser todopoderosa. Consecuentemente, nos vemos constreñidos a elevarnos desde el mundo hasta el Hacedor del mundo, reconociéndolo como un Ser dotado de inteligencia, sensibilidad y voluntad, es decir, una persona. (3) La naturaleza moral y religiosa del hombre también señala la personalidad de Dios. Dotado de naturaleza moral, el hombre tiene impreso el sentido de obligación hacia lo que es justo, y esto necesariamente implica la necesidad de un Supremo Legislador. Además, su naturaleza religiosa constantemente lo impele a buscar comunión personal con algún Ser superior; y todos los elementos y actividades de la religión demandan un Dios personal como su objeto y finalidad. Hasta las llamadas religiosas panteístas, a menudo, sin quererlo, testifican que creen en un Dios personal. El hecho es que todas aquellas cosas como el arrepentimiento, la fe, la obediencia, la comunión y el amor, la lealtad en el servicio y en el sacrificio, la seguridad en la vida y en la muerte, carecen de significado a menos que encuentren su objeto apropiado en un Dios personal.

Pero en tanto que todas estas consideraciones son verdaderas y tienen algún valor como testimonio, no son, en forma alguna, las pruebas sobre las que apoya la teología su doctrina de la personalidad de Dios. La teología se remite para pruebas a la revelación del mismo Dios en la Escritura. El término "persona" no se aplica a Dios en la Biblia, aunque hay palabras como el hebreo *panim*, y el griego *prósopon*, que casi expresan la misma idea. Al mismo tiempo la Escritura testifica respecto a la personalidad de Dios en más de un modo. La presencia de Dios tal como se describe por los escritores del Antiguo y del Nuevo Testamento, es claramente una presencia personal. Y las representaciones de Dios en la Escritura, antropomórficas y antropopáticas, en tanto que pueden ser interpretadas de manera que no dañen la espiritualidad pura, y la santidad de Dios, difícilmente pueden justificarse, excepto sobre la hipótesis de que el Ser a quien se aplican es una persona verdadera, con atributos personales, aunque claro está, sin las limitaciones humanas. A Dios se le presenta en toda la Escritura como Dios personal, con quien los hombres pueden y deben conversar, en quien pueden confiar quien les sostiene en sus adversidades, y llena sus corazones con el gozo de la libertad y de la victoria. Y finalmente, la más alta revelación de Dios de la que da testimonio la Biblia es una revelación personal. Jesucristo revela al Padre en manera tan perfecta que pudo decir a Felipe, "El que me ha visto, ha visto

al Padre", Juan 14: 9. Daremos pruebas más detalladas a medida que prosigamos en la discusión de los atributos comunicables.

LA ESPIRITUALIDAD DE DIOS

La Biblia no nos proporciona una definición de Dios. La aproximación más cercana a eso, se encuentra en las palabras de Cristo a la mujer samaritana, "Dios es Espíritu", Juan 4: 24. Al menos ésta es una declaración encaminada a decirnos en una sola palabra lo que Dios es. El Señor no dijo simplemente que Dios es un espíritu; sino que es Espíritu. La claridad de esta afirmación nos hace ver lo adecuado que es comenzar por discutir, primero que todo, la espiritualidad de Dios. Por medio de la enseñanza de la espiritualidad de Dios, la teología insiste en el hecho de que Dios tiene un Ser real, enteramente original y distinto del mundo, y que este Ser, verdadero o real, es inmaterial, invisible, y sin composición o extensión. En la espiritualidad se incluye el pensamiento de que todas las cualidades esenciales que pertenecen a la idea perfecta del Espíritu se encuentran en Dios; y que El es un Ser consciente por sí y determinado por sí. Puesto que es Espíritu en el más absoluto y en el más puro sentido de la palabra, no hay en El composición de partes. La idea de la espiritualidad necesariamente excluye la adscripción de cualquiera semejanza de corporeidad a Dios, y de esta manera condena las fantasías de algunos de los primitivos gnósticos y de los místicos medievales, y de todos aquellos sectarios de la actualidad que adscriben un cuerpo a Dios. Ciertamente la Biblia habla de las manos, de los pies, de los ojos, de los oídos, de la boca y la nariz de Dios, pero al hacerlo habla de El antropomórfica o figurativamente, puesto que El trasciende nuestro conocimiento humano, y de El solamente podremos hablar en forma de tartamudeos al estilo de los hombres. Al adscribirle espiritualidad a Dios afirmamos también que El no tiene ninguna de las propiedades que pertenecen a la materia, y que no puede ser discernido por los sentidos corporales. Pablo habla de Él, como del "Rey eterno, inmortal, invisible" (1 Tim. 1: 17), y en otra vez como del "Rey de reyes, y Señor de señores, El único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible, a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno", I Tim. 6: 1S y 16.

ATRIBUTOS INTELECTUALES

Se representa a Dios en la Escritura como Luz y por tanto como Perfecto en su vida intelectual. Esta categoría abarca dos perfecciones divinas, es decir, el conocimiento y la sabiduría de Dios.

EL CONOCIMIENTO DE DIOS

El conocimiento que Dios tiene puede definirse como aquella perfección divina por medio de la cual, El, en una manera completamente única, se conoce y conoce todas las cosas posibles y actuales en un acto sencillísimo y eterno. La Biblia testifica abundantemente del conocimiento de Dios, por ejemplo en 1 Samuel 2: 3; Job 12: 13; Salmo 94: 9; 147: 4; Isa. 29:15; 40: 27 y 28. En relación con el conocimiento que Dios tiene, hay varios puntos que reclaman nuestra atención.

- 1. SU NATURALEZA:** En algunos puntos muy importantes difiere el conocimiento de Dios de de los hombres.

Es arquetipo, lo que significa que Dios conoce el universo como existió en su propia y eterna idea, antes de que existiera como realidad finita en tiempo y espacio; y que su conocimiento no es como el nuestro, obtenido de fuera. Es conocimiento caracterizado por su absoluta perfección. "-Como tal es intuitivo más bien que demostrativo o discursivo.

Es innato e inmediato y no resultado de la observación, o de un proceso de razonamiento. Siendo perfecto, es también simultáneo y no sucesivo, de manera que ve todas las cosas en su totalidad, y no poco a poco, o una después de otra. Todavía, es conocimiento completo y enteramente consciente, en tanto que el del hombre es siempre parcial, frecuentemente confuso, y a menudo fracasa en llegar a la plena luz del saber.

Se hace distinción entre el conocimiento necesario y el libre de Dios. El primero es el conocimiento que Dios tiene de sí mismo y de todas las cosas posibles, y que descansa en la consciencia de su omnipotencia. Se llama conocimiento necesario, porque no está determinado por la acción de su divina voluntad. También se le conoce como conocimiento de mera inteligencia, atendiendo al hecho de que es enteramente un acto del intelecto divino, sin ninguna acción concurrente de la divina voluntad.

El libre conocimiento de Dios es el que El tiene de todas las cosas actuales, es decir, de las cosas que fueron en el pasado, que son en el presente y que serán en el futuro. Se funda en el conocimiento infinito que Dios tiene acerca de su todo comprensivo e inmutable propósito eterno, y se le llama conocimiento porque está determinado por un acto concurrente de su voluntad también se le llama scientia visionis, es decir conocimiento de visión.

2. SU ALCANCE: El conocimiento de Dios no sólo es perfecto en su clase, sino también en su alcance

Se llama omnisciencia, porque lo abarca todo. Para lograr la debida estimación de su alcance tenemos que particularizar del modo siguiente: Dios se conoce y conoce en sí mismo todas las cosas que provienen de Él, (conocimiento interno). Conoce todas las cosas tal como están aconteciendo, conoce el pasado, el presente y el futuro, y las conoce a todas en sus verdaderas relaciones.

Conoce la esencia escondida de todas las cosas, a la cual el entendimiento del hombre no puede penetrar. Ve, no cómo ve el hombre que, tan sólo observa las manifestaciones externas de la vida, sino que penetra hasta las honduras del corazón humano. Además, El sabe lo que es posible tanto como lo que es real; y están presentes en su mente todas las cosas que bajo determinadas circunstancias deben ocurrir.

La omnisciencia de Dios se enseña claramente en diversos pasajes de la Escritura. El es perfecto en conocimiento, Job 37: 16; ve, no la apariencia exterior, sino el corazón, 1 Samuel 16: 7; 1 Crónicas 28: 9 y 17; Salmo 139: 1-4; Jeremías 17: 10; observa los caminos de los hombres, Deuteronomio 2:7; Job 23: 10; 24:23; 31:4; Salmos 1:6; 119: 168; conoce el lugar de la habitación de ellos, Sal. 33: 13, y los días de su vida, Salmo 37: 18.

Esta doctrina del conocimiento de Dios debe sostenerse en contra de todas las tendencias panteístas que representan a Dios como la base inconsciente de los fenómenos del mundo, y en contra de

aquellos como Marción, Socinio y todos los que creen en un Dios finito y le atribuyen nada más un conocimiento limitado. Hay un asunto, sin embargo, que demanda discusión especial.

Es el que se refiere al conocimiento anticipado (presciencia) que Dios tiene de las libres acciones de los hombres, y por consiguiente de los eventos condicionales. Podemos entender cómo Dios ejercita su presciencia en donde las cosas acontecen de necesidad; pero encontramos difícil concebir esa presciencia acerca de las acciones que el hombre origina libremente.

Esta dificultad hace que algunos nieguen la presciencia de las libres acciones y que otros nieguen la libertad humana. Es del todo evidente que la Escritura enseña la presencia divina de los eventos contingentes: 1 Samuel 23: 10-13; II Reyes 13: 19; Salmo 81: 14 y 15; Isaías 42:9; 48: 18; Jeremías 2:2 y 3; 38; 17-20; Ezequiel 3:6; Mateo 11: 21; además no nos deja ninguna duda con respecto a la libertad del hombre.

Verdaderamente, no permite negar ninguno de los términos del problema. Aquí tenemos que hacer frente a un problema que no podemos resolver en forma completa, aunque sí, es posible aproximarnos a una solución. Dios ha decretado todas las cosas, y las ha decretado con sus causas y condiciones, para que acontezcan en el orden exacto en que tienen que acontecer; y su presciencia de las cosas futuras, y también de los eventos contingentes, descansa sobre su decreto.

Esto soluciona el problema, hasta donde concierne a la presciencia de Dios. Pero ahora: surge la pregunta: ¿Es consistente la predeterminación de las cosas con la voluntad libre del hombre? Contestamos que ciertamente no lo es, si la voluntad libre se considera como indiferencia (arbitrariedad); pero este concepto de la libertad del hombre es infundado.

La voluntad del hombre no es algo completamente indeterminado, algo que cuelga en el aire y que puede ser medido arbitrariamente en cualquiera dirección. Es, más bien, algo enraizado en nuestra verdadera naturaleza, conectado con nuestros más profundos instintos y emociones, y determinado por nuestras razones intelectuales y por nuestro carácter genuino.

Y si concebimos nuestra libertad humana como *libentia rationalis* (la propia determinación razonable), entonces no tenemos suficiente garantía para decir que esa libertad humana es inconsistente con la presencia divina. Dice el Dr. Orr: "Existe una solución a este problema, aunque nuestras mentes no pueden comprenderla. Esa solución en parte, probablemente, consiste, no en negar la libertad, sino en un concepto revisado de la libertad.

Porque la libertad, después de todo, no es arbitrariedad. Hay, en toda acción racional, un por qué para actuar-una razón que decide la acción. El hombre verdaderamente libre no es el dudoso e indefinido, sino aquel que hayamos digno de fiar. En resumen, la libertad tiene sus leyes -leyes espirituales- y la Mente Omnisciente las conoce bien. Pero tenemos que reconocer que todavía queda un elemento de misterio."²³³

Los teólogos jesuitas, luteranos y arminianos sugirieron la llamaban *scsentia media*, como una solución al problema. El nombre mismo señala que ocupa una posición media entre ambos conocimientos de Dios, el necesario y el libre. Difiere del primero en que su objeto no lo constituyen todas las cosas posibles,, sino una clase especial de cosas actualmente futuras; y del segundo, en que

²³³ Side Lights on Chr. Doct. p. 30.

su base no es el propósito eterno de Dios, sino la libre acción de las criaturas, como algo sencillamente ya previsto.²³⁴

Dice Dabney que se le llama mediato "porque se supone que Dios no llega a ella directamente para realizarla por medio del conocimiento de su propio propósito; sino indirectamente por medio de su infinito conocimiento de la manera en que actuarán las contingentes causas segundas bajo determinadas circunstancias externas, previstas o producidas por Dios."²³⁵

Pero esta scientia media tampoco soluciona el problema. Intenta reconciliar dos cosas que lógicamente se excluyen una a la otra, es decir, libertad de acción en el sentido pelagiano, y una cierta presciencia de tal acción. Las acciones que de ningún modo son determinadas, ni directa, ni indirectamente por Dios, sino que dependen completamente de la voluntad arbitraria del hombre, difícilmente pueden ser objeto de la divina presciencia.

Todavía más, resulta objetable, porque hace que el conocimiento divino dependa de la elección del hombre; tácitamente anula la certidumbre del conocimiento de los eventos futuros, y de esta manera, implícitamente niega la omnisciencia de Dios. Contradice, además, pasajes de la Escritura como los siguientes: Hechos 2: 23; Romanos 9: 16; Efesios 1: 11; Filipenses 2: 13.

LA SABIDURÍA DE DIOS

La sabiduría de Dios puede considerarse como un aspecto particular de su conocimiento. Es del todo evidente que conocimiento y sabiduría no son la misma cosa, aunque si están íntimamente relacionados. No siempre se encuentran juntos. Un hombre inculto puede sobrepasar en sabiduría a un erudito. El conocimiento se adquiere por medio del estudio, pero la sabiduría es el resultado del conocimiento intuitivo de las cosas. El primero es teórico, en tanto que la segunda es práctica, y hace del conocimiento su servidor para algunos propósitos determinados. Ambos son imperfectos en el hombre; pero en Dios se caracterizan por su absoluta perfección. La sabiduría de Dios es su inteligencia, tal como se manifiesta en la adaptación de los medios a los fines. Esto señala el hecho de que Dios siempre lucha por los mejores fines posibles y escoge los mejores medios para la realización de sus propósitos. H. B. Smith definen la sabiduría divina como "aquel atributo de Dios por medio del cual Dios mismo produce los mejores resultados posibles con los mejores medios posibles". Podemos ser un poco más precisos y llamarla aquella perfección de Dios por medio de la cual El aplica su conocimiento a la obtención de sus fines conforme a la manera que más lo glorifique. La sabiduría de Dios implica un último fin al cual quedan subordinados los fines secundarios; y de acuerdo con la Escritura este fin último es la gloria de Dios, Romanos 11: 33; 14: 7 y 8; Efesios 1: 11 y 12; Colosenses 1: 16. En muchos pasajes la Escritura se refiere a la sabiduría y hasta la personifica, como en Proverbios 8. La sabiduría de Dios se manifiesta particularmente en la creación, Salmo 19: 1-7; 104: 1-34; en la Providencia, Salmo 33: 10 y 11; Romanos 8: 28; Y en la Redención, Romanos 11: 33; 1 Corintios 2: 7 y Efesios 3: 10.

²³⁴ A. A. Hodge. Outlines of Theology, p. 147.

²³⁵ Syst. and Potern. Theol., p. 156.

LA VERACIDAD DE DIOS

La escritura usa diversas palabras para expresar la veracidad de Dios: 'Emeth, 'amunah, 'amen en el Antiguo Testamento; Y alethes (aletheia), alethinos y pistis, en el Nuevo Testamento. Esto ya apunta al hecho de que se incluye una variedad de ideas, tales como verdad, veracidad y fidelidad. Cuando a Dios se le llama verdad, hay que entenderlo en su más comprensivo sentido. El es la verdad, primero que todo en sentido metafísico, es decir, que en El la idea de la Divinidad está perfectamente cumplida; El es todo lo que como Dios debiera ser, y en ese concepto se le distingue de todos los llamados dioses, a los que se aplican los nombres de vanidad y mentira, Salmo 96: 5; 97: 7; 115: 4-8; Isaías 44: 9 y 10. El es también la verdad en un sentido ético, y como tal se revela como realmente es, de modo que su revelación es fidedigna en absoluto, Núm. 23: 19; Romanos 3: 4; Hebreos 6: 18. Finalmente, El es la verdad también en un sentido lógico, y en virtud de esto, conoce las cosas como realmente son y ha constituido la mente del hombre de tal manera que hasta el último de ellos pueda conocer no únicamente las apariencias sino también la realidad de las cosas. De este modo resulta que la verdad de Dios es la base de todo conocimiento. Debe mantenerse en nuestra mente, además, que las tres ideas anteriores no son sino diferentes aspectos de la verdad que en Dios es una misma. En vista de lo antedicho podemos definir la veracidad o verdad de Dios como aquella perfección de su Ser en virtud de la cual cumple perfectamente la idea de la divinidad, es perfectamente digno de nuestra confianza en su revelación y ve todas las cosas como en realidad son. A esta perfección se debe que El sea la fuente de toda verdad, no solamente en la esfera de la moral y de la religión, sino también en cada uno de los campos de labor científica. La Escritura es muy enfática en sus referencias a Dios como la verdad: Ex 34: 6; Núm. 23: 19; Deuteronomio 32: 4; Salmo 25: 10; 31: 6; Isaías 65: 16; Jeremías 10:8,10:8, 10,11; Juan 14:6; 17:3; Tito 1:2; Hebreos 6: 18; 1 Juan 5: 20 y 21.

Hay todavía otro aspecto de esta perfección divina y es uno que siempre se considera como de la más grande importancia. Generalmente se le llama su fidelidad, en virtud de la cual siempre tiene presente su pacto y cumple todas las promesas que ha hecho a su pueblo. Esta fidelidad de Dios es de una importancia práctica extrema para el pueblo de Dios. Constituye para ellos la base de la confianza en Él, el fundamento de su esperanza y la causa de su gozo. Ella los salva de la desesperación a la que sus infidelidades fácilmente les conducirían; les da valor para proseguir no obstante todos sus fracasos, y llena sus corazones con exultantes anticipaciones, aun cuando sientan profundamente el hecho de haber perdido cualquier derecho a todas las bendiciones de Dios. Núm. 23 19; Deuteronomio 7: 9; Salmo 89: 33; Isaías 49: 7; 1 Corintios 1: 9; II Timoteo 2: 13; Hebreos 6: 17 y 18; 10: 23.

ATRIBUTOS MORALES

Los atributos morales de Dios se consideran generalmente como las más gloriosas perfecciones divinas. Con esto no queremos decir que algunos de los atributos de Dios sean en sí mismos más gloriosos y más perfectos que otros, sino que en relación con el hombre las perfecciones morales de Dios brillan con un esplendor inconfundible. Se discuten, por lo general, bajo los siguientes tres encabezados: (1.) la bondad de Dios; (2) la santidad de Dios; (3) la justicia de Dios.

LA BONDAD DE DIOS

Casi siempre se trata como un concepto genérico que incluye algunas variedades y las cuales se distinguen de acuerdo con el objeto de cada una. La bondad de Dios no debe confundirse con su ternura, ya que esta expresa un concepto más restringido. Hablamos de algo como bueno cuando responde en todas sus partes al ideal. De aquí que en nuestra adscripción de bondad a Dios, la línea fundamental es que El, en todo sentido, es lo que como Dios debiera ser, y por consiguiente responde perfectamente es lo que como Dios debiera ser, y por consiguiente responde perfectamente al ideal expresado en la palabra "Dios". En es bueno en este sentido le dijo Jesús al joven príncipe: "Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios". Marcos 10: 18. Pero, puesto que Dios es bueno en sí mismo, también es bueno para con todas sus criaturas, y puede por lo tanto, denominarse: fons omnium bonorum (La fuente de todo bien). El es fuente de todo bien y así se le representa de diversos modos en toda la Biblia. El poeta canta: "Porque contigo está la fuente de la vida; en tu luz veremos la luz". Salmo 36: 9. Todas las cosas buenas que las criaturas gozan en la presente vida y las que esperan en la futura manan hacia ellos de esta fuente inextinguible. Y no solamente eso, sino que Dios es también el summum bonum, el supremo bien para todas sus criaturas, aunque en diferentes grados, y según la medida en la cual pueden responder al propósito de su existencia. En nuestra presente relación naturalmente insistimos en la bondad ética de Dios y en los diferentes aspectos de ésta, según son determinados por la naturaleza de sus objetivos.

1. La bondad de Dios hacia sus criaturas

Esta bondad puede definirse como aquella perfección de Dios que lo mantiene solícito para tratar generosa y tiernamente con todas sus criaturas. Es el afecto que el Creador siente hacia todas sus criaturas sensibles como tales. El Salmista celebra esta bondad en sus bien conocidas palabras: "Jehová es bueno para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras." "Lo ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida en su tiempo: Abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente". Salmo 145: 9, 15 y 16.

El benévolo interés de Dios se revela en su cuidado por el bien de sus criaturas. Naturalmente varía en grados, según la capacidad del objeto que lo ha de recibir. Y aunque no se limita a los creyentes, ellos son únicamente los que manifiestan una adecuada apreciación de sus bendiciones, el deseo de usarlas en el servicio de su Dios, y de este modo las disfrutan en más abundante medida.

La Biblia se refiere a esta bondad de Dios en muchos pasajes como los siguientes: Salmo 36: 6; 104: 21; Mateo 5:45; 6:26; Lucas 6:35; Hechos 14: 17.

2. El Amor de Dios

Cuando la bondad de Dios se manifiesta hacia sus criaturas racionales asume el más alto carácter de amor, y este amor también se distingue conforme a los objetos en que termina. Para distinguirlo de la bondad de Dios en general, puede definirse como aquella perfección de Dios que lo impele eternamente a comunicarse. Pues que Dios es absolutamente bueno en sí mismo, su amor no puede hallar perfecta satisfacción en ningún objeto que carezca de absoluta perfección.

El ama a sus criaturas racionales a causa de sí mismo, o para expresarlo en otra forma: Se ama en ellas; las virtudes de Él, las ama en ellas; el trabajo de Él, lo ama en ellas; los dones de Él, los ama en ellas. Ni siquiera retira completamente su amor del pecador en su presente estado pecaminoso, aunque el pecado de este es una abominación delante de Él, puesto que Dios reconoce, aun en el pecador, la imagen impresa del mismo Dios, Juan 3: 16; Mateo 5: 44 y 45.

Al mismo tiempo, Dios ama a los creyentes con un amor especial, puesto que los contempla como sus hijos espirituales en Cristo. A ellos se comunica El, en el sentido más pleno y rico, con toda la plenitud de su gracia y misericordia. Juan 16: 27; Romanos 5: 8; 1 Juan 3: 1.

3. La Gracia de Dios, "Gracia", esta palabra cargada de significado, es una traducción del hebreo chanan, y del griego cham.

Según la Escritura, la gracia se manifiesta no sólo por Dios, sino también por los hombres, y en este último caso denota el favor que un hombre muestra a otro. Génesis 33: 8, 10, 18; 39: 4; 47: 25; Ruth 2: 2; 1 Samuel I: 18; 16: 22. En los casos citados no se deduce necesariamente que el favor sea inmerecido. Sin embargo, en lo general puede decirse que la gracia es el regalo gratuito de la generosidad para alguien que no tiene derecho a reclamarlo.

Este es el caso singular donde al hablar de gracia se hace referencia a la gracia de Dios. Su amor para el hombre siempre es inmerecido y cuando se muestra a los pecadores hasta es rechazado. La Biblia generalmente habla de la gracia para significar la inmerecida bondad o amor de Dios para quienes se han hecho indignos de ella por naturaleza bajo la condenación.

La gracia de Dios es manantial de todas las bendiciones espirituales concedidas a los pecadores. Eso es lo que leemos en Efesios 1: 6 y 7; 2: 7-9; Tito 2: 11; 3: 4-7. En tanto que la Biblia con frecuencia habla de la gracia de Dios como gracia salvadora, también la menciona en un sentido más amplio, como en Isaías 26: 10; Jeremías 16: 13. La gracia (de Dios) es del mayor significado práctico para los pecadores.

Por gracia fue que el camino de la redención se abrió para ellos, Romanos 3: 24; n Corintios 8: 9; y también por gracia salió el mensaje de redención para todo el mundo, Hechos 14: 3. Por gracia los pecadores reciben el don de Dios en Jesucristo, Hechos 18: 27; Efesios 2: 8. Por gracia son justificados; Romanos 3: 24; 4: 16; Tito 3: 7; enriquecidos con dones espirituales, Juan 1: 16; n Corintios 8: 9; n Tesalonicenses 2: 16, y definitivamente heredan la salvación. Efesios 2: 8; Tito 2: 11.

Estando absolutamente desposeídos de méritos propios, dependen por completo de la gracia de Dios en Cristo. En la teología moderna, con su creencia en la capacidad inherente del hombre para mejorarse, la doctrina de la salvación por gracia prácticamente se ha convertido en una "nota perdida", y hasta la palabra "gracia" ha sido despojada de todo significado espiritual y desterrada de los temas religiosos.

La conservan únicamente en el sentido de "amable", algo enteramente externo. Felizmente, hay algunas evidencias de un nuevo énfasis sobre el pecado y de una conciencia nuevamente despierta a la necesidad de la gracia divina.

4. La compasión de Dios

Otro importante aspecto de la bondad y amor de Dios, es su Compasión o Misericordia. La palabra hebrea que más generalmente se usa para designarla es chesed. Sin embargo, hay otra palabra que expresa una profunda y tierna compasión, la palabra racham, bellamente traducida como "misericordia" en la Biblia castellana. La Septuaginta y el Nuevo Testamento emplean la palabra griega eleos para designar la misericordia de Dios.

Si la gracia divina considera al hombre como culpable delante de Dios, y, por tanto, necesitado del perdón, la misericordia de Dios lo considera como a uno que carga las consecuencias de su pecado, en lastimosa situación, y por tanto, necesitado de la ayuda divina. La misericordia de Dios puede definirse como la bondad o amor de Dios hacia los que se encuentran en miseria y angustia espirituales, sin tomar en cuenta que se lo merezcan.

En su misericordia Dios se revela como compasivo, que se apiada de los que se hallan en miseria, y que está visto siempre para socorrerlos en sus agonías. Esta misericordia es gratuita, Deuteronomio 5: 10; Salmo 57: 10; 86: 5; y los poetas de Israel se deleitaban en cantarla porque permanece para siempre. I Crón. 16: 34; II Crón. 7: 6; Sal. 136; Esdras 3: 11.

En el Nuevo Testamento se le menciona con frecuencia en compañía de la gracia de Dios, especialmente en las saluciones, I Tim. 1: 2; 11 Tim. 1: 1; Tito 1: 4. Repetidamente se nos dice que gozan de ella los que temen a Dios, Ex 20: 6; Deut. 7: 7: 9; Sal. 86: 5; Luc. 1: 50. Sin embargo esto no quiere decir que se limite a ellos, aunque ellos, sí, la disfrutaban de modo especial.

Las misericordias de Dios están sobre todas sus obras, Sal. 145: 9, y hasta los que no lo temen participan de ellas. Ezequiel 18: 23-32; 33: 11; Luc. 6: 35 y 36. La misericordia de Dios no debe considerarse como opuesta a su justicia. Únicamente se ejerce en armonía con la más estricta justicia de Dios y en atención a los méritos de Jesucristo. Otros nombres con que se le designa en la Biblia son "piedad", "clemencia" y "bondad".

5. La paciencia de Dios

Con la paciencia de Dios, designamos otro de los aspectos de su gran bondad o amor. En el hebreo se usa la expresión 'erek 'aph, que literalmente significa "grande de rostro" y también, "lento para la ira", en tanto que el griego expresa la misma idea por medio de la palabra makrothumia. Es aquel aspecto de la bondad o amor de Dios, en virtud de cual el soporta al obstinado y malvado a pesar de su persistente desobediencia.

En el ejercicio de este atributo Dios ve al pecador permaneciendo en su pecado, a pesar de las amonestaciones y advertencias dirigidas a él. Se revela esta paciencia divina en el aplazamiento del juicio merecido sobre el pecador. La Escritura habla de esta paciencia en Ex 34: 6; Sal. 86: 15; Rom. 2: 4; 9: 22; 1 Pedro 3: 20; 11 Pedro 3: 15. Un término sinónimo, de muy ligera connotación diferente es "longanimidad".

LA SANTIDAD DE DIOS

La palabra hebrea para "ser santo", es quadash, derivada de la raíz qad, que significa cortar o separar. Es una de las más prominentes palabras religiosas del Antiguo Testamento, y se aplica ante todo a Dios. La misma idea ha sido traída por las palabras que encontramos en el Nuevo Testamento hagiazos y hagios. Ya se ve por lo anterior que no es correcto pensar que la santidad fundamentalmente es una cualidad moral o religiosa como generalmente se hace.

Su idea básica es la posición o relación entre Dios y alguna persona o cosa.

1. Su Naturaleza

Es doble la idea bíblica de la santidad de Dios. En su significado original da a entender que El es absolutamente distinto de todas sus criaturas y exaltado sobre ellas en infinita majestad. Entendida así, la santidad de Dios es uno de sus atributos trascendentales y algunas veces se habla de ella como de su perfección central y Suprema. No parece propio hablar de uno de los atributos de Dios como si fuera más central y fundamental que otro: pero si nos fuera permitido hacerlo, el énfasis de la Escritura sobre la santidad de Dios parecería justificar tal selección.

Muy claro, sin embargo, es, que la santidad de Dios en este sentido de la palabra, no es exactamente un atributo moral, que pueda coordinarse con los otros, como el amor, la gracia, la misericordia, sino más bien, algo que es coextensivo con, y aplicable a todo lo que como predicado puede asociarse a Dios. El es santo en cada cosa que lo revela, en su bondad y gracia, tanto como en su justicia e ira.

La santidad divina puede llamarse propiamente la "majestuosa santidad" de Dios y a ella se refieren pasajes como los siguientes: Ex 15: 11; I Sam. 2: 2; Is. 57: 15; Os. 11: 9. Esta santidad de Dios es la que Otto, en su importante libro *Das Heilige*²³⁶, reconoce como lo que es más esencial en Dios, designándolo como "lo numinoso"²³⁷. Otto reconoce que la santidad de Dios es parte de aquello que está fuera del alcance de la razón humana, no puede reducirse a conceptos, y abarca ideas como las de "absoluta imposibilidad de aproximación" y absoluta "suprema potencia" o "terrible majestad". Esta santidad despierta en el hombre un sentido de que absolutamente es nada, una "criatura consciente" o "criatura que siente" y que llega así al conocimiento de su absoluta bajeza.

Pero la santidad de Dios tiene también en las Escrituras un aspecto específicamente ético, y éste, en nuestra relación con Dios, nos preocupa más directamente. La idea ética de la santidad divina no debe separarse de la idea de la majestuosa santidad de Dios. Aquella se origina y se desarrolla de ésta. La idea fundamental de la santidad moral de Dios es también la de separación, pero en este caso es separación del mal moral, es decir, del pecado. En virtud de su santidad Dios no tiene comunión con el pecado, Job 34: 10; Hab. 1: 13. Usándola en este sentido, la palabra "santidad" apunta a la imponente pureza o majestad moral de Dios. Pero la idea de santidad moral no es meramente negativa (separación del pecado); sino que también tiene contenido positivo, es decir, el de excelencia moral o perfección ética. Si el hombre reacciona hacia la imponente santidad de Dios con un sentido de reconocida insignificancia y temor, esa reacción hacia la santidad moral se revelará haciéndole sentir su impureza, y dándole conciencia de su pecado. Is. 6: 5. Otto también reconoce este elemento en la santidad de Dios, aunque insiste en el otro y describe la forma en que el hombre reacciona ante ella: El mero terror y la mera necesidad de esconderse de "lo tremendo" se ha elevado aquí al sentimiento de que el hombre en su "profanidad" no es digno de estar en la presencia del Santo y de que su completa indignidad personal podría manchar a la misma santidad.²³⁸ La santidad moral de Dios puede definirse como ti aquella perfección divina en virtud de la cual Dios eternamente quiere y mantiene su excelencia moral, aborreciendo el pecado y exigiendo pureza a sus criaturas morales.

2. Su Manifestación

²³⁶ Eng. Tr. *The Idea Of The Holy*

²³⁷ Véase la Nota 2, de la página 45

²³⁸ *The idea Of the Holy*, p.56

La santidad de Dios está revelada en la ley moral, implantada en el corazón del hombre, declarada por medio de la conciencia, y más particularmente en la revelación especial de Dios. Tuvo lugar muy prominente en la ley dada a Israel. Aquella ley en todos sus aspectos estuvo calculada para imprimir sobre Israel la idea de la santidad de Dios y para despertar en el pueblo la necesidad de llevar una vida santa. A este propósito sirvieron símbolos y tipos como, la nación santa, la tierra santa, la ciudad santa; el lugar santo y el sacerdocio santo. Además, se reveló en el modo en que Dios premió la obediencia a la ley y castigó a los transgresores con terribles castigos. La más alta revelación de la santidad de Dios nos ha sido dada en Jesucristo a quien se llama "el santo y el justo", Hech. 3: 14. El reflejó en su vida la perfecta santidad de Dios. Por último, la santidad de Dios también está revelada en la Iglesia, como el cuerpo de Cristo. Es un hecho sorprendente, al que con frecuencia se vuelve la atención, que la santidad con mucha más frecuencia se, atribuye a Dios en el Antiguo Testamento, que en el Nuevo, aunque también se le atribuye en el Nuevo Testamento, Juan 17: 11; 1 Pedro 1:16; Apoc. 4: 8 y 6: 10. Esto probablemente se deba a que en el Nuevo Testamento el término se asigna más particularmente para calificar a la tercera Persona de la Santísima Trinidad, como quien tiene la especial tarea, en la administración de la redención, de comunicar santidad a su pueblo.

LA JUSTICIA DE DIOS

Este atributo se relaciona estrechamente con la santidad de Dios. Shedd habla de la justicia de Dios como de "una forma de su santidad", y Strong la llama simplemente, "santidad transitiva". Sin embargo, estos términos se aplican solamente a lo que se acostumbra llamar justicia relativa de Dios, y no a la absoluta.

1. La idea fundamental de justicia

La idea fundamental de la justicia es la de estricta adhesión a la ley. Entre los hombres presupone que hay una ley a la cual deben conformarse. Se dice a veces que no podemos hablar de justicia en Dios, porque no hay ley a la cual El esté sujeto. Pero aunque no hay ley que esté por encima de Dios, hay ciertamente una ley que está en la naturaleza esencial de Dios. Y ésta constituye el modelo más elevado que es posible, por medio del cual todas las otras leyes tienen que ser juzgadas. Se ha hecho por regla general, una distinción entre la justicia absoluta de Dios y la relativa. La primera es aquella rectitud de la divina naturaleza, en virtud de la cual Dios es infinitamente justo en sí mismo, mientras que la segunda es aquella perfección de Dios por medio de la cual El se mantiene en contra de toda violación de su Santidad y deja ver en todo sentido que El es Santo. A esta rectitud es a la que más particularmente se le aplica el término "justicia". La justicia se manifiesta, especialmente, en darle a cada uno lo que le corresponde, conforme a sus merecimientos. La justicia inherente de Dios es la base natural de su justicia revelada al tratar con sus criaturas, pero es esta Última, llamada también, justicia de Dios, la que aquí demanda nuestra consideración especial. Los términos hebreos para "justos" y "justicia" son *tsaddik*, *tsedhek* y *tsedhakah* correspondiendo a los vocablos griegos *dikaioi* y *dikaiousune*, todos los cuales contienen la idea de, conformidad a un modelo. Constantemente la Escritura atribuye esta perfección a Dios, Esdras 9: 15; Neh. 9: 8; Sal. 119: 137; 145: 17; Jeremías 12: 1; Lam. 1: 18; Dan. 9: 14; Juan 17:25; II Tim. 4:8; I Juan 2:29; 3:7; Apoc. 16:5.

2. Distinciones aplicadas a la justicia de Dios

Ante todo hay una justicia gubernativa de Dios. Esta justicia como el mismo nombre lo implica, es aquella que Dios despliega como Gobernante de buenos y malos. En virtud de ella, El ha instituido un

gobierno moral en el mundo, e impuesto una ley justa sobre el hombre, con promesas de recompensa para el obediente, y advertencias de castigo para el transgresor. Dios aparece prominentemente en el Antiguo Testamento como el Legislador de Israel, Is. 33: 22; Y del pueblo en general, Sant. 4: 12; Y sus leyes son justas, Deut. 4: 8. Otras alusiones, bíblicas a este trabajo gubernamental de Dios, las hallamos en Sal. 99: 4 y Rom. 1: 32.

Estrechamente relacionada con la justicia gubernativa está la justicia distributiva de Dios. Se acostumbra utilizar esta expresión para designar la rectitud de Dios en la ejecución de la ley, y se relaciona con la distribución de las recompensas y los castigos, Is. 3: 10 y 11; Rom. 2: 6; 1 Pedro 1: 17. Es de dos clases. (1) justicia remunerativa, la que se manifiesta en el reparto de recompensas a los hombres y a los ángeles, Deut. 7: 9, 12 y 13; II Crón. 6: 15; Sal. 58: 11; Miqueas 7: 20; Mat. 25: 21 y 34; Rom. 2: 7; Heb. 11: 26. Es realmente expresión del amor divino que derrama sus bondades, no sobre la base estricta de mérito, porque la criatura no puede presentar mérito alguno delante del Creador, sino conforme a promesa y convenio, Luc. 17: 10; 1 Cor. 4: 7. Las recompensas de Dios son gratuitas y fluyen de la relación de pacto establecido por Él. (2) justicia retributiva, que se refiere a la aplicación de las penas. Es una manifestación de la ira divina. Aunque no habría lugar para ella en un mundo sin pecado, necesariamente tiene un lugar muy prominente en un mundo lleno de pecado. Vista como un todo, la Biblia insiste más en la recompensa de los justos que en el castigo de los malvados; pero esto último se destaca lo suficiente. Rom. 1: 32; 2: 9; 12: 19; n Tes. 1: 8; Y muchos otros pasajes. Debe hacerse notar que aunque el hombre no merezca la recompensa, sí merece el castigo que se le da. La justicia divina está original y necesariamente obligada a castigar el mal; pero no a premiar el bien; Luc. 17: 10; 1 Cor. 4: 7; Job 41: 11. Muchos niegan la estricta justicia punitiva de Dios y quieren que Dios castigue al pecador para reformar algunos, o para desanimar a otros del pecado; pero estas afirmaciones no tienen base. El castigo del pecado tiene por objeto principal el mandamiento del derecho y la justicia. Por supuesto, podrá servir incidentalmente y aun puede, secundariamente, proponerse para la reforma del pecador, o para hacer que otros desistan del pecado.

ATRIBUTOS DE SOBERANÍA

La soberanía de Dios se presenta en la Escritura un tono muy enfático. Se le presenta como el Creador y su voluntad como causa de todas las cosas. En virtud de su obra creativa le pertenecen los cielos, la tierra y todo lo que ellos contienen. Reviste plena autoridad sobre los ejércitos del cielo y los habitantes de la tierra. Sostiene todas las cosas con su omnipotencia y determina la finalidad que cada uno está destinado a servir. Governa como Rey en el más absoluto sentido de la palabra y todas las cosas dependen de Él y le sirven a Él. Hay un tesoro de evidencia escritural respecto a la soberanía de Dios; pero aquí limitaremos nuestras referencias a unos cuantos de los más significativos pasajes: Gen 14: 19; Ex 18: 11; Deut. 10: 14 y 17; 1 Crón. 29: 11 y 12; II Crón. 20: 6; Neh. 9: 6; Sal. 22: 28; 47: 2, 3, 7, 8; 50: 10-12; 95: 3-5; 115: 3; 135: 5 y 6; 145: 11-13; Jer. 27: 5; Luc. 1: 53; Hech. 17: 24-26; Apoc. 19: 6. Dos atributos merecen discusión bajo este encabezado; es decir: (1) la soberana voluntad de Dios, (2) el soberano poder de Dios.

LA SOBERANA VOLUNTAD DE DIOS

1. La voluntad de Dios en general.

La Biblia emplea diversas palabras para señalar la voluntad de Dios, es decir, los vocablos hebreos *chaphets*, *tsebhu*, *ratson*, y los griegos, *boule* y *thelema*. La importancia de la voluntad divina se hace visible de múltiples modos en la Escritura. Se le presenta como la causa última de todas las cosas. Todas las cosas se originan de ella: la creación y la preservación, Sal. 135:6; Jer. 18:6; Apoc. 4: 11; -el gobierno, Prov. 21: f; Dan. 4: 35; la elección y la reprobación, Rom. 9: 15 y 16; Efesios 1: 11; los sufrimientos de Cristo, Luc. 22: 42; Hech. 2: 23; la regeneración, Santo 1: 18; la santificación, Fil. 2: 13; los sufrimientos de los creyentes, 1 de Pedro 3: 17, la vida del hombre y su fin, Hech. 18: 21; Rom. 15: 32; Santo 4: 15 y hasta las cosas más pequeñas de la vida, Mat. 10: 29. De aquí que la teología cristiana siempre ha reconocido que la voluntad de Dios es la causa última de todas las cosas, aunque la filosofía algunas veces ha mostrado inclinación a buscar una causa más profunda en el íntimo Ser del Absoluto. Sin embargo, el empeño de fundar todas las cosas en el mero Ser de Dios casi siempre termina en panteísmo. La palabra "voluntad" aplicada a Dios, no siempre tiene el mismo significado en la Escritura. Puede denotar (1) la completa naturaleza moral de Dios incluyendo atributos tales como el amor, la santidad, la justicia, etc., (2) la facultad de propia determinación, es decir, el poder de determinar uno mismo su curso de acción, o de formar un plan, (3) el producto de esta actividad, en otras palabras, el plan o propósito predeterminado; (4) el poder de ejecutar este plan y de realizar este propósito (la voluntad de acción u omnipotencia); y (5) el régimen de vida trazado para las criaturas racionales. Lo que ahora vamos a considerar principalmente es la voluntad de Dios como la facultad de propia determinación. Esta puede definirse como aquella perfección del Ser Divino por medio de la cual, El; en un acto por demás sencillo, sale en busca de sí mismo como el supremo bien (es decir, se deleita en sí mismo, como Dios) y en busca de sus criaturas por causa de su mismo nombre y así su voluntad es el fundamento del ser y de la continuada existencia de esas criatura. Con referencia al universo y a todas las criaturas que hay en El, su voluntad incluye naturalmente la idea de causación.

2. Distinciones aplicadas a la voluntad de Dios

Varias distinciones han sido aplicadas a la voluntad de Dios. Algunas de estas han encontrado muy poca acogida en la Teología Reformada, tales como la distinción entre voluntad antecedente y voluntad consecuente de Dios, y aquella otra distinción entre voluntad absoluta y voluntad condicional. Estas distinciones fueron no solamente susceptibles de mal entendimiento, sino que también se interpretaron en formas objetables. Otras, sin embargo, se encontraron útiles y por lo mismo fueron más generalmente aceptadas. Pueden expresarse como sigue:

La voluntad decretiva y la voluntad preceptiva de Dios. La primera es aquella por medio de la cual Dios se propone o decreta todo lo que tiene que suceder, sea que quiera cumplirlo efectivamente (causativamente) o permitir que ocurra por medio de la agencia irrestricta de sus criaturas racional. La segunda es la regla de vida que Dios ha trazado para sus criaturas morales, indicando los deberes que les impone. La primera siempre se cumple, en tanto que la segunda es desobedecida con frecuencia. (2) La voluntad' de eudokia y la voluntad de eurestia. Esta división se hizo no tanto en relación con el propósito que se ha de ejecutar, sino más bien en relación al placer de hacerlo, o el deseo de ver hecha algunas cosas. Corresponde con la distinción precedente, en el hecho de que la voluntad de eudokia como la decretiva comprende lo que inevitablemente se cumplirá; en tanto que la voluntad de eurestia como la preceptiva abarca simplemente aquello en que Dios se complace que hagan sus criaturas. La palabra eudokia no debe conducirnos al error de que tiene referencia solamente al bien y no al mal. Compárese Mat. 11: 26. Difícilmente resultaría correcto decir que el elemento de complacencia o deleite está siempre presente en ella. (3) La voluntad de beneplacitum, y la voluntad de signum. Con frecuencia la primera designa la voluntad de Dios personificada en su oculto consejo

hasta que la da a conocer por medio de alguna revelación o por el acontecimiento mismo. Toda voluntad revelada en esta forma se convierte en signum. Se ha querido que esta distinción corresponda con la que existe entre la voluntad decretiva y la preceptiva; pero resulta difícil afirmarlo. La buena voluntad de Dios encuentra expresión también en su voluntad preceptiva, y la decretiva también se dará a conocer algunas veces por un signum. (4) La voluntad secreta y la voluntad revelada de Dios. Esta es la distinción más común. La primera es la voluntad de Dios decretada que en su mayor parte está escondida en Dios, en tanto que la segunda es la voluntad de precepto revelada en la ley y el evangelio. Esta distinción tiene su base en Deut. 29: 29. La voluntad secreta de Dios se menciona en el Sal. 115: 3; Dan. 4: 17, 25, 32 Y 35; Rom. 9: 18 y 19; 11: 33 y 34; Ef. 1: 5, 9 Y 11; Y su voluntad revelada en Mat. 7:21; 12:50; Juan 4:34; 7: 17; Rom. 12:2. Esta última está al alcance de todos; pues no está lejos de nosotros, Deut. 30: 14; Rom. 10: 8. A la voluntad secreta de Dios le pertenecen todas las cosas que El quiere, o efectuar o permitir, y las cuales, por tanto, son absolutamente fijas. La voluntad revelada prescribe los deberes del hombre y representa para éste el sendero en el cual puede gozar de las bendiciones de Dios.

3. La libertad de la voluntad de Dios

Frecuentemente se discute acerca de que si Dios en el ejercicio de su voluntad actúa necesaria o libremente. La respuesta demanda una cuidadosa diferenciación. Así como hay en Dios una scientia necesaria y una scientia libera, también hay en El una voluntas necesaria (voluntad necesaria) y una voluntas libera (voluntad libre). Dios mismo es el objeto de la primera. El, necesariamente se quiere, y quiere su santa naturaleza y las distinciones personales en la Deidad. Lo cual significa que necesariamente se ama y se deleita en la contemplación de sus propias perfecciones, Y, sin embargo, no está compelido, sino que actúa de acuerdo con la ley de su Ser, y esto, aunque tenga que ser necesario es también la más alta libertad. Es de completa evidencia que la idea de causación está ausente aquí y que el pensamiento de complacencia o de aprobación propia queda al frente. Las criaturas de Dios son, sin embargo, objetos de su voluntas libera. Dios determina voluntariamente qué y a quiénes creará, así como también los tiempos, los lugares y las circunstancias de sus existencias. El marca la senda de sus criaturas racionales, determina su destino, y los utiliza para los elevados propósitos de Él. Y aunque los dota con libertad personal, sin embargo, la voluntad divina domina sus acciones. La Biblia habla de esta libertad de la voluntad de Dios utilizando los términos más absolutos, Job 11: 10; 33: 13; Sal. 115: 3; Prov. 21: 1; Is. 10: 15; 29: 16; 45: 9; Mat. 20: 15; Rom. 9: 15-18 y 20 Y 21; I Cor. 12: 11; Apoc. 4: 11. La Iglesia siempre defiende esta libertad pero también insiste en el hecho de que no debe ser considerada como indiferencia absoluta. Duns Escoto ofreció la idea de una voluntad que en ningún sentido ejerce determinación alguna sobre Dios; pero semejante idea de una voluntad ciega que actúa con perfecta indiferencia fue rechazada por la Iglesia. La libertad de Dios no es pura indiferencia, sino racional determinación propia. Dios tiene razones para querer precisamente lo que hace y eso lo induce a elegir un fin más bien que otro; y preferir entre muchos media la serie de ellos que llevará al fin propuesto. En cada caso hay un motivo predominante que hace que el fin elegido y los medios seleccionados sean en extremo agradables a Él, aunque no seamos capaces de determinar cuál es ese motivo. En general debe afirmarse que Dios no puede querer ninguna cosa que sea contraria a su naturaleza, a su sabiduría y amor, a su justicia o santidad. El Dr. Bavinck señala que rara vez podemos discernir por qué Dios quiso una cosa más bien que otra y que no es posible, ni siquiera permisible, que busquemos para las cosas alguna base más profunda que la voluntad divina, porque toda clase de intentos semejantes resultaría en buscar para la criatura una base dentro del

íntimo Ser de Dios, despojando así a la criatura de su carácter contingente, y convirtiéndola necesariamente en eterna y divina.²³⁹

4. La voluntad de Dios en relación con el pecado: La doctrina de la voluntad de Dios con frecuencia da motivo a serias interrogaciones. Surgen en este terreno problemas que jamás hasta hoy han encontrado solución y los cuales, probablemente, nunca serán resueltos por el hombre.

- a. Se dice que si la voluntad decretiva de Dios también determinó la entrada del pecado en el mundo, Dios, entonces, se convierte en el autor del pecado y realmente quiere algo que es contrario a sus perfecciones morales. Los arminianos escapan de la dificultad haciendo que la voluntad de Dios que permite el pecado dependa de su presciencia del derrotero que el hombre quiera escoger. Los teólogos reformados en tanto que sostienen sobre la base de pasajes como Hech. 2: 23; 3: 8, etc., que la voluntad decretiva de Dios también incluye los hechos pecaminosos del hombre, tienen siempre mucho cuidado de señalar que esto debe entenderse de tal manera que no se convierta a Dios en el autor del pecado. Francamente admiten que no pueden resolver la dificultad; pero al mismo tiempo hacen algunas valiosas distinciones que resultan provechosas. La mayor parte de ellos insisten en que la voluntad de Dios respecto al pecado es simplemente voluntad de permitir el pecado y no voluntad de efectuado como hace con el bien moral. Se puede permitir esta terminología siempre que se la entienda correctamente. Debe entenderse que la voluntad de Dios que permite el pecado, hará ciertamente que acontezca. Otros llaman la atención al hecho de que en tanto que los vocablos "voluntad" o "querer" pueden incluir la idea de complacencia o deleite, algunas veces indican una simple determinación de la voluntad, y que por lo mismo, la voluntad de Dios que permite el pecado, no necesariamente implican que El tome deleite o placer en el pecado.
- b. A menudo se dice que hay frecuente contradicción entre la voluntad decretiva de Dios y la preceptiva. Su voluntad decretiva incluye muchas cosas que prohíbe su voluntad preceptiva, y excluye muchas cosas que demanda en su voluntad preceptiva, compárese: Gén. 22; Ex 4: 21-23; 11 Reyes 20: 1-7; Hech. 2: 23. Entonces, pues, es de gran importancia sostener ambas, la voluntad decretiva y la preceptiva pero entendiendo definidamente que aunque nos parecen distintas, las dos son fundamentalmente una en Dios. Aunque una perfecta y satisfactoria solución de esta dificultad está por el momento fuera de nuestra discusión, es posible formular algunas aproximaciones a una solución. Cuando hablamos de una voluntad decretiva y de una voluntad preceptiva de Dios, usamos la palabra "voluntad" en dos sentidos diferentes. Mediante el primero, Dios ha determinado lo que hará o lo que acontecerá; conforme al segundo, El nos revela lo que el deber nos obliga a hacer.²⁴⁰ Al mismo tiempo deberíamos recordar que la ley moral, la regla de nuestra vida, es también, en un sentido, la corporificación de la voluntad de Dios. Es una expresión de su naturaleza santa y de lo que esta naturaleza requiere de todas las criaturas morales. De aquí que debamos añadir otra nota a la precedente. La voluntad decretiva de Dios y la preceptiva no se oponen en el sentido de que en la primera El se complazca en el

²³⁹ Geref. Dogm. P. 241

²⁴⁰ Comparece Bavich, Geref. Dogm. II pp. 246 y siguientes; Dabney, Syst. And Polem Theol., p. 162.

pecado y en la segunda no tenga El tal complacencia; ni en el sentido de que conforme a la primera El no despliegue una volición positiva en querer la salvación de cada individuo, y de acuerdo con la segunda sí despliegue tal voluntad, queriendo la salvación de todos los hombres. Aun de acuerdo con su voluntad decretiva, Dios no se complace en el pecado, y aun conforme a su voluntad preceptiva, El no quiere con volición positiva la salvación de cada individuo.

EL SOBERANO PODER DE DIOS

La soberanía de Dios encuentra expresión no solamente en; la divina voluntad sino también en la omnipotencia, es decir, el poder de ejecutar su voluntad. El poder en Dios puede llamarse la energía efectiva de su naturaleza, o sea, aquella perfección de su Ser por medio de la cual El es la causalidad más alta y absoluta. Se acostumbra distinguir entre una potentia Dei absoluta (el absoluto poder de Dios) y una potentia Dei ordinata (el poder dirigido de Dios). Sin embargo, la teología reformada rechaza esta distinción en el sentido en que la entendían los escolásticos que decían que Dios en virtud de su absoluto poder, efectuaría contradicciones, Y aun podría pecar y aniquilarse. Al mismo tiempo esta teología Reformada adopta la distinción que expresa una verdad actual, aunque no siempre se la presente de la misma manera. Según Hodge y Shedd el poder absoluto es la eficiencia divina cuando se ejercita sin la intervención de causas secundarias, en tanto que el poder dirigido es la eficiencia de Dios, cuando se ejercita mediante la operación ordenada de causas secundarias.²⁴¹ El punto de vista más generalmente aceptado ha sido expresado por Charnock de la manera siguiente: "absoluto es aquel poder por medio del cual Dios puede hacer lo que no quiere hacer, pero que sería posible que lo hiciera; dirigido es aquel poder por medio del cual Dios hace lo que ha decretado hacer, es decir lo que Él ha ordenado o dispuesto que se haga; y estos no son poderes distintos, sino uno y el mismo poder. El poder dirigido de Dios es una parte de su poder absoluto porque si no tuviera poder para hacer lo que quisiera, tampoco lo tendría para hacer lo que quiere."²⁴² La potentia ordinata puede definirse como aquella perfección de Dios por medio de la cual El, mediante el mero ejercicio de su voluntad puede ejecutar todo lo que está presente en su voluntad o consejo. El poder de Dios en su presente ejercicio se limita a lo que está incluido en su eterno decreto. Pero el ejercicio presente del poder de Dios no representa todo su alcance. Dios podría hacer más que eso si lo quisiera. En ese sentido podemos hablar de su potentia absoluta o poder absoluto de Dios. Esta posición debe sostenerse en contra de aquellos que, como Schleiermacher y Straus, afirman que el poder de Dios está limitado a lo que actualmente ejecuta. Pero al hacer nuestra afirmación respecto al poder absoluto de Dios se hace necesario colocarnos en guardia contra errores. La Biblia nos enseña por una parte que el poder de Dios alcanza mucho más allá de lo que actualmente hace, Gén. 18: 14; Jer. 32: 27; Zac. 8: 6; Mat. 3: 9; 26: 53. No podemos decir, por tanto, que lo que Dios no hace, no lo hace porque no le resulta posible. Pero por otra parte la Biblia también nos indica que hay muchas cosas que Dios no puede hacer. El no puede ni mentir, ni pecar, ni cambiar, ni negarse. Núm. 23: 19; I Sam. 15:29; 11 Tim. 2: 13; Heb. 6: 18; Santo 1: 13 y 17. No existe en Dios un poder absoluto divorciado de sus divinas perfecciones, y en virtud del cual pueda hacer toda clase de cosas inherentemente contradictorias. La idea de omnipotencia de Dios está expresada en el nombre 'El-Shaddai, y la Biblia habla de ella en términos precisos, Job 9: 12; Sal. 115: 3; Jer. 32: 17; Mat. 19: 26; Luc. 1: 37; Rom. 1:

²⁴¹ Shedd. Dogm. Theol. I, pp. 361 Y siguientes. Hodge. Syst.

²⁴² Existence and Attributes of God. 11, p. 12. Compárese también Bavinck Geref. Dogm. II p. 252. Kuyper, Dict. Dogm. De Deo 1, pp. 412 Y siguientes.

20; Ef. 1: 19. Dios manifiesta su poder en la creación. Rom. 4: 17; Is. 44: 24; en las obras de providencia, Heb. 1: 3, y en la redención de los pecadores, 1 Cor. 1: 24; Rom. 1: 16.

PREGUNTAS PARA AMPLIAR EL ESTUDIO

1. ¿En qué sentidos diferentes podemos hablar' de la presciencia de Dios?
2. ¿Cómo conciben los arminianos esta presciencia?
3. ¿Qué objeciones hay a la idea jesuita de una scientia media?
4. ¿Cómo debemos juzgar la moderna insistencia en que el amor de Dios es el atributo central y todo determinante de Dios?
5. ¿Cuál es la concepción de Atto acerca de "lo santo" en Dios?
6. ¿Qué objeción hay a la opinión de que los castigos de Dios simplemente sirven para reformar al pecador, o para apartar a otros del pecado?
7. ¿Cuál es el concepto de los Socinianos y de los Grocianos acerca de la justicia retributiva de Dios?
8. ¿Es correcto decir que Dios puede hacer todas las cosas en virtud de su omnipotencia?

403

LITERATURA PARA CONSULTA

1. Adeney, The Christian Conception of God. pp. 86-152
2. Barvinck, Geref. Dogm. II pp. 171-259
3. Bates, On the Attributes; Clarke, The Christian Doctrine of God. pp. 56-115
4. Chamock, The Existence and Attributes of God. Discourse III, VII-IX
5. Dabney, Syst. and Polem. Theol. pp. 154-174
6. Harris God. Creator and Lord of all, pp. 128-209;
7. Hodge, Syst. Theol. I, pp. 393-441;
8. Kuyper, Dict. Dogm. De Deo I, pp. 355-417
9. Macintosh, Theology as an Empirical Science. pp. 159-194:
10. Pope, Chr. Theol. 1, pp. 307-358;
11. Shedd, Dogm. Theol. I, pp. 359-392
12. Snowden, The personality of God
13. Strong, Syst. Theol. pp. 282-303.
14. Vos, Geref. Dogm. I, pp. 2-36.
15. Watson, Theol. Inst. Part II, Chap. II
16. Wilmers, Handbook of the Chr. Religion. pp. 171-181

CAPITULO 10: LA PREDESTINACIÓN

Al pasar de la discusión del decreto divino al de la predestinación, todavía seguimos tratando el mismo asunto; pero hemos pasado de lo general a lo particular. La palabra "predestinación" no siempre se usa en el mismo sentido. Algunas veces se emplea simplemente como sinónimo de la palabra genérica "decreto". En otros casos sirve para designar el propósito de Dios respecto a todas sus criaturas morales. Sin embargo, con más frecuencia denota "el consejo de Dios con respecto a los

hombres caídos, incluyendo la soberana elección de algunos y la justa reprobación del resto". En la presente discusión se usa principalmente en este último sentido, aunque no tan completamente que se excluya el segundo de los significados que hemos anotado.

LA DOCTRINA DE LA PREDESTINACIÓN EN LA HISTORIA.

Hasta la época de Agustín la predestinación no constituyó en la historia un asunto importante de discusión. La mencionan los primitivos Padres de la Iglesia pero no parece que tuvieran de ella un concepto muy claro. En lo general la consideran como la presciencia de Dios con referencia a las acciones humanas, base sobre la cual Dios determina el futuro destino de los hombres. De aquí que fue posible para Pelagio apelar a algunos de aquellos primitivos Padres. "Según Pelagio" dice Wiggers, "la preordenación para salvación o para condenación se funda en la presciencia. Consecuentemente no admitía una 'predestinación absoluta', sino en todo sentido una 'predestinación condicionar'"²⁴³. Al principio, Agustín mismo se inclinó a este punto de vista; pero una reflexión más profunda sobre el carácter soberano del beneplácito de Dios lo condujo a ver que la predestinación en ninguna manera depende de la presciencia divina respecto a las acciones humanas, sino que más bien esta es la base de aquella. Su presciencia de la reprobación no está tan exenta de ambigüedad como debiera estarlo. Algunas de sus afirmaciones son para probar que en la predestinación Dios conoce de antemano lo que no quiere hacer, por ejemplo, todos los pecados; y habla de los elegidos como sujetos de predestinación, y de los réprobos como sujetos de la presciencia divina.²⁴⁴ En otros pasajes, sin embargo, Agustín habla también de los réprobos como sujetos de predestinación, de manera que no cabe ninguna duda de que él enseñó una doble predestinación. No obstante, reconoció la diferencia entre una y otra, que consiste en que Dios no predestinó para condenación y los medios que a ella conducen, en la misma forma en que lo hizo para salvación, y que la predestinación para vida es puramente soberana, en tanto que la predestinación para muerte eterna es también judicial y toma en cuenta el pecado del hombre.²⁴⁵

El punto de vista de Agustín encontró mucha oposición, particularmente en Francia, en donde los semipelagianos, aunque admitían la necesidad de la gracia divina para la salvación, reafirmaron la doctrina de una predestinación basada en la presciencia. Y aquellos que tomaron la defensa de Agustín se sintieron constreñidos a rendirse en algunos puntos importantes. Fracasaron en hacer justicia a la doctrina de una doble predestinación. Solamente Gottschalk y unos cuantos de sus amigos mantuvieron ésta; pero pronto fue silenciada su voz y el semipelagianismo ganó la victoria cuando menos entre los dirigentes de la Iglesia. Hacia el final de la Edad Media se hizo completamente manifiesto que la iglesia católicorromana concedería mucha amplitud en la doctrina de la predestinación. Mientras sus maestros sostuvieran que Dios quiere la salvación de todos los hombres, y no estrictamente de los elegidos, podrían con Tomás de Aquino moverse hacia el Agustinianismo en la doctrina de la predestinación, o con Molina seguir el derrotero del semipelagianismo, según

²⁴³ Agustínism y Pelagianism. p. 252.

²⁴⁴ CE. Wiggers, *ibid.* p. 239; Dijk. *Om't Eeuwig Welbehagen*. pp. 39 ff; Polman, *De Predestinatieleer van Agustinus*. Thomas van Aquino. en *Calvijn*. pp. 149 ff.

²⁴⁵ CE. Dyk, *ibid.*, p. 40. Polman, *ibid.*, p. 158.

pensaran que fuera mejor. Esto significa que aun en el caso de aquellos que, como Tomás de Aquino creyeron en una absoluta y doble predestinación, esta doctrina no pudo desenvolverse consistentemente y no logró hacerse determinativa del resto de la teología de aquellos.

Los Reformadores del Siglo XVI abogaron por la más estricta doctrina de la predestinación. Esto es cierto hasta de Melancton en su período inicial. Lutero aceptó la doctrina de la absoluta predestinación, aunque la convicción de que Dios quería que todos los hombres fuesen salvos lo hizo en las postrimerías de su vida suavizar aquella doctrina un poco. Gradualmente desapareció de la teología luterana que ahora considera la reprobación, toda o en parte, como condicional. Calvino mantuvo firmemente la doctrina agustiniana de una absoluta y doble predestinación. Al mismo tiempo, defendiendo esta doctrina en contra de Pighius insistió en el hecho de que el decreto respecto a la entrada del pecado en el mundo fue un decreto permisivo, y que el decreto de reprobación debe formularse de manera que Dios no sea hecho el autor del pecado, y tampoco, responsable de él en ninguna forma. Las Confesiones Reformadas son notablemente consistentes en darle forma a esta doctrina, aunque no todas la definen con igual plenitud y precisión. Como resultado del asalto arminiano sobre la doctrina, los Cánones de Dort contienen una definición clara y detallada de ella. En las iglesias de tipo arminiano la doctrina de la absoluta predestinación ha sido suplantada por la predestinación condicional.

Desde los días de Schleiermacher la doctrina de la predestinación recibió una forma enteramente diferente. La religión fue considerada como un sentimiento de absoluta dependencia, a *Hinneigung zum Weltall* una consciencia de abierta y continua dependencia de la causalidad que es propia del orden natural, con sus leyes y segundas causas invariables que predeterminan todas las resoluciones y acciones humanas. Y la predestinación fue identificada con esta predestinación por medio de la naturaleza, o la conexión causal universal en el mundo. La áspera denuncia hecha por Otto, en contra de ese concepto no es todo lo severa que debiera ser: "No puede haber producto más espúreo de la especulación teológica, ni más profunda falsificación de los conceptos religiosos, que éste; y ciertamente que no contra tal concepto siente antagonismo el Racionalista, ya que se trata de una sólida pieza de racionalismo; pero que al mismo tiempo indica un completo abandono de la verdadera idea religiosa de 'predestinación' "²⁴⁶." En la moderna teología "ancha" la doctrina de la predestinación encuentra muy poca simpatía. Se rechaza o se le tuerce hasta quedar irreconocible. G. B. Foster la califica como determinismo; Macintosh como predestinación de todos los hombres a ser conformados a la imagen de Jesucristo, y otros la reducen a predestinación para ciertos oficios o privilegios.

Actualmente Barth ha dirigido de nuevo la atención hacia la doctrina de la predestinación; pero dio de ella una estructura que ni siquiera de lejos se parece con la que dieron Agustín y Calvino. Con los reformadores sostiene que esta doctrina acentúa la libertad soberana de Dios en su elección, revelación, llamamiento, etc.²⁴⁷. Al mismo tiempo Barth no ve en la predestinación una predeterminada separación de los hombres, y no entiende, como Calvino, que la elección es elección particular. Esto es lo que evidentemente se entiende de lo que dice en la página 332 de su Roemerbrief. Gamfield en consecuencia, en su *Essay in Barthian Theology*, titulado *Revelation and the Holy Spirit*, dice:²⁴⁸ "Se necesita insistir en que la predestinación no significa la selección de un determinado número de gente

²⁴⁶ The Idea of the Holy. p. 90.

²⁴⁷ The Doctrine of the Words of God. p. 168; Roemer brief (2nd Ed.).

²⁴⁸ P. 92 Y 332.

para la salvación, y el resto para condenación, de acuerdo con la determinación de una desconocida e incognoscible voluntad. Esa idea no pertenece a lo que es propiamente la predestinación."

La predestinación conduce al hombre a una crisis en el momento de la revelación y decisión. Ella lo condena atendiendo a la relación que por naturaleza como pecador, guarda para con Dios. Y en esa relación Dios lo rechaza; pero también lo elige atendiendo a la relación según la cual, el pecador es llamado en Cristo y para la cual fue destinado en la creación. Si el hombre responde a la revelación de Dios por medio de la fe, es entonces lo que Dios ha querido que sea, un elegido; pero si no responde, sigue siendo un reprobado. Pero puesto que el hombre siempre está en crisis, el perdón incondicional y el completo repudio continúan aplicándose a cada uno simultáneamente. Esaú puede convertirse en Jacob; pero Jacob puede convertirse otra vez en Esaú. Dice McConnachie: "Para Barth, y como él cree, para S. Pablo, el individuo no es el objeto de la elección o de la reprobación, sino más bien la arena de la elección o de la reprobación. Ambas decisiones se encuentran en el interior del mismo individuo; pero en un modo tal que visto desde el lado humano, el hombre siempre está reprobado; pero visto desde el lado divino, el hombre es un elegido... La base de la elección es la fe. La base de la reprobación es la falta de fe. ¿Pero quién es aquel que cree? ¿Y quién es aquel que no cree? La fe y la incredulidad tienen su base en Dios. Estamos a las puertas del misterio."²⁴⁹

TERMINOS ESCRITURALES PARA LA PREDESTINACION

Los siguientes términos entran aquí a nuestra consideración:

LA PALABRA HEBREA YADA' Y LAS GRIEGAS GINOSKEIN, PROGINOSKEIN,, Y PROGNOSIS.

La palabra yada' puede simplemente significar "conocer" o "tomar conocimiento" de alguien o de algo ; pero puede también usarse en el sentido mucho más significativo de "informándose de alguien con amante solicitud" o "haciendo de alguien, objeto de cariñosa solicitud, o de "electivo amor".. En este sentido la palabra yada' sirve a la idea de la elección en Gén. 18: 19; Am. 3 : 2 ; Os. 13 : 5. El significado de las palabras proginoskein y prognosis en el Nuevo Testamento no está determinado por su uso en los autores clásicos, sino por el significado especial de yada'. Estos términos no denotan una presciencia o previsión simplemente intelectual, la mera información anticipada acerca de algo, sino más bien un conocimiento selectivo que considera a uno con simpatía y lo hace objeto de su amor, y de este modo se acerca a la idea de preordenación, Hech. 2 : 23 (compárese con 4: 28) ; Rom. 8: 29; 11 : 2 ; I Pedro 1: 2. Estos pasajes simplemente pierden su significado si estas palabras se toman en el sentido de un mero saber de uno de antemano, puesto que Dios conoce a todos los hombres en ese sentido. Aun los arminianos se sienten constreñidos a dar a estas palabras un significado más determinativo, es decir, preconocer a uno con absoluta seguridad, en un determinado estado o condición. Esto incluye la absoluta certidumbre de ese estado por venir, y por esa precisa razón se acerca estrechamente a la idea de predestinación. Y no solamente estas palabras, sino que hasta el simple ginoskein tiene ese significado específico en algunos casos, I Cor. 8: 3; Gál. 4: 9; II Tim. 2: 19.²⁵⁰

²⁴⁹ The Significance of Karl Barth, pp. 240 y siguientes.

²⁵⁰ Cf. Article of C. W. Hodge on "Foreknow, Foreknowledge" in the International Standard Bible Encyclopaedia.

LA PALABRA HEBREA BACHAR Y LAS PALABRAS GRIEGAS EKLEGESTHAI Y EKLOGE.

Estas palabras acentúan el elemento de elección o selección en el decreto de Dios respecto al destino eterno de los pecadores, una elección acompañada de buena voluntad. Sirven para indicar el hecho de que Dios selecciona un número determinado de entre la raza humana y los coloca en relación especial con El. Incluyen a veces la idea de un llamamiento a un definido privilegio, o al llamamiento de salvación; pero resulta un error pensar, como algunos lo hacen, que tal sentido es exhaustivo. Está perfectamente manifiesto que se refieren generalmente a una elección previa y eterna, Rom. 9 : 11 ; 11: 5; Ef. 1 : 4; II Tes. 2 : 13.

LAS PALABRAS GRIEGAS PRO ORIZEIN Y PROMISMOS.

Estas palabras siempre se refieren a la predestinación absoluta. A diferencia de otras palabras requieren verdaderamente un complemento. La pregunta surge naturalmente, ¿Preordenados para qué? Estas palabras siempre se refieren a la preordenación que afecta a los hombres a determinado fin, y por la Biblia sabemos la evidencia de que tal fin puede ser bueno o malo, Hech. 4: 28 ; Ef. 1: 5. Sin embargo, el fin a que estas palabras se refieren no es necesariamente el último fin, sino que con más frecuencia se trata de un final en el tiempo, el que a su vez sirve para llegar al último fin, Hech. 4: 28; Rom. 8: 29; I Cor. 2: 7; Ef. 1: 5 y 11.

EL AUTOR DE LA PREDESTINACION Y LOS OBJETOS DE ELLA

EL AUTOR

El decreto de predestinación es sin duda alguna, en todas sus partes, el acto concurrente de las tres personas de la Trinidad, que son una en su consejo y voluntad. Pero en la economía de la salvación, como está revelada en la Escritura, el acto soberano de la predestinación se atribuye más particularmente al Padre, Jn. 17: 6 y 9; Rom. 8 : 29; Ef. 1: 4; I Ped. 1: 2.

LOS OBJETOS DE LA PREDESTINACION

A diferencia del decreto de Dios en general, la predestinación tiene referencia únicamente a las criaturas racionales. Con mucha frecuencia se refiere a los hombres caídos. Y sin embargo, también se emplea en un sentido más amplio, y aquí lo usamos en su sentido más inclusivo, para abarcar todos los objetos de predestinación. Incluye a todas las criaturas racionales de Dios, es decir:

1. Todos los hombres, tanto buenos como malos. No solamente se incluyen como grupos; sino como individuos, Hech. 4: 28; Rom. 8: 29 y 30; 9: 11 13; Ef. 1 : 5 y 11.
2. Ángeles buenos y malos. La Biblia habla no sólo de ángeles malos, Marc. 8: 38; Luc. 9: 26, y de ángeles malvados, que no guardaron su primer estado, II Ped. 2 : 4; Judas 6; sino que también hace mención explícita de ángeles elegidos, I Tim. 5: 21, implicando, por lo tanto, que hubo también ángeles no elegidos. La pregunta se presenta, naturalmente, ¿cómo vamos a formarnos concepto de la predestinación de los ángeles? La opinión de algunos es simplemente que Dios determinó en general que los ángeles que permanecieran santos

serían confirmados en un estado de bienaventuranza, en tanto que los otros serían perdidos. Pero esto no queda, en armonía con la idea bíblica de la predestinación. Más bien significa que Dios decretó por razones suficientes para Él, dar a algunos ángeles, además de la gracia con que fueron dotados por creación, y que incluía poder amplio para permanecer santos, una gracia especial de perseverancia; y retuvo a éstos desechando a los otros. Hay puntos de diferencia entre la predestinación de los hombres, y la de los ángeles:

- a. Mientras la predestinación de los hombres, puede concebirse como infralapsariana, la de los ángeles únicamente puede entenderse como supralapsariana. Dios no eligió a cierto número de entre la masa de los ángeles caídos.
 - b. Los ángeles no fueron electos o predestinados en Cristo como Mediador; sino en Cristo como Cabeza, es decir, guardan con Él relación ministerial.
3. Cristo como Mediador. Cristo fue objeto de predestinación en el sentido de que
- a. Un amor especial del Padre, distinto de su acostumbrado amor para el Hijo, descansó sobre éste desde toda eternidad, I Ped. 1 : 20; 2: 4;
 - b. En su carácter como mediador fue adornado con la imagen especial de Dios, a la cual han de ser conformados todos los creyentes, Rom. 8: 29
 - c. El Reino toda su gloria y los medios conducentes a su posesión fueron ordenados por Él, a fin de que Él los conceda a los creyentes, Luc. 22: 29.

LAS PARTES DE LA PREDESTINACION

La predestinación incluye dos partes, es decir, elección y reprobación, la predestinación tanto de los buenos como de los malos para su destino final y para determinados fines inmediatos que servirán a manera de instrumental la realización del destino final correspondiente a cada uno.

LA ELECCION

1. La idea bíblica de la elección. La Biblia habla de elección en más de un sentido. Está
 - a. La elección de Israel como pueblo para privilegios especiales y para servicios especiales, Deut. 4:37; 7:6 8; 10 : 15; Os. 13 : 5.
 - b. La elección de individuos para algún oficio, o para el desempeño de algún servicio especial, por ejemplo, Moisés, Ex 3, los sacerdotes, Deut. 18 : 5; los reyes I Sam. 10: 24; Sal. 78: 70, los profetas, Jer. 1: 5, y los apóstoles, Jn. 6: 70; Hech. 9: 15.
 - c. La elección de individuos para ser hijos de Dios y herederos de la gloria eterna, Mat. 22 : 14; Rom. 11: 5 ; I Cor. 1: 27 y 28; Ef. 1: 4; I Tes. 1: 4; I Ped. 1: 2; II Ped. 1: 10. Esta última es la que vamos a considerar aquí como parte de la predestinación. Puede definirse como aquel acto eterno de Dios por el cual, en su soberano beneplácito, y sin tomar en cuenta ningún mérito visto de antemano en ellos, elige cierto número de hombres para hacerlos recipientes de gracia especial y de eterna salvación. Con más brevedad puede decirse que elección es el eterno propósito de Dios de salvar a algunos de la raza humana, en y por medio de Jesucristo.
2. Las características de la elección. Las características de la elección son idénticas con las de los decretos en general. El decreto de elección:
 - a. Es una expresión de la soberana voluntad de Dios, es decir, de su divino beneplácito. Esto, entre otras cosas significa que Cristo como Mediador no es la causa impelente, moviente o meritoria de la elección, como algunos han afirmado. Él puede ser llamado

la causa mediata de la realización de la elección y la causa meritoria de la salvación para la cual los creyentes fueron elegidos; pero no es El la causa meritoria, ni el móvil de la elección misma. Esto es imposible puesto que El mismo es objeto de predestinación y elección y porque cuando tomó sobre sí su trabajo mediatorio con el Consejo de Redención ya había un número fijo que le iba a ser dado. La elección precede lógicamente al Plan de Paz. El amor electivo de Dios precede al envío de su Hijo, Jn. 3: 16; Rom. 5 : 8; II Tim. 1: 9; I Jn. 4: 9. Al decir que el decreto de elección se originó en el beneplácito divino, se excluye también la idea de que se determine por algo que haya en el hombre, por ejemplo, fe o buenas obras vistas de antemano, Rom. 9: 11; II Tim. 1: 9.

- b. Es inmutable y por tanta hace que la salvación de los elegidos sea segura. Por su propia eficiencia Dios hace efectivo el decreto de elección mediante la obra salvadora que El cumple perfectamente en Jesucristo. Tiene Dios el propósito de que determinados individuos crean y perseveren hasta el fin, y El asegura este resultado mediante el trabajo objetivo de Cristo y las operaciones subjetivas del Espíritu Santo, Rom. 8: 29 y 30; 11: 29; II Tim. 2: 19. La elección es el fundamento firme de Dios que permanece, "teniendo este sello: El Señor conoce los que son suyos". Esto hace que la elección sea fuente de abundante consuelo para todos los creyentes. La salvación final de ellos no depende de su insegura obediencia, antes bien, está garantizada por el inmutable propósito de Dios.
- c. Es eterna, es decir, viene desde la eternidad. La elección divina jamás debería identificarse con alguna selección temporal, sea para el goce de la gracia especial de Dios en esta vida, para privilegios especiales o servicios de responsabilidad, o para la herencia de la gloria que ha de venir; si no que debe considerarse como eterna, Rom. 8: 29; Ef. 1:4 y 5. (4) Es incondicional. No depende en ninguna manera de fe o de buenas obras preconocidas en el hombre, como enseñan los arminianos; sino exclusivamente del soberano beneplácito de Dios, quien también es el originador de la fe y de las buenas obras, Rom. 9 : 11; Hech. 13 : 48; II Tim. 1: 9; I Ped. 1: 2. Puesto que todos los hombres son pecadores y han malogrado las bendiciones de Dios, no existe base en ellos para hacer diferencia entre unos y otros, y puesto que aun la fe y las buenas obras de los creyentes son el fruto de la gracia de Dios, Ef. 2 : 8 y 10; II Tim 2 : 21, aun estas como previstas por Dios no podrían proporcionar una base tal.
- d. Es irresistible. Esto no significa que el hombre no pueda oponerse a su ejecución, hasta cierto grado, antes bien, significa que la oposición del hombre no prevalecerá. Tampoco significa que Dios en la ejecución de su decreto aniquile la voluntad del hombre en una forma inconsistente con la libre agencia humana. Sin embargo, significa, que Dios puede, y ejerce una influencia tal sobre el espíritu del hombre como para hacerlo que quiera, Sal. 110: 3; Fil. 2 : 13.
- e. No se puede acusar de injusticia. El hecho de que Dios favorezca, a algunos y pase por alto a otros no justifica contra Dios el cargo de injusticia. Podemos hablar de injusticia solamente cuando una parte tiene derecho sobre la otra. Si Dios les debiera a todos los hombres el perdón de pecados y la vida eterna, cometería una injusticia si solamente salvara a un número limitado de ellos. Pero el pecador no tiene en absoluto derecho o pretensión sobre las bendiciones que fluyen de la elección divina. De hecho, ha perdido estas bendiciones. No sólo no tenemos derecho de pedirle cuentas a Dios por elegir a algunos y dejar a otros; sino que también debemos admitir que

habría sido perfectamente justo si no hubiera salvado a nadie, Mat. 20:14 y 15; Rom. 9: 14 y 15.

3. El propósito de la elección. Esta elección eterna tiene un doble propósito:
 - a. El propósito inmediato es la salvación de los elegidos. Está claramente enseñado en la palabra de Dios que el hombre es seleccionado o elegido para salvación, Rom. 11: 7-11; II Tes. 2: 13.
 - b. El propósito final es la gloria de Dios. Aun la salvación de los hombres está subordinada a ese propósito. Que la gloria de Dios es el más alto propósito de la gracia que elige, se declara enfáticamente en Ef. 1: 6, 12 y 14. Al evangelio social de nuestros días le agrada acentuar el hecho de que el hombre está elegido para el servicio. En la medida en que esa declaración tiene por intento negar la elección del hombre para salvación y para la gloria de Dios, va manifestamente contra la Escritura. Sin embargo la idea en sí sola, de que los elegidos están predestinados para servicio o buenas obras es enteramente bíblica, Ef. 2: 10; II Tim. 2: 21; pero esta finalidad está subordinada a la que ya dejamos indicada.

REPROBACION

Nuestros símbolos confesionales hablan no solamente de elección, sino también de reprobación.²⁵¹ Agustín enseñó tanto la doctrina de reprobación como la de elección; pero esta "doctrina dura" encontró mucha oposición. Los católicos romanos, los luteranos, los arminianos y los metodistas generalmente rechazan esta doctrina en su forma absoluta. Si todavía hablan de una reprobación es la que basan en la presciencia. Es de perfecta evidencia que Calvino tuvo profunda conciencia de la seriedad de esta doctrina por el hecho de que la llamó "decretum horribile" (decreto espantoso).²⁵² A pesar de eso, no se sintió con libertad para negar lo que consideró como una importante verdad bíblica. En nuestro día algunos eruditos que pretenden ser reformados se oponen a la doctrina de la reprobación. Barth enseña una reprobación que depende del rechazamiento que el hombre hace de la revelación de Dios en Cristo. Parece que Brunner tiene un concepto más Escritural de la elección que Barth; pero rechaza enteramente la doctrina de la reprobación. Admite que ésta, lógicamente, se deduce de la doctrina de la elección; pero amonesta en contra de dejarse guiar por la lógica humana en un caso como éste, puesto que la doctrina de la reprobación no se enseña en la Escritura.²⁵³

1. Definición de la doctrina. La reprobación puede definirse como aquel acto eterno de Dios por medio del cual determinó pasar por alto a algunos hombres, negándoles las operaciones de su gracia especial y castigarlos por causa de sus pecados, para la manifestación de la justicia divina. Merecen énfasis especial los siguientes puntos:
 - a. La doctrina de la reprobación contiene dos elementos. Según la presentación más usual en la teología Reformada el decreto de reprobación contiene dos elementos, que son: preterición, o sea, la determinación de pasar por alto a algunos hombres; y condenación (llamada algunas veces precondenación), o sea, la determinación de

²⁵¹ Confesión Belga, Art. XVI; Cánones de Don, I, 15. Conf. de Fe de Westminster, Cap. III, Art. VII.

²⁵² Inst. III, 23.7.

²⁵³ "Our Faith, pp. 32 y siguientes.

castigar a éstos que a causa de sus pecados fueron pasados por alto. En tal concepto da cuerpo a un doble propósito :

- i. Pasar por alto a algunos en el reparto de la regeneración y la gracia salvadora;
- ii. Asignarlos por causa de su pecado al deshonor y a la ira de Dios. La confesión Belga menciona solamente al primero de estos propósitos, pero los Cánones de Dort mencionan también el segundo. Algunos teólogos Reformados quisieran omitir el segundo de los elementos de la reprobación. Dabney prefiere considerar la condenación de los malvados como el resultado de su preterición, resultado ya previsto y buscado, y de esta manera despojado de su carácter positivo a la reprobación. Dick opina que el decreto de condenación debe considerarse como decreto aparte, y no como parte del decreto de reprobación. Sin embargo, a nosotros nos parece que no tenemos derecho ni de excluir el segundo elemento del decreto de reprobación, ni de considerarlo como decreto diferente. El lado positivo de la reprobación se encuentra tan claramente enseñado en la Escritura como contrario a la elección que no podemos considerarlo como algo puramente negativo, Rom. 9 : 21 y 22 ; Judas 4. Sin embargo, deberíamos notar varios puntos de diferencia entre los dos elementos del decreto de reprobación :
 - iii. La preterición es un acto soberano de Dios, un acto de su mero beneplácito, en el cual, los deméritos del hombre no entran en consideración ; en tanto que la precondenación es un acto judicial que con castigo visita al pecado. Aun los supralapsarianos están dispuestos a admitir que en la condenación el pecado tiene que ser tomado en consideración.
 - iv. El hombre no conoce la razón para la preterición. No puede ser el pecado puesto que todos los hombres son pecadores. Lo único que podemos decir, es que Dios, por buenas y sabias razones, suficientes para El mismo, pasó por alto a algunos. Por otra parte, la razón para la condenación ya es conocida, es el pecado.
 - v. La preterición es puramente pasiva, un sencillo pasar por alto, sin tomar en cuenta ningún acto del hombre; pero la condenación sí es eficiente y positiva. Aquellos que son pasados por alto son condenados por causa de sus pecados.
- b. Debemos estar en guardia, no obstante, en contra de la idea de que la elección y la reprobación, determinan con absoluta certidumbre el fin al que el hombre está predestinado, y los medios por los cuales ese fin tiene que realizarse, que la elección y la reprobación implican que en el caso de reprobación tanto como en el de elección, Dios hará que acontezca lo que ha decretado, valiéndose de su propia y directa eficiencia. Esto significa que en tanto que puede decirse que Dios es el autor de la regeneración, vocación, fe, justificación y santificación de los elegidos, y por eso, mediante su acción divina directa, hace que la elección de ellos se realice, no puede decirse que también El es el autor responsable de la caída, de las condiciones injustas y de los actos pecaminosos de los reprobados por actuar directamente sobre ellos y de esa manera lograr la realización de su reprobación. Indudablemente que el decreto de Dios hizo que la entrada del pecado al mundo fuera segura; pero El no predestinó a algunos para el pecado, como sí, predestinó a otros a la santidad. En su carácter de Dios santo, no puede ser el autor del pecado. La posición que sobre este

punto toma Calvino en sus Instituciones está claramente indicada en las siguientes proposiciones que encontramos en los artículos que él mismo escribió sobre la predestinación. "Aunque la voluntad de Dios es la suprema y primera causa de todas las cosas y Dios retiene al diablo y a todos los impíos sometidos bajo su divina voluntad, Dios, sin embargo, no puede ser llamado la causa del pecado, ni el autor del mal, ni está propenso a ningún error. Aunque el diablo y los réprobos son siervos de Dios e instrumentos para ejecutar las divinas y secretas decisiones, sin embargo, de una manera incomprensible, Dios obra de tal manera en ellos y por medio de ellos, como para no mancharse con la depravación de ellos, y que la malicia de éstos Dios la usa en forma justa y recta, hacia un buen fin, aunque esta manera de hacerlo queda frecuentemente oculto de nosotros. "Actúan ignorante y calumniosamente aquellos que dicen que Dios resulta autor del pecado si todas las cosas acontecen por su voluntad y mandato, porque estos calumniadores no hacen diferencia entre la depravación del hombre y los escondidos designios de Dios".²⁵⁴

- c. Deberíase notar que aquella gracia, la gracia con la que Dios favoreció a los hombres pasados por alto, no es la gracia común, sino su gracia especial, la gracia que regenera, la gracia que cambia en santos a los pecadores. Es un error pensar que en esta vida los réprobos estén enteramente destituidos del favor de Dios. Dios no limita la distribución de sus dones naturales por causa de su propósito de elección. Ni siquiera permite que la elección y la reprobación determinen la medida de sus bienes. El réprobo con frecuencia disfruta una mayor medida de las bendiciones naturales de la vida, que el elegido. Lo que efectivamente distingue a los réprobos de los elegidos es que estos son hechos recipientes de la gracia divina que regenera y salva.
2. Prueba de la doctrina de reprobación. La doctrina de la reprobación se deduce naturalmente de la lógica de la situación. El decreto de elección inevitablemente implica el decreto de reprobación. Si el todo sabio Dios, poseedor de infinito conocimiento se propuso eternamente salvar a algunos, entonces El, ipso facto, también se propuso no salvar a otros. Si El escogió o eligió a algunos, entonces ha rechazado por ese mismo hecho a otros. Brunner nos previene en contra de este argumento, puesto que la Biblia no enseña ni siquiera en una sola palabra, una divina predestinación para rechazamiento. Pero nos parece que la Biblia no contradice, sino justifica la lógica en cuestión. Puesto que la Biblia es ante todo una revelación de redención, no tiene tanto que decir acerca de la reprobación, como de la elección. Pero lo que dice es perfectamente suficiente, compárese Mat. 11 : 25 y 26; Rom. 9: 13, 17, 18, 21 y 22 ; 11 : 7; Judas 4; I Ped. 2 : 8.

SUPRA—E INFRALAPSARIANISMO

La doctrina de la predestinación no siempre ha sido presentada exactamente en la misma forma. Especialmente desde los días de la Reforma dos diferentes concepciones de ella, emergieron gradualmente, las cuales fueron designadas durante la controversia arminiana como Infra- y Supralapsarianismo. Las diferencias ya existentes fueron definidas más agudamente y acentuadas con mayor fuerza como resultado de las disputas teológicas de aquella época. Según el Dr. Dijk los dos conceptos que estamos considerando fueron en su forma original, simples diferencias de opinión respecto al asunto de si la caída del hombre había estado incluida en el decreto divino. ¿Fue

²⁵⁴ Citado por Warfield, *Studies in Theology*, p. 194.

predestinado el primer pecado del hombre, el pecado que constituyó la caída, o fue simplemente objeto de la divina presciencia? En su forma original el supralapsarianismo sostuvo lo primero, y el infralapsarianismo lo segundo. En este sentido de la palabra, Calvino claramente fue supralapsariano. El desenvolvimiento posterior de la diferencia entre los dos conceptos comenzó con Beza, el sucesor de Calvino en Ginebra. En ese desarrollo el punto original de la disputa retrocede al fondo y ocupan el frente otras diferencias, algunas de las cuales se redujeron a meras diferencias de énfasis. Los infralapsarianos posteriores, como Rivet, Walacus, Mastricht, Turretin, á Mark y de Moor, todos admiten que la caída del hombre estuvo incluida en el decreto: y de los posteriores supralapsarianos como Beza, Gomarus, Pedro Mártir, Zanchius, Ursinus, Perkins, Twisse, Trigland, Voetius, Burmannus, Witsius y Conrie, al menos algunos están completamente dispuestos a admitir que en el decreto de reprobación, Dios, de alguna manera tomó en consideración el pecado. Nos ocuparemos ahora con el supra- y el infralapsarianismo en su forma más desarrollada.

EL PUNTO EXACTO DE PARTIDA

Es completamente esencial tener un concepto correcto del punto o puntos exactos de partida entre los dos.

1. Negativamente, la diferencia no se encuentra:
 - a. En conceptos divergentes que se refieren al orden temporal de los decretos divinos. Se admite por unos y otros que el decreto de Dios es uno, y que en todas sus partes es igualmente eterno, tanto que es imposible atribuirle alguna sucesión a los varios elementos que en él están incluidos.
 - b. En alguna diferencia esencial respecto a si la caída del hombre fue decretada, o fue meramente objeto de la divina presciencia. Este puede haber sido, como dice el Dr. Dijk, el punto original de diferencia; pero con toda seguridad, se diría de cualquiera que afirme que la caída no fue decretada, si no tan sólo prevista por Dios, que se mueve con los arminianos más bien que con las filas Reformadas. Tanto supralapsarianos como infralapsarianos admiten que la caída está incluida en el decreto divino y que la preterición es un acto de la soberana voluntad de Dios.
 - c. En ninguna diferencia esencial acerca de la interrogante sobre si el decreto relativo al pecado es permisivo. Hay alguna diferencia de énfasis en cuanto al adjetivo calificativo. Los supralapsarianos (con pocas excepciones), están dispuestos a admitir que el decreto relativo al pecado es permisivo, pero se apresuran a añadir que eso no obstante, hizo segura la entrada del pecado en el mundo. Y los infralapsarianos (con pocas excepciones) admitirán que el pecado está incluido con el decreto de Dios ; pero se apresurarán a añadir que el decreto, hasta donde tiene que ver con el pecado, es permisivo más bien que positivo. Los primeros, a veces, insisten demasiado sobre el elemento positivo del decreto que se refiere al pecado, y de esta manera se exponen al cargo de que hacen a Dios el autor del pecado. Y los segundos, a veces, acentúan demasiado el carácter permisivo del decreto reduciéndolo a un simple permiso : de esta manera se exponen al cargo de arminianismo. En su conjunto, sin embargo, los supralapsarianos enérgicamente repudian toda interpretación del decreto que convierte a Dios en autor del pecado; y los infralapsarianos con mucho cuidado señalan explícitamente que el decreto permisivo de Dios con relación al pecado lo hizo completamente seguro en el futuro.

- d. En ninguna diferencia esencial acerca de la interrogante sobre que si el decreto de reprobación toma en cuenta el pecado. El decreto de reprobación algunas veces se presenta como si Dios destinara algunos hombres a eterna destrucción, simplemente por un acto de su soberana voluntad, sin tomar en cuenta los pecados de ellos ; como si, semejante a un tirano, sencillamente decidiera destruir un gran número de sus criaturas racionales, únicamente para la manifestación de sus gloriosas virtudes. Pero los supralapsarianos aborrecen la idea de un Dios tiránico, y al menos algunos de ellos explícitamente afirman que, en tanto que la preterición es un acto de la soberana voluntad de Dios, el segundo elemento de la reprobación es decir, la condenación es un acto de justicia y ciertamente toma en cuenta el pecado. Esto se deduce de la suposición de que, lógicamente, la preterición precede al decreto para crear y permitir la caída, en tanto que la condenación le sigue. La lógica de esta posición puede dudarse, pero a lo menos demuestra que los supralapsarianos que la sostienen, enseñan que Dios toma en cuenta el pecado en el decreto de reprobación.
2. Positivamente, la diferencia tiene que ver con:
 - a. El alcance de la predestinación. Los supralapsarianos incluyen el decreto para crear y permitir la caída del hombre en el decreto de la predestinación, en tanto que los infralapsarianos lo relacionan con el decreto de Dios en general y lo excluyen del decreto especial de predestinación. Según los primeros el hombre aparece en el decreto de predestinación no como creado y caído, sino como seguro de ser creado y de caer; en tanto que, conforme a los segundos el hombre aparece en el decreto como ya creado y caído.
 - b. El orden lógico de los decretos. La cuestión es, si los decretos para crear y permitir la caída fueron medios para el decreto de redención. Los supralapsarianos razonan sobre la hipótesis de que al hacer planes la mente racional pasa de los fines a los medios en un movimiento de retroceso, de manera que lo que fue primero en designio es último en cumplimiento. De este modo llegan a la aprobación del orden siguiente :
 - i. El decreto de Dios de glorificarse, y particularmente de magnificar su gracia y justicia en la salvación de algunas y en la perdición de otras de sus criaturas racionales, el cual está en la mente divina todavía como posibilidad.
 - ii. El decreto para crear a aquellos que de esta manera fueron elegidos o reprobados.
 - iii. El decreto para permitir que cayeran.
 - iv. El decreto para justificar los elegidos, y condenar los no elegidos. Por otra parte, los infralapsarianos sugieren un orden más histórico :
 - v. El decreto para crear al hombre en santidad y bienaventuranza.
 - vi. El decreto para permitir la caída del hombre mediante la determinación de su propia voluntad.
 - vii. El decreto de salvar un número determinado de entre este conjunto culpable.
 - viii. El decreto para dejar al resto en sus pecados por la determinación de ellos mismos, y sujetarlos al justo castigo que sus pecados merecen.
 - c. Extensión del número de personas predestinadas por causa del decreto de creación, y del decreto que permitió la caída. Según los supralapsarianos, Dios, aun en el decreto de creación y en el de permiso de la caída, tenía su mirada fija sobre cada uno de sus elegidos, individualmente, de tal manera que no hubo un solo momento en el decreto, en que ellos no conservaran una relación especial con Dios como sus amados. Por otra parte, los infralapsarianos, sostienen que este elemento personal

no apareció en el decreto sino hasta después del decreto de creación y del que permitió la caída. En los decretos mismos, el elegido está incluido simplemente en la masa total de la humanidad y no aparece como objeto especial del amor de Dios.

LA POSICION SUPRALAPSARIANA

1. Argumentos a su favor:

- a. Apelan a todos aquellos pasajes de la Escritura que acentúan la absoluta soberanía de Dios, y más particularmente su soberanía en relación al pecado, por ejemplo, Sal. 115 : 3; Prov. 16 : 4; Is. 10: 15; 45:9; Jer. 18:6; Mat. 11:25 y 26; 20: 15; Rom. 9: 17; 19:21. Se pone énfasis especial sobre la figura del alfarero, que se encuentra en más de uno de estos pasajes. Se dice que esta figura no solamente acentúa la soberanía de Dios en general, sino más especialmente su soberanía que determina la clase de vasijas que ha de fabricar. Esto significa que Pablo en Rom. 9 habla desde el punto de vista de precreación, una idea aceptable
 - i. Por el hecho de que el trabajo del alfarero, frecuentemente se usa en la Escritura como figura de la creación; y
 - ii. Por el hecho de que el alfarero destina cada vasija para un uso determinado y le da la cualidad que le corresponde, lo que haría que la vasija preguntara aunque sin ningún derecho : "¿Por qué me hiciste así ?"
- b. Se llama la atención al hecho de que algunos pasajes de la Escritura sugieren que el trabajo de la naturaleza o de la creación en general fue ordenado de manera que contuviera ilustraciones del trabajo de redención. Jesús con frecuencia derivó de la naturaleza sus ilustraciones para la explicación de las cosas espirituales, y se nos dice en Mateo 13: 35 que hacía esto para que se cumplieran las palabras del profeta, "declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo". Compárese Sal. 78: 2. Se considera que significa que estaban escondidas en la naturaleza: pero que fueron sacadas a la luz en la enseñanza parabólica de Jesús. Ef. 3 : 9 también se considera como una expresión de la idea de que el designio de Dios en la creación del mundo fue encaminado para la manifestación de la sabiduría divina que se haría notoria en la obra de redención de que se ocupa el Nuevo Testamento. Pero apelar a este pasaje, nos parece muy dudoso, y eso para decir solamente lo menos posible.
- c. El orden de los decretos, según lo aceptan los supralapsarianos, está considerado como el más ideal, el más lógico y el más sólido de los dos. Exhibe claramente el orden racional que existe entre el último fin y los recursos intermedios. Por eso los supralapsarianos pueden dar una contestación específica, que los infralapsarianos no pueden dar a la pregunta : ¿Por qué Dios decretó crear el mundo y permitir la caída? Le hacen plena justicia a la soberanía de Dios, y se abstienen de todo intento fútil de justificar a Dios ante los hombres, en tanto que los infralapsarianos dudan, intentan probar la justicia de los procedimientos divinos, y no obstante, al llegar al análisis final no encuentran otra explicación para el decreto que permitió la caída, que únicamente el soberano beneplácito de Dios.²⁵⁵
- d. La analogía de la predestinación de los ángeles parecería favorecer la posición supralapsariana, porque solamente puede concebirse como supralapsariana. Dios

²⁵⁵ Bavinck, Geref. Dogm. II, p. 400.

decretó por razones suficientes para El, conceder a algunos ángeles la gracia de la perseverancia y negarla a otros, uniendo con esto justamente la confirmación de los primeros a un estado de gloria y la perdición eterna de los otros. Esto significa pues, que el decreto que se refiere a la caída de los ángeles forma una parte de su predestinación. Y sería imposible al parecer, concebirlo de ninguna otra manera.

2. Objeciones a la posición supralapsariana:

- a. A pesar de sus aparentes pretensiones no soluciona el problema del pecado. Lo haría si se atreviera a decir que Dios decretó introducir el pecado en el mundo haciendo uso de su propia y directa eficiencia. Algunos supralapsarianos, es verdad, presentan el decreto como la causa eficiente del pecado ; pero a pesar de ello, no quieren que esto se interprete en forma que Dios se convierta en el autor del pecado. La mayoría de ellos no se interesa en ir más allá de la afirmación de que Dios quiere permitir el pecado. Ahora bien, esta objeción no se dirige sólo .contra el supralapsariano, como si el caso fuera distinto para el infralapsariano, puesto que ni uno, ni otro, resuelven el problema. La única diferencia es que el primero tiene más grandes pretensiones en este sentido que el segundo.
- b. Según la presentación que hacen los supralapsarianos el hombre aparece en el decreto divino, primero como *creabilis et labilis* (seguro de que será creado y de que caerá). Los objetos del decreto son, primero que todo, hombres, considerados como meras posibilidades, como seres no existentes. Pero semejante decreto, necesariamente, sólo tiene carácter provisional, y debe ser seguido por otro decreto. Después de la elección y reprobación de estos hombres posibles, sigue el decreto de crearlos y de permitir su caída; y esto debe ser seguido por otro decreto que se refiera a estos hombres cuya creación y caída ahora ya ha sido definitivamente determinada, y este será el decreto para elegir algunos y reprobos el resto de quienes ahora aparecen en el propósito divino como hombres reales. Los supralapsarianos dicen que esta no es una objeción insuperable porque, en tanto que es verdad que, en la posición sostenida por ellos, la existencia actual de los hombres todavía -no ha sido determinada, cuando son elegidos y reprobados, existen ya en la idea divina.
- c. Se dice que el supralapsarianismo hace del castigo eterno de los reprobados un objeto de la divina voluntad en el mismo sentido y en la misma manera en que lo es la salvación eterna de los elegidos; y que hace del pecado que lleva a la destrucción eterna, un medio para alcanzar ese fin, en el mismo sentido en que la redención de Cristo es un medio para la salvación. Si se siguiera por este razonamiento en forma consistente, se convertiría a Dios en el autor del pecado. Sin embargo, debe notarse que, como regla, el supralapsariano no presenta de ese modo el decreto, y explícitamente declara que tampoco puede ser interpretado como para hacer de Dios el autor del pecado. Hablará de una predestinación para la gracia de Dios en Jesucristo ; pero no de una predestinación para el pecado.
- d. Una vez más se objeta que el supralapsarianismo hace que el decreto de reprobación sea tan absoluto como el decreto de elección. En otras palabras, que el supralapsarianismo considera la reprobación simplemente como un acto del beneplácito soberano de Dios, y no como un acto de la justicia punitiva. Según la representación hecha por el supralapsariano el pecado no se toma en consideración en el decreto de reprobación. Pero esto apenas puede ser correcto aunque puede ser verdad respecto de algunos supralapsarianos. En general, sin embargo, puede decirse que en tanto que consideran la preterición como un acto del beneplácito

soberano de Dios acostumbran considerar la precondenación como un acto de la justicia divina que no toma en consideración el pecado. Y el mismo infralapsariano no puede mantener la idea de que la reprobación es un acto de justicia pura y simple, contingente con el pecado del hombre. En último análisis, él también debe declarar que es un acto del beneplácito soberano de Dios si quiere evitar caer del lado arminiano.

- e. Finalmente, se dice que no es posible estructurar una doctrina útil, del pacto de gracia y del Mediador, fundada sobre el esquema supralapsariano. Ambos, el pacto y el Mediador del pacto pueden concebirse únicamente como infralapsarianos. Esto se admite francamente por algunos supralapsarianos. Lógicamente, el Mediador aparece en el decreto divino, únicamente después de la entrada del pecado; y este es el único punto de vista desde el cual puede construirse el pacto de gracia. Esto, naturalmente, tiene consecuencias importantes en el ministerio de la Palabra.

LA POSICION INFRALAPSARIANA.

1. Argumentos en su favor.

- a. Los infralapsarianos apelan más particularmente a los pasajes de la Escritura en los que aquellos que han sido objeto de la elección aparecen como en una condición de pecado, como estando en estrecha unión con Cristo y como objetos de la misericordia y gracia de Dios, por ejemplo, Mat. 11 : 25 y 26; Jn. 15: 19; Rom. 8 : 28 y 30; 9: 15 y 16; Ef. 1 : 4-12; II Tim. 1 : 9. Parecería que estos pasajes implican que en el pensamiento de Dios la caída del hombre precedió a la elección de algunos para salvación.
- b. El infralapsarianismo llama la atención al hecho de que en su representación, el orden de los decretos divinos es menos filosófico y más natural que en el propuesto por los supralapsarianos. Que el suyo está en armonía con el orden histórico de la ejecución de los decretos, lo cual parecería reflejar el orden seguido en el eterno consejo de Dios. Precisamente así como en la ejecución hay un orden causal, lo debe haber también en el decreto. Resulta más modesto quedarnos con este orden, precisamente porque refleja el orden histórico revelado en la Escritura y no pretende resolver el problema de la relación de Dios con el pecado. Se considera que el infralapsarianismo es menos ofensivo en su presentación del asunto y que está mucho más en armonía con los requerimientos de la vida práctica.²⁵⁶
- c. En tanto que los supralapsarianos dicen que su estructura de la doctrina de los decretos es la más lógica de las dos, los infralapsarianos dicen otro tanto acerca de la suya. Dice Dabney : "El esquema supralapsariano con la pretensión de mayor simetría, es en realidad el más ilógico de los dos".²⁵⁷ Se hace notar que el esquema supralapsariano es ilógico porque hace que el decreto de elección y preterición se refiera a seres no existentes, es decir, hombres que no existen sino como meras posibilidades, aun en la mente de Dios; los cuales no existen todavía en el decreto divino, y que por tanto no pueden contemplarse como creados, sino solamente como

²⁵⁶ Compárese Adwards, Works II, p. 543.

²⁵⁷ Syst. and Polem. Theol. p. 233.

creables. De nuevo se dice que la estructura supralapsariana es ilógica porque necesariamente separa los dos elementos de la reprobación colocando la preterición antes, y la condenación después de la caída.

- d. Finalmente, también se llama la atención al hecho de que las Iglesias Reformadas en sus símbolos oficiales siempre han adoptado la posición infralapsariana, aunque nunca han condenado el otro punto de vista, antes bien, siempre lo han tolerado. Entre los miembros del Sínodo de Dort y los de la Asamblea de Westminster hubo varios supralapsarianos que eran tenidos, en alto honor (el presidente de cada una de esas asambleas, fue un diferente supralapsariano); pero tanto en los Cánones de Dort como en la Confesión de Westminster, el concepto infralapsariano encontró expresión.
2. Objeciones al Infralapsarianismo. Las que siguen son las objeciones más importantes que se han levantado contra él :
- a. No da, ni pretende dar una solución al problema del pecado. Pero esto es igualmente cierto del otro punto de vista, tanto así, que en una comparación de los dos, esto no puede considerarse como una verdadera objeción, aunque algunas veces se presente. El problema de la relación de Dios con el pecado se ha comprobado como insoluble tanto por uno, como por el otro.
 - b. Aunque el infralapsarianismo se profese con el plausible deseo de escudarse en contra de la posibilidad de hacer a Dios el autor del pecado, haciendo esto, siempre se está en peligro de rebasar el límite, y algunos de sus representantes han cometido este error. Son adversos a la afirmación de que Dios quiere el pecado, y la sustituyen por la proposición de que Dios lo permite. Pero entonces se levanta la interrogante acerca del significado de esta proposición. ¿Quiere decir que Dios únicamente tomó conocimiento de la entrada del pecado, sin que en ninguna manera lo obstaculizara, de modo tal que la caída fue en realidad una frustración de su plan ? En el instante en que los infralapsarianos contestan afirmativamente esta pregunta entran a filas de los arminianos. Aunque ha habido algunos que toman esta proposición, la mayoría de ellos sienten que no pueden consistentemente hacerlo, sino que deben incorporar la caída dentro del decreto divino. Hablan del decreto referente al pecado como un decreto permisivo; pero entendiendo claramente que este decreto hizo segura la entrada del pecado en el mundo. Y si se presenta la pregunta: ¿Por qué Dios decretó permitir el pecado y de esta manera hacerlo cosa segura? Podrán solamente señalar hacia el beneplácito divino, y de esta manera colocarse en perfecto acuerdo con el supralapsarianismo.
 - c. La misma tendencia de proteger a Dios se revela de modo distinto y expone a uno a un peligro similar. Lo que realmente quiere el infralapsarianismo, es explicar la reprobación como un acto de la justicia de Dios. Se inclina a negar explícita o implícitamente que sea un acto de simple beneplácito de Dios. Esto verdaderamente convierte el decreto de reprobación en decreto condicional y conduce hacia el rebaño arminiano. Pero los infralapsarianos, como un todo, no quieren enseñar un decreto condicional, y expresamente se cuidan en este asunto. Algunos de ellos admiten que es un error considerar la reprobación puramente como un acto de justicia divina. Y esto está completamente correcto. El pecado no es la única causa de la reprobación más de lo que en grado alguno puede ser la fe y las buenas obras la causa de la elección, porque todos los hombres están por naturaleza muertos en pecados y transgresiones. Cuando los infralapsarianos se colocan también frente al problema de

la reprobación, sólo encuentran la respuesta en el beneplácito de Dios. Su lenguaje puede sonar más tierno que el de los supralapsarianos; pero también está más expuesto a ser mal entendido, y después de todo prueba que concuerda con la misma idea.

- d. La posición infralapsariana no hace justicia a la unidad del decreto divino, sino que representa las diferentes partes de él como demasiado desconectadas. Primeramente Dios decreto crear el mundo para la gloria de su nombre, lo que entre otras cosas significa que también determinó que sus criaturas racionales vivieran según la ley divina colocada profundamente en sus corazones y que alabaran a su Hacedor. Entonces decretó permitir la caída por medio de la cual el pecado entró en el mundo. Esto parece ser una frustración del plan original, o al menos una importante modificación de él, puesto que Dios ya no decreta glorificarse en la obediencia voluntaria de todas sus criaturas racionales. Al final se siguen los decretos de elección y reprobación lo que significa que solamente se ejecutó una parte del plan original.

DE LO YA DICHO PARECERÍA DEDUCIRSE QUE NO PODEMOS CONSIDERAR AL SUPRA Y AL INFRALAPSARIANISMO COMO ABSOLUTAMENTE ANTITÉTICOS.

Contemplan el mismo misterio desde diferentes puntos de vista, poniendo, uno, su atención en lo ideal o teleológico ; el otro, en lo histórico, en el orden de los decretos. Hasta cierto punto pueden y deben ir de la mano. Ambos encuentran apoyo en la Escritura. El supralapsarianismo en aquellos pasajes que acentúan la soberanía de Dios, y el infralapsarianismo en los que insisten en la misericordia y justicia de Dios, en relación con la elección y reprobación. Cada uno tiene algo en su favor: El primero que no intenta justificar a Dios, sino que simplemente reposa en la soberanía y santo beneplácito de Dios ; y el segundo que es el más modesto y tierno, y se ocupa de las demandas y exigencias de la vida práctica. Los dos son necesariamente inconsistentes entre sí, el primero porque no puede considerar al pecado como un movimiento progresivo, sino que debe considerarlo como una perturbación en la creación, y habla de un decreto permisivo que hace del pecado cosa segura; pero cada uno de ellos también acentúan un elemento de la verdad. El verdadero elemento del supra-lapsarianismo se encuentra en su énfasis sobre lo siguiente: Que el decreto de Dios es una sola unidad; que Dios tuvo en vista un propósito final; que en un cierto sentido El quiso el pecado; y que la obra de creación fue inmediatamente adaptada a la actividad recreadora de Dios. Y el verdadero elemento del infralapsarianismo es, que hay una cierta diversidad en los decretos de Dios; que la creación y la caída no pueden considerarse meramente como medios para un fin; sino que tuvo independientemente, un gran significado; y que el pecado no puede considerarse como un elemento de progreso, sino que debiera considerarse como un elemento de perturbación en el mundo. En relación con el estudio de este profundo asunto sentimos que nuestro entendimiento es limitado, y nos damos cuenta de que sólo poseemos fragmentos de la verdad. Nuestros símbolos confesionales dan forma concreta a la posición infralapsariana; pero no condenan al supralapsarianismo; se sintió que este concepto no era necesariamente inconsistente con la teología Reformada. Y las resoluciones de Utrecht, adoptadas en 1908 por nuestra Iglesia Cristiana Reformada, establecen que, aunque no es permisible presentar el punto de vista del supralapsarianismo como la doctrina de las Iglesias Reformadas de los Países Bajos, así también no es permisible en lo mínimo molestar a nadie que para sí mismo abrigue ese punto de vista.

PREGUNTAS PARA AMPLIAR EL ESTUDIO

1. ¿Es posible que haya en Dios la presciencia de eventos futuros que no tienen fundamento en el decreto?
2. ¿Qué resultado inevitable habrá a causa de fundar el decreto de Dios en su presciencia antes que a la inversa, es decir, fundar su presciencia en su decreto?
3. ¿Cómo difiere la doctrina de los decretos, de la del fatalismo y de la del determinismo?
4. ¿El decreto de predestinación excluye necesariamente la posibilidad de una oferta universal de salvación?
5. ¿Son o no igualmente absolutos e incondicionales los decretos de elección y de reprobación?
6. ¿Se parecen los mencionados decretos en que sean otras tantas causas de las que podamos derivar las acciones humanas como resultados?
7. ¿Cómo se relaciona la doctrina de la predestinación con la de la depravación total? ¿Y cómo con la de la expiación? ¿Y cómo con la de la perseverancia de los santos?
8. ¿Enseñan los teólogos Reformados la predestinación para el pecado?

420

LITERATURA PARA CONSULTA

1. Bavinck, Geref. Dogm. II, pp. 347.425;
2. Hodge, Syst. Theol. I, pp. 535.549; II, pp. 315.321;
3. Kuyper, Dict. Dogm. De Deo III, pp. 80.258;
4. Shedd, Dogm. Theol. pp. 393.462; 237.254;
5. Vos, Geref. Dogm. I, pp. 81.170;
6. Mastricht, Godheleerdheit, I, pp. 670.757
7. Comrie en Holtius, Examen van het Ontwerp van Tolerantie Samenspra ken VI y VII; Turretin, Opera I, pp. 279.382;
8. Dabney, Syst. and Polem. Theol., pp. 211.246;
9. Miley, Syst. Theol. II, pp. 245.266;
10. Cunningham, Hist. Theol., II, pp. 416.489;
11. Wiggers, Augustinism and Pelagianism, pp.
12. Cole, Calvin's Calvinism, pp. 25.206;
13. Calvin, Institutes III, Chap. XXI-XXIV
14. Dijk, De Strijd over Infra- en Supralapsarisme in de Gereformeerde Kerken van Nederland; ibid.; Om't Eeuwig Welbehagen;
15. Fernhout, De Leer der Uitverkiezing;
16. Polman, De Praedestinatieleer van Augustinus, Thomas van Aquino en Calvijn.
17. Warfield, Biblical Doctrines, pp. 3.67; ibid, Studies in Theology, pp. 117.231
18. Girardeau, Calvinism and Evangelical ibid: Arminianism, pp. 14,412; in its Theological Relations

CAPITULOS 13: LA CREACION DEL MUNDO MATERIAL

EL RELATO DE LA CREACION SEGUN LA ESCRITURA

Así como los hebreos, otras naciones tuvieron también sus relatos respecto al origen del universo material y del modo en que el caos original se convirtió en un cosmos o mundo habitable. Algunos de esos relatos revelan rasgos de similitud con el registro bíblico; pero contiene un número mucho mayor de sorprendentes diferencias. Como si fuera una regla se caracteriza por elementos dualistas o politeístas, representan al mundo como resultado de una fiera lucha entre los dioses, y están a muy grande distancia de la sencillez y sobriedad del relato bíblico. Sería aconsejable comenzar nuestra discusión acerca de esos detalles con unas cuantas indicaciones generales.

EL PUNTO DE VISTA DESDE EL CUAL CONTEMPLA LA BIBLIA LA OBRA DE CREACION

Es cosa significativa que el relato de Génesis 1 aunque menciona la creación de los cielos no le dedica posterior atención al mundo espiritual. Se ocupa solamente del mundo material, y lo representa principalmente como la habitación del hombre y el teatro de sus actividades. Trata no de realidades invisibles, como los espíritus, sino de las cosas que se ven. Y porque estas cosas son palpables a los sentidos humanos, vienen a discusión no sólo en la teología, sino también en otras ciencias y en la filosofía. Pero en tanto que la filosofía trata de investigar a la luz de la razón el origen y la naturaleza de todas las cosas, la teología halla su punto de partida en Dios; por su revelación especial se deja guiar respecto a la obra de creación, y considera todas las cosas en relación con Él. El relato de la creación es el principio de la revelación que Dios hace de sí mismo, y nos informa de la relación fundamental en que todas las cosas, incluso el hombre, se encuentran respecto a Él. Acentúa la posición original del hombre, para que los hombres de todas las épocas tengan un adecuado entendimiento del resto de la Escritura como una revelación de la Redención. Aunque no pretenda darnos una cosmogonía completamente filosófica, contiene elementos importantes para la construcción de una verdadera cosmogonía.

EL ORIGEN DEL RELATO DE LA CREACION

La investigación sobre el relato de la creación ha surgido repetidamente, y el interés en él se renovó por causa del descubrimiento de la historia babilónica de la creación. Esta historia, tal como se nos ha dado a conocer tomó forma en la ciudad de Babilonia. Habla de la generación de diversos dioses, de los cuales Mardal probó ser el principal. Ninguno como él tuvo el poder suficiente para vencer al primitivo dragón Taima, y se convirtió en el creador del mundo, a quien los hombres adoran. Hay algunos puntos de similitud entre el relato de la creación en Génesis y esta historia babilónica. Ambas hablan de un caos primitivo, y de una división entre las aguas de abajo y el firmamento de arriba. El Génesis habla de siete días, y la escritura babilónica está arreglada en siete tabletas. Ambos relatos conectan los cielos con la cuarta época de la Creación, y la de la creación del hombre con la sexta. Algunas de estas semejanzas son de poca significación, y las diferencias de los dos relatos resultan mucho más importantes. El orden hebreo difiere en muchos puntos del babilónico. La diferencia más grande se encuentra, sin embargo, en los conceptos religiosos de los dos. El relato babilónico, a diferencia del de la Escritura, es mitológico y politeísta. Los dioses no guardan un nivel elevado, si no que traman y conspiran y luchan. Mardal, únicamente, alcanza el éxito después de una prolongada lucha en la que su fuerza se midió derrotando las fuerzas del mal y reduciendo al orden el caos. En Génesis, por el contrario, encontramos el más sublime monoteísmo, y vemos a Dios llamando a existencia el universo y todas las cosas criadas, mediante la sencilla palabra de su potencia. Cuando el relato babilónico se descubrió, muchos eruditos precisamente dieron por hecho que la narración bíblica se derivaba de la fuente babilónica, olvidando que hay a lo menos otras dos

posibilidades, es decir, (a) que la historia babilónica sea una reproducción espuria de la narración de Génesis; (b) que ambas se deriven de una fuente común más primitiva. Pero de cualquiera manera que el asunto se conteste, no resuelve el problema del origen de la narración. ¿Cómo se produjo el original, oral o escrito? Algunos lo consideraron sencillamente como el producto natural de la reflexión humana en cuanto al origen de las cosas. Pero esta explicación es extremadamente inadecuada en vista de los siguientes hechos: (a) la idea de la creación es incomprensible; (b) la ciencia y la filosofía conjuntamente se oponen a la doctrina de una creación de la nada; y (c) solamente por la fe podemos entender que el universo fue hecho por la palabra de Dios, Heb. 11: 3. Por tanto llegamos a la conclusión de que la historia de la creación fue revelada a Moisés o a alguno de los primitivos patriarcas. Si esta revelación fue premosaica, pasó como tradición (oral o escrita) de una generación a otra, perdió probablemente algo de su pureza original, y finalmente fue incorporada en su forma pura, bajo la dirección del Espíritu Santo, en el primer libro de la Biblia.

LA INTERPRETACION DE GEN. 1: 1 y 2.

Algunos consideran que Génesis 1:1 es el sobrescrito o título de todo el relato de la creación. Pero esto es objetable por tres razones: (a) porque la narración que sigue está conectada con el primer versículo mediante la conjunción hebrea *waw* (y), lo que no tendría razón de ser si el primer versículo fuera un título; (b) porque, sobre esa suposición, no habría relato alguno de la creación original e inmediata; y (c) porque los versículos siguientes no contienen ningún relato sobre la creación de los cielos. La interpretación más generalmente aceptada es que Gen 1:1 consigna la creación original e inmediata del universo, llamada en estilo hebraísta "cielos y tierra". En esta expresión la palabra "cielos" se refiere al orden invisible de cosas en las que la gloria de Dios se revela de la manera más perfecta. No puede considerarse como una designación de los cielos cósmicos, se trate de las nubes o de las estrellas, porque éstas fueron creadas en el día segundo y en el cuarto de la semana de la creación. Luego en el versículo 2 el autor describe la condición original de la tierra (compárese Sal 104: 5 y 6). Es una cuestión debatible, si la creación original de la materia formó parte del trabajo del primer día, o estuvo separada de ella por un período de tiempo más o menos largo. De los que prefieren interponer un largo período entre ambas partes sostienen algunos que el mundo fue originalmente un lugar habitado por ángeles y que fue destruido como resultado de la caída de ese mundo angelical, habiendo sido posteriormente recuperado y convertido en una adecuada habitación para el hombre. Nos referimos a esta teoría restitutiva en otro lugar.

EL HEXAEMERON, ES DECIR, EL TRABAJO DE LOS SEIS DIAS SEPARADAMENTE

Después de la creación del universo, de la nada, y en un instante, el caos fue cambiando gradualmente a cosmos, un mundo habitable, en seis días sucesivos. Antes de tratar de la obra de los seis días separadamente, conviene discutir brevemente lo relacionado con la longitud de esos días de la creación.

LA TEORIA DE QUE LOS DIAS FUERON LARGOS PERIODOS DE TIEMPO

Algunos eruditos consideran que los días de Génesis 1 fueron largos períodos de tiempo, para hacerlos armonizar con los períodos geológicos. La opinión de que estos días no fueron de los ordinarios de veinticuatro horas, no fue del todo extraña a la teología cristiana primitiva como lo

demuestra detalladamente E. C. Messenger en su documentada obra sobre *Evolution and Theology*. Pero algunos de los Padres de la Iglesia que sugerían que estos días probablemente no debían considerarse como días ordinarios, expresaron la opinión de que la obra completa de creación fue terminada en un instante de tiempo y que los días únicamente constituían una estructura simbólica que facilitaba la descripción de la creación en una forma ordenada para hacerla así más inteligible a las mentes finitas. La opinión de que los días de la creación fueron largos períodos se volvió de actualidad otra vez en años recientes, sin embargo, no como resultado de estudios exegéticos, sino bajo la influencia de los descubrimientos de la ciencia. Antes del Siglo XIX, los días del Génesis, más generalmente, se consideraban como días literales. Pero, desde luego la interpretación humana es falible y tiene que ser revisada a la luz de posteriores descubrimientos. Si la exégesis tradicional está en oposición, no solamente contra las teorías científicas que sólo son interpretaciones, sino contra bien fundados hechos, se impone naturalmente una revisión y una reinterpretación. Sin embargo, difícilmente puede sostenerse que los aceptados períodos geológicos necesiten un cambio de frente, puesto que están generalmente reconocidos como hechos bien fundados aun en círculos científicos. Algunos eruditos cristianos, como Harris, Miley, Bettex, y Geesink, dan por hecho que los días de Génesis son días geológicos, y tanto Shedd como Hodge llaman la atención al extraordinario acuerdo que existe entre el relato de la creación y el testimonio de las rocas, por lo cual se inclinan a considerar los días de Génesis como períodos geológicos. Surge el problema de si es exegéticamente posible concebir los días de Génesis como grandes períodos de tiempo. En este terreno debe admitirse que la palabra hebrea *yom* no siempre denota en la Escritura un período de veinticuatro horas y no siempre se usa en el mismo sentido ni siquiera en el relato de la creación. Puede significar día de luz a diferencia de tinieblas, Gen 1: 5, 16 y 18; día de luz y tinieblas juntamente, Gen 1: 5, 8, 13, etc.; los seis días tomados juntamente, Gen 2: 4; y un período indefinido caracterizado en toda su duración por algún rasgo especial, por ejemplo, la tribulación, Sal 20: 1; la ira, Job 20: 28; la prosperidad, Ecl. 7: 14; o la salvación, II Cor. 6: 2. Actualmente algunos sostienen que la Biblia favorece la idea de que los días de la creación fueron períodos indefinidos y llaman la atención a los siguientes puntos: (a) El sol no fue creado sino hasta el cuarto día, y por tanto la duración de los días anteriores no puede determinarse por la relación de la tierra con el sol. Esto es perfectamente cierto, pero no prueba el punto. Evidentemente, Dios había establecido, con anterioridad al cuarto día, una alternación rítmica de luz y tinieblas, y no hay base para la hipótesis de que los primeros tres días medidos así fueron de mayor duración a partir del cuarto. ¿Por qué hemos de dar por hecho que Dios aumentó enormemente la velocidad de las revoluciones de la tierra después de que la luz quedó concentrada en el sol? (b) Los días aquí mencionados son días de Dios, días arquetípicos de los que los días de los hombres no son sino copias del original; con Dios mil años son como un día, Sal 90: 4, II Pedro 3: 8. Pero este argumento se basa en una confusión de tiempo y eternidad. Dios *ad intra* no tiene días sino que vive en la eternidad muy por arriba de todas las medidas de tiempo. Esta es también la idea que nos traen el Sal 90: 4 y II Pedro 3: 8. Los únicos días verdaderos de los que Dios tiene conocimiento son los que corresponden al tiempo espacio de este mundo. ¿Cómo puede deducirse del hecho de que Dios esté sobre todas las limitaciones del tiempo, tal como existen en este mundo en donde se le mide por días, semanas, meses y años, que un día que puede ser un período de cien mil años sea equivalente a uno de veinticuatro horas? (c) El séptimo día, el día en que Dios descansó de sus labores se dice que continúa hasta el presente y Por lo tanto debe considerarse como un período de millares de años. Es el día de reposo de Dios, y este día de reposo no tiene fin. Este argumento presenta una confusión parecida. Toda la idea de que Dios principió la creación a un cierto tiempo, luego cesó después de seis días, no se aplica a Dios como es en sí mismo, sino únicamente a los resultados temporales de su actividad creadora. El es inmutablemente el mismo de una a otra edad, su día de reposo no es un período de tiempo indefinidamente prolongado, es eterno. Por otra parte, el día de reposo de la

semana de la creación fue un día tan largo como los otros. Dios no solamente reposó en ese día, sino que también lo bendijo y lo santificó, separándolo como día de reposo del hombre, Ex 20: 11. Esto difícilmente podría aplicarse a todo el período transcurrido desde la creación hasta el presente.

CONSIDERACION SOBRE EL CONCEPTO DE QUE FUERON DIAS LITERALES LOS DE LA CREACION

El concepto más aceptado ha sido siempre el que los días de Génesis 1 han de entenderse como días literales. Algunos de los primitivos Padres de la Iglesia no los consideraron como indicaciones verdaderas del tiempo en el que la obra de creación fue ejecutada, sino más bien como formas literarias en las que el escritor de Génesis moldeó el relato de la creación para dar un cuadro objetivo de ella— la cual, en verdad, fue hecha en un solo instante—en una forma ordenada, a la inteligencia humana. Únicamente después de que las comparativamente nuevas ciencias de la geología y la paleontología avanzaron con sus teorías acerca de la enorme edad de la tierra, fue cuando los teólogos comenzaron a mostrarse inclinados a identificar los días de la creación con las grandes edades geológicas. Actualmente algunos de ellos consideran como un hecho ya establecido que los días de Génesis 1 fueron grandes períodos geológicos; otros están un tanto inclinados a tomar esta posición; pero demuestran muchas dudas. Hodge, Sheldon, Van Ossterze, y Dabney, son algunos de los que no están enteramente en contra de este concepto y concuerdan con todos los demás en que esta interpretación de los días es exegéticamente dudosa, si no imposible. Kuyper y Bavink sostienen que, aunque los primeros tres días pudieron haber sido de longitudes un tanto diferentes, los últimos tres indudablemente fueron días ordinarios. Natural mente no consideran, ni siquiera los primeros tres días como períodos geológicos. Vos en su obra *Gereformeerde Dogmatick* defiende la posición de que los días de la creación fueron días ordinarios. Hepp toma la misma posición en su obra *Calvinism and the Philosophy of Nature*.²⁵⁸ Noortzij en su obra *Gods Woord en der Eeuwen Getuigenis*.²⁵⁹ Afirma que la palabra hebrea yom (día) en Génesis 1, posiblemente no puede designar ninguna otra cosa que un día ordinario; pero sostiene que el escritor de Génesis no le añadió ninguna importancia al concepto "día", sino que lo introdujo simplemente como parte de la estructura para el relato de la creación, y no para indicar consecuencia histórica alguna, lo que sin embargo le permitió darnos un cuadro de la gloria de las criaturas a la luz del gran propósito redentor de Dios. De consiguiente, el día de reposo es el gran punto culminante en el que el hombre alcanza su verdadero destino. Este concepto nos recuerda vivamente la posición de algunos Padres de la Iglesia. Los argumentos aducidos para ello no son muy convincentes como Aalders lo ha demostrado en su obra *De Eerste Drie Hoofdstukken van Genesis*.²⁶⁰ Este erudito del Antiguo Testamento sostiene, apoyándose en Génesis 1 : 5, que el término yom en Génesis 1 denota simplemente el período de luz para distinguirlo del de las tinieblas ; pero este concepto parecería envolver una muy antinatural interpretación de la expresión repetida "y fue la tarde y la mañana". Debe, pues, interpretarse así: Y hubo tarde precedida por una mañana. De acuerdo con el Dr. Aalders, que opina del mismo modo, la Escritura ciertamente favorece la idea de que los días de la creación fueron días ordinarios, aunque no sea posible determinar su longitud exacta, y también él opina que los tres primeros días pueden haber sido un tanto diferentes de los últimos tres.

²⁵⁸ P. 215.

²⁵⁹ Pp. 79 y siguientes.

²⁶⁰ Pp. 232-240.

Se prefiere la interpretación literal del término "día" en Génesis 1 por las siguientes consideraciones: (a) En su significado original la palabra *yom* denota un día natural; y es buena regla en exégesis, no separarnos del significado original de una palabra, a menos que así lo requiera el contexto. El Dr. Noortzij insiste en el hecho de que esta palabra sola no tiene ningún otro significado, sino "día", tal como el hombre lo conoce sobre la tierra. (b) Parece que el autor de Génesis trató de encerrarnos absolutamente en la interpretación literal mediante la adición de las palabras "y fue la tarde y la mañana" al tratarse de cada día en particular. Cada uno de los días mencionados tiene exactamente una tarde y una mañana, lo que difícilmente podría aplicarse a un período de millares de años. Y si se dijera que los períodos de la creación fueron días extraordinarios consistiendo cada uno de un largo día y de una larga noche surgiría naturalmente la pregunta: ¿En qué se convertiría toda la vegetación durante aquella larguísima noche? (c) En Ex 20: 9-11 Israel recibe el mandato de trabajar seis días y descansar en el séptimo, porque Jehová hizo los cielos y la tierra en seis días y descansó en el séptimo. La sana exégesis requiere que la palabra día se tome en el mismo sentido en ambas cosas. Además, el sábado apartado para descanso ciertamente era un día literal, de lo que se colige que los otros días fueron de la misma clase. (d) Los últimos tres días con seguridad fueron días ordinarios puesto que se determinaron por la carrera acostumbrada del sol. Aunque no podemos estar absolutamente seguros de que los días precedentes no difieren un tanto de los otros en longitud, es extremadamente imposible que difieran de los otros como difieren los días ordinarios de los períodos de millares y millares de años. También puede preguntarse, por qué se habría de requerir un largo período para la separación, por ejemplo, de la luz y las tinieblas.

LA OBRA DE LOS DIAS POR SEPARADO

Notemos en la obra de creación una gradación definida, en la que el trabajo de cada día conduce a, y a la vez prepara la obra del siguiente, culminando el todo en la creación del hombre, que es la corona de la obra manual de Dios, confiándole la importante tarea de hacer que toda la creación contribuya para la gloria de Dios.

1. El primer día. En el primer día fue creada la luz, y se constituyeron el día y la noche mediante la separación de la luz y las tinieblas. Tal creación de la luz en el primer día ha sido ridiculizada en atención al hecho de que el sol no fue creado sino hasta el cuarto día; pero la ciencia misma silenció ese ridículo probando que la luz no es sustancia que emane del sol, sino que consiste de ondas de éter producidas por la energía de los electrones. Nótese también que Génesis no habla del sol como luz (*or*), sino del sol como portador de la luz (*ma'or*), exactamente como la ciencia ha descubierto que es. Atendiendo al hecho de que la luz es la condición de toda vida, era perfectamente natural que fuera creada primero. Dios también desde luego instituyó la orden de la alternación de luz y tinieblas, llamando a la luz día y a las tinieblas noche. Sin embargo, no se nos dice, cómo se logró esta alternación. El relato de la obra de cada día cierra con las palabras, "y fue la tarde y la mañana". Los días no se registran de tarde a tarde, sino de mañana a mañana. Después de decir horas viene la tarde y después de otras doce horas viene la mañana.
2. El segundo día. El trabajo del segundo día fue de separación: El firmamento quedó establecido dividiendo las aguas de arriba y las de abajo. Las aguas de arriba son las nubes, y no, como algunos lo explican, el mar de cristal, Apoc. 4: 6; 15: 2, y el río de la vida, Apoc. 22: 1. Algunos han restado crédito al relato mosaico en la suposición de que representa al firmamento como una bóveda sólida; pero esto es enteramente infundado, puesto que la

palabra hebrea *raqia* nunca denota una bóveda, sino que es equivalente a nuestra palabra "expansión".

3. El tercer día. La separación avanza apartando los mares de la tierra seca, compárese Sal 104: 8. Aparte de esta separación quedó establecido el reino vegetal de las plantas y los árboles. Tres grandes clases se mencionan, es decir, *deshe'*, que son plantas sin flores, que no fructifican de una a otra en el modo general; *'esebh*, que son legumbres y cereales que producen su propia semilla; y *ets peri* o árboles frutales, que llevan fruto según su clase. Nótese aquí :
 - a. Que, cuando Dios dijo: "Produzca la tierra hierba verde", etc., no fue equivalente a decir: que la materia inorgánica se desarrolle por su propia fuerza inherente en vida vegetal. Fue una palabra de poder por medio de la cual implantó Dios el principio de vida en la tierra, y de este modo la capacitó para producir hierba verde, plantas y árboles. Que fue una palabra creadora lo dice evidentemente, Génesis 2: 9.
 - b. Que la declaración "y la tierra produjo hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza y árbol que da fruto, cuya semilla está en él según su género" (vers. 12), claramente favorece la idea de que las diferentes clases de plantas fueron creadas por Dios y que no se desarrollaron de una a otra. Cada una produjo semilla según su clase, y por tanto no podría reproducir sino su propia clase. En consecuencia, la doctrina de la evolución, resulta negativa de ambas afirmaciones; pero debe recordar que tanto la generación espontánea como el desarrollo de las especies, de una a otras diferentes, no ha sido probado, y actualmente tales hipótesis están enormemente desacreditadas²⁶¹.
4. El cuarto día. El sol, la luna y las estrellas fueron creadas como lumbreras para servir a varios propósitos :
 - a. Para dividir el día de la noche ;
 - b. Para servir de señales, es decir, para indicar los puntos cardinales, anunciar los cambios de temperatura y para servir como señales de importantes eventos futuros y juicios por venir ;
 - c. Para señalar las estaciones, los días y los años, es decir, para indicar el cambio de estaciones, la sucesión de años, y la repetición regular de días festivos ; y
 - d. Para servir de luminarias a la tierra y de este modo hacer posible el desarrollo de la vida orgánica sobre la tierra.
5. El quinto día. Este día trajo la creación de las aves y los peces, es decir, los habitantes del aire y de las aguas. Las aves y los peces pertenecen al mismo género porque hay entre ellos una gran similar dad en su estructura orgánica. Además, se caracterizan por una inestabilidad y movilidad que tienen en común con el elemento en que se mueven, a diferencia del suelo firme. También concuerdan en su método de procreación. Nótese también que los peces y las aves fueron creados según su clase, lo que quiere decir que fueron creadas las especies.
6. El sexto día. Este día nos trae el clímax de la obra de creación. En relación con la creación de los animales se usa de nuevo la expresión, "Produzca la tierra", y esto, otra vez debe interpretarse en la forma en que ya lo indicamos en el párrafo (c). Los animales no se desarrollaron en forma natural de la tierra, sino que fueron producidos por el Fiat creativo de Dios. Se nos dice con toda claridad en el versículo 25 que Dios hizo las bestias de la tierra, el ganado y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Pero aun cuando la expresión se refiera a un desarrollo natural, no armonizaría con la doctrina de la evolución,

²⁶¹ Compárese O'Toole, *The Case Against Evolution*, p. 23.

puesto que esa doctrina no enseña que los animales se desarrollen directamente del reino mineral. La creación del hombre se caracteriza por el solemne dictamen que la precedió: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, y según nuestra semejanza", y esto no debe asombrarnos puesto que todo lo que precede fue únicamente la preparación para la venida del hombre que es la corona de la obra de Dios, como rey de la creación; ya que el hombre estaba destinado a ser la imagen de Dios. Las palabras *tselem* y *demuth* no denotan exactamente la misma cosa, sin embargo, se usan indistintamente. Cuando se dice que el hombre fue creado a la imagen de Dios, se da a entender que Dios es el arquetipo del que el hombre es solamente copia; y cuando se añade que fue creado según la semejanza de Dios, esto únicamente añade la idea de que la imagen es en todo sentido parecida al original en todos los detalles. En su entero ser el hombre es la imagen exacta de Dios. Antes de pasar al séptimo día será bueno llamar la atención al notable paralelo que existe correspondientemente entre los tres primeros días y los segundos tres de la creación.

1 La creación de la luz	4 La creación de las lumbreras
2 La creación de la expansión y la separación de las aguas.	5 La creación de las aves del aire y de los peces del mar
3 La separación de las aguas y la tierra seca y la preparación de la tierra como habitación del hombre y de las bestias.	6 La creación de las bestias del campo; el ganado, los animales que se arrastran sobre la tierra, y el hombre

7. El séptimo día. El descanso de Dios en el séptimo día contiene ante todo un elemento negativo. Dios cesó de su obra creativa. Pero a esto debe añadirse un elemento positivo, es decir, que se deleitó en su obra completa. Su descanso fue como el del artista, que habiendo terminado su obra maestra la contempla con profunda admiración y deleite, y se complace profundamente en su producción artística. "Y vio Dios todo lo que había hecho y he aquí, que todo era muy bueno". Todo respondió al propósito de Dios y correspondió al ideal divino. De aquí que Dios se regocijara en su creación porque en ella reconocía el reflejo de sus gloriosas perfecciones. Su faz radiante brilla sobre ella y produce una lluvia de bendiciones.

NO HAY EN GENESIS 2 UN SEGUNDO RELATO DE LA CREACION

Es muy común entre la más moderna alta crítica considerar que Gen 2 contiene un segundo e independiente relato de la creación. Al primero se le considera como el trabajo del Eloísta y al segundo como del Jehovaísta. Se dice que no hay acuerdo entre los dos sino que se contradicen en varios puntos. Conforme al segundo relato, en lo que se distingue del primero, la tierra está seca antes de la creación de las plantas; el hombre fue creado antes de los animales y eso, el hombre solo, no hombre y mujer; en seguida Dios creó los animales, para ver si podrían ser adecuados compañeros para el hombre; viendo que fallaron en ese sentido, creó a la mujer como la ayuda idónea para el hombre; y finalmente, colocó al hombre en el Edén que de antemano había preparado para él. Pero todo esto es exactamente, una completa mala interpretación del segundo capítulo. Génesis 2 no es ni pretende ser,

un relato de la creación. El sobrescrito 'eleh toledoth, que se encuentra 10 veces en Génesis, nunca se refiere al principio u origen de las cosas sino siempre a sus generaciones, es decir, a su historia posterior. Esa expresión data de un tiempo cuando la historia consistía en la descripción de las generaciones. El segundo capítulo de Génesis principia con la descripción de la historia del hombre, arregla su material de acuerdo con este propósito y únicamente repite parte de lo que ya se había dicho en el capítulo primero, sin ninguna consideración del orden cronológico, según se necesita para el propósito del autor.

INTENTOS PARA ARMONIZAR EL RELATO DE LA CREACION CON LOS DESCUBRIMIENTOS DE LA CIENCIA

428

1. La interpretación ideal o alegórica. En ella se da prominencia a la idea más bien que a la letra del relato. Se considera a Génesis 1 como una descripción poética de la obra creativa de Dios, presentándola desde diferentes puntos de vista. Pero
 - a. Es perfectamente evidente que el relato se hizo como un testimonio de la historia, y claramente se le considera así en la Escritura, compárese Ex 20 : 11 ; Neh. 9: 6; Sal. 33 : 6 y 9; 145 : 2-6
 - b. El capítulo inicial del Génesis "carece casi por completo de todo elemento conocido en la poesía hebrea" (Strong)
 - c. Este relato está inseparablemente relacionado con la historia subsiguiente, y por lo tanto, muy naturalmente se le considera histórico por sí mismo.
2. La teoría mítica de la filosofía moderna. La filosofía moderna ha ido más allá de la precedente posición. Rechaza no solamente el relato histórico de la creación, sino también la idea de la creación, y considera al contenido de Génesis 1 como un mito en el que toma cuerpo una lección religiosa. No hay ninguna intención alegórica aquí, dicen, sino solamente una candorosa representación mítica con un corazón o núcleo religioso. Esto también es contrario al hecho de que Génesis 1 verdaderamente nos llega con el concepto de ser una relación histórica, y en las referencias principales que hemos consignado arriba, ciertamente no se le considera como un mito.
3. La teoría reitutiva. Algunos teólogos intentaron reconciliar el relato de la creación con los descubrimientos de la ciencia en el estudio de la tierra adoptando la teoría de la restitución. Fue defendida por Chalmers, Buckland, Wisemann y Delitzsch, y en ella se da por hecho que transcurrió un largo tiempo entre la primera creación mencionada en Gen 1: 1 y la creación secundaria descrita en Gen 1: 3-31. Este largo período se distinguió por diferentes cambios catastróficos que dieron por resultado la destrucción supuestamente descrita en las palabras "desordenada y vacía". El ver. 2 debería pues leerse: "y la tierra devino desordenada y vacía". Esta destrucción fue seguida por una restitución, cuando Dios cambió el caos en cosmos, un mundo habitable para el hombre. Esta teoría puede ofrecernos alguna explicación acerca de los diferentes estratos de la tierra, pero no ofrece explicación alguna respecto a los fósiles de las rocas, a menos que se dé por concedido que hubo varias sucesivas creaciones de animales seguidos por destrucciones masivas. Esta teoría nunca encontró aceptación en los círculos científicos, ni tampoco encuentra apoyo en la Escritura. La Biblia no dice que la tierra devino, sino que estaba desordenada y vacía. Y aun cuando el verbo hebreo hayetha podría traducirse "devino", las palabras "desordenada y vacía" denotan una condición informe y no una condición resultante de la destrucción. Delitzsch combinó con esta teoría la idea de que la tierra originalmente estuvo habitada por los ángeles, y que la caída del mundo angelical fue la

causa de la destrucción que resultó en el caos a que se refiere el versículo 2. Por alguna u otra razón este concepto tiene favorable aceptación entre los actuales dispensacionalistas, que encuentran apoyo para su teoría en pasajes como Isa. 24: 1; Jer. 4: 23-26; Job 9: 4-7; II Pedro 2: 4. Pero basta una lectura cuidadosa de estos pasajes para convencer a cualquiera de que, para nada prueban el punto a discusión. Además, la Biblia nos enseña claramente que Dios creó los cielos y la tierra "y todo el ejército de ellos" en seis días, Gen 2: 1; Ex 20: 11.

4. La teoría concordatoria. Esta trata de armonizar la Escritura y la ciencia dando por hecho que los días de la creación fueron períodos de miles de años. Además de lo que ya dijimos acerca de esto al discutir los días de la creación, debemos añadir que la idea de que los estratos de la tierra efectivamente señalan prolongados y sucesivos períodos, tal desarrollo en la historia de su origen es simplemente una teoría de los geólogos basada en generalizaciones infundadas. En seguida observaremos las siguientes consideraciones:

- a. La ciencia geológica no solamente está recién nacida, sino que también se encuentra esclavizada al pensamiento especulativo, o, a priori. Spencer la llamó "Geología ilógica" y ridiculizó sus métodos, en tanto que Huxley habló de sus grandes hipótesis como "no probadas y no probables".²⁶²
- b. Hasta el presente la geología apenas ha logrado algo más que rascar la superficie de la tierra, y eso en muy pocos lugares. De ello resulta que sus conclusiones frecuentemente son meras generalizaciones, basadas en datos insuficientes. Los hechos observados en algunos lugares contradicen a los que se han encontrado en otros.
- c. Aun cuando se hubieran explorado grandes zonas en todas partes del globo, ello podría solamente haber aumentado nuestro conocimiento sobre la condición presente de la tierra, pero nunca podría servir para darnos una información perfectamente fidedigna respecto a su historia pasada. No se puede escribir la historia de una nación fundándose en los hechos observados en su presente construcción y vida.
- d. Los geólogos tomaron como base la hipótesis de que los estratos de rocas, se encontraban en el mismo orden por todo el globo terráqueo; y que mediante la estimación del tiempo requerido para la formación de cada uno de esos estratos podía determinarse la edad de la tierra.
 - i. Pero se encontró que el orden de las rocas difiere en diversos lugares
 - ii. Los experimentos hechos para determinar el tiempo requerido para la formación de los diferentes estratos condujeron a resultados muy diferentes ;
 - iii. Y la teoría uniformitaria de Lyell, acerca de que las reacciones físicas y químicas actuales son guías seguras para calcular las de todos los tiempos anteriores, se encontró sin base.²⁶³
- e. Cuando falló el intento para determinar la edad de los varios estratos de las rocas, mediante su constitución mineral y mecánica, los geólogos comenzaron a hacer de los fósiles el factor determinante. La paleontología se convirtió en el asunto verdaderamente importante, y bajo la influencia del principio uniformitario de Lyell se desarrolló hasta ser una de las más importantes pruebas de la evolución. Sencillamente se da por hecho que ciertos fósiles son más antiguos que otros; y que

²⁶² Price, The Fundamentals of Geology ,pp. 29,32.

²⁶³ Compárese More, The Dogma of Evolution, p. 148.

si se preguntara sobre qué se base esa hipótesis, la respuesta sería que tales fósiles se encuentran en las rocas más antiguas. Esto es nada menos que razonar en un círculo vicioso. La edad de las rocas está determinada por los fósiles que contienen, y la edad de los fósiles por las rocas en las cuales se encuentran. Pero los fósiles no siempre se encuentran en el mismo orden; algunas veces están en orden contrario.

- f. El orden de los fósiles tal como lo determina actualmente la geología no corresponde con el orden que podríamos esperar según el relato de la creación de tal manera que la aceptación de la teoría geológica no ayudaría al propósito de armonizar la Escritura con la ciencia.

LA DOCTRINA DE LA CREACION Y LA TEORIA DE LA EVOLUCION

430

Actualmente surge, naturalmente, la pregunta: ¿Cómo afecta la teoría de la evolución a la doctrina de la creación.

1. La teoría de la evolución no puede ocupar el lugar de la creación. Algunos hablan como si la hipótesis de la evolución ofreciera una explicación del origen del mundo ; pero esto es manifiestamente un error, porque esa teoría no hace tal cosa. La evolución es desarrollo y todo desarrollo presupone la existencia anterior de una entidad o principio de fuerza, de la cual, un algo se desarrolla. Lo que no existe no puede desarrollarse en una existencia. La materia y la fuerza no pudieron haber evolucionado de la nada. Ha sido costumbre de los evolucionistas retroceder hasta la hipótesis nebular para explicar el origen del sistema solar, aunque la ciencia actual ha suplantado aquella hipótesis por la planetesimal. Pero todo esto únicamente hace que el problema retroceda un paso y lo deja sin resolución. Los evolucionistas tienen que recurrir a la teoría de que la materia es eterna, o aceptar la doctrina de la creación.
2. La teoría de la evolución natural no está en armonía con el relato de la creación. Si la evolución no explica el origen del mundo, ¿nos dará al menos una explicación racional del desarrollo de las cosas procedentes de la materia primaria, para explicarnos así el origen de las presentes especies de plantas y animales (excluyendo al hombre), y también de los varios fenómenos de la vida, como las sensaciones, la inteligencia, y la moral y la religión? ¿Tiene necesariamente que entrar en conflicto con el relato de la creación ? Pues bien, es perfectamente evidente que la evolución natural en verdad está en conflicto con el relato bíblico. La Biblia enseña que las plantas, los animales y el hombre aparecieron en la escena al fiat creativo del Todopoderoso; pero de acuerdo con la hipótesis evolucionista se desarrollaron del mundo orgánico por medio de un proceso de desarrollo natural. La Biblia representa a Dios creando plantas y animales según su especie y que producen semilla según su especie, es decir, que tendrán que reproducirse según su especie ; en tanto que la teoría de la evolución señala a las fuerzas naturales, residentes en la naturaleza como las que conducen al desarrollo de una especie a otra. Según el relato de la creación, los reinos vegetal, animal y el hombre, fueron creados en una única semana; pero la hipótesis de la evolución los considera como el producto de un desenvolvimiento gradual durante el curso de millones de años. La Escritura presenta al hombre colocado en el más alto plano desde el principio de su carrera, y luego cae al más bajo nivel debido a la deteriorante influencia del pecado; la teología de la evolución, por otra parte, representa al hombre en su estado original

- apenas un poco diferente del bruto, y declara que la raza humana se ha levantado, mediante sus potencias inherentes a niveles cada vez más altos de existencia.
3. La teoría de la evolución natural no está bien comprobada y falla en la explicación de los hechos. El conflicto a que nos hemos referido arriba sería un asunto muy grave si la teoría de la evolución fuera un hecho comprobado. Algunos lo consideran así, y con toda confianza hablan de él como del dogma de la evolución. Otros, sin embargo, nos recuerdan, justamente, el hecho de que la evolución todavía es únicamente una hipótesis. Hasta un gran científico como Ambrose Fleming dice "que el estricto análisis de las ideas relacionadas con el término evolución, demuestra que son insuficientes como una solución filosófica o científica a los problemas de la realidad y de la existencia". La notable incertidumbre que prevalece en el campo de los evolucionistas es prueba positiva de que la evolución sigue siendo una hipótesis solamente. Además, hoy se admite, frecuentemente, por muchos que todavía se aferran al principio de la evolución, que ellos no entienden su método de operación. Se pensó en un tiempo que Darwin había proporcionado la llave de todo el problema; pero esa llave, por lo general, ahora, más bien, se desecha. Los pilares fundamentales sobre los que se levantó la estructura darwiniana, tales como el principio del uso y desuso, la lucha por la existencia, la selección natural y la transmisión de las características adquiridas han ido siendo expulsados uno tras otro. Evolucionistas tan notables como Weissmann, De Vries, Mendel, y Bateson, todos contribuyeron al derrumbe del edificio darwiniano. Nordenskiöld, en su *History of Biology*, habla de la "disolución del darwinismo" como de un hecho consumado. Dennert nos invita a la defunción del darwinismo, y O'Toole dice, "el darwinismo está muerto y ningunos lamentos pueden resucitar el cadáver". Morton habla de "la bancarrota de la evolución", Price del "fantasma de la evolución orgánica". El darwinismo, pues, reconocidamente ha fallado en explicar el origen de las especies, y los evolucionistas no han sido capaces de ofrecer una explicación mejor. Las leyes mendelianas explican las variaciones, pero no el origen de nuevas especies. Señalan realmente en otra dirección, es decir, al desarrollo de nuevas especies mediante un proceso natural. Algunos opinan de que la teoría mutacionista de De Vries o la teoría de la evolución emergente de Lloyd Morgan señalan el camino ; pero ninguna de estas dos ha demostrado ser una explicación satisfactoria del origen de las especies mediante un puro y simple desarrollo natural. Actualmente se admite que los cambios a que de De Vries se refiere tienen que ver, más bien, con la variedad que con la especie, por lo que no pueden considerarse como el principio de nuevas especies. Y Morgan se siente constreñido a admitir que él no puede explicar sus misterios sin retroceder hasta algún poder creativo que tendría que llamarse Dios. Morton dice : "El hecho es que, aparte de la teoría de la creación todavía no hay otra sobre los orígenes, que actualmente sea dueña del campo"²⁶⁴ La hipótesis de la evolución falla en varios puntos. No puede explicar el origen de la vida. Los evolucionistas trataron de explicarlo por la generación espontánea, una hipótesis infundada caída hoy en descrédito. Es un hecho perfectamente comprobado en la ciencia, que la vida solamente puede proceder de una vida anterior. Además, ha fallado abiertamente al no proporcionar un sólo ejemplo de una especie que produzca otra distinta (orgánica, que es diferente de la variedad). Bateson dijo en 1921: "No podemos ver cómo se presentó la diversidad de las especies. Variaciones de muchas clases, a menudo considerables, vemos todos los días, pero no origen de especies, ... Entre tanto, aunque nuestra fe en la evolución permanece inmovible, no tenemos una explicación satisfactoria acerca del origen de las

²⁶⁴ The Bankruptcy of Evolution, p. 182.

especies".²⁶⁵ Tampoco ha sido capaz la evolución de triunfar satisfactoriamente sobre los problemas que se presentan respecto al origen del hombre. No ha tenido éxito en probar que el hombre descende físicamente del bruto. J. A. Thompson, autor de *The Outline of Science*, y renombrado evolucionista, sostiene que el hombre realmente nunca fue un animal, una bestia fiera con apariencia de criatura, sino que el primer hombre surgió repentinamente, mediante un gran salto, desde el primate hasta el ser humano. Mucho menos ha sido capaz de explicar el lado espiritual de la vida del hombre. El alma humana, dotada con inteligencia, consciente de sí misma, con libertad, conciencia y aspiraciones religiosas sigue siendo un enigma insoluble.

4. La evolución teísta no es sostenible a la luz de la Escritura. Algunos teólogos cristianos y científicos tratan de armonizar la doctrina de la creación, tal como se enseña en la Escritura, y la teoría de la evolución, por medio de la aceptación de lo que llaman con el nombre de evolución teísta. Eso es una protesta en contra del intento de eliminar a Dios, y lo postulan como el obrero Todopoderoso que está detrás de todo el proceso de desarrollo. Se considera a la evolución simplemente como un método de Dios para trabajar en el desarrollo de la naturaleza. La evolución teísta en realidad pretende esto, que Dios creó el mundo (el cosmos) por medio de un proceso evolutivo, un proceso de desarrollo natural, en el cual El no interviene maravillosamente, salvo en casos en los que sea absolutamente necesario. La evolución deísta se inclina a admitir que el absoluto principio del mundo pudo únicamente ser el resultado de una directa actividad creativa de Dios y, si no puede encontrar una explicación natural, admitirá la intervención directa de Dios en los orígenes de la vida y del hombre. Ha sido saludada como la evolución cristiana aunque no hay en ella nada que necesariamente sea cristiano. Muchos, que por otra parte se oponen a la teoría de la evolución le han dado la bienvenida, porque reconoce a Dios en el proceso y suponen que es compatible con la doctrina bíblica de la creación. De aquí que se le enseñe con toda libertad en las iglesias y en las escuelas dominicales. Como un asunto de hecho, la evolución teísta es muy peligrosamente híbrida. El nombre es una contradicción de términos; porque ni es deísta, ni materialista, ni admite la creación, ni la evolución en el sentido en que estos términos son aceptados. Y no se necesita mucha penetración para ver que el Dr. Fairhust está en lo justo cuando expresa su convicción de "que la evolución teísta tan efectivamente destruye la Biblia como libro inspirado y de autoridad tanto como lo hace también la evolución atea".²⁶⁶ Una y otra enseñan que se necesitaron millones de años para producir este mundo actualmente habitable ; y que Dios no creó las diferentes especies de plantas y animales para que produjeran otras de su misma especie ; que el hombre, al menos por su lado físico, es descendiente de un bruto y que, por tanto, comenzó su carrera en un bajo nivel ; que no ha habido caída en el sentido bíblico de la palabra, sino solamente repetidos deslices del hombre en su marcha ascendente ; que el pecado es únicamente una debilidad, resultado de los instintos y deseos animales del hombre, y que no constituye culpa; que la redención se consigue cuando el control creciente del elemento más alto en el hombre actúa sobre sus bajas tendencias ; que no han ocurrido milagros, ni en el mundo espiritual ni en el material ; que la regeneración, la conversión y la santificación son simplemente cambios psicológicos naturales, y así por el estilo. En una palabra, la evolución teísta es absolutamente subversiva de la verdad bíblica. Algunos eruditos cristianos de la actualidad son del sentir que la teoría de

²⁶⁵ Science, Jan. 20, 1922.

²⁶⁶ Theistic Evolution, p. '7.

Bergson llamada Evolución Creativa se recomienda por sí misma para quienes no quieren dejar a Dios sin la debida consideración. Este filósofo francés dio por hecho que hay un élan vital, un impulso vital en el mundo, como el principio básico y activo de toda vida. Este principio vital no procede de la materia, sino que más bien es su causa original. Satura a la materia, domina su inercia y resistencia actuando como una fuerza viviente sobre lo que esencialmente es muerto, y hasta crea, no nuevo material, pero sí nuevos movimientos adaptados a los fines que le son propios, y de esta manera crea, en forma muy semejante a como crea el artista. La evolución creativa tiene dirección y propósito y, sin embargo, aunque consciente, no obra de acuerdo con un plan preconcebido aunque eso pudiera ser posible. La evolución creativa determina la evolución misma y también la dirección en la que la evolución se mueve. Esta vida siempre creativa, "de la que cada individuo y cada especie es un experimento" es el Dios de Bergson, es un Dios "que es finito, que es poder limitado, que es aparentemente impersonal, aunque Hermann dice que "quizá no nos apartemos mucho hacia el error al creer que este Dios 'puede ser la tendencia ideal de las cosas' convertidas en persona".²⁶⁷ Haas habla de Bergson como de un "panteísta vitalista más bien que un deísta". En todo caso, su Dios es uno que está enteramente encerrado dentro del mundo. Este concepto puede tener un atractivo especial para el moderno teólogo ancho pero está en mucho menos armonía con el relato de la creación que la evolución teísta.

PREGUNTAS PARA AMPLIAR EL ESTUDIO

1. ¿Cuál es la verdadera alternativa de la doctrina de la creación?
2. ¿En dónde está la importancia de la doctrina de la creación?
3. ¿Se debe considerar que los primeros capítulos de Génesis tienen algo que ver con el estudio científico del origen de las cosas?
4. ¿Determina la Biblia en alguna forma la fecha en que el mundo fue creado?
5. ¿Qué extremos deben evitarse al tratar de la relación que hay entre Dios y el mundo?
6. ¿Debe interpretarse la Biblia siempre de acuerdo con teorías científicas ampliamente aceptadas?
7. ¿En qué estado se encuentra la hipótesis de la evolución en el mundo científico de hoy?
8. ¿Cuál es el elemento característico en la teoría darwiniana de la evolución?
9. ¿Cómo explica usted que en la actualidad la hipótesis de la evolución se encuentra tan ampliamente repudiada?
10. ¿Cómo afecta el concepto mecánico del universo la Evolución Creativa de Bergson y la la hipótesis neovitalista de Hans Driesch?
11. ¿En qué sentido es superior la evolución teísta a la evolución materialista?

LITERATURA PARA CONSULTAR

1. Aalders, De Goddelijke Openbaring in de Eerste Drie Hoofdstukken van Genesis;
2. Bavinck, Geref. Dogm. II, pp. 426-543: *ibid.*, Schepping of Ontwikkeling;
3. Deel pp. 216-332; various works of Darwin

²⁶⁷ Eucken and Bergson, p. 163. Geesink, Van's

4. Hackel, Thomson, and other on Evolution; Dennert, The Deathbed of Darwinism; Dawson, The Bible Confirmed by Science; Fleming, Evolution and Creation;
5. Hamilton, The Basis of Evolutionary Faith; Johnson, Can the Christian Now Believe Evolution?
6. Hepp, Calvinism and the philosophy of Nature, Chap. V;
7. Honig, Geref. Dogm., pp. 281.324;
8. Kuyper, Dict. Dogm., De Creatie, pp. 3.127; De Creaturis A, pp. 5-54; B. pp. 3-42; ibid., Evolutie;
9. McCrady, Reason and Revelation;
10. McPherson, Chr. Dogm., pp. 163.174; Dabney, Syst. And Polemic Theol., 247.274; Harris, God, Creator and Lord of All, I pp. 463.518;
11. More, The Dogma of Evolution;
12. Morton, The Bankruptcy of Evolution; O'Toole, The Case Against Evolution;
13. Noordtzij, God's Woorden der Eeuwen Getui, genis, pp. 77.98;
14. Price, The Fundamentals of Geology; ibid., The Phantom of Organic Evolution; Messenger, Evolution and Theology;
15. Rimmer, The Theory of Evolution and the Facts of Science.
16. Vos, Geref. Dogm. I, De Schepping; Hodge, Syst. Theol. I, pp. 550-574; Shedd, Dogm. Theol. I, pp. 463.526;
17. Wallace, -Weissman, Osborne Spencer,

INDICE

INTRODUCCIÓN	2
OBJETIVO	2
CONTENIDO	2
CRITERIOS DE EVALUACIÓN	2
CALENDARIO DE SESIONES Y LECTURAS	3
LECTURA 1: COMENTARIO AL CATECISMO MENOR - G.I WILLIAMSON - CAPÍTULOS 1 -10	4
LECCIÓN 1 (PREGUNTA 1)	4
LECCIÓN 2 (PREGUNTA 2)	7
LECCIÓN 3 (PREGUNTA 3)	11
LECCIÓN 4 (PREGUNTA 4)	14
LECCIÓN 5 (PREGUNTAS 5 & 6)	18
LECCIÓN 6 (PREGUNTA 7)	22
LECCIÓN 7 (PREGUNTAS 8 & 9)	26
LECCIÓN 8 (PREGUNTA 10)	29
LECCIÓN 9 (PREGUNTA 11)	32
LECCIÓN 10 (PREGUNTA 12)	36
LECTURA 2: CONOCIENDO A DIOS – J.I. PACKER - CAPÍTULOS 1 – 7, 10 – 17	40
CAPITULO 1: EL ESTUDIO DE DIOS	40
CAPITULO 2: EL PUEBLO QUE CONOCE A DIOS	44
CAPITULO 3: PARA CONOCER Y SER CONOCIDOS	50
CAPITULO 4: EL ÚNICO DIOS VERDADERO	57
CAPITULO 5: DIOS ENCARNADO	62
CAPITULO 6: EL DARÁ TESTIMONIO	70
CAPITULO 7: EL DIOS INMUTABLE	75
CAPITULO 10: LA SABIDURÍA DE DIOS Y LA NUESTRA	79
CAPITULO 11: TU PALABRA ES VERDAD	85
CAPITULO 12: EL AMOR DE DIOS	90
CAPITULO 13: LA GRACIA DE DIOS	98

CAPITULO 14: DIOS EL JUEZ _____	103
CAPITULO 15: LA IRA DE DIOS _____	109
CAPITULO 16: BONDAD Y SEVERIDAD _____	115
CAPITULO 17: EL DIOS CELOSO _____	121
LECTURA 3: VANDER POL – DIOS EN TRES PERSONAS – CAPÍTULOS 1 – 6 _____	126
INTRODUCCIÓN _____	126
CAPITULO 1: JESUCRISTO, EL HIJO DE DIOS _____	128
CAPITULO 2: EL DIOS Y PADRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO _____	131
CAPÍTULO 3: EL ESPÍRITU DE CRISTO _____	134
CAPÍTULO 4: EL NOMBRE DEL PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO _____	137
CAPÍTULO 5: POR SU MISERICORDIA _____	139
CAPÍTULO 6: VER SI ES VERDADERO _____	143
LECTURA 4: JOHN M. FRAME – CAPÍTULOS 1 & 2 _____	148
CAPITULO 1 _____	148
CAPITULO 2 _____	162
LECTURA 5: JUAN CALVINO – INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA – LIBRO 1, CAPÍTULOS 1 – 6 _____	173
CAPÍTULO 1: EL CONOCIMIENTO DE DIOS Y EL DE NOSOTROS SE RELACIONAN ENTRE SÍ. MANERA EN QUE CONVIENEN MUTUAMENTE _____	173
CAPÍTULO 2: EN QUÉ CONSISTE CONOCER A DIOS Y CUÁL ES LA FINALIDAD DE ESTE CONOCIMIENTO _____	175
CAPÍTULO 3: EL CONOCIMIENTO DE DIOS ESTÁ NATURALMENTE ARRAIGADO EN EL ENTENDIMIENTO DEL HOMBRE _____	177
CAPÍTULO 4: EL CONOCIMIENTO DE DIOS SE DEBILITA Y SE CORROMPE, EN PARTE POR LA IGNORANCIA DE LOS HOMBRES, y EN PARTE POR SU MALDAD _____	180
CAPÍTULO 5: EL PODER DE DIOS RESPLANDECE EN LA CREACIÓN DEL MUNDO y EN EL CONTINUO GOBIERNO DEL MISMO _____	182
CAPÍTULO 6: ES NECESARIO PARA CONOCER A DIOS EN CUANTO CREADOR, QUE LA ESCRITURA NOS GUÍE Y ENCAMINE _____	193
LECTURA 6: JAMES MONTGOMERY BOICE - LOS FUNDAMENTOS DE LA FE CRISTIANA - CAPÍTULOS 1 – 8, 10 – 18 _____	196
CAPITULO 1: CONOCER A DIOS _____	196

CAPITULO 2: EL DIOS DESCONOCIDO	202
CAPITULO 3: LA BIBLIA	208
CAPITULO 4: LA AUTORIDAD DE LAS ESCRITURAS	215
CAPITULO 5: LA PRUEBA DE LAS ESCRITURAS	222
CAPITULO 6: LA BIBLIA ES VERDADERA	230
CAPITULO 7: LA CRÍTICA BÍBLICA MODERNA	239
CAPITULO 8: CÓMO INTERPRETAR LA BIBLIA	246
CAPITULO 10: DIOS EN TRES PERSONAS	253
CAPITULO 11: NUESTRO DIOS SOBERANO	259
CAPITULO 12: SANTO, SANTO, SANTO	266
CAPITULO 13: EL DIOS QUE CONOCE	272
CAPITULO 14: EL DIOS QUE NO CAMBIA	278
CAPITULO 15: LA CREACIÓN DEL HOMBRE	282
CAPITULO 16: LA NATURALEZA	289
CAPITULO 17: EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS	295
CAPITULO 18: LA PROVIDENCIA DE DIOS	302
LECTURA 7: LESLIE THOMSON – MAS QUE MARAVILLOSO – CAPITULO 10	308
CAPITULO 10: DIOS EN GRANDIOSA TRINIDAD	308
LECTURA 8: DAVID LEGTERS – APUNTES DE TEOLOGÍA PROPIA	322
CAPITULO 1: INTRODUCCIÓN	322
CAPITULO 2: LA ANALOGÍA ENTRE LA PALABRA ENCARNADA Y LA PALABRA INSPIRADA	323
CAPITULO 3: LA NATURALEZA DE LA INSPIRACIÓN:	326
CAPITULO 4: TEORÍAS DE LA INSPIRACIÓN:	332
CAPITULO 5: EL TESTIMONIO DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS A SU PROPIO ORIGEN:	340
CAPITULO 6: EL TESTIMONIO INTERNO	358
LECTURA 9: L. BERKHOF – TEOLOGÍA SISTEMÁTICA – CAPÍTULOS 3 – 7, 10 & 13	365
CAPITULO 3: RELACIÓN ENTRE EL SER Y LOS ATRIBUTOS DE DIOS	365
CAPITULO 4: LOS NOMBRES DE DIOS	370
CAPITULO 5: LOS ATRIBUTOS DE DIOS EN GENERAL	374
CAPITULO 6: LOS ATRIBUTOS INCOMUNICABLES (DIOS COMO SER ABSOLUTO)	380



CAPITULO 7: LOS ATRIBUTOS COMUNICABLES (DIOS COMO ESPÍRITU PERSONAL) _____	386
CAPITULO 10: LA PREDESTINACIÓN _____	403
CAPITULOS 13: LA CREACION DEL MUNDO MATERIAL _____	420

Formato digital en .pdf © realizado por Abel Raúl Tec Kumul. Para correcciones y comentarios, favor de escribir a: abeltec@prodigy.net.mx. Para bajar más libros en forma gratuita, visita la siguiente página: <http://cid-204c21a3c1bb8aae.skydrive.live.com/browse.aspx/Libros>

Escaneado el 13 de Mayo de 2008

